



L111  
8809



En el atrol (el otro ejemplar en el E3. TS  
atrol No 9 F. 11)

Laca 8











VIDA, Y HECHOS

DEL INGENIOSO CAVALLERO

D. QVIXOTE

DE LA MANCHA.

COMPUESTA

Por Miguel de Cervantes Saavedra.



PARTE II.

NUEVA EDICCIÓN,  
CORREGIDA, Y ILVSTRADA CON

treinta y quatro Laminas, muy donofas, y  
apropiadas à lamateria.

DEDICADO

AL SEÑOR DON FRANCISCO MARIA  
Grillo.

CON PRIVILEGIO

---

EN MADRID: Por Roque Rico de Miranda, Impreffor de Libros,  
Año de M.DC.LXXIV.

A costa de Doña Maria Armenteros, viuda de Iuan Antonio Bonet,  
Mercader de Libros, enfrente de S. Phelipe.



VIDA Y HECHOS

DEL INGENIERO CAVALLERO

D. DON QVIXOTE

DE LA MANICHA.

COMPRÉSTA

Por Miguel de Cervantes Saavedra



PARTE II

QUINTA EDICION

CORREGIDA, Y ILUSTRADA CON

muchas y buenas Laminas, muy bonitas, y

apropiadas a la materia.

DEDICADO

AL SEÑOR DON FRANCISCO MARIA

Gallo.

CON PRIVILEGIO

EN MADRID. Por Roque Rico de Miranda, Inspector de Libros.

Año de MDCCLXXIV.

A costa de Doña Maria Antonietta, y de los señores, y señoras, y señoras de la casa de Doña Maria Antonietta, y de los señores, y señoras, y señoras de la casa de Doña Maria Antonietta.



**CAPITULO PRIMERO**  
**DE LO QUE EL CVRA, Y EL BARBERO**  
 passaron con Don Quixote, cerca de su  
 enfermedad.



**V**ENTA Cide  
 Hamete Benen-  
 geli, en la segun-  
 da parte de esta  
 historia, y ter-  
 cera salida de dō

Quixote; el Cura, y el Barbe-  
 ro se estuyeron casi vn mes

sin verle, por no renovarle, y  
 traerle à la memoria las cosas  
 passadas: Pero no por esto de-  
 xaron de visitar à su sobrina, y  
 à su ama, encargandolas tuvies-  
 sen cuenta con regalarle, dan-  
 dole a comer cosas confortati-  
 vas, y apropiadas para el cora-

çon,



con, y el cerebro, de dōde procedia (segun buen discurso) toda su mala ventura. Las quales dixeron, que assi lo hazian, y lo harian con la voluntad, y cuidado posible: porque echavan de ver, que su señor, por momētos iba dando muestras de estar en su entero juicio; de lo qual recibieron los dos gran contento, por parecerles, que avian acertado en averle traído encantado en el carro de los bueyes (como se contó en la primera parte desta tan grāde, como puntual historia, en su vltimo capitulo) y assi se determinarō de visitarle, y hazer experiencia de su mejoría, aunque teniā casi por imposible, que la tuviesse: y acordaron de no tocarle en ningun pūto de la andante cavalleria, por no ponerse à peligro de descofer los de la herida, que tan tiernos estavan. Visitaronle, en fin, y hallaronle sentado en la cama, vestida vna almilla de vayeta verde, cō vn bonete colorado Toledano; y estava tã seco, y amojamado, que no parecia sino hecho de carne momia. Fueron del muy bien recibidos, preguntaronle por su salud, y el diò cuenta de si, y della con mucho juicio, y con muy elegātes palabras. Y en el discurso de su platica vinieron à tratar en esto, que llaman razon de Estado, y modos de gobierno, enmendando este abuso, y condenādo

aquel reformando vna costūbre, y desterrando otra: haziēdose cada vno de los tres vn nuevo legislador, vn Licurgo moderno, ó vn Solon flamante; y de tal manera renovarō la Republica, que no pareció, sino q̄ la avian puesto en vna fragua, y sacado otra de la que pusieron: y habló Don Quixote con tanta discrecion en todas las materias que se tocaron, que los examinadores creyeron indubitadamēte, que estava del todo bueno, y en su entero juicio. Hallaronse presentes à la platica la sobrina, y ama; y no se hartavan de dar gracias à Dios de ver à su señor con tan buen entendimiento: pero el Cura, mudando el proposito primero, que era de no tocarle en cosa de cavallerias, quiso hazer de todo en todo experiencia, si la sanidad de Don Quixote era falsa, ó verdadera; y assi de lance en lance vino à contar algunas nuevas que avian venido de la Corte: y entre otras dixo, que le tenia por cierto, que el Turco baxava con vna poderosa armada, y que no se sabia su designio, ni adonde avia de descargar tan gran nublado, y con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estava puesta en ella toda la Christianidad; y su Magestad avia hecho proveer las Costas de Napoles, y Sicilia, y la Isla de Malta. A esto respondió



don Quixote: Su Magestad ha hecho como prudentissimo guerrero en proveer sus Estados con tiempo, porque no le halle desapercibido el enemigo: pero si se tomara mi consejo, aconsejarale yo, que usara de vna prevencion, de la qual su Magestad la hora de agora deve estar muy ageno de pensar en ella. Apenas oyó esto el Cura, quando dixo entre si: Dios te tenga de su mano pobre don Quixote, que me parece, que te despeñas de la alta cumbre de tu locura, hasta el profundo abismo de tu simplicidad. Mas el Barbero (que ya avia dado en el mesmo pensamiento que el Cura) preguntó à don Quixote, qual era la advertencia de la prevenciõ, que dezia era bien se hiziesse, quizá podria ser tal, que se pusiesse en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar à los Principes? El mismo señor rapador (dixo don Quixote) no será impertinente, sino sino perteneciente. No lo digo por tanto, replicò el Barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia que todos los mas arbitrios, que se dan à su Magestad, ó son impossibles, o disparatados, ó engaños del Rey, ó del Reyno. Pues el mio, respondió don Quixote, ni es imposible, ni disparatado, sino el mas facil, el mas justo, y el mas mañero, y breve q̄ puede caber

en pensamiento de arbitrate alguno. Ya tarda en dezirle vuestra merced, señor dõ Quixote, dixo el Cura. No querria (dixo don Quixote) q̄ le dixes- se yo aqui agora, y amaneciesse mañana en los oidos de los señores Consejeros, y se llevasse otro las gracias, y el premio de mi trabajo. Por mi (dixo el Barbero) doy la palabra, para aqui, y para delante de Dios, de no dezir lo q̄ v. m. dixere, à Rey, ni à Roque, ni à hombre terrenal; juramēto que aprendi del romance del Cura, q̄ en el prefacio aviso al Rey del ladron q̄ le avia robado las cien doblas, y la su mula la andariega. No se historia, dixo don Quixote: pero se que es bueno esse juramēto, en fe de q̄ se que es hombre de bien el señor Barbero. Quando no lo fuera, dixo el Cura, yo le abono, y salgo por el, q̄ en este caso no hablarà mas que vn mudo, so pena de pagar'lo juzgado, y sentenciado. Y à v. m. quiẽ le fia, señor Cura? dixo dõ Quixote. Mi professiõ, respondió el Cura, q̄ es de guardar secreto. Cuerpõ de tal, dixo à esta sazõ don Quixote, ay mas si no mandar su Magestad por publico pregon, que se junten en la Corte para vn dia señalado todos los Cavalleros andantes, que vagan por España, que aunque no viniessen sino media dozena, tal podria venir entre ellos, q̄ solo bastasse à destruir



toda la potestad del Turco. Estenme vuestras mercedes atentos, y vayan conmigo. Por ventura es cosa nueva deshazer vn solo Cavallero andante vn exercito de dozientos mil hōbres, como si todos juntos tuvieran vna sola garganta, ò fueran hechos de alfeñique? Sino diganme, quantas historias estàn llenas destas maravillas? Avia en hora mala para mi, que no quierodezir para otro, de vivir oy el famoso Don Belianis, ò alguno de los del innumerable linage de Amadis de Gaula que si algunos destes oy viviera, y con el Turco se afrontara, a fee que no le arrendara la ganancia: pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno, que si no tan bravo como los passados andantes caualleros; alomenos no les será inferior en el animo; y Dios me entiende, y no digo mas. Ay dixo a este punto la sobrina, que me maten, sino quiereme mi señor bolver à ser cavallero andante. A lo q̄ dixo don Quixote: Cavallero andante he de morir, y baxe, ò suba el Turco, quando él quisiere, y quã poderosamēte pudiere, que otra vez digo, que Dios me entiende. A esta sazō dixo el Barbero: Suplico à vuestras mercedes, q̄ se me de licēcia para contar vn cuento breve, q̄ sucedio en Sevilla q̄ por venir aqui como de molde, me da gana de cōtarle. Dió la licencia don Quixote y

el Cura y los demás le prestaron atencion, y él començó desta manera.

En la casa de los locos de Sevilla estava vn hombre, à quiē sus parientes avian puesto alli por falto de juizio: era graduado en Canones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca (segun opinion de muchos) no dexara de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dio à entender, que estaua cuerdo, y en su entero juizio y con esta imāgination escriuió al Arçobispo, suplicandole encarecidamente, y con muy concertadas razones le mādasse sacar de aquella miseria en que vivia, pues por la misericordia de Dios avia ya cobrado el juizio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenian alli, y a pesar de la verdad querian que fuesse loco hasta la muerte. El Arçobispo, persuadido de muchos villetes concertados y discretos, mandó à vn Capellan suyo se informasse del Retor de la casa, si era verdad lo que aquel Licenciado le escrivia, y que asimismo hablasse con el loco, y que, si le pareciesse que tenia juizio, le sacasse, y pusiesse en libertad. Hizolo así el Capellan, y el Retor le dixo, que aquel hombre aun se estaua loco, que puesto que hablava muchas vezes como persona de gran



grande entendimiento, al cabo disparava con tantas necedades, que en muchas, y en grandes igualavā à sus primeras discreciones, como se podia hazer la experiēcia hablādolo. Quiso hazerla el Capellan, y poniēdole con el loco, hablò con el vna hora, y mas, y en todo aquel tiēpo jamàs el loco dixo razon torcida, ni disparatada; antes hablò tan atentadamente, q̄ el Capellan fue forçado a creer, q̄ el loco estaua cuerdo: y entre otras cosas que el loco le dixo, fue, que el Retor le tenia ojeriza, por no perder los regalos que sus parientes le hazian, por que dixesse, que aun estava loco, y con lucidos intervalos, y que el mayor contrario que en su desgracia tenia, era su mucha hazienda, pues por gozar della sus enemigos, ponian dolo, y dudavan de la merced que nuestro Señor le avia hecho, en bolverle de bestia en hombre. Finalmente, él habló de manera, que hizo lospechoso al Retor, codiciosos, y desalmados à sus parientes, y a él tan discreto, que el Capellan se determinò à llevarsele consigo à que el Arçobispo le viesse, y tocasse con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fee, el buen Capellan pidió al Retor mandasse dar los vestidos con q̄ alli avia entrado el Licenciado: bolverio à dezir el Retor que mirasse lo que hazia; porq̄ sin

duda alguna el Licenciado aun se estava loco. No sirvieron de nada para con el Capellan las prevenciones, y advertimientos del Retor, para que dexasse de llevarle; obedeciò el Retor viendo ser orden del Arçobispo: pusieron al Licenciado sus vestidos, que eran nuevos, y decentes; y como èl se viò vestido de cuerdo, y desnudo de loco, suplicò al Capellan, que por caridad le diesse licēcia para ir à despedirle de sus compañeros los locos; el Capellan dixo, que èl le queria acompañar, y ver los locos q̄ en la casa avia: subieron enefeto, y con ellos algunos q̄ se hallaron presentes, y llegado el Licenciado à vna jaula adonde estava vn loco furioso, aunq̄ entonces sossegado, y quieto, le dixo: Hermano mio, mire si me mada algo, que me voy à mi casa, que ya Dios ha sido servido, por su infinita bondad, y misericordia, sin yo merecerlo, de bolverme mi juicio, ya estoy sano, y cuerdo, q̄ acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible; tenga grande esperança, y confiança en èl, que pues à mi me ha buuelto à mi primer estado, tambien le bolverà à èl, si en èl confia: yo tendré cuidado de embiarle algunos regalos que coma, y comalos en todo caso, que le hago saber, que imagino, como quien ha passado por ello, que todas nuestras locuras proceden



den de tener los estomagos vazios, y los celebros llenos de aire: esfuerçese, esfuerçese, que el descaecimiẽto en los infortunios, apoca la salud, y acarrea la muerte. Todas estas razones del Licenciado escuchò otro loco, q̄ estaua en otra jaula frõtero de la del furioso; y levantandose de vna estera vieja, dõde estava echado, y desnudo en cueros, preguntò à grandes voces, quien era el q̄ se iba sano, y cuerdo? El Licenciado respondió: Yo soy hermano el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar mas aqui, por lo q̄ doy infinitas gracias a los ciclos, que tan grande merced me han hecho. Mirad lo que dezis Licenciado, no os engañe el diablo, replicò el loco, soslegad el pie, y estaos quedito en vuestra casa, y ahorrareis la buelta. Yo sè que estoy bueno, replicò el Licenciado, y no avrà para que tornar à andar estacione. Vos bueno? dixo el loco: aora bien, ello dirà, andad con Dios; pero yo os voto à Iupiter, cuya Magestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado q̄ oy comete Sevilla en sacaros de esta casa, y en teneros por cuerdo, tengo de hazer vn tal castigo en ella, que quede memoria del por todos los siglos de los siglos, Amen. No sabes tu, Licenciadillo menguado, q̄ lo podrè hazer, pues como digo, soy Iupiter tonante, que

tengo en mis mãos los rāyõs abrafadores con que puedo, y suelo amenazar, y destruir el mundo? Pero con sola vna cosa quiero castigar à este ignorate pueblo, y es, con no llover en el, ni en todo su distrito, y contorno. por tres enteros años, que se han de contar desde el dia, y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. Tu libre, tu sano, tu cuerdo? y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? así pienso llover, como pensar ahorcarme. A las voces, y à las razones del loco estuvieron los circunstantes muy atentos: pero nuestro Licenciado, bolviendose à nuestro Capellan, y asiendole de las manos, le dixo: No tenga vuestra merced pena, señor mio, ni haga caso del loco, que este lo ha dicho, que si él es Iupiter, y no quisiere llover; yo, que soy Neptuno, el padre, y el Dios de las aguas, lloverè todas las vezes que se me antojare, y fuere menester, porque està en mi mano. A lo que respondió el Capellan: Con todo esto, señor Neptuno, no ferà bien enojarse al señor Iupiter; vuestra merced se quede en casa, que otro dia, quando aya mas comodidad, y mas espacio, bolverèmos por vuestra merced. Riõse el Rector, y los presentes, por cuya risa se medio corrió el Capellan: desnudaron al Licenciado, quedòse en ca-



sa, y acabóse el cuento. Pues este es el cuento, señor Barbero, dixo don Quixote, que por venir aqui como de molde, no podia dexar de contarle. A señor Rapiſta, señor Rapiſta, y quan ciego es aquel que no vé por tela de cedaço: y es poſſible, que vueſtra merced no ſabe, que las comparaciones que ſe hazen de ingenio à ingenio, de valor à valor, de hermoſura à hermoſura, y de linage à linage, ſon ſiempre odioſas, y mal recibidas? Yo, señor Barbero, no ſoy Neptuno, el Dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por diſcreto, no lo ſiendo; ſolo me fatigo, por dar à entender al mundo en el error en que eſtá, en no renovar en ſi el felicíſſimo tiempo, donde campeava la orden de la andante cavalleria: pero no es merecedora la depravada edad nueſtra de gozar tanto bien, como el que gozaron las edades donde los andantes cavalleros tomaron à ſu cargo, y echaron ſobre ſus eſpaldas la deſenſa de los Reynos, el amparo de las dōzellas, el ſocorro de los huertanos, y pupilos, el caſtigo de los ſobervios, y el premio de los humildes. Los mas de los cavalleros que aora ſe uſan, antes les crugan los damascos, los brocados, y otras ricas telas de que ſe viſtén, que la malla con que ſe arman: ya no ay cavallero q̄ duer

ma en los campos, ſujero al rigor del cielo, armado de todas armas, desde los pies à la cabeza: ya no ay quien ſin ſacar los pies de los eſtrivos, arrimado à ſu lança, ſolo procure deſcabeçar (como dizē) el ſueño, como lo hazian los cavalleros andantes. Ya no ay ninguno, que ſaliendo deſte bosque, entre en aquella montaña, y de alli piſe vna eſteril, y deſierta playa del mar, las mas vezes proceloſo, y alterado; y hallando en ella, y en ſu orilla vn pequeño valle, ſin remos, vela, maſtil, ni xarcia alguna, con intrepido coraçon ſe arroje en él, entregandose à las implacables olas del mar profundo, que ya le ſuben al cielo, y ya le baxã al abíſmo, y él pueſto el pecho à la incontratable borraſca, quando menos ſe cata, ſe halla tres mil, y mas leguas diſtante del lugar donde ſe embarcò: y ſaltando en tierra remota, y no conocida, le ſucedan cosas dignas de eſtar eſcritas, no en pergaminos, ſino en bronces. Mas agora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ocioſidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentia, y la teorica de la platica de las armas, que ſolo vinieron, y raſplandecieron en las edades del oro, y en los andantes cavalleros. Si no diganme, quien mas honeſto, y mas valiente, que el famoso Amadis de Gaula? Quien mas di-



discreto, que Palmerin de Inglaterra? Quien mas acomodado, y manual, que Tirante el Blanco? Quien mas galan, que Liuarte de Grecia? Quien mas acuchillado, ni acuchillador, que don Belianis? Quien mas intrépido, que Perion de Gaula? O quien mas acomedor de peligros, que Felix Marte de Irkania? O quien mas sincero, que Esplandian? Quien mas arrojado, que dō Geriongilio de Tracia? Quien mas bravo, que Roldamonte? Quien mas prudente, que el Rey Sobrino? Quien mas atrevido, que Reynaldos? Quien mas invencible, que Roldan? Y quien mas gallardo, y mas cortés, que Rugero? de quien descenden oy los Duques de Ferrara (segū Turpin en su Cosmografia.) Todos estos Cavalleros, y otros muchos que pudiera dezir, señor Cura, fueron Cavalleros andantes, luz, y gloria de la Cavalleria. Destos, o tales como estos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que a serlo, su Magestad se hallara bien servido, y ahorrara de mucho gasto, y el Turco se quedara pelando las barbas: y con esto me quiero quedar en mi casa, pues no me faca el Capellan della: y si Iupiter (como ha dicho el Barbero) no lloviere, aqui estoy yo, que lloveré quando se me antojare: digo esto, porque sepa el señor vaxia, que le entiendo. En verdad señor

don Quixote (dixo el Barbero) que no lo dixé por tanto; y así me ayude Dios como fue buena mi intencion, y que no deve vuestra merced sentirle. Si puedo sentirme, o no (reipondió don Quixote) yo me lo sé. A esto dixo el Cura: Aun bien, que yo casi no he hablado palabra hasta agora, y no quisiera quedar con vn escrupulo que me roe, y escarva la conciencia, nacido de lo que aqui el señor dō Quixote ha dicho. Para otras cosas mas, respōdió don Quixote, tiene licencia el señor Cura; y así puede dezir su escrupulo, por que no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa. Pues cō esse beneplacito, respondió el Cura, digo, que mi escrupulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera, a que toda la caterva de cavalleros andantes, que vuestra merced, señor don Quixote, ha referido, ayan sido real, y verdaderamente personas de carne, y hueso en el mundo; antes imagino, que todo es ficcion, fabula, y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, o, por mejor dezir, medio dormidos. Este es otro error, respondió don Quixote, en que han caido muchos, que no creen que aya auido tales Cavalleros en el mundo, y yo muchas vezes con diversas gētes, y ocasiones he procurado sacar a luz de la verdad este casi comun engaño; pero algunas veces



z es no he salido con mi intencion, y otras si, sustentádola sobre los ombros de la verdad; la qual verdad es tan cierta, que estoy por dezir, q̄ con mis propios ojos vi à Amadis de Gaula, que era vn hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda, y rigurosa, corto de razones, tardo en ayrarse, y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado à Amadis, pudiera, à mi parecer, pintar, y descubrir todos quantos Caualleros andantes andan en las Historias del Orbe, que por la aprehension que tengo, de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hizierõ, y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena filosofia sus facciones, sus colores, y estaturas. Que tan grande le parece à vuestra merced, mi señor don Quixote, preguntó el Barbero, devia de ser el Gigante Morgante? En esso de Gigante, respondió don Quixote, ay diferentes opiniones, si los ha avido, ò no en el mundo: pero la santa Escritura, que no puede faltar vn atomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contando nos la historia de aquel Filisteazo de Golias, que tenia siete codos y medio de altura, que es vna desmesurada grandeza. Tambien en la Isla de Sicilia se han hallado canillas, y

espaldas tan grandes, que su grandeza manifesta, que fuerõ Gigantes sus dueños, y tan grandes, como grandes torres, que la Geometria saca esta verdad en duda. Pero con todo esso no sabrè dezir con certidumbre, que tamaño tuviesse Morgante; aunque imagino, que no devió de ser muy alto: y mueve-me à ser deste parecer, hallar en la historia dõde se haze mencion particular de sus hazañas, que muchas vezes dormia debaxo de techado, y pues hallava casa donde cupiesse, claro esta, que no era de desmesurada su grandeza. Así es, dixo el Cura, el qual gustando de oirle dezir tan grandes disparates, le preguntó, que que sentia acerca de los rostros de Reynaldos de Montalvan, y de don Roldán, y de los demas doze Pares de Francia; pues todos avian sido Cavalleros andantes. De Reynaldos, respondió don Quixote, me atrevo à dezir, que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores, y algo saltados, puntoso, y colerico en demasia, amigo de ladrones, y de gente perdida. De Roldán, ò Roldando, ò Orlando, que con todos estos nombres le nombran las historias, soy de parecer, y me afirmo, que fue de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro, y barbizaheño, velloso en el cuerpo, y de vista amenazado-



ra, corto de razones, pero muy comedido, y bien criado: Si no fue Roldan mas gentil hombre que vuestra merced ha dicho, replicó el Cura, no fue maravilla, que la señora Angelica la bella le desdenasse, y dexasse por la gala, brio, y donaire que devia tener el Morillo barbi-poniente, à quiẽ ella se entregó, y anduvo discreta de adamar antes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldan. Esta Angelica, respondió dō Quixote, señor Cura, fue vna donzella distraida, andariega, y algo antojadiza, y tan lleno de-

xó el mundo de sus impertinencias, como de la fama de su hermosura: despreció mil señores, mil valientes, y mil discretos, y contentose con vn pajecillo barbiluzio, sin otra hazienda, ni nombre, que elq̄ le pudo dar de agradecido la amistad que guardó à su amigo el gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse, ó por no querer cantar lo que à esta señora le sucedió despues de su ruin entrego, que no devieron ser cosas demasiadamente honestas, la dexó, donde dixo:

*Y como del Catai recibió el Cetro,*

*Quizá otro cantará con mejor plectro.*

Y sin duda que esto fue como profecia, que los Poetas también se llaman Vates, que quiere dezir: Adivinos. Vese esta verdad clara, porque despues acá vn famoso Poeta Andaluz, lloró, y cantó sus lagrimas: y otro famoso, y vnico Poeta Castellano canto su hermosura.

Digame, señor don Quixote. dixo à esta sazón el Barbero, no ha avido algũ Poeta, que aya hecho alguna satira à esta señora Angelica, entre tantos como la han alabado? Bien creo yo, respondió dō Quixote, que si Sacripante, ó Roldan fueran Poetas, que ya me huvieran jabonado à la dōzella: porque es propio, y natural de los Poetas

desdenados, y no admitidos de sus damas fingidas, ó fingidas enefeto de aquellos à quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con Satiras, y libelos; vengança por cierto indigna de pechos generosos: pero hasta agora no ha llegado à mi noticia ningun verso infamatorio contra la señora Angelica, que traxo rebuelto el mūdo. Milagro, dixo el Cura: y en esto oyeron, que el ama, y la sobrina, que ya avian dexado la conversacion, davan grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.



CAP. II. *Que trata de la notable  
primicia que Sancho Pança tu-  
vo con la sobrina, y ama de Don  
Quixote, con otros sucesos gran-  
ciosos.*

**C**uenta la historia, que las voces que oyeron D. Qui- xote, el Cura, y el Barbero, eran de la sobrina, y ama, que las da- van, diziendo a Sancho Pança, q̄ pugnava por entrar à ver à Dō Quixote, y ellas le defendian la puerta: *Qué quiere este mos- trengo en esta casa? idos à la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que distrae, y son- faca à mi señor, y le lleva por esos andurriales. A lo que San- cho respōdió: Ama de Satanàs, el sonfacado, y el distraido, y el llevado por esos andurria- les, soy yo, que no tu amo: èl me llevó por esos mundos; y vosotras os engañais en la mi- tad del justo precio: èl me sacò de mi casa con engañifas, pro- metiendome vna Insula, q̄ haf- ta aora la espero. Malas insu- las te alroguen (respōdió la so- brina) Sancho maldito, y que son Insulas, es alguna cosa de comer, golofazo, comilon, que tu eres? No es de comer, repli- có Sancho, sino de gobernar, y regir mejor, que quatro ciuda- des, y que quatro Alcaldes de Corte. Con todo esto, dixo el ama, no entrareis acá, saca de maldades, y costal de malicias;*

id à gobernar vuestra casa, y à labrar vuestros pegujares, y de- xaos de pretender insulas, ni insulos. Grande gusto recibian el Cura, y el Barbero de oír el coloquio de los tres; pero Don Quixote, temeroso que Sancho se desconfiesse, y desbuchasse al- gun monton de maliciosas ne- cedades, y tocasse en pūtos que no le estarian bien à su cre- dito, le llamó, y hizo à los dos que callassen, y le dexassen en- trar, entró Sancho, y el Cura, y el Barbero se despidieron de Don Quixote, de cuya salud desesperaron, viendo quan puesto estava en sus variados penamientos, y quan embevi- do en la simplicidad de sus mal- andantes cavallerias; y así di- xo el Cura al Barbero: Vos ve- reis, compadre, como quan- do menos lo pensemos nuestro hidalgo sale otra vez à bolar la ribera. No pongo yo duda en esto, respondió el Barbero; pero no me maravillo tanto de la locura del Cavallero, co- mo de la simplicidad del es- cudero, que tan creído tiene o quello de la Insula, que creo, que no se lo sacaràn de el cas- co quantos desengaños pueden imaginarse. Dios los reme- die (dixo el Cura) y estemos à la mira, veremos en lo que para esta maquina de dispa- res de tal Cavallero, y de tal escudero, que parece, que forjaron a los dos en vna mis-  
ma



ma turquesa, y que las locuras del señor, sin las necesidades del criado no valian vn ardite. Afsi es, dixo el Barbero, y holgara mucho saber, que tratará aora los dos. Yo seguro, respondió el Cura, que la sobrina, o el ama nos lo cuenta despues, que no son de condicion que dexarán de escucharle. En tanto dō Quixote se encerró con Sancho en su aposento; y estando solos le dixo: Mucho me pesa, Sancho, q̄ ayas dicho, y digas, que yo fuy el que te saqué de tus casillas, sabiendo, que yo no me quedé en mis casas: juntos salimos, juntos fuimos, y juntos peregrinamos: vna misma fortuna, y otra misma suerte ha corrido por los dos. Si à ti te mantearon vna vez, à mi me han molido ciento, y esso es lo q̄ te llevo de ventaja. Esso estava puesto en razon, respondió Sancho, porque (segun vuestra merced dize) mas anexas son à los cavalleros andantes las desgracias, que à sus escuderos. Engañaste, Sancho, dixo don Quixote (segun aquello, quando caput dolet, &c.) No entiendo otra lengua que la mia, respondió Sancho. Quiero dezir, dixo don Quixote, que quando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y afsi siendo yo tu amo, y señor, soy tu cabeza, y tu mi parte, pues eres mi criado; y por esta razon el mal que à mi me toca o tocare, à ti te

ha de doler, y à mi el tuyo. Afsi avia de ser, dixo Sancho; pero quando à mi me mantearán, como à miembro, se estava mi cabeza detrás de las bardas, mirádome bolar por los aires, sin sentir dolor alguno: y pues los miembros estan obligados à dolerse del mal de la cabeza, avia de estar obligada ella à dolerse dellos. Querrás tu dezir aora, Sancho, respondió don Quixote, que no me dolia yo quando a ti te mantearan? Y si lo dizes, no lo digas, ni lo pienses, pues mas dolor sentia yo entonces en mi espiritu, que tu en tu cuerpo: pero dexemos esto à parte por aora, que tiempo avrá donde lo ponderemos, y pongamos en su punto. Y dime, Sancho amigo, que es lo q̄ dicen de mi por esse lugar, en que opinion me tiene el vulgo, en que los Hidalgos, y en que los Cavalleros? Que dicen de mi valentia? que de mis hazas? y que de mi cortesia? Que se platica del assumpto que he tomado de resucitar, y bolver al mundo la ya olvidada Orden Cavalleresca? Finalmente, quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado à tus oidos: y esto me has de dezir, sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna, que de los vassallos leales es dezir la verdad à sus señores en en su ser, y figura propia, sin que la adulacion la acreciente, o otro vano res-



pe to la disminuya; y quiero q̄ sepas, Sancho, que si à los oídos de los Principes llegasse la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrian, otras edades serian tenidas por mas de hierro que la nuestra, que entiendo, que de las que aora se vsan, es la dorada. Sirvate este advertimiento, Sancho, para que discreta, y bien intencionadamente pongas en mis oídos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado. Esto ha ré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, con condicion, q̄ vuestra merced no se ha de enojar de lo q̄ dixere, pues quiere q̄ lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron à mi noticia. En ninguna manera me enojarè, respondió D. Quixote, bien puedes Sancho hablar libremente, y sin rodeo alguno. Pues lo primero q̄ digo, dixo, es, que el vulgo tiene à vuestra merced por grandissimo loco, y à mi por no menos mentecato. Los Hidalgos dicen, que no conteniendose vuestra merced en los limites de la hidalguia se ha puesto Don, y se ha arremetido à Cavallero con quatro cepas, y dos yugadas de tierra, y cõ vn trapo atràs, y otro adelante. Dizen los Cavalleros, q̄ no querrian, que los Hidalgos se pusiesse à ellos, especialmente aquellos Hidalgos escuderi-

les, que dan humo à los çapatos, y toman los puntos de las medias negras con seda verde. Esto, dixo Don Quixote, no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido, y jamàs remendado: roto bien podrá ser; y el roto mas de las armas, que del tiempo. En lo q̄ toca, prosiguiò Sancho, à la valentia, cortesia, hazañas, y asumpto de vuestra merced, ay diferentes opiniones: vnos dicen, loco; pero gracioso: otros, valiente; pero desgraciado: otros, cortès; pero impertinente: y por aqui van discurrendo en tãtas cosas, que ni à vuestra merced, ni à mi, nos dexã hueso sano. Mira, Sancho, dixo D. Quixote, donde quiera que està la virtud en eminente grado, es perseguida. Pocos, ò ninguno de los famosos varones q̄ passaron, dexó de ser calumniado de la malicia. Iulio Cesar, animosissimo, prudentissimo, y valèntissimo Capitan, fue notado de ambicioso, y algun tãto no limpio, ni en sus vestidos, ni en sus costumbres. Alexandro, à quien sus hazañas le alcançaron el renombre de Magno, dizen del, que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hercules el de los muchos trabajos, se cuenta, que fue lascivo, y muelle. De Don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, se murmura, que fue mas que demasadamente rixoso: y de tu her-



hermano, que fue lloron. Así, que, ó Sancho, entre tantas calumnias de buenos, bien pueden passar las mias, como no sean mas de las que has dicho. Así está el toque, cuerpo de mi padre (replicó Sancho.) Pues ay mas, preguntó Don Quixote? Aun la cola falta por desollar, dixo Sancho; lo de hasta aqui son tortas, y pan pintado; mas si vuestra merced quiere saber todo lo que ay, acerca de las calumnias que le ponen, yo le traeré aqui luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte vna meaja, que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca hecho Bachiller, y yendole yo à dar la bienvenida, me dixo, que andava ya en libros la historia de vuestra merced, con nombre del Ingenioso Hidalgo D. Quixote de la Mancha; y dize, que me meñtan a mi en ella con mi mismo nombre de Sancho Pança, y à la señora Dulcinea del Toboso, cõ otras cosas que passamos nosotros à solas, que me hize cruces de espantado, como las pudo saber el Historiador que las escribió. Yo te aseguro Sancho, dixo D. Quixote, que deve de ser algun sabio encantador el Autor de nuestra historia, que à los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir. Y como, dixo Sancho, si era sabio, y encantador, pues

(segū dize el Bachiller Sanson Carrasco, que así se llamava el qual dicho tengo) que el Autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena. Este nombre es de Moro, respondió D. Quixote. Así será, respondió Sancho; porque por la mayor parte he oido dezir, que los Moros son amigos de berengenas. Tu debes, Sancho, dixo D. Quixote, errarte en el sobrenombre de este Cide, que en Arabigo quiere dezir señor. Bien podría ser, replicó Sancho, mas si vuestra merced gusta que yo le haga venir aqui iré por él en boladas. Harásme mucho placer, amigo, dixo D. Quixote, que me tiene suspenso lo q̄ me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo. Pues yo voy por él, respondió Sancho, y dexando à su señor, se fue à buscar al Bachiller, con el qual bolvió de alli à poco espacio, y entre los tres passaron vn graciosissimo coloquio.

**CAP. III. Del ridiculo razonamiento que passó entre Don Quixote, Sancho Pança y el Bachiller Sanson Carrasco.**

**P**ENSATIVO además quedó D. Quixote, esperando al Bachiller Carrasco, de quien esperaba oir las nuevas de si mismo, puestas en el libro, como avia dicho Sancho, y no podia per-



persuadirse à que tal historia huviesse, pues aùn no estava enjuta la cuchillada de su espada en la sangre de los enemigos q̄ avia muerto, y ya querian que anduviesse en estampa sus altas cavallerias: con todo esto imagino, que algun sabio, ò ya amigo, ò enemigo, por arte de encantamento, las avrà dado à la estampa; si amigo, para engrandecerlas, y levantarlas sobre las mas señaladas de Cavallero andante; si enemigo, para aniquilarlas, y ponerlas debaxo de las viles, que de algun vil escudero se huviesse escrito, puesto (dezia entre si) que n̄ica hazañas de escuderos se escrivieron; y quando fuesse verdad que la tal historia huviesse, siendo de Cavallero andante, por fuerza avia de ser grandiloqua, alta, insigne, magnifica, y verdadera. Con esto se consolò algun tanto; pero desconsolòle pensar, que su Autor era Moro, segun aquel nombre de Cide, y de los Moros no se podia esperar verdad alguna; por que todos son embelecadores, faliarios, y quimeristas. Temiase no huviesse tratado sus amores con alguna indecencia, que redundasse en menoscabo, y perjuizio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; deseava que huviesse declarado su fidelidad, y el decoro que siempre la avia guardado, menospreciando Reynas,

Emperatrices, y donzellas de todas calidades, teniendo à raya los impetus de los naturales movimientos; y así embuelto, y rebuelto en estas, y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho, y Carrasco, à quien D. Quixote recibió con mucha corteſia. Era el Bachiller, aunq̄ se llamava Sanson, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran focarron, de color macilento; pero de muy buen entendimiento: tendria hasta veinte y quatro años, cari redondo, de nariz chata, y de boca grande; señales todas de ser de condicion maliciosa, y amigo de donaires, y de burlas, como lo mostrò en viendo à Don Quixote, poniendose delante del de rodillas, diziendole: Dame vuestra grandeza las manos, señor Don Quixote de la Mancha, que por el Habito de San Pedro que visto, aunque no tengo otras Ordenes que las quatro primeras, que es vuestra merced vno de los mas famosos Cavalleros andantes que ha avido, ni avrà en toda la redondez de la tierra. Bien aya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dexò escritas; y rebien aya el curioso que tuvo cuidado de hazerlas traducir de Arabigo en nuestro vulgar Castellano, para vniversal entretenimiento de las gentes. Hizole levantar Don Quixote, y dixo:



De esta manera, verded es, que ay historia mia, y que fue Moro, y sabio el que la compuso. Estã verdad, señor, dixo Sanson, q̄ tengo para mi, que el dia de oy estã impressos mas de doze mil libros de la tal historia; sino digalo Portugal, Varcelona, y Valencia, donde se han impresso, y aun ay fama que se esta imprimiendo en Amberes, y à mi se me trasluze, que no ha de aver nacion, ni lengua donde no se traduzga. Vna de las cosas, dixo à esta sazon Don Quixote, que mas deve de dar contento à vn hombre virtuoso, y eminente, es verse viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes impresso, y en estampa: dixen con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualara. Si por buena fama, y si por buen nombre va, dixo el Bachiller, solo vuestra merced lleva la palma à todos los Cavalleros andantes: porque el Moro en su lengua, y el Christiano en la suya, tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardia de vuestra merced, el animo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento, assi en las desgracias, como en las heridas: la honestidad, y continencia en los amores tan platonicos de vuestra merced, y de mi señora Doña Dulcinea del Toboso. Nunca dixo

a este punto Sancho Pança, he oido llamar cõ Don à mi señora Dulcinea, sino solamente la señora Dulcinea del Toboso, y ya en esto anda errada la historia. No es objecion de importancia esta, respondiò Carrasco. No por cierto, respondiò D. Quixote, pero digame vuestra merced, señor Bachiller, que hazañas mias son las que mas se ponderã en esta historia? En esso, respondiò el Bachiller, ay diferentes opiniones (como ay diferentes gustos) vnos se atienen à la aventura de los molinos de viento, que à vuestra merced le parecieron Briarcos, y Gigantes: otros, à la de los batanes: este à la descripcion de los dos exercitos, que despues parecieron ser dos manadas de carneros: aquel encarece la del muerto, que llevavan à enterrar à Segovia; vno dize, que à todos se aventaja la de la libertad de los galeotes: otro, que ninguna iguala à la de los dos Gigãtes Benitos, con la pendencia del valeroso Vizcaino. Digame, señor Bachiller, dixo à esta sazõ Sancho, entra ai la aventura de los Yangueses? quando à nuestro buen rozinante se le antojò pedir cotufas en el golfo. No se le quedó nada, respondiò Sanson, al sabio en el tintero; todo lo dize y todo lo apunta, hasta lo de las cabriõlas q̄ el buen Sancho hizo en la manta. En la manta no



hize yo cabriolas, respondió Sancho; en el aire sí, y aun mas de las que yo quisiera. A lo que yo imagino, dixo Don Quixote, no ay historia humana en el mundo, que no tenga sus altibaxos, especialmente las que tratan de cavallerias; las quales nūca pueden estar llenas de prosperos sucesos. Con todo esto, respondió el Bachiller, dicen algunos que han leído la historia, que se holgarán se les huviera olvidado a los Autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dierō al señor D. Quixote. Aí entra la verdad de la historia, dixo Sancho. Tambiē pudierā callarlos por equidad, dixo Don Quixote, pues las acciones, que ni mudan, ni alterā la verdad de la historia, no ay para q̄ escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fee, que no fue tan piadoso Eneas, como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises, como le describe Homero. Assi es, replicó Sancho; pero vno es escribir como Poeta, y otro como Historiador: el Poeta puede contar, ó contar las cosas, no como fueron, sino como devian ser; y el Historiador las ha de escribir, no como devian ser, sino como fuerō, sin añadir, ni quitar à la verdad cosa alguna. Pues si es que se anda à dezir verdades, esse señor Moro, dixo Sancho, à buen seguro,

que entre los palos de mi señor se hallen los míos; porq̄ nunca à su merced le tomaron la medida de las espaldas, q̄ no me la tomassen à mi de todo el cuerpo: pero no ay de q̄ maravillarme, pues como dize el mismo, señor mio, del dolor de la cabeza han de participar los miembros. Socarron lois, Sancho, respondió D. Quixote, à fee q̄ no os falta memoria, quando vos quereis tenerla. Quādo yo quisiese olvidarme de los garrotazos q̄ me han dado, dixo Sancho, no lo cōsentirian los cardenales, q̄ aun se estān frescos en las costillas. Callad Sancho, dixo D. Quixote, y no interrūpais al señor Bachiller, à quien suplico paffe adelante, en dezirme lo q̄ se dize de mi en la referida historia: y de mi, dixo Sancho, que tambien dicen, que soy yo vno de los principales personages della. Personages, que no personages, dixo Sancho. Otro reprochador de voquibles tenemos, dixo Sancho; pues andense à ello, y no acabaremos en toda la vida. Mala me la dē Dios, Sancho, respondió el Bachiller, si no lois vos la segunda persona de la historia, y que ay tal, que precia mas oiros hablar à vos, que al mas pintado de toda ella: puesto que tambien ay quien diga, que anduvistes demasidamente de credulo en creer, que podia ser verdad el gobierno de



aquella Infula, ofrecida por el señor Don Quixote, que está presente. Aun ay Sol en las bardas, dixo Don Quixote, y mientras mas fuere entiendo en edad Sancho, con la experiencia que dan los años, estará mas idoneo, y mas habil para ser Governador, que no está ahora. Por Dios, señor, dixo Sancho, la Isla que yo no gobernaré con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matufalen; el daño está, en que la dicha Infula se entretiene, no sé donde, y no en faltarme à mi el caletre para gobernarle. Encomendadlo à Dios, Sancho, dixo Don Quixote, que todo se hará bien, y quizá mejor de lo que vos pensais, que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios. Así es verdad, dixo Sancho, que si Dios quiere, no le faltarán à Sancho mil Islas que gobernar, quanto mas vna. Governadores he visto por ahí, dixo Sancho, que à mi parecer no llegan à la suela de mi çapato, y con todo esto los llaman Señoria, y se sirven con plata. Estos no son Governadores de Infulas, replicò Sancho, sino de otros gobiernos mas manuales, que los que gobiernan Infulas, que por lo menos han de saber Gramatica. Con la Grama bien me avendria yo, dixo Sancho, pero con la tica, ni me tiro, ni me pago por que no la entiendo: pe-

ro dexando esto del govierno en las manos de Dios, que me eche à las partes donde mas de mi se sirva; digo señor Bachiller Sanson Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto, y alegría, que el Autor de la historia aya hablado de mi de manera, que no enfadan las cosas que de mi se cuentan, que à fee de buen escudero, que si huviera dicho de mi cosas q̄ no fuerá muy de Christiano viejo, como soy, que nos aviã de oír los sordos. Esto no fuera hazer milagros, respondió Sanson. Milagros, ó no milagros, dixo Sancho, cada vno mire como habla, ó como escribe de las personas, y no ponga à troche moche lo primero que le viene al magín. Vna de las tachas que ponen à la tal historia, dixo el Bachiller, es, que su Autor puso en ella vna novela, intitulada: El Curioso impertinente, no por mala, ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su merced el señor Don Quixote. Yo apostarè, replicò Sancho, que ha mezclado el hideperro berças con çapachos. Ahora digo, dixo Don Quixote, que no ha sido sabio el Autor de mi historia, sino algun ignorante hablador, que à tiento, y sin algun discurso se puso à escribirla, salga lo q̄ falliere; como hazia Orbaneja, el Pintor de Vbeda, al qual preguntan-



tándole, que pintava; respondió, lo que saliere, tal vez pintava vn gallo, de tal fuerte, y tan mal parecido, que era menester que con letras Goticas escribiesse juto à él, este es gallo: y así deve de ser de mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla. Esto no, respondió Sansón; porque es tan clara, que no ay cosa que dificultar en ella; los niños la manosean, los moços la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran: y finalmente es tan trillada, y tan leída, y tan sabida de todo genero de gentes, que apenas han visto algun rozin fiaco, quando dizen allí vâ Rozinante: y los q̄ mas se han dado à su lectura, son los pajes. No ay antecámara de señor, donde no se halle vn Don Quixote; vnos le tomã, si otros le dexan: estos le embisten, y aquellos le piden. Finalmente, la tal historia es del mas gustoso, y menos perjudicial entretenimiento, que hasta agora se aya visto; porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, vna palabra deshonesta, ni vn pensamiento menos que Catolico. A escribir de otra fuerte, dixo Don Quixote, no fuera escribir verdades, sino mentiras; y los Historiadores, que de mentiras se valen, avian de ser quemados, como los que hazen moneda falsa: y no sè yo qué le movió al Autor, à valerse de no-

velas, y cuentos agenos, aviendo tanto que escribir en los míos; sin duda se devió de atener al refràn de paja, y de heno, &c. Pues en verdad, que en solo manifestar mis pensamientos, mis suspiros, mis lagrimas, mis buenos deseos, y mis acometimientos, pudiera hazer vn volumen mayor, ó tan grande, que el que pueden hazer todas las obras del Tostado. Enefeto, lo q̄ yo alcanço, señor Bachiller, es, que para componer historias, y libros de qualquier fuerte que sean, es menester vn gran juicio, y vn maduro entendimiento: dezir gracias, y escribir donaires, es de grandes ingenios. La mas discreta figura de la comedia, es la de el bobo; porq̄ no lo ha de ser el que quiere dar à entender, q̄ es simple. La historia es como cosa sagrada; porque ha de ser verdadera, y dõde està la verdad, està Dios en quãto à verdad: pero no obstãte esto ay algunos, q̄ así cõponē, y arrojan libros de si, como si fuesen buñuelos. No ay libro tan malo, dixo el Bachiller, que no tenga algo bueno. No ay duda en esto, replicó D. Quixote: pero muchas vezes acontece, que los que tenían meritamente grangeada, y alcanzada gran fama por sus escritos, en dandolos à la estampa, la perdieron de el todo, ó la menoscabaron en algo. La causa de esto es, dixo Sansón, que como las



obras impresas se miran de espacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto más se escudriñan, quanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios los grandes Poetas, los ilustres Historiadores siempre, o las más veces son embidiados de aquellos que tienen por gusto, y por particular entretenimiento, juzgar los escritos ajenos, sin averdado algunos propios a la luz del mundo. Esto no es de maravillar; dixo D. Quixote, porque muchos Theólogos ay, que no son buenos para el pulpito, y son bonísimos para conocer las faltas, o sobras de los que predicán. Todo esto es así, señor Don Quixote, dixo Carrasco; pero quisiera yo, que los tales censuradores fueran más misericordiosos, y menos escrupulosos, sin atenderse a los átomos de el Sol clarísimo de la obra de que murmuran, que si aliquando bonus dormitat Homerus, consideren lo mucho que estuvo despierto, por dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiese; y quizá a podría ser, que lo que a ellos les parece mal, fuesen lunares que a las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene: y así digo, que es grandísimo el riesgo a que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal, que satisfaga, y contente a todos

los que le leyeren. El que de mí trata, dixo Don Quixote, a pocos avrá contentado. Antes es al revés, que como de stultorum infinitus est numerus, infinitos son los que han gustado de tal historia, y algunos han puesto falta, y dolo en la memoria del Autor, pues se le olvida de contar quien fue el ladrón que hurtó el ruzio a Sancho, que allí no se declara, y solo se infiere de lo escrito, que se le hurtaron, y de allí a poco le vemos a caballo sobre el mismo jumento, sin aver parecido: también dicen, que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos, que halló en la maleta en sierra morena, que nunca más los nombra, y ay muchos, que desean saber, qué hizo dellos, o en qué los gastó; que es un de los puntos sustanciales que faltan en la obra. Sancho respondió, yo, señor Sansón, no estoy ahora para ponerme en cuentas, ni cuentos, que me ha tomado un desmayo de estomago, que sino le reparo con dos tragos de lo anexo, me pondrá en la espina de Santa Luzia; en casa lo tengo, mi oislo me aguarda, en acabando de comer daré la vuelta, y satisfaré a vuestra merced, y a todo el mundo de lo que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento, como del gasto de los cien escudos: y sin esperar respuesta, ni decir otra palabra, se fue a su casa. Don



Quixote pidió, y rogó al Bachiller se quedasse à hazer penitencia con él. Tuvo el Bachiller el combite, quedóse, añadióse al ordinario vn par de pichones; tratóse en la mesa de cavallerias, siguióle el humor Carrasco: acabóse el banquete, durmió la fiesta, bolvió Sancho, y renovóse la plática passada.

*CAP. IV. Dónde Sancho Pança satisface al Bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros successos dignos de saberse y de contarse.*

**B**olvio Sancho à casa de Don Quixote, y bolviendo al pasado razonamiento, respondió à lo que el señor Sanson dixo, que se deseava saber, quien, ò como, ò quando se me hurtó el jumento, respondiéndome, digo, que la noche misma que huyendo de la Santa Hermandad nos entramos en Sierra Morena, despues de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto, que llevavan à Segovia, mi señor, y yo nos metimos entre vna espesura, adonde mi señor arrimado à su lança, y yo sobre mi ruzio, molidos, y cansados de las passadas refriegas, nos pusimos à dormir, como si fuera sobre quatro colchones de pluma; especialmēte yo dormí con tan pesado sueño, que quien quiera q̄ fue tuvo lugar de llegar, y suspenderme sobre

quatro estacas q̄ puso à los quatro lados de la alvarda; de manera, que me dexó à cavallo sobre ellas, y me sacó debaxo de mi al ruzio, sin q̄ yo lo sintiesse. Esto es cosa facil, y no acontecimiento nuevo, que lo mismo le sucedió a Sacripante, quando estado en el cerca de Albraca, con esta misma invención le sacó el cavallo de entre las piernas aquel famoso ladrón, llamado Brunelo. Amaneció, prosiguió Sancho, y apenas huve estremecido, quando faltando las estacas, di conmigo en el suelo vna gran caída; miré por el jumento, y no le ví: acudieronme lagrimas a los ojos, y hice vna lamentacion, que sino la supo el Autor de nuestra historia, puede hazer cuenta, que no puso cosa buena. Al cabo de no sé quantos dias, viniendo cō la señora Princesa Micomicona, conocí mi asno, y q̄ venia sobre él en habito de gitano aquel Gines de Passamot, aquel embustero, y grandíssimo maleador que quitamos mi señor, y yo de la cadena. No está en esto el yerro, replicó Sanson, sino en que antes de aver parecido el jumento, dize el Autor, que iba à cavallo Sancho en el mismo ruzio. A esto dixo Sancho, no sé que responder, sino que el Historiador se engañó, ò ya sería descuido del Impresor. Así es sin duda, dixo Sanson: Pero q̄ se hizieron los cien escudos?



de hizieronse? Respondió Sancho: Yo los gasté en pro de mi persona, y de la de mi muger, y de mis hijos, y ellos hã sido causa de que mi muger lleve en paciencia los caminos, y carreras que he andado sirviendo a mi señor Don Quixote, que si al cabo de tanto tiempo bolviera sin blanca, y sin el jumento à mi casa, negra ventura me esperaba: y si ay mas que saber de mi, aqui estoy, que responderè al mismo Rey en persona, y nadie tiene para que meterse en si traxe, o no traxe, si gastè, ò no gastè, que si los palos q̄ me dieron en estos viages se huvieran de pagar à dinero, aunque no se tassaran mas que à quatro maravedis cada vno, en otros cien escudos no avia para pagarme la mitad: y cada vno metala mano en su pecho, y no se ponga à juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada vno es como Dios le hizo, y aun peor muchas vezes. Yo tendré cuidado, dixo Carrasco, de acusar al Autor de la historia, que si otra vez la imprimiere, no se le olvide esto, que el buen Sancho ha dicho, que serà realgarla vn buen coto mas de lo que ella se està. Ay otra cosa que enmendar en esta leyenda, señor Bachiller? preguntó Don Quixote. Si deve de aver, respondió el, pero ninguna deve de ser de la importancia de las ya referidas. Y por

ventura, dixo D. Quixote, promete el Autor segunda parte? Si promete, respondió Sancho, pero dize, que no ha hallado, ni sabe quien la tiene; y assi estamos en duda, si saldrà, ò no: y al si por esto, como porque algunos dizen, nunca segundas partes fuerõ buenas: y otros, de las cosas de D. Quixote bastan las escritas; se duda, que no ha de aver segunda parte, aunque algunos, que son mas loviales, q̄ Saturnios, dizen: Vengan mas Quixotadas, embista Don Quixote, y hable Sancho Pança, y sea lo que fuere, que cõ esto nos contentamos. Y à qué se atienc el Autor? A que respondió Santos: En hallando q̄ halle la historia, que el vã buscando con extraordinarias diligencias, la darà luego à la estampa, llevada mas del interès, que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna. A lo que dixo Sancho: Al dinero, y al interès mira el Autor? maravilla serà q̄ acierte, porque no harà sino harbar, harbar, como fastre en visperas de Pascua, y las obras que se hazen a priesa, nunca se acaban cõ la perfeccion que requierèn. Atienda este señor Moro à lo que es, à mirar lo que haze, que yo, y mi señor le daremos tanto ripio a la mano, en materia de aventuras, y de sucesos diferentes, que pueda componer, no solo segunda parte, sino ciento. Deve de pensar el buen hom-



hombre sin duda, que nos dormimos aqui en las pajas; pues tenganos el pie al herrar, y verá del que colqueamos: lo que yo sé dezir, es, que si mi señor tomasse mi consejo, ya aviamos de estar en estas campañas deshaziendo agravios, y ende-reçando tuertos, como es uso, y costumbre de los buenos andantes Cavalleros. No avia bien acabado de dezir estas razones Sancho, quando llegaron à sus oidos relinchos de rozinante; los quales relinchos tomó Don Quixote por felicissimo agüero, y determinò de hazer de alli à tres, ò quatro dias otra salida; y declarando su intento al Bachiller, le pidió consejo, por qué parte començaria su jornada; el qual le respondió, que era su parecer, q̄ fuesse al Reyno de Aragon, y à la Ciudad de Zaragoza, adonde de alli à pocos dias se avian de hazer vnas solemnissimas justas, por la fiesta de S. Jorge, en las quales podría ganar fama sobre todos los Cavalleros Aragoneses, que sería ganarla sobre todos los del mundo. Alabòle ser honradissima, y valétissima su determinacion; y advirtiòle, que anduviesse mas atentado en acometer los peligros, à causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le avian menester para que los amparasse, y socorriessse en sus desventuras. De esto es lo que yo reniego, señor

Sancho, dixo à este punto Sancho, q̄ assi acomete ni señor à cien hōbres armados, como vn muchacho goloso à media dozena de badeas. Cuerpo del mundo, señor Bachiller, si que tiempos ay de acometer, y tiempos de retirar, sino ha de ser todo Sãtiago, y cierra España; y mas que yo he oido dezir, y creo, q̄ à mi señor mismo, si mal no me acuerdo, que en los extremos de cobarde, y de temerario està el medio de la valentia: y si esto es assi, no quiero que huja sin tener para qué, ni que acometa, quando la demasia pide otra cosa: pero sobre todo aviso à mi señor, que si me ha de llevar consigo, ha de ser con condicion, que èl se lo ha de barallar todo, y que yo no he de estar obligado à otra cosa, que à mirar por su persona, en lo que tocare à su limpieza, y à su regalo, que en esto yo le bailarè el agua delante; pero pensar que tengo de poner mano à la espada, aunque sea contra villanos malandrines de acha, y capilla, es pensar en lo escusado. Yo, señor Sancho, no pienso grangear fama de valiente, sino de el mejor, y mas leal escudero, que jamàs sirvió à Cavallero andante: y si mi señor Don Quixote, obligado de mis muchos, y buenos servicios, quisiera darme alguna Insula de las muchas que su merced dize que se



ha de ropar por ai, recibiré mucha merced en ello; y quando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre en oro de otro, sino de Dios, y mas que también, y aun quizá mejor me hará el pan del gobernado, que siendo Gobernador; y sé yo por ventura, si en estos gobiernos me tiene aparejado el diablo alguna zancadilla, donde tropiece, y caiga, y me deshaga las muelas? Sancho nació, y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto de buenas à buenas, sin mucha solicitud, y sin mucho riesgo me deparasse el cielo alguna Insula, ó otra cosa semejante, no soy tan necio, que la desechasse, que tambien se dize, quando te diere la vaquilla, corre con la soguilla, y quando viene el bien, metelo en tu casa. Vos, hermano Sancho, dixo Carrasco, aveis hablado como vn Cathedratico: pero con todo esto confiad en Dios, y en el señor Don Quixote, que os ha de dar vn Reyno, no que vna Insula. Tanto es lo de mas, como lo de menos, respondió Sancho, aunque sé de zir al señor Carrasco, que no echàra mi señor el Reyno q me diera en saco roto, que yo he tomado el pulso à mi mismo, y me hallo con salud para regir Reynos, y gobernar Insulas: y esto ya otras vezes lo he dicho à mi señor. Mirad Sancho, dixo Sansón, que los officios mudan las costumbres, y podria

ser, que viendoos Gobernador, no conociessedes à la madre q os parió. Esso allà se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma quatro dedos de envidia de Christianos viejos, como yo los tengos: no, sino llegaos à mi condicion, que sabrà vsar de desagrado de ninguno. Dios lo haga, dixo Don Quixote, y ello dirà, quando el gobierno venga, que ya me parece, que le traigo entre los ojos. Dicho esto, rogò al Bachiller, que si era Poeta, le hiziesse merced de componerle vnos versos, que trataassen de la despedida que pensava hazer de su señora Dulcinea del Toboso; y que advirtiesse, que en el principio de cada verso avia de poner vna letra de su nombre: de manera, que al fin de los versos juntandolas primeras letras, se leyessse Dulcinea del Toboso. El Bachiller respondió, q puesto que él no era de los famosos Poetas que avia en España, que dezian, que no eran sino tres y medio, que no dexaria de componer los tales metros, aunque hallava vna dificultad grande en su composicion, à causa, que las letras que contenian el nombre eran diez y siete, y que hazia quatro Castellanas de à quatro versos, sobrava vna letra, y si de à cinco, à què llaman dezimas, ó redondillas, faltavan tres



tres letras : pero con todo esto procuraria embever vna letra lo mejor que pudiesse ; de manera , que en las quatro Castellanas se incluyesse el nombre de Dulcinea del Toboso. Ha de ser assi en todo caso, dixo Don Quixote, q̄ si alli no v̄a el nombre patente, y de manifesto, no ay muger q̄ crea, que para ella se hizieró los metros. Quedaron en esto, y en que la partida seria de alli à ocho dias: encargó Don Quixote al Bachiller, la tuviesse secreta, especialm̄te al Cura, y al Maestre Nicolas, y à su sobrina, y al ama, porque no estorvasen su honrada, y valerosa determinacion. Todo lo prometió Carrasco; con esto se despidió, encargando à Don Quixote, que de todos sus buenos, ò malos sucesos, le avisasse, aviendo comodidad, y assi se despidieron, y Sancho fue à poner en orden lo necesario para su jornada.

*CAP. V. De la discreta y graciosa platica, que passó entre Sancho Pança y su muger Teresa Pança, y otros sucesos dignos de felice recordacion.*

**L**egando à escribir el traductor desta historia este quinto capitulo, dize, que le tiene por apocrifo; porque en él habla Sancho Pança cō otro estilo del q̄ se podia prometer de su corto ingenio, y dize co-

las tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiesse: pero que no quiso dexar de traducirlo, por cumplir con lo que à su officio devia, y assi profiguió diziendo:

Llegó Sancho à su casa tan regocijado, y alegre, que su muger conoció su alegria à tiro de ballesta, tanto, que la obligó à preguntarle, què traeis, Sancho, amigo: que tan alegre venis? A lo q̄ él respondió: Mugermia, si Dios quisiera, bien me holgara yode no estar tan cōteto como muestro. No os entiendo, marido, replicó ella, y no sé que quereis dezir en esto, de que os holgarades, si Dios quisiera de no estar contentos, q̄ inaguer tonta, no sé yo quien recibe gusto de no tenerle. Mirad Teresa, respondió Sancho, yo estoy alegre, porque tengo determinado de bolver à servir à mi amo Don Quixote, el qual quiere la vez tercera salir à buscar las aventuras, y yo buelvo à salir con él, porque lo quiere assi mi necesidad, juto con la esperança que me alegra de pensar, si podre hallar otros cien escudos, como los ya gastados, puesto que me entristece el averme de apartar de ti, y demás hijos; y si Dios quisiera dar me de comer à pie enjuto, y en mi casa, sin traerme por vericuetos, y encrucixadas, pues lo podia hazer à poca costa, y no mas de quererlo, claro está, que



que mi alegría fuera mas firme, y valedera, pues que la que tengo v̄a mezclada con la tristeza de dexarte, assi que dixebien, que holgara si Dios quisiera, de no estar tan contento. Mirad Sancho, replicò Teresa, despues que os hizistes miembro de Cavallero andante, hablais de tan rodeada manera, q̄ no ay quien os entienda. Basta que me entienda Dios, muger, respondió Sancho, que èl es el entendedor de todas las cosas, y quedese esto aquí; y advertid hermana, que os conviene tener cuenta estos tres dias con el ruzio, de manera, que estè para armas tomar; dobladle los piensos, requerid la alvarda, y las demás xarcias, porque no vamos à bodas, sino à rodear el mundo, y à tener dares, y tomar con Gigantes, con Endriagos, y con Vestiglos, y à oír silvos, rugidos, bramidos, y baladros, y aun todo esto fuera flores de cantueso, sino tuvieramos que entèder con Yangueses, y con Moros encantados. Bien creo yo marido, replicò Teresa, que los escuderos andantes no comen el pan de valde, y assi quedarè rogado à Nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura. Yo os digo muger, respondió Sancho, que sino pensasse antes de mucho tiempo verme Governador de vna Insula, aquí me caería muerto. **Esso no marido mio,** dixo Te-

resa, viva la gallina, aunque seã con su pepita: vivid vos, y llevese el diablo quantos govier-nos ay en el mundo: sin govier-no salistes del vientre de vuestra madre, sin govier-no aveis vivido hasta aora, y sin govier-no os iréis, ó os llevaràn à la sepoltura, quando Dios fuere servido. Como estos ay en el mundo que viven sin govier-no, y no por esto dexã de vivir, y de ser contados en el numero de las gentes. La mejor salsa del mundo, es la hambre, y como esta no falta à los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad Sancho, si por ventura os vieredes cõ algun govier-no, no os olvidéis de mi, y de vuestros hijos. Advertid, que Sanchico tiene ya quinze años cabales, y es razon, que vaya à la escuela, si es q̄ su tio el Abad le ha de dexar hecho de la Iglesia. Mirad tambien, que Mari-Sancha vuestra hija no se morirà, si la casamos, que me v̄a dando barruntos, que desea tãto tener marido, como vos deseais veros con govier-no: y en fin, en fin, mejor parece la hija mal casada, que bien abarragana-da. A buena fee, respondió Sãcho, que si Dios me llega à tener algo que de govier-no, que tengo de casar, muger mia, à Mari-Sancha tan altamente, q̄ no la alcancen, sino cõ llamar-la señoria. **Esso no Sancho,** respondió Teresa, casadla con su igual,



igual, que es lo mas acertado, q̄ de los zuecos la facais à chapines, y de saya parda de catorz eno à verdugado, y saboyanas de seda, y de vna Marica, y vn zù, à vna Doña tal, y Señoria, no se ha de hallar la muchacha, y à cada passo ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta, y grossera. Calta boba, dixo Sancho, que todo será vfarlos dos, ó tres años, que despues le vendrà el señorío, y la gravedad como de molde; y quãdo no, q̄ importa, seafe ella señoria, y venga lo que viniere. Medios, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa, no os querais alçar à mayores; y advertid al refràn, que dize: Al hijo de tu vezino, limpia le las narizes, y metele en tu casa. Por cierto, que sería gentil cosa casar à nuestra Maria cõ vn Condado, ó cõ vn Cauallerote, que quando se le antojasse la pusiesse como nuevas, llamandola de villana, hija del estripa terrones, y de la pela rucas: no en mis días, marido; para esto por cierto he criado yo à mi hija: traed vos dineros, Sancho, y el casarla, dexadlo à mi cargo, que ai està Lope Tocho, el hijo de Iuan Tocho, moço rollizo, y sano, y que le conocemos, y se que no mira de mal ojo à la muchacha; y con este, que es nuestro igual, estará bien casada, y le tendremos siempre à nuestros ojos, y seremos todos vnos,

padres, y hijos, nietos, y yernos; andará la paz, y la bendición de Dios entre todos nosotros; y no casarmela vos agora en estas Cortes, y en estos Palacios grandes, à donde ni à ella la entiendan, ni ella se entienda. Ven acá, bestia, y muger de Barrabás, replicó Sancho; por qué quieres tu agora, sin qué, ni para qué, estorvatme que no case à mi hija con quien me denietos, que se llamen Señoria? Mira Teresa, siempre he oido dezir à mis mayores, que el que no sabe gozar de la ventura, quando le viene, que no se deve quejar si le passa. Y no sería bien, que à otra que està llamando à nuestra puerta se la cerrèmos: dexèmonos llevar de este viento favorable que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo que mas abajo dize Sancho, dixo el Traductor de esta historia, que tenía por apocrifo este capitulo.) No te parece, animalia, prosiguió Sancho, que será bien dar con mi cuerpo en algun gobierno provechoso, que nos saque el pie de el lodo; y casasse à Mari Sancha con quien yo quisiere, y verás como te llaman à ti D. Teresa Pança, y te siéntasen la Iglesia sobre alcatifa almohadas, y arábeles, à pesar, y despecho de hidalgos del pueblo. No sino estaos siépre en vn ser, sin crecer, ni mēguar, como figura de paramēto: y en esto ro-



hablemos mas, que Sanchica ha de ser Condesa, aunque tu mas me digas. Veis quanto dezis, marido, respondió Teresa; pues con todo esto temo, que el ce Condado de mi hija ha de ser su perdicion; vos hazed lo que quisieredes, aora la hagais Duquesa, ó Princesa: pero seos dezir, que no será ello con voluntad, ni consentimiento mio. Siempre, hermano, fuy amiga de la igualdad, y no puede aver entonos sin fundamento. Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo, y escueto, sin añadiduras, ni cortapisas, ni arrequives de dones, ni donas. Calcajo se llamó mi padre, y à mi por ser vuestra muger me llamó Teresa Pança, que à buena razon me avian de llamar Teresa Calcajo. Pero allà van Reyes, do quieren leyes, y con este nombre me contento, sin que me le pongan vn don encima, que pelee tanto, q̄ no le pueda llevar; y no quiero dar que dezir à los que me vierē andar vestida à lo Condesil, ó à lo de Governadora, que luego diràn: Mirad que entonada v à la puzpuerca; ayer no se hartava de estirar de vn poco de estopa, y iba à Missa cubierta la cabeça con la falda de la saya, en lugar de manto, y ya oy v à con verdugado, cō broches, y cō entono, como sino lo conociessemos. Si Dios me guarda mis fietè, ó mis cinco sentidos, ó los que tēgo,

no pienso dar ocasion de verme en tal aprieto: vos, hermano, idos à ser gobierno, ó infuilo, y entonaos à vuestro gusto, que mi hija, ni yo, por el siglo de mi padre, que no nos hemos de mudar vn passo de nuestra aldea: la muger honrada, la pier na quebrada, y en casa; y la dōzella honesta, el hazer algo es su fiesta. Idos con vuestro Don Quixote à vuestras aventuras, y dexadnos à nosotras cō nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará, como seamos buenas; y yo no sē por cierto, quien le puso à el don, que no tuvierō sus padres, ni sus abuelos. Aora digo, replicò Sancho, que tienes algun familiar en esse cuerpo. Valgate Dios la muger, y que de cosas has ensartado vnas en otras, sin tener pies, ni cabeça! Qué tiene que que ver el Calcajo, los broches, los refranes, y el tono, cō lo que yo digo? Ven acá, mentecata, è ignorãte (que assi te puedo llamar, pues no entiendes mis razones, y vàs huyendo de la dicha) si yo dixera, que mi hija se arrojara de vna torre abaxo, ó que se fuera por èslos mundos, como se quiso ir la Infanta Doña Vrraca, teneis razon de no venir con mi gusto: pero si en dos paletas, y en menos de vn abrir, y cerrar de ojos, te la chãto vn don, y vna señoria à cueftas, y te la faco de los rastros, y te la pōgo en toldo, y en peana,



na, y en vn estrado de mas almohadas de velludo, que tuvieron Moros en su linage las Almohadas de Marruecos: por que no has de consentir, y querer lo que yo quiero? Sabeis por que, marido, respondiò Teresa, por el refràn, que dize: Quié te cubre, te descubre. Por el pobre todos passan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fue vn tiempo pobre, allí es el murmurar, y el maldezir, y el peor perseverar de los maldicientes, que los ay por essas calles à montones, como en xambres de abejas. Mira, Teresa, respondiò Sancho, y escucha lo q̄ aora quiero dezirte, quizá no lo avrás oido en todos los dias de tu vida; y yo aora no hablo de mio, que todo lo que pienso dezir, son senténcias del Padre Predicador, q̄ la Quaresma passada predicò en este pueblo; el qual, si mal no me acuerdo, dixo, que todas las cosas presentes, que los ojos están mirando, se presentan, están, y asistén en nuestra memoria mucho mejor, y con mas veheméncia, que las cosas passadas. (Todas estas razones que aqui vá diziendo Sancho, son las segundas, por quien dize el Traductor, que tiene por apocrifo este capitulo, que exceden à la capacidad de Sancho, el qual profiguiò, diziendo.) De dõde nace, que quando vemos alguna persona bien aderezada, y con

ricos vestidos compuesta, y con pompa de criados, parece, que por fuerça nos mueve, y combida à que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna baxeza en que vimos à la tal persona, la qual ignominia, aora sea de pobreza, ú de linage, como yá passò, no es, y solo es lo que vemos presente. Y si este à quien la fortuna sacò del borrador de su baxeza, que por estas mismas razones la dexò el padre a la alteza de su prosperidad, fuere bien criado, liberal, y cortés con todos, y no se pufiere en cuentos con aquellos q̄ por antigüedad son nobles; tē por cierto, Teresa, que no avrà quien se acuerde de lo que fue, sino que reverencien lo que es, sino fueren los embidiosos, de quien ninguna prospera fortuna està segura. Yo no os entiēdo; marido, replicò Teresa, hazed lo que quisieredes, y no me quebreis mas la cabeça con vuestras arengas, y retóricas. Y si estais rebuelto en hazer lo que dezis. Resuelto has de dezir muger, dixo Sancho, y no rebuelto. No os pongais à disputar marido conmigo, respondiò Teresa; yo hablo como Dios es servido, y no me meto en mas dibuxos: y digo, que si estais porfiando en tener govierno, que lleveis con vos à vuestro hijo Sancho, para que desde aora le enseñeis à tener



gobierno, que bien es que los hijos hereden, y aprendan los oficios de sus padres. En teniendo gobierno, dixo Sancho, embiarme por él por la posta, y te embiarme dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste à los Governadores, quando no los tienen; y vistele de modo, que dissimule lo que es, y parezca lo q ha de ser. Embiad vos dineros, dixo Teresa, que yo os lo vestire como vn palmito. En efecto quedamos de acuerdo, dixo Sancho, de que ha de ser Condesa nuestra hija. El dia que yo la viere Condesa, respondió Teresa, esse harè cuenta q la entierro: pero otra vez os digo, que hagais lo q os diere gusto, que con esta carga nacemos las mugeres de estar obedientes à sus maridos, aunque sean vnos perros; y en esto comenzó à llorar tan de veras, como si ya viera muerta, y enterrada à Sanchica. Sancho la confortò, diciendole, que ya que la huviesse de hazer Condesa, la haria todo lo mas tarde que ser pudiesse. Con esto se acabò su platica, y Sancho bolviò à ver a Don Quixote, para dar orden de su partida.

(?)



CAP. VI. De lo que passò à Don Quixote con su sobrina y con su ama, y es vno de los mas importantes capitulos de toda la historia.

EN tanto que Sancho Pança, y su muger Teresa Calcajos passaron la impertinente referida platica, no estavan ociosas la sobrina, y el ama de D. Quixote, que por mil señales iban coligiendo, que su tio, y señor queria desgarrarse la vez tercera, y bolver al exercicio de su (para ellas) mal andante cavalleria, procuravan por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento: pero todo era predicar en desierto, y majar en hierro frio. Con todo esto, entre otras muchas razones que con él passaron, le dixo el ama: En verdad, señor mio, que si vuestra merced no afirma el pie llano, y se està quedo en su casa, y se dexa de andar por los montes, y por los valles, como anima en pena, buscando estas que dizen que se llaman aventuras, à quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz, y en grita à Dios, y al Rey, que poga remedio en ello. A lo que respondió D. Quixote: Ama, lo que Dios responderà à tus quejas, yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Magestad tampoco; y solo sé, que si yo fuera Rey me escusara de

ref.



Responder à tanta infinidad de memoriales impertinentes, como cada dia ledàn, que vno de los mayores trabajos q̄ los Reyes tienē, entrē otros muchos, es el estar obligados à escuchar à todos, y à responder à todos; y así no querria yo, que cosas mias le diesen pesadumbre. A lo que dixo el ama, diganos, señor: En la Corte de su Magestad no ay Cavalleros? Si respondió Don Quixote, y muchos, y es razon que los aya para adorno de la grandeza de los Principes, y para ostentacion de la Magestad Real. Pues no seria vuestra merced, replicò ella, vno de los q̄ à pie quedo sirviesen à su Rey, y señor estándose en la Corte? Mira, amiga, respondió D. Quixote: No todos los Cavalleros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden, ni deven ser Cavalleros andantes; de todos ha de aver en el mundo: y aunq̄ todos seamos Cavalleros, v̄ à mucha diferencia de los vnos à los otros: porq̄ los cortesanos, sin salir de sus aposentos, ni de los umbrales de la Corte, se pasean por todo el mundo, mirando vn Mapa, sin costarles blanca, ni padecer calor, ni frio, hambre, ni sed. Però nosotros los Cavalleros andantes verdaderos, al Sol, al frio, al ayre, à las inclemencias del Cielo, de noche, y de dia, à pie, y à cavallo, medimos toda

la tierra con nuestros mismos pies. Y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo ser; y en todo trance, y en toda ocasion los acometeremos, sin mirar en niñerías, ni en las leyes de los desafíos, si lleva, ò no lleva mas corta la lanca, ò la espada; si trae sobre sí reliquias, ò algun engaño encubierto; si se hade partir, y hazer tajadas el Sol, ò no, con otras ceremonias deste jaez, que se vsan en los desafíos particulares de persona à persona, que tu no sabes, y yo sí. Y has de saber mas, que el buen Cavallero andante, aunque vea diez Gigantes, que con las cabeças no solo tocan, sino pasan las nubes, y que à cada vno le sirven de piernas dos grãdissimas torres, y que los braços semejan arboles de gruesos, y poderosos navios, y cada ojo como vna gran rueda de molino, y mas ardiendo que vn orno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; antes con gentil continente, y con intrepido coraçon los ha de acometer, y embestir; y si fuere posible vencerlos, y desbaratarlos en vn pequeño instante, aunque viniessen armados de vnas cõchas de vn cierto pescado, q̄ dizē que son mas duras, q̄ si fuesen de diamãtes, y en lugar de espadas traxeressen cuchillos tajãtes de Damasquino a zero, o peras ferradas, cõ pũtas assimismo de



azero, como yo las he visto mas de doze vezes. Todo esto he dicho, ama mia, por q̄ veas la diferencia que ay de vnos Cavalleros a otros, y seria razon, que no huviesse Principe que no estimasse en mas esta segunda, ò por mejor dezir, primera especie de Caualleros andantes, que segun leemos en sus historias, tal ha auido entre ellos, que ha sido la salud, no solo de vn Reyno, sino de muchos. A señor mio, dixo à esta fazon la sobrina, advierta vuestra merced, que todo effo que dize de los Cavalleros andantes, es fabula, y mentira, y sus historias ya que no las quemassen, merecian, que à cada vna se le echasse vn sambenito, ò alguna señal, en que fuese conocida por infame, y por gastadora de las buenas costumbres. Por el Dios que me sustenta, dixo Don Quixote, que sino fueras mi sobrina derecha mente, como hija de mi misma hermana, que avia de hazer vn tal castigo en ti, por la blasfemia que has dicho, que sonàra por todo el mundo. Como qué, es posible, que vna rapaza q̄ apenas sabe menear doze palillos de randas, se atreva à poner lengua, y à censurar las historias de los Cavalleros andantes? Qué dixera el señor Amadis, si lo tal oyera? Pero à buen seguro, que el te perdonàra, porque fue el mas humilde, y cortès Cavalle-

ro de su tiempo, y el mas grãde amparador de las dōzellas; mas tal te pudiera aver oïdo, que no te fuera bien dello, que no todos son corteses, ni bien mirados: algunos ay follones, y defcomedidos. Ni todos los que se llaman Cavalleros lo son de todo en todo, q̄ vnos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen Cavalleros: pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad. Hombres baxos ay, q̄ rebientan por parecer Cavalleros; y Cavalleros altos ay, que parece, que apostamueren por parecer hōbres baxos: aquellos se levantan, ò cō la ambicion, ò con la virtud, estos se abaxan, ò cō la floxedad, ò con el vicio, y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de Cavalleros tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones. Valgame Dios: dixo la sobrina, q̄ sepa vuestra merced tanto, señor tio, que si fuese menester en vna necesidad podria subir en vn pulpito, è irse à predicar por estas calles, y que con todo esto dè en vna ceguera tan grande, y en vna fandez tan conocida, que se dè a entender que es valiente, siendo viejo, que tiene fuerças, estando enfermo, y que endereça tuertos, estando por la edad agobiado; y sobre todo, que es Cavallero, no lo siendo: porque aunque lo pue-



¿an ser los hidalgos, no lo son los pobres? Tienes mucha razón, sobrina, en lo que dizes, respondió Don Quixote, y cosas te pudiera yo dezir cerca de los linages, que te admiraran; pero por no mezclar lo divino con lo humano, no las digo. Mirad, amigas, à quatro fuertes de linages (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que ay en el mundo, que son estos. Vnos que tuvieron principios humildes, y se fueron estendiendo, y dilatando, hasta llegar à vna suma grandeza. Otros, que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando, y los conservan, y mantienen en el ser que comenzaron. Otros, que aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta, como piramide, aviendo diminuido, y aniquilado su principio, hasta parar en nada, como lo es la punta de la piramide, que respeto de su base, ó asiento, no es nada. Otros ay (y estos son los mas) que ni tuvieron principio bueno, ni razonable medio; y así tendrán el fin sin nombre, como el linage de la gente plebeya, y ordinaria. De los primeros, que tuvieron principio humilde, y subieron à la grandeza que aora conservan, te sirva de exemplo la casa Otomona, que de vn humilde, y baxo pastor que le dió principio, està en la cumbre que la vemos. Del segundo li-

nage, que tuvo principio en grandeza, y la conserva sin aumentarla, seràn exemplo muchos Principes, que por herencia lo son, y se conservan en ella, sin aumentar, ni disminuirla, contentiendose en los limites de sus Estados pacificamente. De los que comenzaron grandes, y acabaron en punta, ay millares de exemplos. Porque todos los Farraones, y Tolomeos de Egipto, los Cesares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dar este nombre) de infinitos Principes, Monarcas, Señores, Medos, Asirios, Persos, Griegos, y Barbaros, todos estos linages, y Señorios han acabado en punta, y en nonada; así ellos, como los que les dieron principio, pues no será posible hallar aora ninguno de sus descendientes: y si le hallásemos, sería en baxo, y humilde estado. Del linage plebeyo no tengo que dezir, sino que sirve solo de acrecentar el numero de los que viven, sin que merezcan otra fama, ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que infirais, bobas mias, que es grande la confusion que ay entre los linages, y que solos aquellos parecen grandes, y illustres, que lo muestran en la virtud, y en la riqueza, y liberalidad de sus dueños. Dixe virtudes, riquezas, y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso, será vicioso grande.



de, y el rico no liberal, será vn avaro mendigo, que al poseedor de las riquezas no le haze dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al Cavallero pobre no le queda otro camino para mostrar que es Cavallero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido, y oficioso: no soberbio, no arrogante, no murmurador; y sobre todo, caritativo, que con dos maravedis que con animo alegre dà al pobre, se mostrará tan liberal, como el que à cápana herida dà limo ña, y no avrà quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, dexé de juzgarle, y tenerle por de buena casta; y el no serlo, sería milagro, y siempre la alabança fue premio de la virrud, y los virtuosos no pueden dexar de ser alabados. Dos caminos ay, hijas, por donde pueden ir los hombres à llegar à ser ricos, y honrados; el vno es de las le-

tras: otro el de las armas. Yo tengo mas armas que letras, y nací, segun me inclino à las armas, debaxo de la influencia de el Planeta Marte, así que casi me es forçoso seguir por su camino, y por él tengo de ir à pesar de todo el mundo, y será en valde cansaros en persuadirme à que no quiera yo lo q̄ los Cielos quieren, la fortuna ordena, y la razón pide, y sobre todo, mi voluntad de fea. Pues con saber, como sè, los innumerables trabajos, que son anexos à la andante cavalleria, sè tambien los infinitos bienes que se alcançan cō ella. Y sè, que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho, y espacioso. Y sè, q̄ sus fines, y paraderos son diferentes; porq̄ el del vicio dilatado, y espacioso, acaba en muerte, y el de la virtud, angosto, y trabajoso, y acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin. Y sè, como dize el gran Poeta Castellano nuestro, que:

*Por estas asperezas se camina,  
De la inmortalidad al alto asiento.  
Do nunca arriba quien de allí declina?*

Ay desdichada de mi! dixo la sobrina, que tambien mi señor es Poeta; todo lo sabe, todo lo alcança: yo apostaré, que que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar vna casa como

vna jaula. Yo te prometo, sobrina, respondió Don Quixote, que si estos pensamientos cavallerescos no me llevassen tras si todos los sentidos, q̄ no avria cosa que yo no hiziesse,



si curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas, y palillos de dientes. A este tiempo llamaron á la puerta, y preguntando quien llamava, respondió Sancho Pança, que él era; y apenas le hubo conocido el ama, quando corrió á esconderse, por no verle: tanto le aborrecia. Abrióle la sobrina, salió á recibirle con los brazos abiertos su señor Don Quixote, y encerraronle los dos en su aposento, dōde tuvieron otro coloquio, que no le haze ventaja el pasado.

CAP. VI. De lo que pasó D. Quixote con su escudero, con otros sucesos famosísimos.

**A** Penas vió el ama, que Sancho Pança se encerrava cō su señor, quādo dió en la cuenta de sus tratos, y imaginando, que de aquella consulta avia de salir la resolución de su tercera salida; y tomando su manto, toda llena de congoxa, y pesadumbre, se fue á buscar al Bachiller Sanson Carrasco, pareciendole, que por ser bien hablado, y amigo fresco de su señor, le podría persuadir á que dexasse tan desvariado proposito. Hallóle passeandose por el patio de su casa, y viendole, se dexó caer ante sus pies, trasudando, y congoxosa. Quando la vió Sanson Carrasco con muestras tan doloridas,

y sobresaltadas, le dixo: *Qué es esto, señora ama? Qué le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma? No es nada, señor Sanson mio, sino que mi amo se sale, salese sin duda. Y por donde se sale, señora, preguntó Sanson? Hasele roto alguna parte de su cuerpo? No le sale, respondió ella, sino por la puerta de su locura. Quiero dezir, señor Bachiller de mi anima, q̄ quiere salir otra vez, que con esta será la tercera, á buscar por esse mundo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender como les dà este nombre. La vez primera nos le bolvieron atravesado sobre vn jumento, molido á palos. La segunda vino en vn carro de bueyes, metido, y encerrado en vna jaula, adonde él se dava á entender, que estava encantado; y venia tal el triste, que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo, los ojos hūdidos en los vltimos camaranchones de el cerebro, que para averle de bolver algũ tanto en sí, gasté mas de seiscientos huevos, como lo sabe Dios, y todo el mūdo, y mis gallinas, que no me dexarán mentir. Eslo creo yo muy bien, respondió el Bachiller, q̄ ellas son tan buenas, tã gordas, y tã bien criadas, q̄ no diràn vna cosa por otra, si rebentassen. En efecto, señora ama, no ay otra cosa, ni ha sucedido otro desman alguno,*



fino el que se teme que quiere hazer el señor D. Quixote? No señor, respondió ella. Pues no tenga pena, respondió el Bachiller, sino vayase en hora buena à su casa, y tengame aderezado de almorçar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la Oracion de Santa Apolonia, si es q̄ la sabe, q̄ yo irè luego allà, y verà maravillas. Cuitada de mi, replicò el ama, la Oracion de Santa Apolonia dize vuestra merced que reze, esto fuera si mi amo lo huviera de las mue- las: pero no lo ha sino de los cascos. Yo sè lo que digo, señora ama, vayase, y no se ponga à disputar conmigo, pues sabe que soy Bachiller por Salamanca, q̄ no ay mas que Bachillear, respondió Carrasco: y con esto se fue el ama; y el Bachiller fue luego à buscar al Cura, à comunicar con èl lo que se dirà à su tiempo.

En el que estuvieron encerrados D. Quixote, y Sancho, passaron las razones que cõ mucha puntualidad, y verdadera relacion cuenta la historia. Dixo Sancho à su amo: Señor, ya yo tengo resuzida à mi muger à que me dexè ir con vuestra merced adõde quisiere llevarme. Reducida has de dezir Sancho, dixo Don Quixote, que no reluzida. Vna, ù dos vezes respondió Sancho, si mal no me acuerdo, he suplicado à vuestra merced, que no me enmiende

los vocablos, si es que entienda lo que quiero dezir en ellos; y que quando no los entienda, diga: Sancho, ò diablo, no te entiendo, y si yo no me declarare, entonces podrá enmendarme, que yo soy tan facil. No te entiendo, Sancho, dixo luego D. Quixote, pues no sè que quiere dezir, soy tan focil. Tan focil quiere dezir, respondió Sancho, soy tan assi. Menos te entièdo aora, replicò D. Quixote. Pues si no me puede entender, respondió Sancho, no sè como lo diga, no sè mas, y Dios sea conmigo. Ya, ya caigo, respondió D. Quixote, en ello. Tú quieres dezir, q̄ eres tan docil, blando, y mañero, que tomaràs lo q̄ yo te dixere, y passaràs por lo que te enseñare. A postarè yo, dixo Sancho, que desde el principio me calò, y me entendiò, sino q̄ quiso turbarme por oírme dezir otras dozientas patochadas. Podrà fer, replicò D. Quixote; y enefeto, que dize Teresa? Teresa dize, dixo Sancho, que ate bien mi dedo con vuestra merced, y que hablen cartas, y callen barbas: porque quien destaja, no baraja, pues mas vale vn toma, que dos te darè. Y yo digo, que el consejo de la muger es poco, y el que no lo toma es loco. Y yo lo digo tambien, respondió Don Quixote. Dezid, Sancho amigo, passa adelante, que hablais oy de perlas. Es el caso, replicò San-



Sancho, que como vuestra merced mejor sabe, todos estamos sujetos à la muerte, y que oy somos, y mañana no, y que tã presto se vâ el cordero, como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo mas horas de vida de las que Dios quisiere darle: porque la muerte es forda, y quando llega à llamar à las puertas de nuestra vida, si èpre vâ de priessa, y no la haràn detener, ni ruegos, ni fuerças, ni cetros, ni mitras, segùn es publica voz, y fama, y segun nos lo dizen por estos pulpitos. Todo esto es verdad, dixo D. Quixote; pero no sè dõde vâs à parar. Voy à parar, dixo Sancho, en que vuestra merced me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere; y que el tal salario se me pague de su hacienda, que no quiero estar à mercedes, que llegan tarde, ò mal, ò nunca, con lo mio me ayude Dios. En fin, yo quiero saber lo que gano, poco, ò mucho q̄ se, que sobre vn huevo pone la gallina, y muchos pocos hazen vn mucho, y miètas se gana algo, no se pierden nada. Verdad sea, que si sucedièsse (lo qual, ni lo creo, ni lo espero) que vuestra merced me dièsse la Insula que me tiene prometida, no soy tã ingrato, ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querrè q̄ se aprecie lo q̄ montare la renta de la tal Insula, y se descuen-

te de mi salario gata por cantidad. Sancho, amigo, respõdiò Don Quixote, à las vezes tan buena suele ser vna gata, como vna rata. Ya entiendo, dixo Sancho. Yo apostarè que avia de dezir rata, y no gata; pero no importa nada, pues vuestra merced me ha entèdido. Y tan entendido, respondiò Dõ Quixote, que he penetrado lo vltimo de tus pensamientos, y sè al blanco que tiras con las innumerables faetas de tus refranes. Mira Sancho, yo bien te señalaria salario, si huviera hallado en alguna de las historias de los Cavalleros andantes exemplo que me descubrièsse, y mostrasse por algùn pequeño reliquicio, qué es lo que solian ganar cada mes, ò cada año: pero yo he leído todas, ò las mas de sus historias, y no me acuerdo aver leído, que ningun Cavallero andante aya señalado conocido salario à su escudero. Solo se, q̄ todos servian à merced, y que quando menos se lo pensavã, si à sus señores les avia corrido bien la suerte, se hallavan premiados con vna Insula, ò con otra cosa equivalente, y por lo menos quedavan con Titulo, y Señoria. Si con estas esperanças, y aditamètos, vos Sancho, gustais de bolver à servirme, sea en buen hora, que pensar q̄ yo he de sacar de sus terminos, y quicios la antigua vfança de la cavalleria andante, ès pensar



en lo escusado. Assi que Sancho mio, bolveos à vuestra casa, y declarad à vuestra Teresa mi intenciõ; y si ella gustare, y vos gustaredes de estar à merced conmigo benè quidem: y si no, tan amigos como de antes, que si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas. Y advertid, hijo, que vale mas buena esperança, que ruin possession, y buena queixa, que mala paga. Hablo de esta manera, Sancho, por daros à entender, que tambien como se yo arrojar refranes, como llovidos. Y finalmente, quiero dezir, y os digo, que si no quereis venir à merced conmigo, y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos, y os hagavna fanto, que à mi no me faltaran escuderos mas obedientes, mas sollicitos, y no tan empachados, ni tan habladores como vos. Quando Sancho oyó la firme resoluciõ de su amo, se le anublò el Cielo, y se le cayeron las alas del coraçon; porque tenia creido, que su señor no se iria sin el por todos los averes del mundo: y assi estando suspenso, y penlativo, entrò Sanson Carrasco, y la sobrina, deseolos de oir con que razones persuadia à su señor q̄ no tornasse à buscar las aventuras. Llegó Sanson, focarrõn famoso, y abraçandole como la vez primera, y con voz levantada, le dixo: O flor de la andante cavalleria! ò luz resplande-

ciente de las armas! ò honor, y espejo de la Nacion Española: plega à Dios todo poderoso, do de mas largamente se contiene, que la persona, ò personas q̄ pudiesen impedimèto, y estorvaren tu tercera salida, que no la hallassen en el laberinto de sus deseos, ni jamás se les cumpla lo que mal desearen. Y bolviendo se al ama, le dixo: Bien puede la señora ama no rezar mas la Oracion de Santa Apollonia, que yo se q̄ es determinacion precisa de las Esferas, que el señor Don Quixote vuelva à executar sus altos, y nuevos pèñamientos, y yo encargaria mucho mi cõciencia, sino intimasse, y persuadiesse à este Cavallero, que no téga mas tiempo encogida, y detenida la fuerza de su valeroso brazo, y la bõdad de su animo valétissimo, porq̄ defrauda con su tardança el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la hõra de las dõzellas, el favor de las viudas, y el arrimo de las caídas, y otras cosas deste jaez, q̄ tocã, atañen, dependē, y son anexas à la ordē de la cavalleria andante. Ea, señor D. Quixote mio, hermoso, y bravo, antes oy que mañana se ponga vuestra merced, y su grãdeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en execucion, aqui estoy yo para suplirla con mi persona, y hacienda, y si fuere necesidad servir à tu magnificencia de



escudero, lo tendrá à felicísima ventura. A esta sazón, dixo Don Quixote, bolviendose à Sancho: No te dixe yo, Sancho, que me avian de sobrar escuderos? mira quien se ofrece à serlo, sino el inaudito Bachiller Sanson Carrasco, perpetuo Trastulo, y regozijador de los patios de las Escuelas Salamanticenses, sano de su persona, agil de sus miembros, callado, sufridor, así del calor, como del frio, así de la hambre, como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de vn Cavallero andante: pero no permita el cielo, que por seguir mi gusto desbarrete, y quiebre la columna de las letras, y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las bucnas, y liberales artes. Quedese el nuevo Sanson en su patria, y honrandola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con qualquier escudero d'istare contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo. Si digno, respondió Sancho, enternecido, y llenos de lagrimas los ojos, y prosiguiò: No se dirà por mi, señor mio, el pan comido, y la compañía deshecha, si que no vengo yo de alguna calurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo, y eipcialmente mi pueblo, quien fueron los Panças, de quien yo deciendo; y mas que tengo co-

nocido, y calado por muchas buenas obras, y por mas buenas palabras el deseo q' vuestra merced tiene de hazer me merced; y si me he puesto en cuëntas de tanto mas quanto acerca de mi salario, ha sido por complazer à mi muger, la qual quando toma la mano à persuadir vna cosa, no ay maço que tanto apriete los aros de vna cuba, como ella aprieta, à que se haga lo q' quiere: pero enefeto, el hõbre ha de ser hõbre, y la muger muger; y pues yo soy hõbre donde quiera, que no lo puedo negar, también lo quiero ser en mi casa, pese à quiẽ pesare: y así no ay mas que hazer, sino q' vuestra merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda rebolcar, y pongamonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sanson, que dize, que su conciencia le lita, q' persuada à vuestra merced à salir vez tercera por esse mundo, y yo de nuevo me ofrezco à servir à vuestra merced fiel, y legalmente, tan bien, y mejor que quantos escuderos han servido à Cavalleros andantes en los passados, y presentes tiempos. Admirado quedó el Bachiller de oir el termino, y modo de hablar de Sancho Pança, que puesto que avia leído la primera historia de su señor, nunca creyò, que era tan gracioso como alli le pintan: pero oyendole dezir aora



testamento, y codicilio, que no se pueda rebolcar, en lugar de testamento, y codicilo, que no se pueda revocar; creyò todo lo que de la via leido, y confirmòlo por vno de los mas solemnes mentecatos de nuestros siglos, y dixo entre si, que tales dos locos, como amo, y moço, no se avrian visto en el múdo. Finalmente, D. Quixote, y Sancho se abraçaron, y quedaron amigos, y con parecer, y beneplacito del gran Carrasco (que por entonces era su oraculo) se ordenò, que de alli à tres dias fuese su partida, en los quales avria lugar de aderezar lo necesario para el viage, y de buscar vna celada de encaxe, que en todas maneras, dixo D. Quixote, q̄ la avia de llevar. Otrecióse la Sanson, porque sabia no se la negaria vn amigo suyo, q̄ la tenia, puesto que estava mas escura por el orin, y el moho, que clara, y limpia por el terso azero. Las maldiciones que los dos, ama, y sobrina echaron al Bachiller, no tuvieron cuento: metaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas, que se vsavan, lamentavan la partida, como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sanson para persuadirse à que otra vez la liesse, fue hazer lo que adelante cuenta la historia, todo por consejo del Cura, y Barbero, con quien el antes lo avia comuni-

cado. En resolucion, en aque- llos tres dias Don Quixote, y Sancho se acomodaron de lo q̄ les pareció còvenirles; y aviendo aplacado Sancho à su muger, y Don Quixote à su sobrina, y à su ama, al anochecer, sin que nadie lo viesse, sino el Bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso. Don Quixote sobre su buen Rozinante, y Sancho sobre su antiguo ruzio, proveidas las alforjas de cosas tocantes à la bolicas, y la bolsa de dineros que le diò Dño Quixote, para lo que se ofreciesse. Abraçòle Sanson, y suplicòle le avisasse de su buena, o mala suerte, para alegrarse con esta, ò entristecerse con aquella, como las leyes de su amistad pedian; prometiósele Don Quixote: diò Sanson la buelta à su lugar; y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.

*CAP. VIII. Donde se cuenta lo que le sucedió à Don Quixote, yendo à ver à su señora Dulcinea del Toboso.*

**B**Endito sea el poderoso Alá; dize Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capitulo; bendito sea Alá, repite tres veces: y dize, que dà estas bendiciones, por ver que tiene ya en campaña à Don Quixote, y à Sancho, y que los lectores de

su



su agradable historia puedē hazer cuenta, que desde este punto comiēçan las hazañas, y donaires de Don Quixote, y de su escudero: persuadeles, que se le olviden las passadas cavallerias del ingenioso hidalgo, y pongā los ojos en las que estān por venir, que desde agora en el camino del Toboso comiēçan, como las otras començarō en los campos de Montiel: y no es mucho lo que pide, para tanto como el promete, y asī prosigue diziendo:

Solos quedaron Don Quixote, y Sancho, y apenas se hubo apartado Sancho, quando comēçō à relinchar Rozinante, y à suspirar el ruzio, que de entrābos, Cavallero, y escudero fue tenido à buena señal, y por felicissimo aguero; aunque si se ha de contar la verdad, mas fuerō los suspiros, y rebuznos del ruzio, q̄ los relinchos del rozin; de donde coligiō Sancho, que su ventura avia de sobrepujar, y ponerse encima de la de su señor, fundandose, no sē si en Astrologia judiciaria, que èl se sabia, puesto que la historia no lo declara; solo le oyeron dezir, q̄ quādo tropezava, o caia, se holgāra no aver salido de casa, por que del tropezar, o caer, no se sacava otra cosa, sino el çapato roto, o las costillas quebradas: y aunque tonto, no andava en esto muy fuera de camino. Dixo le D. Quixote: Sancho ami-

go, la noche se nos vā en trando à mas andar, y con mas escuridad de la que aviamos menester, para alcançar à ver con el dia al Toboso, adōde tengo determinado de ir antes que en otra aventura me ponga: alli tomarē la bendicion, y buena licencia de la sin par Dulcinea; con la qual licencia pienso, y tēgo por cierto de acabar, y dar felice cima à toda peligrosa aventura: porque ninguna cosa desta vida haze mas valiētes à los Cavalleros andantes, que verse favorecidos de sus damas. Yo asī lo creo, respondiō Sancho; pero tengo por dificultoso, que vuestra merced pueda ablandar, ni verse con ella en parte alomenos, que pueda recibir su bendicion, si ya no se la echa desde las bardas de el corral, por donde yo la vi la vez primera, quādo le llevē la carta donde iban las nuevas de las sandezas, y locuras que vuestra merced quedava haziendo en el coraçon de sierra Morena. Bardas de corral se te antojārō aquellas, Sancho, dixo D. Quixote, adonde, o por donde viste aquella jamās bastantemente alabada gentileza, y hermosura? No devian de ser sino galerias, o corredores, o lonjas, o como las llaman de ricos, y Reales Palacios. Todo pudo ser, respondiō Sancho; pero à mi bardas me parecieron, sino es que soy falto de memoria. Contodo esto



so vamos allà Sancho, replicó Don Quixote, que como yo la vea, esso se me dà, que sea por bardas, que por ventanas, ó por resquicios, ó verjas de jardine; que qualquier rayo que del sol de su belleza llegue à mis ojos, alúbrará mi entendimiento, y fortalecerá mi coraçon de modo, que quede vnico, y sin igual en su discrecion, y en la valentia. Pues en verdad, señor, respondió Sancho, q̄ quando yo vi esse sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estava tan claro, que pudiesse echar de si rayos algunos, y devió de ser, q̄ como su merced estava ahechando aquel trigo q̄ dixen el mucho polvo que sacava, se le puso como nube ante el rostro, y se le escureció. Que todavia dás, Sancho, dixo Don Quixote, en dezir, en pésar, en creer, y en porfiar, q̄ mi señora Dulcinea ahechava trigo, siendo esso vn menester, y exercicio que vá de viado de todo lo que hazen, y deven hazer las personas principales, que están constituidas, y guardadas para otros exercicios, y entretenimientos, que muestran à tiro de ballesta su principalidad. Mal se te acuerdan à ti, Sancho, aquellos versos de nuestro Poeta, donde nos pinta las labores que hazían allà en sus moradas de cristal aquellas quatro ninfas, que del Tajo amado sacaron las cabeças, y se sentaron à labrar en el prado

verde aquellas ricas telas, que allí el ingenioso Poeta nos describe, que todas erã de oro, sirgo, y perlas, con trenças texidas. Y de esta manera devia de ser el de mi señora, quando tu la viste, sino que la embidia, q̄ algun mal encantador deve de tener à mis cosas, todas las que me han de dar gusto, trueca, y buelve en diferentes figuras, que ellas tienē, y assi temo, que en aquella historia, que dizen que anda impressa de mis hazañas, si por ventura ha sido su Autor algun sabio mi enemigo, avrá puesto vnas cosas por otras, mezclando con vna verdad mil mentiras, divirtiendose à contar otras acciones, fuera de lo que requiere la continuacion de vna verdadera historia. O embidia, raiz de infinitos males, y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen vn no sè que de deleite consigo, pero el de la embidia no trae sino disgustos, rēcores, y rabias. Esso es lo que yo digo tambien, respondió Sancho, y pienso, que en essa leyenda, ó historia, que nos dixo el Bachiller Carrasco, que de nosotros avia visto, deve de andar mi honra à coche acá cinchado, y como dizen, al estricote aqui, y allí barriendo las calles. Pues à fee de bueno, que no he dicho yo mal de ningun encantador, ni tengo tantos bienes q̄ pueda ser embidiado; bien es



verdad, que soy algo malicioso, y que tengo mis ciertos asomos de vellaco; pero todo lo cubre, y tapa la gran capa de la limpieza mia, siempre natural, y nunca artificiosa: y quando otra cosa no tuviese, sino el creer, como siempre creo, firme, y verdaderamente en Dios, y en todo aquello que tiene, y cree la Santa Madre Iglesia Catolica Romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los Judios, devian los Historiadores tener misericordia de mi, y tratarme bien en sus escritos: pero digan lo que quisieren, que desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano, aunque por verme puesto en libros y andar por esse mundo de mano en mano, no se me da vn higo que digan de mi todo lo que quisieren. Esto me parece, Sancho, dixo Don Quixote, a lo que sucedió a vn famoso Poeta destos tiempos; el qual aviendo hecho vna maliciosa satira contra todas las damas cortesanas, no puso, ni nombró en ella a vna dama, que se podia dudar, si lo era, o no; la qual viendo que no estava en la lista de las damas, se quejó al Poeta, diciendole, que que avia visto en ella para no ponerla en el numero de las otras, y que alargasse la satira, y la pusiesse en el entanche; si no, que mirasse para lo que avia nacido: hizo lo así el Poeta, y puso la qual no

digian dueñas, y ella quedó satisfecha, por verse con fama, aunque infame. También viene con esto lo que cuenta de aquel pastor, que puso fuego, y abrasó el Templo famoso de Diara, contado por vna de las siete maravillas del mundo, solo porq̄ quedasse vivo su nombre en los siglos venideros; aunque se mandó, q̄ nadie nombraresse, ni hiziesse por palabra, o por escrito mencion de su nombre, porque no conguiesse el fin de su deseo, todavía se supo, que se llamava Erotrato. Tambien alude a esto lo que sucedió al grande Emperador Carlos Quinto con vn Cavallero, en Roma. Quiso ver el Emperador aquel famoso Templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el Templo de todos los Dioses, y agora con mejor vocacion se llama de todos los Santos; y es el edificio que mas entero ha quedado de los que alçó la gentilidad en Roma: y es el que mas conserva la fama de la grandiosidad, y magnificencia de sus fundadores; el es de hechura de vna media naranja, grandissimo en estremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz, que la que le concede vna ventana, o por mejor dezir, claraboya redonda, que está en su cima; desde la qual mirando el Emperador el edificio, estava con él, y a su lado vn Cavallero Romano, declarandole los primores.



y futilidades de aquella gran maquina, y memorable arquitectura; y aviendose quitado de la claraboya, dixo al Emperador: Mil vezes, Sacra Magestad, me vino deseo de abraçarme con vuestra Magestad, y arrojar me de aquella claraboya abaxo, por dexar de mi fama eterna en el mundo. Yo os agradezco, respondió el Emperador, el no aver puesto tan mal pensamiêto en efecto, y de aqui adelante no os pondré yo en ocasion, que bolvais à hazer prueba de vuestra lealtad; y assi os mando, que jamás me habléis, ni esteis donde yo estuviere: y tras estas palabras le hizo vna gran merced. Quiero dezir, Sancho, que el deseo de alcançar fama es activo en gran manera: quien pien- sas tú que arrojò à Horacio del puente abaxo armado de todas armas, en la profundidad del Tibre? quien abraso el brazo, y la mano à Mucio? quien impeliò à Curcio à lançarse en la profunda sima ardiente, que apareció en la mitad de Roma? Quien contra todos los agüeros q̄ en contra se le avian mostrado, hizo pailar al Rubicon à Cesar? Y con exemplos mas modernos, quien barrenó los navios, y dexò en seco, y aislados los valerosos Españoles, guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas, y otras grandes, y diferentes hazañas, son fueron, y serán

obras de la fama, que los mortales desean, como premios, y parte de la inmortalidad q̄ sus famosos hechos merecen; puesto que los Christianos Catolicos, y andantes Cavalleros, mas avemos de atender à la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones eternas, y celestes, que à la vanidad de la fama, que en este presente, y acabable siglo se alcançan; la qual fama por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mūdo, que tiene fin señalado: assi, ò Sancho, que nuestras obras no han de salir de el limite que nos tiene puesto la Religion Christiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes à la soberuia: à la embidia, en la generosidad, y buen pecho: à la ira, en el reposado continente, y quietud del animo: à la gula, y al sueño, en el poco comer que comemos, y en el mucho velar q̄ velamos: à la luxuria, y lascivia, en la lealtad que guardamos à las q̄ hemos hecho señoras de nuestros pensamientos: à la pereza, con andar por todas las partes de el mundo buscando las ocasiones que nos puedan hazer, y hagan sobre Christianos famosos Cavalleros. Vès aqui, Sancho, los medios por donde se alcançan los extremos de alabanças, que consigo trae la buena fama. Todo lo q̄ vuestra merced hasta aqui me ha dicho, dixo Sancho, lo



he entendido muy bien; pero con todo esto querria que vuestra merced me sorbiesse vna duda, que aora en este puto me ha venido à la memoria. A solviesse, quieres dezir, Sancho, dixo Don Quixote, di en buena hora, que yo responderè lo que supiere. Digame, señor, profuguiò Sãcho, es los Julios, ò Agostos, y todos estos Cavalleros hazñosos q̄ ha dicho, que ya son muertos; donde estàn aora? Los Gentiles, respondiò Don Quixote, sin duda estàn en el infierno: los Christianos, si fueron buenos Christianos, ò estàn en el Purgatorio, ò en el Cielo. Està bien, dixo Sancho; pero sepamos aora: Estas sepulturas, dõde estàn los cuerpos de estos señorazos, tienen delante de si lamparas de plata, ò estàn adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabbelleras, de piernas, y de ojos de cera: y si de esto no, de què estàn adornadas? A lo que respondiò Don Quixote: Los sepulcros de los Gentiles fueron por la mayor parte sumptuosos Tèplos; las cenizas del cuerpo de Julio Cesar se pusieron sobre vna piramide de piedra de desmesurada grandeza, à quien oy llaman en Roma la aguja de San Pedro. Al Emperador Adriano le sirviò de sepultura vn castillo tan grande como vna buena Aldea, à quien llamaron Moles Adriani, que aora es el Castillo

de Santàgel en Roma. La Reyna Artemisa sepultò à su marido Mausoleo en vn sepulcro, que se tuvo por vna de las siete maravillas del mudo; pero ninguna destas sepulturas, ni otras muchas que tuvieron los Gentiles, se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas, y señales que mostrassen ser santos los que en ellas estavan sepultados. A esto voy, replicò Sancho; y digame aora, qual es mas, resucitar à vn muerto, ò matar à vn Gigante? La respuesta està en la mano, respondiò D. Quixote; mas es resucitar à vn muerto. Cogido le tengo, dixo Sancho; luego la fama del que resucita muertos, dà vista à los ciegos, endereza los coxos, y dà salud à los enfermos, y delante sus sepulturas arden lamparas, y estàn llenas sus capillas de gentes devotas, que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama serà para este, y para el otro siglo, que la que dexaron, y dexaren quãtos Emperadores Gentiles, y Cavalleros andantes ha avido en el mundo? Tambien confieso esta verdad, respondiò Don Quixote. Pues esta fama, estas gracias, estas prerrogativas, como llaman à esto, respondiò Sancho, tienè los cuerpos, y las reliquias de los Sãtos, que con aprobacion, y licencia de nuestra Santa Madre Iglesia, tienen lamparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelle-



ras, ojos, piernas, con que aumentan la devocion, y engrádecen su Christiana fama? Los cuerpos de los Sántos, ó sus reliquias llevan los Reyes sobre sus ombros, besan los pedaços de sus huesos, adornan, y enriquecen con ellos sus Oratorios, y sus mas preciados Altares. Què quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dixo Don Quixote. Quiero dezir, dixo Sancho, que nos demos à ser santos, y alcãçaremos mas brevemente la buena fama que pretendemos. Advierta, señor, que ayer, ó antes de ayer, que segun ha poco, se puede dezir de esta manera, canonizaron, ó beatificaron dos Frailecitos Descalços, cuyas cadenas de hierro cõ que ceñian, y atormentavã sus cuerpos, se tiene aora à gran ventura besarlas, y tocarlas, y están en mas veneracion, que està, segun dixen, la espada de Roldan en la Armeria del Rey nuestro señor, que Dios guarde: assi que señor mio, mas vale ser humilde Frailecito de qualquier Orden que sea, que valiente, y andante Cavallero: mas alcançan con Dios dos docenas de disciplinas, que dos mil lançadas, ora las den à Gigantes, ora à Vestigios, ó Endrigos. Todo esto es assi, respõdiò Don Quixote,; pero no todos podemos ser Frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios à los suyos al Cielo; reli-

gion es la cavalleria: Cavalleros santos ay en la gloria. Si, respondiò Sancho; pero yo he oído dezir, que ay mas Frailes en el Cielo, que Cavalleros andantes. Esto es, respondiò D. Quixote, porque es mayor el numero de los Religiosos, que el de los Cavalleros. Muchos son los andãtes, dixo Sancho. Muchos, respondiò Don Quixote; pero pocos los que merecen nombre de Cavalleros. En estas, y otras semejantes platicas se les passò aquella noche, y el dia siguiente, sin acontecerles cosa que de contar fuesse, de que no poco le pesò à D. Quixote. En fin otro dia al anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus à Don Quixote, y se le entristecieron à Sancho; porque no sabia la casa de Dulcinea, ni en su vida la avia visto, como no la avia visto su señor; de modo, que el vno por verla, y el otro por no averla visto, estaban alborotados, y no imaginava Sancho, qué avia de hazer quando su dueño le embiasse al Toboso. Finalmente, ordenò D. Quixote entrar en la ciudad entrada la noche, y en tãto que la hora se llegava, se quedaron entre vnas encinas, que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto, entraron en la ciudad, donde les sucedió cosas, que à las cosas llegan.



CAP. IX. Donde se cuenta lo que en él se verá.

**M**edia noche era por filo, poco mas, ó menos, quando Don Quixote, y Sancho dexaron el monte, y entraron en el Toboso: estava el pueblo en vn sossegado silencio; porque todos sus vezinos dormian, y reposavan à pierna tendida, como suele dezirse. Era la noche entre clara, puesto que quisiera Sancho, que fuera del todo escura, por hallar en su escuridad disculpa de su sandez. No se oia en todo el lugar, sino ladridos de perros, q̄ atronavã los oídos de Don Quixote, y turbavan el coraçon de Sancho: de quando en quando rebuznava vn jumento, gruñian puercos, mayavan gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentavan con el silencio de la noche. Todo lo qual tuvo el enamorado Cavallero à malaguero; pero con todo esto dixo à Sancho: Sancho hijo, guia al Palacio de Dulcinea, quiza podra ser, que la hallamos despierta. A què Palacio tēgo de guiar, cuerpo del Sol, respondió Sancho, que en el que yo vi à su grandeza, no era sino casa muy pequeña? Devia de estar retirada entontes, respondió Don Quixote, en algun pequeño apartamiento de su Alcazar, solazandose à solas con sus donzellas, como es vfo,

y costumbre de las altas señoras, y Princesas. Señor, dixo Sãcho, ya q̄ vuestra merced quiere, à pesar mio, que sea Alcazar la casa de mi señora Dulcinea, es hora esta por ventura de llamar la puerta abierta? y serà biẽ que demos aldabazos, para que nos oyan, y nos abran, metiẽdo en alboroto, y rumor toda la gente? Vamos por dicha à llamar à la casa de nuestras mãcebas, como hazen los abarraganados, q̄ llegan, y llamã, y entran à qualquiera hora, por tarde que sea? Hallemos primerovna por vna el Alcazar, replicó D. Quixote, que entonces yo dirè, Sancho, lo que serà bien que hagamos: y advierte, Sancho, que yo veo poco, que aquel bulto grande, y sombra, que desde aqui se descubre, la deve de hazer el Palacio de Dulcinea. Pues guie vuestra merced, respondió Sãcho; quiza serà assi, aunque yo lo verè con los ojos, y lo tocarè con las manos, y assi lo creerè yo, como creer que es aora de dia. Guió Don Quixote, y aviẽdo andado como dozientos pasos, dió con el bulto que hazia la sombra, y vió vna gran torre, y luego conoció, que el tal edificio no era Alcazar, sino la Iglesia principal del pueblo; y dixo: Con la Iglesia hemos dado, Sãcho. Ya lo veo, respondió Sãcho, y plega à Dios, que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los



cimenterios à tales horas, y mas aviédo yo dicho à vuestra merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en vna callejuela sin salida. Maldito seas de Dios, mentecato, dixo Don Quixote, adóde has tu hallado, que los Alcaçares, y Palacios Reales estén edificadoss en callejuelas sin salida? Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso; quizá se vfa aqui en el Toboso edificar en callejuelas los Palacios, y edificios grandes: y así suplico à vuestra merced me dexé buscar por estas calles, ó callejuelas q se me ofrecen, podria ser q en algun rincón topasse con esse Alcaçar, q le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos, y asfende reados. Habla con respeto Sancho, de las cosas de mi señora, dixo Don Quixote, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la soga tras el caldero. Yo me reportaré, respondió Sancho; pero con qué paciencia podré llevar, que quiera vuestra merced, que de vna sola vez que vi la casa de nuestra ama, la ayade saber siempre, y hallarla a media noche, no hallandola vuestra merced, que la deve de aver visto millares de vezes? Tu me harás desesperar, Sancho, dixo Don Quixote, ven acá herege, no te he dicho mil vezes, que en todos los dias de mi vida no he visto à la fin par Dulcinea, ni jamás a través los vmbrales

de su Palacio, y q solo estoy enā morado de oidas, y de la grā fama que tiene de hermosa, y discreta? A ora lo oygo, respondió Sancho, y digo, que pues vuestra merced no la ha visto, ni yo tampoco. Esto no puede ser, replicó Don Quixote, que por lo menos ya me has dicho tu que la viste a hechando trigo, quando me traxiste la respuesta de la carta que la embié contigo. No se atenga à esto, señor, respondió Sancho; porque le hago saber, que tambien fue de oidas la vista, y la respuesta que le traxe: porque así se yo quien es la señora Dulcinea, como dar vn puño en el Cielo. Sancho, Sancho, respondió Don Quixote, tiempos ay de burlas, y tiempos donde caen, y parecen mal las burlas. No porque no diga, que ni he visto, ni hablado à la señora de mi alma, has tu de dezir tambien, que ni la has hablado, ni visto, siendo tan al revés como sabes. Estando los dos en estas platicas, vieron que venia à passar por donde ellos estavan vno con dos mulas, que por el ruido que hazia el arado, que arrastrava por el suelo, juzgaron que devia de ser labrador, que avria madrugado antes del dia à ir à su labrança; y así fue la verdad. Venia el labrador cantando aquel Romance, que dizen: Mala la huvisteis Franceses en esta de Rorcesvalles. Que me



maten, Sancho, dixo en oyendole Don Quixote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche. No oyes lo que viene cantando esse villano? Si oygo, respondió Sancho; pero que haze à nuestro proposito la caça de Roncesvalles? Assi pudiera cantar el Romance de Calainos, que todo fuera vno, para sucedernos bien, ò mal en nuestro negocio. Llegò en esto el labrador, à quien Don Quixote preguntò: Sabreisme dezir, buen amigo, que buena ventura os de Dios, donde son por aqui los Palacios de la sin par Princesa Dulcinea del Toboso? Señor, respondió el moço, yo foy forastero, y ha pocos dias que estoy en este pueblo, sirviendo à vn labrador rico en la labrança del campo: en esta casa frontera viven el Cura, y el Sacristan del lugar; entrambos, ò qualquier de ellos sabrà dar à vuestra merced razon de essa señora Princesa, porque tienen la lista de todos los vezinos del Toboso, aunque para mi tengo, que en todo el no vive Princesa alguna, muchas señoras si principales, que cada vna en su casa puede ser Princesa. Pues entre essas, dixo Dō Quixote, deve de estar, amigo, estar por quien te preguntò. Podria ser, respondió el moço, y à Dios, que ya viene el alva: y dando à sus milas, no atendió à mas preguntas. Sancho que

vio suspenso à su señor, y assaz mal contento, le dixo: Señor, ya se viene a mas andar el dia, y no será acertado dexar que nos halle el Sol en la calle; mejor será, que nos salgamos fuera de la ciudad, y que vuestra merced se embosque en alguna floresta aqui cercana, y yo bolveré de dia, y no dexaré ostugo en todo este lugar, donde no busque la casa, Alcaçar, ò Palacio de mi señora, y assaz seria de desdichado, sino le hallasse, y hallandole, hablaré con su merced, y le diré donde, y como queda vuestra merced esperando, que le de orden, y traça para verla, sin menoscabo de su hōra, y fama. Has dicho, Sancho, dixo Don Quixote, mil sentencias encerradas en el circulo de breves palabras: el consejo que agora me has dado, le apetezco, y recibo de bonissima gana: vñ hijo, y vamos à buscar dōde me embosque, que tu bolveràs, como dizes, à buscar, à ver, y hablar à mi señora, de cuya discrecion, y cortesia espero mas que milagrosos favores. Rabiava Sancho por sacar à su amo del pueblo, porque no averiguasse la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le avia llevado a Sierra Morena; y assi diò prisa à la salida, que fue luego, y à dos millas del lugar hallaron vna floresta, o bosque, donde Don Quixote se emboscò en tanto que Sancho bolvió



à la ciudad à hablar à Dulcinea, en cuya embaxada le sucedieron cosas, que piden nueva atencion, y nuevo credito.

**CAP. X. Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar à la señora Dulcinea, y de otros successos tan ridiculos como verdaderos.**

**L**egando el Autor de esta grande historia à contar lo que en este capitulo cuenta, dize, que quisiera passarle en silencio, temeroso de que no avia de ser creido; porque las locuras de Don Quixote llegaron aqui al termino, y raya de los mayores que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta mas allà de las mayores. Finalmente, aunque con este medio, y rezelo las escribió de la misma manera que el las hizo, sin añadir, ni quitar à la historia vn atomo de la verdad, sin darle nada por las objecciones que podian ponerle de mentiroso; y tuvo razon, porque la verdad adelgaza, y no quiebra, siempre anda sobre la mentira, como el aceite sobre el agua; y así profugiendo su historia, dize, que así como Don Quixote se emboscò en la floresta, encinar, ò selva junto al gran Toboso, mandò à Sancho bolver à la ciudad, y que no bolviessse à su presencia, sin aver primero hablado de su parte à su señora,

pidiendola fuesse servida de dexarse ver de su cautivo Cavallero, y se dignasse de echarle su bendicion, para que pudiesse esperar por ella felicísimos successos de todos sus acontecimientos, y dificultosas empresas. Encargòse Sancho de hazerlo así como se le mandava, y de traerle tan buena respuesta, como le traxo la vez primera. Anda hijo, replicò Don Quixote, y no te turbes quando te vieres ante la luz de el sol de hermosura que vàs à buscar. Dichoso tu sobre todos los escuderos de el mundo; ten memoria, y no te se passe de ella, como te recibe, si muda las colores al tiempo que la estuvieres dando mi embaxada, si se desassossiega, y turva oyendo mi nombre, si no cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad, y si està en pie: mirala si se pone aora sobre el vno, aora sobre el otro pie, si te repite la respuesta q̄ te diere, dos, ò tres vezes, si la muda de blàda en alpera, de azeda en amorosa: si levanta la mano al cabello para componerle, aũque no estè desordenado: finalmēte, hijo, mira todas sus acciones, y movimientos: porque si tu me los relatares como ellos fueren; facaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su coraçõ acerca de lo q̄ al fecho de mis amores toca, que has de saber



Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes las acciones, y movimientos exteriores que muestran, quando de sus amores se trata, son certísimos correos, que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma passa. Ve amigo, y guíete otra mejor ventura que la mia, y buelvate otro mejor suceso de el que yo quedo temiendo, y esperando en esta amarga soledad en que me dexas. Yo iré, y volveré presto, dixo Sancho, y enfanche vuestra merced, señor mio, esse coraçoncillo, que le deve de tener agora no mayor que vna abellana; y considere, que se suele dezir, que buen coraçon quebranta mala aventura, y que donde no ay tozinos, no ay estacas: y tambien se dize, donde no piensa falta la liebre. Digolo, porque si esta noche no hallamos los palacios, ó alcaçares de mi señora, agora que es de dia los pienso hallar quando menos los piense: y hallados, dexenme á mi con ella. Por cierto, Sancho, dixo Don Quixote, que siempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos, quanto me de Dios mejor ventura en lo que deseo. Esto dicho, bolvió Sancho las espaldas, y vareó su ru-zio, y Don Quixote se quedó á cavallo descãñando sobre los éstrivos, y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes, y confusas imaginaciones, dõde le de-

xarèmos, yendonos cõ Sancho Pança, que no menos confuso, y pensativo se apartò de su señor que èl quedava; y tãto, que apenas huvo salido del bosque, quando bolviendo la cabeça, y viendo que D. Quixote no parecia, se apeó del jumento, y sentandose al pie de vn arbol, començò á hablar consigo mismo, y à dezirle: Sepamos agora, Sancho hermano, adõde vâ vueſta merced? Vâ à buscar algun jumento q̄ se le aya perdido? No por cierto. Pues què vâ à buscar? Voy à buscar, como quien no dize nada, à vna Princesa, y en ella al sol de la hermosura, y à todo el cielo junto. Y adonde pensais hallar esto que dezis, Sancho? Adonde? En la grã ciudad del Toboso. Y bien, y de parte de quien la vais à buscar? De parte del famoso Cavallero D. Quixote de la Mancha, que deshaze los tuertos, y dà de comer al que ha sed, y de beber al que ha hambre. Todo esto està muy bien; y sabeis su casa, Sancho? Mi amo dize, que han de ser vnos Reales Palacios, ó vnos sobervios Alcazares. Y aveisla visto algun dia por ventura? Ni yo, ni mi amo la avemos visto jamàs. Y pareceos que fuera acertado, y bien hecho, q̄ si los del Toboso supiesen q̄ estais vos aqui con intencion de ir à sonfacarles sus Princesas, y à desasoslegarles sus damas, viniessen, y os moliesen



las costillas à puños palos, y no es dexassen huella sano? En verdad que tendria mucha razon, quando no considerassen que soy mandado, y que mensagero fois amigo, no mereceis culpa non. No os fieis en esto, Sancho; porque la gente Manchega es tan colerica, como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele, que os mando mala ventura. Oste puto, allà daràs rayos no si no andeme yo buscando tres pies al gato, por el gusto ageno: y mas que a si sera buscar à Dulcinea por el Toboso, como à Marica por Rabena, ó al Bachiller en Salamanca. El diablo, el diablo me ha metido à mi en esto, que otro no. Este soliloquio passò conmigo, Sancho, y lo que faco del fue, que bolvió à dezirte, aora bien, todas las cosas tienen remedio, si no es la muerte, debaxo de cuyo yugo hemos de passar todos mal que nos pesa al acabar de la vida. Este mi amo, por mil señores he visto, que es vn loco de atar, y aun tambien yo no le quedo en zaga, pues soy mas mentecato que él, pues le figo, y le sirvo, si es verdadero el refràn, que dize: Dime con quié andas, dezirte he quien eres. Y el otro: De no con quien naces, fino con quien pazes. Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura, que las mas vezes toma vnas cosas por otras, y juzga lo blan-

co por negro, y lo negro por blanco, como se pareció quando dixo, que los molinos de vieto eran Gigantes, y las mulas de los Religiosos dromedarios, y las manadas de carneros exercitos de enemigos, y otras muchas cosas à este tono, no será muy difícil hazerle creer, que vna labradora, la primera que me topare por aqui, es la señora Dulcinea; y quando él no lo crea, juraré yo, y si él jurare, tornaré yo à jurar: y si porfiare, porfiaré yo mas, y de manera, que tengo de tener la mia siempre sobre el hito, venga lo que viniere; quizá con esta porfia acabaré con él, que no me embie otra vez a semejantes mensagerias, viendo quan mal recado le traigo dellas, ó quizá pensará, como yo imagino, que algun mal encantador de estos que él dize q̄ le quieren mal, la avra mudado la figura por hazerle mal, y daño. Con esto que pensò Sancho Pança, quedó sossegado su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio; y deteniendose allí hasta la tarde, por dar lugar à que D. Quijote pensasse, que le avia tenido para ir, y bolver del Toboso, y sucediole todo tan bien, que quando se levantò para subir en el ruzio, vió, que del Toboso azia donde él estava veniã tres labradoras sobre tres pollinos, ó pollinas, que el Autor no lo declara, aunque mas se puede

creer,



creer, que erá borricas, por ser ordinaria cavalleria de las aldeanas; pero como no vá mucho en esto, no ay para que detenernos en averigarlo. En resolución, así como Sancho vió à las labradoras, à passo tirado volvió à buscar à su señor Don Quixote, y hallòle suspirando, y diziendo mil amorosas lamentaciones. Como Don Quixote le vió, le dixo: Qué ay, Sancho amigo? Podré señalar este dia con piedra blanca, ó cõ negra? Mejor será, respondió Sancho, que vuestra merced le señale con almagre, como rotulos de Catedras, porque le echen bié de ver los que le vieren. De esse modo, replicò Don Quixote, buenas nuevas traes. Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene mas q̄ hazer vuestra merced, fino picar à Rozinante, y salir à lo raso à ver à la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos donzellas suyas viene à ver à vuestra merced. Santo Dios, qué es lo que dizes, Sancho amigo? dixo Don Quixote. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas historias. Qué ácaría yo de engañar à vuestra merced, respondió Sancho, y estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga, y verà venir à la Princesa nuestra ama, vestida, y adornada, en fin, como quien ella es. Sus donzellas, y ella, todas son

vna áscua de oro, todas mayores de perlas, todas son diamantes, todas rubies, todas telas desbrocadas de mas de diez altos. Los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del Sol, que andan jugando con el viento: y sobre todo, vienen à cavallo sobre tres cananeas remédadas, que no ay mas que ver. Hacaneas querrás dezir, Sancho. Poca diferencia ay, respondió Sancho, de cananea à hacaneas: pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienē las mas galanas señoras que se puede desear, especialmēte la Princesa Dulcinea mi señora, que pasma los sentidos. Vamos, Sancho hijo, respondió Don Quixote, y en albricias destas no esperadas, como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere. y si esto no te contenta, te mando las crias que este año me dierē las tres yeguas mías, que tu sabes que quedan para parir en el prado Concejil de nuestro pueblo. A las crias me atengo, respondió Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no està muy cierto. Ya en esto salieron de la selva, y descubrieron cerca à las tres aldeanas. Tendió Don Quixote los ojos por todo el campo del Toboso, y como no vió fino à las tres labradoras, turbóse todo, y preguntò à Sancho, si las avia



dexado fuera de la ciudad. Como fuera de la ciudad, respondió; por ventura tiene vuestra merced los ojos en el colodrillo, que no ve que son estas las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo Sol à medio día? Yo no veo, Sancho, dixo Don Quixote, sino à tres labradoras sobre tres borricos. Aora me libre Dios del diablo, respondió Sancho, y es posible, que tres hacaneas, ó como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan à vuestra merced borricos? Vive el Señor, que me pele estas barbas si tal fuese verdad. Pues yo te digo, Sancho amigo, dixo Don Quixote, que es tan verdad, que son borricos, ó borricas, como yo soy Don Quixote, y tu Sancho Pança: alomenos à mí tales me parecen. Calle, señor, dixo Sancho, no diga la tal palabra; sino desfavile ellos ojos, y venga à hazer reverencia à la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca; y diziendo esto se adelantó à recibir a las tres aldeanas, y apcandose del ruzio, tuvo de el cabestro al jumento de vna de las tres labradoras, y hincando ambas rodillas en el suelo, dixo: Reyna, y Princesa, y Duquesa de la hermosura, vuestra altivez, y grandeza sea servida de recibir en su gracia, y buen talante al cautivo cava-

llero vuestro, que allí está hecho piedra marmol, todo turbado, y sin pulsos de verse ante vuestra magnífica presencia. Yo soy Sancho Pança su escudero, y él es el asfenderado caballero D. Quixote de la Mancha, llamado por otro nombre el Cavallero de la triste Figura. A esta sazón ya se avia puesto D. Quixote de hinojos junto à Sancho, y mirava con ojos desfencaxados, y vista turbada à la que Sancho llamava Reyna, y señora; y como no descubria en ella, sino vna moça aldeana, y no de muy buen rostro, porque era cari redonda, y chata; estava suspenso, y admirado, sin osar desplegar los labios. Las labradoras estaban asimismo atonitas, viendo aquellos dos hombres, tan diferentes, hincados de rodillas, que no dexavan passar adelante à tu compañera. Pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada, y mohina, dixo: Apartense hora en tal de el camino, y dexenmos passar, q̄ vamos de prisa. A lo que respondió Sancho: O Princesa, y señora universal del Toboso, como vuestro magnífico coraçon no se enternece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia à la columna, y sustentode la andante cavalleria. Oyendo lo qual otra de las dos, dixo: Mas jò, que te estrego burra de mi suegro; mirad con qué se



vienen los señoritos aora à hazer burla de las aldeanas, como si aqui no supiessemos echar pullas como ellos: vayan su camino, y dexenmos hazer el muelo, y ferles ha sano. Levantate, Sancho, dixo à este punto Don Quixote, que ya veo que la fortuna de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contéto à esta anima mezquina, que tengo en las carnes. Y tú, ò estremo del valor que puede desearse, termino de la humana gentileza, vnico remedio de este affligido corazón que te adora, ya que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes, y cataratas en mis ojos, y para solo ellos, y no para otros, ha mudado, y transformado tu sin igual hermosura, y rostro en el de vna labradora pobre; si ya tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestiglo, para hazerle aborrecible à tus ojos: no dexes de mirarme blanda, y amorosamente, echando de ver en esta sumission, y arrodillamiento, que à tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora. Toma que mi aguelo, respondió la aldeana: Amigueta soy yo de oír resquebraxos. Apartense, y dexenmos ir, y agradecerse lo hemos. Apartóse Sancho, y dexola ir, contentíssimo de aver salido bien de su enre-

do. Apenas se viò libre la aldeana, que avia hecho la figura de Dulcinea, quando picando à su hacanea cõ vn aguijon que en vn palo traía, diò à correr por el prado adelante. Y como la borrica sentia la punta de el aguijon, que le fatigava mas de lo ordinario, començo à dar corcobos, de manera, que diò con la señora Dulcinea en tierra: lo qual visto por Don Quixote, acudiò à levantarla, y Sancho à componer, y cinchar la alvarda, que tambien vino à la barriga de la pollina. Acomodada, pues, la alvarda, y queriéndose Don Quixote levantar à su encantada señora en los braços sobre la jumenta, la señora levantándose del suelo le quitò de aquel trabajo, porque haziéndose algun tanto atrás, tomó vna corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dio con su cuerpo mas ligero que vn halcon sobre la alvarda, y quedo ahorcajada, como si fuera hombre, y entonces dixo Sancho: Vive Roque, que es la señora nuestra ama mas ligera que vn alcoran, y que puede enseñar à subir à la gineta al mas diestro Cordovés, ò Mexicano. El arçon trafero de la silla pasó de vn salto, y sin espuelas haze correr la hacanea, como vna cabra, y no le vãn en zaga sus donzellas, que todas corren como el viento, y así era la verdad:



porque en viendose à cavallo Dulcinea, todas picaron tras ella, y dispararon à correr, sin bolver la cabeça atrás por espacio de mas de media legua. Siguiólas Don Quixote con la vista, y quando vió que no parecían, bolviendose à Sancho, le dixo: Sancho, qué te parece quan mal quisto soy de encantadores, y mira hasta donde se estiende su malicia, y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar de el contento que pudiera darme ver en su ser à mi señora Dulcinea? Enefeto, yo naci para exemplo de desdichados, y para ser blanco, y terrero donde romen la mira, y afeesten las flechas de la mala fortuna. Y has tambien de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de aver buelto, y transformado à mi Dulcinea, sino que la transformaron, y bolvieron en vna figura tan baxa, y tan fea, como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señorías, que es el buen olor, por andar siempre entre ambares, y entre flores: porque te hago saber, Sancho, que quando llegué à subir à Dulcinea sobre su hacanea (segun tu dizes, que à mi pareció borrica) me dió vn olor de ajos crudos, que me encalabrino, y atofigó el alma. O canalla, gritó à esta sazon,

ò encantadores, aciagos, y mal intencionados, y quien os viera a todos enfartados por las agallas, como sardinas en leche! Mucho sabeis, mucho podeis, y mucho mas hazeis. Bastaros deviera, vellacos, aver mudado las perlas de los ojos de mi señora Dulcinea en agallas alcornoqueñas; y sus cabellos de oro purissimo en cerdas de cola de muy bermejo: y finalmente, todas sus facciones de buenas en malas, sin que le tocarades en el olor, que por èl si quiera sacáramos lo que estava encubierto debaxo de aquella fea corteza, aunque para dezir verdad, nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, à la qual subia de punto, y quilates vn lunar que tenia sobre el labio derecho, à manera de vigote, con siete, ó ocho cabellos rubios, como hebras de oro, y largos de mas de vn palmo. A esse lunar, dixo Don Quixote, segun la correspondencia que tienen entre si los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo, que corresponde al lado donde tiene el del rostro: pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado. Pues yo sé dezir à vuestra merced, respondió Sancho, que le parecían alli como nacidos. Yo lo creo, amigo, replicó Don Quixote; porque ninguna co-



fa puso la naturaléza en Dulcinea, que no fuesse perfecta, y biē acabada; y así si tuviera ciē lunares como el que dizes, en ella no fueran lunares, sino lunas, y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, aquella que à mi me pareció alvarada, que tu aderezaste, era filla rafa, ò fillon? No era, respondió Sancho, sino filla à la gineeta, con vna cubierta de campo, que vale la mitad de vn Reyno, segun es de rica. Y que no viesse yo todo esto, Sancho, dixo Don Quixote; aora torno à dezir, y dirè mil vezes, que soy el mas de dichado de los hombres. Harto tenia que hazer el focarron de

Sancho en dissimular la rifa, oyendo las sandezes de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, despues de otras muchas razones que entre los dos passaron, bolvieron à subir en sus bestias, y siguiéron el camino de Zaragoza, adonde pensavan llegar à tiempo, que pudiesen hallarse en vnas solemnes fiestas que en aquella insigne Ciudad cada año suelen hazerse. Pero antes que allà llegassen, les sucedieron cosas, que por muchas, grandes, y nuevas, merecen ser escritas, y leidas, como se verá adelante.

(???)





CAP. XI. De la estraña aventura que le sucediò al valeroso Don Quixote con el carro, ò carreta de las cortes de la miseria.



**P**ensativo además iba Don Quixote por su camino adelante, cõsiderando la mala burla que le avian hecho los encantadores, bolviendole à su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginava, què remedio tendria para bolverla à su ser primero; y estos pensamientos le llevavan tan fuera de si, que sin sentirlo soltò las riendas à Rozinante, el qual sintiendo la libertad que se le dava, à cada passo se detenia à pazer la verde yerva, de

què aquellos campos abundavan. De su embelesamiento lo bolviò Sancho Pança, diziendole: Señor, las tristezas no se hizieron para las bestias, sino para los hõbres: pero si los hombres las sienten demasiado, se buelven bestias. V.m. se reporte, y buelva en si, y coja las riendas à Rozinante, y avive, y despierte, y muestre aquella gallardia que conviene que tengan los Cavalleros andantes. Què diablos es esto? Què descaecimiento es este? Estamos aqui, ò



en Francia? Mas que se lleve Satanás à quantas Dulcineas ay en el mundo, pues vale mas la salud de vn solo Cavallero andante, que todos los encantos, y transformaciones de la tierra. Calla Sancho, respondió Don Quixote con voz no muy desfmayada; calla digo, y no me digas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgracia, y desventura yo solo tengo la culpa: de la embidia me tienen los malos ha nacido su mala andança. Afsi lo digo yo, respondió Sancho; quien la vido, y la ve aora, qual es el coraçon que no llora? Eſto puedes tu dezir bien, Sancho, replicó Don Quixote, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura, que el encanto no se estendió à turbarte la vista, ni à encubrirte su belleza; contra mi solo, y contra mis ojos se endereza la fuerça de su veneno. Mas con todo esto he caído, amigo Sancho, en vna cosa, y es, que me pintaste mal su hermosura; porque si mal no me acuerdo, dixiste, que tenia los ojos de perlas; y los ojos que parecen de perlas, antes son de besugo, que de dama: y à lo que yo creo, los de Dulcinea deven de ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos, que les firven de cejas. Y estas perlas quitallas de los ojos, y passallas à los dientes, que sin duda te trocas-

te, Sancho, tomando los ojos por los diétes. Todo puede ser, respondió Sancho; porque tambien me turbó à mi su hermosura, como à vuestra merced su fealdad: pero encomédemoslo todo à Dios, que él es el sabidor de todas las cosas q̄ han de suceder en este valle de lagrimas, en este mal mundo que tenemos, dōde apenas se halla cosa q̄ esté sin mezela de de maldad, embuste, y vellaqueria. De vna cosa me pesa, señor mio, mas q̄ de otras, que es pensar, que medio se ha de tener quando vuestra merced vença à algun Gigante, ó otro Cavallero, y le mãde, que se vaya à presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea, adonde la ha de hallar este pobre Gigēte, ó este pobre, y misero Cavallero vencido? Pareceme que los veo andar por el Toboso hechos vnos bausanes, buscando à mi señora Dulcinea, y aunq̄ la encuentré en mitad de la calle no la conoceràn mas que à mi padre. Quizà Sancho, respondió Dō Quixote, no se entenderà el encantamiento à quitar en conocimiento de Dulcinea à los vencidos, y presentados Gigantes, y Cavalleros, y en vno, ú dos de los primeros que yo vença, y le embie, haremos la experiencia si la ven, ó no, mandandoies que buelvan à dar me relaciō de lo q̄ acerca de ito les huviere sucedido. Digo señor, replicó Sacho, que



que me ha parecido bien lo que vuestra merced ha dicho, y que con este artificio vendremos en conocimiento de lo que deseamos; y si es que ella a solo vuestra merced se encubre, la desgracia mas sera de vuestra merced que suya: pero como la señora Dulcinea tenga salud, y contento, nosotros por acá nos avendremos, y lo passaremos lo mejor que pudieremos, buscado nuestras aventuras, y dexado al tiempo que haga de las suyas, que el es el mejor medico de estas, y de otras mayores enfermedades. Responder queria don Quixote a Sancho Pança: pero estorvoselo vna carreta que salio al través del camino, cargada de los mas diversos, y estraños personajes, y figuras, que pudieron imaginarse. El que guiava las mulas, y servia de carretero, era vn feo demonio. Venia la carreta descubierta al cielo abierto, sin toldo, ni cargo. La primera figura que se ofrecio a los ojos de D. Quixote, fue la de la misma muerte, con rostro humano: junto a ella venia vn Angel, con unas grandes, y pintadas alas. Al vn lado estava vn Emperador con vna Corona, al parecer de oro, en la cabeza. A los pies de la muerte estava el Dios que llaman Cupido, sin venda en los ojos: pero con su arco carcax, y saetas. Venia tambien vn Cavallero armado de punta en blanco, excepto que no traia

morrión, ni celada, sino vn sombrero lleno de plumas de diversas colores, con estas venian otras personas de diferentes trages, y rostros. Todo lo qual visto de improviso, en alguna manera alboroto a D. Quixote, y puso miedo en el coraçon de Sancho, mas luego se alegró D. Quixote, creyendo que se le ofrecia alguna nueva, y peligro sa aventura, y con este pensamiento, y con animo dispuesto de acometer qualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta, y amenazadora, dixo: Carretero, cochero, o diablo, o lo que eres, no tardes en dezirme quien eres, adonde vas, y quien es la gente que llevas en tu carricoche, que mas parece la barca de Caron, que carreta de las que se usan. A lo qual mansamente; deteniendo el diablo la carreta, respondió: Señor, nosotros somos, recitantes de la compañía de Angulo el Malo, hemos hecho en vn lugar que está detrás de aquella loma esta mañana, que es la Octava de el Corpus, el Auto de las cortes de la muerte, y hemosle de hazer esta tarde en aquel lugar que desde aqui parece; y por estar tan cerca, y escuchar el trabajo de desnudarnos, y bolvernòs a vestir, nos vamos vestidos con los mismos vestidos que representamos. Aquel mancebo va de muerte; el otro de Angel. Aquella muger, que es la de el



Autor va de Reyna, el otro de soldado, aquel de Emperador, y yo de demonio, y soy vna de las principales figuras del Auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles. Si otra cosa vuestra merced desea saber de nosotros, preguntemelo que yo le sabré responder con toda pñtualidad, que como soy demonio, todo se me alcanza. Por la fe de Cavallero andante, respondió D. Quixote, que así como vi este carro imaginé q alguna grande aventura se me ofrecia, y aora digo, que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios buena gente, y hazed vuestra fiesta, y mirad si mandais algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen animo, y buen talante, porque desde muchacho fui aficionado à la caratula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farandula. Estàndo en estas platicas quito la fuer te, que llegasse vno de la compañía, que venia vestido de bogiganga, con muchos cascabeles, y en la pñta de vn palo traia tres bexigas de vaca hinchadas, el qual moarracho llegándose à D. Quixote, començò à esgrimir el palo, y à sacudir el suelo con las bexigas, y à dar grandes saltos tonando los cascabeles, cuya mala vision así alborotò à Rozinante, que sin ser poderoso à detenerle D. Qui-

xote, tomando el freno entre los dientes, dio à correr por el campo con mas ligereza que jamás prometieron los huesos de su notomia: Sancho, que cōsiderò el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltò del ruzio, y à toda pñsia fue à valerle: pero quando à él llegó, ya estava en tierra, y junto à el Rozinante, que con su amo vino al suelo. Ordinario fin, y paradero de las lozanas de Rozinante, y de sus atrevimientos. Mas apenas hubo dexado su cavalleria Sancho por acudir à D. Quixote, quando el demonio bailador de las bexigas saltò sobre el ruzio, y sacudiendole con ellas, el miedo, y ruido, mas que el dolor de los golpes, le hizo volar por la campaña àzia el lugar dō de iban hazer la fiesta. Mirava Sancho la carrera de su ruzio, y la caída de su amo, y no sabia à qualde las dos necesidades acudiria primero. Pero enefeto como buen escudero, y como buen criado, pudo mas con él el amor de su dueño: que el cariño de su jumento. Puesto que cada vez que veia levantar las bexigas en el aire, y caer sobre las ancas de su ruzio, eran para él tartagos, sustos de muerte, y antes quisiera, que aquellos golpes se los dieran à él en las niñas de los ojos, que en el mas minimo pelo de la cola de su asno. Con esta perplexa tribulacion llegó donde estava D. Quixote har-



to mas maltratado de lo que él quisiera, y ayudandole à subir sobre Rozinante, le dixo: Señor, el diablo se ha llevado al ruzio. Qué diablo, preguntó Don Quixote? El de las bexigas, respondió Sancho. Pero yo le cobraré, replicó Don Quixote, si bien se encerrasse con él en los mas hondos, y escuros calabozos del infierno. Sigüeme, Sancho, que la carreta vá de espacio: con las mulas della satisfaré la perdida del ruzio. No ay para que hazer essa diligencia, señor, respondió Sancho; vuestra merced temple su colera, q̄ segū me parece ya el diablo ha dexado el ruzio, y buelve à la querencia; y assi era la verdad: porq̄ aviendo caído el diablo cō el ruzio, por imitar à D. Quixote, y à Rozinante, el diablo se fue à pie al pueblo, y el jumento se bolvió à su amo. Con todo esso, dixo Don Quixote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mesmo Emperador. Quite-sele à vuestra merced esso de la imaginacion, replicó Sancho, y tome mi consejo, que es, que nunca se tome con farfantes, q̄ es gente favorecida. Recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre, y sin costas. Sepa vuestra merced, que como son gentes alegres, y de plazer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan, y esti-

man, y mas fiēdo de aquellos de las compañías Reales, y de titulo, que todos, ó los mas en sus trages, y compostura parecen vnos Principes. Pues con todo, respondió Don Quixote, no se me ha de ir el demonio farfante alabando, aunque le favorezca todo el genero humano. Diciendo esto, bolvió à la carreta que ya estava bien cerca de el pueblo, iba dando voces, diziendo: Deteneos, esperad, turba alegre, y regozijada, q̄ os quiero dar à entender como se han de tratar los jumentos, y alimañas que firven de cavalleria à los escuderos de los Cavalleros andantes. Tan altos erā los gritos de D. Quixote, que los oyeron, y entendieron los de la carreta, juzgando por las palabras la intencion del que las dezia; en vn instante saltó la muerte de la carreta, y tras ella el Emperador, el diablo carretero, y el Angel, sin quedarse la Reyna, ni el dios Cupido, y todos se cargaron de piedras, y se pusieron en ala, esperando recibir à Don Quixote en las pūtas de sus guijarros. Don Quixote que los vió puestos en tan gallardo escuadron, los braços levātados, con ademan de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas à Rozinante, y puso se à pensar, de qué modo lo acometeria cō menos peligro de su persona. En esto que se detuvo llegó Sancho, y viēdo



en talle de acometer al bien formado esquadron, le dixo: Añaz de locura seria intentar tal empresa. Considere vuestra merced, señor mio, que para sopa de arroyo, y tente bonete, no ay arma defensiva en el mundo, sino es embutirse, y encerrarse en vna campana de bronce: y tambien se ha de considerar, que es mas temeridad, que valentia acometer vn hombre solo à vn exercito donde està la muerte, y pelean en persona Emperadores, y à quien ayudan los buenos, y los malos Angeles; y si esta consideracion no le mueve à estarse quedo, muevale saber de cierto, que entre todos los que alli están, aunque parecen Reyes, Principes, y Emperadores, no ay ningun Cavallero andante. Aora si, dixo Dō Quixote, has dado, Sancho, en el punto que puede, y deve mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo, ni devo sacar la espada, como otras vezes muchas te he dicho, contra quien no fuere armado Cavallero. A ti, Sancho, toca, si quieres tomar la vengança del agravio que à tu ruzio se le ha hecho, que yo desde aqui te ayudare con voces, y advertimientos saludables. No ay para que, señor, respondió Sancho, tomar vengança de nadie, pues no es de buenos Christianos tomarla de los agravios, quãto mas que yo acabarè con mi asno, que pō-

ga su ofensa en las manos de mi voluntad, la qual es de vivir pacificamēte los dias que los cielos me dieren de vida. Pues esta es tu determinacion, replicó Don Quixote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho Christiano, y Sancho sincero, dexemos estas fantasmas, y bolvamos à buscar mejores, y mas calificadas aventuras, que yo veo esta tierra de talle, que no han de faltar en ella muchas, y muy milagrosas. Bolvió las riendas luego, Sancho fue à tomar su ruzio, la muerte con todo su esquadron volante bolvió a su carreta, y prosiguieron su viage, y este felice fin tuvo la tenebrosa aventura de la carreta de la muerte; gracias sean dadas al saludable consejo q̄ Sancho Pança dió à su amo, al qual el dia siguiente le sucedió otra con vn enamorado, y andante Cavallero, de no menos suspension que la passada.

CAP. XII. *De la estraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quixote con el bravo Cavallero de los espejos.*

LA noche que siguió al dia de el rencuentro de la muerte la passaron D. Quixote, y su escudero debaxo de vnos altos, y sombreros arboles, aviendo à persuasion de Sancho comido Don Quixote de lo que venia en el repuesto del ruzio, y en-



tre la cena dixo Sancho à su señor: Señor, que tonto huviera andado yo, si huviera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuestra merced acabàra antes que las crias de las tres yeguas. Enefeto, enefeto, mas vale pajarito en mano, que Buytre volando. Todavía, respondiò Don Quixote, si tu Sancho me dexaras acometer, como yo queria, te huvieran cabido en despojos por lo menos la corona de oro de la Emperatriz, y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitàra al redopelo, y te las pusiera en las manos. Nunca los cetros, y coronas de los Emperadores farfantes, respondiò Sancho Pança, fueron de oro puro, sino de oropel, ò hoja de lata. Afsi es verdad, replicò Dō Quixote; porque no fuera acertado, que los atavios de la comedia fueran finos, sino fingidos, y aparentes, como lo es la mesma comedia; con la qual quiero, Sancho, que estès bien, teniendola en tu gracia, y por el mesmo consiguiente à los que las representan, y à los que las componen; porque todos son instrumentos de hazer vn gran bien à la Republica, poniendonos vn espejo à cada passo delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humana; y ninguna comparacion ay, que mas al vivo nos represente lo que somos, y lo q̄ avemos

de ser, como la comedia, y los comediàtes: sino dime, no has visto tu representar alguna comedia adonde se introducen Reyes, Emperadores, y Pontifices, Cavalleros, Damas, y otros diversos personages? Vno haze el rufian, otro el embusero, este el mercader, aquel el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple. Y acabada la comedia, y desnudandose de los vestidos de ella, quedan todos los recitantes iguales? Si he visto, respondiò Sancho. Pues lo mesmo, dixo Don Quixote, acontece en la comedia, y trato deste mundo, donde vnos hazen los Emperadores, otros los Pontifices; y finalmente, todas quantas figuras se pueden introducir en vna comedia: pero en llegando al fin, que es quando se acaba la vida, à todos les quita la muerte las ropas que los diferenciavan, y quedan iguales en la sepultura. Brava comparacion, dixo Sancho, aunq̄ no tan nueva, que yo no la aya oido muchas, y diversas vezes, como aquella del juego del axedrez, que mientras dura el juego, cada pieza tiene su particular officio, y en acabandose el juego, todas se mezclan, juntan, y barajan, y dãn con ellas en vna bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura. Cada dia, Sancho, dixo Don Quixote, te vàs haziendo menos simple, y



más discreto. Si, que algo se me ha de pegar de la discrecion de vuestra merced, respondió Sancho, que las tierras que de suyo son estériles, y secas, estercolandolas, y cultivandolas vienen á dar buenos frutos: quiero dezir, que la conversaci6n de vuestra merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído, la cultivacion el tiempo que há q̄ le sirvo, y comunico, y con esto espero de dar frutos de mi, que sean de bendicion, tales, que no desdigan, ni deslizen de los senderos de la buena criança, que vuestra merced ha hecho en el agostado entendimiento mio. Ri6se D. Quixote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo q̄ dezia de su enmienda; porque de quando en quando hablava de manera, que le admirava, puesto que todas, ó las mas vezes que Sancho queria hablar de oposicion, y á lo cortesano, acabava su razon con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia; y en lo que él se mostrava más elegante, y memorioso, era en traer refranes, viniessen, ó no viniessen á pelo de lo que tratava, como se avrá visto, y se avrá notado en el discurso de esta historia. En estas, y en otras pláticas se les pasó gran parte de la noche, y á Sancho le vino en voluntad de dexar caer las cópuertas de los ojos, como

él dezia, quando queria dormir, y desaliñando el ruzio, le dió pasto abundoso, y libre. No quitó la silla á Rozinante, por ser expreso mandamiéto de su señor, que en el tiempo que anduviessen en campaña, ó no durmiesen debaxo de techado, no desaliñasse á Rozinante, antigua vnança, establecida, y guardada de los andantes Cavalleros, quitar el freno, y colgarle del arz6 de la silla; pero quitar la silla al cavallo, guarda: y así lo hizo Sancho, y le dio la misma libertad que al ruzio, cuya amistad del, y de Rozinante fue tá vnica, y tan travada, que ay fama por tradici6n de padres á hijos, que el Autor de esta verdadera historia hizo particulares capitulos de ella; mas que por guardar la decencia, y decoro que á tan heroica historia se deve, no los puso en ella, puesto que algunas vezes se descuida de este supuesto, y escribe, que así como las dos bestias se juntaván, y acudian á rascarse el vno al otro, y que despues de cansados, y sacisfechos cruzava Rozinante el pescueço sobre el cuello del ruzio (que sobrava de la otra parte más de media vara) y mirando los dos atentaméte al suelo, se solian estar de aquella manera tres dias: alomenos todo el tiempo que les dexava, ó no les compelia la hambre á buscar sustento. Digo que dizen, que dexó el Autor escrito, que



los avia comparado en la amistad, à lo que tuvieron Nilo, y Eurialo, y Pilades, y Orestes; y si esto es assi, se podia echar de ver (para vniversal admirac:õ) quan firme devió de ser la amistad de estos dos pacíficos animales, y para confusión de los hombres, que tan mal saben guardarse amistad los vnos à los otros. Por esto se dixo: No ay amigo para amigo, las cañas se buelven lanças, y el otro q̄ cantò de amigo amigo la chinche, &c. Y no le parezca à alguno, q̄ anduvo el Autor algo fuera de camino en aver cõparado à la amistad de estos animales à la de los hombres, q̄ de las bestias hã recibido muchos advertimientos los hõbres, y aprendido muchas cosas de importãcia, como son de las cigueñas el cristel, de los perros el vomito, y el agradecimiẽto; de las grullas la vigilancia; de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad; y la lealtad del cavallo. Finalmente, Sancho se quedó dormido al pic de vn alcornoque, y D. Quixote dormitando al de vn encina. Pero poco espacio de tiempo avia pasado quando le despertò vn ruido, q̄ sintió a sus espaldas, y levantandose cõ sobrefalto, se puso à mirar, y à escuchar de dõde el ruido procedia, y viò, que eran dos hombres à cavallo, y que el vno dexandose derribar de la silla, dixo al otro: Apeate, amigo, y

quita los frenos à los cavallos, que à mi parecer este sitio abunda de yerva para ellos, y del silencio, y soledad q̄ han menester mis amorosos pensamiẽtos. El dezir esto, y el tenderse en el suelo, todo fue à vn meismo tiempo, y al arrojarle hizieron ruido las armas de que venia armado, manifesta señal por donde conocio Don Quixote, que devia de ser Cavallero andante; y llegandose à Sancho, que dormia, le travò del brazo, y cõ no pequeño trabajo le bolviò en su acuerdo, y con voz baxa le dixo: Hermano Sancho, aventura tenemos. Dos nos la dè buena, respondió Sancho; y adonde està, señor mio, su merced desta señora aventura? Adonde, Sancho, replicò D. Quixote, buelve los ojos, y mira, y veras allí tendido vn andante Cavallero, que a lo q̄ à mi se me trasluzer no deve de estar demasiadamente alegre, porque yo le vi arrojar de el cavallo, y tenderse en el suelo, con algunas muestras de despecho, y al caer le crugieron las armas. Pues en què halla vuestra merced, dixo Sancho, que esta sea aventura? No quiero yo dezir, respondió Don Quixote, que esta sea aventura de el todo, sino principio de ella, que por aqui comiençan las aventuras. Pero escucha, que à lo que parece, templado està vn laúd; ò viguela, y segun escupe, y se



desembaraga el pecho, deve de prepararse para cantar algo. A buena fee que es assi, respondiò Sancho, y que deve de ser Cavallero enamorado. No ay ninguno de los andantes que no lo sea, dixo Don Quixote, y escuchemosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensa-

mientos, si es que canta, que de la abundancia del coracon habla la lengua. Replicar queria Sãcho à su amo; pero la voz del Cavallero del bosque, que no era muy mala, ni muy buena, lo estorvò, y estando los dos atonitos, oyeron que lo que canto, fue este.

S O N E T O.

**D** Adme señora. Vn termino, que siga  
 Conforme à vuestra voluntad corriendo  
 Que serà de la mia assi estimando,  
 Que por jamàs vn punto del de diga.  
 Si gustais, que callando mi fatiga  
 Auerd, contadme ya por acabado,  
 Si quereis que os la cuente en desudado  
 Modo, harè que el mismo amor la diga.  
 A prueba de contrarios estoy hecho  
 De blanda cera, y de diamante duro:  
 Y à las leyes de amor el alma ajusto.  
 Blando qual es ò fuerte, ofrezco el pecho  
 Entallado. imprimid lo que os de gusto,  
 Que de guardarlo enteramente juro.



Con vn aý, arrancado al parecer de lo intimo de su coracon, diò fin à su canto el Cavallero del bosque, y de alli à vn poco, con voz doliente, y lastimada, dixo: O la mas hermosa, y la mas ingrata muger del Orbe, como que serà posible, serenissima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma, y acabe en continuas peregrinaciones, y en asperos, y duros trabajos este tu cautivo Cavallero! No basta

ya, que he hecho que te confiesen por la mas hermosa del mudo todos los Cavalleros de Navarra, todos los Leones, todos los Tartesios, todos los Castellanos: y finalmente todos los Cavalleros de la Mancha? E esto no, dixo à esta sazón D. Quixote, q yo soy de la Mancha, y nunca tal he cõfessado, ni podia, ni devia cõfessar vnã cosa tã perjudicial à la belleza de mi señora: y este cavallero, ya ves tu Sãcho q de varia; pero escuchemos, quizá



se declarará mas. Si hará, replicó Sancho, que termino lleva de quejar se vn mes arreo. Pero no fue así, porque aviendo entreoído el Cavallero del bosque, que hablaban cerca del, sin passar adelante en su lamentación, se puso en pie, y dixo con voz sonora, y comedida: Quien vá allá? que gente? es por ventura de la del numero de los contentos, ú de la de los afligidos? De los afligidos, respondió Don Quixote. Pues lleguese á mi, respondió el del bosque, y hará cuenta, q̄ se llega á la misma tristeza, y á la afficeion misma. Don Quixote, que se vió responder tan tierna, y comedidamente, se llegó á él, y Sancho ni mas ni menos. El Cavallero lamentador asió á Don Quixote de el brazo, diziendo: Sentaos aquí, señor Cavallero, que para entender que lo sois, y de los que professan la andáte cavalleria, bastame el averos hallado en este lugar, donde la soledad, y el sereno os hazen compañía, naturales lechos, y propias estancias de los Cavalleros andátes. A lo que respondió D. Quixote: Cavallero soy de la profesion que dezis, y aunque en mi alma tienē su propio asiento las tristezas, las desgracias, y las desventuras, no por esto se ha ayuntado della la compassiō que tengo de las agenas desdichas: de lo que contastes poco ha, colegi, que las vuestras son

enamoradas, quiero dezir, del amor que teneis á aquella hermosa ingrata, que en vuestras lamentaciones nombraistes. Ya quando esto passavan, estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz, y compañía, como si al romper de el dia no se huvieran de romper las cabeças. Por ventura, señor Cavallero, preguntó el del bosque á Don Quixote, sois enamorado? Por desventura lo soy, respondió Don Quixote, aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos antes se deven tener por gracias, que por desdichas. Así es la verdad, replicó el del bosque, si no nos turbasse la razon, y el entēdimiento los desdenes, que siendo muchos parecen vengancas. Nunca fuy desdeñado de mi señora, respondió Don Quixote. No por cierto, dixo Sancho (que allí junto estava) porque es mi señora como vno borrega manía; es mas blanda que vna manteca. Es vuestro escudero este, preguntó el del bosque? Si es, respondió Don Quixote. Nunca he visto yo escudero, replicó el del bosque, que se atreva á hablar donde habla su señor: al menos así esta esse mío, que es tan grande como su padre, y no se probará, q̄ aya desplegado el labio donde yo hablo. Pues á fee, dixo Sancho, q̄ he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan, y aun; que-



dese aqui, que es peor menearlo. El escudero del bosque asió por el brazo à Sancho, diziendole: Vamonos los dos dõde podamos hablar escuderilmente todo quanto quisiere, y dexemos à estos señores amos nuestros, que se den de las hastas, contando las historias de sus amores, que à buen seguro que les ha de coger el dia en ellas, y no las han de aver acabado. Sea en buen hora, dixo Sancho, y yo le dirè à vuestra merced quien soy, para que vea si puedo entrar en dozena con los mas hablantes escuderos. Cõ esto se apartarõ los dos escuderos; entre los quales passò vn tan gracioso coloquio, como fue grave el que passò entre sus señores.

*CAP. XIII. Donde se prosigue la aventura del Cavallero del bosque, con el discreto nuevo y suave coloquio que passò entre los dos escuderos.*

**D**ivididos estaban Cavalleros, y escuderos, estos contando sus vidas, y aquellos sus amores, pero la historia cuenta primero el razonamiento de los moços, y luego prosigue el de los amos; y assi dize, que apartando vn poco dellos, el del bosque dixo à Sancho: Trabajosa vida es la que passamos, y vivimos, señor mio, estos que somos escuderos de Cavalleros

andantes; en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es vna de las maldiciones que echò Dios à nuestros primeros padres. Tambien se puede dezir, añadió Sancho, que lo comemos en el yelo de nuestros cuerpos; porq̃ quie mas calor, y mas frio, que los miserables escuderos de la andante cavalleria, y aun menos mal si comieramos, pues los dueños con pan son buenos; pero talvez ay, que se nos passa vn dia, ú dos sin desayunarnos, sino es del viento que sopla. Todo esto se puede llevar, y conllevar, dixo el del bosque, con la esperanza q̃ tenemos del premio: porque si demasadamente no es desgraciado el Cavallero andante, à quien vn escudero sirve, por lo menos à pocos lances se verá premiado con vn hermoso gobierno de qual que Insula, ò con Condado de buen parecer. Yo, replicò Sancho, ya he dicho à mi amo, q̃ me contento con el gobierno de alguna Insula, y èl es tan noble, y tan liberal, que me le ha prometido muchas, y diversas vezes. Yo, dixo el del bosque, con vn Canonicato quedare satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi amo. Y que tal deve de ser, dixo Sancho, su amo de vuestra merced Cavallero à lo Eclesiastico, y podrá hazer estas mercedes à sus buenos escuderos; pero el mio es



meramente lego, aunque yo me acuerdo, quando le querian aconsejar personas discretas, aunque à mi parecer mal intencionadas, que procurasse ser Arçobispo; pero èl no quiso sino ser Emperador; y yo estava entonces temblando si le venia en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener Beneficios por ella: porque le hago saber à vuestra merced, que aunque parezco hombre, soy vna bestia para ser de la Iglesia. Pues en verdad que lo yerra vuestra merced, dixo el del bosque, à causa de que los gobiernos infuianos no fon todos de buena data, algunos ay torcidos, algunos pobres, algunos melancolicos: y finalmente, el mas eriguido, y biẽ dispuesto trae consigo vna pesada carga de pensamientos, y de incomodidades, que pone sobre sus ombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor seria, que los que professamos esta maldita seruidumbre, nos retirassemos à nuestras casas, y alli nos entretuviessemos en exercicios mas suaves, como si dixessemos, caçando, ò pescando, que què escudero ay tan pobre en el mundo, à quien le falte vn rozin, y vn par de galgos, y vna caña de pescar, con que entretenerse en su aldea? A mi no me falta nada de esto, respondió Sancho; verdad es que no

tengo rozin, pero tengo vn año, que vale dos vezes mas que el cavallo de mi amo. Mala Pascua me de Dios, y sea la primera que viniere, si le trocàra por èl, aunq̃ me diessen quatro fanegas de cevada encima: à burla tendrá v. m. el valor de mi ruzio, q̃ ruzio es el color de mi jumero. Pues galgos no me avia de faltar, aviendolos sobrados en mi pueblo, y masq̃ entonces es la caça mas gustoia, quando se haze à costa agena. Real, y verdaderamente, respondió el del bosque, señor escudero, que tengo propuesto, y determinado de dexar estas borracherias de estos Cavalleros, y retirarme à mi aldea, y criar mis hijos, que tengo tres, como tres Orientales perlas. Dos tengo yo, dixo Sancho, que se pueden presentar al Papa en persona; especialmente vna muchacha, a quien erio para Condesa, si Dios fuere servido, aunque à pesar de su madre. Y què edad tiene esta señora que se cria para Condesa? preguntò el del bosque. Quinze años, dos mas, ò menos, respondió Sancho; pero es tan grande como vna lança, y tan fresca como vna mañana de Abril, y tiene vna fuerça de vn ganapan. Partes son estas, respondió el del bosque, no solo para ser Cõdesa, sino para ser ninfa del verde bosque. O hideputa puta, y q̃ raxo deve de tener la vellaca. A



lo que respondió Sancho (algo mohino) ni ella es puta, ni lo fue su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo, mientras yo viviere. Y hablése mas comedidamente, que para averse criado vuestra merced entre Cavalleros andantes, que son la misma cortesía, no me parecen muy concertadas estas palabras. O qué mal se le entiende à vuestra merced, replicò el del bosque, de achaque de alabāça, señor escudero! Como, y no sabe, que quando algun Cavallero dà vna buena lāçada al toro en la plaça, ò quando alguna persona haze alguna cosa bien hecha, suele dezir el vulgo, ò hide puta puto, y qué bien que lo ha hecho, y aquello que parece vituperio en aquel termino, es alabança notable: y renegad vos señor, de los hijos, ò hijas que no hazen obras que merezcan se les den à sus padres loores semejantes. Si reniego, respondió Sancho, y deste modo, y por essa misma razon podia echar v. m. à mis hijos, y à mi muger toda vna puteria encima; porque todo quanto hazen, y dizen, son estremos dignos de semejantes alabāças, y para bolverlos à ver ruego yo à Dios me saque de pecado mortal, que lo mismo será si me saca deste peligroso officio de escudero, en el qual he incurrido segūda vez, cebado, y engañado de vna bolsa con cien ducados, que me hallè vn dia

en el coraçon de Sierra Morena, y el diablo me pone antes los ojos, aqui, alli, acà no, sino acullà vn talego lleno de doblones, que me parece que a cada passo le toco con la mano, y me abraço con èl, y lo llevo à mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como vn Principe; y el rato que en esto pienso, se me hazen faciles, y llevaderos quantos trabajos padezco con este mētecatò de mi amo, de quien sè q̄ tiene mas de loco, que de cavallero. Por esso, respondió el del bosque, dizen, q̄ la codicia rōpe el sacco, y si v à tratar dellos, no ay otro mayor en el mūdo q̄ mi amo, porq̄ es de aquellos q̄ dizen: cuidados agenos matā al asno; pues porq̄ cobre otro Cavallero el juicio q̄ ha perdido, se haze èl loco, y anda buscando lo q̄ no sè si despues de hallado le ha de salir à los hozicos. Y es enamorado por dicha? Si, dixo el del bosque, de vna tal Casildea de Valdalia, la mas cruda, y la mas alada señora que en todo el Orbe puede hallarse: pero coxea del pie de la crudeza, que otros mayores embustes le gruñen en las entrañas, y ello dirà antes de muchas horas. No ay camino tan llano, replico Sancho, que no tenga algun tropezò, ò barranco; en otras casas cuezè habas, y en la mia à calderadas: mas açopañados, y paniaguados, deve de tener la locura, que la



discrecion. Mas si es verdad lo que comunmente se dize, que el tener compañeros en los trabajos, suele servir de alivio en ellos, con v. m. podré consolarme, pues sirve à otro amo tan tonto como el mio. Tonto, pero valiente, respondió el del bosque, y mas vellaco que tonto, y que valiente. Eslo no es el mio, respondió Sancho, digo que no tiene nada de vellaco; antes tiene vna alma como vn cantaro: no sabe hazer mal à nadie, sino bien à todos, ni tiene malicia alguna vn niño le hará entender, que es de noche en la mitad del dia; y por esta sencillez le quiero como à las relas de mi coraçon, y no me amaño à dexarle por mas disparates q̄ haga. Con todo eslo, hermano, y señor, dixo el de el bosque, si el ciego guia al ciego, ambos vā à peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compàs de pies, y bolvemos à nuestras querencias, que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas. Escupia Sancho à menudo, al parecer vn cierto genero de saliva pegajosa, y algo seca; lo qual visto, y notado por el caritativo botgueril escudero, dixo: Parece-me, que de lo que hemos hablando se nos pegan al paladar las lenguas, pero yo traigo vn delpegador pendiente del arzon de mi cavallo, que es tal, como bueno, y levantandose, bolvió

desde alli à vn poco con vna gran vota de vino, y vna empanada de media vara; y no es encarecimiento, porque era de vn conejo albar, tan grande, que Sancho al tocarla entendió ser de algun cabron, no que de cabrito, lo qual visto por Sancho, dixo: Y esto trae vuestra merced consigo, señor? Pues que se pensava, respondió el otro; soy yo por ventura algun escudero de agua, y lana? Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi cavallo, que lleva consigo quando vā de camino vn General. Comio Sancho, sin hazerse de rogar, y tragava à escuras bocados de nudos de suelta, dixo: Vuestra merced si que es escudero fiel, y legal, molierte, y corriente, magnifico, y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aqui por arte de encantamento, parecelo alomenos, y no como yo mezquino, y malaventurado, q̄ solo traigo en mis alforjas vn poco de queso tan duro, que pueden descalabrar con ello à vn Gigante, à quien hazen compania quatro dozenas de algarrobas, y otras tantas de avellanas, y nuezes; mercedes à la estrechez de mi dueño, y à la opinion que tiene, y orden que guarda, de que los Cavalleros andantes no se han de mantener, y sustentar, sino con frutas secas, y con las yervas del campo. Por mi fee, hermano, repli-



có el del bosque, que yo no tengo hecho el estomago à tagarnivas, ni à piruetanos, ni à raíces de los montes; alla se lo ayá con sus opiniones, y leyes cavallerescas nuestros amos, y comã lo que ellos mandaren: friamberas traigo, y esta vota colgando del arzon de la silla, por sí, ò por nó; es tã devota mia, y que rola tanto, que pocos ratos se passan sin que le dé mil besos, y mil abraços: y diziendo esto se la puso en las manos à Sancho, el qual empinandola puesta à la boca, estuvo mirando las Estrellas vn quarto de hora, y en acabando de beber, dexó caer la cabeça à vn lado, y dando vn gran suspiro, dixo: O hideputa vellaco, y como es Catolico. Veis ai, dixo el del bosque, en oyendo el hideputa de Sancho; como aveis alabado este vino, llamandole hideputa? Digo, respondió Sancho, que confieso, que conozco, que no es deshonorã llamar hijo de puta à nadie, quando cae debaxo del entendimiento de alarbe. Pero digame, señor, por el siglo de lo que mas quiere, este vino es de Ciudad-Real? Brabo mojon, respondió el del bosque, en verdad, q no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad. A mi có esto, dixo Sancho, no toméis menos, sino q se me fuera à mi por alto dar alcance à su conocimiento. No será bueno, señor escudero, que téga yo vn

instinto tan grande, y tan natural, en esto de conocer vinos, que en dádome à oler qualquiera, acierto la patria, el linage, el sabor, y la dura, y las bueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañederas. Pero no ay de que maravillarse, si tuve en mi linage por parte de mi padre, los dos mas excelentes mojoneros q en tantos años conoció la Mancha; para prueba de lo qual les sucedió lo que agora diré: Dieronles à los dos à probar del vino devnã cuba, diziendoles su parecer de el estado, calidad, bondad, ò malicia de el vino; el vno lo probó con la punta de la lengua; el otro no hizo mas de llegarlo à las narizes. El primero dixo, que aquel vino sabia à hierro. El segundo dixo, que mas sabia à cordovã. El dueño dixo, que la cuba estava limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno, por donde huviesse tomado sabor de hierro, ni de cordovã. Con todo esto los famosos mojoneros se afirmaron en lo que avian dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ella vna llave pequeña, pendiente de vna correa de cordovã. Porque vea vuestra merced, si quiẽ viene de esta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas. Por esto digo, dixo el del bosque, que nos dexemos de andar buscando aventuras, y pues te-



nemos hogazas, no busquemos tortas, y bolvamonos à nuestras choças, que allí nos hallará Dios, si él quiere. Hasta que mi amo llegue à Zaragoza le servire, que despues todos nos entenderemos.

Finalmente, tanto hablaron, y tanto bebierõ los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas, y templarles la sed, q̄ quitarsela fuera imposible, y así asidos entrambos de la ya casi vazia vota, con los bocados à medio mascar en la boca, se quedaron dormidos, donde los dexaremos por agora, por contar lo que el Cavallero del bosque pasó con el de la triste Figura.

CAP. XIV. *Donde se prosigue la aventura del Cavallero del bosque.*

**E**Ntre muchas razones que passaron Don Quixote, y el Cavallero de la selva, dize la historia, que el del bosque dixo à Don Quixote: Finalmēte, señor Cavallero, quiero que sepais, que mi destino, ò por mejor dezir, mi eleccion me traxo à enamorado de la sin par Casildea de Vandalia; llamola sin par, porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo, como en el extremo de el estado, y de la hermosura. Esta tal Casildea, pues, que voy contando pa-

gò mis buenos pensamientos, y comedidos deseos, con hazerme ocupar como su madrina à Hercules en muchos, y diversos peligros, prometiendome al fin de cada vno, que en el fin del otro llegaria el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento: no se yo qual ha de ser el vltimo que de principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Vna vez me mandò, que fuesse à desafiar à aquella famosa gigantea de Sevilla, llamada la Giralda, que es tan valiēte, y fuerte, como hecha de bronce, y sin mudarse de vn lugar es mas movible, y boltaria muger de el mundo. Llegué, vil, y vencila, y hizela estar queda, y à raya, porque en mas de vna semana no la soplaron sino vientos Nortes. Vez tambien huvo, que me mandò fuesse à tomar en peso las antiguas piedras de los valiētes toros de Guisando, empresa mas para encomendarse à ganapanes, que à Cavalleros. Otra vez me mandò, que me precipitasse, y sumiesse en la cima de Cabra, peligro inaudito, y temeroso, y que le traxesse particular relacion de lo que en aquella obscura profundidad se encierra. Detuve el movimiento à la Giralda, pesè los toros de Guisando, despeñeme en la cima, y saqué à luz lo escondido de su abismo, y mis esperanças



muertas que muertas, y sus mandamientos, y desdenes vivos que vivos. En resolución, vltimamente me ha mandado, que discurra por todas las Provincias de España, y haga confesar à todos los andantes Cavalleros, que por ellas vagaren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de quantas oy viven, y que yo soy el mas valiente, y el mas bié enamorado Cavallero del Orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos Cavalleros, que se han atrevido à contradizirme. Pero de lo que yo mas me precio, y v fano, es de aver vencido en singular batalla à aquel tan famoso Cavallero D. Quixote de la Mancha, y hechole confesar, que es mas hermosa mi Casildea, que su Dulcinea; y en solo este vencimiento hago cuenta, que he vencido todos los Cavalleros del mundo; porque el tal Don Quixote que digo los ha vencido à todos, y aviendole yo vencido à él, su gloria, su fama, y su honra se ha transferido, y pasado à mi persona, y tanto el vencedor es mas honrado, quanto mas el vencido es reputado, assi que ya corren por mi cuenta, y son mias las innumerables hazañas de el ya referido Don Quixote. Admirado quedò Don Quixote, de oír al Cavallero de el bosque, y estuvo mil vezes para

dezirle que mentia, y ya tuvo el mentis en el pico de la lengua; pero reportòle lo mejor que pudo, por hazerle confesar por su propia boca su mentira: y assi sossegadamente le dixo: De que vuestra merced, señor Cavallero, aya vencido à los mas Cavalleros andantes de España, y aun de todo el mundo, no digo nada, pero de que aya vencido à Don Quixote de la Mancha, pongolo en duda, podria fer que fuesse otro que se pareciesse, aunque ay pocos que le parezcan. Como no replicò el del bosque; por el Cielo que nos cubre, que p leé con Don Quixote, y le venci, y rendi; y es vn hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado, y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña, y algo corva; de vigotes grandes, negros, y caídos. Campea debaxo del nombre del Cavallero de la triste Figura, y trae por escudero à vn labrador, llamado Sancho Pança, oprime el lomo, y rige el freno de vn famoso cavallo, llamado Rozinante: y finalmente tiene por señora de su voluntad à vna tal Dulcinea del Toboso, llamada vn tiempo Aldonça Lorenzo, como la mia, que por llamarse Casilda, y ser de el Andaluzia, yo la llamo Casildea de Vandallia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aqui està mi espada, que la hará

dar



dar credito à la misma incredulidad. Soslegaos señor Cavallero, dixo D. Quixote, y escuchad lo que deziros quiero. Aveis de saber, que esse D. Quixote q̄ dezis, es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto, que podré dezir, que le tēgo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que dēl me aveis dado, tan puntuales, y ciertas, no puedo pensar, sino que sea el mismo que aveis vencido: por otra parte veo con los ojos, y toco con las manos no ser posible ser el mismo, si ya no fuesse, q̄ como el tiene muchos enemigos encantadores (especialmente vno que de ordinario le persigue) no aya alguno dellos tomado su figura para dexarle vencer, por defraudarle de la fama que sus altas cavallerias le tienen grangeada, y adquirida, por todo lo descubierta de la tierra. Y para confirmacion desto, quiero tambiē que sepais, que los tales encantadores sus contrarios, no ha mas de dos dias que transformaron la figura, y persona de la hermosa Dulcinea del Tobo, en vna alcaena soez, y baxa, y desta manera avrán transformado à Don Quixote: y si todo esto no basta para enteraros en la verdad que digo, aqui està el mismo D. Quixote, que la sustentará con sus armas à pie, o à cavallo, ú de qualquier suerte que os agradare: y diziendo esto se

levantó en pie, y se empuñó en la espada, esperando, que resolución tomara el Cavallero del bosque, el qual cō voz assimismo soslegada, respondió, y dixo: Al buen pagador no le duelen prendas; el que vna vez, señor D. Quixote pudo venceros transformado, biē podrá tener esperança de rendiros en vuestro proprio ser. Mas porque no es bien que los Cavalleros hagan sus fechos de armas à escuras como los saltadores, y rufianes, esperemos el dia para que el Sol vea nuestras obras, y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar à la voluntad del vencedor, para que haga dēl todo lo que quisiere, con tal, que sea decente à Cavallero lo que se le ordenare. Soy mas que contento de esta condicion, y conveniencia respondió D. Quixote; y en diziendo esto le fueron donde estavan sus escuderos, y los hallaron roncādo, y en la misma forma que estavan quando les faltó el sueño. Despertaronlos, y mandaronlos que tuvieslen à punto los cavallos; porque en saliendo el Sol avian de hazer los dos vna sangrienta, singular, y desigual batalla, à cuyas nuevas quedó Sancho atonito, y pasmado, temeroío de la salud de su amo, por las valentias que avia oído dezir del suyo al escudero del bosque: pero sin hablar palabra se fueron los dos escuderos



à buscar su ganado, que ya todos tres cavallos, y el ruzio se avian olido, y estaban nodos jutos. En el camino, dixo el de el bosque à Sancho. Ha de saber hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andaluzia, quando son padrinos de alguna pèdencia, no estarse ociosos mano sobremano, en tanto que sus ahijados riñeren, digo lo, porque esté advertido, que mientras nuestros dueños riñen, nosotros tambien hemos de pelear, y hazernos hastillas. Esta costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allà puede correr, y passar con los rufianes, y peleantes que dize: pero con los escuderos de los cavalleros andantes, ni por pienso. Alomenos yo no he oido dezir à mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanças de la andante Cavalleria. Quanto mas, que yo quiero que sea verdad, y ordenança expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; però yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena q̄ estuviere puesta à los tales pacificos escuderos, que yo aseguro, que no pafse de dos libras de cera; y mas quiero pagar las tales libras, q̄ se que me costarán menos, que las hilas que podrè gastar en curarme la cabeça, que ya me la cuento por partida, y dividida en dos partes; además, q̄ me impossibilita el reñir el no tener

espada, pues en mi vida me la puse. Para esto se yo vn buen remedio, dixo el del bosque: yo traigo aqui dos talegas de lienço de vn mismo tamaño, tomareis vos la vna, y yo la otra, y reñiremos a talegazos con armas iguales. De esta manera sea en buen hora, respondió Sancho, porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos, que herirnos. No ha de ser así, replicó el otro, porq̄ se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el ayre, media dozena de guijarros lindos, y pelados, que pesen tanto los vnos como los otros; y desta manera nos podremos atalegar, sin hazernos mal; ni daño. Mirad, cuerpo de mi padre, respondió Sancho, que matas cebollinas, ò que copos de algodón cardado pone en las talegas, para no quedar molidos los cascós, y hechos alheña los huesos; pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa señor mio, que no he de pelear, peleen nuestros amos, y allà se lo ayan, y bebamos, y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando apetites, para q̄ se acaben antes de llegar à su fazon, y termino, y que se caigan de maduras. Con todo replicó el del bosque, hemos de pelear si quiera media hora. Esto, no respondió Sancho, no serè yo tan descortès, ni tan des-



agradecido, que con quien he comido, y bebido trave questiõ alguna, por minima q̄ sea, quanto mas, que estando sin colera, y sin enojo, quien diablos se ha de amañar à reñir à secas? Para esto, dixo el del bosque, yo daré vn suficiente remedio, y es, que antes que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente à vuestra merced, y le daré tres ò quatro bofetadas, que dè con èl à mis pies; con las quales le haré despertar la colera, aũ que este cõ mas sueño que vn liron. Contra este corte sè yo otro, respondió Sancho, que no le vā en zaga: cogerè yo vn garrote, y antes que vuestra merced llegue à despertarme la colera, harè yo dormir à garrotazos de tal suerte la suya, q̄ no despier- te, sino fuere en el otro mundo, en el qual se sabe, que no soy yo hõbre que me dexo manosear el rostro de nadie, y cada vno mire por el vitore. Aunque lo mas acertado seria dexar dormir su colera à cada vno, que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana, que buelva trasquilado, y Dios bendixo la paz, y maldixo las riñas; porque si vn gato acolado, encerrado, y apretado, se buelue en leon: yo, que soy hombre, Dios sabe en lo que podrè bolverme; y assi desde aora intimo à vuestra merced señor escudero, que corra por su cuèta todo el mal, y daño que de nuestra pẽ

dencia resultare. Està bien, replicò el del bosque, amanecerà Dios, y medrarèmos en esto. Ya començavan à gorgear en los arboles mil fuertes de pintados pajarillos, y en sus diversos, y alegres cantos parecia que davan la norabuena, y saludavan à la fresca Aurora, que ya por las puertas, y valcones del Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos vn numero infinito de liquidas perlas, en cuyo suave licor bañandose las yer- vas, parecia assimismo q̄ ellas brotaván, y lloviã blanco, y menuda aljofar; los sauces destilavan manà sabroso, reianse las fuentes, murmuravan los arroyos, alegravãse las selvas, y enriquecianse los prados con su venida. Mas apenas diò lugar la claridad de el dia para ver, y diferenciar las cosas, quando la primera q̄ se ofreció à los ojos de Sancho Pança, fue la nariz de el escudero de el bosque, que era tan grãde, que cañ le hazia sombra à todo el cuerpo. Cuètase en efecto, que era de demasiada grandeza, corba en la mitad, y toda llena de berrugas, de color amoratado, como de vengena: baxavale dos dedos mas abaxo de la boca, cuya grãdeza, color, berrugas, y encorbamiento, assi le afeavan el rostro, que en viendole Sancho, començò à herir de pie, y de mano, como niño con alferecia, y



propuso en su coraçon de dexarse dar dozientas bofetadas, antes q̄ despertar la colera para reñir con aquel vestigio. Dō Quixote mirò à su contendor, y hallòle ya puesta, y calada la celada, de modo, que no le pudo ver el rostro; pero notò que era hombre membrudo, y no muy muy alto de cuerpo. Sobre las armas traia vna sobrevesta, ò casaca de vna tela al parecer de oro finissimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hazian en grandissima manera galan, y vistoso. Volavanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas, y blancas; la lança que te-arrimada à vn arbol era grandissima, y gruesa, y de vn hierro azerado de mas de vn palmo. Todo lo mirò, y todo lo notò Don Quixote, y juzgó de lo visto, y mirado, que el ya dicho Cavallero devia de ser de grandes fuerças; pero no por esto temio como Sancho Pança, antes con gentil denuedo dixo al Cavallero de los espejos. Si la mucha ganade pelear, señor Cavallero, no os gasta la cortesia, por ella os pido, que alceis la visera vn poco, porque yo vea si la gallardia de vuestro rostro responde à la de vuestra disposicion. O vencido, o vencedor que salgais de esta empresa, señor Cavallero, respondió el de los espejos, os quedará tiempo,

y espacio demasado para verme: y si aora no satisfago à vuestro deseo, es por parecerme q̄ hago notable agravio à la hermosa Calildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardaré en ponerme la visera, sin hazeros confesar lo que ya sabeis q̄ pretendo. Pues en tanto que subimos à cavallo, dixo D. Quixote, bien podeis dezirme, si soy yo aquel Don Quixote que dixistes aver vencido. A esto vos respondemos, dixo el de los espejos, que pareceis, como se parece vn huevo a otro, al mismo Cavallero que yo venci: pero segun vos dezis, que le perfuguen encantadores, no osaré afirmar à si sois el contenido, ò no. Esto me basta à mi, respondió Don Quixote, para que crea vuestro engaño: empero para sacaros del de todo punto, vengan nuestros cavallos, que en menos tiempo que el que tardades en alçaros la visera, que si Dios, mi señora, y mi braço me valen, veré yo vuestro rostro, y vos vereis, que no soy yo el vencido Don Quixote que pensais. Con esto acortando razones subieron à cavallo, y Don Quixote bolvió las riendas à Rozinante para tomar lo que convenia del campo para bolver à encontrar à su contrario, y lo mismo hizo el de los espejos: pero no se avia apartado Don Quixote veinte passos, quando se oyo llamar el



de los espejos, y partiendo los dos el camino, el de los espejos le dixo: Advertid, señor Cavallero, que la condicion de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar à discrecion del vencedor. Y alo sè, respondió D. Quixote, cõ tal, que lo que se le impusiere, y mandare al vencido, han de ser cosas que no salgan de los limites de la cavalleria. Así se entiende, respondió el de los espejos. Ofrecieronle en esto à la vista de Don Quixote las estrañas narizes del escudero, y no se admiró menos de verlas que Sancho; tãto, que juzgó por algun monstruo, ò por hombre nuevo, y de aquellos que no se vsan en el mudo. Sancho que viò partir à su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo, que con solo vn pasafogonçalo con aquellas narizes en las tuyas, seria acabada la pẽdencia fuya, quedando del golpe, ò de el miedo tendido en el suelo, y fuesse tras su amo, afido à vna accion de Rozinante; y quando le pareció, que ya era tiempo que bolviessè, le dixo: Suplico à vuestra merced, señor mio, que antes que buelva à encontrarse me ayude à subir sobre aquel alcornoque, de dõde podrè ver mas à mi favor mejor que desde el suelo el gallardo encuentro que vuestra merced ha de hazer con este

Cavallero. Antes creo, Sancho, dixo Don Quixote, que te quieres encaramar, y subir en andamio por ver sin peligro los toros. La verdad que diga, respondió Sancho, las desafortadas narizes de aquel escudero me tienen atonito, y lleno de espanto, y no me atrevo à estar junto à el. Ellas son tales, dixo Don Quixote, que à no ser yo quien soy, tambien me asombràran, y así ven ayudarte he à subir donde dizes. En lo que se detuvo Don Quixote en que Sancho subiesse en el alcornoque, tomó el de los espejos del campo lo que le pareció necesario, y creyendo que lo mismo avia hecho Don Quixote, sin esperar sonde trõpeta, ni otra señal que lo avisasse, bolvió las riendas à su cavallo (que no era mas ligero, ni de mejor parecer que Rozinante) y à todo su correr (que era vn mediano trote) iba à encontrar à su enemigo; pero viendole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas, y parõse en la mitad de la carrera, de lo que el cavallo quedò agradecidissimo, à causa de que ya no podia moverse. Don Quixote, que le pareció que ya su enemigo venia volando, arrimò reciamente las espuelas à las trashijadas hijadas de Rozinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia, que sola vna vez se conociò aver corrido algo, porque todas



das las demás siempre fueron trotes declarados, y con esta no vista furia llegó donde el de los espejos estaba hincando à su cavallo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiesse mover vn solo dedo del lugar donde avia hecho estanco de su carrera. En esta buena fazon, y coyuntura hallò Don Quixote à su contrario, embaraçado con su cavallo, y ocupado con su lança, que nunca, ò no acertò, ò no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quixote, que no mirava en estos inconvenientes, à salva mano, y sin peligro alguno encontró al de los espejos con tãta fuerça, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del cavallo, dando tal caída, que sin mover pie, ni mano diò señales de que estava muerto. Apenas le viò caído Sancho, quando se deslizò del alcornoque, y à toda priessa vino dõde su señor estava, el qual apeandose de Rozinante fue sobre el de los espejos, y quitãdole las lazadas del yelmo para ver si era muerto, y para que le diese el aire, si acaso estava vivo, y viò: quien podrã dezir lo que viò sin causar admiracion, maravilla, y espanto à los que lo oyeren? Viò, dize la historia, el rostro mesmo, la mesma figura, el mesmo aspecto, la mesma fisonomia, la mesma efigie, la perspectiva mesma del Bachiller Sanson Carrasco, y assi co-

mo la viò, en altas vòzes dixo: Acude, Sancho, y mira lo que has de ver, y no lo has de creer; aguija hijo, y advierte lo q̄ puede la Magia, lo que pueden ios hechizeros, y los encãtadores. Llegò Sancho, y como viò el rostro del Bachiller Carrasco, començò à hazerse mil cruces, y à santiguarle otras tantas. En todo esto no dava muestras de estar vivo el derribado Cavallero, y Sancho dixo à Don Quixote: Soy de parecer, señor mio, que por si, ò por no, vuestra merced hinque, y meta la espada por la boca à este que parece el Bachiller Sanson Carrasco: quiz à matarã en èl à alguno de sus enemigos los encantadores. No dizes mal, dixo D. Quixote; porque de los enemigos los menos, y sacando la espada para poner en efeto el aviso, y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los espejos, ya sin las narizes que tã feo le avian hecho, y à grandes vòzes dixo: Mire vuestra merced lo que haze, señor Don Quixote, que esse que tiene à los pies, es el Bachiller Sanson Carrasco su amigo, y yo soy su escudero. Y viendole Sancho sin aquella fealdad primera, le dixo: Y las narizes? A lo que èl respondió: Aquí las tengo en la faldriquera, y echando mano à la derecha, sacò vnas narizes de pasta, y barniz, de mascara, de la manifiatura que quedan delinca-



das, y mirádole mas, y mas Sancho, con voz admirativa, y grande, dixo: Santa Maria, y valme; este no es Tomè Cecial, mi vezino, y mi compadre? Y como si lo soy, respondió el ya desnarigado escudero; Tomè Cecial soy, compadre, y amigo Sancho Pança, y luego os dirè los arcaduzes, embustes, y enredos por donde soy aqui vencido, y en tanto pedid, y suplicad al señor vuestro amo, q̄ no toque, maltrate, hiera, ni mate al Cavallero de los espejos, q̄ à sus pies tiene; por q̄ sin duda alguna es el atrevido, y mal acõsejado Bachiller Sançon Carrascon vuestro cõpatriota. En esto bolvió en sí el de los espejos, lo qual visto por Don Quixote, le puso la pñta desnuda de su espada encima del rostro, y le dixo: Muerto sois Cavallero, sino cõfessais, que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza à vuestra Casildea de Vandalia; y demás de esto aveis de prometer (si de esta contienda, y caída quedaredes con vida) de ir à la ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo q̄ mas en voluntad le viniere: y si os dexare en la vuestra, asimismo aveis de bolver à buscarme, que el rastro de mis hazañas os servirá de guia, que os traiga donde yo estuviere, y à dezirme lo que con ella huvieredes pasado; condiciones que confor-

me à las que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los terminos de la andante Cavalleria. Confieso, dixo el caído Cavallero, que vale mas el zapato descosido, y fucio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas, aunque limpias, de Casildea de Vandalia: y prometo de ir, y bolver de su presencia à la vuestra, y daros entera, y particular cuenta de lo que me pedis. Tambien aveis de confessar, y creer, añadió Don Quixote, que aquel Cavallero que vencistes no fue, ni pudo ser Don Quixote de la Mancha, sino otro que se le parecia; como yo confieso, y creo, que vos, aunque pareceis el Bachiller Sançon Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aqui me le han puesto mis enemigos, para que detenga, y temple el impetu de mi colera, y para que v̄se blandamente de la gloria de el vencimiento. Todo lo confieso, juzgo, y siento, como vos lo creéis, juzgais, y sentis, respondió el derrengado Cavallero. Dexadme levantar os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que assaz mal trecho me tiene. Ayudóle à levantar Don Quixote, y Tomè Cecial su escudero, del qual no apartava los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le davã manifestas señales de q̄ verdadera-

men;



mēte era el Tomé Cecial que dezia; mas la aprehension que en Sancho avia hecho lo que su amo dixo, de que los encantadores avian mudado la figura del Cavallero de los espejos en la del Bachiller Carrasco, no le dexava dar credito à la verdad que con los ojos estava mirando. Finalmente, se quedaron cō este engaño amo, y moço, y el de los espejos, y su escudero mohinos, y mal andantes se apartaron de Don Quixote, y Sancho, con intencion de buscar algun lugar donde vizmarle, y entablarle las costillas. Don Quixote, y Sancho bolvieron à proseguir su camino de Zaragoza, donde los dexa la historia, por dar cuenta de quien era el Cavallero de los espejos, y su narigante escudero.

*CAP. XV. Donde se cuenta, y dà noticia de quien era el Cavallero de los espejos y su escudero.*

**E**N extremo contento, vfanos, y vanaglorioso iba Don Quixote, por aver alcançado vitoria de tan valiente Cavallero como el se imaginava, que era el de los espejos, de cuya cavalleresca palabra esperaba saber si el encantamēto de su señora passava adelante, pues era forçoso que el tal vencido Cavallero bolviesse, so pena de no serlo, à darle razon de lo que con ella le huviesse suce-

dido; pero vno pensava Don Quixote, y otro el de los espejos. Puesto que por entonces no era otro su pensamiento, sino buscar donde vizmarse, como se ha dicho. Dize, pues, la historia, que quando el Bachiller Sanson Carrasco aconsejó à Don Quixote, que bolviesse à proseguir sus dexadas cavallerias, fue por aver entrado primero en bureo con el Cura, y el Barbero, sobre què medio se podria tomar para reducir à Don Quixote à que se estuviesse en su casa quieto, y soslegado, sin que le alborotassen sus mal buscadas aventuras, de cuyo consejo salio por voto comun de todos, y parecer particular de Sanson Carrasco, que dexassen salir à Don Quixote, pues el detenerle parecia imposible, y que Sanson le saliesse al camino como Cavallero andante, y travasse batalla con el, pues no faltaria sobre què, y le venciesse, teniendo por cosa facil, y que fuesse pacto, y concierto, què el vencido quedasse à merced de el vencedor; y assi vencido Don Quixote, le avia de mandar el Bachiller Cavallero se bolviesse à su pueblo, y casa, y no saliesse de ella en dos años, o hasta tanto que por el le fuesse mandado otra cosa, lo qual era claro, que Don Quixote vencido cumpliria indubitablemente, por no contravenir, y



faltar à las leyes de la cavalleria, y podria ser que en el tiempo de su reclusion se le olvidassen sus vanidades, ò se diesse lugar de buscar à su locura algun conveniente remedio. Aceptòlo Carrasco, y ofreciòsele por escudero Tomè Cecial, compadre, y vezino de Sancho Pança, hombre alegre, y de luzios cascos. Armòse Sanson, como queda referido, y Tomè Cecial acomodòse sobre sus naturales narizes las falsas, y de mascara ya dichas, porque no fuesse conocido de su compadre, quando se vieslen; y assi siguieron el mismo viage que llevaba Dõ Quixote, y llegaron casi à hallarse en la aventura del carro de la muerte. Y finalmente dieron con ellos en el bosque, donde le sucediò todo lo que el prudente ha leido; y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de Don Quixote, que se diò à entender, que el Bachiller no era el Bachiller, el señor Bachiller quedàra impossibilitado para siempre de graduarse de Licenciado, por no aver hallado nidos donde pensò hallar pajaros. Tomè Cecial que viò quan mal avia logrado sus deseos, y el mal paradero que avia tenido su camino, dixò al Bachiller: Por cierto señor Sanson Carrasco, que tenemos nuestro merecido; con facilidad se piensa, y se acomete vna empresa, pero con difi-

cultad las mas vezes se sale de ellas: Don Quixote loco, no nosotros cuerdos, èl se vò sano, y riendo, vuestra merced queda molido, y triste. Sepamos aora qual es mas loco, el que lo es por no poder menos, ò el que lo es por su voluntad? A lo que respondiò Sanson: La diferencia que ay enire estos dos locos, es, que el que lo es por fuerça, lo serà siempre: y el q̄ lo es de grado, lo dexarà de serquãdo quisiere. Pues assi es, dixò Tomè Cecial; yo fuy por mi voluntad loco, quando quise hazerme escudero de vuestra merced, y por la misma quiero dexar de serlo, y bolverme à mi casa. Esso os cumple, respondiò Sanson; porq̄ pensar que yo tengo de bolver à la mia hasta aver molido à palos à Dõ Quixote, es pensar en lo escusado, y no me llevarà aora à buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la vengança, q̄ el dolor grande de mis costillas no me dexa hazer mas piadosos discursos. En esto fueron razonando los dos, hasta q̄ llegaron à vn puèblo, donde fue ventura hallar vn Algebrista, con quien se curò el Sanson desgraciado. Tomè Cecial se bolviò, y le dexò, y èl quedò imaginando su vengança: y la historia buelve à hablar del à su tiempo, por no dexar de regozijarse aora con D. Quixote.



CAP. XVI. *De lo que sucedió à Don Quixote con vn discreto Cavallero de la Mancha.*

Con la alegría, contento, y vfanidad que se ha dicho seguia Don Quixote su jornada, imaginandose por la passada vitoria ser el Cavallero andante mas valiente que tenia en aquella edad el mundo; dava por acabadas, y à felice fin conducidas quantas aventuras pudiesen sucederle de alli adelante; tenia en poco los encantos, y à los encátadores. No se acordava de los innumerables palos que en el discurso de sus cavallerias le avian dado, ni de la pedrada que le derribò la mitad de los dientes, ni de el desagrado de los galeotes, ni del atrevimièto, y lluvia de estacas de los Yangueses. Finalmente, dezia entre si, q si òl hallàra arte, modo, ò manera como desencantar a su señoira Dulcinea, no embidiaria à la mayor ventura que alcançò, ò pudo alcançar el mas venturoso Cavallero andante de los passados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado, quando Sancho le dixo: No es bueno, señoir, que aun todavia traigo entre los ojos las desafortadas narizes, y mayores de marca de mi compadre Tomè Cecial? Y crees tu, Sancho, por ventura, que el Cavallero de los es-

pejos era el Bachiller Carrasco, y su escudero Tomè Cecial tu compadre? No sè que me diga à esto; respondiò Sancho; solo sè; que las señas que me dio de mi casa, muger, y hijos, no me las podria dar otro que èl mesmo, y la cara, quitadas las narizes, era la misma de Tomè Cecial, como yo se la he visto muchas vezes en mi pueblo, y pared en medio de mi misma casa, y el tono de la habla era todo vno. Estemos à razon, Sancho, replicò Don Quixote: ven acá, en que consideracion puede caber, que el Bachiller Sanson Carrasco viniese como Cavallero andante, armado de armas ofensivas, y defensivas à pelear conmigo? He sido yo su enemigo por vètura? Hele dado yo jamàs ocasion para tenerme ojeriza? Soy yo su ribal? ò haze èl profesion de las armas para tener embidia à la fama que yo por ellas he ganado? Pues què diremos, señoir, respondiò Sancho, à esto de parecerse tanto aquel Cavallero, sea el que se fuere, al Bachiller Carrasco, y su escudero à Tomè Cecial mi compadre? Y si ello es encantamento, como vuestra merced ha dicho, no avia en el mundo otros dos à quien se parecieran? Todo es artificio, y traça, respondiò Don Quixote, de los malignos Magos que me perfiguen, los quales ante-



viendo que yo avia de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el Cavallero vencido mostrasse el rostro de mi amigo el Bachiller; porque la amistad que le tengo se pusiesse entre los filos de mi espada, y el rigor de mi brazo, y templasse la justa ira de mi corazón, y de esta manera quedasse con vida el que con embustes, y falsas procurava quitarme la mia. Para prueba de lo qual, ya sabes, o Sancho, por experiencia, que no te dexará mentir, ni engañar, quan facil sea a los encantadores mudar vnos rostros en otros, haziendo de lo hermoso feo, y de lo feo hermoso, pues no ha dos dias que viste por tus mismos ojos la hermosura, y gallardia de la sin par Dulcinea en toda su entereza, y natural conformidad; y yo la vi en la fealdad, y baxeza de vna zafia labradora, con cataratas en los ojos, y con mal olor en la boca: y más, que el perverso encantador que se atrevió a hazer vna transformacion tan mala, no es mucho que aya hecho la de Sanson Carrasco, y la de tu compadre, por quitarme la gloria del vencimiento de las manos. Pero con todo esto me consuelo, porque en fin en qualquiera figura que aya sido, he quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdad de todo, respondió Sancho: y como él sabia la transformacion

de Dulcinea avia sido traça, y embeleco fuyo, no le satisfacían las quimeras de su amo; pero no le quitó replicar, por no dezir alguna palabra que descubriese su embuste. En estas razones estaban, quando los alcanzó vn hombre, que detrás dellos por el mismo camino venia sobre vna muy hermosa yegua tordilla, vestido vn gavan de paño fino verde, gironado de terciopelo leonado, con vna montera del mismo terciopelo: el adereço de la yegua era de campo, y de la gineta, asimismo de morado, y verde. Traia vn alfange Morisco, pendiente de vn ancho tahali de verde, y oro, y los borceguies eran de la labor del tahali: las espuelas no eran doradas, sino dadas con vn barniz verde, tã tersas, y bruñidas, que por hazer labor con todo el vestido, parecían mejor, que si fueran de oro puro. Quando llegó a ellos el caminante, los saludó cortesmente, y picando a la yegua se passava de largo; pero Don Quixote le dixo: Señor galan, si es que vuestra merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse prietta, merced recibirá en que nos fuessemos juntos. En verdad, respondió el de la yegua, que no me passara tan de largo, sino fuera por temor, que con la compañía de mi yegua no se alborotara esse cavallo. Bien puede, señor, respondió a esta sazón Sancho, bien pue-



puede tener las riendas à su yegua; porque nuestro cavallo es el mas honesto, y bien mirado del mundo: jamàs en semejâtes ocasiones ha hecho vileza alguna, y vna vez que se desmandó à hazerla, la lastamos mi señor, y yo con las setenas. Digo otra vez, que puede vuestra merced detenerse si quisiere, que aunque se la den entre dos platos, à buen seguro que el cavallo no la arrostre. Detuvo la rienda el caminante, admirandose de la postura, y rostro de Don Quixote, el qual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arçon delantero de la albarda del ruzio, y si mucho mirava el de lo verde à Don Quixote, mucho mas mirava Don Quixote al de lo verde, pareciendole hombre de chapa: la edad mostrava ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño; la vista entre alegre, y grave: finalmente, en el trage, y postura dava à entèder ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de Don Quixote de la Mancha el de lo verde, fue, que semejante manera, ni parecer de hombre, no le avia visto jamàs. Admiròle la longura de su cavallo, la grâdeza de su cuerpo, la flaqueza, y amarillez de su rostro: sus armas, su ademan, y compostura, figura, y retrato no visto por luengos tiempos atrás en aquella tierra. Notó bien Don Quixote la atencion

con que el caminante le mirava, y leyòle en la suspension su deseo; y como era tan cortès, y tan amigo de dar gusto à todos, antes que le preguntasse nada le saliò al camino, diziendole: Esta figura que vuestra merced en mi ha visto, por ser tan nueva, y tan fuera de las que comúnmente se vsan, no me maravillaria yo de que le huviesse maravillado; pero dexará vuestra merced de estarlo, quando le diga, como le digo, que soy Cavallero destes que dizen las gètes, que à sus àventuras van. Salì de mi patria, empeñe mi hacienda, dexè mi regalo, y entreguème en los brazos de la forruna, que me llevassen dõde mas fuesse servida. Quise resucitarla muerta andante cavalleria, y ha muchos dias que tropezando aqui, cayendo alli, desemeñandome acá, y levantandome acullà, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando donzellas, y favoreciendo casadas, huerfanos, y pupilos, propio, y natural officio de Cavalleros andantes; y assi por mis valerosas, muchas, y Christianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas, ó las mas naciones del mūdo: treinta mil volumenes se há impresso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil millares, si el cielo no lo remedia. Finalmente, por dezirlo en breves palabras,



ò en vna sola, digo, que soy D. Quixote de la Mācha, por otro nombre llamado el Cavallero de la triste Figura, y puesto que las propias alabanças envilecē, esme forçoso dezir yo tal vez las mias, y esto se entiende, quando no se halla presente quien las diga: así que señor gentil-hombre, ni este cavallo, esta lāça, ni este escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aqui adelante, aviendo ya sabido quien soy, y la profesion que hago. Callò en diciendo esto D. Quixote, y el de lo verde, segū se tardava en responderle, parecia que no acertava à hazerlo: pero de alli à buen espacio le dixo: Acertastes, señor Cavallero, à conocer por mi suspension mi deseo; pero no aveis acertado à quitarme la maravilla, que en mi causa el averos visto, que puesto, que como vos, señor, dezis, que el saber ya quien sois me lo podria quitar, no ha sido así, antes ahora que lo sè, quedo mas suspenso, y maravillado. Como y es posible que ay oy Cavalleros andantes en el mundo? y q̄ ay historias impressas de verdaderas cavallerias? No me puedo persuadir que aya oy en la tierra, quien favorezca viudas, ampare donzellas, ni honre casadas, ni socorra huerranos, y no lo creyera, si en vuestra merced

no lo huviera visto cō mis ojos. Bendito sea el cielo, que con esta historia que vuestra merced dize que està impressa de sus altas, y verdaderas cavallerias, se avrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos cavalleros andantes, de que estava lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuizio, y descredito de las buenas historias. Ay mucho q̄ dezir, respondiò D. Quixote, en razon de si son fingidas, ò no las historias de los andantes Cavalleros. Pues ay quiē dude, respondiò el verde, que no son falsas las tales historias? Yo lo dudo, que respondiò D. Quixote; y quedese esto aqui, que si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar à entender à v. m. que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas. Desta ultima razen de D. Quixote tomó barruntos el caminante de que D. Quixote devia de ser algun mentecato, y aguardava q̄ con otras lo confirmasse: pero antes que se divirtiesen en otros razonamientos, D. Quixote le rogò le dixesse quien era, pues él le avia dado parte de su condicion, y de su vida. A lo que respondiò el de el verde gavan: Yo señor Cavallero de la triste Figura, soy vn hidalgo natural de vn lugar donde iremos à comer oy, si Dios fuere servido, soy mas que mediana-

men-



mente rico, y es mi nombre D. Diego de Miranda, passola vida con mi muger, y con mis hijos, y con mis amigos: mis exercicios son el de la caça, y pesca, pero no mantengo, ni halcon, ni galgos, sino algun perdigon manso, ò algun huron atreuido: tengo hasta seis dozenas de libros, quales de romance, y quales de latin, de historia algunos, y de deuocion otros: los de cauallerias aun no han entrado por los vmbrales de mis puertas, hojeo mas los que son profanos, que los deuotos, como sean de honesto entretenimiẽto, que deleiten con el lenguaje, y admiren, y suspendan con la inuencion, puesto que de estos ay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vezinos, y amigos, y muchas vezes los combido: son mis combites limpios, y aseados, y no nada escasos: ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mi se murmure: no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros; oigo Missa cada dia, reparto de mis bienes con los pobres, sin hazer alarde de las buenas obras; por no dar entrada en mi coraçon à la hipocresia, y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del coraçon mas recatado: procuro poner en paz los que se que estàn desavenidos. Soy deuoto de nuestra Señora, y confio siempre en la misericordia

infinita de Dios nuestro Señor. Atentissimo estuvo Sancho à la relacion de la vida, y entretenimientos del Hidalgo, y pareciendole buena, y santa, y que quien la hazia devia de hazer milagros, se arrojò del ruzio, y con gran priessa le fue à asir del estrivo derecho, y con devoto coraçon, y casi lagrimas le besò los pies vna, y muchas vezes. Visto lo qual por el Hidalgo, le preguntò: Què hazeis hermano? què besos son estos? Dexenme besar, respondiò Sancho, porque me parece vuestra merced el primer santo à la gineta que he visto en todos los dias de mi vida. No soy santo, respondiò el Hidalgo, sino gran peccador, vos si hermano que deveis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra. Bolvió Sancho à cobrar la albarda, auiendo sacado à plaça la risa de la profunda melancolia de su amo y causado nueva admiracion à Don Diego. Preguntòle Don Quixote, què quantos hijos tenia, y dixole, que vna de las cosas en que ponian el sumo bien los Antiguos Filósofos que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fue en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos, y buenos hijos. Yo, señor, D. Quixote, respondiò el Hidalgo, tengo vn hijo, que à no tenerle, quizá me juzgara por mas dichoso de lo



lo que soy, y no porque èl sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera; serà de edad de diez y ocho años, los seis ha estado en Salamãca aprendièdo las lenguas Latina, y Griega; y quando quise que passasse à estudiar otras ciencias, hallèle tan embebido en la de la poesia (si es q̄ se puede llamar ciencia) que no es possible hazerle arrostrar la de las leyes (que yo quisiera que estudiara) ni de la reina da todas, la Teologia. Quisiera yo, que fuera corona de su linage, pues vivimos en siglo donde nuestros Reyes premian altamente las virtuosas, y buenas letras: porpue letras sin virtud, son perlas en el muladar. Todo el dia se le passa en averiguar, si dixo bien, ò mal Homero en tal verso de la Iliada; si Marcial anduvo deshonesto, ò no, en tal Epigrama: si se han de entender de vna manera, ò otra, tales, y tales versos de Virgilio. En fin, todas las conversaciones son cõ los libros de los referidos Poetas, y con los de Horacio, Persio, Iuvenal, y Tibulo, que de los modernos Romancistas no haze mucha cuenta; y con todo el mal cariño que muestra tener à la poesia de Romance, le tiene aora desvanecidos los pensamientos el hazer vna glossa à quatro versos, que le han embiado de Salamãca, y pienso, que son de justa literaria. A todo lo qual respon-

diò Don Quixote: Los hijos, señor, son pedaços de las entrañas de sus padres, y assi se han de querer, ò buenos, ò malos q̄ sean, como se quieren las almas que nos dan vida; à los padres toca el encaminarlos dende pequeños, que los passos de la virtud, de la buena criãça, y de las buenas, y Christianas costumbres, para que quando grandes sean vaculo de la vejez de sus padres, y gloria de su posteridad; y en lo de forçarles que estudien esta, ò aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no serà dañoso; y quando no se ha de estudiar para pane lucrando, siendo tan venturoso el estudiãte, q̄ le diò el cielo padres que se lo dexassen: y seria yo de parecer, que le dexen seguir aquella ciencia à que mas le vieren inclinado; y aunque la de la poesia es menos vtil, que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonnar à quien las posee. La poesia, señor hidalgo, à mi parecer es como vna donzella tierna, y de poca edad, y en todo estremo hermosa, à quien tienē cuidado de enriquecer, pulir, y adornar otras muchas donzellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella: pero esta tal donzella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plaças ni



ni por los rincones de los Palacios. Ella es hecha de vna alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la bolverá en oro purissimo de inestimable precio; halá de tener el que la tuviere á raya, no dexandola correr en torpes satiras, ni en desalmados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heroicas, en lamentables tragedias, ò en comedias alegres, y artificiosas. No se ha de dexar tratar de los truhanes, ni de ignorante vulgo, incapaz de conocer, ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penseis, señor, que yo llamo aqui vulgo solamente á la gente plebeya, y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea señor, ò Principe, puede, y deve entrar en numero de vulgo; y assi el que con los requisitos que he dicho trataré, y tuviere á la poesia, será famoso, y estimado su nombre en todas las Naciones politicas del mundo. Y á lo que dezis, señor, que vuestro hijo no estima en mucha la poesia de Romance, doime á entender, que no anda muy acertado en ello, y la razon es esta. El grãde Homero no escribió en Latin, por que era Griego, ni Virgilio no escribió en Griego, porque era Latino. En resolucion, todos los Poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á bus-

car las estrangeras para declarar la alteza de sus conceptos. Y siendo esto assi, razon seria se estendiesse esta costumbre por todas las Naciones, y que no se desestimasse el Poeta Aleman, porque escribe en su lengua, ni el Castellano, ni aun el Vizcaino, que escribe en la suya. Pero vuestro hijo (á lo que yo señor imagino) no deve de estar mal con la poesia de Romance, sino con los Poetas que son meros Romancistas, sin saber otras lenguas, ni otras ciencias, que adornen, y despierten, y ayuden á su natural impulso, y aun en esto puede aver yerro. Porq̄ segun es opinion verdadera, el Poeta nace, quieren dezir, que del vientre de su madre el Poeta natural sale Poeta, y con aquella inclinaciõ que le diò el cielo, sin mas estudio, ni artificio compone cosas, que haze verdadero al que dixo: *Est Deus in nobis* &c. Tambien digo, que el natural Poeta q̄ se ayudare del arte, será mucho mejor, y se aventajará al Poeta que solo por saber el arte quisiere serlo: la razon es, porq̄ el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perficionala; assi que mezcladas la naturaleza, y el arte, y el arte con la naturaleza, facarán vn perfectissimo Poeta. Sea, pues, la conclusion de mi platica, señor Hidalgo, que v. m. dexe caminar á su hijo por donde su estrellá le llama, que siendo él tá-



buen estudiante; como deve de ser, y aviendo ya subido felicemente el primer escalon de las essencias, que es el de las lenguas, con ellas por si mesmo subirà à la cumbre de las letras humanas, las quales tambien parecen en vn Cavallero de capa, y espada, y assi le ordenan, honran, y engrandecen como las Mitras à los Obispos, ò como las Garnachas à los Peritos Jurisconsultos. Riña vuestra merced à su hijo si hiziere satiras que perjudiquen las honras ajenas, y castiguele, y rōpafelas; pero si hiziere sermones al modo de Horacio, donde reprehenda los vicios en general, como tan elegantemente ello hizo; alabele, porque licito es al Poeta escribir contra la embidia, y dezir en sus versos mal de los embidiosos, y assi de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero ay Poetas, que atruenco de dezir vna malicia, se pondrán à peligro que los destierren à las islas de Ponto. Si el Poeta fuere casto en sus costumbres, lo será tambien en sus versos: la pluma es lengua del alma; quales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán los escritos: y quando los Reyes, y Principes ven la milagrosa ciencia de la Poesia en sujetos prudentes, virtuosos, y graues, los honran, los estiman, y los enriquezen, y aun los coro-

nan con las hojas de el arbol à quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas, y adornadas sus sienas. Admirado quedó el del verde gavan de el razonamiento de D. Quixote, y tanto, que fue perdiendo de la opinion que con él tenia de ser mentecato. Pero à la mitad desta platica Sācho, por no ser muy de su gusto, se avia desviado de el camino à pedir vn poco de leche à vnos pastores que alli junto estavan ordenando vnas ovejas; y en esto ya bolvia à renovar la platica el Hidalgo, satisfecho en estremo de la discrecion, y buen discurso de D. Quixote, quando alcanzando D. Quixote la cabeça, vio que por el camino por dōde ellos iban venia vn carro lleno de vanderas Reales, y creyendo que devia de ser alguna nueva aventura, a grandes voces llamó à Sācho, que viniese à darle la çelada. El qual Sācho oyédose llamar, dexò à los pastores, y à toda priesa picó al ruzio, y llegó donde su amo estava, à quien sucedio vna espantosa, y desatinada aventura.





CAP. XVII. De donde se declaró el último punto, y estremo à donde llegó, y pudo llegar el inaudito animo de Don Quixote con la felizmente acabada aventura de los leones.



**C**uentá la historia, que quando D. Quixote dava voces à Sancho, que le traxesse el yelmo, estava el comprando vnos quesones que los pastores le vendian, y acosado de la mucha priessa de su amo, no supo qué hazer dellos, ni en qué traerlos, y por no perderlos, que ya los tenia pagados, acordò de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado boluio à verlo que le queria, el qual en llegando, le dixo: Da-

me amigo essa celada, que yo se poco de aventuras, ó lo que allí descubro es alguna que me ha de necessitar, y me necessita à tomar mis armas. El del verde gavan que esto oyò, tendió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa que vn carro que àzia ellos venia con dos, o tres vanderas pequeñas, que le dieron à entender, que el tal carro devia de traer moneda de su Magestad, y así se lo dixo à D. Quixote: pero el no  
le.



le dió credito, siempre creyendo, y pensando, que todo lo que le sucediesse avian de ser aventuras, y mas aventuras; y así respondió al Hidalgo: Hombre apercebido medio combatido, no se pierde nada en que yo me aperciba, que se por experiencia que tengo enemigos visibiles, è invisibles, y no sé quando, ni adonde, ni en qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer; y volviendose a Sancho, le pidió la celada, el qual como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fue forçoso darfela como estava. Tomola D. Quixote, y sin que echasse de ver lo q̄ dentro venia, con toda priesa se la encaxó en la cabeça: y como los requesones se apretaron, y exprimieron, comenzó à correr el suero por todo el rostro, y barbas de D. Quixote, de lo que recibió tal susto, que dixo à Sancho: **Q**ue era esto, Sancho, que parece q̄ se me ablan los cascos, o se me derriten los sesos, o que sudo de los pies à la cabeça, y si es que sudo, en verdad q̄ no es de miedo; sin duda creo que es terrible la aventura que aora quiere sucederme. Dame si quieres con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos. Calló Sancho, y dióle vn paño, y dio con él gracias à Dios de que su señor no huviesse caido en el caso. Limpióse Don Quixote, y quitóse la celada, por

ver qué cosa era la que à su parecer le enfriava la cabeça, y viendo aquellas gachas blandas dentro de la celada, las llegó à las narizes, y en oliendolas, dixo: Por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, q̄ son requesones los que aqui me has puesto, traidor, vergãte, y mal mirado escudero. A lo q̄ con gran flemma, y dissimulacion respondió Sancho: Si son requesones, demelos vuestra merced, que yo me los comerè: pero comalos el diablo, que devió de ser el que ai los puso. Yo avia de tener atrevimiẽto de enfuciar el yelmo de vuestra merced? hallado le aveis el atrevido. A la fee señor, à lo que Dios me dà à entender, tambien devo de tener encantadores que me persiguen, como à hechura, y miembro de vuestra merced, y avrán puesto ai essa inmundicia para mover à colera su paciencia, y hazer que me muela como suele las costillas. Pues en verdad que esta vez han dado salto en vago, que yo confio en el buen discurso de mi señor, que avrà cõsiderado, que ni yo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga; y que si la tuviera, antes la pusiera en mi estomago, que en la celada. Todo puede ser, dixo Don Quixote, y todo lo mirava el Hidalgo, y de todo se admirava, especialmente quando despues de averse limpiado D. Quixote



tabeça, y rostro, y barbas, y ce-  
lada, se la encaxó, y afirmando-  
se bien en los estrivos, requiriē-  
do la espada, y asiendo la lança,  
dixo: Aora venga lo que vinie-  
re, que aqui estoy con animo  
de tomarme con el mismo Sa-  
tanás en persona. Llegò en es-  
to el carro de las vanderas, en el  
qual no venia otra gente que el  
carretero en las mulas, y vn hõ-  
bre sentado en la delantera. Pu-  
sose Don Quixote delante, y  
dixo: Adonde vais hermano?  
què carro es este? qué llevais en  
el? y qué vanderas son aquestes?  
A lo que respondió el carrete-  
ro: El carro es mio, lo que v à en  
el son dos bravos leones en jau-  
lados, que el General de Orán  
embia à la Corte presentados  
à su Magestad: las vanderas son  
del Rey nuestro señor, en señal  
que aqui v à cosa suya. Y son  
grandes los leones? preguntò  
Don Quixote. Tan grandes, res-  
pondio el hombre que iba à la  
puerta del carro, que no han pas-  
sado mayores, ni tan grandes de  
Africa à España jamás, y yo soy  
el leonero, y he pasado otros;  
pero como estos ninguno: son  
hembra, y macho, el macho v à  
en esta jaula primera, y la hem-  
bra en la de atrás, y aora v àn  
hambrientos, porque no han  
comido oy, y assi vuestra mer-  
ced se desvie, que es menester  
llegar presto donde les demos  
de comer. A lo que dixo Don  
Quixote (sonriendose vn poco)

leoncitos à mi, à mi leoncitos?  
y à tales horas? pues por Dios  
que hã de ver esos señores que  
acà los embian, si soy yo hom-  
bre que se espanta de leones.  
Apeaos buen hombre, y pues  
sois el leonero, abrid estas jau-  
las, y echadme estas bestias fue-  
ra, que en mitad desta campaña  
les daré à conocer quien es Dõ  
Quixote de la Mancha, à despe-  
cho, y pesar de los encãtadores  
que à mi los embian. Ta, ta, di-  
xo à esta sazón entre si el Hi-  
dalgo, dado ha señal de quiē es  
nuestro buen Cavallero; los re-  
quesones sin duda le han ablan-  
dado los cascos, y mudado los  
sesos. Llegose à esto à el Sãcho,  
y dixole: Señor, por quien Dios  
es, que vuestra merced haga de  
manera, que mi señor Don Qui-  
xote no se tome con estos leo-  
nes, que si se toma, aqui nos han  
de hazer pedaços à todos. Pues  
tan loco es vuestro amo, respon-  
diò el Hidalgo, que temeis, y  
creeis, que se ha de tomar con  
tan ferros animales? No es lo-  
co, respondió Sancho, sino atre-  
vido. Yo harè que no lo sea. re-  
plicò el Hidalgo; y llegandose  
à Don Quixote, que estava  
dando priessa al leonero, que  
abriesse las jaulas, le dixo: Se-  
ñor Cavallero, los Cavalleros  
andantes han de acometer las  
aventuras que prometen espe-  
rança de salir bien de ellas, y no  
aquellas q̄ en todo las quitã; por  
que la valentia q̄ se entra en la



jurisdicció de la temeridad, mas tiene de locura, que de fortaleza, quanto mas que estos leones no vienen contra vuestra merced, ni lo sueñan, vãn presentados à su Magestad, y no serà biẽ detenerlos, ni impedirles su viage. Vayase vuestra merced, señor Hidalgo, respondió Don Quixote, à entender cõ su perdigon manso, y con su huron atrevido, y dexe à cada vno hazer su officio, este es el mio, y yo sè si vienen à mi, ò no estos señores leones: y bolviendose al leonero, le dixo: Voto à tal don vellaco, q̃ si no abris luego luego las jaulas, que con esta lançosa he de coser con el carro. El carretero que viò la determinacion de aquella armada fantasma, le dixo: Señor mio, v. m. sea teruido por caridad dexarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo cõ ellas antes q̃ se desembainen los leones; porque si me las matan, quedarè rematado para toda mi vida, que no tẽgo otra hazienda sino este carro, y estas mulas. O hombre de poca fee, respondió Don Quixote, apeate, y desunce, y haz lo q̃ quisiere, que presto veràs que trabajaste en vano, y q̃ pudieras ahorrar esta diligencia. Apeose el carretero, y desuncio à gran priessa, y el leonero dixo à grandes voces: Seanme testigos quãtos aqui estãn, como contra mi voluntad, y forçado abro las jaulas, y suelto los leones; y de que

protesto à este señor, que todo el mal, y daño que estas bestias hizieren, corra, y vaya por su cuenta, con mas mis salarios, y derechos. Vuestras mercedes, señores se pongan en cobro antes q̃ abra, que yo seguro estoy, que no me han de hazer daño. Otra vez le persuadiò el Hidalgo, que no hiziesse locura semejante, que era tentar à Dios acometer tal disparate. A lo que respondió Don Quixote, que el sabia lo que hazia. Respondiòle el Hidalgo, que lo mirasse biẽ, que el entendia que se engañava. Ahora señor, replicò D. Quixote, si vuestra merced no quiere ser oyente desta que à su parecer ha de ser tragedia, pique la tordilla, y pongase en salvo. Oido lo qual por Sancho, con lagrimas en los ojos le suplicò desistiesse de tal empresa, en cuya comparacion avian sido tortas, y pan pintado la de los molinos de viento, y la tenebrosa de los batanes: y finalmente, todas las hazañas que avia acometido en todo el discurso de su vida. Mire señor, dezia Sancho, que aqui no ay encanto, ni cosa que lo valga; que yo he visto por entre las verjas, y resquicios de la jaula vna vna de leon verdadero, y faco por ella, que el tal leon, cuya deve de ser la tal vna, es mayor que vna montaña. El miedo alomenos, respondió Don Quixote, le hará parecer mayor que la



la mitad del mundo. Retirate, Sancho, y dexame; y si aqui muriere, ya sabes nuestro antiguo concierto, acudiràs à Dulcinea, y no te digo mas. A estas añadió otras razones, con que quitò las esperanças de que no avia de dexar de profeguir su desvariado intento. Quisiera el del verde gavàn oponerfele; pero viofe desigual en las armas, y no le pareció cordura tomarse con vn loco, que ya se lo avia parecido de todo punto Don Quixote, el qual bolviendo à dar priessa al leonero, y à reiterar las amenazas, diò ocasion al Hidalgo à que picasse la yegua, y Sancho al ruzio, y el carretero a sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo mas que pudiesen, antes que los leones se desembanastassen. Llorava Sancho la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creia que llegavan las garras de los leones; maldezia su ventura, y llamava menguada la hora en que le vino al pensamiento bolver à servirle: pero no por llorar, y lamentarse dexava de aporrear al ruzio para que se alexasse del carro. Viendo pues el leonero, que ya los que iban huyendo estaban bien desviados, torno à requerir, y à intimar à Don Quixote lo que ya le avia intimado, è intimado, el qual respondió que lo oia, y que no se curasse de mas intimaciones, y requerimientos, que

todo seria de poco fruto, y que se diese priessa. En el espacio que tardò el leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando Don Quixote, si seria bien hazer la batalla antes à pie, que à cavallo. Y en fin se determinò de hazerla à pie, temiendo que Rozinante se espantaria con la vista de los leones; por esto saltò del cavallo, arrojò la lança, y embragò el escudo, y de embainando la espada, passo ante passo, con maravilloso denuedo, y coraçon valiente se fue à poner delante de el carro, encomendandose à Dios de todo coraçon, y luego à su señora Dulcinea. Y es de saber, que llegando à este passo el Autor de esta verdadera historia, exclama, y dize: O fuerte, y sobre todo encarecimiento animoio Don Quixote de la Mancha, espejo donde se puede mirar todos los valientes del mundo, segundo, y nuevo Don Manuel de Leon, que fue gloria, y honra de los Españoles Cavalleros. Con que palabras contarè esta tan espantosa hazaña? ò con que razones la harè creible à los siglos venideros? ò que alabanças avrà que no te convengan, y quadren, aunque sean hiperboles sobre todos los hiperboles? Tu à pie, tu solo, tu intrepido, tu magnanimo, con sola vna espada, y no de las del perrillo cortadoras, con vn escudo, no de muy luziente, y lina



pio azéro, estás aguardando, y atendiendo los dos mas fieros leones q̄ jamás criaron las Africanas selvas. Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso Manchego, que yo los dexo aqui en su punto, por faltarme palabras con que encarecerlos. Aqui cesó la referida exclamacion del Autor, y pasó adelante, anudando el hilo de la historia, diziendo:

Que visto el leonero ya puesto en postura à Don Quixote, y que no podia dexar de soltar al leon macho, so pena de caer en desgracia del indigno, y atrevido Cavallero, abrió de par en par la primera jaula donde estava, como se ha dicho, el leon, el qual pareció de grandeza extraordinaria, y de espantable, y fea catadura. Lo primero que hizo, fue rebolverse en la jaula donde venia echado, y tender la garra, y despereçarse todo; abrió luego la boca, y bostezó muy de espacio, y cō casi dos palmos de lengua que sacó fuera se despolvoreó los ojos, y se labó el rostro: hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula, y miró à todas partes cō los ojos hechos brasas, vista, y ademan para poner espanto à la misma temeridad. Solo Don Quixote lo mirava atentamente, deseando que saltasse ya de el carro, y viniessé con él à las manos, entre las quales pensava hazerle pedaços.

Hasta aqui llegó el estremo de su jamás vista locura; pero el generoso leon, mas comedido, que arrogante, no haziendo caso de niñerías, ni de bravatas, despues de aver mirado à vna, y otra parte, como se ha dicho, bolvió las espaldas, y enseñó sus traseras partes à D. Quixote, y con gran flema, y remanso se bolvió à echar en la jaula. Viendo lo qual Don Quixote, mandó al leonero, que le diese de palos, y le irritasse para echarle fuera. Eflo no haré yo, respondió el leonero; porque si yo le instigo, el primero à quien harà pedaços será à mi mismo. Vuestra merced, señor Cavallero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede dezirse en genero de valentia, y no quiera tentar segunda fortuna. El leon tiene abierta la puerta, en su mano está el salir, ò no salir: pero pues no ha salido hasta aora, no saldrà en todo el dia. La grandeza de el coraçon de vuestra merced, ya está bien declarada; ningun bravo peleante (segun à mi se me alcanza) está obligado à mas, que à desafiar à su enemigo, y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la cortesia del vencimiento. Assi es verdad, respondió D. Quixote; cierra amigo la puerta, y dame por testimonio en la mejor forma q̄ pudieres lo q̄ aqui



¿quí me has visto hazer. Conviene à saber, como tu abriste al leon, yo te esperè, èl no saliò, bolvile à esperar, bolviò à no salir, y bolviòse a costar. No devo mas, y encantos à fuera, y Dios ayude a la razon, y à la verdad, y à la verdadera cavalleria, y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas a los huidos, y ausentes, para que sepan de tu boca esta hazaña. Hizolo assi el leonero, y Don Quixote poniendo en la punta de la lança el lienço con q̄ se avia limpiado el rostro de la lluvia de los requefones, començo à llamar à los q̄ no dexavan de huir, ni de bolver la cabeça à cada passo, todos en tropa, y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho à ver la señal del blanco paño, dixo: Que me manten si mi señor no ha vencido à las fieras bestias, pues nos llama. Detuvieronle todos, y conocieron, que el que hazia las señas era Don Quixote, y perdiendo alguna parte del miedo, poco à poco se vinierò acercando hasta donde claramente oyerò las voces de Don Quixote, que los llamava. Finalmente, bolvierò al carro, y en llegádo dixo Don Quixote al carretero: Bolved hermano à vncir vuestras mulas, y à profeguir vuestro viage; y tu, Sancho, dale dos escudos de oro para èl, y para el leonero, en recompensa de lo que por mi se han detenido. Esos darè

yo de muy buena gana, respondiò Sancho; pero que se han hecho los leones, son muertos, ò vivos? Entòces el leonero menudamente, y por sus pausas còto el fin de la contienda, exagerando como èl mejor pudo, y supo el valor de Don Quixote, de cuya vista el leon acobardado no quiso, ni osó salir de la jaula, puesto que avia tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula, y q̄ por el aver dicho à aquel Cavallero, que era tentar à Dios, y irritar al leon para que por fuerza saliesse, como èl queria que se irritasse mal de su grado, y contra toda su voluntad avia permitido que la puerta se cerrasse. Que te parece de esto, Sancho, dixo Don Quixote, ay encantos que valgan còtra la verdadera valentia? Bien podran los encãtadores quitarme la vëtura: pero el esfuerzo, y el animo serà imposible. Dio los escudos Sancho, vnciò el carretero, besò las manos el leonero à D. Quixote por la merced recibida, y prometiole de contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey, quãdo en la Corte se viesse. Pues si acaso su Magestad preguntare, quien la hizo, direisle, que el Cavallero de los Leones, que aqui adelante quiero que en este se trueque, cambie, buelva, y mude el que hasta aqui he tenido del Cavallero de la triste Figura, y en esto sigo la antigua v lança de los



andantes Cavalleros, que se mudavan los nombres quando querian, o quando les venia à cuento. Siguiò su camino el carro, y Don Quixote, Sancho, y el del verde gavan, profiguieron el fuyo. En todo este tiempo no avia hablado palabra Don Diego de Miranda, todo atento à mirar, y à notar los hechos, y palabras de Don Quixote, pareciendole, que era vn cuerdo loco, y vn loco que tirava à cuerdo. No avia aun llegado à su noticia la primera parte de su historia, que si la huviera leído cesara la admiracion en que lo ponian sus hechos, y sus palabras, pues ya supiera el genero de su locura; pero como no la sabia, ya le tenia por cuerdo, y ya por loco: porque lo que hablava era concertado, elegante, y bien dicho; y lo que hazia, disparatado, temerario, y tonto, y dezia entre si: *Que mas locura puede fer, que ponerse la celada llena de requesones, y darse à entender, que le ablandavan los cascos los encantadores? Y que mayor temeridad, y disparate, que querer pelear por fuerza con leones? Destas imaginaciones, y deste soliloquio le facò Don Quixote, diziendole: Quien duda, señor Don Diego de Miranda, que vuestra merced no me tenga en su opinion por vn hombre disparatado, y loco, y no seria mucho que assi fuesse, porque mis obras no pue-*

*den dar testimonio de otra cosa; pues con todo esto quiero que vuestra merced advierta, que no soy tan loco, ni tan menguado, como devo de averle parecido. Bien parece vn gallardo Cavallero à los ojos de su Rey, en la mitad de vna gran plaza dar vna lançada con felice sucesso à vn bravo toro. Bien parece vn Cavallero armado de reiplandecientes armas, passar la tela en alegres justas delante de las damas; y bien parecen todos aquellos Cavalleros que en exercicios militares (ò que lo parezcan) entretienen, y alegran, y (si se puede dezir) honran las Cortes de sus Principes: pero sobre todos estos, parece mejor vn Cavallero andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encruzijadas, por las selvas, y por los montes anda buscando peligrosas aventuras, con intencion de darles dichosa, y bien afortunada cima, solo por alcançar gloriosa fama, y duradera. Mejor parece, digo, vn Cavallero andante, socorriendo à vna viuda en algun despoblado, que vn cortesano Cavallero requebrando à vna donzella en las Ciudades. Todos los Cavalleros tienen sus particulares exercicios, sirva à las damas el Cortesano, autorice la Corte de su Rey con libreas, sustentelos Cavalleros pobres con el esplendido plato de su mesa; concierte justas,*



mantenga torneos, y muestrese grande, liberal, y magnifico, y buen Christiano sobre todo; y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones. Pero el andante Cavallero busque los rincones del mundo, entrese en los mas intrincados laberintos, acometa à cada passo lo imposible, resista en los paramos despoblados los ardiētes rayos del Sol en mitad del Verane, y en el Invierno la dura inclemēcia de los viētos, y de los yelos; no lo allombren leones, ni le espanten vestigios, ni atemorizen endriagos, que buscar estos, de acometer aquellos, y vencerles à todos, son sus principales, y verdaderos ejercicios. Yo pues, como me cupo en suerte ser vno del numero de la andante cavalleria, no puedo dexar de acometer todo aquello que à mi pareciere que cae debaxo de la jurisdiccion de mis ejercicios; ya si el acometer los leones que aora acometi, derecha-mente me tocava, puesto que conocí ser temeridad exorbitante; porque bien se lo que es valentia, que es vna virtud que està puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardia, y la temeridad: pero menos mal será, que el q es valiente toque, y suba al punto de temerario, q no que baxe, y toque en el punto de cobarde, que así como es mas facil venir el prodigo à ser liberal, que el avaro, así es mas

facil dar el temerario en verdadero valiente, que no el cobarde subir à la verdadera valentia: y en esto de acometer aventuras, creame vuestra merced señor Don Diego, que antes se ha de perder por carta de mas, que de menos; porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen, el tal Cavallero es temerario, y atrevido, que no el tal Cavallero es temido, y cobarde. Digo señor Don Quixote, respondió Don Diego, que todo lo que vuestra merced ha dicho, y hecho, và nivelado con el fiel de la misma razon; y que entiendo, que si las ordenanças, y leyes de la cavalleria andante se perdiessen, se hallarian en el pecho de vuestra merced, como en su mismo deposito, y archivo: y demonos priessa, que se haze tarde, y lleguemos à mi aldea, y casa, donde descansarà vuestra merced del pasado trabajo, que si no ha sido del cuerpo, ha sido del espiritu, que suele talvez redundar en cansancio del cuerpo. Tengo el ofrecimiento à gran favor, y merced, señor D. Diego, respondió D. Quixote, y picando mas de lo q hasta entonces, serian como las dos de la tarde quando llegaron à la aldea, y à la casa de D. Diego, à quien D. Quixote llamava el Cavallero de el verde gavan.

(???)



**CAP. XVIII.** De lo que sucedió à Don Quixote en el Castillo, ó casa del Cavallero de el verde gavan, con otras cosas extravagantes.

**H**ALLÒ Don Quixote ser la casa de Don Diego de Miranda, ancha como de aldea; las armas empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle, la bodega en el patio, la cueva en el portal, y muchas tinajas à la redonda, que por ser del Toboso le renovaron las memorias de su encantada, y transformada Dulcinea, y suspirando, y sin mirar lo que dezia, ni delante de quien estava, dixo: O dulces prendas, por mi mal halladas, dulces, y alegres, quando Dios queria, ó Tobosescas tinajas, q̄ me aveis traído à la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura! Oyòle dezir esto el estudiante Poeta, hijo de Don Diego, que con su madre avia salido à recibirle, y madre, y hijo quedaron suspensos de ver la extraña figura de Don Quixote, el qual apeandose de Rozinante, fue con mucha cortesía a pedirle las manos para besarlas; y Don Diego dixo: Recibid, señora, con vuestro solito agrado al señor Don Quixote de la Mancha, que es el que teneis delante, andante Cavallero, y el mas valiente, y el mas discreto que tiene el mundo. La

señora, que Doña Christiana se llamava, le recibió con muestras de mucho amor, y de mucha cortesía, y Don Quixote se le ofreció con assaz de discretas, y comedidas razones, casi los mismos comedimientos pasó con el estudiante, que en oyendole hablar Don Quixote, le tuvo por discreto, y agudo. Aqui pinta el Autor todas las circunstancias de la casa de Don Diego, pintandonos en ellas lo que contiene vna casa de vn Cavallero labrador, y rico; pero al Traductor de esta historia le pareció passar estas, y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venian bien con el proposito principal de la historia, en la qual mas tiene su fuerza la verdad, que en las frias digresiones. Entraron à Don Quixote en vna sala; desarmòle Sancho, quedó en valones, y en jubon de camuça, todo visunto con la mugre de las armas; el cuello era valona à lo estudiantil, sin almidon, y sin randas: los borcegues eran datilados, y encerrados los zapatos. Ciñòse su buena espada, que pendia de vn tahali de lobos marinos, que es opinion, que muchos años fue enfermo de los riñones: cubriòse vn herreruelo de buen paño pardo. Pero antes de todo, con cinco calderos, ó seis de agua, que en la cantidad de los calderos ay alguna diferencia,



se labò la cabeça, y rostro, y todavía se quedó el agua de color de suero; merced à la golosina de Sancho, y à la compra de sus negros requesones, q̄ tan blanco pusieron à su amo. Con los referidos atavios, y con gentil donaire, y gallardia salió Don Quixote à otra sala, donde el estudiante le estava esperando, para entretenerle en tanto que las mesas se ponian, que por la venida de tan noble huesped queria la señora Doña Christiana mostrar, que sabia, y podia regalar à los que à su casa llegassen. En tanto que D. Quixote se estuvo desarmando, tuvo lugar Don Lorenzo, que así se llamava el hijo de D. Diego, de dezir à su padre: Quié diremos señor, que es este Cavallero que vuestra merced nos ha traído à casa? que el nombre, la figura, y el dezir que es Cavallero andante, à mi, y à mi madre nos tiene suspensos. No sé lo que te diga, hijo, respondió Don Diego; solo te sabré dezir, que le he visto hazer cosas del mayor loco del mundo, y dezir razones tan discretas, que borran, y deshazzen sus hechos; hablale tu, y toma el pullo à lo que sabe, y pues eres discreto, juzga de su discreción, ò tontería lo que mas puesto en razon estuviere; aunque para dezir verdad antes le tengo por loco, q̄ por cuerdo. Con esto se fue Don Lorenzo à entretener à Don Quixote, como

queda dicho, y entre otras plasticas que los dos pasaron, dixo Don Quixote à Don Lorenzo: El señor Don Diego de Miranda, padre de vuestra merced me ha dado noticia de la rara habilidad, y sutil ingenio q̄ v. m. tiene; y sobre todo, que es v. m. vn gran Poeta. Poeta, bien podrá ser, respondió Don Lorenzo, pero gande, ni por pensamientos; verdad es, que yo soy algun tanto aficionado à la poesia, y à leer los buenos Poetas; pero no de manera, que se pueda dar el nombre de grande, que mi padre dize. No me parece mal esta humildad, respondió D. Quixote, porque no ay Poeta que no sea arrogante, y piense de si que es el mayor Poeta del mundo. No ay regla sin excepcion, respondió Don Lorenzo, y alguno avrà que lo sea, y no lo piense. Pocos, respondió Don Quixote; pero digame vuestra merced, que versos son los que agora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto, y pensativo? y si es alguna glosa, à mi se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaria saberlos, y si es que son de justa literaria, procure vuestra merced llevar el segundo premio, que el primero siépre se lleva el favor, ò la grã calidad de la persona; el segūdo se lleva la mera justicia, y el tercero viene à ser segūdo, y el primero à esta cuenta se



será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las Vniuersidades: pero con todo esto, gran personage es el hombre de primero. Hasta aora, dixo entre sí don Lorenço, no os podrè yo juzgar por loco; vamos adelante, y dixole: Pareceme que vuestra merced ha cursado las escueias; qué ciencias ha oido? La de la Caualleria Andante, respondió don Quixote, que es tan buena como la de la Poesia, y aun dos deditos mas. No sé que ciencia sea essa, replicò don Lorenço, que hasta aora no ha llegado a mi noticia. Es vna ciencia, replicò don Quixote, que encierra en sí todas, o las mas ciencias del mundo, a causa que el que la professa ha de ser Iurisperito, y saber las leyes de la justicia distributiva, y comutativa, para dar a cada vno lo que es suyo, y lo q̄ le conviene: ha de ser Theologo, para saber dar razon de la Christiana ley q̄ professa clara, y distintamente adóde quiera que le fuere pedido: ha de ser Medico, y principalmēte herbolario, para conocer en mitad de los despoblados, y desiertos las yervas que tienen virtud de sanar las heridas, que no ha de andar el Cavallero Andante à cada trinquete buscando quien se las cure: ha de ser Astrologo para conocer por las estrellas quantas horas son passadas de la noche, en q̄ parte, y en q̄ clima del mū-

do se halla: ha de saber las Mathematicas, porq̄ a cada passo se le ofrecerà tener necesidad de ellas; y dexando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes Teologales, y Cardinales, decendiendo a otras menudencias: digo, que ha de sabernadar, como dicen, que nadaua el pexe Nicolas, o Nicolao: ha de saber herrar vn cauallero, y adereçar la silla, y el freno: y bolviendo a lo de arriba, ha de guardar la Fé à Dios, y a su dama: ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos; y finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes, y minimas partes se compone vn buen Cauallero andante, porque vea vuestra merced señor Don Lorenço, si es ciencia mocosa lo q̄ aprende el Cauallero que la estudia, y la professa: y si se puede igualar a las mas estiradas que en los gignasios, y escueias se enseñan. Si esto es assi, replicò don Lorenço, yo digo que se auenta esta ciencia a todas. Como si es assi? respondió Don Quixote. Lo que yo quiero dezir, dixo Don Lorenço, es que dudo que aya auido, ni que los ay aora Caualleros Andantes, y adornados de virtudes tantas. Muchas vezes he dicho lo que buel-



bueluo a dezir aora, respondió don Quixote, que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha auido Cavalleros andantes, y por parecerme à mi, que si el cielo milagrosamente no les dà à entender la verdad de que los huvo, y de que los ay, qualquier trabajo que se tome ha de ser en vano (como muchas vezes me lo ha mostrado la experiençia) no quiero detenerme agora en sacar à vuestra merced del error que con los muchos tienè, lo que pienso hazer es, el rogar al cielo le saque del, y le de a entender quan prouechosos, y quan necessarios fueron al mundo los Caualleros andantes en los passados siglos, y quã vtilès fueran en el presente, si se vsará: pero triunfan aora por pecados de las gètes la pereza, la ociosidad, la gula, y el regalo. Escapadosenos ha nuestro huesped (dixo a esta sazon) entre si don Lorenzo: pero cõ todo esto èl es loco bizarro, y yo seriamentecato floxo, si así no lo creyessè. Aqui dierõ fin a su plática, porque los llamaron a comer. Preguntò don Diego a su hijo, que aua sacado en limpio del ingenio del huesped, a lo q̃ èl respondió: No le sacarán del borrador de su locura, quantos Medicos, y buenos Escrivanos tiene el mundo; èl es vn entreuerado loco, lleno de lucidos intervalos. Fueronse a comer,

y la comida fue tal, como Don Diego avia dicho en el camino, que la solia dàr a sus combidados, limpia, abundante, y sabrosa; pero de lo que mas se cõtento don Quixote, fue del maravilloso silencio que en toda la casa avia, que semejava vn Monasterio de Cartuxos. Levantados, pues, los manteles, y dadas gracias à Dios, y agua a las manos, don Quixote pidió ahincadamente a Don Lorenzo dixesse los versos de la justa literaria. A lo que èl respondió, que por no parecer de aquellos Poetas, que quando les ruegan digã sus versos, y los niegan, y quãdo no se los piden, los vomitan: yo dirè mi glosa, de la qual no espero premio alguno, que solo por exercitar el ingenio la he hecho. Vn amigo, y discreto, respondió don Quixote, era de parecer, que no se avia de cansar nadie en glosar versos, y la razon, dezia èl, era, que jamàs la glosa podia llegar al texto, y que muchas, o las mas vezes iba la glosa fuera de la intencion, y proposito de lo que pedia lo que se glosava, y mas que las leyes de la glosa eran demasiadamente estrechas, que no sufrían interrogantes, ni dixo, ni dirè, ni hazer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras, y estrechezas con que vã atados los que glosan, como v. m. deve de saber. Verdaderamente señor Don Quixote, di-



xo Don Lorenzo, que de lo cogier à vuestra merced en vn mal latin continuado, y no puedo; porque se me desliza de entre las manos como anguila. No entiendo, respondió Don Quixote, lo que vuestra merced dize, ni quiere dezir en esso de el deslizarme. Yo me daré à entēder, respondió Don Lorenzo, y por aora este vuestra merced atento à los verlos glossados, y à la glossa, que dizen desta manera.

Si mi fue tornasse à es,  
Sin esperar mas será,  
O viniessse el tiempo ya  
De lo que será despues.

## G L O S S A.

**A**L fin como todo passa,  
Se passò el bien que me diò  
fortuna vn tiempo escasa,  
y nunca me la volviò,  
ni abundante, ni por tassa.  
Siglos haya que me vès,  
fortuna puestas à tus pies,  
tuelveme à ser venturoso,  
que será mi ser dichoso,  
si mi fue tornasse à es.

No quiero otro gusto ò gloria,  
otra palma, ò vencimiento,  
otro triunfo, otra victoria,  
fino bolver al contento,  
que es pensar en mi memoria.  
Si tu me vuelves allà,  
fortuna, templado está  
soto el vigor de mi fuego,

y mas si este bien es luego,  
sin esperar mas será.

Cosas impossibles pido,  
pues bolver el tiempo à ser,  
despues que vna vez ha sido,  
no ay en la tierra poder,  
que à tanto se aya estendido.  
Corre el tiempo, buela y vè  
ligeroy no bolverà  
y erraria el que pidiessse,  
ò que el tiempo ya se fuesse,  
ò viniessse el tiempo ya.

Vivir en perplexa vida,  
ya esperando ya temiendò,  
es muerte muy conocida,  
y es mucho mejor muriendò  
bujcar al dolor salida.

A mi me fuera interès  
acabar, mas no lo es,  
pues con discarso mejor  
me dà la vida el temor  
de lo que será despues.

En acabando de dezir su glossa Don Lorenzo, se levantò en pie Don Quixote, y en voz levantada, que parecia grito, asiendo con su mano la derecha de Don Lorenzo, dixo: Viven los Cielos, donde mas altos estàn, mancebo generoso, que fois el mejor Poeta de el Orbe, y que mereceis estar laureado, no por Chipre, ni por Gaeta, como dixo vn Poeta, que Dios perdone, sino por las Academias de Atenas, si oy vivieran, y por las que oy viven de Paris, Bolonia, y Salamanca, plega al Cielo, que



los Iuezes que os quitaren el premio primero, Febo los affae tee, y las Musas jamas atraviesfen los vmbrales de sus casas. Dezidme, señor, si sois servido, algunos versos mayores, que quiero tomar de todo en todo el pulso à vuestro admirable ingenio. No es bueno que dizen, que se holgò D. Loreço de verse

alabar de Don Quixote, aunque le tenia por loco? O fuerça de la adulacion! à quanto te estiendes, y quã dilatados limites son los de tu jurisdiccion agradable! Esta verdad acreditò Don Lorenzo, pues còcedió con la demanda, y dize de Don Quixote, diziéndole este Soneto à la fabula, ò historia de Piramo, y Tisbe

S O N E T O.

**E**L muro rompe la donzella hermosa,  
 Que de Piramo abrió el gallardo pecho;  
 Parte el amor de Chipre, y và derecho  
 A ver la quiebra estrecha, y prodigiosa.  
 Habla el silencio allí, porque no ossa  
 La voz entrar por tan estrecho trecho,  
 Las almas si, que amor suele de hecho  
 Facilitar la mas dificultosa.  
 Saliò el deseo de compàs y el passo  
 De la imprudente Virgen sollicita  
 Por su gusto, su muerte, ved que historia.  
 Que à entrambos en vn punto (ò extraño caso!)  
 Los mata, los encubre, y resucita  
 Vna espada, vn sepulcro, vna memoria.

Bendito sea Dios (dixo Don Quixote, aviendo oido el Soneto à Don Lorenzo) que entre los infinitos Poetas consumidos que ay, he visto vn consumado Poeta, como lo es vuestra merced, señor mio, que así me lo dà à entender el artificio deste Soneto. Quatro dias estuvo Don Quixote regaladissimo en la casa de Don Diego; al cabò de losquales le pidió licencia para irse, diziéndole, que le

agradecía la merced, y buen tratamièto que en su casa avia recibido; pero que por no parecer bien que los Cavalleros andantes se den muchas hõras al ocio, y al regalo, se queria ir à cumplir con su officio, buscando las aventuras de quien tenia noticia que aquella tierra abundava, donde esperaba entretener el tiempo, hasta que llegasse el dia de las justas de Zaragoza, que era el de su derecha



derrota, y que primero avia de entrar en la cueva de Montefinos, de quien tantas, y tan admirables cosas en aquellos contornos se contavan, sabiendo, e inquiriendo assimismo el nacimiento, y verdaderos manantiales de las siete lagunas, llamadas comunmente de Ruidera. Don Diego, y su hijo le alabaron su honrosa determinacion, y le dixerõ, que tomase de su casa, y de su hacienda todo lo que en grado le viniese, de que servirian con la voluntad possible, que à ello les obligava el valor de su persona, y la honrosa profession suya. Llegose en fin el dia de su partida, tan alegre para Don Quixote, como triste, y aziago para Sancho Páça, q se hallava muy biẽ con la abundancia de la casa de Don Diego, y rehusava de bolver à la hambre que se vsa en las florestas, despoblados, y à la estrechez de sus mal proveidas alforjas: con todo esto las llenò, y colmò de lo mas necesario que le pareciò. Y al despedirse dixo Don Quixote à Don Lorenzo: No sè si he dicho à vuestra merced otra vez, y si lo he dicho lo vuelvo à dezir, que quando vuestra merced quisiere ahorrar caminos, y trabajos para llegar à la inaccesible cumbre del templo de la fama, nõ tiene que hazer otra cosa, sino dexar à vna parte la senda de la poesia algo estrecha, y to-

mar la estrechissima de la andante cavalleria, bastante para hazerle Emperador en daca las pajas. Con estas razones acabò Don Quixote de cerrar el processo de su locura, y mas con las que añadió, diziẽdo: Sabe Dios si quisiera llevar conmigo al señor D. Lorenzo, para enseñarle como se han de perdonar los sujetos, y supeditar, y acocear los sabervios; virtudes anexas à la profession que yo professo: pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querràn consentir sus loables exercicios, solo me contento con advertirle à vuestra merced, que siendo Poeta podrà ser famoso, si se guia mas por el parecer ageno, que por el propio; porque no ay padre, ni madre à quien sus hijos le parezcã feos: y en los que lo son del entendimiento, corre mas este engaño. De nuevo se admiraron padre, y hijo de las entremetidas razones de Don Quixote, ya discretas, y ya disparatadas, y del tema, y teson que llevaba de acudir de todo en todo à la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenia por fin, y blanco de sus deseos, reiterarõse los ofrecimientos, y comedimientos, y con la buena licencia de la señora del Castillo, Don Quixote, y Sancho sobre Rozinante, y el ruzio se partieron.

(?)



CAP. XIX. Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros, en verdad graciosos sucesos.

Poco trecho se avia alongado Don Quixote de el lugar de Don Diego, quando encontro con dos como Clerigos, ò como estudiantes, y con dos labradores, que sobre quatro bestias asnales venian cavalleròs; el vno de los estudiantes traia como en portamanteo en vn lienço de bocaci verde, embuelto, al parecer, vn poco de grana blãca, y dos pares de medias de cordellate: el otro no traia otra cosa que dos espadas negras de esgrima, nuevas, y cõ sus çapatillas. Los labradores traian otras cosas, que davã indicio, y señal que venian de alguna villa grande, donde las avian comprado, y las llevãvan à su aldea: y assi estudiantes, como labradores, cayeron en la misma admiraciõ en que caian todos aquellos que la vez primera veian à Don Quixote, y morian por saber que hombre fuesse aquel tan fuera del vso de los otros hombres. Saludoles Don Quixote, y despues de saber el camino que llevavã, que era el mismo que él hazia, les ofreciõ su compañía, y les pidiõ detuviessen el passo, porque caminavan mas sus pollinas, que su cavallo; y para obligarlos,

en breves razones les dixo quien era, y su oficio, y profesion, que era de Cavallero andante, que iba à buscar las aventuras por todas las partes de el mundo. Dixoles, que se llamava de nombre propio Don Quixote de la Mancha, y por el apelativo, el Cavallero de los Licones. Todo esto para los labradores era hablarles en Griego, ò en gerigonça; pero no para los estudiantes, que luego entendierõ la flaqueza del cerebro de Don Quixote: pero con todo esto le miravan con admiraciõ, y cõ respeto, y vno dellos le dixo: Si vuestra merced, señor Cavallero, no lleva camino determinado, como no lo suelen llevar los que buscan las aventuras, vuestra merced se venga con nosotros, verã vna de las mejores bodas, y mas ricas que hasta el dia de oy se avrã celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas à la redonda. Preguntòle Don Quixote, si eran de algun Principe, que assi las ponderava? No son, respondiõ el estudiante, sino de vn labrador, y vna labradora: él el mas rico de toda esta tierra, y ella la mas hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hazer, es extraordinario, y nuevo; porque se han de celebrar en vn prado que està junto al pueblo de la novia, à quien por excelencia llaman Quiteria la hermosa, y el des-



posado se llama Camacho el rico: ella de edad de diez y ocho años, y él de veinte y dos, ambos para en vno, aunque algunos curiosos que tienen de memoria los linages de todo el mundo, quieren dezir, que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho: pero ya no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. Enefeto el tal Camacho es liberal, y ha se le antojado de enramar, y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte, que el Sol se ha de ver en trabajo, si quiere entrar à visitar las yerbas verdes, de que està cubierto el suelo. Tiene asimismo muchas danças, así de espadas, como de cascabel menudo, que ay en su pueblo quie los repique, y sacuda por extremo: de çapatadores no digo nada, que es vn juicio los que tiene mudos; pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dexado de referir ha de hazer mas memorables estas bodas, sino las que imagino que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio vn zagal vezino del mismo lugar de Quiteria, el qual tenia su casa pared y medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocasion el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Piramo, y Tisbe: porque Basilio se enamora de Quiteria desde sus tiernos, y primeros años: y

ella fue correspondiendo à su deseo cō mil honestos favores: tanto, q̄ se contavan por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños, Basilio, y Quiteria. Fue creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorvar à Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenia; y por quitarse de andar rezeloso, y lleno de sospechas, ordenó de casar à su hija con el rico Camacho, no pareciendole ser bien casarla con Basilio, que no tenia tantos bienes de fortuna, como de naturaleza; pues si vâ à dezir las verdades sin embidia, èl es el mas agil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador estremado, y gran jugador de pelota; corre como vn gamo, salta mas que vna cabra, y birla à los bolos como por encantamento: canta como vna calandria, y toca vna guitarra que la haze hablar, y sobre todo juega vna espada como el mas pintado. Por essa sola gracia, dixo à esta fazon Don Quixote, merecia esse mancebo, no solo casarse con la hermosa quiteria, sino con la misma Reyna Ginebra, si fuera oy viva, à pesar de Lançarote, y de todos aquellos que estorvarlo quisieran. A mi muger con esso, dixo Sancho Pança (que hasta entonces avia ido callando, y escuchando) la qual no quiere sino que cada vno cae con su igual, ateniendose al



refrán que dizen: Cada oveja con su pareja. Lo que yo quisiera es, que esse buen Basilio (que ya me le voy aficionando) se casara con essa señora Quiteria, que buen siglo ayan, y buen poso (iba à dezirle al rebès) los que estorvan que se casen los que bien se quieren. Si todos los que bien quieren se huviesen de casar, dixo Don Quixote, quitariase la eleccion, y jurisdiccion à los padres de casar sus hijos con quien, y quando deven: y si à la voluntad de las hijas quedasse escoger los maridos, tal avria que escogiesse al criado de su padre, y tal al que vió passar por la calle, a su parecer bizarro, y entonado, aunque fuesse vn desbaratado espadachin, que el amor, y la aficion, con facilidad ciegan los ojos de el entendimiento, tan necessarios para escoger estado, y el del matrimonio està muy à peligro de errarse, y es menester gran tiento, y particular favor del Cielo para acertarle. Quiere hazer vno vn viaje largo, y si es prudente antes de ponerse en camino busca alguna compania segura, y apacible con quien acompañarle. Pues por qué no hará lo mismo el que ha de caminar toda la vida, hasta el paradero de la muerte? Y mas si la compania le ha de acompañar en la cama, en la mesa, y en todas partes, como es la de la muger con su

marido? La de la propia muger no es mercaderia que vna vez comprada se buelve, ó se trueca, ó cambia; porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida. Es vn laço, q̄ si vna vez le echais al cuello, se buelve el nudo Gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no ay delatarle. Muchas mas cosas pudiera dezir en esta materia, sino lo estorvára el desco que tengo de saber si le quedamas que dezir al señor Licenciado, acerca de la historia de Basilio. A lo que respondió el Estudiante, Bachiller, ó Licenciado, como le llamó Don Quixote, que de todo no me quedamas que dezir, sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casava con Camacho el rico, nūca mas le han visto reir, ni hablar razon concertada, y siempre anda pensativo, y triste, hablando entre si mismo, cō que da ciertas, y claras señales de q̄ se le ha buuelto el juicio: come poco, y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra, como animal bruto. Mira de quando en quando al Cielo, y otras vezes clava los ojos en la tierra, con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida, que el aire le mueve la ropa. En fin, el da tales muestras de tener apasionado el coraçon, que tene-



mos todos los que le conocemos, que el dar el si mañana la hermola Quiteria, ha de ser la sentencia de su muerte. Dios lo hará mejor, dixo Sancho, que Dios que dà la llaga, dà la medicina; nadie sabe lo que està por venir, de aqui à mañana muchas horas ay, y en vna, y aun en vn momento, se cae la casa: y yo he visto llover, y hazer Sol, todo à vn mismo punto: tal se acuesta sano por la noche, y no se pueve mover à otro dia. Y diganme, por ventura avrà quien se alabe que tiene echado vn clavo à la rodaja de la fortuna? No por cierto, y entre el si, y el no de la muger, no me atreveria yo à poner vna punta de vn alfiler, porque no cabria: denme à mi que Quiteria quiera de buen coraçon, y de buena voluntad à Batilio, que yo le dare à el vn sacode buena ventura, que el amor (segun yo he oido dezir) mira con vnos antojos que hazen parecer oro al cobre, à la pobreza riqueza, y à las legañas perlas. Adonde vàs à parar Sancho? que desfeas maldito, dixo Don Quixote, que quando comienças à ensartar refranes, y cuentos, no te puede esperar sino el mismo Iudas que te lleve? Dime animal, que sabes tu de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna? O, pues, si no me entienden, respondió Sancho, no es mara-

villa que mis sentencias sean tenidas por disparates; pero no importa, yo me entiendo, y se que no he dicho muchas necesidades en lo que he dicho, sino que vuestra merced, señor mio, siempre es friscal de mis dichos, y aun de mis hechos. Fiscal has de dezir, dixo Don Quixote, que no friscal, prevaricador del buè language, que Dios te confunda. No se apunte vuestra merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe que no me he criado en la Corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado, ò quito alguna letra à mis vocablos. Si que valgame Dios, no ay para que obligar al Sayagues à que hable como el Toledano; y Toledanos puede aver, que no las corten en el ayre en esto de el hablar polido. Así es, dixo el Licenciado; porque no pueden hablar tan bien los que se crian en las tenerias, y en Zocodober, como los que se pasean casi todo el dia por el Claustro de la Iglesia Mayor, y todos son Toledanos. El language puro, el proprio, el elegante, y claro, està en los discretos cortesanos, aunque ayan nacido en Majalahonda; dixen discretos, porque ay muchos que no lo son, y la discrecion es la Gramatica del buen language, que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados he estudiado Canones en Salamanca, y picome



algun tanto de dezir mi razon con palabras claras, llanas, y significantes. Si no os picarades mas de saber mas menear las negras que llevais que la lengua (dixo el otro estudiante) vos llevarades el primero en licencias, como llevastes cola. Mirad, Bachiller, respondió el Licenciado, vos estais en la mas errada opinió del mundo, acerca de la destreza de la espada, teniendola por vana. Para mi no es opinió, sino verdad asentada, replicó Corchuelo; y si quereis que os lo muestre con la experiencia, espadas traeis, comodidad ay; yo pulos, y fuerzas tengo, que acompañadas de mi animo, que no es poco, os han àn confesar, que yo no me engaño. Apeaos, y vlad de vuestro compás de pies, de vuestros circulos, y vuestros angulos, y ciencia, que yo espero de hazeros ver estrellas à medio dia con mi destreza moderna, y zafia, en quien espero despues de Dios, que está por nacer hombre que me haga bolver las espaldas, y que no le ay en el mundo à quien yo no le haga perder tierra. En esso de bolver, ó no las espaldas no me meto, replicó el diestro, aunque podia ser que en la parte donde la vez primera clavastes el pie, alli os abriessen la sepultura; quiero dezir, que alli quedastes muerto por la despreciada destreza. Aora se verá, respondió

Corchuelo, y apeandose con gran presteza de su jumento, tiró con furia de vna de las espadas que llevaba el Licenciado en el suyo. No ha de ser assi, dixo à este instante Don Quixote, que yo quiero ser el maestro de esta esgrima, y el juez de estas muchas vezes no averiguada question, y apeandose de Rozinante, y asiendo de su lanza, se puso en la mitad de el camino, à tiempo que ya el Licenciado con gentil donayre de cuerpo, y compás de pies, se iba contra Corchuelo, que contra él se vino lançado (como dezir se suele) fuego por los ojos: los otros dos labradores del acompañamiento, sin apearse de sus pollinas sirvieron de aspetadores en la mortal tragedia; las cuchilladas, estocadas, altibaxos, rebeses, y mandobles que tirava Corchuelo, eran sin numero, mas espesas que higado, y mas menudas q granizo: arremetia como vn leon irritado; pero saliale al encuétro vn tapaboca de la çapatilla de la espada de el Licenciado, que en mitad de su furia le detenia, y se la hazia besar, como si fuera reliquia, aunque no con tanta devocion como las reliquias deven, y suelen besarse. Finalmente, el Licenciado le contó à estocadas todos los botones de vna media sotanilla q traia vestida, haziendole tiras los faldamentos, como colas de



pulpo, derribóle el sombrero dos veces, y cansóle de manera que de despecho, colera, y rabia asió la espada por la empuñadura, y arrojóla por el aire con tanta fuerza, que vno de los labradores asistentes, que era Escrivano, que fue por ella, dio despues por testimonio, q̄ la alongó de sí casi tres quartos de legua; el qual testimonio sirve, y ha servido para que se conozca, y vea con toda verdad, como la fuerza es vencida de el arte. Sentóse cansado Corchuelo, y llegando se a el Sancho, le dixo: **Mia Fè**, señor Bachiller, si vuestra merced toma mi consejo, de aqui adelante no ha de desafiarse a nadie a esgrimir, sino a luchar, o a tirar la barra, pues tiene edad, y fuerzas para ello; que de estos a quien llaman diestros, he oido dezir, que meten vna punta de vna espada por el ojo de vna aguja. Yo me contéto, respondió Corchuelo, de aver caído de mi burra, y de q̄ me aya mostrado la experiencia la verdad, de quien tan lexos estava; y levantandose, abraçó al Licenciado, y quedaron mas amigos que de antes, y no queriendo esperar al Escrivano, q̄ avra ido por la espada, por parecerle que tardaria mucho; y assi determinaron seguir por llegar temprano a la aldea de **Quiteria**, de donde todos eran; en lo que faltava de el camino les fue contando el Licenciado las

excelencias de la espada, con tantas razones demostrativas, y con tantas figuras, y demostraciones Matematicas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reducido de su pertinacia. Era anochecido; pero antes que llegassen les pareció a todos, que estava delante del pueblo vn cielo, lleno de innumerables, y resplandecientes estrellas. Oyeron assimismo confusos, y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, taborinos, salterios, albugues, panderos, y sonajas; y quando llegaron cerca, vieron q̄ los arboles de vna enramada que a mano avia puesto a la entrada del pueblo, estavan todos llenos de luminarias, a quien no ofendia el viento, que entonces no soplava, sino tan manso, que no tenia fuerza para mover las hojas de los arboles. Los musicos eran los regozijadores de la boda, que en diversas cuadrillas por aquel agradable festio andavan vnos bailando, y otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. Enefeto, no parecia, sino q̄ por todo aquel Prado andava corriendo la alegria, y saltado el contento: otros muchos andavan ocupados en levantar aniamos, de dōde con comodidad pudieffen ver oïr dia las representaciones, y danças q̄ se avian de hazer en aquel



lugar dedicado para solemnizar las bodas de el rico Camacho, y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar Don Quixote, aunque se lo pidieron, assi el labrador, como el Bachiller; pero el dio por disculpa, bastantissima a su parecer, ser costumbre de los Cavalleros andantes dormir por los campos, y florestas antes que en los poblados, aunque fuesse debaxo de dorados techos, y con esto se desvio vn poco de el camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniendosele a la memoria el buen alojamiento que avia tenido en el Castillo, o casa de Don Diego.

CAP. XX. *Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.*

A Penas la blanca Aurora avia dado lugar a que el luziente Febo con el ardor de sus calientes rayos las liquidas perlas de sus cabellos de oro enjugasse, quando Don Quixote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie, y llamo a su escudero Sancho, que aun todavia roncava; lo qual visto por Don Quixote, antes que le despertasse le dixo: O tu bienaventurado sobre quantos viven sobre la haz de la tierra; pues sin tener embidia, ni ser embidiado, duermes con sosle-

gado espiritu! Ni te persiguen encantadores, ni sobrefaltan encantamientos. Duerme, digo otra vez, y lo dire otras ciento, sin q te tengan en continua vigilia zelos de tudama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que devas, ni de lo que has de hazer para comer otro dia tu, y tu pequeña, y angustiada familia, ni la ambicion te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los limites de tus deseos no se estienden a mas que a pensar en tu jumento, que el de tu persona sobre mis ombros le tienes puesto; contrapeso, y carga que puso la naturaleza, y la costumbre a los señores. Duerme el criado, y esta velando el señor, pensando como le ha de sustentar, mejorar, y hazer mercedes. La congoxa de ver que el cielo se haze de bronce, sin acudir a la tierra con el conveniente rozio, no aflige al criado, sino al señor q ha de sustentarse en la esterilidad, y hambre al que sirvió en la fertilidad, y abundancia. A todo esto no respondió Sancho, porque dormia; ni despertara tan presto, si Don Quixote con el cuento de la danza no le hiziera bolver en si. Despertò en fin soñoliento, y perezoso, y bolviendo el rostro a todas partes, dixo: De la parte desta enramada (si no me engaño) sale vn tufo, y olor, harto mas de torreznos asados, que de



juncos, y tomillos, bodas que por tales olores comiençan, para mi santiguada que deven de ser abundantes, y generosos. Acaba gloton, dixo Don Quixote, ven irèmos à ver estos desposorios, por ver lo que haze el desdenado Basilio. Mas que haga lo que quisiere, respondió Sancho; no fuera el pobre, y casarase con Quiteria: no ay mas, sino no tener vn quarto, y querer casarse por las nubes? A la fee señor, yo soy de parecer, que el pobre deve contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo. Yo apostarè vn braço, que puede Camacho embolver en reales à Basilio: y si esto es assi, como deve de ser, biẽ boba fuera Quiteria en desechar las galas, y las joyas que le deve de aver dado, y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra, y el jugar de la negra de Basilio: sobre vn buen tiro de barra, ò sobre vn gentil treta de espada no dãn vn quartillo de vino en la taberna; habilidades, y gracias que no son vendibles, mas que las tenga el Conde Dirlos: pero quando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen: sobre vn buen cimientto se puede levantar vn buen edificio, y el mejor cimientto, y çanja del mundo, es el dinero. Por quien Dios es, Sancho, dixo à esta sazõ D. Quixote, q̄ concluyas con tu arçga,

que tengo para mi, que si te dexasse seguir en las que à cada passo comienças, no te quedaria tiempo para comer, ni para dormir, que todo lo gastarias en hablar. Si vuestra merced tuviera buena memoria, replicó Sancho, devierase acordar de los capitulos de nuestro concierto antes que esta vltima vez saliesemos de casa, vno dellos fue, que me avia de dexar hablar todo aquello que quisiere, cõ que no fuesse contra el proximo, ni contra la autoridad de vuestra merced, y hasta aora me parece q̄ no he contravenido contra el tal capitulo. Yo no me acuerdo Sancho, respondió Don Quixote, del tal capitulo; y puesto que sea assi, quiero que calles, y vègas, que ya los instrumẽtos que anoche oimos buelven à alegrar los valles, sin duda los desposorios se celebrarán en el fresco de la mañana, y no en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que su señor le mandava, y poniendo la silla à Rozinante, y la albarda al ruzio, subieron los dos, y passo entre passo se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció à la vista de Sancho, fue espetado en vn assador de vn olmo entero, vn entero novillo, y en el fuego dõ de se avia de assar ardia vn medio monte de leña, y seis hollas que al rededor de la hoguera estavan, no se avian hecho en la comun turquesa de las demas hollas.



hollas, porque eran seis medias tinajas, q̄ cada vna cabia vn rastro de carne: así embeviã, y encerravã en sí carneros enteros sin echarse de ver, como si fueran palominos; las liebres ya sin pellejo, y las gallinas sin pluma que estaban colgadas por los arboles, para sepultarlas en las hollas, no teniã numero: los pajaros, y caça de diversos generos, eran infinitos, colgados de los arboles para que el ayre los enfriasse. Contò Sancho mas de sesèta zaques de mas de a dos arrobas cada vno, y todos llenos (segun despues pareció) de generosos vinos; así avia rimeros de pan blanquissimo, como los suele aver de montones de trigo en las heras: los quesos puestos como ladrillos, y en tejados formavan vna muralla, y dos calderas de azeite, mayores que las de vn tinte, servian de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacavan fritas, y las zabullia en otra caldera de preparada miel, que allí juto estava. Los cocineros, y cocineras passavan de cinquenta; todos limpios, todos diligentes, todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estavan doze tiernos, y pequeños lechones, q̄ cosidos por encima servian de darles sabor, y enternecerle: las especias de diversas fuertes no parecia averlas comprado por libras, sino por arrobas; y todas estavan de manifiesto en vna grande arca. Finalmente, el aparatode la boda era rustico; pero tan abundãte, que podia sustentar à vn exercito. Todo lo mirava Sancho Pança, y todo lo contemplava, y de todo se aficionava; primero le cautivaron, y rindieron el desseo las hollas, de quiẽ el tomara de bonissima gana vn mediano puchero: luego le aficionaron la voluntad los zaques, y vltimamente las frutas de sarten, si es que se podian llamar sartenes las tan orrendas calderas, y así sin poderlo sufrir, ni ser en su mano otra cosa, se llevo à vno de los solicitos cocineros, y con corteses, y hambrientas razones le rogó le dexasse mojar vn mendrugo de pan en vna de aquellas hollas. A lo que el cocinero respondió: Hermano, este dia no es de aquellos sobre quien tiene jurisdiccion la hambre (merced al rico Camacho) apeaos, y mirad si ay por aï vn cucharon, espumad vna gallina, ù dos, y buen provecho os hagan. No veo ninguno, respondió Sancho. Esperad, dixo el cocinero, pecador de mi, y que melindroso, y para poco de veis de ser, y diziendo esto, asió de vn caldero, y encaxandole en vna de las medias tinajas, sacó en él tres gallinas, y dos ganos, y dixo à Sancho: Comed, amigo, y desayunaos con esta espuma, en tanto que se llega la hora de yantar. No tengo en que



echarla, respondió Sancho. Pues llevaos, dixo el cocinero, la cuchara, y todo, que la riqueza, y el contento de Camacho todo lo suple. En tanto, pues, que esto passava á Sancho, estava Don Quixote mirando, como por vna parte de la enramada entravan hasta doze labradores sobre doze hermosísimas yeguas, cō ricos, y vistosos jaezes de campo, y con muchos cascabeles en los pretales, y todos vestidos de regozijo, y fiestas: los quales en concertado tropel corrieron, no vnas, sino muchas carreras por el prado con regozijada algazara, y grita, diziendo: Vivan Camacho, y Quiteria, el tan rico, como ella hermosa, y ella la mas hermosa del mundo. Oyendo lo qual Don Quixote, dixo entre sí: Bien parece que estos no han visto á mi Dulcinea del Toboso, que si la huvieran visto, ellos se fueran á la mano en las alabanzas de esta su Quiteria. De alli á poco començarō á entrar por diversas partes de la enramada muchas, y diferentes danças entre las quales venia vna de e padas de hasta veinte y quatro zagales de gallardo parecer, y brio, todos vestidos de delgado, y blanquísimo liço, con sus paños de tocar, labrados de varias colores, de fina seda: y al que los guiava, que era vn ligero mancebo, preguntō vno de los de las yeguas, si se

avia herido alguno de los dançantes. Por agora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie, todos vamos sanos, y luego començō á enredarse con los demás cōpañeros, con tantas bueltas, y con tanta destreza, que aunque D. Quixote estava hecho á ver semejantes danças, ninguna le avia parecido tan bien como aquella. Tãbien le pareció bien otra que entrō de dōzellas hermosísimas, tan moças, que al parecer ninguna baxava de catorze, ni llegava á diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos, parte treçados, y parte sueltos, pero todos tã rubios, q̄ con los del Sol podian tener competencia, sobre los quales traian guirnaldas de jazmines, roñas, amaranto, y madre selva, compuestas: guiavalas vn venerable viejo, y vna anciana matrona: pero mas ligeros, y sueltos, q̄ sus años prometia. Haziales el son vna gaita Zamorana, y ellas llevando en los rostros, y en los ojos á la misma honestidad, y en los pies á la ligereza, se mostravan las mejores bailadoras del mundo. Tras esto entrō otra dança de artificio, y de las q̄ llaman habladas: era de ocho ninfas, repartidas en dos hileras, de la vna hilera era guia el dios Cupido, y de la otra el Interès; aquel adornado de alas, arco, aljava, y saetas: este vestido de ricas, y diversas colores de oro, y seda.



Las niñas que al Amor seguían, traían à las espaldas en pergamino blanco, y letras grandes escritos sus nombres. Poesía era el título de la primera; el de la segunda, Discrecion; el de la tercera, Buen linage; el de la quarta, Valentia. Del modo mesmo venian señaladas las que al Interés seguian: dezia Liberalidad el título de la primera; Dádiva el de la segunda; Tesoro el de la tercera; y el de la quarta Posseesion pacífica. Delante de todos venia vn castillo de madera, à quien tiravã quatro sal-

vages, todos vestidos de yedra, y de cañamo, teñido de verde, tan al natural, que por poco espantaran à Sancho. En la frontera del castillo, y en todas quatro partes de sus quadros traía escrito, Castillo del buen recato. Haziãles el son quatro diestros tañedores de tamboril, y flauta. Començava la dança de el Cupido, y aviêdo hecho dos mudanças, alçava los ojos, y flechava el arco contra vna donzella, que se ponía entre las almenas del Castillo, à la qual de esta suerte dixo:

*Yo soy el dios poderoso  
En el aire y en la tierra,  
Y en el ancho mar vnaoso,  
Y en quanto el abismo encierra  
En su baratro esj antoso.*

*Nunca conocí que es miedo,  
Todo quanto quiero puedo.  
Aunque quiera lo imposible,  
Y en todo lo que es posible  
Mando, quito, pongo y vedo.*

Acabò la copla, disparò vna flecha por lo alto del Castillo, y retiròse à su puesto. Saliò luego el Interés, y hizo otras dos mudanças, callaron los tamborinos, y él dixo:

*Soy quien puede mas que Amor,  
Y es Amor el que me guía,  
Soy de la estirpe mejor,  
Que el cielo en la tierra cria  
Mas conocida y mayor.*

*Soy el Interés en quien  
Pocas suelen obrar bien,  
Y obrar sin mí es gran milagro,  
Y qual soy te me consagro,  
Por siempre jamás, Amen.*

Retiròse el Interés, y hizose adelante la Poesía, la qual despues de aver hecho sus mudanças, como los demas, puestos los ojos en la donzella del Castillo, dixo:

*En dulcissimos contentos  
La dulcissima Poesía,  
Alto, graves, y discretos,  
Señora, el alma te embia  
En tuelta entre mil sonetos.*

*Si acaso no te importuna  
Mi porfia, tu fortuna,  
De otras muchacha embidiada,  
Serà por mí levantada  
Sobre el cerco de la Luna.*



Desvióse la Poesia, y de la parte del Interès saliò la Liberalidad, y despues de hechas sus mudanças, dixo:

*Llaman liberalidad*

*Al dar que el estremo huye  
De la prodigalidad,  
Y del contrario que arguye,  
Tibia y floxa voluntad.*

*Mas yo por te engrandecer*

*De oy mas prodigo he de ser,  
Que aunq es vicio, es vicio hórado  
Y de pecho enamorado,  
Que en el dar se echa de ver.*

De este modo salieron, y se retiraron todas las figuras de las dos escuadras, y cada vna hizo dos mudanças, y dixo sus versos, algunos elegantes, y algunos ridiculos, y solo tomó de memoria Don Quixote (que la tenia grande) los ya referidos, y luego se mezclaron todos, haciendo, y deshaciendo lazos con gentil donaire, y desemboltura: y quando passava el Amor por delante del Castillo, disparava por alto sus flechas, pero el Interès quebrava en él alcancías doradas. Finalmente, despues de aver bailado vn buen espacio, el Interès sacò vn bolsón, que le formava vn pellejo de vn gran gato romano, que parecia estar lleno de dineros, y arrojandole al Castillo, con el golpe se desencaxaron las tablas, y se cayeron, dexando à la donzella descubierta, y sin defen'a alguna: llegó el Interès con las figuras de su valia, y echandola vn gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla, y cautivarla; lo qual visto por el Amor, y sus valedores, hizieron ademan de

quitarcela, y todas las demostraciones que hazian, eran al son de los tamborinos, bailando, y dançando concertadamente. Pusieronlos en paz los salvages, los quales con mucha presteza bolvieron à armar, y à encaxar las tablas del Castillo, y la donzella se encerrò en él como de nuevo, y con esso se acabò la dança con gran contento de los que la miraván. Preguntò Don Quixote à vna de las Ninfas, que quien la avia compuesto, y ordenado? Respondiòle, que vn Beneficiado de aquel pueblo, que tenia gentil caletre para semejantes invenciones. Yo apostarè, dixo Don Quixote, que deve de ser mas amigo de Camacho, que de Basilio, el tal Bachiller, ò Beneficiado, y que deve de tener mas de satirico, que de visperas; bién ha encaxado en la dança las habilidades de Basilio, y las riquezas de Camacho. Sancho Pança, que lo escuchava, dixo: El Rey es mi gallo, à Camacho me atengo. En fin, dixo Don Quixote; bien se parece, Sancho: q eres villano, y de aquellos que



dizen, viva quien vence: No sé de los que soy, respondió Sancho; pero bien sé, que nunca de hollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma, como es esta que he sacado de las de Camacho; y enseñóle el caldero lleno de gansos, y de gallinas: y asiéndole de vna, comenzó à comer con mucho donaire, y dixo: A la barba de las habilidades de Basilio, que tanto vales, quanto tienes, y tanto tienes, quanto vales. Dos linages solos ay en el mundo, como dezia vna aguella mia, que son, el tener, y el no tener, aunque ella al del tener se atenia; y el dia de oy, mi señor D. Quixote, antes se toma el pulso al aver, que al saber: vn asno cubierto de oro, parece mejor, que vn cavallo enalvardado. Así que buelvo à dezir, que à Camacho me atengo, de cuyas hollas son abundātes espumas, gansos, y gallinas, liebres, y conejos; y de las de Basilio serān, si viene à mano, y aunq̄ no venga fino al pie, aguachirle. Has acabado tu arenga Sancho? dixo Don Quixote. Avrela acabado, respondió Sancho; porque veo que vuestra merced recibe pesadumbre con ella, que si esto no se pusiera de por medio, obra avia cortada para tres dias. Plega à Dios, Sancho, replicò Don Quixote, que yo te vea mudo antes que me muera. Al passo que llevamos, ref-

pondió Sancho, antes que vuestra merced se muera estaré yo mascando barro, y entōces podrá ser que este tan mudo, que no hable palabra, hasta la fin de el mundo, ò por lo menos hasta el dia del juizio. Aunque esto assi suceda, ò Sancho, respondió Don Quixote nunca llegarà tu silencio à do ha llegado lo que has hablado, hablas, y tienes de hablar en tu vida; y mas, que està muy puesto en razon natural, que primero llegue el dia de mi muerte, que el de la tuya; y assi jamás piēlo verte mudo, ni aun quando estés bebiendo, ò durmiendo, que es lo que puedo encarecer. A buena fee, señor, respondió Sancho, que no ay que fiar en la descarnada, digo en la muerte; la qual tambien come cordero, como carnero; y à nuestro Cura he oido dezir, que con igual pie pisava las altas torres de los Reyes, como las humildes choças de los pobres. Tiene esta señora mas de poder, q̄ de melindre; no es nada asquerosa, de todo come, y à todo haze, y de toda suerte de gentes, edades, y preeminēcias hinche sus alforjas: no es segador que duerme las siestas, que à todas horas siega, y corta, assi la seca, como la verde yerba, y no parece que masca, fino que engulle, y traga quanto se le pone delante; porque tiene hambre canina, q̄ nunca se harta, y aunque no tiene barriga, dà



dà à entender, que està hidropica, y sedienta de beber solas las vidas de quãtos vivẽ, como quien se bebe vn jarro de agua fria. No mas, Sãcho, dixo à este pũo D. Quixote, tente en buenas, y no te dexes caer, q̃ en verdad, que lo que has dicho de la muerte por tus rusticos terminos, es lo que pudiera dezir vn buen Predicador. Digote, Sancho, que si como tienes buen natural, y discrecion, pudieras tomar vn pulpito en la mano, y irte por esse mundo predicãdo lindezas. Bien predica quiẽ bien vive, respondió Sancho, y yo no sè otras Theologias. Ni las he menester, dixo Don Quixote: pero yo no acabo de entender, ni alcançar, como siendo principio de la sabiduria el temor de Dios; tu, que temes mas à vn lagarto que à èl, sabes tanto? Juzgue vuestra merced, señor, de sus cavallerias, respondió Sancho, y no se meta en juzgar de los temores, ò valentias ajenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios, como cada hijo de vezino; y dexeme vuestra merced despavilar esta espuma, que lo demás todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida. Y diciendo esto, començò de nuevo a dar assalto à su caldero, con tan buenos alientos, que despertò los de D. Quixote, y sin duda le ayudara, sino lo im-

pidiera lo que es fuerça se digã adelante.

CAP. XXI. *Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustos y sucesos.*

Quando estavan Don Quixote, y Sancho en las razones referidas en el capitulo antecedente, se oyeron grandes voces, y gran ruido, y davanlas, y causavanle los de las yeguas, que con larga carrera, y grita iban à recibir à los nobios, que rodeados de mil generos de instrumentos, y de invenciones venian acompañados de el Cura, y de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas luzida de los lugares circunvezinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho viò à la nobia, dixo: A buena fee, que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Par diez, que segun divisò, que las patenas que avia de traer, son ricos corales, y la palmilla verde de cuenca, es terciopelo de treinta pelos: y montas que la guarnicion es de tiras de lienço blanca, voto à mi que es de raso, pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azavache, no medre yo, si no son anillos de oro, y muy de oro, y empedrados con perlas blãcas, como vna quaxada, que cada vna deve de valer vn ojo de la cara. O hideputa, y q̃ cabellos, que



que sino son postizos no los he visto mas luengos, ni mas rubios en toda mi vida. No sino ponedla tacha en el brio, y en el talle, y no la compareis à vna palma que se mueve cargada de racimos de datiles, que lo mismo parecen los dices que trae pendientes de los cabellos, y de la garganta: juro en mi anima, que ella es vna chapada moça, y que puede passar por los vancos de Flandes. Riòse Don Quixote de las rusticas alabanzas de Sancho Pança; parecióle, que fuera de su señora Dulcinea del Toboso no avia visto muger mas hermosa jamàs. Venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y devia de ser de la mala noche que siempre pasan las nobias en componerse para el dia venidero de sus bodas; ibanse acercando à vn teatro, que à vn lado del prado estava adornado de alfombras, y ramos, adonde se avian de hazer los desposorios, y de donde avian de mirar las danças, y las invenciones. Y à la sazón que llegavan al puesto, oyeron à sus espaldas grandes voces, y vna que dezia: Esperaos vn poco, gente tan inconsiderada, como presurosa; à cuyas voces, y palabras todos bolvieron la cabeça, y vieron que las dava vn hombre, vestido al parecer de vn sayo negro, gironado de carmesi à llamas; venia coronado (como se viò luego) con

vna corona de funesto Ciprés; en las manos traia vn baston grande: en liegando mas cerca fue conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos, esperando en q̄ avian de parar sus voces, y sus palabras, temiendo algun mal suceso de su venida en sazón semejante. Llegò en fin cansado, y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincado el baston en el suelo, que tenia el cuento de vna punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremenda, y ronca, estas razones dixo: Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme à la santa ley que professamos, que viviendo yo, tu no puedes tomar esposo: y juntaméte no ignoras, que por esperar yo, que el tiempo, y mi diligencia mejorassen los bienes de mi fortuna, no he querido dexar de guardar el decoro q̄ à tu hõra convenia: pero tu echando à las espaldas todas las obligaciones q̄ debes à mi buen deseo, quieres hazer señor de lo q̄ es mio à otro, cuyas riquezas le sirvén, no solo de buena fortuna, sino de bonissima ventura; y para q̄ la tenga colmada (y no como yo pienso q̄ la merece, sino como se la quieren dar los Cielos) yo por mis manos desharè el imposible, ò el incõveniēte q̄ puede estorvarfela, quitandome à mi de por medio. Viva, viva el



rico Camacho con la ingrata Quiteria largos, y felizes siglos, y muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortò las alas de su dicha, y se puso en la sepultura: y diciendo esto, asió del baston que tenia hincado en el suelo, y quedandole la mitad de él en la tierra, mostrò que servia de vaina à vn mediano estoque, que en él se ocultava, y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado, y determinado proposito se arrojò sobre él, y en vn punto mostrò la punta sangrienta à las espaldas, con la mitad del azerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre, y tendido en el suelo de sus mismas armas traípassado. Acudieron luego sus amigos à favorecerle, condolidos de su miseria y lastimosa desgracia; y dexando Don Quixote à Rozinante, acudiò à favorecerle, y le tomò en sus brazos, y hallò que aun no avia espirado: quisieronle sacar el estoque: pero el Cura, que estava presente, fue de parecer, que no se le sacassen antes de confesarle: porque el sacarsele, y el espirar, seria todo à vn tiempo. Pero bolviendo vn poco en sí Basilio, cò voz doliente, y desmayada, dixo: Si quisiesse cruel Quiteria, dar-me en este vltimo, y forçoso trance la mano de esposa, aun pensaria que mi temeridad tendría disculpa, pues en ella alcá-

go el bien de ser tuyo. El Cura oyendo lo qual, le dixo, que atē diese à la salud del alma, antes que à los gustos de el cuerpo, y que pidiese muy de veras à Dios perdon de sus pecados, y de su desesperada determinacion. A lo qual replicò Basilio, que en ninguna manera se confesaria, si primero Quiteria no le dama la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaría la voluntad, y le daría aliento para confesarle. En oyendo Don Quixote la petition de el herido, en altas voces dixo, que Basilio pedia vna cosa muy justa, y puesta en razon; y además muy hazedera, y q̄ el señor Camacho quedaria tan honrado, recibiendo à la señora Quiteria viuda de el valeroso Basilio, como si la recibiera de el lado de su padre. Aqui no ha de aver mas de vn sí, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el talamo de estas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oia Camacho, y todo le tenia suspenso, y confuso, sin saber qué hazer, ni qué dezir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiendole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese, partiendo desesperado desta vida, que le movieron, y aun forçarò à dezir, que si Quiteria queria darsela, que el se contentava, pues todo era dilatar por vn



momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos à Quiteria, y vnos con ruegos, y otros cō lagrimas, y otros con eficazes razones la persuadía q̄ diese la mano al pobre Basilio, y ella mas dura q̄ vn marmol, y mas sefca que vna estatua: mostrava, que ni sabia, ni podia, ni queria responder palabra; ni la respondiera, si el Cura no la dixera, que se determinasse presto en lo que avia de hazer, porque tenia Basilio ya el alma en los dientes, y no dava lugar à esperar inreolutas determinaciones. Entences la hermosa Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada, al parecer triste, y pesarosa llegó donde Basilio estava, ya los ojos bueltos, el aliento corto, y apresurado murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como Gentil. y no como Christiano. Llegó en fin Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas, y no por palabras. Desencaxó los ojos Basilio, y mirandola atentamente, la dixo: O Quiteria, que has venido à ser piadosa à tiēpo quando tu piedad ha de servir de cuchillo q̄ me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerças para llevar la gloria que me dás en escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor que tã apriessa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte.

Lo que te suplico es (ò fatale estrella mia) que la mano que me pides, y quieres darmes, no sea por cumplimiento, ni para engañarme de nuevo, sino q̄ confieses, y digas, que sin hazer fuerça à tu volūdad me la entregas, y me la dás como à tu legitimo esposo, pues no es razon, que en vn trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo. Entre estas razones se desmayava, de modo, que todos los presentes pensavan, que cada desmayo se avia de llevar el alma consigo. Quiteria, toda honesta, y toda vergonçosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dixo: Ninguna fuerça fuera bastante à torcer mi voluntad, y assi con la mas libre que tengo te doy la mano de legitima esposa, y recibo la tuya, si es que me la dás de tu libre alvedrio, sin que la turbe, ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto. Si doy, respondió Basilio, no turbado, ni confuso, sino cō el claro entendimiento que el cielo quiso darmes; y assi me doy, y me entrego por tu esposo. Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, agora vivas largos años, agora te llevende mis braços à la sepultura. Para estar tan herido este mancebo, dixo à este punto Sãcho Pança, mucho habla; hãgale que se dexede requiebros,



y que atienda à su alma, que à mi parecer, mas la tiene en la lengua, que en los dientes. Estando, pues, afidos de las manos Basilio, y Quiteria, el Cura tierno, y lloroso, los echò la bēdicion, y pidió al Cielo diese buen pofo al alma de el nuevo desposado, el qual assi como recibió la bendicion, con presteza, y ligereza, se levató en pie, y con no vista desemboltura, se sacó el estoque, à quien servia de baina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos mas simples, que curiosos, en altas voces començaron à dezir: Milagro, milagro. Pero Basilio replicò: No milagro, milagro, sino industria, industria. El Cura desatentado, y atonito, acudiò con ambas manos à tētar la herida, y hallò que la cuchillada avia pasado no por la carne, y costillas de Basilio, sino por vn cañon hueco de hierro, que lleno de sangre, en aquel lugar biē acomodado, tenia preparada la sangre (segun despues se supo) de modo que no se elasse. Finalmente, el Cura, y Camacho, cō todos los mas circunstantes, se tuvieron por burlados, y encarnecidos. La esposa no diò muestras de pesarle de la burla, antes oyendo dezir, que aquel casamiento, por aver sido engañoso, no avia de ser valedero, dixó, que ella le confirmava de nuevo; de lo qual coligieron to-

dos, que de consentimiento, y sabiduria de los dos se avia trazado aquel caso, de lo que quedò Camacho, y sus valedores tã corridos, que remitierõ su vengança à las manos, y desembainando muchas espadas, arremetieron à Basilio, en cuyo favor en vn instante se desembainaron casi otras tantas, y tomando la delantera à cavallo Don Quixote con lança sobre el braço, y bien cubierto de su escudo, se hazia dar lugar de todos. Sancho, a quien jamàs pluguieron, ni solazaron semejantes fechorias, se acogió à las tinajas, donde avia sacado su agradable espuma, pareciendole aquel lugar como sagrado, que avia de ser tenido en respeto. Don Quixote à grandes voces dezia: Teneos, señores, teneos, que no es razon tomeis vengança de los agravios que el amor nos haze: y advertid, q̄ el amor y la guerra son vna misma cosa; y assi como en la guerra es cosa licita, y acostumbra vfar de ardidés, y estratagemas para vencer al enemigo, assi en las contiendas, y competencias amorosas, se tienen por buenos los embustes, y marañas que se hazen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo, y deshonor de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria, por justa, y favorable disposicion de los Cielos. Camacho es rico, y



podrá comprar su gusto, quando, como, y donde quisiere. Basilio no tiene mas desta oveja, y no se la ha de quitar alguno, por poderoso que sea, que à los dos q̄ Dios junta, no podrá separar el hombre; y el q̄ lo intentare, primero ha de passar por la punta desta lança: y en esto la blandió tan fuerte, y tan desatramente, que puso pavor en todos los que no le conocian, y tan intensamente se fixó en la imaginación de Camacho el desden de Quiteria, que se la borró de la memoria en vn instante, y assi tuvieron lugar con él las persuasiones del Cura, que era varon prudente, y bien intencionado; con las quales quedó Camacho, y los de su parcialidad pacificos, y sossegados: en señal de lo qual bolvieron las espadas à sus lugares, culpando mas à la facilidad de Quiteria, que à la industria de Basilio. Haziendo discurso Camacho, que si Quiteria queria bien à Basilio donzella, también le quisiera casada; y que devia dar gracias al Cielo, mas por averse la quitado, que por averse la dado. Consolado, pues, y pacifico Camacho, y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se sossegaron; y el rico Camacho, por mostrar que no sentia la burla, ni le estimava en nada, quiso

que las fiestas passassen adelante, como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir à ellas Basilio, ni su esposa, ni sequazes: y assi se fueron à la aldea de Basilio, que tambien los pobres, virtuosos, y discretos tienen quien los siga, honre, y ampare, como los ricos tienen quien los lisongee, y acompañe. Llevaron consigo à Don Quixote, estimandole por hombre de valor, y de pelo en pecho. A solo Sancho se le obscureció el alma, por verse impossibilitado de guardar la esplendida comida, y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche, y assi assenderado, y triste siguió à su señor, que con la cuadrilla de Basilio iba: y assi se dexó atrás las hollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida, y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representava la gloria, y la abundancia de el bien que perdia: y assi acongozado, y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del ruzio, siguió las huellas de Rozinante.

(?)





**CAP. XXII.** *Donde se cuenta la grande aventura de la cueva de Montefinos que está en el coracon de la Mancha, à quien dió felice cima el valeroso Don Quixote de la Mancha.*



**G**randes fueron, y muchos los regalos que los desposados hizieron à Don Quixote, obligados de las muestras que aviado, defendiendo su causa, y al par de la valentia le graduaron la discrecion, teniéndole por vn Cid en las armas, y por vn Ciceron en la elocuencia. El buen Sancho se refociló tres dias à costa de los nobios; de los quales se supo, que no fue traza comunicada con la her-

mosa Quiteria el herirle fingidamente, sino industria de Basilio, esperando de ella el mismo suceso q̄ se avia visto; bien es verdad, que confesó q̄ avia dado parte de su pensamiento à alguno de sus amigos, para q̄ al tiempo necesario favoreciesen su intencion, y abonasen su engaño. No se pueden ni deven llamar engaños, dixo Don Quixote, los que ponen la mira en virtuosos fines, y que

el



el de casarse los enamorados era el fin de mas excelencia; advirtiendole, que el mayor contrario que el amor tiene, es la hambre, y la continua necesidad: porque el amor es todo alegria, y regozijo, y contento; y mas quando el amante està en possession de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos, y declarados la necesidad de la pobreza, y que todo esto dezia con intenciõ de que se dexasse el señor Basilio de exercitar las habilidades que sabe, que aunque le davã fama, no le davan dineros; y que atendiese à grangear hazienda por medios licitos, è industriosos, que nunca faltan à los prudentes, y aplicados: el pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener muger hermosa, que quando se la quitan, le quitan la honra, y se la matan. La muger hermosa, y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles, y palmas de vencimiento, y triunfo. La hermosura por si sola atrae las voluntades de quantos la miran, y conocen; y como à señuelo gustoso se le abaten las Aguilas Reales, y los pajaros altaneros: pero si à la tal hermosura se le junta la necesidad, y estrechez, tambien la embisten los cuervos, los milanos, y las otras aves de rapiña: y la que està à tantos encuẽtros firme,

bien merece llamarse corona de su marido. Mitad discreto Basilio, añadió Dõn Quixote: Opinion fue de no sè que sabio, que no avia en todo el mundo, sino vna sola muger buena, y dava por consejo, que cada vno pensasse, y creyesse, que aquella sola buena era la suya, y assi viviria contento. Yo no soy casado, ni hasta agora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo esto me atreviera à dar consejo al que me lo pidiese, de el modo que avia de buscar la muger con quiẽ se quiesse casar. Lo primero le aconsejaria, que mirasse mas à la fama, que à la hazienda; porque la buena muger no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo, que mucho mas dañan a las honras de las mugeres las desembolturas, y libertades publicas, que las maldades secretas. Si traes buena muger à tu casa, facil cosa seria conservarla, y aun mejorarla en aquella bondad: pero si la traes mala, en trabajo te pondrè el enmendarla, que no es muy hazedero passar de vn extremo à otro: yo no digo que sea imposible; pero tengolo por dificultoso. Oia todo esto Sancho, y dixo entre si: Este mi amo, quando yo hablo cosas de meollo, y de substancia suele dezir, que podria yo tomar vn pulpito en las manos, y irme por eise mundo delante predicando



lindezas; y yo digo del, que quando comienza à enhilar sentencias, y à dar cõsejos, no solo puede tomar pulpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por estas plaças à què quierres boca: valgate el diablo por el Cavallero andante, que tantas cosas sabes; yo pensava en mi anima, que solo podia saber aquello que tocava à sus cavallerias: pero no ay cosa donde no pique, y dexe de meter su cucharada. Murmurava esto algo Sancho, y entreoyóle su señor, y preguntole: *Qué murmuras, Sancho?* No digo nada, ni murmuro de nada, respondió Sancho: solo estava diziendo entre mi, que quisiera aver oido lo que vuestra merced aqui ha dicho, antes que me casara, que quizá dixera yo aora: El buey suelto bien se lame. Tan mala es tu Teresa, Sancho? dixo Don Quixote. No es muy mala, respondió Sancho; pero no es muy buena: alomenos no es tan buena como yo quisiera. Mal hazes Sancho, dixo Don Quixote, en dezir mal de tu muger, que enefeto es madre de tus hijos. No nos devemos nada, respondió Sancho, que tambien ella dize mal de mi quando se le antoja, especialmente quando està zelosa, que entonces sufrala el mismo Satanás. Finalmente, tres dias estuvieron con los nobios, donde fueron regalados, y servidos como

cuerpo de Rey. Pidió Don Quixote al diestro Licenciado, le diese vna guia, que le encaminasse à la cueva de Montefinos; porque tenia grandissimo deseo de entrar en ella, y ver à ojos vistas, si eran verdaderas las maravillas que de ella dezian por todos aquellos contornos. El Licenciado le dixo, que le daria vn primo suyo, famoso estudiante, y muy aficionado à leer libros de Cavallerias, el qual con mucha voluntad le pondria à la boca de la misma cueva, y le enseñaria las lagunas de Ruidera, famosas ansimismo en toda la Mancha, y aun en toda España; y dixo, que le llevaria con el gusto de entretenimiento, à caua que era moço, que sabia hazer libros para imprimir, y para dirigirlos à Principes. Finalmente, el primo vino con vna pollina preñada, cuya alvarda cubria vn gayado tapete, ó arpillera. Enfiló Sancho à Rozinante, y adereçò al ruzio, proveyó sus alforjas; à las quales acompañaron las de el primo, ansimismo bien proveidas, y encomendandose à Dios, y despidiendose de todos, se pusieron en camino, tomando la derrota de la famosa cueva de Montefinos. En el camino preguntò Don Quixote al primo, de q̄ genero, y calidad erã sus exercicios, su profesion, y estudios. A lo que él respondió,



dió, que su profesion era ser Humanista; sus exercicios, y estudios, componer libros para dar à la estampa, todos de gran provecho, y no menos entretenimiento para la Republica, que el vno se intitula-va el de las Libreas, donde pintava setecientas y tres libreas, con sus colores, motes, y cifras, de donde podian sacar, y tomar las que quisiessen en tiempo de fiestas, y regozijos los Cavalleros Cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando (como dicen) el cerbeo, por sacarlas conformes à sus deseos, e intenciones; porque doy al zeloso, al desdenado, al olvidado, y al ausente; las quales convienen que les vendrian mas justas, que pecadoras. Otro libro tengo tambien, à quien he de llamar, Metamorfoseos, ò Ovidio Español, de invencion nueva, y rara: porque en él, imitando à Ovidio, à lo burlesco, pinto quien fue la Giralda de Sevilla, y el Angel de la Madalena, quien el caño de Vecinguerra de Cordova, quienes los toros de Guifando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos, y Lavapiés en Madrid, no olvidandome de la del Piojo, de la del caño Dorado, y de la Priora; y esto con sus alegorias, metatoras, y trans-laciones, de modo, que alegran, suspenden, y enseñan à vn

mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo Suplemento à Virgilio Polidoro, que trata de la invencion de las cosas, que es de grande erudicion, y estudio, à causa que las cosas que se dexó de dezir Polidoro de gran substancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidósele à Virgilio de declararnos, quien fue el primero que tuvo catarro en el mudo, y el primero que tomó las vnciones para curarse del morbo Galico, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con mas de veinte y cinco Autores; porque vea vuestra merced si he trabajado bien, y si ha de ser util el tal libro à todo el mundo. Sancho, que avia estado muy atento à la narracion del primo, le dixo: Digame señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresiõ de sus libros, sabriame dezir, que si sabrà, pues todo lo sabe, quien fue el primero q se rascó en la cabeça, que yo para mi tengo que devió de ser nuestro padre Adan? Si sería, respondió el primo; porque Adan no ay duda sino que tuvo cabeça, y cabellos, y siendo esto así, y siendo el primer hombre de el mundo, alguna vez se rascaria. Así lo creo yo respondió Sancho; pero digame aora, quien fue el primero bolteador de el mundo? En verdad, hermano, respondió el primo, que no me sabré determinar



por aora, hasta que lo estudie; yo lo estudiaré en bolviendo à donde tengo mis libros, y yo os satisfaré quando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera. Pues mi señor, replico Sancho, no tome trabajo en esto, que aora he caído en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa, que el primer bolteador del mundo fue Luzifer, quando le echaron, ò arrojaron del Cielo, que vino bolteando hasta los abismos. Tienes razon, amigo, dixo el primo; y dixo Don Quixote: Esta pregunta, y respuesta no es tuya Sancho, à algunos la has oido dezir. Calle señor, replico Sancho; que a buena fee, que si me doy à preguntar, y à responder, que no acabe de aqui à mañana. Si, que para preguntar necesidades, y responder disparates, no he menester yo andar buscando ayuda de vezinos. Mas has dicho, Sancho, de lo que sabes, dixo Don Quixote, que ay algunos, que se cansan en saber, y averiguar cosas, que despues de sabidas, y averiguadas, no importa vn ardite al entendimiento, ni à la memoria. En estas, y otras gustolas platicas se les pasó aquel dia, y à la noche se albergaron en vna pequeña aldea, adonde el primo dixo à Don Quixote, que desde alli à la cueva de Motesinos no avia mas de dos leguas, y que si llevaua determinado de entrar en ella, era menester proveerse de fogas, para atarse, y descolgarse en su profundidad. Don Quixote dixo, que aunque llegasse al abismo avia de ver donde parava; y así compraron casi cien braças de fogas, y otro dia à las dos de la tarde llegaron à la cueva, cuya boca es espacio sa, y ancha; pero llena de cambroneras, y cabrahigos, de çarcas, y malezas, tan espesas, y intrincadas, que de todo en toda la ciegan, y encubren. En viendola se apearon el primo, Sancho, y D. Quixote, al qual los dos le ataron luego fortísimamente con las fogas, y en tanto que le fajavan, y le ceñian, le dixo Sancho: Mire vuestra merced, señor mio, lo que haze, no se quiera sepultar en vida, ni se ponga donde parezca fracaso, que le ponen à enfriar en algùn poço, si que à vuestra merced no le toca, ni atañe ser el escudriñador desta, que deve de ser peor que mazmorra. Ata, y calla, respondió D. Quixote, que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mi està guardada. Y entóces dixo la guia: Suplico à vuestra merced, señor Don Quixote, que mire bien, y especule có cié ojos lo q ay allà dentro, quizá avrá cosas, q las ponga yo en el libro de mis transformaciones. En manos està el pandero, que le fabrá bié tañer, respondió Sancho Pança. Dicho esto, y acabada la ligadura de



Don Quixote (que no fue sobre el arnés, sino sobre el jubon de armas) dixo Don Quixote, inadvertidos hemos andado en no avernos proveido de algun esquiló pequeño, q̄ fuera atado junto à mi en esta misma loga, cō cuyo sonido se entendiera, q̄ todavia baxava, y estava vivo: pero pues ya no es posible, à la mano de Dios, que me guie, y luego se hincò de rodillas, y hizo vna oracion en voz baxa al Cielo, pidiendo à Dios le ayudasse, y le diesse buen suceso en aquella, al parecer, peligrosa, y nueva aventura; y en voz alta dixo luego: O señora de mis acciones, y movimientos, y clarissima sin par Dulcinea del Toboso, si es posible que lleguen à tus oídos las plegarias, y rogaciones deste tu venturoso amante; por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras, que rogarte no me niegues tu favor, y amparo aora, q̄ tanto le he menester! Yo voy à despeñarme, à empogarme, y à hundirme en el abismo que aqui se me representa, solo por que conozca el mundo, que si tu me favoreces no avrà imposible à quien yo no acometa, y acabe. En diziendo esto, se acercò à la cima, viò no ser posible deicolgarse, ni hazer lugar à la entrada, sino era à fuerça de braços, o à cuchilladas; y assi poniendo mano à la espada, començò a derribar, y à cortar de

aquellas malezas, que à la boca de la cueva estavan, por cuyo ruido, y estruendo salieron por ella vna infinidad de grandísimos cuervos, y grajos, tan espesos, y con tanta priessa, que dieron con Don Quixote en el suelo; y si èl fuera tan agorero, como Catholico Christiano, lo tuviera à mala señal, y escusara de encerrarle en lugar semejante. Finalmente, se levantò, y viendo que no salian mas cuervos, ni otras aves nocturnas, como fueron morciegalos, que asimismo entre los cuervos salieron, dandole sogas el primo, y Sancho, le dexò calar al fondo de la caberna espantosa; y al entrar, echandole Sancho su bendicion, y haziendo sobre èl mil cruces dixo: Dios te guie, y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gaeta, flor, y nata, espuma de los Cavalleros andantes. Allà vàs valenton de el mundo, coraçon de azero, braços de bronce. Dios te guie otra vez, y te vuelva libre, sano, y sin cautela à la luz de esta vida que dexas, por enterrarte en esta obtecuridad que buscas. Casi las mismas plegarias, y deprecaciones hizo el primo. Iba Dō Quixote dando vezes, que le diessen sogas, y mas sogas, y ellos se la davan poco à poco, y quando las voces, que a canaladas por la cueva salian, dexaron de oirse, ya ellos tenian descolgadas las cien braças de sogas:



fuerõ de parecer de bolver à su bir à D. Quixote, pues no le po diã dar mascuerda; cõ todo esto se detuvieron como media hora: al cabo del qual espacio bolveron à recoger la foga cõ mucha facilidad, y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que Don Quixote se quedava dentro, y creyendolo assi Sancho, llorava amargamente, y tirava con mucha priessa por desengañarse; pero llegando à su parecer, à poco mas de las ochenta braças sintieron peso, de que en estremo se alegraron. Finalmente, à las diez vieron distintamente à D. Quixote, à quien dió voces Sancho, diziendo: Sea vuestra merced muy bien buelto, señor mio, que ya pensamos que se quedava allà para casta; pero no respõdia palabra Don Quixote, y facandole del todo, vieron que traia cerrados los ojos, con muestras de estar dormido. Tendieronle en el suelo, y desliaronle, y con todo esto no despertava. Pero tanto le bolveron, y rebolveron, sacudieron, y meneron, que al cabo de un buen espacio bolvió en si, desperezandose bien, como si de algun grave, y profundo sueño despertara, y mirãdo à vna, y à otra parte, como espantado, dixo: Dios os lo perdone amigos, que me aveis quitado de la mas sabrosa, y agradable vida, y vista, que ningun humano ha visto, ni pasado,

Enefeto, aora acabo de conocer, que todos los contentos de esta vida passian como sombra, y sueño, ò se marchitan como la flor del campo. O desdichado Montesinos! ò mal ferido Durandarte! o sin ventura Belerma! ò lloro la Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, q̄ mostrais en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos! Escuchavan el primo, y Sancho las palabras de Don Quixote, que las dezia, como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicaronle les diese à entender lo que dezia, y les dixesse lo que en aquel infierno avia visto. Infierno le llamais? dixo Don Quixote, pues no le llameis assi, porque no lo merece, como luego vereis. Pidiò que le diesen algo de comer, q̄ traia grandissima hambre. Tendieron la arpillerade el primo sobre la verde yerva, acucieron à la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor, y compañía, merendaron, y cenaron todo junto. Levanta la arpilleras, dixo Don Quixote de la Mancha, no te levante nadie, y estadme atentos.

(?)





CAP. XXIII. *De las admirables cosas que el estremado Don Quixote contó que avia visto en la profunda cueva de Montefinos, cuya imposibilidad, y grandeza hazen que se tenga esta aventura por apocrifa.*

**L**As quatro de la tarde serian quando el Sol entre nubes cubierto, con luz escasa, y templados rayos, dió lugar à D. Quixote, para q̄ sin calor, y pesadumbre contasse à sus dos clarissimos oyentes lo que en la cueva de Montefinos avia visto, y començo en el modo siguiente:

A obra de doze, ò catorze estados de la profundidad de esta mazmorra, à la derecha mano se haze vna concabidad, y espacio, capaz de poder caber en ella vn gran carro con sus mulas: entrale vna pequeña luz por vnos resquicios, ò agujeros, que lexos le responden abiertas en la superficie de la tierra. Esta concabidad, y espacio vi yo à tiempo quando iba cansado, y mohino de verme pendiente, y colgado de la foga, caminar por aquella obscura region abaxo, sin llevar cierto, ni determinado camino; y assi determinè entrar en ella, y descansar vn poco: di voces, pidiendoos

que no descolgassedes mas foga, hasta que yo os lo dixesse; pero no devisteis de oirme: fuy recogiendo la foga que embiavades, y haziendo de ella vna rolca, ò rimerero me sentè sobre el, pensativo, además, considerando lo que hazer devia para calar al fondo, no teniendo quien me sustentasse, y estando en este pensamiento, y confusion, de repente, y sin procurarlo, me saltó vn sueño profundissimo, y quando menos lo pensava, sin saber como, ni como no; despertè de el, y me hallè en la mitad de el mas bello, ameno, y deleitoso prado, que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discrera imaginacion humana. Despavilè los ojos, limpiemelos, y vi que no dormia, sino que realmente estava despierto: con todo esto me tentè la cabeça, y los pechos, por certificarme, si era yo mismo el que alli estava, ò alguna fantasma vana, y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados, que entre mi hazia, me certificaron, que yo era alli entonces el que soy aqui agora. Ofreciòseme luego à la vista vn Real, y sumptuoso Palacio. ò Alcaçar cuyos muros, y paredes parecian de transparete, y claro cristal fabricados; de el qual abriendose dos grãdes puertas, vi, que por ellas salia, y àzia mi



le venia vn venerable anciano, vestido con vn capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastrava: ceñiale los ombros, y los pechos vna beca de Colegial, de raso verde; cubriale la cabeça vna gorra Milanesa negra, y la barba canissima le pasava de la cintura; no traia arma ninguna, si no vn Rosario de cuentas en la mano, mayores q̄ medianas nuezes, y los diez, assimismo como huevos medianos de Abestruz, el continente, el passo, la gravedad, y la anchissima presencia, cada cosa de por sí, y todas juntas, me suspendieron, y admiraron. Llegòse à mi, y lo primero que hizo fue abrazarme estrechamente, y luego dezirme. Luengos tiempos ha valeroso Cavallero Don Quixote de la Mancha, q̄ los que estamos en estas soledades encantados, esperamos verte, para quedés noticia al mundo, de lo q̄ encierra, y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montefinos, hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible coracon, y de tu animo estupeando. Ven conmigo, señor clarissimo, que te quiero mostrar las maravillas que este transparente alcaçar solapa, de quien yo soy Alcaide, y guarda mayor perpetua, porque soy el mismo Montefinos, de quien la cueva toma nombre. Apenas me dixo

que era Montefinos, quando le preguntè, si fue verdad lo que en el mundo acà arriba se contava, q̄ el auia sacado de la mitad del pecho con vna pequeña daga el coracon de su gran amigo Durandarte, y llevadole a la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondiome, que en todo dezia verdad, sino en la daga; por que no fue daga, ni pequeña, sino vn puñal buido, mas agudo que vna lezna. Devia de ser, dixo a este punto Sancho, el tal puñal, de Ramon de Hozes, el Sevillano. No se, prosiguió, D. Quixote; pero no seria desse puñalero, porque Ramon de Hozes fue ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, ha muchos años, y esta averiguacion no es de importancia, ni turba, ni altera la verdad, y contestó de la historia. Assi es, respondió el primo, prosiga v. m. señor Don Quixote, que le escucho con el mayor gusto del mundo. No con menor lo cuento yo, respondió D. Quixote; y assi digo: que el venerable Montefinos me metió en el cristalino palacio, donde en vna sala baxa, fresquissima sobre modo, y toda de alabastro estava vn sepulcro de marmol cō gran maestria fabricado, sobre el qual vi a vn Cauallero tēdido de largo a largo, no de bronce, ni de marmol, ni de jaspe hecho, como suele auer en otros



sepulcros, sino de pura carne, y de puros huesos: tenia la mano derecha (que a mi parecer es algo peluda, y nervosa, señal de tener muchas fuerças su dueño) puesta sobre el lado del coraçon; y antes que preguntasse nada a Montefinos, viendome suspenso, mirando al del sepulcro, me dixo: Este es mi amigo Durandarte, flor, y espejo de los Cavalleros enamorados, y valientes de su tiempo, tien le aqui encatado como me tiene a mi, y a otros muchos, y muchas, Merlin, aquel Francès encantador, que dizen, que fue hijo del diablo; y lo que yo creo es, que no fue hijo del diablo, sino que supo, como dizen, vn punto mas que el diablo. El como, ó para que nos encantò, nadie lo sabe, y ello dirà, andando los tiempos, que no están lexos, segun imagino: lo que a mi me admira es, que sò tan cierto, como aora es de dia, que Durandarte acabò los de su vida en mis braços, y q̄ despues de muerto le saque el coraçon con mis propias manos; y en verdad q̄ deuia de pesar dos libras, porque segun los naturales, el que tiene mayor coraçon, es dotado de mayor valentia del que le tiene pequeño: pues siendo esto assi, y que realmente murió este Cauallero, como aora se quexa, y suspira de quãdo en quando, como si estuviesse vivo. Esto dicho, el misero Du-

randarte, dando vna gran voz, dixo: O mi primo Montefinos, lo postremo que yo os rogaua, que quando fuere muerto, y mi anima arrancada, que lleueis mi coraçon a donde Belerma estaua, sacandomele del pecho, y à con puñal, y à con daga: oyendo lo qual el venerable Montefinos, se puso de rodillas ante el lastimado Cavallero, y con lagrimas en los ojos le dixo: Yã señor Durandarte, carissimo primo mio, yã hize lo que me mandaste en el àziago dia de nuestra perdida, yo os saque el coraçon, lo mejor que pude, sin que os dexasse vna minima parte en el pecho, yo le limpie cõ vn pañuelo de puntas, yo parti con el de carrera para Francia, aviendos primero puesto en el seno de la tierra, con tãtas lagrimas, que fueron bastantes a lavar me las manos, y limpiar me con ellas la sangre que tenían de averos andado en las entrañas: y por mas señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topè, saliendo de Roncesvalles, echè vn poco de sal en vuestro coraçon, porque no olicesse mal, y fuèsse, sino fresco, a lo menos amojamado a la presencia de la señora Belerma, la qual con vos, y conmigo, y con Guadiana vuestro escudero, y con la dueña Ruidera, y sus siete hijas, y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos, y amigos nos tiene aqui



encantados el sabio Merlin ha muchos años; y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros, solamente talta Ruidera, y sus hijas, y sobrinas; las quales llorando (por compasión q̄ devio de tener Merlin dellas) las cōvirtió en otras tantas lagunas, que agora en el mundo de los vivos, y en la Provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera, las siete son de los Reyes de España, y las dos sobrinas de los Cavalleros de la Orden santissima, que llamã de San Juan. Guadiana vuestro escudero plañendo asimismo vuestra desgracia, fue convertido en vn rio, llamado de su mismo nombre; el qual quando llegó à la superficie de la tierra, y viò el Sol del otro cielo, fue tanto el pesar que sintió de ver que os dexava, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es posible dexar de acudir à su natural corriente, de quando en quando sale, y se muestra donde el Sol y las gentes le vean: vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las quales, y con otras muchas que se llegan, entra pompo, y grande en Portugal. Pero con todo esto, por donde quiera que va muestra su tristeza, y melancolia, y no se precia de criar en sus aguas pezes regalados, y de estima, sino burdos, y desabridos, bien dife-

rentes de los del Tajo dorado: y esto q̄ agora os digo, ò primo mio os lo he dicho muchas vezes, y como no me respondeis, imagino q̄ no me dais credito, ò no me ois, de lo que yo recibo tanta pena, qual Dios lo sabe. Vnas nuevas os quiero dar agora, las quales ya q̄ no sirvan de alivio à vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed q̄ teneis aqui en vuestra presencia, y abrid los ojos, y vereislo, aquel gran Cavallero, de quiẽ tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin, aquel Dō Quixote de la Mancha digo, q̄ de nuevo, y cō mayores vêtajas q̄ en los passados siglos ha relucitado en los presentes la ya olvidada andãte Cavalleria, por cuyo medio, y favor podria ser q̄ nosotros fuessemos desencantados, q̄ las grandes hazañas para los grãdes hōbres estãn guardadas. Y quãdo assi no sea, respondió el lastimado Durãdarte, cō voz desmayada, y baxa, quando assi no sea, ò primo, digo, paciencia, y barajar; y bolviendose de lado, tornò à su acostumbrado silencio sin hablar mas palabra. Oyeronse en esto grandes alaridos, y llantos, acompañados de profundos gemidos, y angustiados solloços; bolví la cabeça, y vi por las paredes de cristal, q̄ por otra sala passava, vna procesiõ de dos hileras de hermosissimas donzellas, todas vestidas de luto, con turbantes blan-



blancos sobre las cabeças, al modo Turquesco; al cabo, y fin de las hileras venia vna señora, que en la gravedad lo parecía, asimismo vestida de negro, con tocas blancas, tan tendidas, y largas, que besavan la tierra. Su turbante era mayor dos vezes que el mayor de alguna de las otras. Era ceja junta, la nariz algo chata, la boca grande; pero colorados los labios: los dientes, que tal vez los descubria, mostravan ser malos, y no bien puestos, aunque eran blancos como vnas peladas almendras: traia en las manos vn lienço delgado, y entre él, à lo que pude divisar, vn coracon de carne momia, segun venia seco, y amojamado. Dixome Montefinos, como toda aquella gente de la procession eran firvientes de Durandarte, y de Belerma, que alli con sus dos señores estavan encantados; y que la vltima, que traia el coracon entre el lienço, y en las manos, era la señora Belerma; la qual con sus donzellas quatro dias en la semana hazian aquella procession, y cantavan, ò por mejor dezir, lloravan endechas sobre el cuerpo, y sobre el lastimado coracon de su primo: y que si me avia parecido algo fea, ò no tan hermosa como tenia la fama, era la causa las malas noches, y peores dias que en aquel encantamēto pasava, como lo podia ver en sus

grādes ojeras, y en su color quebradiza; y no toma ocasion su amarillez, y sus ojeras de estar con el mal mensil, ordinario en las mugeres: porque ha muchos meses, y aun años, que no le tiene, ni asloma por sus puertas, sino del dolor q̄ siente su coraçõ por el que de continuo tiene en las manos, que le renuevã, y trae à la memoria la desgracia de su mal logrado amante: que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donaire, y brio la gran Dulcinea del Toboso, tan celebra en todos estos contornos, yaun en todo el mūdo. Cepos quedos, dixeyo entonces señor Don Montefinos, cuente vuestra merced su historia como deve, que ya sabe que toda comparacion es odiosa, y así no ay para que comparar à nadie con nadie; la sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora Doña Belerma es quiẽ es, y quien ha sido, y quedese aqui. A lo que él me respondió: Señor Don Quixote, perdome vuestra merced, que yo confieso que anduve mal, y no dixey bien en dezir, que apenas igualara la señora Dulcinea à la señora Belerma, pues me bastava à mi aver entendido, por no sé què barruntos, que vuestra merced es su Cavallero, para que me mordiera la lengua antes de comorarla, sino con el mismo cielo. Con esta satisfacion que me dio el grā



Montesinos, se quietò mi coraçon del sobrefalto que recibí en oír, que à mi señora la comparauan con Belerma. Y aun me marauillo yo, dixo Sancho, de como vuestra merced no se subió sobre el vejote, y le molió à cozes todos los hueslos, y le pelò las barbas, sin dexarle pelo en ellas. No Sancho amigo, respondió D. Quixote, no me estava à mi bien hazer esto, porque estamos todos obligados à tener respeto à los ancianos, aunque no sean Cavalleros y principalmente à los que lo son, y están encantados: yo se bien que no nos quedamos à dever nada en otras muchas demandas, y respuestas que entre los dos passamos. A esta fazon, dixo el primo. Yo no sé señor D. Quixote, como vuestra merced en tan poco espacio de tiempo como ha que está allà baxo aya visto tantas cosas, y hablado, y respondido tanto. Quanto ha que baxò? preguntò D. Quixote. Poco mas de vna hora, respondió Sancho. Eso no puede ser, replicò Don Quixote, porque allà me anocheçió, y amaneciò, y tornò à anocheçer, y à amanecer tres vezes, de modo, que à mi cuenta tres dias he heftado en aquellas partes remotas, y escondidas à la vista nuestra. Verdad deve de dezir mi señor, dixo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido son per-

encantamento, quizá lo que à nosotros nos parece vn hora, deve de parecer allà tres dias con sus noches. Así será, respondió D. Quixote. Y ha comido vuestra merced en todo este tiempo señor mio? preguntò el primo. No me he desayunado de bocado, respondió Don Quixote, ni aun he tenido hambre, ni por pensamiento. Y los encantados comen? dixo el primo. No comen, respondió Don Quixote, ni tienen escrementos mayores, aunque es opinión que les crecen las vñas, las barbas, y los cabellos. Y duermè por ventura los encantados, señor? preguntò Sancho. No por cierto, respondió D. Quixote: alomenos en estos tres dias que yo he estado con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco. Aquí encaxa bien el refran, dixo Sancho, de dime con quien andas, dezirte he quié eres: andauase vuestra merced con encantados, ayunos, vigilantes, mirad si es mucho, que ni coma, ni duerma mientras con ellos anduviere: pero perdoneme vuestra merced señor mio, si le digo, que todo quanto aqui ha dicho, lleveme Dios, q̄ iba à dezir el diablo, si le creo cosa alguna. Como no? dixo el primo, pues avia de mentir el señor D. Quixote, que aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer, e imaginar tanto millon de mêtiras? Yo no creo que



que mi señor miente, respondió Sancho. Si no, qué crees? le preguntó Don Quixote. Creo, respondió Sancho, que aquel Merlin, ó aquellos encantadores que encantaró toda la chusma que v. m. dize que ha visto, y comunicado allá baxo, le encaxaron en el magín, ó la memoria toda esta maquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda. Todo esto pudiera ser Sancho, replicó Don Quixote, pero no es así, porque lo que he contado, lo vi por mis propios ojos, y lo toque cō mis mismas manos; pero ¿dirás quando te diga o aora, como entre otras infinitas cosas, y maravillas que me mostró Montesinos, las quales de espacio, y à sus tiempos te las irè contando en el discurso de nuestro viage, por no ser todas deste lugar; me mostró tres labradoras, que por aquellos amenísimos campos iban saltando, y brincando como cabras, y apenas las huve visto, quando conocí ser la vna la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venian con ella, que hablamos à la salida del Toboso. Preguntè à Montesinos, si las conocia, respondiome, que no: pero ¿èl imaginava que devian de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos dias avia que en aquellos prados avian parecido, y que no me maravillasse

desto, porque allí estavan otras muchas señoras de los passados, y presentes siglos, encantadas en diferentes, y estrañas figuras, entre las quales conocia èl à la Reyna Ginebra, y su dueña Quintañona, escanciando el vino à Lançarote, quando de Bretaña vino. Quando Sancho Pànça oyè dezir esto à su amo, pensò perder el juyzio, ó morir de risa, que como èl sabia la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien èl avia sido el encantador, y el levantador del tal testimonio, acabo de conocer indubitablemente, que su señor estava fuera de juicio, y loco de todo punto, y así le dixo: En mala coyuntura, y en peor sazón, y en aziago dia baxò v. m. caro patron mio, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha buuelto. Bien se estava v. m. acá arriba con su entero juicio, tal qual Dios se le avia dado, hablando sentencias, y dando consejos à cada passo, y no aora contando los mayores disparates que pueden imaginarse. Como te conozco Sancho, respondió Don Quixote, no hago caso de tus palabras. Ni yo tampoco de las de v. m. replicó Sancho, si quiera me hiera, si quiera me mate por las que le he dicho, o por las que le pienso dezir, si en las tuyas no se corrige, y enmienda. Pero digame vuestra mer-



ced aora que estamos en paz: Como, ò en que conociò à la señora nuestra ama? y si la habló, que dixo, y que le respondió? Conocila, respondió Don Quixote, en que trae los mismos vestidos que traía quando tu me la mostraste; hablèla, pero no me respondió palabra, antes me bolvió las espaldas, y se fue huyendo con tanta priessa, que no la alcançàra vna jara: quise seguirla, y lo hiziera, sino me aconsejara Montefinos, que no me cantase en ello, porque sería en valde, y mas porque se llegava la hora donde me convenia bolver à salir de la sierra. Dixome asimismo, que andando el tiempo se me daría aviso, como avian de ser desencantados el, y Belerma, y Durandarte, con todos los que allí estaban: pero lo que mas pena me dio de las q̄ allí vi, y notè, fue, que estandome diziendo Montefinos estas razones, se llegó à mi por vn lado, sin q̄ yo la viesse venir, vna de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lagrimas, con turbada, y baxa voz me dixo: Mi señora Dulcinea del Toboso besa à vuestra merced las manos, y suplica à vuestra merced se la haga de hazerla saber como està, y que por estar en vna gran necesidad, asimismo suplica à vuestra merced, quan encarecidamente puede, sea servida de prestarle so-

bre este faldellin que aqui traigo de cotonia nuevo media dozena de reales, ò los que vuestra merced tuviere, que ella dà su palabra de bolverse los con mucha brevedad. Suspendiome, y admirome el tal recado, y bolviendome al señor Montefinos, le preguntè: Es posible, señor Montefinos, que los encantados principales padecen necesidad? A lo que el me respondió: Creame vuestra merced, señor Don Quixote de la Mancha, que esta que llaman necesidad adòde quiera se vfa, y por todo se estiende, y à todos alcança, y aun hasta los encantados no perdona: y pues la señora Dulcinea del Toboso embia à pedir effos seis reales, y la prenda es buena, segun parece, no ay sino darse los, que sin duda deve de estar puesta en algùn gran aprieto. Prenda no la tomare yo, le respondì, ni menos le darè lo que pide, porque no tengo sino solos quatro reales, los quales le di, que fueron los que tu Sancho me diste el otro dia para dar limosna à los pobres q̄ topasse por los caminos; y le dixè: Dezid, amiga mia, à vuestra señora, que à mi me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser vn Fucar para remediarlos; y que le hago saber, que yo no puedo, ni devo tener salud, careciendo de su agradable vista, y discreta conversacion; y que le suplico quan en-



carécidamente puedo, sea servida su merced de dexarse ver y tratar deste su cautivo servidor, y assenderado Cavallero. Direisle tambien, que quando menos se le piése oír à dezir, como yo he hecho vn juraméto, y voto, à modo de aquel que hizo el Marqués de Mantua de vengar à su sobrino Baldovinos, quando le halló para espirar en mitad de la Mōtiña, que fue de no comer pan à manteles, cō las otras zarandajas que alli añadió, hasta vengarle; y assi hare yo de no follegar, y de andar las siete partidas del mūdo, con mas puntualidad que las tuvo el Iniante Don Pedro de Portugal, hasta desencātalarla. Todo esto, y mas deve vuestra merced à mi señora, me respondió la donzella, y tomando los quatro reales, en lugar de hazerme vna reverencia, hizo vna cabriola, q̄ se levantó dos varas de medir en el ayre. O Santo Dios, dixo à este tiempo dando vna gran voz Sancho; es posible q̄ tal aya en el mūdo, y q̄ tengan en el tanta fuerça los encantadores, y encantaméto, que ayan trocado el bué juicio de mi señor en vna tan disparatada locura! O señor, señor, por quien Dios es, que v. m. mire por si, y buelva por su honra, y no dè credito à estas vaciedades que le tienen menguado, y descabalado el sentido. Como me quieres bien, Sancho, hablas de

essa manera, dixo D. Quixote, y como no estás experimentado en las cosas del mūdo, todas las cosas que tienē algo de dificultad te parecē impossibles: pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allà abaxo he visto, que te harán creer las que aqui he contado, cuya verdad, ni admite replica, ni disputa.

**CAP. XXIV.** *Donde se cuenta de mil zarandajas tan impertinentes, como necesarias al verdadero entendimiento de esta grande historia.*

**D**Ize el q̄ traduxo esta grande historia del original, de la que escribió su primer Autor Cid Hamete Benengeli, que llegando al capitulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen de el estavan escritas, de mano de el mesmo Hamete, estas mesmas razones.

No me puedo dar à entender, ni me puedo persuadir, que al valeroso Don Quixote le pasasse puntualmēte todo lo que en el antecedēte capitulo queda escrito: la razón es, que todas las aventuras hasta aqui sucedidas han sido cōtingibles, y verisimiles; pero esta de la cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir



tan fueren de los terminos razonables: pues pensar yo, que Don Quixote mintiese, siendo el mas verdadero Hidalgo, y el mas noble Cauallero de sus tiempos, no es posible que no dixera el vna mentira si le afeatearan. Por otra parte confidero, que ella contò, y la dixo cõ todas las circunståncias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran maquina de disparates; y si esta aventura parece apocrifa, yo no tengo la culpa, y assi sin afirmarla por falsa, ó verdadera la escriuo. Tu, Letor, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, q̄ yo no devo, ni puedo mas, pues to que se tiene por cierto, que al tiempo de su fin, y muerte dizen que se retratò della, y dixo que ella avia inventado por parecerle que convenia, y quadrava bien con las aventuras que avia leído en sus historias, y luego prosigue, diziendo.

Espantòse el primo, assi del atrevimiento de Sancho Pança, como de la paciencia de su amo, y juzgó que del contento que tenia de aver visto à su señora Dulcinea del Toboso (aunque encantada) le nacia aquella condicion blanda que entonces mostrava, porque si assi no fuera, palabras, y razones le dixo Sancho, que mereciã molerle à palos; porque realmente le pareció que avia andado atreviendolo con su señora à quiẽ

le dixo: Yo señor Don Quijote de la Mancha, doy por bien empleadissima la jornada que con vuestra merced he hecho, porque en ella he grangeado quatro cosas. La primera, aver conocido à vuestra merced, que lo tengo à gran felicidad. La segunda, aver sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana, y de las lagunas de Ruidera, que me serviràn para el Ovidio Español, q̄ traigo entre manos. La tercera, entender la antigüedad de los naipes, que por lo menos yã se vsavan en tiempo del Emperador Carlo Magno, segun puede colegirse de las palabras q̄ vuestra merced dize que dixo Durandarte, quando al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando con el Montesinos, èl despertò, diziendo: Paciencia, y baraxar: y esta razon, y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino quando no lo estava en Francia, y en tiempo del referido Emperador Carlo Magno; y esta aueriguacion me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es Suplemento de Virgilio Polidoro en la invencion de las Antigüedades, y creo que en el suyo no se acordò de poner la de los naipes, como la pondré yo aora, que serà de mucha importancia, y mas alegando Autor



tor tan grave, y tan verdadero como es el señor Duranarte. La quarta es, aver sabido con certidumbre el nacimiento del rio Guadiana, hasta aora ignorado de las gentes. Vuestra merced tiene razon, dixo Don Quixote; pero querria yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le de licencia para imprimir ellos sus libros (que lo dudo) à quien piensan dirigirlos? Señores, y Grandes ay en España à quien pueden dirigirse, dixo el primo. No muchos, respondió Don Quixote, y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no obligarse à la satisfacion que parece se deve al trabajo, y corteſia de sus Autores. Vn Principe conozco yo, que puede suplir la falta de los demas, cõ tantas ventajas, que si me atreviera à dezirlas, quizà despertara la embidia en mas de quatro generosos pechos: pero quedese esto aqui para otro tiempo mas comodo, y vamos à buscar à donde recogernos esta noche. No lexos de aqui, respondió el primo, esta vna Hermita, donde haze su habitacion vn Hermitaño, que dicen ha sido soldado, y està en opinion de ser vn buen Christiano, y muy discreto, y caritativo además. Junto con la Hermita tiene vna pequeña casa, que él ha labrado à su costa: pe-

ro con todo, aunque chica, es capaz de recibir huespedes. Tiene por ventura gallinas el tal Hermitaño? preguntò Sancho. Pocos Hermitaños estàn sin ellas, respondió Don Quixote, porque no son los que aora se vsan, como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestian de hojas de palma, y comian raizes de la tierra, y no se entienda que por dezir bien de aquellos, no lo digo de aqueſtos, sino que quiero dezir, que al rigor, y estrechez de entonces no llegan las penitencias de los de aora: pero no por esto dexã de ser todos buenos, à lo menos yo por buenos los juzgo; y quando todo corra turbio, menos mal haze el hipocrita que se finge bueno, que el publico pecador. Estando en esto, vieron q̄ àzia donde ellos estava venia vn hombre a pie, caminando aprieta, y dando varazos à vn macho, que venia cargado de lanças, y de alabardas, quando llegó à ellos los saludò, y pasó de largo; D. Quixote le dixo: Buen hombre, deteneos, que parece que vais cõ mas diligencia que esse macho ha menester. No me puedo detener, señor, respondió el hombre: porque las armas que veis que aqui llevo, han de servir mañana, y así me es forçoso el no detenerme, y à Dios; pero si quisieredes saber para qué las llevo, en la venta que està mas



arriba de la hermita, picó alo-  
 jar esta noche, y si es que hazeis  
 este mi mismo camino, allí me  
 hallareis, donde os contaré ma-  
 ravillas, y à Dios otra vez: y de  
 tal manera aguijó el macho, q̄  
 no tuvo lugar Don Quixote de  
 preguntarle, qué maravillas erã  
 las que pensava dezirles; y co-  
 mo él era algo curioso, siempre  
 le fatigavan deseos de saber co-  
 sas nuevas, ordenó, que al mo-  
 mento se partiessen, y fueffen  
 à passar la noche en la veta, sin  
 tocar en la hermita, donde qui-  
 siera el primero q̄ se quedàran.  
 Hizose assi, subieron à cavallo,  
 y siguieron todos tres el dere-  
 cho camino de la veta, à la qual  
 llegaron vn poco antes de ano-  
 checer, dixo el primo à D. Qui-  
 xote, q̄ llegassen à ella à beber  
 vn trago. Apenas oyó esto San-  
 cho Pança, quãdo encaminó el  
 ruzio à la hermita, y lo mismo  
 hizieron D. Quixote, y el pri-  
 mo: pero la mala suerte de San-  
 cho parece que ordenó, que el  
 hermitaño no estuviessè en ca-  
 sa, q̄ assi se lo dixo vna sota her-  
 mitaña, que en la hermita halla-  
 ron. Pidieron de lo caro, respõ-  
 dió, que su señor no lo tenia; pe-  
 ro q̄ si querri n agua varata, que  
 se la daria de muy buena gana.  
 Si yo la tuviera de agua, respon-  
 dió Sancho, pocos ay en el ca-  
 mino, donde la huviera satisfe-  
 cho. Hà bodas de Camacho, y  
 abundancia de la casa de D. Die-  
 go, y quantas vezes os tengo de

echar menos! Con esto dexarõ  
 la hermita, y picarõ àzia la ven-  
 ta, y à poco trecho tomaron vn  
 mancebito, que delante dellos  
 iba caminando, no con mucha  
 priessa, y assi le alcançaron: lle-  
 vava la espada sobre el ombro,  
 y en ella puesto vn bultõ, ò em-  
 boltorio, al parecer de sus vesti-  
 dos, que al parecer devia de ser  
 los calçones, ò greguescos, he-  
 rreruello, y alguna camisa, por-  
 que traia puesta vna ropilla de  
 terciopelo, con algunas vislum-  
 bres de raso, y la camisa de fue-  
 ra; las medias erã de seda, y los  
 çapatos quadrados à vso de Cor-  
 te: la edad llegaria à diez y ocho  
 ò diez y nueve años, alegre de  
 rostro, y al parecer agil de su  
 persona: iba cantando seguidi-  
 llas para entretener el trabajo  
 del camino; quando llegaron à  
 él acabava de cantar vna, q̄ el  
 primo tomó de memoria, que  
 dizen que dezia:

*Ala guerra me lleva mi necesidad  
 Si tuviera dinero no fuera en verdad*

El primero que le habló fue  
 Don Quixote, diziendo: Muy  
 à la ligera camina vuestra mer-  
 ced, señor galán; y adonde bue-  
 no sepamos, si es que gusta de-  
 zirlo? A lo que el moço res-  
 pondió: El caminar tan à la  
 ligera, lo causa el calor, y la po-  
 breza: y el adõde voy es la gue-  
 rra. Como la pobreza? pregun-  
 to D: Quixote, que por el calor  
 bien



bien puede ser. Señor, replicó el mancebo, yo llevo en este embolitorio vnos greguescos de terciopelo, compañeros de esta ropilla; si los gasto en el camino, no me podre honrar con ellos en la Ciudad: y no tengo con que comprar otras; y así por esto, como por orear-me voy desta manera, hasta alcanzar vnas compañías de Infanteria, que no están doze leguas de aqui, donde asentare mi plaza, y no faltarán bagajes en que caminar de alli adelante, hasta el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagena, y mas quiero tener por amo, y por señor al Rey, y servirle en la guerra, que no à vn pelon en la Corte: y lleva vuestra merced alguna ventaja por ventura, preguntò el primo? Si yo huviera servido à algun Grande de España, ò algun principal personage, respondió el moço, à buen seguro que yo la llevara, que esso tiene el servir à los buenos, que del tinelo suelen salir à ser Alferes, ò Capitanes, ò con algun buen entretenimiento: pero yo, desventurado, servi siempre à catariberas, y à gente advenediza de racion, y quitacion, tan misera, y atenuada, que en pagar el almido-nar vn cuello se consumia la mitad de ella, y seria tenido à milagro, que vn page aventurero alcanzasse alguna siquie-ra razonable ventura. Y diga-

me por su vida amigo, pregunto Dō Quixote, es possible que en los años que sirvió no ha podido alcãçar alguna librea? Dos me han dado, respondió el page; pero así como el que sale de alguna Religion antes de professar le quitan el Habito, y le buelven sus vestidos, así me bolviã à mi los mios mis amos, que acabados los negocios à q̄ venian à la Corté, se bolvian à sus casas, y recogian las libreas que por sola ostentacion avian dado. Notable es pilorcheria, como dize el Italiano, dixò Don Quixote; pero con todo esso tenga à felice ventura el aver salido de la Corte con tan buena intencion como lleva: porque no ay otra cosa en la tierra mas honrada, ni de mas provecho, que servir à Dios primeramente, y luego à su Rey, y señor natural, especialmente en el exercicio de las armas, por las quales se alcançan, si no mas riquezas, alomenos mas honra q̄ por las letras, como yo tēgo dicho muchas vezes, que puesto q̄ han fundado mas mayorazgos las letras que las armas, todavia llevã vn no se que los de las armas à los de las letras, con vn si se que de esplendor q̄ se halla en ellos, que los aventaja à todos. Y esto que aora le quiero dezir, llevelo en la memoria, que le serà de mucho provecho, y alivio en sus trabajos; y es, que aparte la



imaginacion de los successos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte; y como esta sea buena, el mejor de todos es el morir. Prguntaronle à Julio Cesar, aquel valeroso Emperador Romano, qual era la mejor muerte? Respondiò, que la impensada, la de repente, y no prevista: y aunq̄ respondiò como Gentil, y ageno de el conocimiento del verdadero Dios, con todo esto dixo bien, para ahorrarse del sentimiento humano, que puesto caso que os maten en la primera faccion, y refriega, ò ya de vn tiro de artilleria, ò bolado de vna mina, que importa, todo es morir, y acabòse la obra; y segùn Terencio, mas bien parece el soldado muerto en la batalla, q̄ vivo, y salvo en la huida: y tanto alcança de fama el buen soldado, quanto tiene de obediencia à sus Capitanes, y à los que mandar le pueden: y advertid, hijo, que al soldado mejor le està el oler à polvora, que algallia; y que si la vejez os coge en este hõroso exercicio, aunq̄ sea lleno de heridas, y estropeado, ò coxo, alomenos no os podrá coger sin honra, y tal, que no os la podrá menoscabar la pobreza, quanto mas que ya se vâ dando ordẽ como se entretengan, y remedien los soldados viejos, y estropeados; porque no es biẽ que se haga con ellos lo q̄ suelen hazer los que ahorrã, y dãn li-

bertad à sus negros, quando yã son viejos, y no pueden servir, y echandolos de casa, con titulo de libres, los hazen esclavos de la hambre, de quien no piẽfan ahorrarse, sino con la muerte: y por aora no os quiero dezir mas, sino q̄ subais à las ancas de este mi cavallo, hasta la venta, y alli cenareis conmigo, y por la mañana seguireis el camino, que os le dẽ Dios tan bueno, como vuestros deseos merecen. El page no aceptò el cõbite de las ancas, aunque si el de cenar con el en la veta; y à esta sazõ dizen, que dixo Sancho entre si: Valgate Dios por señor, y es posible, que hombre que sabe dezir tales, tantas, y tã buenas cosas como aqui ha dicho, diga, que ha visto los disparates impossibles que cuenta de la cueva de Montesinos? Aora bien, ello dirà, y en esto llegaron à la venta a tiẽpo q̄ anocheçia, y no sin gusto de Sãcho, por ver q̄ su señor la juzgò por verdadera venta, y no por castillo, como solia. No huvieron bien entrado, quando Don Quixote preguntò al ventero por el hõbre de las lanças, y alavardas, el qual le respondiò, que en la cavalleriza estava, acomodando el macho, lo mismo hizierõ de sus jumentos el sobrino, y Sancho, dando à Rozinante el mejor pesebre, y el mejor lugar de la cavalleriza.

(???)

CAP.



CAP. XXV. *Donde se apunta la aventura del rebuzno, y la graciosa del Titerero, con las memorables adivinanzas de el mono adivino.*

NO se le cozia el pan à Don Quixote (como suele dezirle) hasta oír, y saber las maravillas prometidas del hombre condutor de las armas; fuele à buscar donde el ventero le avia dicho que estava, y hallòle, y dixole, que en todo caso dixesse luego lo que le avia de dezir despues acerca de lo que le avia preguntado en el camino. El hombre le respondió, mas de espacio, y no en pie le ha de tomar el cuento de mis maravillas; dexeme vuestra merced señor bueno, acabar de dar recado à mi bestia, que yo le dirè cosas que le admiren. No quede por esso, respondió Don Quixote, que yo os ayudarè à todo: y así lo hizo, ahechandole la cevada, y limpiandole el pesebre, humildad que obligò al hombre à contarle con buena volùntad lo que le pedia; y sentandose en vn poyo, y Don Quixote junto à el, teniendo por senado, y auditorio al primo, al page, à Sancho Pança, y al ventero, comencò à dezir de esta manera: Sabrán vuestras mercedes, que en vn lugar, que està quatro leguas y

media de esta venta, sucedio; que à vn Regidor de el, por industria, y engaño de vna muchacha criada suya, esto es largo de contar, le faltò vn asno, y aunque el tal Regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fue posible. Quince dias serian passados, segùn es publica voz, y fama, que el asno faltava, quando estando en la plaça el Regidor perdidoso, otro Regidor de el mismo pueblo le dixo: Dadme albricias compadre, que vuestro jumento ha parecido. Yo os las mando, y buenas, compadre, respondió el otro; pero sepamos: Dónde ha parecido? En el monte, respondió el hallador, le vi esta mañana, sin alvarda, y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era vna compasión mirarle: quisele antecoger delante de mi, y traerosle; pero està ya tan montañez, y tan vnaño, que quando llegué à el, se fue huyendo, y se entrò en lo mas escondido del monte: si quereis que bolvamos los dos à buscarle, dexadme poner esta boirica en mi casa, que luego buelvo. Mucho plazer me hareis, dixo el de el jumento, e yo procurarè pagároslo en la misma moneda. Cò estas circunstancias todas, y de la misma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que estàn enterados en la verdad deste caso. En resolución, los dos Regidores i



pie, y mano à mano se fueron al monte, y llegando al lugar, y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque mas le buscaron. Viendo, pues, que no parecia, dixo el Regidor q̄ le avia visto al otro: Mirad compadre, vna traça me ha venido al pensamiento con la qual, sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es, que yo se rebuznar maravillosamente, y si vos sabeis algun tanto, dad el hecho por concluido. Algun tanto dezis compadre, dixo el otro, por Dios que no dè la ventaja à nadie, ni aun à los mismos asnos. Ahora lo veremos, respondió el Regidor segundo, porque tengo determinado que os vais vos por vna parte de el monte, y yo por otra, de modo q̄ le rodeemos, y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznareis vos, y rebuznaré yo, y no podrá ser menos, sino que el asno nos oiga, y nos responda, si es que está en el monte. A lo que respondió el dueño del jumento, digo compadre, que la traça es excelente, y digna de vuestro gran ingenio: y dividiendose los dos, segun el acuerdo, sucedió, que casi à vn mismo tiempo rebuznaron, y cada vno engañado de el rebuzno del otro acudieron à buscarle, pensando

que ya el jumento avia parecido, y en viendose, dixo el perdido: Es posible cópadre, que no fue mi asno el que rebuznó? No fue sino yo, respondió el otro. Ahora digo, dixo el dueño, que de vos à vn asno, cópadre, no ay alguna diferencia, en quanto toca al rebuznar: porque en mi vida he visto, ni oido cosa mas propia. Estas alabanzas, y encarecimiento, respondió el de la traça, mejor os atañen, y tocan à vos, que à mi, cópadre, que por el Dios que me crió, q̄ podeis dar dos rebuznos de ventaja al mayor, y mas perito rebuznador del mundo; porque el sonido que teneis es alto; lo sostenido de la voz à su tiempo, y compás; los dexos muchos, y apressurados: y en resolución, yo me doy por vencido, y os rinda la palma, y doy la vanderá desta rara habilidad. Ahora digo, respondió el dueño, que me tédré, y estimaré en mas de aqui adelante, y pensaré, que se alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto que pensara que rebuznava bien, nunca entendí, que llegava al extremo que dezis. Tambien diré yo ahora, respondió el segundo, que ay raras habilidades perdidas en el mundo: y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse de ellas. Las nuestras, respondió el dueño, sino es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos



pueden servir en otros, y aun en este plega à Dios que nos sean de provecho. Esto dicho, se tornaron à dividir, y à bolver à sus rebuznos, y à cada passo se engañavan, y bolvian à jūrtarse, hasta que se dieron por contra seña, que para entender que eran ellos, y no el asno, rebuznassen dos vezes, vna tras otra: con esto doblando à cada passo los rebuznos, rodearon todo el monte, sin que el perdido jumento respondiese, ni aun por señas: mas como avia de responder el pobre, y mal logrado, si le hallarō en lo mas escondido del bosque comido de lobos; y en viendole dixo su dueño: Ya me maravillava yo de que el no respondia, pues à no estar muerto, el rebuznara, si nos oyera, ò no fuera asno; pero atruenco de averos oido rebuznar con tanta gracia, cō padre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto. En buena mano està, compadre, respondió el otro, pues si bien canta el Abad, no le vā en zaga el monacillo. Con esto descontentados, y roncos se bolvieron à su Aldea, adonde contarō à sus amigos, vezinos, y conocidos, quanto les avia acontecido en la buisca de el asno, exagerando el vno la gracia del otro en el rebuznar. Todo lo qual se supo, y estēdio por los lugares circunvezinos; y el

diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar, y derramar renzillas, y discordia por do quiera, levantando caramillos en el viento, y grandes quimeras de no nada ordenō, e hizo, que las gentes de los otros pueblos, en viendo à alguno de nuestra Aldea rebuznasse, como dandoles en rostro con el rebuzno de nuestros Regidores. Dieron en ello los muchachos, que fue dar en manos, y bocas de todos los demonios de el infierno, y fue cundiendo el rebuzno de vno en otro pueblo, de manera, que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno; como son conocidos, y diferenciados los negros de los blancos: y ha llegado à tanto la desgracia de esta burla, q̄ muchas vezes cō mano armada, y formado esquadron, hā salido contra los burladores los burlados à darse la batalla, sin poderlo remediar Rey, ni Roque, ni temor, ni verguença: yo creo que mañana, ò estotro dia, han de salir en campaña los de mi pueblo, que son del rebuzno, contra otro lugar, que està dos leguas de el nuestro, que es vno de los que mas nos persiguen, y por salir bien apercebidos, llevo compradas estas lanças, y alavardas que aveis visto. Y estas son las maravillas que dixere que os avia de contar, y si no os lo han parecido, no se



otras; y con esto dió fin a su plática el buen hombre: y en esto entrò por la puerta de la venta vn hombre todo vestido de camuça, medias, greguescos, y jubon, y con voz leuantada dixo: Señor huésped, ay posada? que viene aqui el mono adiuino, y el retablo de la libertad de Melisendra. Cuerpo de tal, dixo el ventero, que aqui està el señor Maesse Pedro, buena noche se nos apareja; olvidava se me de dezir, como el tal Maesse Pedro traia cubierto el ojo izquierdo, y casi medio çarrillo con vn parche de tafetan verde, señal que todo aquel lado deuia de estar enfermo; y el ventero prosiguiò diziendo: Sea bien venido v. m. señor Maesse Pedro, à donde està el mono, y retablo, que no los veo? Y à llegan cerca, respondiò el todo camuça, sino que yo me he adelantado à saber si ay posada; al mismo Duque de Alva se la quitara para dársela al señor Maesse Pedro, respondiò el ventero, llegue el mono, y el retablo, que gente ay esta noche en la venta que pagará el verle, y las habilidades del mono. Sea en buen hora, respondiò el del parche, que yo moderaré el precio, y con sola la costa me daré por bien pagado, yo buélvo à hazer que camine la carreta, donde viene el mono, y el retablo, y luego se bolvió à salir de la venta. Preguntò luego

Don Quixote al ventero, que Maesse Pedro era aquel, y que retablo, y que mono traia? A lo que respondiò el ventero: Este es vn famoso titerero, que ha muchos dias que anda por esta Mancha de Aragon, enseñando el retablo de Melisendra, dada por el famoso Don Gaiferos, que es vna de las mejores, y mas bien representadas historias que de muchos años à esta parte en este Reyno se han visto: trae asimismo consigo vn mono de la mas rara habilidad que se viò entre monos, ni se imaginò entre hombres; porque si le preguntan algo, està atento a lo que le preguntan, y luego salta sobre los ombros de su amo, y llegando al oido le dize la respuesta de lo que le preguntan, y Maesse Pedro la declara luego, y de las cosas passadas dize mucho mas que de las que están por venir; y aunque no todas vezes acierta en todas, en las mas no yerra; de modo que nos haze creer que tiene el diablo en el cuerpo, dos reales lleva por cada pregunta, si es que el mono responde, quiero dezir, si responde el amo por él, despues de auerle hablado al oido; y así se cree que el tal Maesse Pedro està riquissimo, y es hombre galante (como dizen en Italia) bon compañero, y date la mejor vida del mundo, habla mas que seis, y bebe mas que doze,



todo à costa de su lengua, y de su mono, y de su retablo. En esto bolvio el Maestre Pedro, y en vna carreta venia el retablo, y el mono, grande, y sin cola, con las polladeras de fieltro; pero no de mala cara, y apenas le viò Don Quixote, quando le pregunto: Digame v. m. señor adiuino, què pexe pillamo? què ha de ser de nosotros? vea aqui mis dos reales, y mando a Sancho que se los diese al Maestre Pedro, el qual respondió por el mono, y dixo: Señor, este animal no responde, ni dà noticia de las cosas que están por venir, de las passadas sabe algo, y de las presentes algun tanto. Voto à rus, dixo Sancho, que no dé yo vn ardite porque me digan lo que por mi ha passado, porque quien lo puede saber mejor que yo mesmo, y pagar yo porque me digan lo que sé, sería vna gran necesidad; pero pues sabe las cosas presentes, he aqui mis dos reales, y digame el señor monissimo, què haze aora Teresa Pança mi muger, y en que se entretiene? No quito tomar Maestre Pedro el dinero, diziendo: No quiero recibir adelantados los premios, sin que ayan precedido los servicios, y dando con la mano derecha dos golpes sobre el ombro izquierdo, en vn brinco se le puso el mono en el, y llegando la boca al oido daua diente con diente muy

apriessa; y auiendo hecho este ademán por espacio de vn Credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto con grandissima priessa se fue el Maestre Pedro à poner de rodillas ante Don Quixote, y abraçandole las piernas, dixo: Estas piernas abraço, bien así como si abraçara las dos columnas de Hercules. O resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante Caualleria: No jamás como se deve alabado Cauallero Don Quixote de la Mancha, animo de los desmayados, arrimo de los que van à caer, braço de los caidos, baculo, y consuelo de todos los desdichados. Quedò pasmado Don Quixote, aborrito Sancho, suspenso el primo, atonito el page, abobado el del rebuzno, confuso el ventero, y finalmente espantados todos los que oyeron las razones del titerero, el qual prosiguiò diziendo: Y tu, ó buen Sancho Pança, el mejor escudero; y del mejor Cavallero del mundo, alegrate que tu buena muger Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando vna libra de lino, y por mas señas tiene à su lado izquierdo vn jarro desbocado, que cabe vn buen porquè de vino, con que se entretiene en su trabajo. Esto creo yo muy bien, respondió Sancho, porque es ella vna bienaventurada, y à no ser zelosa, no la trocara yo por la



giganta Andandona, que segun mi señor, fue vna rager muy cabal, y muy de pro, y es mi Teresa de aquellas que no se dexan mal passar, aunque sea à costa de sus herederos. Aora digo, dixo à esta fazon Don Quixote, que el que lee mucho, y anda mucho, ve mucho, y sabe mucho. Digo esto, porque que persuasion fuera bastate para persuadirme, que ay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto aora por mis propios ojos, porque yo soy el mesmo D. Quixote de la Mancha que este buen animal ha dicho, puestto que se ha estendido algun tanto en mis alabancas: pero como quiera que yo me sea, doy gracias al Cielo, que me dotó de vn animo blando, y compasivo, inclinado siempre à hazer bien à todos, y mal à ninguno. Si yo tuviera dineros, dixo el page, preguntara al señor mono, que me ha de suceder en la peregrinacion que llevo. A lo que respondio Maesse Pedro (que ya se avia levātado de los pies de Don Quixote) ya he dicho que esta bestezuela no responde a lo por venir, que si respondiera no importara no aver dineros, que por servicio de el señor Don Quixote, que està presente, dexara yo todos los intereses de el mundo, y aora porq se lo devo, por darle gusto quiero armar mi retablo, y dar plazer à quātos estàn en la ven

ta sin paga alguna. Oyendo lo qual, el ventero alegre sobre manera, señaló el lugar donde se podia poner el retablo, que en vn punto fue hecho. Don Quixote no estava muy contēto con las adivinancas del mono, por parecerle no ser à proposito que vn mono adivinasse, ni las de por venir, ni las passadas cosas; y asì en tanto q Maesse Pedro acomodava el retablo, se retirò D. Quixote con Sancho à vn rincon de la cavalleriza, donde sin ser oi dos de nadie, le dixo: Mira Sancho, yo he considerado bien la estraña habilidad de este mono, y hallo por mi cuenta, que sin duda este Maesse Pedro su amo deve de tener hecho pacto tacito, ò expreso con el demonio. Si el patio es expreso, y el demonio, dixo Sancho, sin duda deve de ser muy suzio patio: pero que provecho le es al tal Maesse Pedro tener estos patios? No me entiendes Sancho; no quiero dezir, sino que deve tener hecho algun concierto con el demonio, de que infunda essa habilidad en el mono, con que gane de comer, y despues que este rico le darà su alma, que es lo que este vniversal enemigo pretende: y hazeme creer esto el ver que el mono no responde sino à las cosas passadas, ò presentes, y la sabiduria del diablo no te puede estender à mas, que las por venir no las sabe, sino es



por conjeturas, y no todas veces, que a solo Dios está reservado conocer los tiempos, y los momentos, y para el no ay pasado, ni por venir, q̄ todo es presente: y siendo esto así, como lo es, está claro, que este mono habla con el estilo del diablo; y esto y maravillado, como no le ha acusado al Santo Oficio, y examinadole, y sacadole de quaxo en virtud de quien adivina: porque cierto está que este mono no es Astrologo, ni su amo, ni el alça, ni saben alçar estas figuras que llaman judiciarias, que tanto aora se vñan en España, que no ay mugercilla, ni page, ni çapatero de viejo, que no presuma de alçar vna figura como si fuera vna sota de naipes del suelo, echando a perder con sus mentiras, è ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. De vna señora se yo, que preguntò a vno de estos figureros, que si vna perrilla de falda pequeña que tenia, se empreñaria, y pariria, y quantos, y de que color serian los perros que pariesse. A lo que el señor juiciario (despues de aver alçado la figura) respondió, que la perrica se empreñaria, y pariria tres perricos, el vno verde, el otro encarnado, y el otro de mezcla, con tal condicion, que la tal perra se cubriesse entre las onze, y doze del dia, ù de la noche, y que fuesse en Lunes, ò en Sabado: y lo que sucedió

fue, q̄ de alli a dos dias se murió la perra de ahita, y el señor levantador quedó acreditado en el lugar por acertadissimo juiciario, como lo quedan todos, ò los mas levantadores. Con todo esto querria dixo Sancho, q̄ vuestra merced dixesse a Maese Pedro, preguntasse a su mono, si es verdad lo que a vuestra merced le passò en la cueva de Montesinos, que yo para mi tengo, con perdon de vuestra merced, que todo fue embeleco, y mentira, ò por lo menos cosas soñadas. Todo podria ser, respondió Don Quixote; pero yo harè lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedar vn no sè que de escrupulo. Estando en esto llegó Maese Pedro a buscar a Don Quixote, y dezirle: que ya estava en orden el retablo, que su merced viniessse a verle, porque lo merecia. Don Quixote le comunicò su pensamiento, y le rogò preguntasse luego a su mono le dixesse, si ciertas cosas que avia passado en la cueva de Montesinos avian sido soñadas, ò verdaderas; porque a èl le parecia que tenían de todo. A lo que Maese Pedro sin responder palabra bolvió a traer el mono, y puesto delante de Don Quixote, y de Sancho, dixo: Mirad señor mono, que este Cavallero quiere saber, si ciertas cosas que le passaron en vna cueva, llamada de Montesinos, si fueron falsas, ò verdades



deras, y haziendole la acostumbra da señal, el mono se le subió en el ombro izquierdo, y hablandole, al parecer, en el oido, dixo luego Maestre Pedro: El mono dize, que parte de las cosas que vuestra merced vió, ó pasó en la dicha cueva, son falsas, y parte visibles; y que esto es lo que sabe, y no otra cosa, en quanto à esta pregunta: y que si vuestra merced quisiere saber mas, que el Viernes venidero responderà à todo lo que se le preguntare, que por aora se le ha acabado la virtud, que no le vendrà hasta el Viernes, como dicho tiene. No lo dezia yo, dixo Sancho, que no se me podia affentar, que todo lo que vuestra merced, señor mio, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la mitad. Los sucesos lo dirán, Sancho, respondió Don Quixote, que el tiempo descubridor de todas las cosas no se dexa ninguna que no la saque à la luz de el Sol, aunque este escondida en los senos de la tierra, y por aora baste esto, y vamonos à ver el retablo del buen Maestre Pedro, que para mi tengo que deve de tener alguna novedad. Como alguna, respondió Maestre Pedro, sefenta mil encierra en si este mi retablo; digole à vuestra merced, mi señor Don Quixote, que es vna de las cosas mas

de ver que oy tiene el mundo, y operibus credite, & non verbis, y manos a labor, que se haze tarde, y tenemos mucho que hazer, y que dezir, y que mostrar. Obedecieronle Don Quixote, y Sancho, y vinieron donde ya estava el retablo puesto, y cubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera, encendidas, que le hazian vistoso, y resplandeziente. En llegando se metió Maestre Pedro dentro del, que era el que avia de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso vn muchacho, criado del Maestre Pedro, para servir de interprete, y declarador de los misterios de el tal retablo: tenia vna varilla en la mano con que señalava las figuras que salian. Puestos pues todos quantos avia en la venta, y algunos en pie frontero del retablo, y acomodados Don Quixote, Sancho, el page, y el primo, en los mejores lugares, el truxaman començò à dezir lo que oirá, y verá el que leyere, ó viere el capitulo siguiente.





CAP. XXVI. Donde se prosigue la graciosa aventura del Titerero,  
con otras cosas, en verdad barto buenas.



**C**allaron todos Tirios, y Tro-  
yanos, quiero dezir, pen-  
dientes estaban todos los que  
el retablo miravan de la boca  
del declarador de sus maravi-  
llas, quando se oyeron sonar en  
el retablo cantidad de ataba-  
les, y trompetas, y dispararse  
mucha artilleria, cuyo rumor  
passó en tiempo breve, y luego  
alçò la voz el muchacho, y di-  
xo: Esta verdadera historia que  
aqui à vuestras mercedes se re-  
presenta, es sacada al pie de la  
letra de las Coronicas France-

sas, y de los Romances Españo-  
les, que andan en boca de las gé-  
tes, y de los muchachos, por es-  
sas calles, trata de la libertad q̄  
dio el señor Don Gaiferos à su  
esposa Melisendra, que estava  
cautiva en España en poder de  
Moros en la Ciudad de Sansue-  
ña, que assi se llamava entòces  
la que oy se llama Zaragoza; y  
vean vuestras mercedes alli co-  
mo està jugando à las tablas D.  
Gaiferos, segun aquello que se  
canta: Jugando està à las tablas  
D. Gaiferos, q̄ ya de Melisendra



está olvidado; y aquel personaje que allí assoma con corona en la cabeza, y cetro en las manos, es el Emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra; el qual mohino de ver el ocio, y descuido de su yerno, le sale a reñir, y adviertan con la vehemencia, y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media dozena de coscorrones; y aun ay Autores que dicen, que se los dió, y muy bien dados: y despues de averle dicho muchas cosas acerca de el peligro que corría su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dixo: Harto os he dicho, miradlo. Miren vuestras mercedes tambien, como el Emperador buelve las espaldas, y dexa despachado a D. Gaiferos; el qual ya ven como arroja impaciente de la cola lexos de sí el tablero, y las tablas, y pide apriessa las armas, y a Don Roldan su primo pide prestada su espada Durindana, y como Don Roldan no la quiso prestar, ofreciendole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso, enojado no lo quiere aceptar: antes dize, que él solo es bastante para sacar a su esposa, si bien estuviese metida en el mas hondo cetro de la tierra; y cō esto se entra a armar, para ponerse luego en camino. Bueltā vuestras mercedes los ojos a aquella to-

rrer que allí parece, que se presupone que es vna de las torres del Alcaçar de Zaragoza, que aora llaman la Aljaferia, y aquella dama que en aquel balcon parece vestida à lo Moro, es la fin par Melisendra, que desde allí muchas vezes se ponía à mirar el camino de Francia, y puesta la imaginacion en Paris, y en su esposo se consolava en su cautiverio. Miren tambien vn nuevo caso que aora sucede, quizá no visto jamás: no vé aquel Moro, que ca'landico, y passito a passo, puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Melisendra? pues miren como la dà vn beso en mitad de los labios, y la priessa que ella se dà à escupir, y à limpiar selos con la blanca manga de su camisa, y como se lamenta, y se arranca de petar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvierā la culpa del maleficio. Miren tambien como aquel grave Moro, que está en aquellos corredores, es el Rey Marsilio de Sansueña, el qual por aver visto la insolencia del Moro, puesto que era vn pariente, y gran privado suyo, le mandó luego prender, y que le dē doziētos acotes, llevandole por las calles acostumbradas de la Ciudad, cō chilladores delante, y envaramiento detras; y vereis aquí donde salen a executar la sentencia, aun bien apenas no aviendo sido puesta en execucion la



culpa, porque entre Moros no ay traslado à la parte, ni pruebas, y estése, como entre nosotros. Niño, niño, dixo con voz alta à esta sazón Don Quixote, seguid vuestra historia linea recta, y no os metais en las curvas, ò transversales, que para sacar vna verdad en limpio, menester son muchas pruebas, y repruebas. Tambien dixo Maesse Pedro desde dètro: Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que este señor te manda, que será lo mas acertado: sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sutiles. Yo lo haré así, respondió el muchacho, y prosiguió diziendo: Esta figura, que aqui parece à cavallo, cubierta con vna capa Gascona, es la misma de Don Gaiferos, à quien su esposa ya vengada del atrevimiento del enamorado Moro, con mejor, y mas sossegado semblante se ha puesto à los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo que es algun passagero, con quien passo todas aquellas razones, y coloquios de aquei Romance, que dizen: Cavallero si à Francia ides, por Gaiferos preguntad. Las quales no digo yo agora, porque de la prolixidad se suele engendrar el fastidio; basta ver como Don Gaiferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra haze, se nos dà à en-

tender, que ella le ha conocido: y mas agora q̄ vemos se descuelga del valcon para ponerse en las ancas de el cavallo de su buen esposo: mas ay sin ventura, que se le ha auido vna punta del faldellin de vno de los hierros del valcon, y está pendiente en el ayre, sin poder llegar al suelo; pero veis como el piadoso Cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega Don Gaiferos, y sin mirar si se rasga, ò no el rico faldellin, ase de ella, y mal de su grado la haze baxar al suelo, y luego de vn brinco la pone sobre las ancas de su cavallo, ahorcajadas como hombre, y la manda, que se tenga fuertemente, y le eche los braços por las espaldas, de modo, que los cruze en el pecho, porque no se caiga, à causa que no estava la señora Melisendra acostumbra à semejantes cavallerias. Veis tambien como los relinchos de el cavallo dàn señales que v̄ contento con la valiente, y hermosa carga que lleva en su señor, y en su señora. Veis como buelven las espaldas, y salen de la Ciudad, y alegres, y regozijados toman de Paris la via: Vais en paz, ò por sin par de verdaderos amantes, llegueis à vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorvo en vuestro felice viage. Los ojos de vuestros amigos, y parientes os vean gozar en paz tranquila



los dias (que los de Nestor sean) que os quedan de vida. Aquí alçò otra vez la voz Maestre Pedro, y dixo: Llameza muchacho, no te encubras, que toda afectacion es mala. No respondió nada el interprete, antes prosiguiò diziendo: No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no vies- sen la baxada, y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al Rey Marsilio, el qual mandò luego tocar alarma, y mire con que priesta, que ya la Ciudad se hunde con el son de las campanas, que en todas las torres de las mezquitas suenan. Esto no, dixo Don Quixote, en esto de las campanas anda muy impropio Maestre Pedro; porque entre Moros no se vsan campanas, sino atabales, y vn genero de dulzainas, q̄ parecen nuestras chirimias: y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es vn gran disparate. Lo qual oido por Maestre Pedro, cesò el tocar, y dixo: No mire vuestra merced en niñerías, señor Don Quixote, no quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. No se representá por à casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades, y disparates; y con todo esto corren felicissimamente su carrera, y se escuchan, no solo con aplauso, sino con admiracion, y todo? **Prosigue muchacho, y dexa**

dezir, que como yo llene mi talego, siquiera representen mas impropiedades que tiene atomos el Sol. Assi es la verdad, replicò Don Quixote; y el muchacho dixo: Miren quanta, y quan luzida cavalleria sale de la Ciudad en seguimiento de los Catolitos amantes; quantas trompetas que suenan, quantas dulzainas que tocan, y quantos atabales, y atambores que retumban, temome que los han de alcanzar, y los han de boylar atados à la cola de su mismo cavallo, que sería vn horrendo espectáculo. Vierdo, y oyendo, pues, tanta Morisma, y tanto estruendo Don Quixote, pareciòle ser bien dar ayuda à los que huían, y levantandose en pie, en voz alta dixo: No consentirè yo que en mis dias, y en mi presencia se le haga supercheria à tan famoso Cavallero, y à tan atrevido enamorado como es Don Gaiferos: deteneos malnacida canalla, no le sigais, ni persigais; sino conmigo sois en la batalla, y diziendo, y haziendo de embaynò la espada, y de vn brinco se puso junto al retablo, y con acelerada, y nunca vista furia, començò à llover cuchilladas sobre la tierra Morisma, derribando à vnos, y descabezando a otros, estropeando à este, destrozando à aquel; y entre otros muchos tirò vn alubaxo, tal, que si Maestre Pedro



dro no se abaxa, se encoge, y agazapa, le cercenara la cabeza con mas facilidad que si fuera hecha de massa de maçapan. Dava voces Maestre Pedro, diciendo: Detengase vuestra merced, señor Don Quixote, y advierta, que estos que derriba, destroça, y mata, no son verdaderos Moros, sino vnas figurillas de pasta: mire, pecador de mi, que me destruye, y echa à perder toda mi hazienda. Mas no por esto dexava de menudear Don Quixote cuchilladas, mandobles, tajos, y rebeses, como llovidos. Finalmente, en menos de dos credos diò cõ todo el retablo en el suelo, hechas pedaços, y desmenuzadas todas sus jarcias, y figuras; el Rey Marfilio mal herido, y el Emperador Carlo Magno partida la corona, y la cabeça en dos partes. Alborotose el senado de los oyetes, huyose el mono por los tejados de la venta; temio el primo, desacobardose el page, y hasta el mismo Sancho Pãça tuvo pavor grandissimo, porque como el jurò despues de pasada la borraçca, jamàs avia visto à su señor con tan desatinada colera. Hecho, pues, el general destroço del retablo, sossego e vn poco Don Quixote, y dixo: Quisiera yo tener aqui delante en este punto todos aquellos q̃ no creen, ni quieren creer, de quanto provecho sean en el mundo los Cavalleros andan-

tes, miren si no me hallara yo aqui presente, que fuera de el buen Don Gaiferos, y de la hermosa Melisendra, à buen seguro, que esta fuera ya la hora que los huvieran alcançado estos canes, y les huvieran hecho algun desaguifado. En resolucion, viva la ardante Cavalleria sobre quantas cosas oy viven en la tierra. Viva en hora buena, dixo à esta sazõ cõ voz enfermiza Maestre Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado, que puedo dezir con el Rey Don Rodrigo: Ayer fui señor de España, y oy no tengo vna almena, que pueda dezir que es mia. No ha media hora, ni aun mediano momento, que me vi señor de Reyes, y de Emperadores, llenas mis cavallerizas, y mis cofres, y sacos de infinitos cavallos, y de innumerables galas, y agora me veo desolado, y abatido, pobre, y mendigo, y sobre todo sin mi mono, que à fee que primero q̃ le buelva à mi poder, me han desudado los dientes, y todo por la furia mal considerada deste señor Cavallero, de quien se dize, que ampara pupilos, y endereça tuerto, y haze otras obras caritativas, y en mi solo ha venido à falta su intencion generosa, que sean benditos, y alabados los Cielos, allà donde tienen mas levantados sus asientos.

En fin el Cavallero de la



triste Figura avia de ser aquel que avia de desfigurar las mias. Enterneciòse Sancho Pança con las razones de Maese Pedro, y dixole: No llores Maese Pedro, ni te lamentes, que me quiebras el coraçon; porque te hago saber, que es mi señor Don Quixote tan Catolico, y escrupuloso Christiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravio, te lo sabrà, y te lo querrà pagar, y satisfacer con muchas ventajas. Con que me pagasse el señor Don Quixote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaria contento, y su merced asseguraria su conciencia; porque no se puede salvar quien tiene lo ageno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye. Así es, dixo Don Quixote; pero hasta aora yo no se que tenga nada vuestro, Maese Pedro. Como, respondió Maese Pedro; y estas reliquias que estan por este duro, y esteril suelo, quien las esparcio, y aniquilò, sino la fuerza invencible de este poderoso brazo? y cuyos eran sus cuerpos, sino míos? y con quien me sustentava yo, sino con ellos? Aora he acabado de creer, dixo à este punto Don Quixote, lo que otras muchas vezes he creído, que estos encantadores que me persiguen, no hazen sino porirme las figu-

ras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan, y truecan en la que ellos quieren. Real, y verdaderamente os digo, señores, que me ois, que à mi me pareció todo lo que aqui ha pasado, que passava al pie de la letra, que Melisenda era Melisendra, Don Gaiferos, D. Gaiferos, Marsilio, Marsilio, y Carlo Magno, Carlo Magno: por esso se me alterò la colera, y por cumplir con mi profesion de Cavallero andante, quise dar ayuda, y favor à los que huian; y con este buen proposito hize lo que aveis visto: si me ha salido al rebés, no es culpa mia, sino de los malos que me persiguen; y con todo esto de este mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: vea Maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco à pagarselo luego en buena corriente moneda Castellana. Inclínòsele Maese Pedro, diziendole: No esperaba yo menos de la inaudita Christiandad del valeroso Don Quixote de la Mancha, verdadero socorredor, y amparo de todos los necesitados, y menesterosos vagamundos, y aqui el señor ventero, y el gran Sãcho seràn medianeros, y apreciadores entre vuestra merced, y mi, de lo que valen, ò podian valer las ya deshechas figuras. El ventero, y Sancho dixeron, que



que así lo harían, y luego Maese Pedro alzó de el suelo con la cabeza menos al Rey Marsilio de Zaragoza, y dixo: Ya se ve quan imposible es bolver à este Rey à su ser primero; y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, sin, y acabamiento quatro reales y medio. Adelante, dixo Don Quixote. Pues por esta abertura de arriba abaxo, prosiguió Maese Pedro, tomando en las manos al partido Emperador Carlo Magno, no sería mucho que pidiese yo cinco reales y vn quartillo. No es poco, dixo Sancho. Ni mucho, replicó el ventero; medíesle la partida, y señálenle cinco reales. Desele todos cinco y quartillo, dixo Don Quixote, que no está en vn quartillo mas amenos la monta desta notable desgracia; y acabe presto Maese Pedro, que se haze hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre. Por esta figura, dixo Maese Pedro, que está sin narizes, y vnojo menos, que es la de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doze maravedis. Aun así sería el diablo, dixo Don Quixote, si yo no estuviésse Melisendra con su esposo, por lo menos en la raya de Francia: porque el cavallo en que iban, à mi me pareció que antes bolava que corria; y así no ay para que venderme à mi el gato por liebre, presentan-

domé aqui à Melisendra desnarigada, estando la otra si viene à mano aora holgándose en Francia con su esposo à pierna tendida: ayude Dios con lo suyo à cada vno, señor Maese Pedro, y caminemos todos cō pie llano, y con intencion sana, y prosigo. Maese Pedro que vió que Don Quixote izquierdeava, y que bolvia à su primer tema, no quiso que se le escapasse, y así le dixo: Esta no deve de ser Melisendra, sino alguna de las donzellas que le servian, y así cō sesenta maravedis que me den por ella quedaré contento, y bien pagado. De esta manera fue poniendo precio à otras muchas destrozadas figuras, que despues lo moderaron los dos juezes arbitros con satisfacion de las partes, que llegaron à quarenta reales y tres quartillos; y además desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió Maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono. Dáselos, Sancho, dixo Don Quixote, no para tomar el mono, sino la mona, y dozientos diera yo aora en albricias à quien me dixera con certidumbre, que la señora Doña Melisendra, y el señor Don Gaiferos estaban ya en Francia, y entre los suyos. Ninguno nos lo podrá dezir mejor q̄ mi mono, dixo Maese Pedro, pero no avrá diablo que aora le tome, aunque imagino, que el carriño, y la



hambre le hū de forçar que me busque esta noche, y amanecerà Dios, y verèmonos. En resolucion, la borrasca del retablo se acabò, y todos cenarõ en paz, y en buena compaña à costa de Don Quixote. que era liberal en todo estremo. Antes que amaneciesse se fue el que llevaba las lanças, y las alavardas, y ya despues de amanecido se vinieron à despedir de Don Quixote el primo, y el page, el vno para bolverse à su tierra, y el otro à proseguir su camino, para ayuda del qual le diò D. Quixote vna dozena de reales. Maesse Pedro no quiso bolver à entrar en mas dimes, ni directes con Don Quixote, à quien el conocia muy bien; y asì madrugò antes que el Sol, y cogièdo las reliquias de su retablo, y à su mono, se fue tambien à buscar sus aventuras. El ventero, que no conocia à Dõ Quixote, tan admirado le tenían sus locuras, como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagò muy bien, por orden de su señor; y despidièdose del casi à las ocho de el dia, dexaron la venta, y se pusieron en camino, donde los dexarèmos ir, que asì conviene, para dar lugar con otras cosas pertenecientes à la declaracion desta famosa historia.

(?)

**CAP. XXVII.** *Donde se dà cuenta quienes eran Maesse Pedro y su mono, con el mal suceso que Don Quixote tuvo en la aventura de el rebuzno, que no la acabò como el quisiera y como lo tenia pensado.*

**E**Ntra Cide Hamete, Coronista de esta grande historia, con estas palabras en este capitulo. Juro como Catolico Christiano: à lo que su Traductor dize, que el jurar Cide Hamete, como Catolico Christiano, siendo el Moro, como sin duda lo era, no quiso dezir otra cosa, sino que asì como el Catolico Christiano quando jura, ò deve jurar verdad, y dezirla en lo que dixere; asì el la dezia, como si jurarà como Christiano Catolico, en lo que queria escribir de Don Quixote, especialmente en dezir quien era Maesse Pedro, y quien el mono adivino, que traia admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanças. Dize pues, que bien se acordarà el q̄ huviere leido la primera parte de esta historia, de aquel Ginès de Passamonte, à quien entre otros galeotes diò libertad Don Quixote en Sierra Morena, beneficio que despues le fue mal agradecido, y peor pagado de aquella gente maligna,

na,



na, y mal acostumbrada. Este Ginés de Passamonte, à quien Don Quixote llamava Ginesillo de Parapilla, fue el que hurtò à Sàcho Pança el ruzio, que por no averle puesto el como, ni el quando en la primera parte, por culpa de los Impresores, ha dado en que entender à muchos, que atribuian à poca memoria del Autor, la falta de la Imprenta. Pero en resolucion Ginés le hurtò, estando sobre el durmiendo Sancho Pança, vsando de la traça, y modo que vsò Brunelo, quando estando Sacripante sobre Albraca, le sacò el cavallo de entre las piernas, y despues le cobrò Sancho, como se ha contado. Este Ginés, pues, temeroso de no ser hallado de la justicia, que le buscava para castigarle de sus infinitas vellaquerias, y delitos, que fueron tantos, y tales, que el mismo compuso vn gran volumen contandolos; determinò pasarse al Reyno de Aragon, y cubrirse el ojo izquierdo, acomodandose al officio de titere-ro, que esto, y el jurar de manos sabia hazer por estremo. Sucedio, pues, que de vnos Christianos ya libres, que venian de Berberia, comprò aquel mono, à quien enseñò, que en haziendole cierta señal, se le pudiesse en el ombro, y le murmurasse, ò lo pareciesse al oido. Hecho esto, antes que entrasse

en el lugar donde entrava con su retablo, y el mono, se informava del lugar mas cercano, ò de quien él mejor podia, qué cosas particulares huviesse sucedido en el tal lugar, y à qué personas, y llevandolas bien en la memoria, lo primero que hazia, era mostrar su retablo; el qual vnas vezes era de vna historia, y otras de otra: pero todas alegres, y regozijadas, y conocidas. Acabada la muestra, proponia las habilidades de su mono, diziendo al pueblo, que adivinava todo lo pasado, y lo presente; pero que en lo de por venir no se dava maña: por la respuesta de cada pregunta pedia dos reales, de algunas hazia varato, segun tomava el pulso à los preguntantes; y como tal vez llegava à las casas de quien él sabia los sucesos de los que en ella moravan, aunque no le preguntassen nada, por no pagarle, él hazia la señal al mono, y luego dezia, que le avia dicho tal, y tal cosa, que venia de molde con lo sucedido: con esto cobrava credito infalible, y andavanse todos tras él; otras vezes, como era tan discreto, respondia de manera, que las respuestas venian bien con las preguntas, y como nadie le apurava, ni apretava à que dixesse como adivinava su mono, à todos hazia monas, y llevaba sus esquetos. Assi como entrò en la veta



conoció à D. Quixote, y à Sancho, por cuyo conocimiento le fue facil poner en admiracion à D. Quixote, y à Sancho Pança, y a todos los que en ella estavan: pero huviera le de costar caro, si D. Quixote baxara vn poco más la mano, quando cortó la cabeça al Rey Marsilio, y destruyó toda su cavalleria, como queda dicho en el antecedente capitulo. Esto es lo q̄ ay q̄ dezir de Maestre Pedro, y su moño. Y bolviendo à D. Quixote de la Máchá, digo, que despues de aver salido de la venta determinó de ver primero las riberas del rio Hebro, y todos aquellos contornos antes de entrar en la Ciudad de Zaragoza, pues le dava tiempo para todo el mucho q̄ faltava desde allí à las jettas; con esta intenció siguió su camino, por el qual anduvo dos dias sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta q̄ al tercero, al subir de vna loma oyó vn gran rumor de atambores, de trompetas, y arcabuzes; al principio penso, que algun tercio de soldados passava por aquella parte, y por verlos picó à Rozinante, y subió la loma arriba; y quando estuvo en la cumbre, vió al pie de ella, à su parecer, mas de dozientos hombres armados de diferentes fuertes de armas, como si dixessemos, lançones, ballestas, partesanas, alavardas, y picas, y algunos arcabuzes, y muchas rodela. Ba-

xó de el recuesto, y acercóse al esquadron, tanto, que distintamente vió las vanderas, juzgó de las colores, y noto las empresas que en ellas traian, especialmente vna, que en vn estandarte, ó girón de raso bláco venia, en el qual estava pintado muy al vivo vn asno como vn pequeño sardesco; la cabeça levantada, la boca abierta, y la lengua de fuera, en acto, y postura, como si estuviera rebuznando: al rededor del estavan escritos de letras grandes estos dos versos.

*No rebuznaron en valde*

*El vno, y el otro Alcalde.*

Por esta insignia sacó D. Quixote, que aquella gente devia de ser del pueblo del rebuzno, y así se lo dixo à Sancho, declarandole lo que en el estandarte venia escrito. Dixole tambien, q̄ el que les avia dado noticia de aquel caso se avia errado en dezir, que dos Regidores avian sido los que rebuznaron: pero q̄ segun los versos del estandarte no avian sido sino Alcaldes. A lo que respondió Sancho Pança: Señor, en esto no ay que reparar, que bien puede ser que los Regidores que entóces rebuznaron, viniessen con el tiempo a ser Alcaldes de su pueblo; y así se pueden llamar con entrambos titulos: quanto mas, que



que no haze al caso à la verdad de la historia ser los rebuznadores Alcaldes, ò Regidores, como ellos vna por vna ayan rebuznado: porque tan apique està de rebuznar vn Alcalde, como vn Regidor. Finalmente, conocieron, y supieron, como el pueblo corrido salia à pelear con otro que le corria mas de lo justo, y de lo que se devia à la buena vezindad. Fuele llegando à ellos Don Quixote, no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fue amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los de el esquadron le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. Don Quixote alcanzando la visera con gentil brio, y continente, llegó hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron al rededor todos los mas principales del exercito, por verle, admirados con la admiracion acostumbada, en que caian todos aquellos que la vez primera le miravan. Don Quixote que los viò tan atentos à mirarle, sin que ninguno le hablasse, ni le preguntalle nada, quiso aprovecharse de aquel silencio, y rompiendo el suyo, alçò la voz, y dixo:

Buenos señores, quan encarecidamente puedo os suplico, que no interrumpais vn razonamiento que quiero hazeros, hasta que veais, que os disgul-

ta, y enfada; que si esto sucede, con la mas minima señal que me hagais pondrè vn fello en mi boca, y echarè vna mordaza à mi lengua. Todos le dixeron, que dixesse lo que quisiere, que de buena gana le escucharian. Don Quixote con esta licencencia prosiguiò, diciendo: Yo, señores míos, soy Cavallero andante, cuyo exercicio es el de las armas, y cuya profesion la de favorecer à los necesitados de favor, y acudir à los menesterosos. Dias ha que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve à tomar las armas à cada passo para vengaros de vuestros enemigos. Y aviendo discurrido vna, y muchas vezes en mi entendimiento sobrevuestro negocio, hallo, segun las leyes del duelo, que estais engañados en teneros por afrentados; porque ningun particular puede afrentar à vn pueblo entero, sino es retandole de traidor por junto, porque no sabe en particular quien cometió la traicion porque le retá. Exemplo desto tenemos en Don Diego Ordoñez de Lara, que retò à todo el pueblo Zamorano, porque ignorava, que solo Vellido Dolfos avia cometido la traicion de matar à su Rey; y assi retò à todos, y à todos tocava la vengança, y la respuesta, aunque biẽ es verdad, q el señor Don Diego anduvo algo de masiado, y aun passò muy  
ade-



adelante de los límites del reto; porque no tenia para que tratar à los muertos, à las aguas, ni à los panes, ni à los que estavan por nacer, ni a las otras menudencias que allí se declaran pero vaya, pues, quando la colera sale de madre, no tiene la lègua padre, ayo, ni freno, q̄ la corrija: siendo, pues, esto así, que vno solo no puede afrentar a Rey, Provincia, Ciudad, Republica, ni Pueblo, ò entero, queda en limpio, que no ay para que salir a la vengança de el reto de la tal afrenta, pues no lo es; porque bueno seria que se matassen à cada passo los de el pueblo de la Reloxa con quien se lo llama: ni los caçoleros, verengeneros, vallenatos, jaboneros, ni los de otros nombres, y apellidos, que andan por ai en boca de los muchachos, y de gente de poco mas à menos: bueno seria por cierto, que todos estos indignes pueblos se corriessen, y vengassen, y anduviesen de continuo hechas las espadas sacabuches à qualquier pèdencia, por pequeña que fuesse. No, no, ni Dios lo permita, ò quiera; los varones prudentes, las Republicas bien concertadas, por quatro cosas han de tomar las armas, y desembainar las espadas, y poner à riesgo sus personas, vidas, y haziendas. La primera, por defender la Fe Catolica. La segunda, por defender su vida, que es de ley m tu-

ral, y divina. La tercera, en defenfa de su honra, de su familia, y hazienda. La quarta, en servicio de su Rey en la guerra justa; y si le quisiéremos añadir la quinta (que se puede cõtar por segunda) es en defenfa de su patria. A estas cinco causas, como capitales, se pueden agregar algunas otras que sean justas, y razonables, y que obliguen à tomar las armas; pero tomarlas por niñerías, y por cosas que antes son de rifa, y passat tiempo, que de afrenta, parece que quié las toma, carece de todo razonable discurso; quanto mas, que el tomar véçanca injusta (que justa no puede aver alguna que lo sea) va derechamente contra la santa Ley que professamos, en la qual se nos manda, que hagamos bien à nuestros enemigos, y que amemos à los que nos aborrecen; mandamiento, que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es, sino para aquellos, que tienen menos de Dios que del mundo; y mas de carne, que de espíritu, porque Iesu-Christo, Dios, y Hombre verdadero, que nunca mintio, ni pudo, ni puede mentir, siendo Legislador nuestro, dixo, que su yugo era suave, y su carga liviana; y así no nos avia de mandar cosa que fuesse impolsible el cumplirla. Así mis señores, vuestras mercedes están obligados por leyes divinas, y humanas à soslegarse. El diable



me lleve, dixo à esta sazón Sancho entre sí, si este mi amo no es Tologo, y si no lo es, que lo parece como vn huevo à otro. Tomò vn poco de aliento Don Quixote, y viendo que todavia le prestavan silencio, quiso pasar adelante en su platica, como passara, sino se pusiera en medio la agudeza de Sancho, el qual viendo que su amo se detenía, tomò la mano por él, diziendo: Mi señor Don Quixote de la Mancha, que vn tiempo se llamó el Cavallero de la triste Figura, y aora se llama el Cavallero de los Leones, es vn Hidalgo muy atentado, que sabe Latin, y Romance como vn Bachiller, y en todo quanto trata, y aconseja, procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes, y ordenanças, de lo que llamã el duelo en la vña, y assi no ay mas que hazer, sino dexarse llevar por lo que él dixere, y sobre mi si lo erraren: quanto mas que ello se està dicho, que es necedad correrse por solo oír vn rebuzno, que yo me acuerdo quando muchacho que rebuznava, cada, y quando se me antojava; sin que nadie me fuesse a la mano, y con tanta gracia, y propiedad, que en rebuznando yo, rebuznavan todos los años del pueblo; y no por esso dexava de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos, y aunque por esta habilidad era embidiado de mas de

quatro de los estirados de mi pueblo, no se me dava dos arditos; y porque se vea que digo verdad, e peren, y escuché, que esta ciencia es como la del nadar, que vna vez aprendida, nūca se olvida: y luego puesta la mano en las narizes, començò à rebuznar tan reziaméte, que todos los cercanos valles, retumbaron. Pero vno de los que estavan juntó à él, creyēdo que hazia burla dellos, alçò vn varapalo que en la mano tenia, y diole tal golpe con él, que sin ser poderoso à otra cosa, dió cō Sancho Pança en el suelo. Don Quixote q̄ viò tã mal parado à Sancho, arremetiò al que le avia dado con la lança sobre mano, pero fueron tantos los q̄ se pusierõ en medio, que no fue posible vengarle, antes viendo que llovía sobre él vn nublado de piedras, y que le amenazavan mil encaridas va lestas, y no menos cantidad de arcabuzes, bolviò las riendas a Rozinante, y à todo lo que su galope pudo, se salió de entre ellos, encomendandose de todo coraçon à Dios, que de aquel peligro le librasse, temiendo à cada passo no le entrasse alguna vala por las espaldas, y le saliesse al pecho, y à cada punto recogia el aliento, por ver si le faltava. Pero los del esquadron se contentaron con verle huir sin tirarle. A Sancho le pusierõ sobre su jumento, apenas buel-



to en si, y le dexaron ir tras su amo, no porque el tuviesse sentido para regirle, pero el ruzio siguió las huellas de Rozinante, sin el qual no se hallava vn punto: Alongado, pues, Don Quixote buen trecho, bolvió la cabeça, y vio que Sancho venia, y atendióle, viendo que ninguno le seguia. Los del esquadron se estuvieron alli hasta la noche, y por no aver salido á la batalla sus contrarios, se bolvieron a su pueblo, regozijados, y alegres, y si ellos supieran la costumbre antigua de los Griegos, levantáran en aquel lugar, y sitio vn trofeo.

**CAP. XXVIII.** *De cosas que dize Benengeli que las sabrá quien las leyere si las lee con mucha atencion.*

**Q**Vandó el valiente huyé, la supercheria está descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasion. Esta verdad se verificò en Don Quixote, el qual dando lugar á la furia del pueblo, y á las malas intenciones de aquel indignado esquadron, puso pies en polvorosa, y sin acordarse de Sancho, ni de el peligro en que le dexava, se apartò tanto, quanto le pareció que bastava para estar seguro. Seguiale Sancho, atravesado en su jumento, como queda referido. Llegò en

fin ya buuelto en su acuerdo, y al llegar se dexó caer del ruzio á los pies de Rozinante, todo ansioso, todo molido, y todo apeleado. Apeose Don Quixote para catarle las feridas; pero como le hallasse sano de los pies á la cabeça, con asiaz colera le dixo: Tan en hora mala supistes vos rebuznar Sancho; y dónde hallastes vos ser bueno el no brar la soga en casa del ahorcado? A musica de rebuznos, qué contrapunto se avia de llevar, sino de varapalos? Y dad gracias á Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con vn palo, no os hizieron el per signum Crucis con vn alfarge. No estoy para responder, respondió Sancho; porq̄ me parece que hablo por las espaldas: subamonos, y apartemonos de aqui, que yo pondré silencio en mis rebuznos; pero no en dexar de dezir, que los Cavalleros andantes huyé, y dexan á sus buenos escuderos molidos como alheña, ó como cibera en poder de sus enemigos. No huye el que se retira, respondió Don Quixote; porq̄ has de saber Sancho, que la valentia que no se funda sobre la vasa de la prudencia, se llama temeridad: de las hazañas del temeiarario, mas se atribuyen á la buena fortuna, que a su animo. Y assi yo confieso, que me he retirado, pero no huído, y en esto he imitado á muchos valientes, que se han guardado



para tiempos mejores, y desto está las historias llenas; las quales por no ferre à ti de provecho, ni à mi de gusto, no te las refiero aora. En esto yà estava à cavallo Sancho, ayudado de Don Quixote, el qual assimismo subio en Rozinante, y poco à poco se fueron à emboscar en vna alameda, que hasta vn quarto de legua de alli le parecia. De quando en quando dava Sancho vnos ayes profundissimos, y vnos gemidos dolorosos. Y preguntandole Don Quixote la causade tan amargo sentimiento. Respondiò, que desde la punta del espinazo, hasta la nuça de el cerebro le dolia, de manera, que le sacava de sentido. La causa de esse dolor deve de ser sin duda, dixo Don Quixote, que como era el palo con que te dieron largo, y tendido, te cogiò todas las espaldas, donde entran todas ellas partes que te duelen, y si mas te cogiera, mas te doliera. Por Dios, dixo Sancho, que vuestra merced me ha sacado de vna gran duda, y que me la ha declarado por lindos terminos. Cuerpo de mi, tan encubierta estava la causa de mi dolor, que ha sido menester dezirme, que me duele todo aquello que alcançò el palo; si me dolieran los tobillos, aun pudiera ser que se anduviera adivinando el por qué me dolian; pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adi-

vinar. A la fe, señor nuestro amo, el mal ageno de pelo cuelga, y cada dia voy descubriendò tierra, de lo poco que puedo esperar de la compañía que con vuestra merced tengo, porque si esta vez me ha dexado apalear, otra, y otras ciento bolveremos à los manteamientos de marras, y otras muchacherias, que si aora me han salido à las espaldas, despues me saldràn à los ojos. Harto mejor haria yo, sino que soy vn barbaro, y ro harè nada que bueno sea en toda mi vida: harto mejor haria yo, buelvo à dezir, en bolverme à mi casa, y à mi muger, y à mis hijos, y sustentarla, y criarlos con lo que Dios fuere servido de darne, y no andarne tras vuestra merced por caminos sin camino, y por sendas, y carreras, que no las tienen, bebiendo mal, y comiendo peor: pues tomadme el dormir, cõtad hermano escudero siete pies de tierra, y si quisieredes mas, tomad otros tantos, que en vuestra mano està escudillar, y tenderos à todo vuestro buen talante, que quemado vea yo, y hecho polvos al primero que diò puntada en la andante Cavalleria: ò a lo menos al primero que quiso ser escudero de tales tontos, como devieron ser todos los Cavalleros andantes passados, de los presentes no digo nada, q̄ por ser vuestra merced vno de ellos, los tēgo respeto



y porque se que sabe v. m. vn punto mas que el diablo, en quanto habla, y en quanto piensa. Haria yo vna buena apuesta con vos Sancho, dixo Don Quixote, que aora que vais hablando, sin que nadie os vaya a la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mio, todo aquello que os viniere al pensamiento, y a la boca, que atrueco de que a vos no os duela nada, tendre yo por gusto el entendido que me dan vuestras imperinencias: y si tanto deseais bolveros a vuestra casa con vuestra muger, y hijos, no permita Dios que yo os lo impida: dineros teneis mios, mirad quanto ha que esta tercera vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podeis; y deveis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano. Quando yo servia, respondio Sancho, a Tomè Carrasco, el padre del Bachiller Sanson Carrasco, que v. m. bien conoce, dos ducados ganava cada mes, a mendela comida: con v. m. no se lo que puedo ganar, puesto que se que tiene mas trabajo el escudero del Cavallero andante, que el que sirve a vn labrador, que en resolucion los que servimos a labradores, por mucho que trabajemos de dia, por mal que suceda, a la noche cenamos holla, y dormimos en cama, en la qual no he dormido despues que ha que sirvo a vuestra merced, sino ha sido el tiem

po breve que estuvimos en casa de Don de Miranda, y la gira que tuve con la espuma que saque de las hollas de Camacho, y lo que comi, y bebi, y dormi en casa de Basilio, todo el otro tiempo he dormido en la tierra al cielo abierto, sujeto a lo que dizen inclemencias del cielo, sustentandome con rajas de queso, y mendrugos de pan, y bebiendo aguas, ya de arroyos, ya de fuentes, de las que encontramos por eslos andurriales, donde andamos. Confiesse, dixo Don Quixote, que todo lo que lo que dizes, Sancho, sea verdad, quanto parece que os devo dar mas de lo que os dava Tomè Carrasco? A mi parecer dixo Sancho, con dos reales mas que v. m. añadiesse cada mes, me tendria por bien pagado: esto es quanto al salario de mi trabajo; pero en quanto a satisfacerme a la palabra, y promessa que v. m. me tiene hecha de darme el gobierno de vna Infula, seria justo que se añadiesen otros seis reales, que por todos serian treinta. Està muy bien, replicò Don Quixote, y conforme al salario que vos os aveis señalado veinte y cinco dias ha que salimos de nuestro pueblo, contad Sancho rata por cantidad, y mirad lo que os devo, y pagaos, como os tengo dicho, de vuestra mano. O cuerpo de mi, dixo Sancho, que va v. m. muy errado en esta cuenta, por que



que en la de la promessa de la insula, se ha de contar desde el dia que v. m. me la prometió, hasta la presente hora que estamos. Pues que tanto ha, Sancho que os lo prometí dixo D. Quixote? Si yo mal no me acuerdo, respondió Sancho, deve de aver mas de veinte años, tres dias mas à menos. Dióse Don Quixote vna gran palpamada en la frente, y començo à reir muy de gana, y dixo: Pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el discurso de vuestras falidas, sino dos meses apenas, y dize Sancho que ha veinte años que te prometí la insula? Ahora digo, que quieres que se consuma en tu salario el dinero que tienes mio: y si esto es así, y tu gustas dello, desde aqui te lo doy, y bué provecho te haga, que a trueco de verme sin tã mal escudero, holgàrame de quedarme pobre, y sin blãca. Pero dime preuaricador de las ordenanças escuderiles de la andante Cavalleria, dõde has visto tu, ó leido, que ningũ escudero de Cavallero andante se aya puesto con su señor en quanto mas tanto me aveis de dar cada mes porque os sirva? Entrate, entrate, malandrín follón, y vestiglo, que todo lo pareces, entrate digo, por el male magnum de sus historias, y si hallares que algun escudero aya dicho ni pensado lo que aqui has dicho, quiero que me claves en la frente, y

por añadidura me hagas quãtro mamonos, selladas en mi rostro. Buelvelas riendas, ò el cabestro al rucio, y buelvete à tu casa, porque vn solo passo desde aqui no has de passar mas adelante conmigo. O pan mal conocido! ò promessas mal colocadas! ò hombre que tienes mas de bestia que de persona! aora quando yo pensava ponerte en estado, y tal, que à pesar de tu muger te llamaran Señoria, y te despides? Aora te vãs, quando yo venia con intencion firme, y valedera de hazerte señor de la mejor insula del mundo? En fin, como tu has dicho otras vezes, no es la miel, &c. asno eres, y asno has de ser, y en asno has de pãra, quando se te acabe el curso de la vida, que para mi tengo, que antes llegará ella à su ultimo termino, que tu caiga, y des en la cuenta de que eres bestia. Mirava Sancho à Don Quixote de hito en hito, en tãto que los tales vituperios le dezia, y compungióse de manera, que le vinieron las lagrimas à los ojos, y con voz dolorida, y enferma le dixo: Señor mio, yo confesse, que para ser del todo asno, no me falta mas de la cola, si vuestra merced quiere ponerme la, yo la darè por bié puesta, y le servirè como jumento todos los dias que me quedan de mi vida. Vuestra merced me perdone, y se duela de mi mocedad, y advierta que se poco, y si



hablo mucho, mas procede de enfermedad, que de malicia, mas quien yerra, y se enmienda, à Dios se encomienda. Maravillàrame yo, Sancho, sino mezclaras algun refrancico en tu coloquio. Aora bien, yo te perdono con que te enmientes, y con que no te muestres de aqui adelante tan amigo de tu interès, sino que procures ensanchar el coraçon, y te alientes, y animes à esperar el cumplimiento de mis promessas, que aunque se tarda, no se impossibilita. Sancho respondió, que si haria, aunque sacasse fuerças de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, y Don Quixote se acomodó al pie de vn olmo, y Sancho al de vna haya, que estos tales arboles, y otros sus semejantes, siempre tienen pies, y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hazia mas sentir con el sereno. Don Quixote la pasó en sus continuas memorias; pero con todo esto dieron los ojos al sueño, y al salir del Alva siguieron su camino, buscando las riberas del famoso Hebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.

(?)

CAP. XXIX. *De la famosa aventura del barco encantado.*

Por sus passos contados, y por contar, dos dias despues que salieron de la alameda, llegaron Don Quixote, y Sancho al rio Hebro, y el verle fue de gran gusto à Don Quixote, porque contemplò, y mirò en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el susiego de su curso, y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre vista renovò en su memoria mil amorosos pensamientos, especialmente fue, y vino en lo que avia visto en la cueva de Montesinos, que puesto que el mono de Maesse Pedro le avia dicho, que parte de aquellas cosas eran verdad, y parte mentira, él se atenia mas à las verdaderas, que à las mentirosas, bién al rebès de Sancho, que todas las tenia por la misma mentira. Yendo, pues, de esta manera, se le ofreció à la vista vn pequeño barco sin remos, ni otras jarcias algunas, que estava atado en la orilla à vn tronco de vn arbol, que en la ribera estava. Mirò Don Quixote à todas partes, y no viò persona alguna, y luego sin mas, ni mas se apeò de Rozinante, y mandò à Sancho, q lo mismo hiziesse del ruzio, y q à entrambas bestias las atasse muy



muy bien juntas al tronco de vn alamo, ò sauce que allí estava. Preguntóle Sancho la causa aquel subito apeamiento, y de aquelligamiento. Respondió Don Quixote: Has de saber Sācho, que este barco que aqui està derechamente, y sin poder ser otra cosa en contrario, me està llamando, y combidando à que entre en él, y vaya en él à dar socorro à algun Cavallero, ò à otra necesitada, y principal persona, que deve de estar puesta en alguna grande cuita porque este es estilo de los libros de las historias Cavallerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten, y platican, quando algun Cavallero està puesto en algun trabajo, que no puede ser librado del sino por la mano de otro Cavallero, puesto que estén distantes el vno del otro, dos, ò tres mil leguas, y aun mas, ò le arrebatan en vna nube, ò le deparan vn barco donde se entre, y en menos de vn abrir, y cerrar de ojos, le llevan, o por los ayres, ò por la mar, donde quieren, y adonde es menester su ayuda: así que, ò Sancho, este barco està puesto aqui para el mismo efecto: y esto es tan verdad, como es aora de dia, y antes que este se passé, ata juntos al ruzio, y à Rozinante, y à la mano de Dios que nos guie, que no dexara de embarcarme, si me lo pidiesse Frayles descalços. Pues

así es, respondió Sancho, y vuestra merced quiere dar à cada passo en estos, que no se si los llame disparates, no ay sino obedecer, y baxar la cabeça, atendiendo al refran: Hazlo que tu amo te manda, y sientate con él à la mesa; pero con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir a v. m. que à mi me parece, que este tal barco no es de los encātados, sino de algunos pescadores deste rio, porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo. Esto dezia mientras atava las bestias Sācho, dexandolas à la proteccion, y amparo de los encantadores, con harto dolor de su anima. Don Quixote le dixo, que no tuviesse pena del desamparo de aquellos animales, que el que los llevaria à ellos por tan longinquos caminos, y regiones, tendria cuenta de sustentarlos. No entiendo esto de longinquos, dixo Sancho, ni he oido tal vocablo en todos los dias de mi vida. Longinquos, respondió Don Quixote, quiere dezir apartados, y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tu obligado à saber Latin, como algunos que presumen que lo saben, y lo ignoran. Y à están atados, replicò Sancho, que hemos de hazer aora? Qué, respondió Don Quixote, santiaguarnos, y levar ferro, quiero dezir, embarcarnos, y cortar



la amarraçon que este barco está atado; y dando vn salto en él, siguiendole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fue apartando poco à poco de la ribera, y quando Sancho se vió obra de dos varas dentro del río, comenzó à temblar, temiendo su perdición; pero ninguna cosa le dió mas pena, que el oír rozar al ruzio, y el ver que Rozinante pugnava por desatarse, y dixole à su señor: El ruzio rebuzna condolido de nuestra ausencia, y Rozinante procura ponerse en libertad, para arrojar se tras nosotros. O carísimos amigos, quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva à vuestra presencia, y en esto comenzó à llorar tan amargamente, que Don Quixote, mohino, y colerico, le dixo: De qué temas, cobarde criatura? De qué lloras, coraçon de mantequillas? Quien te persigue, ó quien te acosa, animo de raton cafero? ó qué te falta menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? Por dicha vás caminando à pie, y descalço por las montañas Rifeas? sino sentado en vna tabla como vn Archiduque, por el sesgo curso de este agradable río, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado; pero ya avemos de aver salido, y caminado, por lo menos seiscientas, ó ocho-

cientas leguas; y si yo tuviera aqui vn astrolabio con que tomar la altura del Polo, yo te dixera las que hemos caminado, aunque, ó yo sè poco, ó ya hemos pasado, ó passaremos presto por la linea Equinocial, que divide, y corta los dos contrapuestos Polos en igual distancia. Y quando lleguemos à essa leña, que vuestra merced dize, preguntó Sancho, quanto avremos caminado? Mucho, replicó D. Quixote; porque de trecientos y sesenta grados que contiene el glovo del agua, y de la tierra, segun el cõputo de Ptolomeo, que fue el mayor Cosmografo que se sabe, la mitad avremos caminado, llegando à la linea que he dicho. Por Dios, dixo Sancho, que vuestra merced me trae por testigo de lo que dize à vna gentil persona, puro, y gafo, con la añadidura de meon, ó meo, ó no sè como. Rióse Don Quixote de la interpretacion que Sancho avia dado al nõbre, y al computo, y cuenta del Cosmografo Ptolomeo, y dixole: Sabrás Sancho, que los Españoles, y los que se embarcan en Cadiz, para ir à las Indias Orientales, vna de las señales que tienen para entender que han pasado la linea Equinocial, que te he dicho, es, que à todos los que van en el Navio se les mueren los piojos, sin que les quede ninguno, ni en todo el vagel le hallaràn, si le pesan à oro; y así

pue-



puedes Sancho passear vna mano por vn muslo, y si topares cosa viva saldremos desta duda, y si no, pasado avemos. Yo no creo nada desto, respondió Sancho; pero con todo harè lo que vuestra merced me manda, aunque no se para què ay necesidad de hazer estas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos, que no nos avemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde estàn las alemañas dos varas, porque alli estàn Rozinãte, y el ruzio en el propio lugar do los dexamos, y tomada la mira, como yo la tomo agora, voto à tal, que no nos movemos, ni andamos al passo de vna hormiga. Haz Sancho la averiguacion que te he dicho, y no te cures de otras, que tu no sabes què cosas sean Coluros, Lineas, Paralelos, Zodiacos, Cliticas, Polos, Solsticios, Equinocios, Planetas, Signos, puntos, medidas, de que se compone la Estera celeste, y terrestre, què si todas estas cosas supieras, ò parte dellas, vieras claramente, que de Paralelos hemos cortado, què de signos visto, y què de imagenes hemos dexado atrás, y vamos dexando agora. Y tornote à dezir, què te tienes, y pesques, que yo para mi tègo, què estàs mas limpio que vn pliego de papel liso, y blanco. Tentòse Sancho, y llegãdo con la mano bonitamente, y con tiento azia la corba izquierda, alçò la cabe

ça, y mirò à su amo, y dixo: O la experiècia es falsa, ò no hemos llegado adonde vuestra merced dize, ni cõ muchas leguas. Pues què, preguntò Don Quixote, has topado algo? Y aun algos, respondió Sancho, y sacudiendo se los dedos, se lavò toda la mano en el rio, por el qual sossegadamente se deslizava el barco por mitad de la corriente, sin què le moviesse alguna inteligencia secreta, ni algun encantador escòdido, sino el mismo curso del agua, blando entonces, y suave. En esto descubrierõ vnas grandes hazeñas, que en la mitad del rio estavan; y apenas las hubo visto D. Quixote, quando con voz alta dixo à Sancho: Ves alli, ò amigo, se descubre la Ciudad, Castillo, ò Fortaleza donde deve de estar elgun Cavallero oprimido, ò alguna Reyna, Infanta, ò Princesa mal parada, para cuyo ocorro soy aqui traído. Què diablos de Ciudad, Fortaleza, ò Castillo dize vuestra merced, señor, dixo Sãcho; no echa de ver que aquellas son hazeñas, que estàn en el rio, donde se muele el trigo? Calla Sancho, dixo D. Quixote, que aunque parecen hazeñas, no lo son, y ya te he dicho, que todas las cosas trastruecan, y mudan de su ser natural los encantos, no quiero dezir que los mudan de vno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostro la experiencia en la transfor-



formacion de Dulcinea, vnico refugio de mis esperanças. En esto el barco entrado en la mitad de la corriente del rio, comenzó à caminar no tan lenamente como hasta alli. Los molineros de las hazeñas, que vieron venir aquel barco por el rio, y que se iba à embocar por el raudal de las ruedas, salieron cō presteza muchos dellos con varas largas à detenerle, y como salian enharinados, y cubiertos los rostros, y los vestidos de el polvo de la harina, representavan vna mala vista, davan voces grandes, diziendo: Demonios de hombres, donde vais, venis desesperados, que queris ahogaros, y hazeros pedazos en estas ruedas? No te dixe yo, Sancho, dixo à esta fazon Don Quixote, que aviamos llegado donde he de mostrar à do llega el valor de mi brazo, mira que de malandrines, y tollones me salé al encuentro, mira quantos vestiglos se me oponen, mira quantas feas cataduras nos hazen cocos: pues aora lo vereis vellacos; y puesto en pie en el barco con grandes voces comenzó à amenazar à los molineros, diziéndoles: Canalla malvada, y peor aconsejada, dexad en su libertad, y libre alvedrio à la persona que en essa vuestra fortaleza, ò prision teneis oprimida, alta, ò baxa, de qualquiera fuerte, o calidad que sea, que yo soy D. Quixote de la Mancha,

llamado el Cavallero de los leones, por otro nombre, à quien està reservada por orden de los altos cielos el dar fin felice à esta avētura; y diziendo esto echò mano à su espada, y comenzó à esgrimirla en el ayre contra los molineros, los quales oyendo, y no entendiendo aquellas sandezas, se pusieron con sus varas à detener el barco, que yà iba entrando en el raudal, y canal de las ruedas. Pusose Sancho de rodillas, pidiendo al cielo le librasse de tanto peligro, por la industria, y presteza de los molineros, que oponiendose con sus palos al barco, le detuvieron; pero no de manera que dexasse de trastornar el barco, y dar cō D. Quixote, y cō Sancho al través en el agua; pero vino le bien à D. Quixote, que sabia nadar como vn ganso: aunq̃ el peso de las armas le llevó al fondo dos vezes, y sino fuera por los molineros que se arrojaron à la agua, y los sacaron como en peso à entrambos, alli avia sido Troya para los dos. Puestos, pues, en tierra, mas mojados q̃ muertos de sed; Sancho puesto de rodillas, las manos juntas, y los ojos clavados al cielo, pidió à Dios con vna larga, y devota plegaria, le librasse de alli adelante de los atrevidos deseos, y acometimientos de su señor. Llegaron en esto lo pescadores, dueños del barco, à quien avian hecho pedazos las



medas de las hazeñas, y viendole roto, acometieron à desnudar à Sancho, y à pedir à Dō Quixote se lo pagasse; el qual con gran folsiego, como si no huviera pasado nada por él, dixo à los molineros, y pescadores, que él pagaria el barco de bonissima gana, con condiciō, que le diessen libre, y sin cautela à la persona, o personas que en aquel su castillo estava oprimidas. Què personas, o què castillo dize? respondiò vno de los molineros, hombre sin juicio, quiereste llevar por vètura las que vienen à moler trigo à estas hazeñas? Basta, dixo entre si Don Quixote, aqui serà predicar en desierto, querer reducir à esta canalla à que por ruegos haga virtud alguna. Y en esta aventura se deven de aver encontrado dos valientes encantadores, y el vno estorva lo que el otro intenta; el vno me deparò el barco, y el otro diò conmigo al través. Dios lo remedie, que todo este mundo es maquinis, y traças, contrarias vnas de otras. Yo no puedo mas, y alcando la voz prosiguiò diziendō, y mirando a las hazeñas: Amigos, qualesquiera q̄ seais, que en esta prisiō quedais encerrados, perdonadme, que por mi desgracia, y por la vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuita, para otro Cavallero deve de estar guardada, y reservada esta aventura. En dizen-

do esto, se concertò con los pescadores, y pagò por el barco cincuenta reales, que los diò Sancho de muy mala gana, diziendo: A dos barcadas como estas, darèmos con todo el caudal al fondo. Los pescadores, y molineros estava admirados, mirando aquellas dos figuras tã fuera del vso, al parecer, de los otros hombres, y no acabavan de entender à do se encaminavan las razones, y preguntas q̄ Don Quixote les dezia, y teniendolos por locos les dexaron, y se recogieron à sus hazeñas, y los pescadores à sus ranchos. Bolvieron à sus bestias, y à ser bestias D. Quixote, y Sancho: y este fin tuvo la aventura del encantado barco.

CAP. XXX. De lo que le avino à Don Quixote con una bella cazadora.

**A** saz melancolicos, y de mal talante llegaron à sus animales Cavallero, y escudero, especialmente Sancho, à quien llegava al alma llegar al caudal de el dinero, pareciendole, que todo lo que de él se quitava, era quitarselo à él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarle palabra se pusieron à cavallo, y se apartaron del famoso rio. Don Quixote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su



acrecentamiento, que por entonces le parecia q̄ estava bien lejos de tenerle; porque muguera tonto, bien se le alcançava, que las acciones de su amo, todas, ò las mas, era disparates, y buscava ocasion de que sin entrar en cuentas, ni en despedimientos con su señor, vn dia se desgarrasse, y se fuesse à su casa: pero la fortuna ordenò las cosas muy al rebès de lo q̄ él temia. Sucedió, pues, que otro dia al poner del Sol, y al salir de vna selva tendió D. Quixote la vista por vn verde prado, y en lo vltimo del vio gente, y llegando se cerca conoció, que eran caçadores de Altraneria: llegóse mas, y entre ellos vió vna gallarda señora sobre vn palafre, ò hacanea blanquissima, adornada de guarniciones verdes, y con vn fillon de plata. Venia la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra, y ricamente, que la misma bizarria venia transformada en ella. En la mano izquierda traia vn azor, señal que dió à entender à Don Quixote ser aquella alguna grã señora, que devia de serlo de todos aquellos caçadores, como era la verdad; y assi dixo à Sancho: Corre, hijo Sancho, y di à aquella señora del palafren, y de el azor, que yo el Cavallero de los Leones beso las manos à su gran fermosura; y que si su grandeza me dà licencia se las ire à besar, y à servirla en quãto mis

fuerças pudieren, y su Alteza me mandare: y mira Sancho como hablas, y cuenta de no encaxar algun refran de los tuyos en tu embaxada. Hallado os le aveis el encaxador, respondió Sancho. A mi con esso, si, que no es esta la vez primera que he llevado embaxadas à altas, y crecidas señoras en esta vida. Si no fue la que llevaste à la señora Dulcinea, replicò D. Quixote, yo no sé que ayas llevado otra, alomenos en mi poder. Assi es verdad, respondió Sancho, pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena; quiero dezir, que à mi no ay q̄ dezirme, ni advertirme de nada, q̄ para todo tengo, y de todo se me alcançavn poco. Yo lo creo. Sancho dixo D. Quixote, ve en buena hora, y Dios te guie. Partió Sancho de carrera, sacando de su passo al ruzio, y llegó donde la bella caçadora estava, y apeandose, puesto ante ella de hinojos, le dixo: Hermosa señora, aquel Cavallero que alli se parece, llamado el Cavallero de los Leones, es mi amo, y yo foy vn escudero suyo, à quien llaman en su casa Sancho Pança. Este tal Cavallero de los Leones, que no ha mucho que se llamava el de la triste Figura, embia por mi à dezir à vuestra grandeza, ser servida de dar licencia, para que con su proposito, à beneplacito, y cõsentimiento



miento al venga à poner en obra su deseo, que no es otro, segun el dize, y yo pienso, que de servir à vuestra encumbra- da altanería, y fermosura, que en darsela vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento. Por cierto buen escudero, respondió la señora, vos aveis dado la embaxada vuestra con todas aquellas circunstan- cias, que las tales embaxadas pi- den: levantaos del suelo, que es- cudero de tan gran Cavallero como es el de la triste Figura (de quien ya tenemos acá mu- cha noticia) no es justo que esté de hinojos: levantaos, amigo, y dezid à vuestro señor, que ven- ga mucho en hora buena à ser- virse de mí, y del Duque mi ma- rido en vna casa de placer que aqui tenemos. Levantóse San- cho admirado, assi de la hermo- sura de la buena señora, como de su mucha criança, y corte- sia, y mas de lo que le avia di- cho, que tenia noticia de su se- ñor el Cavallero de la triste Fi- gura, y que si no le avia llama- mado el de los Leones, devia de ser por aversele puesto tan nue- vamente. Preguntóle la Du- quesa (cuyo titulo aun no se sa- be:) Dezidme, hermnno escu- dero; este vuestro señor no es vno de quié anda impresa vna historia, que se llama del Inge- nio, o Hidalgo Dō Quixote de la Mancha, que tiene por seño-

ra de su alma à vna tal Dulci- nea del Toboso? El mismo es, señora, respondió Sancho, y aquel escudero suyo, que anda, u deve andar de andar en la tal historia, à quien llamā Sancho Pança, soy yo, fino es que me trocaron en la cuna, quiero de- zir que me trocaron en la estā- pa. De todo esto me huelgo yo mucho, dixo la Duquesa. Id her- mano Pança, y dezid à vuestro señor, que el sea el bien llega- do, y el bien venido à mis esta- dos; y que ninguna cosa me pu- diera venir que mas contento me diera. Sancho con esta tan agradable respuesta, con gran- dísimo gusto bolvió à su amo, à quien contó todo lo que la gran señora le avia dicho, le- vantando con sus rusticos ter- minos à los Cielos su mucha fermosura, su gran donaire, y cortesia. Don Quixote se ga- llardeò en la silla: puso se bien en los estrivos, acomodó se la visera, arremetió à Rozinante, y cō gentil denuedo fue à be- sar las manos à la Duquesa, la qual haziendo llamar al Duque su marido, le contó, en tanto q̄ D. Quixote llegava, toda la em- baxada suya, y los dos por aver leído la primera parte de esta historia, o aver entendido por ella el disparatado humor de D. Quixote, con grandísimo gū- to, y con deseo de conocerle, le atendian con presupuesto de seguirle el humor, y conceder



con él en quanto les dixesse, tratandole como à Cavallero andante los dias que con ellos se detuviessse, con todas las ceremonias acostūbradas en los libros de Cavallerias que ellos avian leído, y aun les eran muy aficionados. En esto llegó Don Quixote alçada la visera, y dando muestras de apearse, acudiò Sancho à tenerle el estribo: pero fue tan desgraciado, que al apearse del ruzio, se le asió vn pie en vna foga del alvarda, de tal modo, que no fue posible desenredarle; antes quedó colgado del, con la boca, y los pechos en el suelo. Don Quixote, que no tenia en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya Sancho avia llegado à tenerle, descargò de golpe el cuerpo, y llevóse tras si la silla de Rozinante, que devia de estar mal cinchado, y la silla, y él vinieron al suelo, no sin verguença suya, y de muchas maldiciones que entredientes echò al dichado de Sancho, que aun todavia tenia el pie en la corma. El Duque mandò à sus caçadores, que acudiesen al Cavallero, y al escudero, los quales levantaron à Don Quixote maltrado de la caída, y renqueando, y como pudo fue à hincar las rodillas ante los dos señores: pero el Duque no lo consentió en ninguna manera, antes apeandose de su cavallo, fue

à abraçar à Don Quixote, diciendole: A mi me pesa, señor Cavallero de la triste Figura, que la primera que vuestra merced ha hecho en mi tierra aya sido tan mala como se ha visto: pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos. El que yo he tenido en veros, valeroso Principe, respondió Don Quixote, es imposible ser malo, aunq̄ mi caída no paràra hasta el profundo de los abismos: pues de allí me levantàra, y me sacàra la gloria de averos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor de falta la lengua para dezir malicias, que ata, y cincha vna silla para que estè firme; pero como quiera q̄ yo me halle, caído, ò levantado, à pie, ò à cavallo, si èpre estaré al servicio vuestro, y al de mi señora la Duquesa, digna consorte vuestra, y digna señora de la hermosura, vniuersal Princesa de la corteña. Palsito mi señor D. Quixote de la Mancha dixo el Duque, que adonde està mi señora D. Dulcinea del Toboso, no es razon que se alaben otras fermosuras. Ya estava à esta sazón libre Sancho Páça del laço, y hallandote allí cerca, antes que su amo respondiese, dixo: No se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso; pero dor de menos se piensa se levanta la liebre: que he oido dezir, que esto que llaman



naturaliza, es como vn alcaller que haze vasos de barro: y el q haze vn vaso hermoso, tambie puede hazer dos, y tres, y ciento: digolo, porque mi señora la Duquesa afee que no vâ en zaga à mi ama la señora Dulcinea del Toboso. Bolvióse Don Quixote à la Duquesa, y dixo: Vuestra grandeza imagine, que no tuvo Cavallero Andante en el mundo escudero mas hablador, ni mas gracioso del que yo tengo; y el me sacará verdadero si algunos dias quisiere vuestra gran celsitud servirse de mi. A lo que respondió la Duquesa: De que Sâcho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto, que las gracias, y los donaires, señor Don Quixote, como vuestra merced bien sabe, no assientan sobre ingenios torpes, y pues el buen Sancho es gracioso, y donairoso, desde aqui le confirmo por discreto. Y hablador, añadió Don Quixote. Tanto que mejor, dixo el Duque, porque muchas gracias no se pueden dezir con pocas palabras; y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el grã Cavallero de la triste figura. De los leones ha de dezir vuestra Alteza, dixo Sancho, que yâ no ay triste figura. El seguro sea el de los leones. Prosiguió el Duque: Digo, que venga el señor Cavallero de los leones à vn castillo mio, que està aqui

cerca, donde se le hará el acogimiento que à tan alta persona se deve justamente, y el que yo, y la Duquesa solemos hazer à todos los Cavalleros andantes que à el llegan. Yâ en esto Sancho avia adereçado, y cinchado bien la silla à Rozinante, y subiéndolo en él Don Quixote, y el Duque en vn hermoso cavallo, pusieron à la Duquesa en medio, y encaminaron al castillo. Mandó la Duquesa à Sancho, q fuese junto a ella, porque gustava inñnito de oír sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretexiõse entre los tres, y hizo quatro en la conversaciõ, con gran gusto de la Duquesa, y del Duque, que tuvieron à grã ventura acoger en su castillo tal Cavallero andante, y tal escudero andado.

CAP. XXXI. *Que trata de muchas, y grandes cosas.*

SUMA Era la alegria que llevaba consigo Sancho, viéndose à su parecer en privança con la Duquesa, porque se le figurava que avia de hallar en su castillo lo que en la casa de Don Diego, y en la de Basilio, siempre aficionado à la buena vida, y así tomava la ocasion por la melena, en esto de regularse cada, y quando que se le ofrecia. Cuenta, pues, la historia que antes q à la casa de placer,



ò castillo llegassen, se adelantó el Duque, y dió orden à todos sus criados del modo que avia de tratar à Don Quixote, el qual como llegó con la Duquesa à las puertas de el castillo, al instante salieron de él dos lacayos, o palafreneros, vestidos hasta los pies de vnas ropas que llaman de levantar, de finissimo raso carmesi, y cogiendo à Don Quixote en braços, sin ser oido, ni visto, le dixerón: Vaya la vuestra grandeza à apear à mi señora la Duquesa. Don Quixote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso: pero en efecto venció la porfia de la Duquesa, y no quiso decender, ó baxar del paratren, sino en los braços de el Duque, diziendo, que no se hallava digna de dar à tan gran Cavallero tan inutil carga. En fin, salio el Duque à apearla, y al entrar en vn gran patio, llegaron dos hermosas donzellas, y echaron sobre los ombros à Don Quixote vn gran mantó de finissima escarlata, y en vn instante se coronaron todos los corredores del patio de criados, y criadas de aquellos señores, diziendo à grandes voces: Bien sea venido la flor, y la nata de los Cavalleros andantes: y todos, ó los mas, derramavã pomos de aguas olorosas sobre Don Quixote, y sobre los Duques, de todo lo qual se admirava Don

Quixote, y aquel fue el primer dia q̄ de todo en todo conoció, y creyo ser Cavallero andante verdadero, y no fantastico, viendose tratar del mismo modo que él avia leido se tratavan los tales Cavalleros en los siglos passados. Sancho, desamparando al ruzio se colio con la Duquesa, y se entró en el castillo, y remordiendole la conciencia, de que dexava al jumento solo, se llegó à vna reverenda dueña, que con otras à recibir à la Duquesa avia salido, y con voz baxa le dixo: Señora Gonçalez, ó como es su gracia de vuestra merced. Doña Rodriguez de Grijalba me llamo, respondió la dueña, que es lo que mãdais, hermano? A lo que respondió Sancho: Querria que vuestra merced me la hiziesse de salir à la puerta del Castillo, donde hallarà vn asno ruzio mio, vuestra merced sea servida de mandarle poner, ó ponerle en la cavalleriza, porque el pobrecito es vn poco medroso, y no se hallarà à estar solo en ninguna de las maneras. Si tan discreto es el amo, como el moço, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho en hora mala para vos, y para quien acá os traxo, y tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas desta casa no estamos acostumbradas à semejantes haziendas. Pues en verdad, respondió

San-



Sancho, que he oído y oídezir à mi señor, que es zahori de las historias, contando aquella de Lanzarote, quando de Bretaña vino, que damas curavan del, y dueñas del su rozino, y que en el particular de mi asno, que no le trocàra yo con el rozin de el señor Lanzarote. Hermano, si sois juglar, replicò la dueña, guardad vuestras gracias para donde lo parezcan, y se os paguè, que de mi no podèis llevar sino vna higa. Aun bien respòdio Sancho, que serà bien madura, pues no perderà vuestra merced la quinola de sus años por puto menos. Hijo de puta, dixo la dueña, toda ya encèdida en colera: Si soy vieja, ó no, à Dios darè la cuenta, que no à vos, vellaco, harto de ajos, y esto dixo en voz alta, que lo oyò la Duquesa: y bolviendo, y viendo à la dueña tan alborotada, y tã encarnizados los ojos, le preguntò con quien las avia. Aqui las he, respondió la dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente, que vaya à poner en la cavalleriza à vn asno suyo, que està à la puerta del castillo, trayendome por exemplo, que assi lo hizieron no se donde, que vnas damas curarò à vn tal Lanzarote, y vnas dueñas à su rozino, y sobre todo por buen termino me hallamado vieja. Eslo tuviera yo por afrenta, respondió la Duquesa, mas que quãtas pu-

diera dezirme; y hablando con Sancho, le dixo: Advertid Sancho amigo, q̄ D. Rodriguez es muy moça, y q̄ aquellas tocas las trae por autoridad, y por la vsança, que por los años. Malos sean los q̄ me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dixè por tãto; solo lo dixè, porque es tan grande el cariño q̄ tengo à mi jumento, que me pareciò q̄ no podia encomendarle à persona mas caritativa q̄ à la señora D. Rodriguez. Don Quixote q̄ todo lo oía, le dixo: Pláticas son estas, Sãcho, para este lugar? Señor, respondió Sancho, cada vno ha de hablar de su menester dõ de quiera q̄ estuviere. Aqui se me acordò del ruzio, y aqui hablé del; y si en la cavalleriza se me acordàra, alli hablara. A lo q̄ dixo el Duque: Sãcho està muy en lo cierto, y no ay q̄ culparle en nada: al ruzio se le darà recado à pedir de boca, y descuide Sancho, q̄ se le tratarà como à su misma persona. Cõ estos razonamientos, gustosos à todos, fino à D. Quixote, llegaron à lo alto, y entrarò à D. Quixote en vna sala adornada de telas riquissimas de oro, y de brocado, seis dõzellas le defarmarò, y servirò de pages, todas industriadas, y advertidas del Duque, y de la Duquesa de lo q̄ avian de hazer, y de como avian de tratar à D. Quixote, para q̄ imaginàse, y viesse q̄ le tratavã como à Cavallero andãte. Quedò D. Quixo-



te despues de defarmado con sus estrechos greguescos, y en su jubon de camuza, seco, alto, tendido, con las quixadas que por dentro se besava la vna con la otra, figura que à no tener cuenta las doncellas, que leservian con disimular la rifa (que fue vna de las precisas ordenes que sus señores les avian dado) rebentàran riendo. Pidieroole, que se dexalle desnudar, para ponerle vn camisa; pero nunca lo consintió, diziendo, que la honestidad parecia tambien en los Cavalleros Andantes, como la valentia. Con todo dixo, que diessen la camisa à Sancho, y encerrandose con él en vna quadrada donde estava vn rico lecho, se desnudò, y vistió la camisa; y viendose solo con Sancho, le dixo: Dime truan moderno, y majadero antiguo, parecete bien deshonorar, y afrentar vna dueña tan venerada, y tan digna de respeto como aquella? Tiempos eran aquellos para acordarte de el ruzio? O señores son estos para dexar mal passar à las bestias, tratando tan elegantemente à sus dueños? Por quien Dioses, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana, y grossera tela texido. Mira, pecador de ti, que en tanto mas es tenido el señor, quanto tiene mas honrados, y bien nacidos criados, y que vna de las ventajas mayores

que llevan los Principes à los demás hombres, es, que se sirven de criados tan buenos como ellos. No adviertes, angustiado de ti, y mal aventurado de mi, que si ven que tu eres vn grosse-ro villano, o vn mentecato gracioso, pensaràn que yo soy algun echacuervos, ò algun Cavallero de mohatra? No, no, Sancho amigo, huye, huye de estos incòvenientes, que quie tropieça de hablador, y gracioso, al primer punta pie cae, y dà en truan desgraciado: enfrena la lengua, considera, y rumia las palabras, antes que te salgan de la boca: y advierte, que hemos llegado a parte, donde con el favor de Dios, y valor de mi brazo, hemos de salir mejorados en tercio, y quinto, en fama, y en hazienda, Sancho le prometió con muchas veras de colerse la boca, ò morderse la lengua antes de hablar palabra, que no fuesse muy à proposito, y bien considerada, como el se lo mandava, y que descuidasse acerca de lo tal, que nunca por él se descubriria quien ellos eran. Vistióse Don Quixote, puso su tahali con su espada, echóse el manton de escarlata acuestas, puso vna monterade ralo verde, que las doncellas le dieron, y con este adorno salio à la gran sala, à donde hallo à las doncellas puestas en ala, tantas à vna parte como à otra, y todas con adereço de darle agua manos, la qual



qual le dieron con muchas reverencia, y ceremonias. Luego llegaron doze pages con el Maestresala para llevarle à comer, que ya los señores le aguardavan. Cogieronle en medio, y lleno de pōpa, y magestad le llevaron à otra sala, dōde estava puesta vna rica mesa, con iolos quatro servicios: la Duquesa, y el Duque salierō à la puerta de la sala à recibirle, y cō ellos vn grave Eclesiastico, de estos que gobiernan las casas de los Principes, de estos que como no nacen Principes, no aciertan à enseñar como lo han de ser los que lo son: de estos que quieren que la grandeza de los grādes se mida con la estrechez de sus animos: de estos que queriendo mostrar à los que ellos gobiernan à ser limitados, les hazen ser miserables. De estos tales digo, que devia de ser el grave Religioso, que con los Duques salio à recibir à Don Quixote. Hizeronle mil corteses comedimientos, y finalmente cogiendo à Don Quixote en medio, se fueron à sentar à la mesa. Cōbidō el Duque à Don Quixote con la cabecera de la mesa; y aunque el lo rehusó, las importunaciones de el Duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El Eclesiastico se sentó frontero, y el Duque, y la Duquesa à los dos lados. A todo estavan presente Sancho, embobado, y atonito de ver la honra que à su señor

aquellos Principes le hazian, y viēdo las muchas ceremonias, y ruegos que passaron entre el Duque, y Dō Quixote para hazerle sentar à la cabecera de la mesa, dixo: Si sus mercedes me dā licencia les contaré vn cuento, que passò en mi pueblo acerca de esto de los assientos. Apenas hubo dicho esto Sancho, quando Don Quixote temblò, creyēdo sin duda que avia de dezir alguna necedad. Miròle Sancho, y entēdiòle, y dixo: No tema vuestra merced, señor mio que yo me deimāde, ni que diga cosa que no venga muy à pelo, que no se me han olvidado los consejos q̄ poco ha vuestra merced me diò sobre el hablar mucho, o poco, o bien, ò mal. Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió Don Quixote, di lo que quisieres, como lo digas presto. Pues lo que quiero dezir, dixo Sancho, es tan verdad, que mi señor Don Quixote, que està presente, no me dexarà mentir. Por mi, replicò Don Quixote, miente tu, Sancho, quanto quisieres, q̄ yo no te iré à la mano: pero mira lo que vas à dezir. Tan mirado, y remirado lo tengo, que à buen salvo està el que repica, como se verá por la obra. Bien será, dixo Don Quixote, que vuestras grandezas manden echar de aqui à este tonto, que dirà mil patochadas. Por vida del Duque, dixo la Duquesa, que no



se ha de apartar de mi Sancho vn punto; quierole yo mucho, porque se que es muy discreto. Discretos dias, dixo Sancho, viva vuestra santidad por el buen credito que de mi tiene, aunque en mi no lo aya, y el cuento que quiero dezir es este; Combido à vn hidalgo de mi pueblo, muy rico, y principal, porque venia de los Alianos de medina del Campo, que casó con Doña Mencia de Quiñones, que fue hija de Don Alonso Marañon, Caballero del Abito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años ha en nuestro lugar, que à lo que entiendo mi señor Don Quixote se halló en ella, de donde salió herido Tomafillo el travieso, el hijo de Balvaastro el herrero. No es verdad tode esto, señor nuestro amo? digalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algun hablador mentiroso. Hasta ora, dixo el Eclesiastico, mas os tengo por hablador, que por mentiroso; pero de aqui adelante no se por lo que os tendre. Tu dás tãtos testigos, Sancho, y tãtas señas, que no puedo dexar de dezir, que debes de dezir verdad; passa adelante, y acorta el cuento, porq̃ llevas camino de no acabar en dos dias. No ha de acortar tal, dixo la Duquesa, por hazerme à mi placer; antes le ha de contar de la manera que le sabe, aun-

que no le acabe en seis dias, que si tantos fueßen, serian para mi los mejores que huviesse llevado en mi vida. Digo, pues, señores mios, prosiguió Sancho, que este tal hidalgo que yo conozco, como à mis manos (porque no ay de mi casa à la fuya vn tiro de ballesta) combidó vn labrador pobre, pero honrado. Adelante, hermano, dixo à esta fazon el Religioso, que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. A menos de la mitad parare, si Dios fuere servido, respondió Sancho; y assi digo, que llegando el tal labrador à casa de del dicho hidalgo combidador, que buen poso aya su anima, que ya es muerto; y por mas señas dicen, que hizo vna muerte de vn Angel, que yo no me hallé presente, que avia ido por aquel tiempo à segar à Tembleque. Por vida vuestra, hijo, que bolvais presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo (sino quereis hazer mas exequias) acabeis vuestro cuento. Es, pues, el caso, replicó Sãcho, que estando los dos para assentarse à la mesa, que parece que agora los veo mas que nunca. Gran gusto recibian los Duques del disgusto que mostrava tomar el buen Religioso de la dilacion, y pausas con que Sancho contava su cuento, y Don Quixote se estava consumiendo en colera, y en rabia. Digo as-



así, dixo Sancho, que estando, como he dicho, los dos para sentarse a la mesa, el labrador porfiava con el hidalgo, que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiava tambien, que el labrador la tomase, porque en su casa se avia de hazer lo que el mandasse; pero el labrador que presumia de cortés, y bien criado, jamás quiso, hasta que el hidalgo mohino, poniéndole ambas manos sobre los ombros, le hizo sentar por fuerza, diziendole: Sentaos maja grandacas, que adonde quiera que yo me sienta será vuestra cabecera: y este es el cuento, y en verdad que creo, q̄ no ha sido aqui traído fuera de proposito. Púsose Don Quixote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeavan, y se le parecian: los señores disimularon la risa, porque Don Quixote no acabasse de correrse, aviendo entendido la malicia de Sancho, y por mudar de platica, y hazer que Sancho no prosiguiesse con otros tantos disparates, preguntó la Duquesa a Don Quixote, que qué nuevas tenia de la señora Dulcinea, y que si le avia embiado aquellos dias algunos presentes de Gigantes, o malandrines, pues no podia dexar de aver vencido muchos. A lo que Don Quixote respondió: Señora mia, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin. Gigantes he ven-

cido, y follones, y malandrines le he embiado; pero adonde la avian de hallar, si está encantada, y buelta en la mas fea labradora que imaginarse puede? No sé, dixo Sancho Pança, a mi me parece la mas hermosa criatura del mundo, alomenos en la ligereza, o en el brincar bien sé yo, que no dará ella la ventaja a vn bolteador: a buena fee, señora Duquesa, así saltó desde el suelo sobre vna borraca, como si fuera vn gato. Aveisla visto vos encantada, Sancho? pregunto el Duque. Y como si la he visto, respondió Sancho, pues quien diablos sino yo soy el primero que cayó en el achapue del encantorio, tan encantada está como mi padre. El Eclesiastico, que oyó dezir de Gigantes, de follones, y de encantados, cayó en la cuenta de que aquel devia de ser Don Quixote de la Mancha, cuya historia leia el Duque de ordinario, y él se lo avia reprehendido muchas vezes, diziendole, que era disparate leer tales disparates; y enterandose ser verdad lo que sospechava, con mucha colera, hablando con el Duque, le dixo: Vuestra Excelencia, señor mio, tiene que dar cuenta a Nuestro Señor de lo que haze este buen hombre. Este Don Quixote, o este don tonto, o como se llama, imagino yo, que no deve de ser tan mentecato como vuestra Ex-



celencia quiere que sea, dándole ocasiones à la mano para que lleve adelante sus sandezes, y vaciedades. Y bolviendo la platica à Don Quixote, le dixo: Y à vos alma de cantaro, quien os ha encajado en el cerebro, que sois Cavallero andante, y que venceis Gigantes, y prendeis malandrines? Andaden ora buena, y en tal se os diga: bolveos à vuestra casa, y criad vuestros hijos, si los teneis, y curad de vuestra hazienda, y dexad de andar vagando por el mundo papando viento, y dando que reir à quantos os conocen, y no conocen. En donde noramala

tal aveis vos hallado, que huvo, ni ay aora Cavalleros andantes? Donde ay Gigantes en España, ó Malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades q̄ de vos se cuentan. Atento estuvo Don Quixote à las razones de aquel venerable varon, y viendo que ya callava, sin guardar respeto à los Duques, con semblante airado, y alborotado rostro, se puso en pie, y dixo: Pero esta respuesta capitulo por si merece.

(???)





CAP. XXXII. De la respuesta que dió Don Quixote á su reprehensor, con otros graves, y graciosos sucesos.



**L**Evantado, pues, en pie Don Quixote, temblando de los pies á la cabeza como azogado, con presurosa, y turbada lengua dixo: El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me halo, y el respeto que siempre tuve, y tengo al estado que v. m. professa, tienen, y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos, que las lágrimas de los togados, son las mismas que las de la muger, q

son la lengua, entrare có la mia en igual batalla có v. m. de quíe se devia esperar antes buenos consejos, que infames vituperios: las reprehensiones santas, y bien intencionadas, otras circunstancias requieren, y otros puntos pide. Alomenos el aver me reprehendido en publico, y tan asperamente, ha pasado todos los limites de la buena reprehension, pues las primeras mejor assientan sobre la blandura que sobre la aspereza, y



no es bien que sin tener conocimiento del pecado que se reprehende, llamar al pecador sin mas ni mas mentecato, y tonto. Sino, digame vuestra merced por qual de las mentecaterias que en mi ha visto me condena, y vitupera, y me manda, q me vaya à mi casa à tener cuenta en el gobierno della, y de mi muger, y de mis hijos, sin saber si la tengo, ò los tengo: no ay mas fino à troche moche entrarfe por las casas ajenas à gobernar sus dueños, y aviendose criado algunos en la estrechez de algun pupilage, sin aver visto mas mundo, que el que puede contenerse en veinte, ò treinta leguas de distrito, meterse de rondon à dar leyes à la Cavalleria, y à juzgar de los Cavalleros Andantes: por ventura es assumpto vano, ò es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos del, sino las asperezas, por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad. Si me tuvieran por tonto los Cavalleros, los magnificos, los generosos, los altamente nacidos, tuviera lo por afreta irreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron, ni pisaron las fendas de la Cavalleria, no se me dà vn ardite: Cavallero soy, y Cavallero he de morir si plaze al Altissimo, vnos van por el ancho campo,

de la ambicion sobervia, otros por el de la adulacion servil, y baxa; otros por el de la hipocresia engañosa, y algunos por el de la verdadera Religion; pero yo inclinado de mi estrella, voy por la angosta fenda de la Cavalleria Andante, por cuyo exercicio desprecio la hazienda; pero no la honra: yo he satisfecho agravios, endereçado tuertos, castigado insolencias, vencido Gigantes, y atropellado vestiglos: yo soy enamorado, no mas de porque es forçoso que los Cavalleros andantes lo sean, y siendolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los Platonicos continētes. Mis intenciones siempre las enderezo à buenos fines, que son de hazer bien à todos, y mal à ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, diganlo vuestras grandezas Duque, y Duquesa excelentes. Bien por Dios, dixo Sancho, no diga mas vuestra merced, señor, y amo mio en su abono, por que no ay mas que dezir, ni mas que pensar, ni mas que perseverar en el mundo: y mas que negando este señor, como ha negado, que no ha avido en el mundo, ni los ay Cavalleros andantes, que mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho. Por ventura, dixo el Eclesiastico, sois vos, hermano, aquel Sancho Pança, que dizen, à quien



quien vuestro amo tiene prometida vna insula? Si soy, respondió Sancho, y soy quien la merece tan bien como otro qualquiera, soy quien juntate à los buenos, y seràs vno dellos; y soy yo de aquellos, no quien naces, sino con quien pazes; y de los, quien à buen arbol se arrima, buena sombra le cobija; yo me he arrimado à buen señor, y ha muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él, Dios queriendo, y viva él, y viva yo, que ni à él le faltarán Imperios que mandar, ni a mi Insulas que gobernar. No por cierto, Sancho amigo; dixo a esta sazón el Duque, que yo en nombre del señor Don Quixote, os mando el gobierno de vna que tengo de nones, de no pequeña calidad. Hincate de rodillas Sancho, dixo Don Quixote, y besa los pies à su Excelencia, por la merced que te ha hecho. Hizolo assi Sancho. Lo qual visto por el Eclesiastico, se levantó de la mesa mohino además, diziendo: Por el habito que tengo, que estoy por dezir, que es tan sandio vuestra Excelencia, como estos pecadores; mirad sino han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras, quedese vuestra Excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa, me estarè yo en la mia, y me escusarè de reprehender lo que no puedo re-

mediar: y sin dezir mas, ni comer mas se fue, sin que fuesen parte à tenerle los ruegos de los Duques, aunque el Duque no le dixo mucho, imperdido de la risa que su impernente colera le avia causado. Acabò de reir, y dixo à Don Quixote, vuestra merced, señor Cavallero de los Leones ha respondido por si tan altamente, que no le queda cosa por satisfazer deste, que auna que parece agravio, no lo es en ninguna manera, porque assi como no agravian las mugeres, no agravian los Eclesiasticos, como vuestra merced mejor sabe. Assi es, respondió Don Quixote, y la causa es, que el que no puede ser agraviado, no puede agraviar à nadie. Las mugeres, los niños, y los Eclesiasticos, como no pueden defenderse, aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados, porque entre el agravio, y la afrenta ay esta diferencia, como mejor vuestra Excelencia sabe. La afrenta viene de parte de quien la puede hazer, y la haze, y la sustenta; el agravio puede venir de qualquiera parte, sin q'afrente. Sea exemplo. Está vno en la calle descuidado, llegan diez còmano armada, y dandole de palos, pone mano à la espada, y haze su dever; pero la muchedumbre de los contrarios se le oponen, y no le dexa salir con su in-



tencion, que es de vengarse; e si te tal queda agraviado; pero no afrentado, y lo mismo confirmará otro exemplo: Está vno buelto de espaldas, llega otro, y dale de palos, y en dandose los huye, y no espera, y el otro le sigue, y no le alcanza: este que recibió los palos; recibió agravio, mas no afrenta; porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió a hurta cordel, pusiera mano a su espada, y se estuviera quedo, haziendo rostro a su enemigo, quedara el apaleado agraviado, y afrentado juntamente: agraviado, porque le dieron a traicion: afrentado, porque el que le dió, sustentó lo que avia hecho, sin bolver las espaldas, y a pie quedo; y así segun las leyes del maldito duelo, yo puedo estar agraviado, mas no afrentado, porque los niños no sienten, ni las mugeres, ni pueden huir, ni tienen para que esperar, y lo mismo constituidos en la sacra Religion, porque estos tres generos de gente carecen de armas ofensivas, y defensivas; y así aunque naturalmēte estē obligados a defenderse, no lo están para ofender a nadie, y aunque poco ha dixen, que yo podia estar agraviado, agora digo, que no en ninguna manera, porque quien no puede recibir afrenta, menos la puede dar: por las quales razones yo no devo sen-

tir, ni siento las que a aquel buen hombre me ha dicho; solo quisiera que esperara algun poco, para darle a entender en el error en que está en pensar, y dezir, que no haaviado, ni los ay Cavalleros andantes en el mundo, que si lo tal oyera Amadis, o vno de los infinitos de su linage, yo sé que no le fuera bien a su merced. Esto juro yo bien, dixo Sancho, cuchillada le huvieran dado, que le abrieran de arriba abaxo, como vna granada, o como vn melon muy maduro: bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas. Para mi santiguada, que tengo por cierto, que si Reynaldos de Montalvan huviera oido estas razones al hombrecito, tapaboca le huviera dado, que no hablara mas en tres años, no sino tomárale con ellos, y vieta como escapava de sus manos. Perecia de risa la Duquesa en oyendo hablar a Sancho, y en su opinion le tenia por mas gracioso, y por mas loco que a su amo, y muchos hubo en aquel tiempo, que fueron deste mismo parecer. Finalmente, Don Quixote se soslegó, y la comida se acabó; y en levantando los manteles llegaron quatro dōcellas, la vna con vna fuente de plata, y la otra cō vn agua manibassimísimo de plata, y la otra cō dos blanquissimas y riquissimas tohallas al ombro, y la quarta descubiertos los brazos ha sta la



la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) vna redonda pella de jabon Napolitana. Llegò la de la fuente, y con gentil donaire, y desemboltura encaxò la fuente debaxo de la barba de Don Quixote, el qual sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyendo que devia ser vfança de aquella tierra, en lugar de las manos, lavar las barbas, y assi tendiò la suya todo quanto pudo, y al mismo punto començò à llover el agua manil, y la doncella del jabon le manoseò las barbas con mucha priessa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no solo por las barbas, mas por todo el rostro, y por los ojos del obediente Cavallero, tanto que se los hizieron cerrar por fuerça. El Duque, y la Duquesa, que de nada desto erã sabidores, estaban esperando en que avia de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, quando le tuvo con vn palmo de jabonadura, fingiò q̄ se le avia acabado el agua, y mãdò à la del agua manil fuesse por ella, que el señor Don Quixote esperaria. Hizolo assi, y quedò D. Quixote con la mas estraña figura, y mas para hazer reir, que se pudiera imaginar. Miravanle todos los que presentes estaban, que erã muchos, y como le veian con media vara de cuello, mas que medianamente

moreno, los ojos cerrados, y las barbas llenas de jabon, fue gran maravilla, y mucha discrecion poder dissimular la rifa: las dõcellas de la burla tenian los ojos baxos, sin osar mirar à sus señores: à ellos les retozava la colera, y la rifa en el cuerpo, y no sabian à que acudir, ò à castigar el atrevimiento de las muchachas, ò darle premio por el gusto que recibia de ver à Don Quixote de aquella suerte. Finalmente la doncella del agua manil vino, y acabò de lavar à D. Quixote, y luego la que traia las tohallas le limpio, y le enjugò muy reposadamente; y haziendole todas quatro à la par vna grande, y profunda inclinacion, y reverencia, se querian ir; pero el Duque, porque Don Quixote no cayesse en la burla, llamò à la doncella de la fuente, diciendola: Venid, y lavadme à mi, y mirad que no se os acabe el agua: la muchacha aguda, y diligente llegò, y puso la fuente al Duque como à Don Quixote, y dandose priessa, le lavaron, y jabonaron muy bien, y dexandole enjuto, y limpio, haziendo muchas reverencias se fueron; despues se supo que avia jurado el Duque, que si à él no le lavaran como à Don Quixote, avia de castigar su desemboltura, lo qual avian enmendado discretamente con averle à él jabonado. Estava atento



Sancho à las ceremonias de aquel lavatorio, y dixo entre si: Valame Dios, si serà tambien viança en esta tierra lavar las barbas à los escuderos como à los Cavalleros? Porq̃ en Dios, y en mi anima que lo he biē menester, y aunque si me las rapafsen à navaja, lo tendria à mas beneficio. Què dezis entre vos, Sancho? preguntò la Duquesa. Digo señora, que en las Cortes de los otros Principes, siempre he oido dezir, que en levantando los manteles dan agua à las manos; pero no legia à las barbas, y que por esto es bien vivir mucho, por ver mucho, aunque tambien dizen, que el que larga vida viue, mucho mal ha de pasar, puesto que passar por vn lavatorio destes, antes es gusto q̃ trabajo. No tengais pena, amigo Sãcho, dixo la Duquesa, que yo harè que mis doncellas os laven, y aun os metã en colada si fuere menester. Con las barbas me contento, respondiò Sãcho, por aora alomenos, que andando el tiempo, Dios dixo lo que serà. Mirad, Maestrefala, dixo la Duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pie de la letra. El Maestrefala respondiò, que en todo seria servido el señor Sancho, y con esto se fue à comer, y llevó consigo a Sancho, quedandose à la mesa los Duques, y D. Quixote: hablando en muchas, y diversas cosas; pero todas tocaban

al exercicio de las armas, y de la andante Cavalleria. La Duquesa rogò à D. Quixote, que le delineasse, y describiesse, pues parecia tener feliz memoria, la hermosura, y facciones de la señora Dulcinea del Toboso, que segun lo que la fama pregona va de su belleza, tenia por entendido, que devia de ser la mas bella criatura del Orbe, y aun de toda la Mancha. Suspirò D. Quixote oyendo lo que la Duquesa le mandava, y dixo: Si yo pudiera sacar mi coraçon, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aqui sobre esta mesa, y en vn plato, quitàra el trabajo à mi lengua de dezirlo, que apenas se puede pensar, porque V. Exc. la viera en el toda retratada; pero para qué es ponerme yo aora à delinear, y descubrir punto por punto, y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros ombros q̃ de los mios, empresa en quié se devian ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes, y de Apeles, y los buriles de Lisipo, para pintarla, y gravarla en tablas, en marmoles, y en bronces, y la Retorica Ciceroniana, y Demostina para alabarla: què quiere dezir Demostina, señor D. Quixote? preguntò la Duquesa, que es vocablo que no se he oido en todos los dias de mi vida. Retorica Demostina, respondiò Don Quixote, es lo mismo que de-



zir: Retorica de Demostenes como Ciceriana de Ciceron, q̄ fueron los dos mayores Retoricos del mundo. A sí es, dixo el Duque, y aveis andado deslumbrada en la tal pregunta: pero con todo esto nos daría gran gusto el señor D. Quixote si nos la pintasse, que à buen seguro, que aunque sea en rasguño, y bosquejo, que ella salga tal, que la tengan envidia las mas hermosas. Si hiziera por cierto, respondió D. Quixote, sino me la huviera borrado de la idea la desgracia, que poco ha que le sucedió, que es tal, que mas estoy para llorarla, que para describirla, por que avrán de saber vuestras grandezas, yendo los dias passados a besarle las manos, y à recibir su bendicion, beneplacito, y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscava, halléla encantada, y convertida de Princesa en labradora, de hermosa en fea, de Angel en diablo, de olorosa en pestifera, de bien hablada en rustica, de repesada en brincadora, de luz en tinieblas, y finalmente de Dulcinea del Tobofo en vna villana de Sayago. Valame Dios, y dando vna gran voz, dixo à este instante el Duque: Quien ha sido el que tanto mal le ha hecho al mundo, quien ha quitado de la belleza que le alegrava, el donaire que le entretenia, y la honestidad q̄ le acreditava? Quié?

respondió D. Quixote, quien puede ser sino algun maligno encantador de los muchos envidiosos que me persiguen. Esta raza maldita, nacida en el mundo para obscurecer, y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz, y levantar los fechos de los malos. Perseguidome han encantadores: encantadores me persiguen, y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo, y con mis altas Cavallerias en el profundo abismo del olvido, y en aquella parte me dañan, y hieren, donde ven que mas lo siento, porque quitarle à vn Cavallero andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el Sol con que se alumbrava, y el sustentamento con que se mantiene. Otras muchas vezes lo he dicho, y agora lo buelvo a dezir, q̄ el Cavallero andante sin dama, es como el arbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quié se cause. No ay mas que dezir, dixo la Duquesa, pero si con todo esto hemos de dar credito à la historia que del señor D. Quixote de pocos dias à esta parte ha salido à la luz del mundo, con general aplauso de las gentes dellas, se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuestra merced ha visto à la señora Dulcinea, y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantastica que vuestra merced la engendró, y parió en su entendimiento, y la



pinto con todas aquellas gracias, y perfecciones que quilo. En esto ay mucho que dezir respondió D. Quixote, Dios sabe si ay Dulcinea, ò no en el mundo, ò si es fantástica, o no es fantástica: y estas no son de las cosas cuya aueriguacion se ha de llevar hasta al cabo. Ni yo engendré, ni pari à mi señora, puesto que la contemplo como conuiene, que sea vna dama que con tenga en si las partes que puedan hazer la famosa en todas las del mundo, como son hermosa sin tacha, graue sin soberuia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente alta por linage, a causa, que sobre la buena sangre resplandece, y campea la hermosura con mas grados de perfeccion que en las hermosas humildemente nacidas. Afsi es, dixo el Duque: pero hame de dar licencia el señor Don Quixote para que diga lo q me fuerça à dezir la historia, que de sus hazañas he leído, de donde se infiere, q puesto que se conceda, que ay Dulcinea en el Toboso, ò fuera del, y que sea hermosa en el sumo grado que vuestra merced nos la pinta, en lo de la alteza del linage no corre parejas con las Orianas, cõ las Alastrajeras, con las Madasimas, ni con otras deste jaez, de quien estàn llenas las historias, q vuestra merced biẽ sabe. A esto puedo dezir, ref

pondió D. Quixote, que Dulcinea es hija de sus obras, y q las virtudes adoban la sangre, y que en mas se ha de estimar, y tener vn humilde virtuoso, que vn vicio soleuantedo: quanto mas, q Dulcinea tiene vn giron que la puede llevar à ser Reyna de corona, y cetro, que el merecimiento de vna muger hermosa, y virtuosa, à hazer mayores milagros se estiende, y aunq no formalmente, virtualmente tiene en si encerradas mayores venturas. Digo señor D. Quixote, dixo la Duquesa, que en todo quanto vuestra merced dize vã con ple de plomo, y como fuele dezirse, con la sonda en la mano, y que yo desde aqui adelante creerè, y harè creer à todos los de mi casa, y aun al Duque mi señor, si fuere menester, q ay Dulcinea en el Toboso, y que vine oy dia, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora, que vn tal Caavllero, como es el señor D. Quixote, la sirva, que es lo mas que puedo, ni se encarecer. Pero no puedo dexar de formar vn escrupulo, y tener algun no sé que de ogeriza contra Sancho Pança: el escrupulo es, que dize la historia referida, que el tal Sancho Pança hallò à la tal señora Dulcinea, quãdo de parte de vuestra merced le lleuò vna epistola, a echando vn costal de trigo, y por mas señas dize, que era rubion, cosa que me haze dudar en



en la alteza de su linage. A lo que respondió Don Quixote: Señora mia, sabrà la vuestra grandeza, que todas, ó las mas cosas que à mi me suceden, vãn fuera de los terminos ordinarios de las que à los otros Cavalleros andantes acontecen, ó yà sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, ó yà vengan encaminadas por la malicia de algun encantador embidioso, y como es cosa yà averiguada, que todos, ó los mas Cavalleros andantes, y famosos, vno tenga gracia de no poder ser encãtado, otro de ser de tan impenetrables carnes, que no pueda ser herido, como lo fue el famoso Roldã, vno de los doze Pares de Francia de quien se cuenta, que no podia ser ferido, sino por la planta del pie izquierdo, y que esto avia de ser con la punta de vn alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna; y asì quando Bernardo del Carpio le matò en Roncesvalles, viendo que no le podia llegar con fierro, le levantò del suelo entre los brazos, y le ahogò, acordandose entonces de la muerte que diò Hereules à Anteon, aquel ferroz Gigante, que dezian ser hijo de la tierra. Quiero inferir de lo dicho, que pòdria ser que yo tuviesse alguna gracia de estas, no del no poder ser ferido, porque muchas vezes la experiència me ha mostrado que soy

de carnes blandas, y nonada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que yà me he visto metido en vna jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso à encerrarme, sino fuera à fuerças de encantamientos: pero pues de aquel me libre, quiero creer que no ha de aver otro alguno que me empezca: y asì viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, venganse en las cosas que mas quiero, y quieren quitarme la vida, maltratãdo la de Dulcinea, por quien yo vivo; y asì creo, que quando mi escudero llevò mi embaxada, se la convirtierò en villana, y ocupada en tan baxo exercicio como es el de ahechar trigo; pero yà tengo yo dicho, que aquel trigo no era rubion, ni trigo, sino granos de perlas Orientales; y para prueba desta verdad quiero dezir à vuestras magnitudes, como viniendo poco ha por el Toboso, jamàs pude hallar los palacios de Dulcinea, y que otro dia aviendola visto Sancho mi escudero en su mesma figura, que es la mas bella del Orbe, a mi me pareciò vna labradora tosca, y tea, y nonada bien razonada, siendo la discrecion del mando; y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar, segun buen discurso, ella es la encantada, la ofendida, y la mudada, trocada, y trastrocada, y en ella se han



vengado de mis enemigos, y por ella viviré yo en perpetuas lagrimas, hasta verla en su pristino estado. Todo esto he dicho, para que nadie repare en lo que Sancho dixo del cernido, ni del ahecho de Dulcinea, que pues à mi me la mudarõ, no es maravilla que à èl se la cambiasen. Dulcinea es principal, y bien nacida, y de los hidalgos linages que ay en el Toboso, que son muchos, antiguos, y muy buenos, à buen seguro que no le cabe poca parte à la fin por Dulcinea, por quien su lugar serà famoso, y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Caba, aunque con mejor titulo, y fama: por otra parte quiero que entiendan vuestras Señorías, que Sancho Pança es vno de los mas graciosos escuderos que jamás sirvió à Cavallero andante: tiene à vezes vnas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple, ò agudo, causa no pequeño contento: tiene malicias que le condenan por vellaco, descuidos que le confirman por bobo, duda de todo, y creelo todo quando pienso que se vâ despear de todo, sale con vnas discreciones, que le levantan al cielo. Finalmente yo no le trocaria con otro escudero, aunque me diessen de añadida vna Ciudad, y assi estoy en duda, si serà bien embiarle al go-

vierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en èl vna cierta aptitud para esto de gobernar, que atufandole tantico el entendimiento, se saldra con qualquiera gobierno, como el Rey con sus alcavalas; y mas que yà por muchas experiencias sabemos, que no es menester, ni mucha habilidad, ni muchas letras para ser vno Governador, pues ay por ai ciento que apenas saben leer, y gobiernan como vnos girifaltes; el toque está en que tengan buena intencion, y deseen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje; y encamine en lo que han de hazer, como los Governadores Cavalleros, y no letrados, que sentencian con asessor. Aconsejariale yo, que ni tome cohecho, ni pierda derecho, y otras colillas que me quedan en el estomago, que saldrán à su tiempo, para utilidad de Sancho, y provecho de la Insula que gobernar. A este punto llegava de su coloquio el Duque, y la Duquesa, y Don Quixote, quando oyeron muchas voces, y gran rumor de gente en el Palacio, y à deshora: entrò Sancho en la sala, todo asustado, con vn cernadero por babador, y tras èl muchos moços, ò por mejor dezir picarõs de cozina, y otra gente menuda, y vno ven a con vn arresoncillo de agua, que en la co-



lor, y poca limpieza mostrava ser de fregar; seguiale, y seguiale el de la artesa, y procurava con toda sollicitud ponerfela, y encaxarsela debaxo de las barbas, y otro picaro mostrava quererfelas lavar. **Q**uè es esto hermano? preguntò la Duquesa: què es esto? què quereis à esse buen hombre? como, y no considerais que està electo Governador? A lo que respondió el picaro barbero: No quiere este señor dexarse lavar como es viança, y como se lavo el Duque mi señor, y el señor su amo. Si quiero, respondió Sancho con mucha colera; pero querria que fuesse cõ tohallas mas limpias, con legia mas clara, y con manos no tan fucias, que no ay tanta diferencia de mi à mi amo, que à èl le lavavan con agua de Angeles, y à mi con legia de diablo: las vianças de las tierras, y de los Palacios de los Principes, tanto son buenas, quanto no dãn pesadumbre; pero la costumbre del lavatorio que aqui se vsa, peor es q de disciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejãtes refrigerios, y el que se llegare à lavarme, ni tocarme a vn pelo de la cabeça (digo de mi barba) hablando cõ el devido acatamiento, le dare tal puñada, que le dexe el puño engastado en los calcos, que estas ceremonias, y jabonaduras, mas parecen burlas, que ga-

sajas de huespedes. Perrecidade risa estava la Duquesa, viendo la colera, y oyendo las razones de Sancho; pero no diò mucho gusto à D. Quixote verle tan maladelñado cõ la jaspeada toalla, y tã rodeado de tãtos entretenidos de cozina, y assi hazie do vna profunda reverencia à los Duques, como q les pedia licencia para hablar, con voz reposada dixo à la canalla: Ola te ñores Cavalleros, vuestras mercedes dexen al mancebo, buelvanse por donde vinierõ, o por otra parte, si se les antojare, que mi escudero es limpio tanto como otro, y estas artesillas son para èl estrechas, y penantes bucaros, tomen mi consejo, y dexenle, porque ni èl, ni yo sabemos de achaque de burlas. Cogiole la razon de la boca Sancho, y profiguiò diziendo: No fino lleguense à hazer burla del mostrenco, que assi lo sufrirè como aora es de noche. Traigan aqui vn peine, ò lo que quifieren, y almoacenme estas barbas, y si sacaren dellas cosa que ofenda à la limpieza, q me traquilè à cruces. A eita sazon, sin dexar dixo la risa la Duquesa, Sancho Pança tiene razon en todo quanto ha dicho, y la tendrà en todo quanto dixere, es limpio, y como èl dize, no tiene necesidad de lavarse, y si nuestra viança no le contenta, su alma en su palma, quãto mas que vosotros, ministros de la limpie-



ça aveis andado demasiadamente femissos, y descuidados, y no se si diga atrevidos à traer tal personagè, y à tales barbas, en lugar de fuentes, y aguamaniles de oro puro, y de Alemanas tohallas, artefillas, y dornajos de palo, y rodillas de aparadores; pero en fin sois malos, y mal nacidos, y no podeis dexar como malandrines que sois de mostrar la ojeriza que teneis con los escuderos de los andantes Cavalleros. Creyeron los apicarados ministros, y aun el Maestresala, que venia con ellos, que la Duquesa hablava de veras; y assi quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos, y casi corridos se fueron, y le dexaron, el qual viéndose fuera de aquel, à su parecer, sumo peligro, se fue à hincar de rodillas ante la Duquesa, y dixo, de grandes señoras, grandes mercedes se esperan, esta q̄ la vuestra merced oy me ha fecho, no puede pagarse con menos, sino es con desear verme armado Cavallero andante, para ocuparme todos los dias de mi vida en servir à tan alta señora. Labrador soy, Sãcho Pança me llamo, casado soy, hijos tengo, y de escudero siervo, si con algunas destas cosas puedo servir à vuestra grandeza, menos tardarè yo en obedecer, que vuestra Señoria en mandar. Bien parece Sancho, respondió la Duquesa, que aveis aprendido à ser

cortès en la escuela de la misma cortesía: bien parece, quiero dezir, que os aveis criado à los pechos del señor D. Quixote, que deve defer la nata de los comedimientos, y la flor de las ceremonias, o cirimonias, como vos dezis, biẽ aya tal señor, y tal criado, el vno por norte de la andante Cavalleria, y el otro por estrella de la escuderial fidelidad: levantaos Sancho amigo, que yo satisfarè vuestras cortesias, con hazer que el Duque mi señor, lo mas presto que pudiere os cumpla la merced prometida del Gobierno. Con esto cesò la platica, y D. Quixote se fue à reposar la siesta, y la Duquesa pidió à Sancho, que fino tenia mucha gana de dormir, viniesse à passar la tarde con ella, y con sus doncellas en vna muy frescafala. Sancho respondió, que aunque era verdad que tenio por costumbre dormir quatro, ò cinco horas las siestas del Verano, que por servir à su bondad el procuraria con todas sus fuerças no dormir aquel dia ninguna, y venga obediente à su mandado, y fuese: el Duque dio nuevas ordenes como se tratasse a D. Quixote, como à Cavallero andante, sin salir un punto del estilo, como cuentan que se tratavan los antiguos Cavalleros.



**CAP. XXXIII.** *De la sabrosa plática que la Duquesa, y sus doncellas passaron con Sancho Pança digna de que se lea, y de que se note.*

**C**venta, pues, la historia, que Sancho no durmió aquella fiesta, sino que por cumplir su palabra vino en comiéndose a ver la Duquesa, la qual con el gusto que tenia de oírle, le hizo sentar junto a sí en vna silla baxa, aunque Sancho de puro buen criado no queria sentarse; pero la Duquesa le dixo, que se sentasse como gobernador, y hablasse como escudero, puesto que por entrambas cosas merecia el mismo escañó del Cid Rui Diaz Campeador. Encogió Sancho los ombros, obedeció, y sentóse, y todas las doncellas, y dueñas de la Duquesa le rodearon atentas con grandísimo silencio a escuchar lo que diria, pero la Duquesa fue la que habló primero, diciendo: Ahora que estamos solos, y que no nos oye nadie querria yo, que el señor Governador me absolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia, que del gran Don Quixote anda ya impresa, vna de las quales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vio a Dulcinea, digo a la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevo la carta del

señor Don Quixote, porque se quedó en el libro de memoria en tierra Morena, como se atrevió a fingir la respuesta, y aquello de: que le halló ahuchando trigo, siendo todo burla, y mentira, y tan en daño de la buena opinión de la sin par Dulcinea, y todas, que no vienen bien con la calidad, y fidelidad de los buenos escuderos. A estas razones, sin responder con alguna, se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agoviado, y el dedo puesto sobre los labios anduvo por toda la sala levantando los dobles, y luego esto hecho, se volvió a sentar, y dixo: Ahora señora mia que he visto que no nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes, sin temor, ni sobresalto respondere a lo que se me ha preguntado, y a todo aquello que se me preguntare: y lo primero que digo es, que yo tengo a mi señor Don Quixote por loco rematado, puesto que algunas vezes dize cosas, que a mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas, y por tan buen carril encaminas, que el mismo Satanás no las podría dezir mejores; pero con todo esto, verdaderamente, y sin escrupulo, a mí se me ha asentado que es un mentecato, pues como yo tengo esto en el magín, me atrevo a hazerle creer lo que no lleva pies, ni cabeza, como fue aque-



llo de la respuesta de la carta, y lo de avrá seis, ó ocho dias, q̄ aun no está en historia, conuiene à saber lo del encanto de mi señora doña Dulcinea, que le he dado à entender que está encantada, no siendo mas verdad que por los cerros de Vbeda. Rogole la Duquesa, q̄ le cõtasseaquel encantamiento, ó burla, y Sancho se lo cõtò todo del mesmo modo q̄ auia passado, de que no poco gusto recibieron los oyentes, y prosiguiendo en su platica, dixo la Duquesa, de lo que el buē Sancho me ha contado me anda brincado vn escrupulo en el alma, y vn cierto susurro llega à mis oidos, q̄ me dize: Pues Don Quixote de la Mancha es loco, menguado, y mētecato, y Sãcho Pãça su escudero lo conoce, y cõ todo esso le sirve, y le sigue, y v̄a atendido à las vanas promesas suyas, sin duda alguna de ue de ser el mas loco, y tonto, q̄ su amo: y siendo esto asì, como lo es, mal cõtado te serà señora Duquesa, si al tal Sancho Pança le das la Isla que gouirne, porq̄ el que no sabe gouernarse a si, como sabrà gouernar a otros? Par Dios, señora, dixo Sancho, que esse escrupuloso viene con parto derecho: pero digale vuestra merced, que hable claro, ó como quiere, que yo conozco, que dize verdad; que si yo fuera discreto, dias ha que auia de auer dexado à mi amo, pero esta fue mi suerte, y esta

mi mal andança, no puedo más, seguirle tengo, somos de vn mismo lugar, he comido su pan, quierole bien, es agradecido, diome sus pollinos, y sobre todo yo soy fiel, y asì es imposible, que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala, y açadon: y si vuestra altanería no quiesiere que se me de el prometido gouerno, de menos me hizo Dios, y podria ser, que el no darmele redundasse en pro de mi conciencia, que maguer à tonto se me entiende aquel refran, de por su malle nacieron à la hormiga, y aun podria ser, que fuesse mas ahina Sancho escudero al Cielo, que no Sancho. Governador. Tan buen pan hazen aqui como en Francia, y de noche todos los gatos son pardos: y asì de d' d' d' d' es la persona que à las dos de la tarde no se ha desayunado, y no ay estomago que sea vn palmo mayor que otro, el qual se puede llenar, como si se deziere, de paja, u de heno: y las auezitas del campo tienen à Dios por su proveedor, y despennero, y mas callientan quatro varas de paño de Cuenca, que otras quatro de limite de Segouia, y al dexar este mundo, y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el Principe, como el jornalero: y no ocupa mas pies de la tierra el cuerpo del Papa, que el del Sacristan, aunque



sea mas alto el vno que el otro, que al entrar en el oyo todos nos ajustamos, y encogemos, o nos hazen ajustar, y encoger, mal que nos pese, y à buenas noches: y torno à dezir, que si vuestra Señoria no me quisiere dar la Infula por tonto, yo sabré no darseme nada por discreto: y yo he oïdo dezir, que detras de la Cruz està el diablo, y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, harados, y coyundas, sacaron al Labrador Bamba, para ser Rey de España: y de entre los brocados, passatiempos, y riquezas sacaron à Rodrigo para ser comido de culebras (si es que las trobas de los Romances antiguos no mienten.) Y como que no mienten, dixo a esta sazon Doña Rodriguez, la dueña, que era vna de las escuchanres, que vn Romance ay que dize, que metieron al Rey Rodrigo vivo en vna tumba, llena de fapos, culebras, y lagartos, y que de alli à dos dias dixo el Rey desde dentro de la tumba, con voz doliente, y baxa, yà me comen, yà me comen por do mas pecado avia, y segun esto mucha razon tiene este señor en dezir, que quiere ser mas Labrador que Rey, si le han de comer sabandijas. No pudo la Duquesa tener la rita, oyendo la simplicidad de su dueña, ni dexò de admirarse en oir

las razones, y refranes de Sancho, à quien dixo: Yà sabe el buen Sancho, que lo que vna vez promete vn Cavallero, procura cumplirlo, aunque le cueste la vida. El Duque mi señor, y marido, aunque no es de los andantes, no por esto dexa de ser Cavallero, y asì cumplirà la palabra de la prometida Infula, à pesar de la embidia, y de la malicia del mundo. Estè Sancho de buen animo, que quando menos lo piense se verà sentado en la silla de su Infula, y en la de su Estado, y empunará su Gobierno, que con otro de brocado de tres altos lo deseché. Lo que yo le encargo es, que mire como gobierna sus vassallos, advirtiéndole que todos son leales, y bien nacidos. Esto de gobernarlos bien, respondió Sancho, no ay para que encargarme lo, porq̃ yo soy caritativo de mio, y tengo compassion de los pobres, y à quien cueze, y amasa no hurtes hogaza: y para mi fatiguada que no me há de echar dado falso: soy perro viejo, y entiendo todo tus tus, y se despavilarme à tus tiempos, y no consiento que me anden mufarañas ante los ojos, porque se donde me aprieta el zapato: digolo, porque los buenos tendrán conmigo mano, y con caridad, y los malos, ni pie, ni entrada. Y pareceme à mi, que en esto de los gobiernos todo es començar, y podria ser que a



quinze dias de Governador me comiessé las manos tras el oficio, y supicse mas del que de la labor del campo en que me he criado. Vos teneis razon, Sancho, dixo la Duquesa, que nadie nació enseñado, y de los hombres se hazen los Obispos, que no de las piedras; pero bolviendo à la practica que poco ha tratavamos, del encanto de la señora Dulcinea, tengo por cosa cierta, y mas que averiguada, que aquella imaginacion que Sancho tuvo de burlar à su señor, y darle à entender, que la labradora era Dulcinea, y que si su señor no la conocia, devia de ser por estar encantada, toda fue invencion de alguno de los encantadores que al señor Don Quixote le persiguen, por que real, y verdaderamente, yo se de buena parte, que la villana que dio el brinco sobre la pollina, era, y es Dulcinea del Toboso, y que el buen Sancho pensando ser el engañador, es el engañado, y no ay poner mas duda en esta verdad, que en las cosas que nunca vimos: y sepa el señor Sancho Pança, que tambien tenemos acá encantadores, que nos quieren bien, y nos dicen lo que passa por el mundo, pura, y sencillamente, sin entredos, ni maquinias, y creamos Sancho, que la villana brincadora era, y es Dulcinea del Toboso, que està encantada como la madre que la pario; y quando me-

nos nos pensèmos, la aveiros de ver en su propia figura, y entonces faldrà Sancho del engaño en que viue. Bien puede ser todo esto, dixo Sancho Pança, y agora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que viò en la cueva de Montesinos, donde dize que viò à la señora Dulcinea del Toboso, en el mismo trage, y habito que yo dixè que la avia visto quando la encantè por solo mi gusto, y todo devio de ser al rebès, como vuestra merced, señora mia dize; por que de mi ruin ingenio no se puede, ni deve presumir que fabricalle en vn instante tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo no es tan loco, que con tan flaca, y magra persuasion como la mia, creyese vna cosa tan fuera de todo termino; pero señora, no por esto serà bien que vuestra bondad me tenga por malevolo, pues no està obligado yn por fò como yo à taladrar los pensamientos, y malicias de los pessimos encantadores; yo fingi aquello por escaarme de las riñas de mi señor Don Quixote, y no con intencion de ofenderle; y si ha sido al rebès, Dios està en el Cielo, que juzgados coracones. Así es la verdad, dixo la Duquesa, pero digame agora Sancho, que es esto que dize de la cueva de Montesinos, que gustaria saberlo. Entonces Sancho Pança le conto punto por punto lo que

que-



queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo qual la Duquesa, dixo: De este suceso se puede inferir, que pues el gran Don Quixote dize, que viò alli à la misma labradora que Sancho dize que viò à la salida de el Toboso, sin duda es Dulcinea, y que andan por aqui los encantadores muy listos, y demasidamente curiosos. Esto digo yo, dixo Sancho Pança, que si mi señora Dulcinea del Toboso està encantada, su daño serà, que yo no me tengo de tomar con los enemigos de mi amo, que deven de ser muchos, y malos: verdad sea, que la que yo vi fue vna labradora, y por labradora la tuve, y por tal labradora la juzguè; y si aquella era Dulcinea, no ha de estar à mi cuenta, ni ha de correr por mi, ò sobre ello morena. No sino andense à cada trinquete conmigo, à dime, y direte, Sancho lo dixo, Sancho lo hizo, Sancho tornò, y Sancho bolviò, como si Sancho fuesse algun quien quiera, y no fuesse el mismo Sancho Pança el que anda ya en libros por esse mundo adelante, segun me dixo Sançon Carrasco, que por lo menos es persona Bachillerada por Salamanca, y los tales no pueden mentir, sino es quando se les antoja, ò les viene muy à cuento: assi, que no ay para que nadie se tome conmigo; y pues que tengo buena fama, y segun

ò dezir à mi señor, que mas vale el buen nombre, que las muchas riquezas, encaxenme esse gobierno, y veràn maravillas, que quien ha sido buen escudero, serà buen Governador. Todo quanto aqui ha dicho el buen Sancho, dixo la Duquesa, son sentencias Catonianas, ò por lo menos sacadas de las mismas entrañas de el mismo Micael Verino, florentibus occidit annis. En fin, en fin, hablando à su modo, debaxo de vna mala capa, suele aver buen bebedor. En verdad, señora, respondiò Sancho, que en mi vida he bebido de malicia, con sed bien podria ser, porque no tengo nada de hipocrita; bebo quando tengo gana, y quando no la tengo, y quando me lo dån, por no parecer, ò melindroso, ò mal criado, que à vn brindis de vn amigo, què coraçon ha de aver tan de marmol, q̄ no haga la razon? Pero aunque las calço, no las ensucio: quanto mas, que los escuderos de los Cavalleros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por las florestas, selvas, y prados, montañas, y riscos, sin hallar vna misericordia de vino, si dån por ella vn ojo. Yo lo creo assi, respondiò la Duquesa, y por aora vayase Sancho à repolar, que despues hablaremos mas largo, y daremos ordẽ como vaya presto à encaxarte, como el dize, aquel gobierno.



De nuevo le besò las manos Sãcho à la Duquesa, y la suplicò le hiziesse merced de que se tuviesse buena cuenta con su ruzio, porque era la lumbre de sus ojos. **Q**uè ruzio es este? preguntò la Duquesa. Mi asno, respondiò Sancho, que por no nombrarle con este nombre, le suelo llamar el ruzio: y à esta señora dueña le roguè, quando entrè en este Castillo, tuviesse cuenta con èl; y azoròse de manera, como si la huviera dicho que era vieja, ò fea, deviendo ser mas propio, y natural de las dueñas pensar jumètos, que autorizar las salas. **O** valgame Dios, y quan mal estava con estas señoras vn hidalgo de mi lugar! Seria algun villano, dixo D. Rodriguez la dueña, que si èl fuera hidalgo, y bien nacido, èl las pusiera sobre el cuerno de la Luna. **A**ora bien, dixo la Duquesa, no aya mas, calle Doña Rodriguez, y fosiéguese el señor Pança, y quedese à mi cargo el regalo del ruzio, que por ser alhaja de Sancho, le pondré yo sobre las niñas de mis ojos. **E**n la cavalleriza basta que estè, respondiò Sancho, que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza, ni èl, ni yo somos dignos de estar solo vn momento; y assi lo consentiria yo, como dar me de puñaladas: que aunque dize mi señor, que en las cortesias antes se ha de perder por carta de mas, que de

menos, en las jumentiles, y asinas se ha de ir con el compas en la mano, y con medido termino. **L**levele, dixo la Duquesa, Sancho al gobierno, y allà le podrá regalar como quisiere, y aun jubilarle del trabajo. **N**o piense vuestra merced, señora Duquesa, que ha dicho mucho, dixo Sancho, que yo he visto ir mas de dos asnos à los Gobiernos, y que llevasse yo el mio, no seria cosa nueva. **L**as razones de Sancho renovaron en la Duquesa la risa, y el contento; y embiandole à repostar, ella fue à dar cuenta al Duque de lo que con èl avia passado, y entre los dos dierò traça, y ordè de hazer vna burla à D. Quixote, q̄ fuesse famosa, y viniesse bien cò el estilo Cavalleresco, en el qual le hizieron muchas, tan propias, y discretas, que son las mejores aventuras que en esta tan grande historia se contienen.

**CAP. XXXIV.** *Que cuenta de la noticia que se tuvo de como se avia de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras mas famosas deste libro.*

**G**Rande era el gusto que recibian el Duque, y la Duquesa de la conversacion de Don Quixote, y de la de Sancho

Pan-



Pança, y confirmandose en la intencion que tenian de hazer algunas burlas, que llevassen vizlumbres, y apariencias de aventuras. Tomaron motivo de la que Don Quixote ya les avia contado de la cueva de Montesinos, para hazerle vna que fuese famosa; pero de lo que mas la Duquesa se admirava, era, que la simplicidad de Sancho fuese tanta, que huviesse venido à creer ser verdad infalible, que Dulcinea del Toboso estuviesse encantada, aviendo sido el mismo el encantador, y el embustero de aquel negocio: y assi aviendo dado ordẽ à sus criados de todo lo q̄ avian de hazer, de alli à seis dias le llevaron à caça de monteria con tanto aparato de monteros, y caçadores como pudiera llevar vn Rey coronado. Dieronle à Don Quixote vn vestido de monte, y à Sancho otro verde de finisimo paño; pero Don Quixote no se le quiso poner, diziendo, que otro dia avia de bolver al duro exercicio de las armas, y que no podia llevar consigo guardarropas, ni reposterias. Sancho si tomó el que le dieron, con intencion de venderle en la primera ocasion que pudiesse. Llegado, pues, el esperado dia, armóse D. Quixote, vistiose Sancho, y encima de su ruzio, que no le quiso dexar, aunque le davan vn cavallo; se metió entre la tropa

de los monteros: la Duquesa salió bizarramente adereçada, y Don Quixote de puro cortès, y comedido tomó la rienda de su palafren, aunque el Duque no queria consentirlo; y finalmente llegaron à vn bosque, que entre dos altísimas montañas estava, donde tomado los puestos, paranças, y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se començò la caça con grãde estruendo, grita, y vozeria; de manera, que vnos à otros no podian oirse, assi por el ladrido de los perros, como por el on de las vozinas. Apeose la Duquesa, y con vn agudo venablo en las manos se puso en vn puesto por dõde e' la sabia que solian venir algunos jabalies. Apeose assimismo el Duque, y D. Quixote, y pusieronse a sus lados: Sãcho se puso detrás de todos, sin apearse del ruzio, à quien no o'lava desamparar, porque no le sucediesse algũ desman; y apenas avian sentado el pie, y puesto en ala cõ otros muchos criados suyos, quan lo acosado de los perros, y seguido de los caçadores, vierõ que àzia ellos venia vn desmesurado jabali, cruxiendo dientes, y colmillos, y arrojando espuma por la boca; y en viendolo, abraçãdo su escudo, y puesta mano à su espada, se adelantò à recibirle D. Quixote: lo mismo hizo el Duque con su venablo; pero à todo se adelantàra la



Duquesa, si el Duque no se lo estorvára. Solo Sancho en viendo al valiente animal, desamparó al ruzio, y dio à correr quanto pudo, y procurando subirle sobre vna alta encina, no fue posible; antes estando ya à la mitad de él, asido de vna rama, pugnando subir à la cima, fue tan corto de ventura, y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo se quedó en el ayre, asido de vn gancho de la encina, sin poder llegar al suelo; y viendose así, y que el sayo verde se le rasgava, y pareciendole, q̄ si aquel fiero animal allí llegava le podia alcançar, començò à dar tantos gritos, y à pedir socorro con tãto ahinco, que todos los que le oían, y no le veían, creyeron que estava entre los dientes de alguna fiera. Finalmente el colmilludo jabali quedó atravesado de las cuchilladas de muchos venablos, que se le pusieron delante, y bolviendo la cabeça D. Quixote à los gritos de Sancho, que ya por ellos le avia conocido; viole pendiente de la encina, y la cabeça abaxo, y al ruzio junto à él, que no le desamparó en su calamidad. Dize Cide Hamete, que pocas vezes vió à Sancho Pança sin ver al ruzio, ni al ruzio sin ver à Sancho: tal era la amistad, y buena fee que entre los dos se guardavan. Llegó Don Quixote, y descolgó à Sancho, el qual

viendose libre, y en el suelo miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en el alma, que pensó q̄ tenia en el vestido vn mayorazgo. En esto atravesaró al jabali poderoso sobre vn aze mila, y cubriéndole con matas de romero, y cõ ramas de mico lo llevaron como en señal de victoriosos de los ojos à vnas grãdes tiendas de campaña, que en mitad del bosque estavan puestas, donde hallaron las mesas en la ordẽ, y en la comida adereçada tan sumptuosa, y grande, que se echava bien de ver en ella la grandeza, y magnificencia de quien la dava. Sancho, mostrãdo las llagas à la Duquesa de su roto vestido, dixo: Si esta caça fuera de liebres, ù de paxarillos, seguro estuviera mi sayo de ver se en este extremo. Yo no sè que gusto se recibe de esperar à vn animal, q̄ si os alcanza con vn colmillo, os puede quitar la vida. Yo me acuerdo aver oido cantar vn romãce antiguo, q̄ dize: De los osos seas comido, como Fabila el nombrado. Esse fue vn Rey Godo, dixo D. Quixote, q̄ yendo à caça de mōteria le comió vn oso. Esto es lo q̄ yo digo respondió Sancho, q̄ no querria yo q̄ los Principes, y los Reyes se pusiesen en semejantes peligros, à trueco de vn gusto, que parece q̄ no lo avia de ser, pues consiste en matar à vn animal q̄ no ha cometido delito alguno. Antes os engañais Sancho, respon-



pondió el Duque, porq̄ el exercicio de la caça de montes es el mas conveniente, y necessario para los Reyes, y Principes, que otro alguno. La caça es vna imagen de la gerra, ay en ella estratagemas, astucias, insidias, para vencer à su salvo al enemigo; padecense en ella frios grandísimos, y calores intolerables, menoscabase el ocio, y el sueño; corrobóranse las fuerças, agilitanse los miembros de el que la vsa: y en resolucion, es exercicio que se puede hazer sin perjuizio de nadie, y con gusto de muchos: y lo mejor que tiene es, que no es para todos, como lo es de los otros generos de caça, excepto el de la bolateria, que tambien es solo para Reyes, y grandes señores. Assi que, ò Sancho, mudad de opinion, y quando seais Governador ocupaos en la caça, y vereis como os vale vn pan por ciento. Esto no, respondió Sancho, el buen Governador, la pierna quebrada, y en casa: bueno seria que viniessen los negociantes à buscarle fatigados, y él estuviessen en el monte holgandose, assi en hora mala andaria el Govierno. Mia fee, señor, la caça, y los passatiempos mas han de ser para los holgacanes, que para los Governadores; en lo q̄ yo piesso entretenerme, es en jugar al triúfo embidado las Pascuas, y à los bolos los Domingos, y Fiestas, que estas caças, ni caços

no dizen con mi condicion, ni hazen con mi conciencia. Pleaga à Dios Sancho, que assi sea; porque de el dicho al hecho ay gran trecho. A ya lo que huviere, replicò Sancho, que al buen pagador no le duelen prendas, y mas vale al que Dios ayuda, que al que mucho madruga, y tripas llevan pies, que no pies à tripas; quiero dezir, que si Dios me ayuda, y yo hago lo q̄ devo con buena intencion, sin duda que governare mejor que vn gerifalte: no sino pongame el dedo en la boca, y veràn si aprieto, ò no. Maldito seas de Dios, y de todos sus Santos, Sanchito maldito, dixo Don Quixote, y quando serà el dia, como otras muchas vezes he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes vna razon corriente, y concertada? Vuestras grãdezas dexen à este tóto señores míos, que les molerà las almas, no solo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes, traídos tã à fazon, y tan à tiempo, quanto le dé Dios à él la salud, o à mi, si los querria escuchar. Los refranes de Sancho Pança, dixo la Duquesa, puesto que son mas que los del Comendador Griego, no por esto son menos de estimar, por la brevedad de las sentencias. De mi se dezir, que me dan mas gusto que otros, aũ que sean mejor traídos, y con mas razon acomodados. Con estos, y otros entretenidos razo-



namientos salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranças, presto se les pasó el día, y se les vino la noche, y no tan clara, ni tan fclga, como la fazon del tiempo pedia, que era en la mitad del Verano: pero vn cierto claro escuro, que traxo consigo, ayudò mucho à la intencion de los Duques. Assi como començò à anochacer, vn poco mas adelante del crepusculo, à des hora, parecio que todo el bosque por todas quatro partes se ardie, y luego se oyeron por aqui, y por alli, por acá, y por acullà infinitas cornetas, y otros instrumentos de guerra, como de muchas tropas de cavalleria, que por el bosque passava. La luz del fuego, el son de los belicos instrumentos casi cegarò, y atronarò los ojos, y los oidos de los circunståtes, y aun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lelilles al uso de Moros, quãdo entrã en las batallas: sonaron trompetas, y clarines, retubaron tambores, resonaron pifanos, casi todos à vn tiempo, tan continuo, y tan aprieta, que no tuviera sentido el que no quedàra sin èl al son confuso de tantos instrumentos. Passòse el Duque, suspendiòse la Duquesa, admiròse Dõ Quixote, temblò Sancho Pança: y finalmente, aun hasta los mismos sabidores de la causa se espantaron con el temor les cogio el

silencio, y vn postillon que en trage de demonio les pasó por delante, tocando en vez de corneta, vn hueco, y desinesurado cuerno, que vn ronco, y espantoso fon despedia. Ola, hermano correo, dixo el Duque, quien sois? adonde vais? y què gente de guerra es la que por este bosque parece que atravieffa? A lo que respondió el correo cõ voz horrifona, y desenfadada: Yo soy el diablo, voy à buscar à Dõ Quixote de la Mancha, la gente que por aqui viene son seis tropas de encantadores, que sobre vn carro triunfante traen à la fin par Dulcinca del Toboso, encantada viene con el gallardo Francès Montesinos, à dar orden à Don Quixote de como ha de ser desencantada la tal señora. Si vos fuerades diablo como dezis, y como vuestra figura muestra, ya huvierades conocido al tal Cavallero D. Quixote de la Mancha, pues le teneis delante. En Dios, y en mi cõciencia, respondió el diablo, que no mirava en ello, porque traygo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal à que venia se me olvidava. Sin duda, dixo Sancho, que este demonio deve de ser hombre de bien, y buen Christiano: porque à no serlo, no juràra en Dios, y en mi conciencia. Aora yo tengo para mi, que aũ en el mismo infierno deve de aver buena gente. Luego el demonio, sin



aperse, encaminando la vista à Don Quixote, dixo: A ti el Cavallero de los Leones (que entre las garras de ellos te vea yo) me embia el desgraciado, pero valéte Cavallero Montesinos, mandandome, que de su parte te digo que le esperes en el mismo lugar que te topare, à causa que trae consigo à la que llamã Dulcinea del Tobo, cõ orden de darte la que es menester para desencantarla, y por no ser para mas mi venida, no ha de ser mas mi estado: los demonios, como ya queden contigo, y los Angeles buenos cõ estos señores: y en diziendo esto tocò el desafortado cuerno, y bolvió las espaldas, y fuesse sin esperar respuesta de ninguno. Renovose la admiracion en todos, y especialmente en Sancho, y D. Quixote: en Sancho en ver que à despecho de la verdad querian que estuviesse encantada Dulcinea: en Don Quixote, por no poder assegurarle, si era verdad, ò no lo que le avia pasado en la cueva de Montesinos; y estando elevado en estos pensamientos, el Duque le dixo: Pienso v. m. esperar, señor Don Quixote? Pues no: respondió él, aqui esperarè intrepido, y fuerte, si me viniessse à embestir todo el infierno. Pues si yo veo otro diablo, y oigo otro cuerno como el pasado, assi esperarè yo aqui, como en Flandes, dixo Sancho. En esto se cerró mas la

noche, y començaron à discurrir muchas luzes por el bosque, bien assi como discurren por el Cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen à nuestra vista estrellas que corren. Oyóse asimismo vn espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrido aspero, y continuado se dize, que huyen los lobos, y los osos, si los ay por donde passan. Añadióse à toda esta tempestad otra, que las aumentò todas, que fue, que parecia verdaderamente que à las quatro partes del bosque se estavandando à vn mismo tiempo quatro reencuentros, ò batallas, porque alli sonava el duro estruendo de espantosa artilleria, acullà se disparavan infinitas escopetas; cerca casi sonavan las voces de los combatientes: lexos se reiteravan los leliles Agarenos. Finalmente, las cometas, los cuernos, las bozinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artilleria, los arcabuzes, y sobre todo el temeroso ruido de los carros formavan todos juntos vn lontano confuso, y tan horrédo, que fue menester que D. Quixote se valiesse de todo su coraçõ para sufrirle; pero el de Sancho vino à tierra, y dió con el desmayado en las faldas de la Duquesa, la qual le recibio en el s. y à gran prisa mandò, que le



echassen agua en el rostro. Hizose assi, y él bolvió en su acuerdo à tiempo que ya vn carro de las rechinantes ruedas llegava à aquel puesto, tiravãle quatro perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros; en cada cuerno traian atada, y encendida vna grande hacha de cera, y encima del carro venia hecho vn asiento alto, sobre el qual venia sentado vn venerable viejo, con vna barba mas blanca que la misma nieve, y tan luenga, que le passava de la cintura: su vestidura era vna ropa larga de negro vocazi, que por venir el carro lleno de infinitas luzes, se podia biẽ divisar, y discernir todo lo que en él venia. Guiavanle dos feos demonios, vestidos del mismo vocazi, con tan feos rostros, que Sãcho aviendolos visto vna vez, cerrò los ojos por no verlos otra. Llegando, pues, el carro à igualar al puesto, se levantò de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pie, dãdo vna gran voz, dixo: Yo soy el sabio Lirgandeo, y passò el carro adelante, sin hablar mas palabra. Tras este passò otro carro de la misma manera, con otro viejo entronizado, el qual haziendo que el carro se detuviessè, con voz no menos grave q̃ el otro, dixo: Yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Vrganda la desconocida, y passò adelante. Luego por el mismo continẽte

llegò otro carro; pero el que venia sentado en el trono, no era viejo como los demàs, sino hombre robusto, y de mala catadura, el qual al llegar, levantandose en pie, como los otros, dixo con voz mas ronca, y mas endiablada: Yo soy Arcalaus, el encantador, enemigo mortal de Amadis de Gaula, y de toda su parentela, y passò adelante. Poco desviados de alli hizieron alto estos tres carros, y cessò el enfadoso ruido de sus ruedas, y luego no se oyò otro ruido, sino vn son de vna sueve, y concertada musica formado, con que Sãcho se alegrò, y lo tuvo à buena seña; y assi dixo à la Duquesa, de quien vn punto, ni vn passo se apartava: Señora, donde ay musica, no puede aver cosa mala. Tampoco donde ay luzes, y claridad, respondió la Duquesa. A lo que replicò Sancho, luz dà el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las q̃ nos cercan, y bien podria ser que nos abrasassen: pero la musica siempre es indicio de regozijos, y de fiestas. Ello dirà, dixo Don Quixote, que todo lo escuchava, y dixo bien como se muestra en el capitulo siguiente.





# QVIXOTE DE LA MANCHA.

CAP. XXXV. *Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quixote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.*



**A**L compàs de la agradable música, vieron q̄ àzia ellos venia vn carro de los q̄ llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubiertas empero de lienço blanco, y sobre cada vna venia vn disciplinante de luz, asimismo vestido de blanco, con vna hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos vezes, ya un tres, mayor que los passados, y los lados, y encima del ocu-

pavan otros doze disciplinantes, alvos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admirava, y espantava juntamente, y en levantado trono venia sentada vna Ninfa, vestida de mil vellos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argenteria de oro, que la hazian, sino rica, alomenos vistosamente vestida: traia el rostro cubierto cō vn tralparète, y de-



licado cendal, de modo, que sin impedirlo sus rizos, por entre ellos se descubria vn hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luzes davan lugar para distinguir la belleza, y los años, que al parecer no llegavan à veinte, ni baxavan de diez y siete: junto à ella venia vna figura vestida de vna ropa de las que llaman rozagantes, hasta los pies, cubierta la cabeça con vn velo negro; pero al punto que llegó el carro à estar frente à frente de los Duques, y de D. Quixote, cesò la musica de las

chirimias, y luego la de las harpas, y laudes, que en el carro sonavan; y levantandose en pie la figura de la ropa, la apartò à entrambos lados, y quitandose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la misma figura de la muerte, descarnada, y fea, de que Don Quixote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, y los Duques hizierò algun sentimiento temeroso. Alçada, y puesta en pie esta muerte viva, con voz algo dormida, y con lengua no muy despierta, començò à dezir desta manera.

Yo soy Merlin, aquel que en las historias  
Dizen que tuve por padre al diablo,  
Mentira autorizada de los tiempos,  
Principe de la Magica, y Monarca,  
Y Archivo de la ciencia Zoroastrica,  
Emulo à las edades, y à los siglos,  
Que solapar pretenden las hazañas  
De los andantes bravos Cavalleros,  
A quien yo tuve, y tengo gran cariño.

Y puesto que es de los encantadores,  
De los Magos, ò Magicos continuo,  
Dura la condicion, aspera, y fuerte,  
La mia es tierna, blanda, y amorosa,  
Y amiga de hazer bien à todas gentes.

En las cabernas lobregas de Dite,  
Donde estava mi alma entretenida,  
En formar ciertos rombos, y caracteres,  
Llegò la voz doliente de la bella,  
Y sin par Dulcinea del Toboso.

Supe su encantamento, y su desgracia,  
Y su transformacion de gentildama



En rustica aldeana, condolime,  
Y encerrando mi espíritu en el hueco  
De esta espantosa, y fiera notomia,  
Después de aver rebuelto cien mil libros  
De esta mi ciencia endemoniada, y torpe,  
Vengo à dar el remedio que conviene  
A tamaño dolor, à mal tamaño.

O tu gloria, y honor de quantos visten  
Las tunicas de azero, y de diamante,  
Luz, y farol, fendero, norte, y guia,  
De aquellos que dexando el torpe sueño,  
Y las ociosas plumas, se acomodan  
A usar el exercicio intolerable  
De las sangrientas, y pessadas armas!  
A ti digo, ò varon, como se deve,  
Por jamàs alabado, à ti valiente.

Juntamente, y discreto Don Quixote,  
De la Mancha esplendor, de España estrella,  
Que para cobrar su estado primo  
La sin par Dulcinea del Toboso,  
Es menester que Sancho tu escudero  
Se de tres mil açotes, y trecientos  
En ambas sus valientes posaderas,  
Al ayre descubiertas, y de modo,  
Que le escuegan, le amarguen, y le enfaden,  
Y en esto se resuelven todos quantos  
De su desgracia han sido los autores,  
Y à esto es mi venida mis señores.

Voto à tal, dixo à esta sazon  
Sancho, no digo tres mil aço-  
tes; pero así me darè yo tres, co-  
mo tres puñaladas: valate el  
diablo por modo de desencan-  
tar, yo no sè que tienen que ver  
mis posas con los encantos? Par  
Dios que si el señor Merlin no  
ha hallado otra manera como  
desencantar à la señora Dulci-

nea del Toboso; encantada se po-  
drà ir à la sepultura. Tomaros  
he yo, dixo Don Quixote, don  
villano, harto de ajos, y amarra-  
ros he à vn arbol desnudo co-  
mo vuestra madre os pariò, y  
no digo yo tres mil, y trecien-  
tos, sino seis mil y seiscientos  
açotes os darè, tan bien pega-  
dos, que no se os caigan à tres  
mil



mil y trecientos tirones, y no me repliqueis palabra, que os arrancaré el alma. Oyendo lo qual Merlin dixo: No ha de ser afsi, porque los açotes que ha de recibir el buen Sancho, han de ser por su voluntad, y no por fuerça, y en el tiempo que él quisiere, q̄ no se le pone termino señalado; pero permítesele, que si él quisiere redimir su vexacion por la mitad deste vapulamiéto, puede dexar que se los dé agena mano, aunq̄ tenga algo de pesada. Ni agena, ni propia, ni pesada, ni por pesar, replicó Sancho, à mi no me ha de tocar alguna mano: pari yo por ventura à la señora Dulcinea del Toboso, para que pague mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo si, que es parte suya, pues la llama à cada passo mi vida, mi alma, sustento, y arrimo suyo, se puede, y deve açotar por ella, y hazer todas las diligencias necesarias para su desencanto. Pero açotarme yo, abernuncio. Apenas acabo de dezir esto Sancho, quando levantandose en pie la argentada Ninfa, que junto al espíritu de Merlin venia, quitandosele el sutil velo de el rostro, le descubrio, tal, que à todos parecio mas que demasadamente hermoso, y cō vn desenfado varonil, y con vna voz muy adamada, hablando derechamente con Sancho Pança, dixo: O malaventurado escu-

dero, alma de cantaro, coraçon de alcornoque, de entrañas guiñas, y a pedernaladas, si te mãdaran, ladrõ, de suella caras, que te arrojâras de vna alta torre al suelo: si te pidieran, enemigo del genero humano, que te comieras vna dozenas de sapos, dos de lagartos, y tres de culebras: si te persuadieran à que matâras à tu muger, y à tus hijos cō algun truculento, y agudo alfange, no fuera maravilla que te mostraras melindroso, y esquivo; pero hazer caçote de tres mil y trecientos açotes, que no ay niõ de la doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, espanta à todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos que lo vinieren à saber con el discurso del tiempo; pon, ò miserable, y endurecido animal: pon, digo, eslos tus ojos de mochuelo espantadizo en las niñas destos mios, comparados à rutilantes estrellas, y verâslos llorar hilo à hilo, y madeja à madeja, haziendo surcos, carreras, y sendas por los hermosos campos de mis mexillas. Muevate, focarron, y mal intencionado monstruo, que la edad tan florida mia, que aun se està todavia en el diez, y de los años, pues tengo diez y nueve, y no llego à veinte se cõsume, y marchita debaxo de la corteza de vna rustica labradora, y si aora no lo parezco, es merced parti-



ricular que me ha hecho el señor Merlin, que está presente, solo porque te enternezca mi belleza, que las lagrimas de vna a fiigida hermosura buelven en algodón los riscos, y los tigres en ovejas. Date, date en estas carnaças, bestion indomito, y faca de haron esse brio, que à solo comer, y mas comer te inclina; y pon en libertad la lifura de mis carnes, la mansedumbre de mi condicion, y la belleza de mi faz: y si por mi no quieres ablandarte, ni reducirte à algun razonable termino, hazlo por esse pobre Cavallero, que à tu lado tienes, por tu amo digo, de quien estoy viendo el alma, q̄ la tiene atravesada en la gargate, no diez dedos de los labios, q̄ no espera fino tu rigidi, ò blanda respuesta, ò para salirse por la boca, o para bolverse al estomago.

Tentòse, oyendo esto, la garganta Don Quixote, y dixo, bolviendose al Duque: Por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad, que aqui tengo el alma atravesada en la garganta, como vna nuez de ballesta. Què dezis vos à esto Sancho? preguntó la Duquesa. Digo, señora, respondió Sancho, lo que tengo dicho, que de los açotes abernuncio. Abernuncio aveis de dezir, Sancho, y no como dezis, dixo el Duque. Dexeme vuestra grãdeza, respondió Sancho, que

no estoy aora para mirar en lo-tilizas, ni en letras mas à menos; porque me tienen tan turbado estos açotes, que me han de dar, ò me tengo de dar, que no sé lo que me digo, ni lo que me hago: pero querria yo saber de la señora mi señora Doña Dulcinea del Toboso, adonde aprendió el modo de rogar que tiene; viene à pedirme que me abra las carnes à açotes, y llamame alma de cantaro, y bestion indomito, con vna tiramira de malos nombres que el diablo los sufra. Por ventura son mis carnes de bronce? ò vame à mi algo en que se desencante, ò no? què canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores, y de escarcarpines (aunque no los gasto) trae delante de si para ablandarme, fino vn vituperio, y otro, sabiendo aquel refran q̄ dizé por ai, que vn asno cargado de oro, sube ligero por vna montaña, y queda divas quebrantã peñas; y à Dios rogando, y con el mazo dando; y q̄ mas vale vn toma, q̄ dos te darè. Pues el señor mi amo, q̄ avia de traerme la mano por el cerro, y halagarme, para que yo me hiziesse de lana, y de algodõ cardado, dize q̄ si me co-ge me amarrará desnudo à vn arbol, y me doblará la parada de los açotes: y avian de cõsiderar estos lastimados señores, que no solamente piden q̄ se açote vn escudero, fino vn Governador,



como quien dize, bebè cõ guindas, aprendan, aprendan mucho de en hora mala a saber rogar, y a saber pedir, y a tener criança, que no son todos los tiempos vnos, ni están los hombres siempre de vn buen humor: estoy yo aora rebentando de pena, por ver mi sayo verde roto, y vienen a pedirme, que me açote de mi voluntad, estando ella tã agena dello, como de bolverme Cazique. Pues en verdad, amigo Sancho, dixo el Duque, que fino ablandais mas que vna breva madura, que no aveis de empuñar el gobierno. Bueno feria que yo embiasse a mis insulanos vn Governador cruel, de entrañas pedernalinas, que no se doblega a las lagrimas de las afligidas doncellas, ni a los ruegos de discretos imperiosos, y antiguos encantadores, y sabios. En resolucion Sancho, o vos aveis de ser açotado, o os han de açotar, o no aveis de ser Governador. Señor, respondió Sancho, no se me darian dos dias de termino para pensar lo que me està mejor? No, en ninguna manera, dixo Merlin, aqui en este instante, y en este lugar ha de quedar asentado lo que ha de ser de este negocio, o Dulcinea bolvera a la cueva de Montesinos, y a su pristino estado de labradora, o yã en el ser que està serà llevada a los Eliseos campos, donde estará esperando se cumpla el numero del vapulo.

Ea buen Sancho, dixo la Duquesa, buen animo, y buena correspondencia al pan que aveis comido del señor Don Quijote, a quien todos devemos servir, y agradar por su buena condicion, y por sus altas Cavallerias. Dad el si, hijo, de la açotaina, y vayase el diablo para diablo, y el temor para merquino, que vn buen coraçon quebranta mala ventura, como vos bien sabeis. A estas razones, respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlin le preguntò. Diga-me vuestra merced, señor Merlin, quando llego aqui el diablo correo, y dió a mi amo vn recado del señor Montesinos, mandandole de su parte, que le esperasse aqui, porque venia a dar orden que la señora Doña Dulcinea del Toboso se desencantasse, y hasta aora no hemos visto a Montesinos, ni a sus semejanzas? A lo qual respondió Merlin, el diablo, amigo Sancho, es vn ignorante, y vn grandisimo vellaco, yo le embie en busca de vuestro amo; pero no con recado de Montesinos, sino mio, porque Montesinos se està en su cueva, entendiendo, o por mejor dezir, esperando su desencanto, que aun le falta la cola por desollar, si os deve algo, o teneis alguna cosa que negociar con el, yo os lo traerè, y pondre donde vos mas quisiereis: y por aora acabad de dar el si de esta



esta disciplina, y creedme, que os será de mucho provecho, así para el alma, como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la hareis: para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexion sanguinea, y no os podrá hazer daño sacaros vn poco de sangre. Muchos Medicos ay en el mundo, hasta los encantadores son medicos, replicò Sancho; pero pues todos me lo dizen, aunque yo no me lo veo, digo, que soy contento de darme los tres mil y trecientos açotes, con condicion, que me los tengo de dar cada, y quando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los dias, ni el tiempo, y yo procurarè salir de la deuda lo mas presto que sea posible, porque goze el mundo de la hermosura de la señora Doña Dulcinea del Toboso; pues segun parece, al rebès de lo que yo pensava, en efecto es hermosa. Ha de ser tambien condiciõ, que no he de estar obligado à facarme sangre con la disciplina, y que si algunos açotes fueren de molqueo, se me han de tomar en cuèta. Iten, que si me errare en el numero, el señor Merlin, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos, y de avisarme los que me faltan, ò los que me sobran. De los sobrados no avrá que avisar, respondió Merlin, porque llegando al cabal numero, luego quedará de improvifo desencanta-

da la señora Dulcinea, y vendrá à buscar, como agradecida, al buen Sancho, y à darle gracias, y aun premios por la buena obra. Así, que no ay de que tener escrupulo de las sobras, ni de las faltas, ni el Cielo permita, que yo engañe à nadi, aunque sea en vn pelo de la cabeça. Ea, pues, à la mano de Dios, dixo Sancho, yo consiento en mi malaventura, digo, que yo acepto la penitencia con las condiciones apuntadas. Apenas dixo estas vltimas palabras Sancho, quando bolvió à sonar la musica de las chirimias, y se bolvieron à disparar infinitos arcabuzes. y D. Quixote se colgó del cuello de Sancho, dandole mil besos en la frente, y en las mexillas. La Duquesa, y el Duque, y todos los circunstantes dieron muestras de aver recibido grandissimo contento, y el carro començò à caminar, y al passar, la hermosa Dulcinea inclinó la cabeça à los Duques, y hizo vna gran reverencia à Sancho: y yá en esto se venia à mas andar el Alva alegre, y risueña, las florecillas de los campos se descollavan, y erguan, y los liquidos cristales de los arroyos, murmurando por entre blancas, y pardas guijas, iban à dar tributo à los rios que las esperavan, la tierra alegre, el Cielo claro, el ayre limpio, la luz serena, cada vno por si, y todos juntos davan mani-



fiestas señalas, que el dia que al Aurora venia pifando las faldas, avia de ser sereno, y claro. Y satisfechos los Duques de la caça, y de aver conleguido su intencion discreta, y felizmente, se bolvieron à su Castillo, con presupuesto de seguir en sus burlas, que para ellos no avia veras, que mas gusto les diessen.

**CAP. XXXVI.** *Donde se cuenta la estrecha, y jamás imaginada aventura de la dueña dolorida, aliàs de la Condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Pança escribió à su muger Teresa Pança.*

**T**Enia vn Mayordomo el Duque, de muy burlesco, y desenfadado ingenio, el qual hizo la figura de Merlin, y acomodò todo el aparato de la aventura passada, compuso los versos, y hizo que vn page hiziesse à Dulcinea. Finalmente, con intervencion de sus señores, ordenò otra del mas gracioso, y extraño artificio que puede imaginarse. Preguntò la Duquesa à Sancho otro dia, si avia començado la tarea de la penitencia, que avia de hazer por el desencanto de Dulcinea, dixo que si, y que aquella noche se avia dado cinco acotes. Preguntòle la Duquesa, que cò que se los avia dado, respondió, que con la ma-

no. Esto, replicò la Duquesa, mas es darse de palmadas, que de acotes: yo tègo para mi, que el sabio Merlin no estarà contento con tanta blandura, menester serà, que el buen Sancho haga alguna disciplina de abrojos, ù de las de canelones, que se dexen sentir; porque la letra con sangre entra, y no se ha de dar tã varata la libertad de vna tan grã señora, como lo es Dulcinea, por tan poco precio. A lo que respondió Sancho: Dame vuestra señoria alguna disciplina, ò ramal conveniente, que yo me darè con èl, como no me duela demasiado; porq̄ hago saber à vuestra merced, que aunque soy rustico, mis carnes tienen mas de algodòn, que de esparto, y no serà bien que yo me descrie por el provecho ageno. Sea en buena hora, respondió la Duquesa, yo os darè mañana vna disciplina, que os venga muy al justo, y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias. A lo que dixo Sancho, sepa vuestra alteza, señora mia, que yo tengo escrita vna carta à mi muger Teresa Pança, dandole cuenta de todo lo que me ha sucedido despues que me apartè della; aqui la tègo en el seno, que no le falta mas de ponerle el sobre escrito: querria que vuestra discrecion la leyessè, porque me parece, que vâ conforme à lo Go-



vernador, digo al modo que deven de escribir los Governadores. Y quien la notó? preguntò la Duquesa. Quien la avia de notar sino yo, pecador de mi, respondió Sancho. Y escrivítesla vos? dixo la Duquesa. Ni por pienso, respondió Sancho; porque yo no sé leer, ni escribir, puesto que sé firmar. Veámosla, dixo la Duquesa, que á buen seguro, que vos mostreis en ella la calidad, y suficiencia de vuestro ingenio. Sacò Sancho vna carta abierta del seno, y tomandola la Duquesa, vio que dezia desta suerte.

*Carta de Sancho Pança á Teresa Pança su muger.*

**S**I buenos acotes me davan, bien cavallero me iba; si buen Gobierno me tengo, buenos acotes me cuesta. Esto no entenderás tu, Teresa mia por aora, otra vez lo sabrás: has de saber Teresa, que tengo determinado, que andes en coche, que es lo que haze al calo; porque todo otro andar, es andar á gatas. Muger de vn Governador eres, mira si te roera nadie los çancajos: ai te embio vn vestido verde de caçador, que me diò mi señora la Duquesa, acomodale en modo que sirva de saya, y cuerpos á nuestra hija. Don Quixote mi amo, segun he oido dezir en esta tie-

rra, es vn loco cuerdo, y vn mētecato gracioso, y que yo no le voy en zaga. Hemos estado en la cueva de Montefinos, y el fabio Merlin ha echado mano de mi para el desencanto de Dulcinea del Toboso, que por allá se llama Aldonça Lorenzo con tres mil y trecientos açotes, menos cinco, que me he de dar, quedará desencantada como la madre que la parió. No dirás de esto nada á nadie, porque ponlo tuyo en Concejo, y vnos dirán que es blanco, y otros que es negro. De aqui á pocos dias me partiré al Gobierno, adonde voy con grandísimo deseo de hazer dineros, porque me han dicho, que todos los Governadores nuevos van con este mesmo deseo; tomarle el pulso, y avisarēte, si has de venir á estar conmigo, o no. El ruzio está bueno, y se te encomienda mucho, y no le pienso dexar, aunque me llevarán á ser gran Turco. La Duquesa mi señora te besa mil vezes las manos, buelvele el retorno con dos mil, que no ay cosa que menos cueste, ni valga mas varata, segun dize mi amo, que los buenos comedimientos. No ha sido Dios servido de depararme otra maleta con otros cie eicudos, como la de marras; pero no te de pena Teresa mia, q̄ en salvo está el q̄ repica, y todo saldrá en la colada del gobierno, sino q̄ me ha dado



gran pena, que me dizen, que si vna vez le pruebo, que me tengo de comer las manos tras el, y si así fuesse, no me estaria muy varato, aunque los estropeados, y mancos ya se tienen su Canongia en la limosna que piden: así que por vna via, ó por otra tu has de ser rica, y de buena ventura. Dios te la dè, como puede, y à mí me guarde para servirte. Deste Castillo valiente de Iulio de 1614.

*Tu marido el Governador  
Sancho Pança.*

En acabando la Duquesa de leer la carta, dixo à Sancho: En dos cosas anda vn poco descaaminado el buen Governador: la vna, en dezir, ó dar à entender, que esse Gobierno se le ha dado por los açotes que se ha de dar, sabiendo el, que no lo puede negar, que quando el Duque mi señor se le prometió, no se soñava aver açotes en el mundo: la otra es, que se muestra en ella muy codicioso, y no querria que oregano fuesse; porque la codicia rompe el saco, y el Governador codicioso haze la justicia desgobernada. Yo no lo digo por tanto señora, respondió Sancho, y si à vuestra merced le parece que la tal carta no vâ como ha de ir, no ay sino rasgarla, y hazer otra nueva, y podria ser, que fuesse peor, si me lo dexan à mí cale-

tre. No, no, replicò la Duquesa, buena està esta, y quiero que el Duque la vea. Con esto se fueron à vn jardin, donde avian de comer aquel dia: mostrò la Duquesa la carta de Sancho al Duque, de que recibió grandissimo contento. Comieron, y despues de aver alçado los manteles, y despues de averse entretenido vn buen espacio con la sabrosa conversacion de Sancho, à deshora se oyò el son tristissimo de vn pifano, y el de vn ronco, y destemplado tambor; todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial, y triste armonia; especialmente D. Quixote, que no cabia en su asiento de puro alborotado: de Sãcho no ay que dezir, sino que el miedo le llevó à su acostumbrado refugio, q era el lado, ó faldas de la Duquesa; porque real, y verdaderamente el son que se escuchava era tristissimo, y melancolico. Y estando todos así suspensos, vieron entrar por el jardin adelante dos hombres vestidos de luto, tan luengo, y tendido, que les arrastrava por el suelo: estos venian tocando dos grandes tãbores, así mismo cubiertos de negro; à su lado venia el pifano, negro, y pizmiento como los demás: seguia à los tres vn personage de cuerpo agigantado, amantado, no que vestido con vna negrissima loba, cuya falda era así mismo defaforada  
de



de grande, por encima de la loba le ceñia, y atravesava vn ancho tahali, tambien negro, de quien pendia vn desmesurado alfange, de guarniciones, y vaina negra. Venia cubierto el rostro con vn trasparente velo negro, por quien se entreparecia vna longuissima barba, blanca como la nieve. Movia el passo al son de los tambores, con mucha gravedad, y reposo. En fin, su grandeza, su contoneo, su negrura, y su acompañamiento pudiera, y pudo suspender à todos aquellos que sin conocerle le miraron. Llegò, pues, con el espacio, y prosopopeya referida à hincarse de rodillas ante el Duque, que en pie, con los demás que alli estavan le atendia. Pero el Duque en ninguna manera le consintió hablar, hasta que se levantasse. Hizolo así el espantajo prodigioso, y puesto en pie, algo el antifaz del rostro, y hizo patente la mas horrenda, la mas larga, la mas blanca, y mas poblada barba que hasta entonces humanos ojos avian visto, y luego desencaxò, y arracò del ancho, y dilatado pecho vna voz grave, y sonora, y poniendo los ojos en el Duque, dixo: Altissimo, y poderoso señor, a mi me llaman Trifaldin el de la barba blanca; soy escudero de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la dueña Dolorida, de parte de la qual traigo à vuestra grandeza vna

embaxada, y es, que la vuestra magnificècia sea servida de dar la facultad, y licencia para entrar à dezirle su cuita, q̄ es vna de las mas nuevas, y mas admirables, que el mas cuitado pensamiento de el Orbe pueda aver p̄fado: y primero quiere saber si està en este vuestro castillo el valeroso, y jamàs vencido Cavallero D. Quixote de la Mancha, en cuya busca viene, à pie, y sin desayunarse desde el Reino de Cãdaya, hasta este vuestro Estado, cosa q̄ se puede, y deve tener à milagro, ò à fuerça de encantamento: ella queda à la puerta desta fortaleza, ò casa de campo, y no aguarda para entrar, sino vuestro beneplacito; dixè, y tosiò luego, y manoseò-se la barba de arriba abaxo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo à la respuesta de el Duque, que fue: Ya buen escudero Trifaldin de la blanca barba ha muchos dias que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la Condesa Trifaldi, à quien los encãtadores la hazè llamar la dueña Dolorida; bien podeis estupendo escudero dezirle, que entre, y q̄ aqui està el valiente Cavallero Don Quixote de la Mancha, de cuya condiciõ generosa puede prometerse con seguridad todo amparo, y toda ayuda: y asimismo le podreis dezir de mi parte, que si mi favor le fuere necesario, no le ha de faltar, pues



ya me tiene obligado à darle el Cavallero, à quien es anexo, y concerniente favorecer à toda suerte de mugeres, en especial à las dueñas viudas, menoscabadas, y doloridas, qual lo devia estàr su señoria. Oyendo lo qual Trifaldin inclinò la rodilla hasta el suelo, y haziendo al pifano, y tambores señal que tocassen, al mismo son, y al mismo passo que avia entrado, se bolvio à salir del jardin, dexando à todos admirados de su presencia, y compostura. Y bolviendose el Duque à Don Quixote, le dixo: En fin, famoso Cavallero, no pueden las tinieblas de la malicia, ni de la ignorancia encubrir, y obscurecer la luz del valor, y de la virtud. Digo esto, porque apenas ha seis dias que la vuestra bondad està en este Castillo, quando ya os viene à buscar de dueñas, y apartadas tierras, y no en carroças, ni en dromedarios, sino à pie, y en ayunas, los tristes, los afligidos, confusos que han de hallar en este fortissimo brazo el remedio de sus cuitas, y trabajos, merced à vuestras grandes hazañas, que corren, y rodean todo lo descubierto de la tierra. Quisiera yo, señor Duque, respondiò Don Quixote, que estuviere aqui presente aquel bendito Religioso, que à la mesa el otro dia mostrò tener tan mal talante, y tan mala ogreza contra los Cavalleros an-

dantes, para que viera por vista de ojos, si los tales Cavalleros son necesarios en el mundo: tocàra por lo menos con la mano, que los esttraordinariamente afligidos, y desconsolados, en casos grandes, y en desdichas inormes no vayan à buscar su remedio à las casas de los Letrados, ni à la de los Sacristanes de las Aldeas, ni al Cavallero que nunca ha acertado à salir de los terminos de su lugar, ni al perezofo Cortesano, que antes busca nuevas para referirlas, y contarlas, que procurar hazer obras, y hazañas, para que otros las cuenten, y las escrivan. El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor, que en los Cavalleros andantes, y de serlo yo doy infinitas gracias al Cielo, y doy por muy bien empleado qualquier delman, y trabajo que en este tan honroso exercicio pueda sucederme. Venga esta dueña, y pida lo que quisiere, q̄ yo le librare su remedio en la fuerça de mi brazo, y en la intrepida resolución de mi animoso espíritu.





CAP. XXXVII. *Donde se prosigue la famosa aventura de la dueña dolorida.*

EN extremo se holgaron el Duque, y la Duquesa de ver quan bien iba respondiendo à su intencion D. Quixote, y à esta sazón dixo Sancho: No querria yo que esta señora dueña pusiesse algun tropieco a la promessa de mi Governó: porque yo he oído dezir à vn Boticario Tolitano, que hablava como vn filguero, que donde interviniessen dueñas, no podia suceder cosa buena. Valgame Dios, y quan mal estava con ellas el tal Boticario! de lo que yo faco, que pues todas las dueñas son enfadadas, è impertinentes, de qualquiera calidad, y condicion que sean, que serán las que son doloridas, como han dicho que es esta Condesa Tresfaldas, ò Trescolas? Que en mi tierra faldas, y colas, colas, y faldas, todo es vno. Calla Sancho amigo, dixo Don Quixote, que pues esta señora dueña de tan buenas tierras viene à buscarme, no deve ser de aquellas que el Boticario tenia en su numero; quanto mas esta es Condesa, y quando las Condesas sirven de dueñas, será sirviendo à Reynas, y Emperatrices, que en sus casas son señorissimas, que se sirven

de otras dueñas. A esto respondió Doña Rodriguez, que se hallò presente: Dueñas tiene mi señora la Duquesa en su servicio, que pudieran ser Condesas, si la fortuna quisiera; pero allá van leyes do quieren Reyes, y nadie diga mal de las dueñas, y mas de las antiguas, y doncellas, que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza, y se me trasluze la ventaja que haze vna dueña doncella à vna dueña viuda, y quien à nosotras traquilo, las tixeras le quedaron en la mano. Con todo esto, replicò Sancho, ay tanto que traquilar en las dueñas, segun mi barbero, quanto será mejor no menear el arroz, aunque se pegue. Siempre los escuderos, respondió Doña Rodriguez, son enemigos nuestros, q̄ como son duendes de las antepasadas, y nos ven à cada passo, los ratos que no rezan (que son muchos) los gastan en murmurar de nosotras, desenterrandonos los huesos, y enterrandonos la fama. Pues mandoles yo à los leños mouibles, que mal que les pese hemo de vivir en el mundo, y en las casas principales, aunque muramos de hambre, y gubramos con vn negro mongil nuestras delicadas, ò no delicadas carnes, como quien cubre, o tapa vn muladar con vn tapiz en dia de procesion. A fee que si me fuera dado, y el tiempo lo pidiera, que yo diera



à entender, no solo à los presentes, sino a todo el mundo, como no ay virtud q̄ no se encierre en vna dueña. Yo creo, dixo la Duquesa, que mi buena Doña Rodriguez tiene razon; y muy grãde; pero conviene que aguarde tiẽpo para bolver por sí, y por las demas dueñas, para confundir la mala opinion de aquel mal Boticario, y desarraigãr la que tiene en su pecho el gran Sancho Pança. A lo que Sancho respõdió: Despues que tengo humos de Governador se me han quitado los vaguidos de escudero, y no se me dà por quantas dueñas ay en vn cabrahigo. Adelante passãran con el coloquio dueñesco, sino oyerã que el pifano, y los tambores bolvian à sonar, por donde entendieron, que la dueña dolorida entrava. Preguntóla Duquesa al Duque, si seria bien ir à recibirla, pues era Condesa, y persona principal. Por lo que tiene de Condesa, respondiò Sancho antes que el Duque respondiesse, bien estoy en que vuestras grandezas salgan à recibirla; pero por lo de dueña, soy de parecer, que no se muevan vn passo. Quien te mete à tien esto, Sancho, dixo Don Quixote? Quien señor? respõdió Sancho, yo me meto, que puedo meterme, como escudero q̄ ha apren dido los terminos de la cortesia en la escuela de vuestra merced, que es el mas cortès, y bien

criado Cavallero que ay en toda la cortesania; y en estas cosas, segun he oido dezir à vuestra merced, tanto se pierde por carta de mas, como por carta de menos: y al buen entendedor pocas palabras. Afsi es como, Sancho dize, dixo el Duque; verẽmos el talle de la Condesa, y por el tantearemos la cortesia que se le deve. En esto entraron los tambores, y el pifano, como la vez primera. Y aqui cõ este brebe capitulo diò fin el Autor, y començò el otro, siguiendo la mesma aventura, que es vna de las mas notables de la historia.

**CAP. XXXVIII.** *Donde se cuenta la que diò de su mala andança la dueña dolorida.*

**D**Etràs de los tristes músicos començaron à entrar por el jardin adelante hasta cantidad de doze dueñas, repartidas en dos hileras, todas vestidas de vnos mongiles anchos, al parecer de anascote batanado, con vnas tocas blancas de delgado canequi, tan luegas, que solo el ribete del mongil descubrian. Tras ellas venia la Condesa Trifaldi, à quien traia de la mano el escudero Trifaldin de la blanca barba, y vestida de finissima, y negra vayeta, por frifar, que à venir frifada, descubriera cada grano de



el grandor de vn garvanço de los buenos de Martos, y la cola, ò falda (ò como llamarla quisieren) era de tres puntas, las quales se sustentavan en las manos de tres pages, assimismo vestidos de luto, haziendo vna vistosa, y matematica figura, cõ aquellos tres angulos acutos, que las tres puntas formavan; por lo qual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron, que por ella se devia llamar la Condesa Trifaldi, como si dixessemos, la Condesa de las tres faldas: y assi dize Benengeli, que fue verdad, y que de su proprio apellido se llama la Condesa Lobuna, à causa que se criavan en su Condado muchos lobos, y que si como eran lobos fueran zorras, la llamaran la Condesa Zorrana, por ser costumbre en aquellas partes tomar los señores la denominacion de sus nombres de la cosa, ò cosas en que mas sus Estados abundan: empero esta Condesa por favorecer la novedad de su falda dexò la Lobuna, y tomò el Trifaldi. Venian las doze dueñas, y la señora à passo de procession, cubiertos los rostros con vnos velos negros, y no transparentes, como el de Trifaldin, sino tan apretados, que ninguna se trasluzian. Assi como acabò de parecer el dueñesco el quadron, el Duque, la Duquesa, y D. Quixote se pusieron en pie, y todos aquellos que la espaciosa proces-

sion miravan. Pararon las doze dueñas, y hizieron calle, por medio de la qual Dolorida se adelantò, sin dexarla de la mano Trifaldin. Viendo lo qual el Duque, la Duquesa, y D. Quixote se adelantaron obra de doze passos à recibirla. Ella puestas las rodillas en el suelo, con voz antes basta, y rõca, que sutil, y delicada, dixo: Vuestras grandezas sean servidas de no hazer tanta cortesia à este su criado, digo à esta su criada; por que segun soy de dolorida, no acertarè à responder à lo q̄ devo, à causa que mi estraña, y jamàs vista desdicha me ha llevado el entendimiento, no se adõde, y deve de ser muy lexos, pues quanto mas le busco, menos le hallo. Sin èl estaria, respondiò el Duque, señora Condesa, el q̄ no descubriese por vuestra persona vuestro valor; el qual sin mas ver, es merecedor de toda la nata de la cortesia, y de toda la flor de las bien criadas ceremonias, y levantádola de la mano, la llevò à assentar en vna silla junto à la Duquesa, la qual la recibió assimismo cõ mucho comedimiento. Don Quixote callava, y Sancho andava muerto por ver el rostro de la Trifaldi, y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fue posible, hasta que ellas de su grado, y voluntad se descubrieron: fosegados todos, y puestas en silencio estaban esperando quien la



avia de romper, y fue la dueña dolorida con estas palabras. Confada estoy, señor poderoso, hermoſísima señora, y discretíſimos circunſtantes, que ha de hallar mi cuitíſima en vuestros valeroſíſimos pechos acogimiento, no menos placido, que generoſo, y doloroſo, porque ella es tal, que es bastante à enternecer los marmoles, y ablandar los diamantes, y à molificar los azeros de los mas endurecidos coraçones del mundo: pero antes que salga à la plaza de vuestros oidos (por no dezir orejas) quisiera que me hizieran ſabidora ſi eſtá en eſte gremio, corro, y compañía el acendradíſſimo Cavallero Dō Quixote de la Manchíſſima, y ſu eſcuderíſſimo Pança. El Pança, antes que otro repondieſe dixo, Sancho. Aquí eſtá, y el Don Quixotíſſimo aſſimíſimo, y aſſi podreis, doloroſíſima dueñíſſima, dezir lo que quisiere díſſimis, que todos eſtas prompts, y aparejadíſſimos à ſer vuestros ſervidoríſſimos: en eſto ſe levantó Don Quixote, y encaminando ſus razones à la dolorida dueña, dixo: Si vueſtras cuitas, anguſtiada ſeñora, ſe pueden prometer alguna eſperança de remedio por algun valor, ò fuerças de algun andante Cavallero. Aquí eſtán las mias, que aunque ſiacas, y breves, todas ſe emplearàn en vuestro ſervicio. Yo ſoy Don Qui-

xote de la Mácha, cuyo aſſumpto es acudir à toca fuerte de menesterosos: y ſiendo eſto aſſi, como lo es, no aveis menester, ſeñora, captar beneficiencias, ni buſcar preambulos, ſino à la llana, y ſin rodeos dezir vuestros males, que oidos os eſcuchan, que ſabrán, ſino remediarlos, dolerſe dellos. Oyendo lo qual la dolorida dueña, hizo ſeñal de querer arrojarſe à los pies de Don Quixote, y aun ſe arrojò, y pugnando por abraçarſelos, dezia: Ante eſtos pies, y piernas me arrojò, ò Cavallero invicto, por ſer los que ſon baſas, y columnas de la andante Cavalleria: eſtos pies quiero beſar, de cuyos paſſos pende, y cuelga todó el remedio de mi deſgracia. O valeroſo Andante, cuyas verdaderas fazañas dexan atrás, y obſcurecen las fabuloſas de los Amadiſes, Eſplandianes, y Belianíſes! Y dexando à Don Quixote, ſe bolvió à Sancho Pança, y aſiendole de las manos le dixo: O tu el mas leal eſcudero que jamás ſirvió à Cavallero Andante, en los preſentes, ni en los paſſados ſiglos, mas luego en bondad que la barba de Trifaldi mi acompañador, que eſtá preſente, bien puedes preciarte, que en ſervir al gran Don Quixote, ſirves en cifra à toda la caterva de Cavalleros que han tratado las armas en el mundo: con jurote, por lo que debes à tu bondad fidelíſſima



me seas buen intercessor con tu dueño, para que luego favorezca à esta humilissima, y desdichadissima Condesa. A lo que respondiò Sancho, de que sea mi bondad, señora mia, tan larga, y grande, como la barba de vuestro escudero, à mi me haze muy poco al caso: barbada, y con vigores tenga yo mi alma quando desta vida vaya, que es lo que importa, que de las barbas de acá, poco, ò nada me curo; pero sin estas localinas, ni plegarias, yo rogare à mi amo (que se me quiere biẽ, y mas agora que ha menester para cierto negocio) que favorezca, y ayude à vuestra merced en todo lo que pudiere, vuestra merced desembaule su cuita, y cuentenosla, y dexehazer, que todos nos entenderemos. Reventavan de risa con estas cosas los Duques, como aquellos que avian tomado el pulso à la tal aventura, y alabavan entre si la agudeza, y dissimulacion de la Trifaldi, la qual bolviendo à sentar, dixo, del famoso Reyno de Candaya, que cae entre la gran Trapobana, y el mar del Sur, dos leguas mas allã del Cabo Comorin, fue señora la Reyna Doña Maguncia, viuda del Rey Archipelo, su señor, y marido, de cuyo matrimonio tuvieron, y procrearon à la Infanta Antonomasia, heredera del Reyno, la qual dicha Infanta Antonomasia se

criò, y creció debaxo de mi tutela, y doctrina, por ser yo la mas antigua, y la mas principal dueña de su madre. Succidiò, pues, que yendo dias, y viniendo dias, la niña Antonomasia llegó a edad de catorze años, con tan gran perfeccion de hermosura, que no la pudo subir mas de punto la naturaleza. Pues digamos agora, que la discrecion era mocosa, assi era discreta, como bella, y era la mas bella del mundo, y lo es si y à los lados embidiosos, y las parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida, pero no avrán, q̃ no han de permitir los cielos, q̃ se haga tanto mal à la tierra, como seria llevarse en agraz, el razimo del mas hermoso veduño del tuelo: de esta hermosura (y no como se deve encarecida de mi torpe lãgua) se enamorò vn numero infinito de Principes, assi naturales, como estrãgeros; entre los quales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza, vn Cavallero particular q̃ en la Corte estava, confiado en su mocedad, y en su bizarría, y en sus muchas habilidades, y gracias, y facilidad, y felicidad de ingenio, porque hago saber à vuestras grãdezas, sino lo tienẽ por enojo, que tocava vna guitarra que la hazia hablar, y mas q̃ era Poeta, y gran bailarín, y sabia hazer vna jaula de pajaros, que solamente à hazerlas pudiera



ganar la vida, quando se viera en estrema necesidad. que todas estas partes, y gracias son bastantes à derribar vna montaña, no que vna delicada doncella; pero toda su gentileza, y buen donaire, y todas sus gracias, y habilidades fueran poca, ò ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladrón desuella caras no viera del remedio de rendirme à mi primero. Primero quiso el maladrin, y desalmado vagamundo grangearme la volúntad, y cocharme el gusto, para que yo mal Alcaide le entregasse las llaves de la fortaleza que guardava. En resolucion, él me adujo el entendimiento, y me rindiò la voluntad con no sè que diges, y brincos q̄ me diò: pero lo que mas me hizo postrar, y dar conmigo por el suelo, fueron vnas coplas q̄ le oí cantar vna noche desde vna reja, que estaua à vna callejuela donde él estaua, que si mal no me acuerdo, dezian:

*De la dulce mi enemiga*

*Nace vn mal que al alma hiere,*

*Y por mas tormento quiere,*

*Que se sienta y no se aiga.*

Parecióme la troba de perlas, y su voz de almibar, y despues acá digo desde entonces, viendo el mal en que caí, por estos, y otros semejantes versos he considerado, que de las bue-

nas, y concertadas Republicas se aviã de desterrar los Poetas, como aconsejava Platon, alomenos los lascivos, porq̄ escriuē vnas coplas, no como las del Marqués de Mantua, que entretienen, y hazen llorar los niños, y à las mugeres, sin vnas agudezas, que à modo de blandas espinas os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella, dexando sano el vestido, y otra vez cantò.

*Ven muerte tan escondida,*

*Que no te sienta venir,*

*Porque el placer del morir*

*No me torne à dar la vida.*

Y de este jaez otras coplitas, y estrambores, que cantados encantan, y escritos suspenden; pues que quando se humillan à componer vn genero de verso, que en Candaya se vsava entõces, à quien ellos llamavan Seguidillas, allí era el brincar de las almas, el retoço de la risa, el desallosiego de los cuerpos; y finalmente el azogue de todos los sentidos. Y assi digo, señores míos, que los tales trovadores con justo titulo los devian desterrar à las islas de los lagartos; pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban, y las bobas que los creen; y si yo fuera la buena dueña que devia, no me avian de mover sus trasnochados conceptos, ni

avia



avia de creer ser verdad aquel dezir: Vivo muriendo, ardo en el yelo, tiemblo en el fuego, espero sin esperança, parto me, y quedome, con otros impossibles de esta ralea, de que están sus escritos llenos. Pues q̄ quando promete el Fenix de Arabia la corona de Aridiana, los cavallos del Sol, del Sur las perlas, de Tibar el oro, y de Pancaya el balfamo? Aquí es donde ellos alargan mas la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamás piensan, ni pueden cumplir; pero donde me divierto, ay de mi desdichada! que locura, y desatino me lleva à cōtar las agenas faltas, teniendo que dezir de las mias? Ay de mi! otra vez sin ventura, que no me rindierō los versos, sino mi simplicidad; no me ablandaron las musicas, sino mi liviandad, ni mucha ignorancia, y mi poco advertimiento, abrierō el camino, y desembarazaron la senda à los passos de D. Clavijo, que este es el nōbre del referido Cavallero: y assi siendo yo la medianera, el se hallō vna, y muchas vezes en la estancia de la por mi, y no por el engañada Antonomafia, debaxo de el titulo de verdadero esposo, que aunque pecadora, no consentiria que sin ser su marido la llegara à la vira de la suela de susça patillas. No, no, esto no, el matrimonio ha de ir adelante en qualquiera nego-

cio destes que por mi se trate: solamēte hubo vn daño en este negocio, q̄ fue el de la desigualdad, por ser D. Clavijo vn Cavallero particular, y la Infanta Antonomafia heredera (como ya he dicho) del Reino. Algunos dias estuvo encubierta, y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció, q̄ la iba descubriendo à mas andar no sé q̄ hinchacon del viētre de Antonomafia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo à los tres, y salio del, q̄ antes que se saliesse à luz el mal recaudo, D. Clavijo pidiesse ante el Vicario por su muger Antonomafia, en fee de vna cedula, que de ser su esposa la Infanta le avia hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerça, q̄ las de Sancho no pudieran romperla. Hizeronse las diligencias, viò el Vicario la cedula, tomò el tal Vicario la confession à la señora; confesò de plano, mandòla depositar en casa de vn Alguacil de Corte muy honrado. A esta fazon dixo Sancho: Tãbien en Candaya ay Alguaciles de Corte, Poetas, y Seguidillas? por lo que puedo jurar que imagino, que todo el mūdo es vno; pero daie vuestra merced priesa, señora Trifaldi, que es tarde, y ya me muero por saber el fin de esta tan larga historia.

Si harè, respondiò la

Condesa.

(?)



CAP. XXXIX. *Donde Trifaldi prosigue su estupenda, y memorable historia.*

**D**E qualquiera palabra que Sancho dezia, la Duquesa gustava tanto, como se desesperava Don Quixote, y mandandole, que callasse, la dolorida prosiguió, diziendo: En fin, al cabo de muchas demandas, y respuestas, como la Infanta estava siempre en sus treze, sin salir, ni variar de la primera declaracion, el Vicario sentenció en favor de Don Clavijo, y se la entrego por su legitima esposa, de lo que recibio tanto enojo la Reyna Doña Maguncia, madre de la Infanta Antonomasia, que dentro de tres dias la enterramos. Devió de morir sin duda, dixo Sancho. Claro está, respondió la Trifaldi, que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas. Ya se ha visto, tenor escudero, replicó Sancho, enterrar vn desmayado, creyendo ser muerto, y pareciame à mi, que estava la Reyna Maguncia obligada à desmayarle antes que à morirse, que con la vida muchas cosas se remedian, y no fue tan grande el disparate de la Infanta, que obligasse à sentirle tanto. Quando se huviera casado esta señora con algun page suyo, ó con

otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, segun he oido dezir, fuera el daño sin remedio, pero el averse casado con vn Cavallero tan gentilhombre, y tan entendido como aqui nos le han pintado, en verdad, en verdad, que aunque fue necedad no fue tan grande como se piensa; porque segun las reglas de mi señor, que está presente, y no me dexará mentir, así como te hazen de los hombres letrados los Obispos, se pueden hazer de los Cavalleros (y mas si son Andantes (los Reyes, y los Emperadores. Razon tienes, Sancho, dixo Don Quixote, porque vn Cavallero andante, como téga dos dedos de ventura, está en potencia propinqua de ser el mayor señor de el mundo. Pero pafle adelante la señora dolorida, que a mi se me trasluze que le falta por contar lo amargo de esta hasta aqui dulce historia. Y como si queda lo amargo, respondió la Condesa, y tan amargo, que en su comparaci6n son dulces las ruedas, y sabrosas las adeltas. Muerta, pues, la Reyna, y no desmayada, la enterramos, y apenas la cubrimos con la tierra, y apenas le dimos el vltimo vase, quando Quis talia fando temperet à lacrymis? Puesto sobre vn cavallo de madera, pareció encima de la sepultura de la Reyna el Gigante Malabrano, primocormano de Maguncia, que



junto con fer cruel, era encan-  
 rador, el qual con sus artes en  
 vengança de la muerte de su  
 cormana, y por castigo del atre-  
 vimiento de D. Clavijo, y por  
 despecho de la demasia de An-  
 tonomasia, los dexò encâtados  
 sobre la misma sepultura, à ella  
 cõvertida en vna ximia de brõ-  
 ce, y à el en vn espantoso cocodrilo,  
 de vn metal no conocido, y entre  
 los dos està vn padron assimismo  
 de metal, y en èl escritas en  
 lengua Siriaca vnas letras, que  
 aviendose declarado en la Can-  
 dayesca, y aora en la Castellana,  
 encierran esta sentençia: No  
 cobraràn su primera forma  
 estos dos atrevidos amantes,  
 hasta que el valeroso Manchego  
 venga conmigo à las manos en  
 singular batalla, q̄ para solo su  
 gran valor guardan los hados  
 esta nunca viita aventura.  
 Hecho esto, sacò de la baina vn  
 ancho, y desmesurado alfançe,  
 y asiédome a mi por los cabellos  
 hizo finca de querer legarme  
 la gola, y cortarme à cercen  
 la cabeça. Turbème, pegòseme  
 la voz à la garganta, quede  
 mohina en todo estremo: pero  
 cõ todo me estarçè lo mas que  
 pude, y cõ voz tembladora, y  
 doliente le dixè tantas, y tales  
 cosas, que le hizieron suspender  
 la execucion de tan riguroso  
 castigo. Finalmente hizo traer  
 ante si todas las dueñas de  
 palacio, que fueron estas que  
 están presentes; y despues de

aver exagerado nuestra culpa, y  
 vituperado las condiciones de  
 las dueñas, sus malas mañas, y  
 peores traças, y cargando à to-  
 da la culpa q̄ yo solo tenia, di-  
 xo, que no queria con pena ca-  
 pital castigarnos, sino cõ otras  
 penas dilatadas, que nos dies-  
 sen vna muerte civil, y continua,  
 y en aquel mismo momèto: y pũ-  
 to que acabò de dezir esto, senti-  
 mos todas, que se nos abrian los  
 poros de la cara, y que por toda  
 ella nos punçavan como cõ pun-  
 tas de agujas: acudimos luego  
 cõ las manos à los rostros, y ha-  
 llamonos de la manera que aora  
 verçis; y luego la dolorida, y las  
 demás dueñas alçaron los anti-  
 fazes con q̄ cubiertas venian, y  
 descubrieron los rostros, todos  
 poblados de barbas, quales ru-  
 bias, quales negras, quales blan-  
 cas, y quales albarraçadas, de  
 cuya vista mostrarò quedar admi-  
 rados el Duque, y la Duquesa,  
 palmados D. Quixote, y Sãcho,  
 y a tonitos todos los presentes;  
 y Trifaldi profiguiò: Desta ma-  
 nera nos castigò aquel mal in-  
 tencionado Malambruno, cu-  
 brièdo la blandura de nuestros  
 rostros con la aspereza de estas  
 cerdas, que pluguiera al cielo, q̄  
 ante con su desmesurado alfan-  
 çe nos huviera derribado las  
 testas, que no que nos aslombra-  
 ra la luz de nuestras caras con  
 esta borra que nos cubre; por-  
 que si entramos en cuenta, se-  
 ñores mios (y esto q̄ voy a dezir  
 aora



aora lo quisiera dezir hechos mis ojos funtes) pero la consideracion de nuestra desgracia, y los mares que hasta aqui han llovido, los tienen sin humor, y secos como aristas, y assi lo dire sin lagrimas. Digo, pues, que adonde podria ir vna dueña cõ barbas? que padre, ò que madre se dolerà de ella? quien la darà ayuda? pues aun quando tiene la tez lila, y el rostro martirizado con mil suertes de menjurges, y mudas, apenas halla quien bien la quiera, que harà quando descubra hecho vn bosque su rostro? O dueñas, y compañeras mias, en desdichado punto nacimos, en hora menguada nuestros padres nos engendraron, y diziendo esto diò muestras de desmayarse.

**CAP. XL. De cosas que atañen, y tocan à esta aventura, y à esta memorable historia.**

**R** Eal, y verdaderamente todos los que gustan de semejantes historias como esta, devè de mostrarse agradecidos à Cide Hamete ò Autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las semmimas della, sin dexar cosa por menuda que fuesse, que no la sacasse à luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde à las tacitas, aclara las dudas, resuel-

los argumentos: finalmente, los atomos del mas curioso deseo manifiesta. O Autor celebrissimo! ò Don Quixote dichoso! ò Dulcinea famosa! ò Sancho Pança gracioso! todos juntos, y cada vno de por si, vivais siglos infinitos, para gusto, y general passatiempo de los vivientes.

Dize, pues, la historia, que assi como Sancho viò desmayada à la Dolorida, dixo: Por la Fe de hombre de bien juro, y por el siglo de todos mis passados los Panças, que jamás he oído, ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido semejante aventura como esta. Valgate mil Satañafes, por no maldezirte, por encantador, y gigante Malambruno, y no hallaste otro genero de castigo que dar à estas peccadoras, sino el de barbarlas? Como, y no fuera mejor, y à ellas les estuviera mas à cuento, quitarles la mitad de las narizes de medio arriba, aunque hablaran gangoso, que no ponerlas barbas? A postarè yo, que no tiene hazienda para pagar à quien las rape. Assi es la verdad, señor, respondió vna de las doze, que no tenemos hazienda para mondarnos; y assi hemos tomado alguna de nosotras por remedio a horrativo de vsar de vnos pegotes, ò parches pegajosos, y aplicandolos à los rostros, y tirando de golpe, que-



quedamos rasas, y lisas, como fondo de mortero de piedra, q̄ puesto q̄ ay en Candaya mugeres que andan de casa en casa à quitar el bello, y à pulir las cejas, y hazer otros menjures tocantes à mugeres, no lo tras las dueñas de mi señora por jamas quisimos admitirlas, porque las mas oliscan à terceras, aviendo dexado de ser primas: y si por el señor Don Quixote no somos remediadas, con barbas nos llevaràn à la sepultura. Yo me pelaria las mias, dixo Don Quixote, en tierra de Moros, sino remediase las vuestras. A este punto bolvió de su desmayo la Trifalda: y dixo: El retintin de essa promessa, valeroso Cavallero, en medio de mi desmayo llegó à mis oídos, y ha sido parte para que yo de el buelva, y cobre todos mis sentidos; y así de nuevo os suplico, Andante inclito, y señor indomable, vuestra graciosa promessa se convierta en obra. Por mi no quedará, respondió Don Quixote; ved señora que es lo que tengo de hazer, que el animo està muy prompto para serviros. Es el caso, respondió la Dolorida, que desde aqui al Reyno de Candaya, si se vâ por tierra, ay cinco mil leguas, dos mas à menos; pero si se vâ por el ayre, y por la linea recta, ay tres mil y dozientas y veinte y siete. Es tambien de saber,

que Malabruno me dixo, que quando la suerte me deparasse al Cavallero nuestro libertador, que él le embiaria vna valgadura harto mejor, y con menos malicias que las que son de retorno; porque ha de ser aquel mismo cavallo de madera, sobre quien llevó el valeroso Pierres robada à la linda Magalona, el qual cavallo se rige por vna clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y buela por el ayre con tanta ligereza, que parece que los mismos diablos le llevan. Este tal cavallo, segun es condicion antigua, fue compuesto por aquel sabio Merlin; prestósele à Pierres, que era su amigo, con el qual hizo grandes viages, y robo, como se ha dicho, à la linda Magalona, llevandola à las ancas por el ayre, dexando embobados à quantos desde la tierra los miravan: y no le prestava, sino à quien él queria, ò mejor se lo pagava, y desde el grã Pierres hasta aora no sabemos que aya subido en él: de allí le ha sacado Malabruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve del en sus viages, que los haze por momentos por diversas partes del mundo, y oy està aqui, y mañana en Francia, y otro dia en el Potosí; y es la buena, q̄ el tal cavallo, ni come, ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva vn portante por los ayres, sin tener alas, que el que lleva



encima puede llevar vna taça llena de agua en la mano, sin q̄ se le derrame gota, segun camina llano, y reposado: por lo qual la linda Magalona se holgava mucho de andar cavallera en él. A esto dixo Sancho: Para andar reposado, y llano mi ruzio; puesto q̄ no anda por los ayres; pero por la tierra yo le curtirè con quantos portantes ay en el mundo. Rieronse todos, y la dolorida prosiguió: Y este tal cavallo (si es q̄ Malambruno quiere dar fin à nuestra desgracia) antes q̄ sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia, porque él me significó, que la señal que me daría por donde yo entendiesse que avia hallado el Cavallero que buscava, sería embiarme el cavallo donde fuesse con comodidad, y presteza. Y quantos caben en esse cavallo? preguntó Sãcho. La dolorida respondió: Dos personas; la vna en la silla, y la otra en las ancas; y por la mayor parte estas tales dos personas son Cavallero, y escudero, quando falta alguna robada doncella. Querria yo saber, señora Dolorida, dixo Sancho, que nombre tiene esse cavallo? El nombre, respondió la Dolorida, no es como el cavallero de Belerofonte, que se llamava Pegaso, ni como el del Magno Alexandro, llamado Buzefato, ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fue Brilladoro, ni

menos Bayarte, que fue el de Reynaldos de Montalvan, ni Frontino, como el de Rugero, ni Bootes, ni Peritoa, como dicen que se llaman los del Sol, ni tampoco se llama Orelia, como el cavallo en que el desdichado Rodrigo, vltimo Rey de los Godos, entro en la batalla, donde perdió la vida, y el Reyno. Yo apostarè, dixo Sancho, que pues no le han dado ninguno de essos famosos ombros de cavallos tan conocidos, que tampoco le avrán dado el de mi amo Rozinante, que en ser proprio excede à todos los que se han nombrado. Assi es, respondió la barbada Condesa; pero todavia le queda mucho, por q̄ se llama Clavileño el Aligero, cuyo nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que trae en la frente, y con la ligereza con que camina; y assi en quanto al nombre, bien puede competir con el famoso Rozinante. No me descontenta el nombre, replicó Sancho: pero con que freno, ò con que jaquima se gobierna? Y à he dicho, respondió la Trifaldi, que con la clavija, que bolviendola à vna parte, ò à otra el Cavallero que va encima, le haze caminar como quiere, ò ya por los ayres, o ya rastreando, y casi barriendo la tierra, ò por el medio, que es el que se busca, y se ha de tener en todas las acciones bien orde-



denadas. Y à lo querria ver, res-  
pòdio Sancho; pero pensar que  
tengo de subir en èl, ni en la si-  
lla, ni en las ancas, es pedir peras  
al olmo. Bueno es, que apenas  
puedo tenerme en mi ruzio, y  
sobre vna albarda mas blanda  
que la misma seda, y querrian  
aora que me tuviesse en vnas  
ancas de tabla, sin coxin, ni al-  
mohada alguna: pardiez yo no  
me pienso moler por quitar las  
barbas à nadie, cada qual se ra-  
pe como mas le viniere à cuen-  
to; que yo no pienso acompa-  
ñar à mi señor a tan largo via-  
ge, quanto mas, que yo no devo  
de hazer al caso para el rapa-  
miento destas barbas, como lo  
foy para el desencanto de mi  
señora Dulcinea. Si sois amigo,  
respondio la Trifaldi, y tanto,  
que sin vuestra presencia entiē-  
do que no haremos nada. Aqui  
del Rey, dixo Sancho, que tie-  
nen que ver los escuderos con  
las aventuras de sus señores?  
Hanse de llevar ellos la fama  
de las que acaban, y hemos de  
llevar nosotros el trabajo? Cuer-  
po de mi, aun si dixessen los his-  
toriadores, el tal Cavallero aca-  
bò la tal, y tal aventura; pero cõ  
ayuda de fulano su escudero, sin  
el qual fuera imposible el aca-  
barla; pero que escrivan à secas  
D. Parlipomenon de las tres  
estrellas acabo la aventura de  
los seis vestiglos, sin nombrar  
la persona de su escudero, que se  
halló presente à todo, como si

no fuera en el mundo. Aora se-  
ñores, buelvo à dezir, q̄ mi se-  
ñor se puede ir solo, y buen pro-  
vecho le haga, que yo me que-  
darè aqui en cõpañia de la Du-  
quesa mi señora, y podria ser q̄  
quando bolviessè, hallasse me-  
jorada la causa de la señora Dul-  
cinea en tercio, y quinto, por-  
que pienso en los ratos ociosos,  
y desocupados darme vna tan-  
da de açotes, que no me la cu-  
bra pelo. Cõ todo esto le aveis  
de acompañar si fuere necessa-  
rio, buen Sancho, porque os lo  
rogaràn buenos, que no han de  
quedar por vuestro inutil te-  
mor, tan poblados los rostros  
destas señoras, que cierto seria  
mal caso. Aqui del Rey, otra  
vez replicò Sancho, quando es-  
ta caridad se hiziera por algu-  
nas doncellas recogidas, ò por  
algunas niñas de la doctrina, pu-  
diera el hombre aventurarse à  
qualquiera trabajo; pero que lo  
sufrap por quitar las barbas à due-  
ñas; mal año, mas q̄ las viesse yo  
à todas cõ barbas, desde la mayor  
hasta la menor, y de la mas me-  
lindrosa hasta la mas repulga-  
da. Mal estais cõ las dueñas, Sã-  
cho amigo, dixo la Duquesa, mu-  
cho os vais tras la opiniõ de Bo-  
ticario Toledano, pues à see que  
no teneis razon, que dueñas ay  
en mi casa, que pueden ser exē-  
plo de dueñas, que aqui està mi  
Doña Rodriguez, que no me  
dexarà dezir otra cosa. Mas  
que la diga vuestra Excelen-



cia, dixo Rodriguez, que Dios sabe la verdad de todo, y buenas, o malas barbadas, o lampiñas que seamos las dueñas, tambien nos parió nuestras madres, como à las otras mugeres; y pues Dios nos echó en el mundo, él sabe para qué, y à su misericordia me atengo, y no à las barbas de nadie. Aora bien, señora Rodriguez, dixo D. Quixote, y señora Trifaldi, y compañía, yo espero en el cielo que mirará con buenos ojos vuestras cuias, que Sancho hará lo que yo le mandare; y à vinieste Clavileño, y yà me viesse con Malambruno, que yo sé que no avria navaja que con mas facilidad rapasse à vuestras mercedes, como mi espada raparia de los ombros la cabeça de Malambruno, que Dios sufre à los malos, pero no para siempre. Ay, dixo à esta fazon la dolorida, con benignos ojos miren à vuestra grandeza, valeroso Cavallero, todas las estrellas de las regiones celestes, è infundiã en vuestro animo toda prosperidad, y valentia, para ser escudo, y amparo del vituperoso, y abatido

genero dueñesco, abominado de Boticarios, murmurado de escuderos, y focaliñado de pages, que malaya la bellaca que en la flor de su edad nose metió primero à ser Monja, que à dueña; desdichadas de nosotras las dueñas, que aunque vengamos por linea recta de varon en varon del mismo Hector el Troyano, no dexàran de echarnos vn vos nuestras señoras, si pensassen por ello ser Reynas. O Gigante Malambruno, que aunque eres encantador, eres certissimo en tus promessas; embianos ya al fin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe, que si entra el calor, y estas nuestras barbas duran, guay de nuestra ventura. Dixo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lagrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasó los de Sancho, y propuso en su coraçon de acompañar à su señor hasta las vltimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos

venerables ros-

tos.



CAP. XLI. De la venida de Clavileño, con el fin de esta dilatada aventura.



**L** Legò en èsto la noche, y cõ ella el punto determinado en que el famoso Cavallero Clavileño viniesse, cuya tardança fatigava ya à Don Quixote, pareciendole, que pues Malambruno se detenía en embiarle, ò que èl no era el Cavallero para quien estava guardada aquella aventura, ò que Malambruno nõ osava venir con èl à singular batalla, pero veis aqui quando à deshora entraron por el jardin quatro sal-

vagès vestidos todos de verde yedra, que sobre sos ombros traian vn gran cavallo de madera: pusieronle de pies en el suelo, y vno de los salvages dixo: Suba sobre esta maquina el que tuviere animo para ello. Aqui, dixo Sancho, yo no subo, porque ni tengo animo, ni soy Cavallero; y el salvage profiguò diziendo, y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fiese del valeroso Malambruno, que sino fuere de su espada,



da de ninguna otra, ni de otra malicia será ofendido, y no ay mas q torcer esta clavija, que sobre el cuello trae puesta, que èl los llevará por los ayres, adõ de los aliente Malambruno: pero porque la alteza, y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos, hasta que el cavallo relinche, que será señal de aver dado fin à su viage. Esto dicho, dexando à Clavileño con gentil continente, se bolvieron por donde avian venido. La Dolorida asì como viò al cavallo, casi con lagrimas, dixo à Don Quixote: Valeroso Cavallero, las promessas de Malambruno han sido ciertas, el cavallo està en casa, nuestras barbas crecen, y cada vna de nosotras, y con cada pelo dellas te suplicamos, nos rapas, y tundas, pues no està en mas, sino en que subas en èl con tu escudero, y des felice principio à vuestro nuevo viage. Esto harè yo señora Condesa Trifaldi de muy buen grado, y de mejor talante, sin ponerme à tomar coxin, ni calçarme espuelas, por no detenerme, tanta es la gana que tengo de veros à vos señora, y à todas estas dueñas rasas, mondas. Esto no harè yo, dixo Sancho, ni de malo, ni de buen talante en ninguna manera, y si es que este rapamiento no se puede hazer sin que yo suba à las ancas, bien puede bus

car mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alifarse los rostros, que yo no soy bruxo, para gustar de andar por los ayres: y q dirán los mis insulanos quando sepán, que su Governador se anda paseando por los vientos? y otra cosa mas, que aviendo tres mil y tantas leguas de aqui à Candaya, si el cavallo se canfa, ò el gigante se enoja, tardarèmos en dar la buelta media dozena de años, y yà ni avrà insula, ni insulos en el mundo, que me conozcan, y pues se dize comunmente que en la tardança vè el peligro, y que quando tendieren la vaquilla, acudas con la loguilla: perdonenme las barbas destas señoras, que bien se està San Pedro en Roma, quiero dezir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me haze, y de cuyo dueño tã gran bien espero, como es verme Governador. A lo que el Duque dixo, Sancho amigo, la Insula que yo os he prometido, no es movible, ni fugitiva, raizes tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán, ni mudaràn de donde està a tres tirones: y pues vos sabeis q se yo, que no ay ningun genero de officio destes de mayor quantia q no se grangee cõ alguna fuer te de cohecho, qual mas qual menos, el que yo quiero llevar por este gobierno, es q vais cõ

vuel-



Vuestro señor Don Quixote à dar cima, y cabo à esta memorable aventura, que aora bolvais sobre Clavileño cõ la brevedad que su ligereza promete ora la contraria fortuna os traiga, y buelva à pie hecho romero, de meson en meson, y de venta en venta, siempre que bolvieredes hallareis vuestra Insula donde la dexais, y à vuestros Insulanos con el mismo deseo de recibiros por su Governador, que siempre han tenido, y mi voluntad será la misma: y no pongais duda en esta verdad, señor Sancho, que sería hazer notorio agravio al deseo que de serviros tengo. No mas señor, dixo Sancho, yo soy vn pobre escudero, y no puedo llevar à cuestras tantas cortesias, suba mi amo, tapenme estos ojos, y encomiendeme à Dios, y avísenme, si quando vamos por estas altanerias podré encomiendarme à nuestro Señor, o invocar los Angeles que me favorezcan. A lo que respondió Trifaldi: Sancho, bien podeis encomendaros à Dios, ó à quien quisieredes, que Malabruno, aunque es encantador, es Christiano, y haze sus encantamentos con mucha sagacidad, y cõ mucho tiento, sin meterse con nadie. Ea, pues, dixo Sancho, Dios me ayude, y la Santissima Trinidad de Gaeta. Desde la memorable aventura de los batanes, dixo D. Quixote, nunca he

visto à Sancho con tanto temor como aora: si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimitad me hiziera algunas cosquillas en el animo; pero llegaos aqui Sancho, que con licencia destes señores os quièro hablar aparte dos palabras, y apartado à Sãcho entre vnos arboles del jardin, y asièdole ambas las manos, le dixo: Y à vès Sancho hermano el largo viage que nos espera, y q̄ sabe Dios quando bolverèmos del, ni la comodidad, y espacio que nos daràn los negocios; y así querria que aora te retirasses en tu aposento, como que vàs à buscar alguna cosa necessaria para el camino, y en vndaca las pajas rediesse à buena cuenta de los tres mil y trecientos açotes, à que estàs obligado, si quiera quinientos, q̄ dados te los tendràs, que el comèçar las cosas, es tenerlas medio acabadas. Par Dios, dixo Sãcho, que vuestra merced deve de ser menguado, esto es como aquello que dizen, en priesta me vès, y doncella me demandas, aora que tengo de ir sentado en vna tabla rasa, quiere vuestra merced que me lastime las posas? En verdad, en verdad, que no tiene vuestra merced razon: vamos aora à rapar estas dueñas, que à la buelta yo le prometo à vuestra merced, como quien soy, de darme tanta priesta à salir de mi obligacion, q̄ vuestra merced se con-



tente, y no le digo mas. Y Don Quixote respondió, pues con esta promessa buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque en efecto, aunque todo eres hombre verídico. No soy verde, sino moreno, dixo Sancho; pero aunque fuera de mezcla cumpliera mi palabra: y con esto se bolvieron à subir en Clavileño, y al subir dixo Don Quixote, tapaos Sancho, y subid Sancho, que quien de tan buenas tierras embia por nosotros, no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar à quien del se fia: y puesto que todo sucediesse al rebes de lo que imagino, la gloria de aver emprendido esta hazaña, no la podrá obscurecer malicia alguna. Vamos señor, dixo Sancho, que las barbas, y lagrimas destas señoras las tengo clavadas en el corazón, y no comeré bocado que bien me sepa, hasta verlas en su primera lisura. Suba vuestra merced, y tapese primero, que si yo tengo de ir a las ancas, claro está que primero sube el de la silla. Así es la verdad, replicó Don Quixote, y sacando vn pañuelo de la faldriquera, pidió à la dolorida que cubriese muy bien los ojos, y aviendose los cubierto, se bolvió à descubrir, y dixo, si mal no me acuerdo, yo he leído en Virgilio aquello del Paladion de Troya, que fue vn cavallo de madera, que los Gri-

gos presentaron à la Diosa Pallas, el qual iba preñado de Cavalleros armados, que despues fueron la total ruina de Troya, y así será bién ver primero lo que Clavileño trae en su estomago. No ay para que, dixo la dolorida, que yo le fio, y sé que Malabruno no tiene nada de malo ocioso, ni de traidor; vuestra merced señor Don Quixote, suba sin pavor alguno, y à mi daño si alguno le sucediere. Parecióle à Don Quixote que qualquiera cosa que replicasse à cerca de su seguridad, sería poner en detrimento su valentia, y así sin mas altercar subió sobre Clavileño, y le tentó la clavija, que facilmente se rodeava, y como no tenia estrivos, y le colgavan las piernas, no parecia sino figura de tapiz Flamenco pintada, ó texida en algun Romano triunfo. De mal talante, y poco à poco llegó a subir Sancho, y acomodandose lo mejor que pudo en las anchas, las halló algo duras, y no nada blandas, y pidió al Duque, que si fuese posible le acomodassen de algun coxin, ú de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la Duquesa, ú del lecho de algun page, porque las ancas de aquel cavallo, mas parecian de marmol, que de leño. A esto dixo la Trifaldi, que ningun jaez, ni ningun genero de adorno sufria sobre si Clavileño, que lo que podia hazer era



era ponerse à mugeriegas, y que así no sentiria tanto la dureza. Hizolo así Sancho, y diciendo: A Dios, se dexò vendar los ojos, y yà despues de vendados se bolvió à descubrir, y mirando à todos los del jardin tiernamente, y con lagrimas, dixo, que le ayudassen en aquel trance con sendos Pater noster, y sendas Ave Marias, porque Dios deparasse quien por ellos los dixesse, quando en semejantes trances se viesßen. A lo que dixo Don Quixote: Ladrón, estás puesto en la horca por ventura, o en el vltimo termino de la vida, para vsar de semejantes plegarias? No estás, desalmado, y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupò la linda Magalona, del qual descendió, no à la sepultura, sino à ser Reyna de Francia; sino mienten las historias; y yo que voy à tu lado, no puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimió este mismo lugar, que yo ahora oprimo? Cubrete animal descoraçonado, y no te falga à la boca el temor que tienes, à lo menos en presencia mia. Tápeme, respondió Sancho, y pues no quieren que me encomiende à Dios, ni que sea encomendado, qué mucho que tema no ande por aqui alguna region de diablos, que den con nosotros en Peralvillo? Cubrieronse, y sintiendo Don Quixote, que estaba como aviado estar, ten-

tó la clavija; y apenas hubo puesto los dedos en ella, quando todas las dueñas, y quantos estaban presentes, levantaron las voces, diziendo: Dios te guie valeroso Cavallero. Dios sea contigo escudero intrepido, yà vais por estos ayres rompiendolos con mas velocidad que vna saeta, yà començais à suspender, y admirar à quantos del de la tierra os están mirando. Tente valeroso Sancho, que te bamboleas, mira no te caigas, que será peor tu caída que la de el atrevido moço, que quiso regir el carro del Sol su padre. Oyò Sancho las voces, apretándose con su amo, y ciñendole con los braços, le dixo: Señor, como dizen estos que vamos tan altos, si alcançan acà sus voces, y no parece sino que están aqui hablado junto à nosotros. No repares en esto Sancho, que como estas cosas, y estas volaterias vãn fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas veràs, y oiras lo que quisieres, y no me aprietes tanto que me derribas, y en verdad q̄ no sè de que te turbas, ni te espantas, que osaré jurar, que en todos los dias de mi vida he subido en cavalgadura de passo mas llano, no parece sino que no nos movemos de vn lugar. De tierra, amigo, el miedo, que enefeto la cosa và como ha de ir, y el viento llevamos en popa. Así es la verdad, respondió Sancho, que



por este lado me dà vn viento, tan rezió, que parece que con mil fuelles me están soplando: y assi era ello, que vnos grandes fuelles le estaban haziendo ayre. Tan bien traçada estava la tal aventura por el Duque, y la Duquesa, y su Mayordomo, que no le faltò requisito que la dexasse de hazer perfecta. Sintiendo se, pues, soplar Don Quixote, dixo, sin duda alguna Sancho, que yà devemos de llegar à la segunda region del ayre, adonde se engendra el granizo, las nieves, los truenos, los relampagos, y los rayos engendrán en la tercera region: y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la region de el fuego, y no sé yo como templar esta clavija, para que no subamos donde nos abrasemos. En esto con vnas estopas ligeras de encenderse, y apagar se, desde lexos, pendientes de vna caña, les calentavan los rostros. Sancho que sintió el calor, dixo: Que me maté, sino estamos yà en el lugar del fuego, ó bien cerca, porque vna gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme, y ver en què parte estamos. No hagas tal, respondió D. Quixote, y acuerdate del verdadero cuento del Licenciado Torralva, à quien llevaron los diablos en bolandas por el ayre, cavallero en vna caña, cerrados los ojos, y en doze horas llegó

à Roma, y se apeò en Torre de Nona, q̄ es vna calle de la Ciudad, y vio todo el fracaso, y affalto, y muerte de Borbõ; y por la mañana yà estava de vuelta en Madrid, dõde diò cuèta de todo lo que avia visto, el qual assi mismo dixo, que quando iba por el ayre le mandò el diablo q̄ abriessse los ojos, y los abrió, y fe viò tan cerca, à su parecer, del cuerpo de la Luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osò mirar à la tierra por no desvanecerse; assi que Sancho, no ay para què descubrirnos, que el que nos lleva à cargo, el dará cuenta de nosotros, y quicà vamos tomando puntas, y subiendo en alto, para dexarnos caer de vna sobre el Reyno de Candaya, como haze el sacre, ó nebli sobre la garça, para cogerla, por mas que se remonte; y aunque nos parece que no ha media hora que nos partimos del jardin, creeme, que devemos de aver hecho gran camino. No sé lo que es, respondió Sancho Pança, sólo sé dezir, que si la señora Magallanes, ó Magalona, se contentó destas ancas, que no devia de ser muy tierna de carnes. Todas estas platicas de los dos valientes oian el Duque, y la Duquesa, y los del jardin, de que recibian extraordinario contento: y queriendo dar remate à la estraña, y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño,



le pegaron fuego con vnas estopas, y al punto, por estar el cavallo lleno de cohetes tronadores, bolò por los ayres con estraño ruido, y diò con D. Quixote, y con Sancho Pança en el suelo, medio chamuscados. En este tiempo yà se avia desaparecido del jardin todo el barbado esquadron de las dueñas, y la Trifaldi, y todo, y los del jardin quedaron como desmayados, tendidos por el suelo: Don Quixote, y Sancho se levantaron maltrechos, y mirando a todas partes, quedaron atonitos de verse en el mismo jardin de donde avian partido, y de ver tendido por tierra tanto numero de gente, y creció mas su admiracion, quando à vn lado del jardin vieron hincada vna grã lança en el suelo, y pendiente della, y de dos cordones de seda verde vn pergamino liso, y blanco, en el qual con grandes letras de oro estava escrito lo siguiente.

El inclito Cavallero D. Quixote de la Mancha feneciò, y acabò la aventura de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la dueña Dolorida, y compañía con solo intentarla.

Malambruno se dà por contento, y satisfecho à toda su voluntad, y las barbas de las dueñas yà quedan lisas, y mondas, y los Reyes, Don Clavijo, y Antonomafia en su pristino estado, y quando se cumpliere

el escuderil vapulo, la blanca paloma se verà libre de los pestiferos girifaltes que la persiguen, y en braços de su querido arrullador, que así està ordenado por el sabio Merlin, proto encantador de los encantadores.

Aviendo, pues, Don Quixote leído las letras del pergamino, claro entendiò, que del desencanto de Dulcinea hablaban, y dando muchas gracias al Cielo, de que con tan poco peligro huviesse acabado tan gran fecho, reduziendo à su passadotez los rostros de las venerables dueñas, que yà no parecian, se fue à donde el Duque, y la Duquesa, aun no avian buuelto en sí, y travando de la mano al Duque, le dixo: Ea buen señor, buen animo, buen animo q̄ todo es nada, la aventura es yà acabada, sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padron està puesto. El Duque poco à poco, y como quien de vn pesado sueño recuerda, fue bolviendo en sí, y por el mismo tenor la Duquesa, y todos los que por el jardin estavan caidos, con tales muestras de maravilla, y espanto, que casi se podian dar a entender averles acontecido de veras, lo que tan bien sabian fingir de burlas. Leyò el Duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego cò los braços abiertos fue à abraçar à D. Qui



xote, diziendole, ser el mas buen Cavallero que en ningun siglo se huviesse visto. Sancho andava mirando por la dolorida, por ver que rostro tenia sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas, como su gallarda disposicion prometia; pero dixeronle, que assi como Clavileño baxò ardiendo por los ayres, y diò en el suelo, todo el esquadron de las dueñas con la Trifaldiavia desaparecido, y que ya iban rapadas, y sin cañones. Preguntò la Duquesa à Sãcho, que comoleavia ido en aquel largo viage? A lo qual Sancho respondió: Yo, señora senti que ibamos, segun mi señor me dixo, bolando por la region del fuego, y quise descubrirme vn poco los ojos; pero mi amo (à quiè pedi licencia para descubrirme) no lo consintió: mas yo que tengo no sè que briznas de curioso, y de desear saber lo que se me estorva, y impide, bonitamente, y sin que nadie lo viese, por junto à las narizes apartè tanto quanto el pañuelo, que me tapava los ojos, y por alli mirè àzia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que vn grano de mostaza, y los hombres que andavan sobre ella poco mayores que avellanas, porque se vea quan altos deviamos de ir entonces. A esto dixo la Duquesa: Sancho amigo, mirad lo que dèzis, que à lo que parece vos no visteis la tie-

rra, sino los hombres que andavan sobre ella: y està claro, que si la tierra os pareció como vn grano de mostaza, y cada hombre como vna avellana, vn hombre solo avia de cubrir toda la tierra. Assi es verdad, respondió Sancho; pero con todo esto la descubri por vn ladito, y la vi toda. Mirad Sancho, dixo la Duquesa, que por vn ladito no se ve el todo de lo que se mira. Yo no sè estas miradas, replicò Sancho, solo se que seria bien que vuestra Señoria entienda, que pues bolamos por encantamento, por encantamento podia yo ver toda la tierra, y todos los hombres por do quiera que los mirara: y si esto no se me cree, tampoco creerà vuestra merced, como descubriendome por junto à las cejas, me vi tã junto al cielo, que no avia de mi à él palmo, y medio, y por lo que puedo jurar señora mia, que es muy grande ademas, y sucedio que ibamos por parte donde estàn las siete cabrillas: y en Dios, y en mi anima, que como yo en mi niñez fui en mi tierra cabrerizo, que assi como las vi, me diò vna gana de entretenerme con ellas vn rato, y si no la cumpliera me parece que rebentara. Vengo, pues, y tomo, y que hago, sin dezir nada à nadie, ni à mi señora tampoco, bonita, y pasitamente me apeè de Clavileño, y me entretuve con las



cabrillas, que son como vnos alhelies, y como vnas flores, casi tres quartos de hora, y Clavileño no se movió de vn lugar, ni pasó adelante. Y en tanto que el buen Sancho se entretenia con las cabras, preguntò el Duque en que se entretenia el señor Don Quixote? A lo que Don Quixote respondió, como todas estas cosas, y estos tales sucesos vãn fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dize: de mi se dezir, que ni me descubri por alto, ni por baxo, ni vi el cielo, ni la tierra, ni la mar, ni las arenas. Bien es verdad que senti que passava por la region del ayre, y aunque tocava à la del fuego; pero que passásemos de alli, no lo puedo creer, pues estando la region del fuego entre el cielo de la Luna, y la vltima region del ayre, no podiamos llegar al cielo donde estàn las siete cabrillas, q̄ Sancho dize, sin abrafarnos; y pues no nos afuramos, ò Sancho miēte, o Sancho sueña. Ni miento, ni sueño, respondió Sancho, sino preguntenme las señas de las tales cabras, y por ellas veràn si digo verdad, ò no. Diga-las, pues, Sancho, dixo la Duquesa. Son, respondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la vna de mezcla. Nueva manera de cabras es essa, dixo el Duque, y por esta nuestra region del fue-

lo no se vfan tales colôres, digo cabras de tales colores. Bien claro està effo, dixo Sancho, si, que diferencia ha de aver de las cabras del cielo à las del suelo. Dezidme Sancho, preguntò el Duque, vistes allà entre essas cabras algun cabron? No señor, respondió Sancho; pero oí dezir, que ninguno passava de los cuernos de la Luna. No quisieron preguntarle mas de su viaje, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por los cielos, y dar nuevas de quanto allà passava, sin averse movido del jardin. En resolucion este fue el fin de la aventura de la dueña dolorida, que dió que reir à los Duques, no solo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar à Sancho siglos, si los viviera, y llegando se Don Quixote à Sancho aloido; le dixo Sancho, pues vos quereis que se os crea lo q̄ aveis visto en el cielo, yo quiero que vos me creais a mi lo que vi en la cueva de Montesinos, y no os digo mas.

**CAP. XLII.** *De los consejos que dió Don Quixote à Sancho Pança antes que fuesse à go-  
vernar la Insula con otras cosas bien consideradas.*

**C**ON El feliz, y gracioso suceso de la aventura de la dolorida, quedaron tan cõ-



tentos los Duques, que determinaron pasar con las burlas adelante, viendo el acomodo sugeto que tenían, para que se tuviesen por veras; y así aviendole dado la traça, y ordenes que sus criados, y sus vasallos avian de guardar con Sanchito en el Gobierno de la Insula prometida, otro dia, que fue el que sucedio al buelo de Clavileño, dixo el Duque à Sancho, que se adeliñasse, y compusiesse para ir à ser Governador, que yà sus insulanos le estaban esperando como el agua de Mayo: Sancho se le humiliò, y le dixo: Despues que baxè del Cielo, y despues que desde su alta cumbre mirè la tierra, y la vi tan pequeña, se templò en parte en mi la gana que tenia tan grande de ser Governador, porque, que grandeza es mandar en vn grano de mostaza, o que dignidad, o imperio el Governar à media dozena de hombres tamaños como avellanas, que à mi parecer no avia mas en toda la tierra? Si vuestra Señoria fuesse servido de darme vna tantica parte del Cielo, aunque no fuesse de media legua, la tomaria de mejor gana, que la mayor Insula del mundo. Mirad amigo Sancho, respondió el Duque, yo no puedo dar parte del Cielo à nadie, aunque no sea mayor que vna vña, que à solo Dios están reservadas estas mercedes, y gra-

cias. Lo que puedo dar os doy; que es vna Insula hecha, y derecha, redonda, y bien proporcionada, y sobremanera fertil, y abundosa, donde si vos os sabeis dar maña, podeis con las riquezas de la tierra grangear, las del Cielo. Ahora bien, respondió Sancho, venga esta Insula, que yo pugnare por ser tal Governador, que a pesar de bellacos me vaya al Cielo, y esto no es por codicia, que yo tengo de salir de mis cañillas, ni de levantarme à mayores, sino por el deseo que tengo de probar à que sabe el ser Governador. Si vna vez la probais Sancho, dixo el Duque comeros heis las manos tras el Gobierno, por ser dulcissima cosa el mandar, y ser obedecido. A buen seguro, que quando vuestro dueño llegue à ser Emperador, que lo será sin duda (segun van encaminadas sus cosas) que no se lo atranquen como quiera: y que le duela, y le pese en la mitad del alma del tiempo que huviere dexado de serlo. Señor, replicò Sancho Pança, yo imagino, que es bueno mandar, aunque sea vn ható de ganado. Con vos me entierren Sancho Pança, que sabeis de todo, respondió el Duque, y yo espero que seréis tal Governador como vuestro juicio promete, y quedesse esto aqui, y advertid, que mañaua en esse mes-



mesmo dia aveis de ir al Gobierno de la Insula, y esta tarde os acomodaran del trage conveniente que aveis de llevar, y de todas las cosas necessarias à vuestra partida. Vistanme, dixo Sancho, como quisieren, que de qualquier manera que vaya vestido sere Sancho Pança. Afsi es verdad, dixo el Duque; pero los trages se han de acomodarse con el oficio, ò dignidad que se professa, que no seria bien, que vn jurisperito se vistiesse como soldado, ni vn soldado como vn Sacerdote. Vos, Sancho, ireis vestido parte de Letrado, y parte de Capitan: porque en la Insula que os doy, tanto son menester las armas, como las letras, y las letras como las armas. Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque aun no se el A. B. C. pero basta-me tener el Christus en la memoria, para ser buen Governador. De las armas manejarè las que me dieren, hasta caer, y Dios delante. Con tan buena memoria, dixo el Duque, no podrá Sancho errar en nada. En esto llegó Don Quixote, y sabiendo lo que passava, y la celebridad con que Sancho se avia de partir à su Gobierno, con licencia del Duque le tomó por la mano, y se fue con el à su estancia, con intencion de aconsejarle, como se avia de aver en su oficio. Entrados, pues, en su aposento, cerro tras sí la puerta, y

hizo casi por fuerza que Sãcho se sentasse junto à él, y con reposada voz le dixo:

Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que antes, y primero que yo aya encontrado con alguna buena dicha, te aya salido à ti à recibir, y à encontrar la buena ventura: yo q̄ en mi buena fuerte te tenia librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de avē tajarme, y tu antes de tiempo, contra la ley del razonable discursu, te vès premiado de tus deseos, otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfian, y no alcançan lo q̄ pretenden, y llega otro, y sin saber como, ni como no, se halla con el cargo, y oficio, que otros muchos pretendieron; y aqui entra, y encaxa bien el dezir, que ay buena, y mala fortuna en las pretensiones. Tu, que para mi sin duda alguna eres vn porro, sin madrugar, ni trasnochar, y sin hazer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la andante Cavalleria, sin mas, ni mas te vès Governador de vna Insula, como quien no dize nada. Todo esto digo, ò Sancho, para que no atribuyas à tus merecimientos la merced recibida, sino que desgracias al Cielo, que dispone suavemente las cosas, y despues las darà à la grandeza que en sí encierra la profesion, de la Cavalleria andante. Dis-  
pues.



puesto, pues, el coraçon à creer lo que te he dicho, està, ò hijo, atento à este tu Catò, que quiere aconsejarte, y ser norte, y guia, que te encamine, y saque à seguro puerto deste mar proceloso, donde vàs à engolfarte, que los officios, y grandes cargos no son otra cosa, sino vn golfo profundo de confusiones.

Primeramente, ò hijo, has de temer à Dios, porque en el temerle està la sabiduria; y sien do sabio, no podrá errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte à ti mismo, que es el mas difícil conociemiento que puede imaginarse: del cono- certe saldrà el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto hazes vendrà à ser feos pies de la rueda de tu locura la consideraciõ de aver guardado puercos en tu tierra. Assi es la verdad, respondiò Sancho, pero fue quando muchacho; pero despues algo hombrecillo, ganlos fueron los que guardè, que no puercos; pero esto pareceme à mi que no haze al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de Reyes. Assi es verdad, replicò Don Quixote, por lo qual los no de principios nobles deven acompañar la gravedad del cargo que exercitan con vna blanda suavidad; que

guiada por la prudencia los libre de la murmuracion maliciosa, de que no ay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linage, y no te desprecies de dezir, que vienes de labradores, porque viendo que no te corres, ninguno se pondrà à correrte: y preciate mas de ser humilde virtuoso, que pe- cador soberbio; innumerables son aquellos que de baxa estirpe nacidos, han subido à la suma dignidad Pontificia, è Imperatoria: y desta verdad te pudiera traer tantos exemplos que te cansaran.

Mira Sancho, si tomas por medio à la virtud, y te precias de hazer hechos virtuosos, no ay para que tener embidia à los que los tienen Principes, y señores, porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por si sola, lo qual la sangre no vale.

Siendo esto assi, como lo es, que si aca lo viniere à verte quando estès en tu insula alguno de tus parientes, no le deseches, ni le afrentes, antes le has de acoger, agasajar, y regalar, que con esto satisfaràs al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que el hizo, y corresponderàs à lo que debes à la naturaleza bien concertada.

Si traxeres à tu muger contigo (porque no es bien que los que asisten à Gobiernos de mu-



mucho tiempo estén sin las propias) enseñala, doctrinala, y desbasta la su natural rudeza, porq̄ todo lo que suele adquirir vn Governador discreto, suele perder, y derramar vna muger rústica, y tonta.

Si acaso embiudares (cosa q̄ puede suceder) y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal, que te sirva de anque lo, y de caña de pescar, y del niquiero de tu capilla, porque en verdad te digo, que todo aquello que la muger del Iuez recibiere, ha de dar cuenta el marido en la residencia vniversal, donde pagará con el quatro tanto en la muerte las partidas, de que no se huviere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la ley del encaxe, que suele tener mucha cabida con los ignorantes, que presumen de agudos.

Hallen en ti mas compassion las lagrimas del pobre; pero no mas justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promessas, y dadas del rico, como por entre los solloços, e importunidades del pobre.

Quando pudiere, y deviere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delinquente, que no es mejor la fama del Iuez riguroso, que la del compassivo.

Si acaso doblares la vara de

la justicia, no sea con el peso de la dadiva, sino con el de la misericordia.

Quando te sucediere juzgar algun pleyto de algun tu enemigo, aparta las mientes del tu injuria, y ponlo en la verdad del caso.

No te ciegue la passion propia en la causa aiena, que los yerros que en ella hizieres, las mas vezes seran sin remedio, y si le tuvieren será a costa de tu credito, y aun de tu hazienda.

Si alguna muger hermosa viniere a pedirte justicia, quita los ojos de sus lagrimas, y tus oidos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que pide, sino quieres q̄ se anegue tu razon en su llanto, y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al del dicho la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debaxo de tu jurisdiccion, considere el hombre miserable sugeto a condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo quanto fuere de tu parte, sin hazer agravio a la cõtraria, muéstratele piadoso, y clemente porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, mas relplandece, y campea a nuestro ver el de la misericordia, que el de la justicia.

Si estos preceptos, y estas reglas



glas figues Sancho, seràn luegos tus dias, tu fama serà eterna, tus premios colmados, tu felicidad indezible, casaràs tus hijos como quisieres, titulos tendrán ellos, y tus nietos; viviràs en paz, y beneplacito de las gentes, y en los vltimos passos de la vida te alcaçará el de la muerte en vejez suave, y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas, y delicadas manos de tus terceros neteçuelos. Esto que hasta aqui te he dicho, son documentos que han de adornar tu alma, escucha agora los que han de servir para adorno del cuerpo.

**CAP. XLIII.** *De los consejos segundos que diò Don Quixote à Sancho Pança.*

**Q**Vien oyera el passado razonamiento de Don Quixote, que no le tuviera por persona muy cuerda, y mejor intencionada; pero como muchas vezes en el progreso desta grande historia queda dicho, solamente disparava en tocandole en la Cavalleria, y en los demàs discursos mostrava tener claro, y desentadado entendimiento, de manera, que à cada passo del acreditavan sus obras su juizio, y su juizio sus obras; pero en esta destes segundos documentos que diò à Sancho, mostrò tener gran donaire, y puso su discre-

cion, y su locura en vn levantado punto. Atentissimamente le escuchava Sancho, y procurava conservar en la memoria sus consejos, como quien pensava guardarlos, y salir por ellos à buen parto de la preñez de su Gobierno. Prosiguiò, pues, D<sup>o</sup> Quixote, y diò:

En lo que toca à como has de gobernar tu persona, y casa S<sup>o</sup> Sancho: lo primero que te encargo es, que seas limpio, y que te cortes las vñas, sin dexarlas crecer como algunos hazen, à quien su ignorancia les ha dado à entender, que las vñas largas les hermoseañ las manos, como si aquel elemento, y añadidura que se dexan de cortar, fuesse vña, siendo antes garras de cernicalo lagartigero, puerco, y extraordinario abuso.

No andes, S<sup>o</sup> Sancho, desceñido, y floxo, que el vestido del compuesto dà indicios de animo desmaçalado, si ya la de compostura, y floxedad no cae debajo de locarroneria, como se juzgó en la de Iulio Cesar.

Toma con discrecion el pulso, à lo que pudiere valer tu officio, y si sufriere que deslibrea à tus criados, da sela honesta, y provechosa, mas q̄ vistosa, y bizarra, y repartela entre tus criados, y los pobres: quiero dezir, q̄ si has de vestir seis pages, viste tres, y tres pobres; y assi tendrás pages para el cielo, y para el suelo: y este nuevo modo de dar li-



brea no la alcançan los vanagloriosos.

No comas ajos, ni cebollas, porque no faquen por el olor tu villaneria: anda despacio, habla con reposo; pero no de manera, que parezca que te escuchas à ti mismo, que toda afectacion es mala.

Comé poco, y cena mas poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estomago.

Sè templado en el beber, cõsiderando, que el vino demasiado, ni guarda secreto, ni cumple palabra.

Ten cuenta, Sancho, de no mascar à dos carrillos, ni de erutar delante de nadie. Esto de erutar no entiendo, dixo Sancho; y Don Quixote le dixo: Erutar, Sancho, quiere dezir, regoldar, y este es vno de los torpes vocablos q̄ tiene la lengua Castellana; aunque es muy significativo; y así la gente curiosa se ha acogido al Latin, y al regoldar, dize erutar, y à los regueldos erutaciones: y quando algunos no entienden estos terminos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan, y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo, y el uso. En verdad señor, dixo Sancho, que vno de los consejos, y avisos que piẽso llevar en la memoria, ha de ser el de no regoldar, porque lo

suelo hazer muy à menudo. Erutar, Sancho, que no regoldar, dixo Don Quixote. Erutar dirè de aqui adelante, respondió Sancho, y à fee que no se me olvide.

Tambien Sancho no has de mezclar en tus platicas la muchedumbre de refranes que suelen, que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas vezes las traes tan por los cabellos, que mas parecen disparates, que sentencias. Esto Dios lo puede remediar, respondió Sancho, porque sè mas refranes que vn libro, y vienen seme tantos juntos à la boca quando hablo, que riñen por salir vnos con otros; pero la lengua v̄à arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan à pelo; mas yo tendré cuenta de aqui adelante de dezir los que convengan à la gravedad de mi cargo, que en casa llena, presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y à buen salvo està el que repica, y el dar, y el tener, seso ha menester. Esto Si Sancho, dixo Don Quixote, encaxa, ensarta, y engila refranes, que nadie te v̄à à la mano: castigame mi madre, y yo trompogelas. Esto te diziendo, que escuses refranes, y en vn instante has echado aqui vna letania dellos, que así quadran con lo que vamos tratando, como por los cerros de Vbeda. Mira Sancho, no te digo yo que parece



mal vn refràn traído à propósito; pero cargar, y enfartar refranes à troche moche, haze la platica de (mayada, y baxa.

Quãdo subieres à cavallo, no vayas echando el cuerpo sobre el arçòn postrero, ni lleves las piernas tiesas, y tiradas, y desvaidas de la barriga del cavallo; ni tampoco vayas tan floxo, que parezca que vãs sobre el ruzio, que el andar à cavallo à vnos haze Cavalleros, à otros cavallerizas.

Sea moderado tu sueño, que el que no madruga cõ el Sol, no goza del dia: y advierte, ò Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza su contraria, jamàs llegò al termino que pide vn buen deseo.

Este vltimo consejo que aora darte quiero (puesto que no sirva para adorno de el cuerpo) quiero que le lleves muy en la memoria, que creo q̄ no te serà de menos provecho, que los que hasta aqui te he dado, y es:

Que jamàs te pongas à disputar de linages, alomenos cõparandolos entre si, pues por fuerça en los que se compàran, vno ha de ser el mejor, y del q̄ abatieres seràs aborrecido, y del que levatares en ninguna manera premiado.

Tu vestido serà calça entera, ropilla larga, herreruelo vn poco mas largo, greguescos ni por piẽso, que no les està bien,

ni à los Cavalleros, ni à los Governadores.

Por aora esto se me ha ofrecido que aconsejarte; andarà el tiempo, y segun las ocasiones, assi seràn mis documẽtos, como tu tengas cuidado de avisarme el estado en que te hellares. Señor, respondiò Sancho, bien veo que todo quanto vuestra merced me ha dicho son cosas buenas, santas, y provechosas; pero de què hã de servir, si de ninguna me acuerdo? Verdad sea, que aquello de no dexarme crecer las vñas, y de casarme otra vez, si se ofreciere, no se me passará del magin; pero essotros badulaques, y enredos, y reboltillos, no se me acuerda, ni acordará mas de'los, que de las nubes de antaño; y assi sera menester, q̄ se me den por escrito, q̄ puesto que no se leer, ni escrivir, yo se los darè à mi Cõfessor, para que me los encaxe, y recapacite quando fuere menester. Ha peccador de mi! respondiò Don Quixote: y què mal parece en los Governadores el no saber leer, ni escrivir; porque has de saber, ò Sancho, que no saber vn hombre leer, ò ser curdo, arguye vna de dos cosas, ò que fue hijo de padres demasiado de humildes, y baxos, ò el tan travieso, y malo, que no pudo entrar en el buen vfo, ni en la buena dotrina. Gran falta es la que llevas contigo, y assi querria que aprendieses à firmar, si- quie-



quiera. Bien sò firmar mi nombre, respondió Sancho, q̄ quando fuy Prioste en mi lugar aprēdi à hazer vnas letras como de marca de fardo, que dezian que dezia mi nombre, quanto mas que fingirè que tengo tullida la mano derecha, y harè que firme otro por mi, que para todo ay remedio, sino es para la muerte, y teniendo yo el mando, y el palo, harè lo que quisiere; quanto mas, que el que tiene el padre Alcalde, y sièdo yo Governador, que es mas q̄ ser Alcalde: llegaos que la dexan ver, no sino popen, y calonenme, que vendrán por lana, y bolveràn trasquilados, y à quien Dios quiere bien, la casa le sabe, y las necedades del rico por sentencias passan en el mundo, y siendolo yo, sièdo Governador, y juntamente liberal, como lo pienso ser, no avrà falta q̄ se me parezca. No sino hazeos miel, y paparoshan moscas; tanto vales quanto tienes, dezia vna mi aguela, y del hombre arraigado no te veràs vègado. O maldito seas de Dios, Sancho! dixo à esta sazon Don Quixote; sesenta mil Satanases te lleven à ti, y à tus refranes, vna hora ha q̄ los estàs ensartando, y dandome cõ cada vno tragos de tormento. Yo te asseguro, que estos refranes te han de llevar vn dia à la horca; por ellos te hã de quitar el Gobierno tus vassallos, o ha de aver entre ellos comunida-

des. Dime, donde los hallas, ignorante? o como los aplicas, mētecatò? que para dezir yo vno, y aplicarle bien, sudo, y trabajo como si cabasse. Por Dios, señor nuestro amo, replicò Sancho, q̄ vuestra merced se queixa de biõ pocas cosas. A què diablos se pudre de q̄ yo me sirva de mi hacièda, q̄ ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes, y aora se me ofrecē quatro, que venian aqui pintiparados, ò como peras en tabaque; pero no los dirè, porque al buè callar llaman Sancho. Esse Sancho no eres tu, respondió Don Quixote; porque no solo no eres buen callar, sino mal hablar, y mal porfiar; y con todo esto querria saber q̄ quatro refranes te ocurriã aora à la memoria, que venian aqui à proposito, q̄ yo ando corriendo la mia, que la tengo buena, y ninguno se me ofrece. Que mejores, dixo Sancho, que entre dos muelas cordales, nunca pongas tus pulgares. Y à idos de mi casa, y què quereis con mi muger, no ay respòder. Y si dà el cantaro en la piedra, ò la piedra en el cantaro, mal para el cantaro: todos los quales vienen à pelo. Que nadie se tome con su Governador, ni con el que le manda, porque saldrà lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales (y aunque no sean cordales, como sean muelas no importa) y à lo que dixere el Governador



no ay que replicar; como al fallios de mi casa, y que quereis con mi muger: pues lo de la piedra en el cantaro vn ciego lo verá. Así, que es menester, que el que vé la mota en el ojo ageno, vea la viga en el suyo: porque no se diga por él: Espantóse la muerta de la degollada, y vuestra merced sabe bien, que mas sabe el necio en su casa, que el cuerdo en la agena. Esto no, Sancho, respondió D. Quixote, que el necio, en su casa, ni en la agena sabe nada, à causa q̄ sobre el aumento de la necesidad no assienta ningun discreto edificio: y dexemos esto aqui Sancho, que si mal governares, tuya será la culpa, y mia la verguença; mas consuelome, que he hecho lo que devia en aconsejarte con las veras, y con la discrecion à mi possible; con esto salgo de mi obligaciõ, y de mi promessa: Dios te guie, Sancho, y te gobierne en tu govierno, y à mi me saque del escrupulo q̄ me queda, q̄ has de dar con toda la Infula patas arriba, cosa que pudiera yo escusar con descubrir al Duque quien eres, diziendole, que toda essa gordura, y essa personilla que tienes, no es otra cosa, que vn costal llenode refranes, y de malicias. Señor, replicò Sancho, si à vuestra merced le parece que no soy de pro para este Govierno, deide aqui le suelto, que mas quiero vn solo negro de la vna

de mi alma, que à todo mi cuerpo, y así me sustentare Sancho à secas con pan, y cebolla, como Governador con perdizes, y capones; y más, que mientras se duerme, todos son iguales los grandes, y los menores, los pobres, y los ricos; y si vuestra merced mira en ello, verá que solo vuestra merced me ha puesto en esto de governar, que yo no sé mas de govieranos de Insulas, que vn buitre: y si se imagina, que por ser Governador me ha de llevar el diablo, mas me quiero ir Sancho al Cielo, que Governador al infierno. Por Dios Sancho, dixo D. Quixote, que por solas estas ultimas razones que has dicho, juzgo que mereces ser Governador de mil Insulas; buen natural tienes, sin el qual no ay ciencia que valga: encomiendate à Dios, y procura no errar en la primera intencion; quiero dezir, que siempre tengas intento, y firme proposito de acertar en quantos negocios te ocurrieren; porque siempre favorece el cielo los buenos deseos, y vamosos à comer, que creo que ya estos señores nos aguardan.





**CAP. XLIV.** Como Sancho Pança fue llevado al Govierno, y de la estraña aventura que en el Castillo sucedió à Don Quixote.

**D**Izen, que en el propio original de esta Historia se lee, que llegando Cide Hamete à escribir este capitulo, no le traduxo su interprete como él le avia escrito, que fue vn modo de quexa que tuvo el Moro de si mismo, por aver tomado entre manos vna Historia tan seca, y tan limitada como esta de Don Quixote, por parecerle, que siempre avia de hablar del, y de Sancho, sin oftar estenderse à otras digresiones, y episodios mas graves, y mas entretenidos, y dezia, que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano, y la pluma à escribir de vn solo sugeto, y hablar por las bocas de pocas personas, era vn trabajo incomparable, cuyo fruto no redundava en el de su Autor, y que por huir deste inconveniente avia usado en la primera parte del artificio de algunas Novelas, como fueron la del Curioso impertinente, y la del Capitan cautivo, que están como separadas de la historia, puesto que las demás que alli se cuentan son casos sucedidos al mismo Don Quixote, que no podian

dexar de escribirse. Tambien pensó, como él dize, que muchos llevados de la atencion que piden las hazañas de Don Quixote, no la darian à las Novelas, y passarian por ellas, ó con priciella, ó con enfado, sin advertir la gala, y artificio que en si contienen; el qual se mostrará bien al descubierto, quando por si solas, sin arrimarse à las locuras de Don Quixote, ni à las sandezes de Sancho salieran à luz: y así en esta segunda parte no quiso ingerir Novelas sueltas, ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente, y con solas las palabras que bastan à declararlos: y pues se contiene, y cierra en los estrechos limites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia, y entendimiento para tratar del vniverso todo: pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dexado de escribir; y luego prosigue la Historia, diciendo, que en acabando de comer Don Quixote el dia que dio los consejos à Sancho, aquella tarde se los dió escritos, para que él buscasse quien se los leyese: pero apenas se los hubo dado, quando se le cayeron, y vinieron à manos del Duque, que los comunicó con la Duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura.



y del ingenio de Don Quixote; y así llevando adelante sus burlas, aquella tarde embiaron à Sancho con mucho acompañamiento al lugar, que para él avia de ser Insula. Acaeció, pues, que el que le llevaba à cargo era vn Mayordomo del Duque, muy discreto, y muy gracioso, que no puede aver gracia donde no ay discrecion; el qual avia hecho la persona de la Condesa Trifaldi, con el donaire que queda referido; y con esto, y con ir industriado de sus señores de como se avia de aver con Sancho, salió con su intento maravillosamente. Digo, pues, que acaeció, que así como Sancho vió al tal Mayordomo se le figuró en su rostro el mesmo de la Trifaldi, y volviéndose à su señor, le dixo: Señor, ó à mi me ha de llevar el diablo de aqui de donde estoy, en justo, ó en creyente, ó vuestra merced me ha de confessar, que el rostro deste Mayordomo del Duque, que aqui está, es el mesmo de la Dolorida. Miró Don Quixote atentamente al Mayordomo, y aviendole mirado, dixo à Sancho: No ay para que te lleve el diablo, Sancho, ni es justo, ni en creyente (que no sé lo que quieres dezir) que el rostro de la Dolorida es el del Mayordomo; pero no por esso el Mayordomo es la Dolorida, que à serlo, implicaria contradiccion muy gran-

de, y no es tiempo agora de hazer estas averiguaciones, que feria entrarnos en intrincados laberintos: creeme, amigo, que es menester rogar à nuestro Señor muy de veras, que nos libre à los dos de malos hechizeros, y de malos encantadores. No es buila, señor, replicó Sancho, fino que denantes le oí hablar, y no pareció fino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oídos. Ahora bien, yo callaré; pero no dexaré de andar advertido de aqui adelante, à ver si descubre otra señal, que confirme, ó desfaga mi sospecha. Así lo has de hazer Sancho, dixo Don Quixote, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrires, y de todo aquello que en el Gobierno te sucediere. Salió en fin Sancho acompañado de mucha gente, vestido à lo Letrado, y encima vn gavan muy ancho de chamelote de aguas leonado, con vna montera de lo mismo, sobre vn macho à la gineta, y detrás del, por orden del Duque, iba el ruzio con jaeces, y ornamentos jumentiles de seda, y flamantes: bolvia Sancho la cabeça de quando en quando à mirar à su asno, con cuya compañía iba tan cōtento, que no se trocàra con el Emperador de Alemania.

Al despedirse de los Duques, les besó las manos, y tomó la bendiccion de su señor, que se la dió con lagrimas, y Sancho la recibió



biò con pucheritos. Dexa, Lector amable, ir en paz, y en hora buena al buen Sancho, y espera dos fanegas de rísa que te ha de causar el saber como se portò en su cargo, y en tanto atiende à saber lo que le passò à su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo menos desplegaràs los labios con rísa deximíam; porque los sucesos de Dó Quixote, ò se han de celebrar con admiraciõ, ò con rísa. Cuéntase, pues, que apenas se hubo partido Sancho, quando Don Quixote sintiò su soledad, y si le fuera posible revocarle la comisiõ, y quitarle el Govierno, lo hiziera. Conociò la Duquesa su melancolia, y preguntole, que de què estava triste, que si era por la ausencia de Sãcho, que escuderos, dueñas, y doncellas avia en su casa, que le servirian muy à satisfacion de su deseo. Verdad es señora mia, respondió Don Quixote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es essa la causa principal que me haze parecer que estoy triste, y de los muchos ofrècimiètos que vuestra Excelencia me haze, solamente acepto, y escojo el de la voluntad con que se me hazen, y en lo demás suplico à vuestra Excelencia, q dentro de mi aposento consienta, y permita que yo solo sea el que me sirva. En verdad, dixo la Duquesa, señor Don Quixote, que no ha de ser así, que le

han de servir quatro doncellas de las mias, hermosas como vnas flores. Para mí, respondió Don Quixote, no seràn ellas como flores, sino como espinas, que me puncen el alma. Así entraràn ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el haerme merced, sin yo merecerla, dexeme que yo me las aya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga vna muralla en medio de mis deseos, y de mi honestidad, y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad q vuestra Alteza quiere mostrar conmigo. Y en resolucion, antes dormirè vestido, que cõsentir que nadie me desnude. No mas, no mas, señor Don Quixote, replicò la Duquesa; por mí digo, que darè orden, que ni aun vna mosca entre en su estancia, no que vna doncella: no soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor Don Quixote, que segun se me ha trasluzido, la que mas campea entre sus muchas virtudes, es la de la honestidad. De inudese vuestra merced, y vistase à sus solas, y à su modo, como, y quando quisiere, que no avrà quien lo impida, pues dètro de su aposento hallarà los vasos necesarios al menester de el que duerme à puerta cerrada: porque ninguna natural necesidad le



obligue à que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre estendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente, y tan honesto Cavallero, y los benignos cielos infundan en el coraçon de Sancho Pança nuestro Governador vn deseo de acabar presto sus disciplinas, para que buelva a gozar el mundo de la belleza de tan gran señora. A lo qual dixo D. Quixote: Vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de aver ninguna q̄ sea mala, y mas venturosa; y mas conocida será en el mundo Dulcinea, por averla alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanzas que pueden darle los mas eloquentes de la tierra. Aora bien, señor D. Quixote, replico la Duquesa, la hora de cenar se llega, y el Duque deve de esperar, véga vuestra merced, y cenemos, y acostaráse téprano, que el viage que ayer hizo de Candaya, no fue rá corto, que no aya causado algun molimiéto. No siento ninguno, señora, respondió D. Quixote, porque osaré jurar à vuestra Excelencia, que en mi vida he subido sobre bestia mas reposada, ni de mejor passo que Clavileño, y no sé yo qué le pudo mover à Malambruno para des hazerse de tan ligera, y tan gentil cavalgadura, y abrasarla así

sin mas, ni mas. A esto se puede imaginar, respondió la Duquesa, que arrepentido del mal que avia hecho à la Trifaldi, y compañía, y à otras personas, y de las maldades que como hechizero, y encantador devia de aver cometido, quiso concluir con todos los instrumétos de su oficio, y como à principal, y que mas le traia de laslofegado, vagando de tierra en tierra, abrasò à Clavileño, que cò sus abrasadas cenizas, y con el trofeo de el carref queda eterno el valor del gran D. Quixote de la Mancha. De nuevo nuevas gracias diò D. Quixote à la Duquesa; y en cenando D. Quixote se retirò en su aposento solo, sin consentir que nadie entrasse cò él à servirle: táto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen, ó forçassen à perder el honesto decoro que à su señora Dulcinea guardava, siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadis, flor, y espejo de los andantes Cavalleros. Cerrò tras si la puerta, y à la luz de dos velas de cera se desnudò, y al descalçarse (ò desgracia indigna de tal persona!) se le soltarò, no suspiros, ni otra cosa que des acreditasse la limpieça de su policia, sino hasta dos dozenas de pútos de vna media, que quedó hecha zelofia: affligióse en estremo el buen señor, y diera él por tener allí vn adarme de seda verde, vna onça de plata, di-



gosedas verde, porque las medias eran verdes. Aquí exclamó Benengeli, y escribiendo dixo. O pobreza, pobreza! no sé yo qué razón le movió aquel gran Poeta Cordovés à llamar-te, dadiva santa de agradecida; yo, aunque Moro, bien se por la comunicacion que he tenido con Christianos, que la santidad cõsiste en la caridad, humildad, fee, obediencia, y pobreza; pero con todo esto digo, que ha de tener mucho de Dios el que se viniere à contentar con ser pobre, fino es de aquel modo de pobreza, de quiendize vno de sus mayores Santos: Tened todas las cosas como fino las tuviesseis, y à esto llamã pobreza de espíritu; pero tu segunda pobreza (que eres de la que yo hablo) por qué quieres estrellarte con los hidalgos, y bien nacidos, mas que con la otra gente? Por qué los obligas à dar pãtalla à los çapatos, y à q los botones de sus ropillas, vnos sean de seda, otros de cerdas, y otros de vidro? Porq sus cuellos, por la mayor parte, han de ser siempre escarolados, y no abiertos con molde? (y en esto se echarà de ver que es antiguo el vso del almidon, y de los cuellos abiertos) y profiguió. Miserable del bien nacido, que vã dando pistos à su honra, comiendo mal, y à puerta cerrada, haziendo hipocrita al palillo de dientes, con que sale à la calle despues

de no auer comido cosa que le obligue à limpiarlos! Miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde vna legua se le descubre el remiendo del çapato, el trasudor del sombrero, la hilacha del herreruelo, y la hambre de su estomago! Todo esto se le renovò à D. Quixote en la soltura de sus puntos; pero consolòse con ver que Sancho le avia dexado vnas votas de camino, que pensò ponerse otro dia. Finalmente el se recostò pensativo, y pesaroso, assi de la falta q Sãcho le hazia, como de la irreparable desgracia de sus medias, à quiẽ tomara los puntos, aunque fuera con seda de otra color, que es vna de las mayores señales de miseria que vn hidalgo puede dar en el discurso de su prolixa estrechez. Matò las velas, hazia calor, y no podia dormir, levantòse del lecho, y abrió vn poco la vètana de vna reja, que dava sobre vn hermoso jardin, y al abrirlas sintió, y oyò que andava, y hablaua gente en el jardin; puso se à escuchar atentamente, levantaron la voz los de abaxo, tanto q pudo oir estas razones.

No me porries, ó Emerencia, que cante, pues sabes que desde el punto que este forastero entrò en este castillo, y mis ojos le miraron; yo no se cantar, sino llorar, quanto mas q el sueño de mi señora tiene mas de



ligeros, que de pesado, y no querria que nos hallasse aqui por todo el tesoro de el mundo; y puesto caso que durmiese, y no despertasse, en vano seria mi canto si duerme, y no despertara para oirle este nuevo Eneas, que ha llegado à mis regiones para dexarme escarnida. No dès en esso Altisidora, amiga, respondieron, que sin duda la Duquesa, y quantos ay en esta casa duermen, sino es el señor de tu coraçon, y el despertador de tu alma, porque agora senti q̄ abria la ventana de la reja de su estância, y sin duda deve de estar despierto; canta lastimada mia en tono baxo, y suave, al son de tu harpa: y quando la Duquesa nos sienta, le echarèmos la culpa al calor que haze. No està en esso el punto, ò Emerencia, respondió la Altisidora, sino en que no querria que mi canto descubriessse mi coraçon, y fuesse juzgada de los que no tienen noticia de las fuerças poderosas de amor por doncella antojadiza, y liviana; pero venga lo que viniere, que mas vale vergüença en cara, que mancilla en coraçon; y en esto sintiò tocar vna harpa suavissimamente. Oyendo lo qual quedò D. Quixote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron à la memoria las infinitas aventuras, semejantes à aquella de ventanas, rejas, y jardines, musicas, requiebros, y desvanecimientos,

que en los sus desvanacidos libros de Cavallerias avia leído: luego imaginò, que alguna doncella de la Duquesa estava de él enamorada, y que la honestidad la forçava à tener secreta su voluntad; temiò no le rindiessse, y propuso en su pensamiento el no dexarse vencer, y encomendandose de todo buen animo, y buen talante à su señora Dulcinea del Toboso, determinò de escuchar la musica, y para dar à entender que alli estava diò vn fingido estornudo, de que no poco le alegraron las doncellas, que otra cosa no deseavan; sino que Don Quixote las oyessse. Recorrida, pues, y afinada la harpa, Altisidora diò principio à este Romance.

**O** *Tu que estás en tu lecho,  
entre sabanas de olanda,  
durmiendo à pierna tendida  
de la noche à la mañana.*

*Cavallero el mas valiente,  
que ha producido la Mancha,  
mas honesto, y mas bendito  
que el oro fino de Arabia.*

*Oye à vna triste doncella,  
bien erecida, y mal lograda,  
que en la luz de tus dos soles  
se siente abrasar el alma.*

*Tu buscas tus aventuras,  
y agenas de dichas hallas,  
dàs las feridas, y niegas  
el remedio de sanarlas.*



Dime valeroso joven,  
que Dios prospere tus ansias,  
si te criaste en la Libia,  
¿en las Montañas de Iaca?

Si sierpes te dieron leche?  
si à dicha fueron tus amas  
la aspereza de las selvas,  
y el horror de las montañas?

Muy bien puede Dulcinea,  
doncella rolliza y jana,  
preciarse de que ha vencido  
à una tigre, y fiera brava.

Por esto será famosa,  
desde Henares à Xarama,  
desde el Tajo à Mançanares,  
desde Pisuerga, basta Arlança.

Trocárame yo por ella,  
y diera encima una saya  
de las mas gayadas mias,  
que de oro la adornan franjas.

O quien se viera en tus brazos,  
¿si no junto à tu cama,  
rascandote la cabeza,  
y matandote la caspa!

Mucho pido, y no soy digna  
de merced tan señalada,  
los pies quisiera traerte  
que à una humilde esto le basta.

O que de cosas te diera,  
què de esarpines de plata,  
què de calças de damasco,  
què de herreruelos de olanda!

Què de finisimas perlas,  
cada qual como una agalla,  
que à no tener compañeras,

las solas fueran llamadas.

No mires de tu Tarpeya  
este incendio que me abrasa,  
Neron Manchego del mundo,  
ni le avives con tu saña.

Niña soy pulcela tierna,  
mi edad de quinze no passa,  
catorze tengo y tres meses,  
te juro en Dios, y en mi alma.

No soy renci, ni soy coxa,  
ni tengo nada de manca,  
los cabellos como lirios,  
que en pie por el suelo arrastran.

Y aunque mi boca aguileña,  
y la nariz algo chata,  
ser mis dientes de topacios,  
mi belleza al cielo ensalça.

Mi voz ya vès, si me escuchas,  
que à la que es mas dulce iguala,  
y soy de disposicion  
algo menos que mediana.

Estas, y otras gracias mias,  
son despojos de tu aljava,  
desta casa soy doncella,  
y Altisidora me llaman.

Aqui diò fin el canto de la  
malferida Altisidora, y comen-  
cò el assombro de el requerido  
Don Quixote, el qual dando vn  
gran suspiro, dixo entre si:

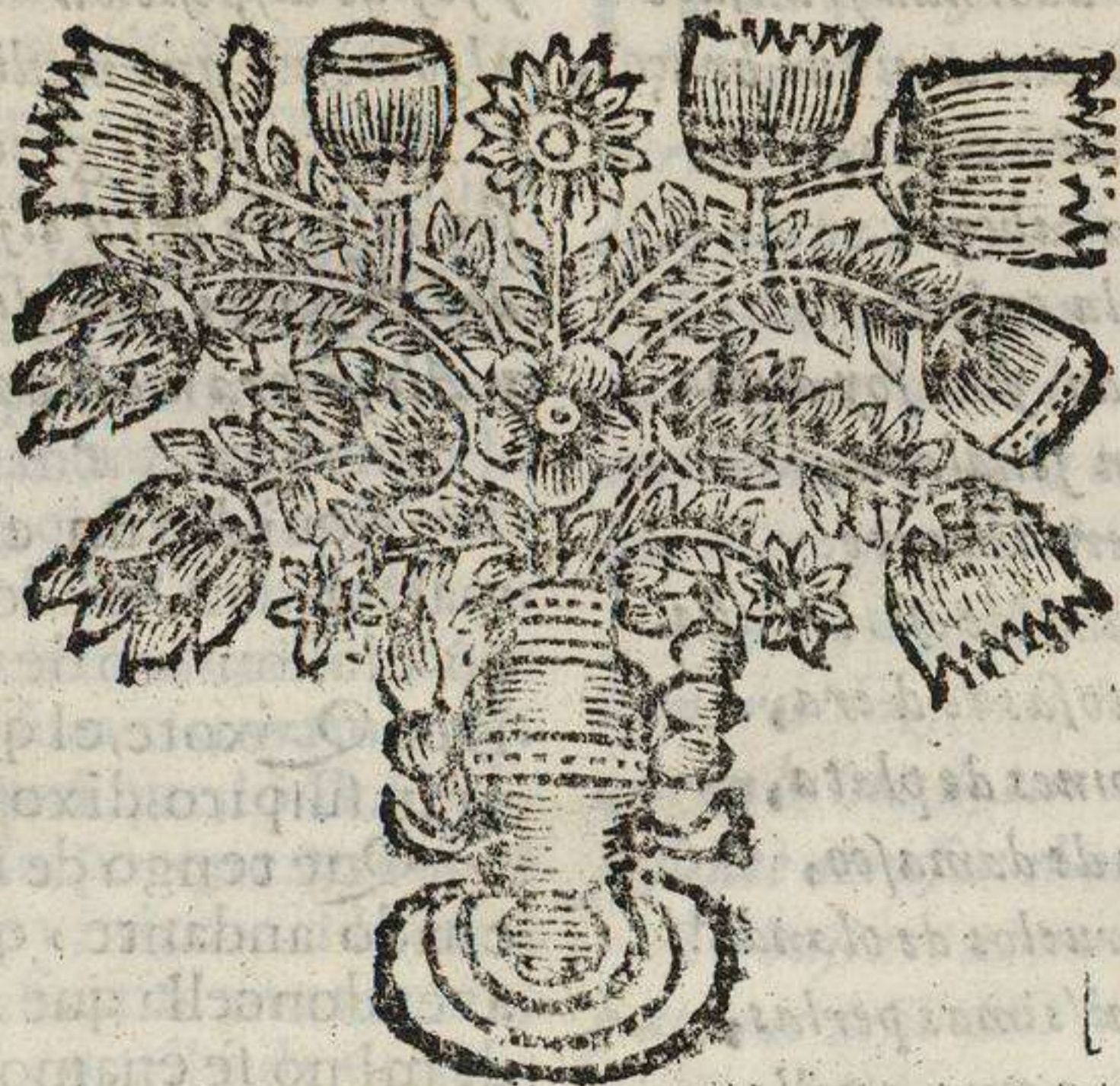
Que tengo de ser tan desdi-  
chado andante, que no ha de  
aver doncella que me mire, que  
de mi no se enamore? Que ten-  
ga de ser tan corta de ventura  
la fin par Dulcinea del Toboso,

qua



que no la han de dexar à solas gozar de la incomparable firmeza mia? Qué la quereis Reynas? A qué la perseguis Emperatrices? Para qué la acosais dōcellas de à catorze à quinze años? Dexad, dexad à la miserable que triunfe, se goze, y vñane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi coracon, y entregarle mi alma. Mirad, ceterba enamorada, que para sola Dulcinea soy de maia, y de alfeñique, y para todas las demas soy de pedernal: para ella soy miel, y para vosotras azibar: para mi sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda, y la bien nacida, y las demas las feas, las necias, las livianas, y las de peor lina-

ge: para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojò la naturaleza al mundo: llore, ò cante Altifidora, desespere Madama, por quien me aporrearon en el Castillo del Moro encantado, q̄ yo tēgo de ser de Dulcinea, cozido ò asado, limpio, bien criado, y honesto, à pesar de todas las potestades hechizeras de la tierra: y con esto cerrò de golpe la ventana, y despechado, y pesafoso, como si le huviera acontecido alguna gran desgracia, se acostò en su lecho, donde le dexarēmos por aora, porque nos està llamando el gran Sancho Pança, que quiere dar principio à su famoso Govierno.





CAP. XLV. De como el gran Sancho Pança tomó la posesion de su Insula, y del modo que comencò à governar.



**O** Perpetuo descubridor de los Antipodas, hacha del mundo, ojo del cielo, me-  
neo dulce de las cantimploras!  
Timbrio aqui, Febo alli, tira-  
dor acá, medico acullà, padre  
de la poesia, inventor de la mu-  
sica, tú que siempre sales (y aú-  
que lo parece) nunca te pones.  
A ti digo, ò Sol, con cuya ayu-  
da el hombre engendra al hom-  
bre; à ti digo, que me favorez-  
cas, y alumbres la obscuridad de  
mi ingenio, para que pueda dis-

currir por sus puntos en la na-  
rracion del Gobierno del gran  
Sancho Pança, que sin tí yo me  
siento tibio, desinaçalado, y  
confuso.

Digo, pues, que con todo su  
acompañamiêto llegó Sancho  
à vn lugar de hasta mil vezi-  
nos, que era de los mejores que  
el Duque tenia: dieronle à en-  
tender, que se llamava la Insu-  
la Barataria, ò ya porque el  
lugar se llamava Baratario, ò ya  
por el barato con que se le avia



dado el Gobierno. Al llegar à las puertas de la villa, que era cercada, salió el Regimiento del pueblo à recibirle, tocaron las campanas, y todos los vezinos dierõ muestras de general alegría, y con mucha pōpa le llevaron à la Iglesia Mayor à dar gracias à Dios, y luego con algunas ridiculas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo, y le admitieron por perpetuo Governador de la Infula Barataria. El trage, las barbas, la gordura, y pequeñez de nuevo Governador tenia admirada à toda la gente, q̄ el babilis del cuē no sabia, y aun à todos los q̄ los sabian, que erã muchos. Finalmente en sacandole de la Iglesia, le llevaron à la silla del juzgado, y le sentaron en ella, y el Mayordomo del Duque le dixo: Es costūbre antigua en esta Infula, señor Governador, que el que viene à tomar possession desta famosa Infula, està obligado a responder à vna pregunta que se le hiziere, que sea algo intrincada, y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma, y toca el pulso del ingenio de su nuevo Governador; y así ó se alegra, ó se enfriestece con su venida. En tanto que el Mayordomo dezia esto à Sancho, estaua el mirando vnas grandes, y muchas letras, q̄ en la pared frontera de su silla estavan escritas, y como el no sabia leer, preguntò, q̄ eran

aquellas pinturas q̄ en aquella pared estavan; fuele respondido: Señor, allí està escrito, y notado el dia en que V. S. tomó possession desta Infula, y dize el Epitafio: Oy dia à tantos de mes, y de tal año, tomó la possession desta Infula el señor D. Sancho Pança, q̄ muchos años la goze. Y a quien llaman Don Sancho Pança, Preguntò Sancho? A V. S. respondió el Mayordomo, que en esta Infula no ha entrado otro Pança, sino el que està sentado en esta silla. Pues advertid hermano dixo Sãcho, q̄ yo no tengo don, ni en todo mi linage le ha auido, Sãcho Pança me llaman à secas, y Sancho se llamò mi padre, y Sancho mi abuelo, y todos fueron Panças sin añadiduras de dones, ni donas, y yo imagino, que en esta Infula deve de aver mas dones que piedras; pero basta, Dios me entiende, y podrá ser q̄ si el Gobierno me durara quatro dias, yo escardarè estos dones, que por la muchedumbre deven de enfadar como los mosquitos. Passe adelante con su pregunta el señor Mayordomo, que yo responderè lo mejor, que supiere, aora se entristezca, ó no se entristezca el pueblo. A este instante entraron en el juzgado dos hombres, el vno vestido de labrador, y el otro de fastre, porque traia vnas tixerias en la mano, y el fastre dixo: Señor Governador,



dor, yo, y este hombre labrador venimos ante v. m. en razon q̄ este buen hombre llegó à mi tienda ayer, que yo con perdon de los presentes soy fastre examinado, que Dios sea bendito, y poniendome vn pedaço de paño en las manos, me preguntò: Señor, avria en este paño harto para hazerme vna caperuza? Yo tanteando el paño, le respondi, que si, él deuióse de imaginar, à lo que yo imaginó, è imaginè biē, que sin duda yo le queria hurtar: alguna parte del paño, fundandose en su malicia, y en la mala opiniõ de los fastres: y replicòme, que mirasse si avria para dos: adivinele el pensamiento, y dixele, que si, y el Cavallero en su dañada, y primera intencion, fue añadiendo caperuzas, y yo añadiendo, si es, hasta que llegamos à cinco caperuzas, y agora en este pũto acaba de venir por ellas, yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura, antes me pide que le pague, ò buelva su paño. Es todo esto así hermano? preguntò Sancho. Si señor, respondiò el hõbre: pero hagale v. m. que muestre las cinco caperuzas, que me ha hecho. De buena gana, respondiò el fastre, y sacado de cõtinente la mano debaxo el herreruelo, mostrò en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabeças de los dedos de la mano, y dixo: He aqui las cinco caperu-

zas q̄ este buen hombre me pide, y en Dios, y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo darè la obra a vista de veedores del oficio. Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas, y del nuevo pleito: Sancho se puso à considerar vn poco, y dixo Pareceme que en este pleito no ha de aver largas dilaciones, sino juzgar luego à juizio de buen varon; y así yo doy por sentencia, que el fastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleuen à los presos de la carcel, y no aya mas. Si la sentencia passada de la bolsa del ganadero movió à admiracion a los circunstantes, esta les provocò à risa: pero en fin se hizo lo que mandò el Governador, ante el qual se presentaron dos hombres ancianos, el vno traía vna cañahaja por vaculo, y el sin vaculo dixo. Señor, à esse buē hõbre le prestedias ha diez escudos de oro en oro, por hazerle plazer, y buena obra, con condicion, que me los bolviessè quando se los pidiesse: passaronse muchos dias sin pedirselos, por no ponerle en mayor necesidad de bolvermelos que la que el tenia quando se los preste: pero por parecerme q̄ se descuidava en la paga, se los he pedido vna, y muchas vezes, y no solamente no me los buelva; pero me los niega, y dize, que nunca



tales diez escudos le presté, y que si se los preite, que ya me los ha buelto; yo tengo testigos, ni de el prestado, ni de la buelta, porq̄ no me los ha buelto, querria que vuestra merced le tomasse juramento, y si jurare que me los ha buelto, yo se los perdono, para aqui, y para adelante de Dios. Qué dezis vos a esto, buen viejo del vaculo, dixo Sancho? A lo que dixo el viejo: Yo señor confieso, que me los prestó, y baxe vuestra merced esta vara, y pues el io dexa en mi juramento, yo jurare como se los he buelto, y pagado real, y verdaderamente. Baxo el Governador la vara, y en tanto el viejo del vaculo dió el vaculo al otro viejo, que se le tuviesse en tanto que jurava, como si le embaraçara mucho, y luego puó la mano en la Cruz de la vara, diziédo, que era verdad q̄ se le avian prestado aquellos diez escudos q̄ se le pedian: pero que el se los avia buelto de su mano à la tuya, y que por no caer en ello se los bolvia à pedir por momentos. Viendo lo qual el gran Governador, preguntó al acreedor, qué respondia à lo que dezia su contrario, y dixo, que sin duda alguna su deudor devia de dezir verdad; porque le tenia por hombre de bien, y buen Christiano, y que à él se le devia de aver olvidado el como, y cuándo se los avia buelto, y que desde alli en adelante

jamás le pediria nana. Tornó à tomar su vaculo el deudor, y baxando la cabeça, se salió del juzgado. Visto lo qual Sancho, y que sin mas ni mas se iba, y viédo tambien la paciencia de el demandante, inclinó la cabeça sobre el pecho, y poniéndose el indice de la mano derecha sobre las cejas, y las narizes, estuvo como pensativo vn pequeño espacio, y luego alçó la cabeça, y mandó que le llamaassen al viejo del vaculo: q̄ ya se avia ido: traxeronsele, y en viéndole Sancho, le dixo: Dadme, buen hombre, esse vaculo, que le he menester. De muy buena gana, respondió el viejo; hele aqui señor, y puso sele en la mano: tomóle Sancho, y dándole al otro viejo, le dixo: Andad con Dios, que ya vais pagado. Yo señor? respondió el viejo: pues vale esta cañaheja diez escudos de oro? Si, dixo el Governador, ó si no, yo soy el mayor porro del mundo, y aora se verá si tengo caletre para governar todo vn Reyno, y mandó, que allí delante de todos se rōpiesse, y abriese la caña. Hizose assi, y en el coraçon della hallaron diez escudos en oro. Quedaron todos admirados, y tuvieron à su Governador por vn nuevo Salomon. Preguntaron de donde avia colegido, que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos, y respondió, q̄ de averle visto dar el viejo que jurava



à su contrario aquel vaculo en tanto que dezia el juramento, y jurar que se los avia dado real, y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornò à pedir el vaculo, le vino à la imaginacion, que dentro del estava la paga de lo que pedian: de donde se podia colegir, que los que gobiernan, aunque sean vnos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juizios, y mas que el avia oido contar otro caso como aquel al Cura de su Lugar, y que el tenia tan gran memoria, que à no olvidarfele, todo aquello que queria acordarse, no huviera tal memoria en toda la Infula. Finalmente, el vn viejo corrido, y el otro pagado, se fueron, y los presentes quedaron admirados, y el que escrivia las palabras, hechos, y movimientos de Sancho, no acabava de determinarse, si le tendria, ò pondria por tonto, ò por discreto. Luego acabado este pleito, estró en el juzgado vna muger, asida fuertemente de vn hombre, vestido de ganadero rico, la qual venia dando grâdes voces, diziendo: Justicia, señor Governador, justicia, y si no la hallo en la tierra, la irè à buscar al Cielo. Señor Governador de mi anima, este mal hombre me ha cogido en la mitad desse campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo, como si fuera trapo

mal lavado, y desdichada de mi me ha llevado lo que yo tenia guardado mas de veinte y tres años ha, defendiendolo de Moros, y Christianos, de naturales, y estrangeros, y yo siempre dura como vn alcornoque, conservandome entera, como la salamanquesa en el fuego, ò como la lana entre las çargas, para que este buen hombre llegasse aora con sus manos limpias à manosearme. Aun esso està por averiguar, si tiene limpias, ò no las manos este galàn, dixo Sancho, y bolviendose al hombre, le dixo, que que dezia, y respòdia à la querella de aque llamuger; el qual todo turbado respondiò: Señores, yo soy vn pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salia desse Lugar de vender, con perdo sea dicho, quatro puercos, que me llevaron de alcavala, y focaliñas poco menos de lo que ellos valian: bolviame à mi Aldea, topè en el camino à esta buena dueña, y el diablo, que todo lo añasca, y todo lo cueze, hizo q̄ yo gassemos juntos, y aguele lo suficiente, y ella mal contenta asió de mi, y no me ha dexado hasta traerme à este puestto; dizela forçè, y miente para el juramèto q̄ hago, ò pienso hazer, y esta es toda la verdad, sin faltar meaja. Entòces el Governador le pregunto, si traia consigo algun dinero en plata; el dixo, q̄ hasta veinte ducados tenia en



el seno en vna bolsa de cuero, mandò que la sacasse, y se la entregasse assi como estava à la querellante, èl lo hizo temblando: tomòla la muger, y haziendo mil çalemas a todos, y rogando à Dios por la vida, y salud del señor Governador, que assi mirava las huérfanas menesterosas, y doncellas: y con esto se salió del juzgado, llevando la bolsa asida cõ entrambas manos, aunque primero miro si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apenas salió quando Sancho dixo al ganadero, que ya se le saltavan las lagrimas, y los ojos, y el coraçon se iban tras su bolsa. Buen hombre, id tras aquella muger, y quitadle la bolsa, aunque no quiera, y bolved aqui con ella, y no lo dixo à tonto, ni à sordo, porque luego partiò como vn rayo, y fue à lo que se le mandava. Todos los presentes estavan suspentos, esperando el fin de aquel pleito, y de alli à poco bolvieron el hombre, y la muger, mas asidos, y aforrados, que la vez primera; ella la faya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el hõbre pugnando por quitarsela; mas no era posible, segun la muger la defendia, la qual dava voces, diziendo: Justicia de Dios, y del mundo, mire vuestra merced, señor Governador, la poca verguença, y el poco temor del re del almado, que en mitad de

poblado, y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que vuestra merced mandò dar me. Y haosla quitado, preguntò el Governador? Como quitar? Respondio la muger, antes me dexàra yo quitar la vida, que me quiten la bolsa: bonita es la niña, otros gatos me han de echar à las barbas, que no este desventurado, y asqueroso: tenazas, y martillos, moços, y escoplos no seràn bastantes à sacarmela de las vñas, ni aun garras de Leones, antes el anima de en mitad en mitad de las carnes. Ella tiene razon, dixo el hombre, y yo me doy por rendido, y sin fuerças, y confieso, que las mias no son bastantes para quitarsela, y dexòla. En tonces el Governador dixo a la muger, mostrad honrada, y valiente essa bolsa; ella se la diò luego, y el Governador se la bolveriò al hombre, y dixo a la esforçada, y no forçada: Hermana mia, si el mismo aliento, y valor que aveis mostrado para defender esta bolsa, le mostrades, y aun la mitad menos para defender vuestro cuerpo, las fuerças de Hercules no os hizieran fuerça: andad con Dios, y mucho de en hora mala, y no pareis en toda esta Insula, ni en seis leguas à la redonda, fopena de dozientos açotes: andad luego digo, churrillera, del vergõçada, y embaidora: espãto se la muger. y fuesse cabizbaxa, y



mal contenta, y el Governador dixo al hombre: Buen hombre, andad con Dios à vuestro lugar con vuestro dinero: y de aqui adelante, sino le quereis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie: el hombre le dió las gracias lo peor que supo, y fuesse, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juizios, y sentencias de su nuevo Governador. Todo lo qual notado de su Coronista, fue luego escrito al Duque, que con gran deseo lo estava esperando; y quedese aqui el buen Sancho, que es mucha la priessa que nos dà su amo, alborocado con la musica de Altifidora.

**CAP. XLVI.** *Del temeroso espanto cencerril, y gatuno, que recibió Don Quixote en el discurso de los amores de la enamorada Altifidora.*

**D**Examos al gran Don Quixote embuelto en los pensamientos que le avian causado la musica de la enamorada doncella Altifidora: acostose con ellos, y como si fueran pulgas, no le dexaron dormir, ni sossegar vn punto, y juntavanse los que le faltavan de sus medias; pero como es ligero el tiempo, y no ay barranco que le detenga, corrió cavallero en las horas, y con mucha

presteza llevo la de la mañana. Lo qual visto por Dō Quixote, dexò las bládas plumas, y no ra da perezoso se vistió su acamuzado vestido, y se alçò sus botas de camino por encubrir la desgracia de sus medias: arrojose encima su manton de escarlata, y pusose en la cabeza vna montera de terciopelo verde, guarnecida de passamanos de plata: colgò el tahali de sus hombros, con su buena, y tajadora espada: asió vn gran rosario, que consigo contoneo traia, y con gran prosopopeya, y contento salió à la antecala, donde el Duque, y la Duquesa estavan ya vestidos, y como esperandole: y al passar por vna galeria estavan aposta esperandole Altifidora, y la otra doncella su amiga, y así como Altifidora vio à Don Quixote, fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iba à desabrochar el pecho. Don Quixote que lo vio, llegandose à ellas, dixo: Ya sé yo de que proceden estos accidentes. No sé yo de qué, respondió la amiga; porque Altifidora es la doncella mas san de toda esta casa, y yo nunca la he tentido vn ay, en quanto ha que la conozco; que mal aya quantos Cavalleros andantes ay en el mundo, si es que todos son desagradecidos: vayale vuestra merced, señor Don Quixote, que no bolvera



en si esta pobre niña en tanto que vuestra merced aqui estuviere. A lo que respondió Don Quixote: Haga vuestra merced, señora, que se me ponga vn laud esta noche en mi aposento, que yo consolaré, lo mejor que pudiere, à esta lastimada doncella, que en los principios amorosos, los desengaños presto suelen ser remedios calificados: y con esto se fue, porqu no fuese notado de los que alli le viesesen: no se hubo bien apartado, quando bolviendo en si la desmayada Altisidora, dixo à su compañera. Menester será, que se le ponga el laud, que sin duda Don Quixote quiere darnos musica, y no será mala, siendo suya. Fueron luego à dar cuenta à la Duquesa de lo que passava, y del laud que pedía Don Quixote, y ella alegre sobre modo concertò con el Duque, y con sus doncellas de hazerle vna burla, que fuese mas risueña, que dañosa, y cò mucho contento esperavan la noche, que se vino tan apriesa, como se avia venido el dia, el qual passaron los Duques en sabrosas platicas con D. Quixote; y la Duquesa aquel dia, real, y verdaderamente despachò à vn page suyo, que avia hecho en la selva la figura de la encantada Dulcinea, à Teresa Pança, con la carta de su marido Sancho Pança, y con el lio de ropa que avia dexa-

do, para que se le embiasse, encargandole le traxesse buena relacion de todo lo que con ella passasse. Hecho esto, y llegadas las onze horas de la noche, hallò Don Quixote vna vihuela en su aposento; templòla, abrio la reja, y sintió que andava gente en el jardin, y aviendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinandola lo mejor que supo, escupió, y remonándose el pecho, y luego con voz ronquilla, aunque entonada, cantò el siguiente Romance, que èl mesmo aquel dia avia compuesto.

*Suelen las fuerças de amor  
Sacar de quicio à las almas;  
Tomando por instrumento  
La ociosidad descuidada.*

*Suele el coser, y el labrar,  
Y el estar siempre ocupada,  
Ser antidoto al veneno  
De las amorosas ansias.*

*Las doncellas recogidas,  
Que aspiran à ser casadas,  
La honestidad es la dote,  
Y voz de sus alabanzas.*

*Los Andantes Cavalleros,  
Y los que en la Corte andan,  
Requiebranse con las libres,  
Con las honestos se casan.*



*Ay amores de levante,  
Que entre huespedes se tratan,  
Que llegan presto al Poniente,  
Porque en el partir se acaban.*

*El amor recién venido,  
Que oy llegó, y se va mañana,  
Los imagenes no dexa  
Bien impressas en el alma.*

*Pintura sobre pintura,  
Ni se muestra, ni señala,  
Y do ay primera belleza,  
La segunda no haze baza.*

*Dulcinea del Toboso  
Del alma, en la tabla rasa  
Tengo pintada de modo,  
Que es imposible borrarla.*

*La firmeza en los amantes  
Es la parte mas preciada,  
Por quien haze amor milagros,  
Y à si mismo los levanta.*

Aqui llegava Don Quixote de su canto, à quien estavan escuchando el Duque, y la Duquesa, Altisidora, y casi toda la gente del Castillo, quando de improviso desde encima de vn corredor, que sobre la reja de Don Quixote à plomo caia, descolgaron vn cordel, donde venian mas de cien cencerros afidos, y luego tras ellos derramaron vn gran saco de ga-

tos, que assimismo traian cencerros menores atados à las colas: fue tan grande el ruido de los cencerros, y el mayor de los gatos, que aunque los Duques avian sido inventores de la burla, todavia les sobrefaltò, y temeroso Don Quixote, quedò pasmado, y quiso la suerte, que dos, ò tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de vna parte à otra, parecia que vna region de diablos ardava en ella; apagaron las velas que en el aposento ardian, y andavan buscando por do escaparse. El descolgar, y subir del cordel de los grandes cencerros no cessava: la mayor parte de la gente del Castillo, que no sabia la verdad del caso, estava suspensa, y admirada. Levantòse Don Quixote en pie, y poniendo mano à la espada, començò à tirar estocadas por la reja, y à dezir a grandes voces: A fuera malignos encantadores, à fuera canalla hechizeresa, que yo soy Don Quixote de la Mancha, contra quien no valen, ni tienen fuerza vuestras malas intenciones: y bolviendose à los gatos, que andavan por el aposento, les tirò muchas cuchilladas; ellos acudieron à la reja, y por alli se salieron, aunque vno viendose tan acosado de las cuchilladas de Don Quixote, le saltò al rostro, y le afio de las narizes con las vñas y



los dientes, por cuyo dolor Don Quixote comencò à dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo qual el Duque, y la Duquesa, y considerando lo que podia ser, cõ mucha presteza acudieron à su estancia, y abriendo con llave maestra, vieron al pobre Cavallero pugnando con todas sus fuerças, por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luzes, y vieron la desigual pelea; acudiò el Duque à despartirla, y Don Quixote dixo à voces: No me le quite nadie, dexenme mano à mano con este demonio, con este hechizero, con este encantador, que yo le darè à entender de mi à el quienes D. Quixote de la Mancha. Pero el gato no curandose destas amenazas, gruñia, y apretava. Mas en fin el Duque se le desarraigò, y le echò por la reja: quedò Don Quixote acrivado el rostro, y no muy sanas las narizes, aunque muy despechado, porque no le aviã dexado fenecer la batalla que tã trabada tenia cõ aquel malandrìn encantador. Hizieron traer azeite de aparicio, y la misma Altiñadora con sus blanquissimas manos le puso vnas vendas por todo lo herido, y al ponerlas con voz baxa le dixo: Todas estas malandanças te suceden, empedernido Cavallero, por el pecado de tu dureza, y pertinacia, y plega à Dios que se le olvide à Sancho tu escu-

dero el agotarse, porque nunca salga de su encãto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tu la gozes, ni llegues à talamo cõ ella, alomenos viviendo yo, que te adoro. A todo esto no respondiò Don Quixote otra palabra, sino fue dar vn profundo suspiro, y luego se tendio en su lecho, agradeciẽdo à los Duques la merced, nõ porque el tenia temor de aquella canalla gatefca, encãtadora, y encerruna, sino porq̃ avia conocido la buena intencion con que avian venido à socorrerle. Los Duques le dexaron sossegar, y se fueron pesarosos del mal suceso de la burla, que no creyeron que tan pesada, y tan costosa le saliera à Don Quixote aquella aventura, que le costò cinco dias de encerramiento, y de cama, donde le sucediò otra avẽtura mas gustosa que la passada, la qual no quiere su Historiador contar aora, por acudir à Sancho Pança, que andava muy folicitto, y muy gracioso en su Gobierno.

**CAP. XLVII.** *Donde se prosigue, como se portava Sancho Pança en su Gobierno.*

**C**Venta la historia, que desde el juzgado llevaron à Sancho Pança à vn sumptuoso Palacio, à donde en vna gran sala estava puesta vna real,



y limpieſiſima meſa, y aſſi como Sancho entrò en la ſala, ſonarò chirimias, y ſalieron quatro pa- ges à darle agua manos, que Sã- cho recibìo con mucha grave- dad: ceſò la muſica, ſento ſe Sã- cho à la cabecera de la meſa, porque no avia mas de aquel aſiento, y no otro ſervicio en toda ella. Puſo ſe à ſu lado en pie vn perſonage, que deſpues moſ- trò ſer Medico, con vna vari- lla de vallena en la mano: levã- taron vna riquiſiſima, y blanca tohalla, con que eſtavã cubier- tas las frutas, y mucha diverſi- dad de platos de divertos man- jares. Vno que parecia eſtudian- te echò la bendicion, y vn page puſo vn babador randado à Sancho: otro que hazia el ofi- cio de Maeſtreſala llegò vn pla- to de fruta delante; pero apenas huvo comido vn bocado, quan- do el de la varilla, tocando con ella en el plato, ſe le quitaron de delante con grandiſſima ce- leridad: pero el Maeſtreſala lle- gò otro de otro manjar, iba à probarle Sancho; pero antes q̄ llegaffe à èl, ni le guſtaſſe, ya la varilla avia tocado en èl, y vn page alçadole con tanta preſte- za, como el de la fruta. Viſto lo qual por Sancho, quedò ſuſpen- ſo, y mirando à todos; pregun- tò, ſi ſe avia de comer aquella comida como juego de Maeſ- ſecoral. A lo qual reſpòdio el de la vara: No ſe ha de comer, ſe- ñor Governador, ſino como es

vſo, y coſtùbre en las otras In- ſulas donde ay Governadores. Yo, ſeñor, ſoy Medico, y eſtoy aſalariado en eſta Inſula para ſerlo de los Governadores de ella, y miro por ſu ſalud, mucho mas que por la mia, eſtudiando de noche, y de dia, y tanteando la complexion del Governador para acertar à curarle, quando cayere enfermo; y lo principal que hago es, aſſiſtir à ſus comi- das, y cenas, y dexarle comer de lo que me parece que le convie- ne, y à quitarle lo que imagino que le ha de hazer daño, y ſer nocivo al eſtomago, y aſſi man- dè quitar el plato de la fruta, por ſer demaſiadamente hume- da: y el plato del otro manjar tambien le mandè quitaar, por ſer demaſiadamente caliente, y tener muchas eſpecies, q̄ acre- cientan la ſed, y el que mucho bebe, mata, y confunde el hume- do radical donde conſiſte la vi- da. De eſſa manera aquel plato de perdizes que eſtàn allí aſſa- das, y à mi parecer bien fazona- das, no me haràn algun daño. A lo que el Medico reſpondiò: Eſ- ſas no comerà el ſeñor Gover- nador en tanto que yo tuviere vida. Pues por què? dixo San- cho. Y el Medico reſpondiò: Porque nueſtro Maeſtro Hipo- crates, norte, y luz de la medici- na, en vn Aforiſmo ſuyo dize: *Omniſ ſalutari mala perdit au- tem peſſima.* Quiere dezir, toda hartazgo es mala; pero la de as



perdizes malísima. Si esto es así, dixo Sancho, vea señor Doctor de quantos manjares ay en esta mesa, qual me hará provecho, y qual menos daño, y dexeme comer del, sin que me le apalee: porque por vida del Governador, y así Dios me le dexé gozar, que me muero de hambre, y el negarme la comida, aunq le pese al señor Doctor, y él mas me diga, antes será quitarme la vida, que aumentarme la. Vuestra merced tiene razon, señor Governador, respondió el Medico, y así es mi parecer, que vuestra merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están, porque es manjar peliagudo: de aquella ternera, sino fuera asada, y en adobo, aun se pudiera probar, pero no ay para qué. Y Sancho dixo, aquel platonazo q está mas adelante vahando, me parece q es holla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales hollas podridas ay, no podré dexar de topar con alguna que me sea de gusto, y de provecho. Absit, dixo el Medico, vayalejos de nosotros tan mal pensamiento; no ay cosa en el mundo de peor mantenimiento que vna holla podrida: allá las hollas podridas para los Canonicos, o para los Retores de Colegios, o para las bodas labradorcas, y dexennos libres las mesas de los Governadores, donde ha de asistir todo primor, toda

atildadura: y la razon es, porque siépre, y adquiera, y de quienquiera son mas estimadas las medicinas simples, q las compuestas; porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas si, alterando la cantidad de las cosas de q son compuestas: mas lo q yo sé que ha de comer el señor Governador aora, para conservar su salud, y corroborarla, es vn ciento de cañutillos de suplicaciones, y vnas rajadicas de carne de mébrillo, q le asienté el estomago, y le ayuden à la digestion. Oyendo esto Sancho, le arrimò sobre el espaldar de la silla, y mirò de hito en hito al tal Medico, y cò voz grave le preguntò, como se llamava, y donde avia estudiado. A lo que él respondió: Yo, señor Governador, me llamo el Doctor Pedro Rezio de Agüero, y soy natural de vn lugar llamado Tirteafuera, q está entre Caraquél, y Almodobar del Cãpo à la mano derecha, y tengo el grado de Doctor por la Vniversidad de Osuna. A lo q respondió Sancho, todo encédido en colera: Pues señor Doctor Pedro Rezio de mal Agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está à la derecha mano, como vamos de Caraquél à Almodobar del Campo, graduado en Osuna, quiteseme luego de delante, si no, voto al Sol, que tome vn garrote, y que à garrotazos, comenzando pòr él, no me ha-



ha de quedar medico en toda la Infula, à lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes, que a los medicos ía bios, prudentes, y discretos, los pondré sobre mi cabeça, y los honraré como à personas divinas: y buelvo à dezir, que se me vaya Pedro Rezio de aqui, si no tomaré esta silla en que estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeça, y pidanmelo en residencia, que yo me descargaré con dezir, que hice servicio à Dios en matar à vn mal medico verdugo de la Republica, y denme de comer, ó sino tomése su Gobierno, que oficio que no dà de comer à su dueño, no vale dos habas. Alborotóse el Doctor, viendo tan colerico al Governador, y quiso hazer tierra fuera de la sala, sino que en aqueste instante sonó vna corneta de posta en la calle, y asfomandose el Maestresala à la ventana, bolvió diziendo, correo viene del Duque mi señor, algun despacho deve de traer de importancia. Entró el correo sudando, y asustado, y sacando, y vn pliego del seno, le puso en las manos del Governador, y Sancho le puso en las del Mayordomo, à quien mandó leyese el sobrecrito, que dezia así: A Don Sancho Pança, Governador de la Infula Barataria, en su propia mano, ò en las de su Secretario. Oyendo lo qual Sanchcho, dixo: Quien es aqui mi Se-

cretario? y vno de los q̄ presentes estavan, respōdiò: Yo señor, porque se leer, y escrivir, y soy Vizcaino. Con esta añadidura, dixo Sancho, biē podeis ser Secretario del mismo Emperador: abrid esse pliego, y mirad lo q̄ dize. Hizolo así el reciē nacido Secretario, y aviēdo leído lo que dezia, dixo, q̄ era negocio para tratarle à solas. Mandó Sanchcho despejar la sala, y q̄ no quedassen en ella sino el Mayordomo, y el Maestresala, y los demás, y el medico se fueron, y luego el Secretario leyò la carta, que así dezia.

À mi noticia ha llegado, señor D. Sancho Pança, que vnos enemigos míos, y dessa Infula la han de dar vn assalto furioso, no sé que noche, conviene velar, y estar alerta, porque no le tomé desapercebido: Sé tambien por espías verdaderas, q̄ hã entrado en esse Lugar quatro personas disfraçadas para quitaros la vida, por q̄ se temen de vuestro ingenio, abrid el ojo, y mirad quiē llega à hablaros, y no comais de cosa q̄ os presentaren; yo tēdré cuidado de socorreros, si os vieredes en trabajo, y en todo hareis, como se espera de vuestro entendimiento. Deste Lugar à 16. de Agosto, a las 4. de la mañana. Vuestro amigo el Duque. Quedò Atonito Sancho, y mostraron quedarlo así mismo los circunstantes, y bolviéndose al Mayordomo le dixo, lo que



que aora se ha de bazer, y ha de ser luego, es meter en vn calabozo al Doctor Rezio, porque si alguno me ha de matar ha de ser el, y de muerte adminicula, y pessima, como es la de hambre. Tambien dixo el Maestresala, me parece à mi, que vuestra merced no coma de todo lo que està en esta mesa, porque lo han presentado vnas Monjas: y como suele dezirse, detrás de la Cruz està el diablo. No lo niego, respondió Sancho, y por aora denme vn pedazo de pan, y obra de quatro libras de vbas, que en ellas no podrá venir veneno, porque en efeto no puedo passar sin comer; y si es que hemos de estar prompts para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos, porque tripas llevan coraçon, que no coraçon tripas; y vos Secretario, responded al Duque mi señor, y dezidle, que se cumplirá lo que manda, como lo manda, sin faltar punto: y dareis de mi parte vn besamanos à mi señora la Duquesa, y que le suplico no se le olvide de embiar con vn proprio mi carta, y mi lio à mi muger Teresa Pança, que en ello recibire mucha merced, y tendre cuidado de escribirla con todo lo que mis fuerças alcançaren: y de camino podeis encaxar vn besamanos à mi señor Don Quixote de la Mancha, porque vea que soy pan agrado:

decido: y vos como buen Secretario, y como buen Vizcaino podeis añadir todo lo que quieredes, y mas viniere à cuento: y alçense estos manteles, y denme à mi de comer, que yo me avendré con quantas espías, y matadores, y encantadores vinieren sobre mi, y sobre mi Insula. En esto entro vn page, y dixo: Aquí està vn labrador negociante, que quiere hablar à vuestra Señoria en vn negocio, segun el dize, de mucha importancia. Extraño caso es este, dixo Sancho, de estos negociantes; es posible que sean tan necios, que no echen de ver, q̄ semejantes horas como estas no son en las que han de venir à negociar; por ventura los que governamos, los que somos Juezes, no somos hombres de carne, y de hueso, y que es menester que nos dexen de cançar el tiempo que la necesidad pide, si no que quieren que seamos hechos de piedra marmol? Por Dios: y en mi conciencia, que si medara el Gobierno (que no durará, que segun se me trasluze) que yo ponga en pretina à mas de vn negociante. Aora dezid à esse buen hombre que entre; pero adviértase primero no sea alguno de los espías, ó matador mio. No señor, respondió el page, porque parece vna alma de cantaro, y yo se poco, o el es tan bueno como el buen pan: no ay que temer,



mer, dixo el Mayordomo, que aqui estamos todos. Seria posible, dixo Sancho, Maestreiala, que aora que no està aqui el Doctor Pedro Rezio, que comiesse yo alguna cosa de peso, y de sustancia, aunque fuesse vn pedaço de pan, y cebolla. Esta noche à la cena se fatisfarà la falta de la comida, y quedará V.S. satisfecho, y pagado, dixo el Maestrefala. Dios lo haga, respondió Sancho, y en esto entro el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echava de ver, que era bueno, y de buena alma. Lo primero que dixo fue, quien es aqui el señor Governador? Quien ha de ser, respondió el Secretario, sino el que està sentado en la silla. Humillome, pues, à su presencia, dixo el labrador, y poniendose de rodillas, le pidió la mano para besarla: negóse la Sancho, y mandò, que se levantasse, y dixesse lo que quisiere. Hizolo así el labrador, y luego dixo: Yo, señor, soy labrador, natural de Miguel Turra, vn lugar que està dos leguas de Ciudad-Real. Otro Tirteafuera tenemos, dixo Sãcho; dezid hermano, que lo que yo os sé dezir, es, que se muy biẽ à Miguel Turra, y q̃ no està muy lexos de mi pueblo. Es pues, el caso, señor, prosiguiò el labrador, que yo por la misericordia de Dios soy casado, en paz, y en haz de la Santa Iglesia

Catholica Romana, tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para Bachiller, y el mayor para Licenciado: soy viudo, porque se murió mi muger, ò por mejor dezir, me la matò vn mal Medico, que la purgò estando preñada, y si Dios fuera servido que saliera a luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiera à estudiar para Doctor, porque no tuviera embidia à sus hermanos el Bachiller, y el Licenciado. De modo, dixo Sancho, que si vuestra muger no se huviera muerto, ò la huvieran muerto, vos no fuerades aora viudo? No señor, en ninguna manera, respondió el labrador. Medrados estamos, replicò Sancho; adelante, hermano, que es hora de dormir, mas que de negociar. Digo, pues, dixo el labrador, q̃ este mi hijo que ha de ser Bachiller, se enamorò en el mismo pueblo de vna doncella, llamada Clara Perlerina, hija de Andrés Perlerino, labrador riquissimo, y este nombre de Perlerines no les viene de abolen-go, ni otra alcurnia, sino porq̃ todos los deste linage son perlaticos, y por mejorar el nombre los llaman Perlerines, aunque si ṽa à dezir la verdad, la doncella es como vna perla Oriental, y mirada por el lado derecho parece vna flor del campo; por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le saltò de viruelas: y aunque los hoyos del



del rostro son muchos; y grandes, dicen los que la quieren bien, que aquellos no son hoyos, sino sepulturas, donde se sepultan las almas de sus amantes. Están limpia, que por no ensuciar la cara, trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca; y con todo esto parece bien por extremo: porque tiene la boca grande, y à no faltarle diez, ò doze dientes, y muelas, pudiera pasar, y echar à raya entre las mas bien formadas. De los labios no tengo que dezir, porque son tan fútiles, y delicados, que si se vísaran aspar labios, pudierán hazer dellos vna madexa; pero como tiene diferente color de la que en los labios se vía comunmente, parecen milagrosos: porque son jaspeados de acul, y verde, y averengenado. Y perdoneme el señor Governador, si por tan menudo voy pintando las partes de la que al fin, al fin ha de ser mi hija, que la quiero bien, y no me parece mal. Pintad lo que quisieredes, dixo Sancho, que yo me voy recreando en la pintura, y si huviera comido, no huviera mejor postre para mí, que vuestro retrato. Esto tengo yo por servir, respondió el labrador; pero tiempo vendrá en que seamos, si aora no somos, y digo señor, que si pudiera pintar su gentileza, y la altura de su cuerpo, fuera cosa

de admiracion; pero no puede ser, à causa de que ella está goviada, y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo esto se echa biende ver, que si se pudiera levantar, diera con la cabeça en el techo, y ya ella huviera dado la mano de esposa à mi Bachiller, sino que no la puede estender, q̄ está añudada; y con todo en las vñas largas y acanaladas se muestra su bondad, y buena hechura. Está bien, dixo Sancho, y hazed cuenta, hermano, que ya la aveis pintado de los pies à la cabeça: que es lo que quereis aora, y venid al punto, sin rodeos, ni callejuelas, ni retazos, ni añadiduras? Querria señor, respondió el labrador, que vuestra merced me hiziesse merced de darme vna carta de favor para mi consuegro, suplicandole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna, ni en los de naturaleza: porque para dezir la verdad, señor Governador, mi hijo es endemoniado, y no ay dia que tres, o quatro vezes no le atormenten los malignos espíritus; y de aver caído vna vez en el fuego, tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos, y manantiales: pero tiene vna condición de vn Angel, y fino es q̄ se aporrea, y se dá de puñadas el mismo a si mismo, fuera vn bendito. Quereis otra cosa, buen

hom-



hombre? replicó Sancho. Otra cosa querria, dixo el labrador, sino que no me atrevo à dezirlo; pero vaya, que en fin no se me ha de podrir en el pecho, pegue, ó no pegue. Digo señor, que querria q̄ vuestra merced me diese trecientos, y seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi Bachiller, digo para ayuda de poner su casa, porque en fin han de vivir por sí, sin estar sujetos à las impertinencias de los suegros. Mirad si quereis otra cosa, dixo Sancho, y no la dexeis de dezir por empacho, ni por verguença. No por cierto, respondió el labrador; y apenas dixo esto, quando levantandose en pie el Governador, asió de la silla en que estava sentado, y dixo: Voto à tal don patan, rustico, y mal mirado, que si no os apartais, y ascõdeis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa, y abra la cabeça; hídeme puta vellaco, pintor del mismo demonio, y à estas horas te vienes à pedirme seiscientos ducados, y donde los tengo yo hediondo, y porquẽ te los avia de dar, aunque los tuviera, focarron, y mentecato? y

quẽ se me dà à mi de Miguel Turra, ni de todo el linage de los Perlerines? Vã de mi, digo, sino, por vida del Duque mi señor que haga lo q̄ tẽgo dicho. Tu no debes de ser de Miguel Turra, sino algũ focarrõ, que para tẽtarme te ha embiado aqui el infierno: dime de salmado, aun no ha dia y medio que tengo el Gobierno, y ya quieres que tenga seiscientos ducados? Hizo de señas el Maestresala al labrador, que se saliese de la sala, el qual lo hizo cabizbaxo, y al parecer temeroso, de que el Governador no executasse su colera, que el vellacon supo hacer muy bien su oficio: pero dexemos con su colera à Sancho, y andese la paz en el corro, y bolvamos à Don Quixote, que le dexamos vendado el rostro, y curado de las gataescas heridas, de las quales no sanò en ocho dias; en vno de los quales le sucediò lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad, y verdad que fuele contar las cosas desta historia por minimas que sean.





CAP. XLVIII. De lo que sucedió à Don Quixote con Doña Rodríguez, la dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura, y de memoria eterna.



**A** Demàs estava mohino, y melancolico el mal ferido Don Quixote, vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las vñas de vn gato, desdichas anexas à la andante Cavalleria. Seis dias estuvo sin salir en publico; en vna noche de las quales, estando despierto, y desvelado, pensando en sus desgracias, y en el perseguimiento de Altisidora, sintió, que con vna llave abrian

la puèrta de su aposento, y luego imaginó, que la enamorada doncella venia para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condición de faltar a la fee que guardar devia à su señora Dulcinea del Toboso, no (dixo creyendo à su imaginacion, y esto con voz que pudiera ser oida) no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra, para que yo dexé de adorarla que tengo gravada, y estampada en la mitad de



de mi coracon, y en lo mas escondido de mis entrañas: aora estes, señora mia, transformada en cebolluda labradora, aora en Ninfa del dorado Tajo, texiendo telas de oro, y sirgo cõ puestas, aora te tēga Merlin, ò Montesinos, donde ellos quiēieren, que adonde quiera eres mia, y à do quiera he sido yo, y he de ser tuyo. El acabar estas razones, y el abrir de la puerta fue todo vno. Pusose en pie sobre la cama, embuelto de arriba abaxo en vna colcha de raso amarillo, vna galocha en la cabeça, y el rostro, y los vigotes vendados, el rostro, por los aruños, los vigotes, porque no se le desmayassen, y cayessen: en el qual traje parecia la mas extraordinaria fantasma, que se pudiera pētar. Clavò los ojos en la puerta, y quãdo esperaba ver entrar por ella à la rēndida, y lastimada Altisidora, viò entrar à vna reverendissima dueña, cõ vnas tocas blancas, repulgadas, y luēgas, tanto, que la cubrian, y enmantavã desde los pies à la cabeça. Entre los dedos de la mano izquierda traia vna media vela encendida, y con la derecha se hazia sombra, porque no le diese la luz en los ojos, à quien cubrian vnos muy grandes antojos: venia pisando quedito, y movia los pies blandamente. Mirola Don Quixote desde su ataya, y quando viò su adeliño, y notò su silencio, pen-

sò, què alguna bruxa, ò magavenia en aquel trage à hazer en él alguna mala fechoria, y comencò à santiguarse con mucha priessa. Fuesse llegando la vision, y quando llego à la mitad del aposento alçò los ojos, y viò la priessa con que se estava haziendo cruces Don Quixote; y si él quedò medroso en ver tal figura, ella quedò espantada en ver la suya: porque assi como le viò tan alto, y tan amarillo con la colcha, y con las vendas, que le desfiguravã, diò vna gran voz, diziendo: Jesus, què es lo que veo? y con el sobresalto se le cayò la vela de las manos, viendose à escuras, bolviò las espaldas para irse, y con el miedo tropehò en sus faldas, y diò consigo vna gran caída. Don Quixote temeroso comencò à dezir: Conjurote fantasma, ò lo que eres, que me digas quien eres, y que me digas, què es lo que de mi quieres? Si eres alma en pena, dimelo, que yo harè por ti todo quanto mis fuerças alcançaren, porque soy Catolico Christiano, y amigo de hazer bien à todo el mundo, que para esto tomè la Ordē de la Cavalleria andante q̄ professo (cuyo officio aun hasta hazer bien à las animas de Purgatorio se estiende.) La brumada dueña, que oyo conjurarse, por su temor coligiò el de Don Quixote, y con voz afligida, y baxa, le reipondió: Señor Don



Quixote (si es que à caso vuestra merced es Don Quixote) yo no soy fantasma, ni vision, ni anima de purgatorio, como vuestra merced deve de aver pensado, sino Doña Rodriguez, la dueña de honor de mi señora la Duquesa, que con vna necesidad, de aquellas que v. m. suele remediar; à v. m. vengo. Dime señora Doña Rodriguez, dixo Don Quixote, por ventura viene vuestra merced à hazer alguna terceria? Porque le hago saber, que no soy de provecho para nadie, merced à la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo en fin señora Doña Rodriguez, que como vuestra merced salve, y dexa à vna parte todo recado amoroso, puede bolver à encender su vela, y buelva, y despartiremos de todo lo que mas mandare, y mas en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitativo melindre. Yo recado de nadie? señor mio, respondió la dueña, mal me conoce vuestra merced, si que aun no estoy en edad tan prolongada, que me acoja à semejantes niñerías, pues Dios loado mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes, y mue las en la boca, amen de vnos pocos que me han vsurpado vnos catarros, que en esta tierra de Aragon son tan ordinarios: pero espereme vuestra merced vn poco, saldrè à encender mi

vela, y bolverè en vn instante à contar mis cuitas, como à remediator de todas las del mundo, y sin esperar respuesta se falió del aposento, donde quedó D. Quixote sossegado, y pensativo esperandola: pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura, y parecia ser mal hecho: peor pensado, ponerse en peligro de romper à su señora la fee prometida; y dezia-se à si mismo; quien sabe si el diablo, q̄ es sutil, mañoso, que rra engañarme agora con vna dueña, lo que no ha podido con Emperatrices, Reynas, Duquesas, Marquesas, ni Condesas, que yo he oido dezir muchas vezes, y à muchos discretos; q̄ si èl puede antes os la darà roma, que aguileña? y quien sabe si esta soledad, esta ocasion, y este silencio despertará mis deseos que duermen, y harán q̄ alcabo de mis años venga à caer donde nunca he tropezado, y en casos semejantes, mejor es huir que esperar la batalla: pero yo no devo de estar en mi juicio pues tales disparates digo, y pienso, que no es possible que vna dueña toquiblanca, larga, y antojuna, puede mover, ni levantar pensamiento lascivo en el mas de salmado pecho del mundo: por ventura ay dueña en la tierra, que tenga buenas carnes? Por ventura ay dueña en el Orbe, que dexa de ser im-



pertinente fruncida, y melindrosa? A fuera, pues, ceterba dueñesca, invtil para ningun humano regalo. O quan bien hazia aquella señora, de quien se dize, que tenia dos dueñas de bulto con sus antojos, y almohadillas al cabo de su estrado, como que estaban labrando, y tanto le serian para la autoridad de la sala aquellas estatuas, como las dueñas verdaderas! y diziendo esto se arrojò del lecho, con intencion de cerrar la puerta, y no dexar entrar à la señora Rodriguez; mas quando la llegó à cerrar, ya la señora Rodriguez bolvia, encendida vna vela de cera blanca, y quando ella viò à Don Quixote de mas cerca embuelto en la colcha, con las vendas, galocha, ò becoquin, temió de nuevo, y retirandose atrás como dos passos, dixo: Estamos seguras, señor Cavallero? porque no tengo à muy honesta señal averse vuestra merced levantado de su lecho. Esto mismo es bien que yo pregunte, respondió Don Quixote; y así pregunto, si eitarè yo seguro de ser acometido, y forçado. De quien, ò à quien pedis, señor Cavallero, esta seguridad? respondió la dueña. A vos, y de vos la pido, replicò Don Quixote, porque ni soy de marmol, ni vos de bronce, ni aora son las diez de dia, sino media noche, y aun vn poco mas, segun

imagino, y en vna estancia mas cerrada, y secreta, que lo devió de ser la cueva donde el traidor, y atrevido Eneas gozó à la hermosa, y piadosa Dido; pero didme señora la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor, que la de mi continencia, y recato, y la que ofrecen estas reverendissimas tocas; y diziendo esto, besò su derecha mano, y le asió de la fuya, que ella le diò con las mismas ceremonias. Aqui haze Cide Hamete vn parentisis, y dize, que por Mahoma, que diera por ver ir à los dos así asidos, y travados desde la puerta al lecho la mejor almofa de dos que tenia. Entròse en fin Don Quixote en su lecho, y quedóse Doña Rodriguez sentada en vna silla, algo desviada de la cama, no quitandose los antojos, ni la vela. Don Quixote se acorrucò, y se cubrió todo, no dexando mas del rostro descubierto; y aviendose los dos foflegado, el primero q̄ rompió el silencio fue Don Quixote, diziendo: Puede v. m. aora mi señora Doña Rodriguez descoserse, y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado coraçon, y lastimadas entrañas, que sera de mi escuchada con castos oidos, y socorrida con piadosas obras. Así lo creò yo, respondió la dueña, que la gētil, y agradable presencia de v. m. no se podia esperar sino tan Christiana respuesta.



Es, pues, el caso, señor Don Quijote, que aunque vuestra merced me ve sentada en esta silla, y en la mitad del Reyno de Aragón, y en habito de dueña antiquilada, y assendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linage que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella Provincia; pero mi poca suerte, y el descuido de mis padres que empobrecieron antes de tiempo, sin saber como, ni como no, me traxeron à la Corte à Madrid, donde por bien de paz, y por escusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron à servir de doncella de labor à vna principal señora, y quiero hazer sabidor à vuestra merced, que en hazer bainillas, y labor blanca, ninguna me ha echado el pie adelante en toda la vida. Mis padres me dexaron sirviendo, y se volvieron à su tierra, y de allí à pocos años se devieron de ir al Cielo, porque eran además buenos, y Catolicos Christianos: quedé huérfana, y atendida al miserable salario, y à las angustiadas mercedes que à las tales criadas se suelen dar en Palacio; y en este tiempo, sin que diese yo ocasion à ello, se enamoro de mí vn escudero de casa, hombre ya en dias, barbado, y aperfonado, y sobre todo, hidalgo como el Rey, porque era Montañés. No tratamos tan secretamente nuestros amores, que no

viniesen à noticia de mi señora, la qual por escusar dimes, y diretes, nos casó en paz, y en haz de la Santa Madre Iglesia Catolica Romana, de cuyo matrimonio nacio vna hija, para rematar con mi ventura, si alguna tenia, no porque yo muriese del parto, que le tuve derecho, y en sazón, sino porque desde allí à poco murió mi esposo de vn cierto espanto que tuvo, que à tener aora lugar para contarle, yo sé q vuestra merced se admirara; y en esto comenzó à llorar tiernamente, y dixo: Perdoneme vuestra merced, señor Don Quijote, que no vè mas en mi mano, porque todas las vezes que me acuerdo de mi mal logrado, se me arrasan los ojos de lagrimas. Valgame Dios, y con què autoridad llevava à mi señor à las ancas de vna poderosa mula negra como el mismo azabache, que entonces no se vsavan coches, ni fillas, como aora dicen que se vsan; y las señoras iban à las ancas de sus escuderos: esto alomenos no puedo dexar de contarle, porq se note la criança, y puntualidad de mi buen marido. Al entrar en la calle de Santiago, en Madrid, que es algo estrecha, venia à salir por ella vn Alcalde de Corte, cõ dos Alguaciles delante; y así como mi buen escudero le viò, volvió las riendas à la mula, dando señal de bolver à acompañarle:



mi señora, que iba à las ancás, con voz baxa le dezia: *Qué hazeis desventurado, no veis que voy aqui?* El Alcalde de comedido detuvo las riendas al cavallo, y dixoie: *Seguid, señor, vuestro camino, q̄ yo soy el q̄ devo acompañar à mi señora D. Casilda, que así era el nombre de mi ama. Todavía porfiava mi marido con la gorra en la mano à querer ir acompañando al Alcalde. Viédo lo qual mi señora, llena de colera, y enojo, sacò vn alfiler gordo, o creo que vn punçon del estuche, y clavòsele por los lomos, de manera, que mi marido diò vna gran voz, y torció el cuerpo deuerte, q̄ diò con su señora en el suelo. Acudieron dos lacayos à levantarla, y lo mismo hizo el Alcalde, y los Alguaciles. Alborotòse la puerta de Guadalaxara, digo la gente valdia que en ella estava. Vinole à pie mi ama, y mi marido acudiò en casa de vn barbero, diziendo, que llevaba pasadas de parte à parte las entrañas. Divulgòse la cortesía de mi esposo, tanto, que los muchachos le corrian por las calles, y por esto, y porque èl era algun tanto corto de vista, mi señora la Duquesa le despidió, de cuyo pesar sin duda tengo para mí que se le causò el mal de la muerte. Quedè yo viuda, y desamparada, con hija à cuestras, que iba creciendo en hermosura, como la espuma de*

la mar. Finalmente, como yo tuviesse fama de gran labradora, mi señora la Duquesa, que estava recién casada con el Duque mi señor, quiso traerme consigo à este Reyno de Aragon, y à mi hija, ni mas, ni menos, adonde yendo dias, y viniendo dias, creció mi hija, y con ella todo el donayre de el mundo; canta como vna calandria, dança como el pensamiento, bayla como vna perdida; lee, y escribe como vn Maestro de escuela, y cuenta como vn avariento: de su limpieça no digo nada, que el agua que corre no es mas limpia, y deve de tener agora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses, y tres dias, vno mas à menos. En resolución, de esta mi muchacha se enamoro vn hijo de vn labrador riquísimo, que està en vna Aldea del Duque mi señor, no muy lexos de aqui. Enefeto, no se como, ni como no, ellos se juntaron, y debaxo de la palabra de ser su esposo burlò à mi hija, y no se la quiere cumplir. Y aunque el Duque mi señor lo sabe, porque yo me he quejado à èl, no vna, sino muchas vezes, y pedidole mande, que el tal labrador se case con mi hija, haze orejas de mercader, y apenas quiere oirme, y es la causa, que como el padre del burador es tan rico, y le presta di-



neros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar, ni dar pesadumbres en ningun modo. Querria, pues, señor mio, que vuestra merced tomasse à cargo el deshazer este agravio, ò ya por rügos, ò ya por armas; pues segun todo el mundo dizze, vuestra merced nació en el para deshazerios; y para enderezar los tuertos, y amparar los miserables, y pongasele à vuestra merced por delante la horfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios, y en mi conciencia, quede quantas doncellas tiene mi señora, que no ay ninguna que llegue à la suela de su çapato: y que vna que llaman Altisidora, que es la que tienen por mas desembuelta, y gallarda, puesta en comparacion de mi hija, no la llega con dos leguas; porque quiero que sepa vuestra merced, señor mio, que no es todo oro lo que reluze, porque esta Altisidorarilla tiene mas de presumpcion, que de hermosura; y mas de desembuelta, que de recogida: ademàs, que no està muy sana, que tiene vn cierto aliento causado, que no ay sufrir el estàr junto à ella vn momento, y aun mi señora la Duquesa, quiero callar, que se suele dezir, que las paredes tienen oidos. Qué tiene mi señora la Duquesa por

vida mia, señora Doña Rodriguez? preguntò D. Quixote. Cò esse conjuro, respondiò la dueña, no puedo dexar de respòder à lo que se me pregunta con toda verdad. Vè vuestra merced, señor Don Quixote, la hermosura de mi señora la Duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de vna espada acicalada, y tersa, aquellas dos mexillas de leche, y de cermin, que en la vna tiene el Sol, y en la otra la Luna; y aquella gallardia con que và pisando, y aun despreciando el suelo, que no parece sino que và derramando salud donde passa. Pues sepa vuestra merced, que lo puede agradecer primero à Dios, y luego à dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor, de quien dizen los Medicos que està llena. Santa Maria, dixo Don Quixote, y es posible que mi señora la Duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyera si me lo dixeran frailes Descalços, pero pues la señora Doña Rodriguez lo dizze, deve de ser assi: pero tales fuentes, y en tales lugares no deven de manar humor, sino ambar liquido. Verdaderamente que agora acabo de creer, que esto de hazerse fuentes deve de ser cosa importante para salud. Apenas acabò Don Quixote de dezir estas razones, quando con vn gran golpe abrieron las puer-



puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayó à D. Rodriguez la vela de la mano, y quedó la estancia como boca de lobo, como suele decirse, y luego sintió la pobre dueña, que la agarró de la garganta con dos manos tan fuertemente, que no la dexaban ganar, y que otra persona con mucha presteza, sin hablar palabra le alzava las faldas, y con vna, al parecer, chinela le comenzó à dar tantos açotes, q̄ era vna compassiõ; y aunque Don Quixote se la tenia, no se meneava del lecho, y no sabia que podía ser aquello, y estavate quedo, y callando, y aun temiendo no viniessse por èl la tanda, y tunda açotesca: y no fue vano su temor, porque en dexando molida la dueña los callados verdugos (la qual no offava quejarse) acudieron à Don Quixote, y desembolviendole de la sabana, y de la colcha, le pellizcaban tan à menudo, y tan reziamente, que no pudo dexar de defenderse à puñadas, y todo esto en silencio admirable: durò la batalla casi media hora; salieronse las fantasmas, recogió Doña Rodriguez sus faldas, y gimiendo su desgracia se salió por la puerta à fuera, sin dezir palabra à Don Quixote, el qual doloroso, y pellizcado, confuso, y pensativo, se quedó solo, donde le dexaremos deseoso de saber quien avia sido el

perverso encantador que tal le avia puesto: pero ello se dirà à su tiempo, q̄ Sancho Pança nos llama, y el buen concierto de la Historia lo pide.

CAP. XLIX. De lo que le sucedió à Sancho Pança rondando su Insula.

DEXAMOS al gran Governador enojado, y mohino con el labrador pintor, y focarron, el qual industriado de el Mayordomo, y el Mayordomo del Duque, se hurlavan de Sancho; pero èl se las tenia tiesas à todas, maguera tonto, bronco, y rollizo, y dixo à los que con èl estavan, y al Cotor Pedro Rezio, que como se acabó el secreto de la carta del Duque, avia buuelto à entrar en la sala: Aora verdaderamente que entiendo, que los luezes, y Governadores deven de ser, ò han de ser de bronce para no sentir las importunidades de los negociantes, que à todas horas, y à todos tiempos quieren que los escuchen, y despachen, atendiendo solo à su negocio, venga lo que viniere, y si el pobre del luez no los escucha, y despacha, ò porque no puede, ò porque no es aquel el tiempo disputado para darles audiencia, luego les maldizen, y murmuran, y les roen los huesos, y aun les deslin dan los linages. Nego-



ciante necio, negociante mentecato, no te apresures, espera fazon, y coyuntura para negociar; no vengas à la hora del comer, ni à la del dormir, que los Iuezes son de carne, y hueso, y han de dar à la naturaleza lo que naturalmente les pide, sino es yo que no le doy de comer à la mia; merced al señor Doctor Pedro Rezio Tirtea fuera, que està delante, que quiere q̄ muera de hambre, y afirma que esta muerte es vida, que assi fa la de Dios à él, y à todos los de su ralea, digo à la de los malos medicos, que la de los buenos, palmas, y lauros merecen. Todos los que conocian à Sancho Pança se admiravan, oyendole hablar tan elegantemente, y no sabian à què atribuirlo, sino à que los officios, y cargos graves, ò adovan, ò entorpecen los entendimientos. Finalmente, el Doctor Pedro Rezio Agüero de Tirtea fuera prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excediesse de todos los Aforismos de Hipocrates. Con esto quedó contento el Governador, y esperaba con grande ansia llegasse la noche, y la hora de cenar; y aunque el tiempo, al parecer fuyó, se estava quedo, sin moverse de vn lugar, todavia se llegó por el tanto deseado, donde le dieron de cenar vn salpicon de vaca con cebolla, y vnas manos cozidas de ternera, algo entrada en

dias: entregóse en todo con más gusto, que si le huvieran dado francolines de Milán, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdizes de Morón, ò ganfos de Lavajos; y entre la cena, bolviéndose al Doctor, le dixo: Mirad, señor Doctor, de aqui adelante no os cureis de darne à comer cosas regaladas, ni manjares exquisitos; porque será facar à mi estomago de sus quicios, el qual està acostumbrado à cabra, à vaca, à tozino, à cecina, à nabos, y à cebollas; y si acaso le dan otros manjares de Palacio, los recibe con melindre, y algunas vezes con asco: lo que el Maestro sala puede hazer, es, traerme estas que llaman hollas podridas, que mientras mas podridas son, mejor huelen, y en ellas puede embaular, y encerrar todo lo que él quisiere, como sea de comer, que yo se lo agradeceré, y se lo pagaré algũ dia; y no se burle nadie conmigo, porque, ò somos, ò no somos: vivamos todos, y comamos en buena paz cõpañã, pues quando Dios amanece, para todos amanece: yo gobernaré esta Infula, sin perdonar derecho, ni llevar cohecho, y todo el mundo traiga el ojo alerta, y mire por el vigote; porque les hago saber, que el diablo està en Cantillana, y que si me dan ocasion han de ver maravillas: ò si no hazeos miel, y comeroshã molcas. Por cierto, señor Governador,



ador, dixo el Maestresala, que vuestra merced tiene mucha razon en quãto ha dicho, y que yo ofrezco en nombre de todos los Insulanos de esta Insula, que han de servir à vuestra merced con toda puntualidad, amor, y benevolencia; porque el suave modo de gobernar que en estos principios vuestra merced ha dado, no les dà lugar de hazer, ni de pensar cosa, que en deservicio de vuestra merced redunde. Yo lo creo, respondió Sancho, y serian ellos vnos necios, si otra cosa hiziesen, ò pensassen; y buelvo à dezir, que se tenga cuenta con mi sustento, y con el de mi ruzio, que es lo q̄ en este negocio importa, y hazer mas al caso, y en siendo hora vamos à rondar, que es mi intencion limpiar esta Insula de todo genero de inmundicia, y de gente vagamunda, holgacanes, y mal entrenida: porque quiero, que se pais amigos, que la gente valdã, y perezosa es en la Republica lo mismo que los zanganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hazen: piẽso favorecer à los labradores, guardar sus preeminẽcias à los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo tener respeto à la Religion, y à la honra de los Religiosos. Quẽ os parece de esto, amigos? Digo algo, ò quiebrome la cabeza? Dize tanto vuestra merced, señor Gover-

nador, dixo el Mayordomo, que estoy admirado de ver, que vn hõbre tan sin letras como vuestra merced, que à lo que creo, no tiene ninguna, diga tales, y tantas cosas llenas de sentẽcias, y de avisos tan fuera de todo aquello que del ingenio de vuestra merced esperavan los que nos embiarõ, y los que aqui venimos: ca ja dia se vẽ cosas nuevas en el mundo; las burlas se buelven en veras, y los burladores se hallan burlados. Llegò la noche, y cenò el Governador con licencia del señor Doctor Rezio. Aderecaronse de ronda, salio con el Mayordomo, Secretario, y Maestresala, y el Coronista q̄ tenia cuidado de poner en memoria sus hechos, y Alguaciles, y Escrivanos, tantos, que podian formar vn mediano esquadron. Iba Sancho en medio con su vara, que no avia mas que ver, y pocas calles andadas de el Lugar, sintieron ruido de cuchilladas; acudieron allà, y hallaron, que eran solos dos hombres los que reñian, los quales viendo venir la justicia, se estuvieron quedos, y el vno dellos dixo: Aqui de Dios, y del Rey, como, y que se ha de sufrir que roben en poblado en este pueblo, y que salgan à saltar en la mitad de las calles. Sofsegaos, hõbre de bien, dixo Sancho, y contadme, quẽ es la causa de esta pendencia, que yo soy el Governador. El otro contra-



rio dixo: Señor Governador yo le dire con toda brevedad; v. m. sabrà que este gentil hombre acaba de ganar aora en esta casa de juego q̄ està aqui frontero mas de mil reales, y sabe Dios como, y hallandome yo presente, juzgè mas de vna suerte dudosa en su favor, contra todo aquello que me dictaua la conciencia; alçose con la ganancia, y quando esperaba que me avia de dar algũ escudo por lo menos de barato, como es vfo, y costumbre darle à los hombres principales como yo, que estamos assistentes para biẽ, y mal passar, y para apoyar sin razones, y evitar pependencias. El embolsò su dinero, y se salio de la casa: yo vine despachado tràs el, y con buenas, y corteses palabras le he pedido, q̄ me diese si quiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado, y que no tengo oficio, ni beneficio, porque mis padres no me le enseñaron, ni me le dexaron, y el socarron, que no es mas ladrón que Caco, ni mas fullero que Andradilla, no queria darme mas de quatro reales, porque vea v. m. señor Governador, que poca verguença, y que poca conciencia: pero afe que si v. m. no llegàra, que yo le hiziera bomitar la ganancia, y q̄ avia de saber con quantas entrava la romaca. **Què dezis vos à esto?** Preguntò Sancho. Y el otro respondió que era verdad quanto

su contrario dezia, y no avia querido darle mas de quatro reales, porq̄ se los dava muchas vezes, y los que esperan barato hã de ser comedidos, y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuentas con los gananciosos, si yã no supieffen de cierto que son fulleros, y que lo que ganan es mal ganado, y que para señal que era hombre de bien, y no ladrón, como dezia, ninguna avia mayor que el no averle querido dar nada, que siempre los fulleros son tribularios de los mirones q̄ los conocen. Afsi es, dixo el Mayordomo, vea vuestra merced señor Governador, que es lo q̄ se ha de hazer destos hombres. Lo q̄ se ha de hazer es esto, respondió Sancho: Vos ganancioso, bueno, ò malo, ò diferente, dad luego à este vuestro acuchillador ciẽ reales, y mas aveis de desembollar treinta para los pobres de la carcel, y vos q̄ no teneis oficio, ni beneficio, y andais de nones en esta Infula, tomad luego esos cien reales, y mañana en todo el dia salid desta Infula desterrado por diez años, so pena, si lo quebrantaredes, los cumplais en la otra vida, colgandoos yo de vna picota, ò à lo menos de verdugo por mi mãdado, y ninguno me replique, que le assentare la mano. Desembolsò el vno, recibió el otro, este se salio de la Infula, y aquel se fue à su casa, y el Go-



vernador quedo diziendo: Ahora yo podré poco, ó quitaré estas casas de juego, q̄ à mi se me trasluze que son muy perjudiciales. Esta alomenos, dixo vn Escrivano, no la podrá vuestra merced quitar, porque la tiene vn gran personaje, y mas es sin cõparacion lo que el pierde al año, que lo q̄ saca de los naipes: contra otros gariteros de menor cantia podrá vuestra merced mostrar su poder, q̄ son los que mas daño hazen, y mas insolencias encubren, q̄ en las casas de los Cavalleros principales, y de los señores, no se atreven los famosos fulleros à vsar de sus tretas; y pues el vicio del juego se ha buuelto en exercicio comũ mejor es q̄ jueguẽ en casas principales, que no en la de algũ oficial, dõde cogen à vn desd'chado de media noche abaxo, y le desuellã vivo. Ahora Escrivano, dixo Sancho, yo sè q̄ ay mucho que dezir en esto. Y en esto llegò vn corchete, que traia a sido à vn moço, y dixo: Señor Governador, este mancebo venia àzia nosotros, y assi como colũbrò la justicia, bolvió las espaldas, y començò à correr como vn gamo, señal que deve de ser algundelincuente. Yo parti tras el, y sino fuera porque tropeçò, y cayò, no le alcançara jamas. Porq̄ huías, hombre? preguntò Sancho. A lo q̄ el moço respondió: Señor, por excusar de responder à las muchas preguntas q̄ las

justicias hazen: que officio tienes? Texedor. Y q̄ texes? Hierros de lanças con licencia buena de vuestra merced. Gracioso me fois, de chocarrero os picais, està bien. Y adonde ibades agora? Señor, à tomar el ayre. Y adonde se toma el ayre en esta Insula? Adonde sopla. Bueno, respondeis muy à proposito, discreto fois, mã cebo: pero hazed cuenta q̄ yo soy el ayre, y que os soplo en popa, y os encaminno à la carcel. Afidle, ola, y llevadle, que yo harè q̄ duerma alli sin ayre esta noche. Par Dios, dixo el moço, assi me harà v. m. dormir en la carcel, como hazer me Rey. Pues por que note harè dormir en la carcel? respondió Sancho: no tengo yo poder para prèderte, y soltar te cada, y quãdo que quisiere? Por mas poder que v. m. tenga, dixo el moço, no serà bastante para hazer me dormir en la carcel. Como que no? replicò Sancho: llevadle luego, donde verà por sus ojos el desengaño, aunque mas el Alcaide quiera vsar con el de su interesal libertad, que yo le pòdrè pena de dos mil ducados si te dexa salir vn passo de la carcel. Todo esto es cosa de risa, respondió el moço; el caso es, que no me harà dormir en la carcel quantos oy viven. Dime demonio, dixo Sancho, tienes algũ Angel que te saque, y que te quite los grillos que te pienso mandar echar? Agora se-



señor Governador, respondió el moço con muy buen donay-re. estemos à razon, y vègamos al punto. Presuponga v.m. que me manda llevar à la carcel, y que en ella me echan grillos, y cadenas, y que me meten en vn calabozo, y se le ponen al Alcaide graves penas si me dexa salir, y que el lo cumple como se le manda; con todo esto si yo no quiero dormir, y estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, serà vuestra merced bastante con todo su poder para hazerme dormir, si yo no quiero? No por cierto, dixo el Secretario, y el hombre ha salido con su intento. De modo, dixo Sancho, que no dexareis de dormir por otra cosa, que por vuestra voluntad, y no por cõtravenir à la mia? No señor, dixo el moço, ni por pienso. Pues andad con Dios, dixo Sãcho, idos à dormir à vuestra casa, y Dios os dè buen sueño, que yo quiero quitarosle; pero acõsejoos, que de aqui adelante no os burleis con la justicia, porque topareis con alguna que os dè con la burla en los calcos. Fuesse el moço, y el Governador prosiguió con su ronda, y de alli à poco vinieron dos corchetes, que traian à vn hombre asido, y dixeron: Señor Governador, este que parece hombre, no lo es: sino muger, y no fea, que viene vestida en habito de hombre. Llegaronle à los ojos dos, ó

tres lanternas, à cuyas luzes descubrieren vn rostro de vna muger, al parecer de diez y seis, o pocos mas años, recogidos los cabellos con vna redecilla de oro, y seda verde, hermosa como mil perlas; miraronla de arriba abaxo, y vieron que venia con vnas medias de seda encarnada, con ligas de tafetan blanco, y rapacejos de oro, y aljofar, los greguescos eran verdes, de tela de oro, y vna falta en barca, ó ropilla de lo mesmo suelta, debaxo de la qual traia vn jubon de tela finissima de oro, y blanco, y los çapatos erã blancos, y de hombre: no traia espada ceñida, sino vna riquissima daga, y en los dedos muchos, y muy buenos anillos. Finalmente la moça parecia bié à todos, y ninguno la conocio de quantos la vieron, y los naturales del lugar dixeron, que no podian pensar quien fuesse, y los confabidores de las burlas que se avian de hazer à Sancho, fueron los que mas se admiraron, porque aquel suceso, y hallazgo no venia ordenado por ellos, y assi estaban dudosos esperando en què pararia el caso. Sancho quedò pasmado de la hermosura de la moça, y preguntòle quien era, adonde iba, y que ocasion le auia movido para vestirse en aquel habito? Ella puestos los ojos en tierra, con honestissima verguença, respondió: No puedo, señor, de-



zir tan en publicolo que tanto me importava fuera secreto; vna cosa quiero que se entienda, que no soy ladrona, ni persona facinerosa, sino vna dócella desdichada, à quien la fuerza de vnos zelos ha hecho romper el decoro que à la honestidad se deve. Oyendo esto el Mayordomo, dixo à Sancho: Haga señor Governador apartar la gente, porque esta señora con menos empacho pueda dezir lo q quisiere: mandólo assi el Governador, apartaronse todos, sino fuerón el Mayordomo, Maestresala, y el Secretario. Viendose, pues, solos, la doncella profugio, diciendo: Yo, señores, soy hija de Pedro Perez. Mazorca, Arrendador de las lanas deste Lugar, el qual suele muchas vezes ir en casa de mi padre. Esto no lleva camino, dixo el Mayordomo, señora; porque yo conozco muy bien à Pedro Perez, y sè q no tiene hijo ninguno, varon, ni hembra: y más, que dezis, que es vuestro padre, y luego añadis, que suele ir muchas vezes en casa de vuestro padre. Ya yo avia dado en ello, dixo Sancho. Ahora señores, o estoy turbada, y no se lo que me digo, respondió la doncella; pero la verdad es, que yo soy hija de Diego de la Lana, que todos vuestras mercedes deven de conocer. Aun esto lleva camino, respondió el Mayordomo, que yo conozco a Diego de la Lla-

na, y sè que es vn hidalgo principal, y rico, y que tiene vn hijo, y vna hija, y que despues que embiudó no ha avido nadie en todo este Lugar, que pueda dezir que ha visto el rostro de su hija, que la tiene tan encerrada, que no dà lugar al Sol que la vea; y con todo esto la fama dize, que es en estremo hermosa. Assi es la verdad, respondió la doncella, y essa hija soy yo; si la fama miente, ò no en mi hermosura, ya os avreis, señores, desengañado, pues me avreis visto: y en esto començo à llorar tiernamente. Viendo lo qual el Secretario, se llevo al oido del Maestresala, y le dixo muy pasado: Sin duda alguna que à esta pobre doncella le deve de aver sucedido algo de importancia, pues en tal trage, y à tales horas y siendo tan principal, anda fuera de su casa. No ay dudar en esto, respondió el Maestresala; y mas que essa sospecha la confirman sus lagrimas. Sancho la consolò con las mejores razones que èl supo, y le pidió, que sin temor alguno les dixesse lo que le avia sucedido, que todos procurariã remediarlo con muchas veras, y por todas las vias posibles. E sel caso, señores, respondió ella, que mi padre me ha tenido encerrada diez años ha, que son los mismos que à mi madre come la tierra: en casa dizen Missa en vn rico Oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto el Sol



del Cielo de dia, y la Luna, y las Estrellas de noche, ni se qué son calles, plaças, ni Templos, ni aun hombre, fuera de mi padre, y de vn hermano mio, y de Pedro Perez el arrendador, que por entrar de ordinario en mi casa, se me antojò dezir, que era mi padre, por no declarar el mio, este encerramiento, y este negarme el salir de casa, si quiera à la Iglesia, ha muchos dias, y meses que me trae muy desconsolada: quisiere yo ver el mundo, o à lo menos el pueblo donde naci, pareciendome que este deseo no iba contra el buen decoro que las doncellas principales deven guardar à si mismas: quando oia dezir, que corrian toros, y jugavan cañas, y se representavan comedias, preguntava à mi hermano, que es vn año menor que yo, que me dixesse, que cosas eran aquellas, y otras muchas que yo no he visto, el me lo declarava por los mejores modos que sabia, pero todo era encenderme mas el deseo de verlo. Finalmente, por abreviar el cuento de mi perdicion, digo, que yo roguè, y pedi à mi hermano, que nunca tal pidiera, ni tal rogara; y tornò à renovar el llanto. El Mayordomo le dixo: Prosigua vuestra merced señora, y acabe de dezirnos lo que le ha sucedido, que nos tienen à todos suspensos sus palabras, y sus lagrimas. Pocas me quedan por dezir, ref

pondiò la doncella, aunque muchas lagrimas si que llorar, por que los mal colocados deseos, no pueden traer consigo otros deseos que los semejantes. Avia se sentado en el alma del Maestresala la belleza de la doncella, y llegó otra vez su lanterna para verla de nuevo, y parecióle que no eran lagrimas las que llorava, sino aljofar, ò roziode los prados, y aun las subia de punto, y las llegava à perlas Orientales, y estava deseando que su desgracia no fuesse tanta como davan à entender los indicios de su llanto, y de sus suspiros. Desesperavase el Governador de la tardança q̄ tenia la moça en dilatar su historia, y dixole, que acabasse de tenerlos mas suspensos, que era tarde, y faltava mucho que andar del pueblo. Ella entre rotos solloços, y mal formados suspiros, dixo: No es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro, sino que yo roguè à mi hermano, que me vistiesse en habito de hombre, con vno de sus vestidos, y que me sacasse vna noche à ver todo el pueblo, quando nuestro padre durmiesse; el importunado de mis ruegos, condescendiò con mi deseo, y poniendome este vestido, y el vistiendome otro mio, que le està como nacido, porque el no tiene pelo de barba, y no parece sino vna doncella hermosissima. Esta noche, deve de aver



vna hora, poco mas, ò menos, nos salimos de casa, y guiados de nuestro moço, y desbaratado discurso hemos rodeado todo el pueblo, y quando queriamos bolver à casa vimos venir vn gran tropel de gente, y mi hermano me dixo: Hermana, esta deve de fer la ronda, aligera los pies, y pon alas en ellos, y véte tras mi corriendo, porque no nos conozcan, que nos será mal contado, y diziendo esto bolvió las espaldas, y començó, no digo à correr, sino à volar: yo à menos de seis passos caí con el sobrefalto, y entonces llegó el ministro de la justicia, que me traxo ante vuestras mercedes, a donde por mala, y antojadiza me veo avergonçada ante tanta gente. Enefeto señora, dixo Sancho, no os ha sucedido otro desman alguno, ni zelos, como vos al principio de vuestro cuento dixisteis? no os sacaron de vuestra casa? No me ha sucedido nada, ni me sacaron zelos, sino solo el deseo de ver mundo, que no se estendía à mas que à ver las calles deste lugar, y acabò de confirmar ser verdad lo que la doncella dezia, llegar los corchetes con su hermano preso, à quien alcançò vno dellos, quando se huyó de su hermana, no traía sino vn faldellin rico, y vna mantellina de damasco azul, con passamanos de oro fino, la cabeça sin toca, ni con otra cosa adornada, que con sus

mismos cabellos, que eran ortijas de oro, segun eran rubios, y enriçados Apartaronse con el Governador, Mayordomo, y Maestresala, y sin que lo oyese su hermana, le preguntaron, como venia en aquel trage, y él con no menos verguença, y empacho conto lo mesmo que su hermana avia contado, de que recibió gran gusto el enamorado Maestresala: pero el Governador les dixo: Por cierto, señores, que esta ha sido vna gran rapaceria, y para contar esta necesidad, y atrevimiento, no eran menester tantas largas, ni tantas lagrimas, y suspiros, que eó dezir, somos fulano, y fulana, q̄ nos salimos à espaciarse de casa de nuestros padres cō esta inuención, solo por curiosidad, sin otro deñio alguno, se acabará el cuento, y no gemidicos, y lloramicos, y darle. Así es la verdad, respondió la doncella: pero sepan vuestras mercedes, que la turbacion que he tenido ha sido tanta, que no me ha dexado guardar el termino que devia. No se ha perdido nada, respondió Sancho: vamos, y dexaremos à vuestras mercedes en casa de su padre, quizá no los avrá echado menos, y de aqui adelante no se muestren tan niños, ni tan deseosos de ver mundo, que la doncella honrada, la pierna quebrada, y en casa: y la muger, y la gallina por andar se pierden aina; y la que es



deseosa de ver, tambien tiene deseo de ser vista, no digo mas. El mancebo agradeciò al Governador la merced que queria hazerles de bolverlos à su casa, y assi se encaminaron àzia ella, que no estava muy lexos de alli. Llegaron, pues, y tirando el hermano vna china à vna reja, al momento baxò vna criada, que los estava esperando, y les abrió la puerta, y ellos se entraron, dexando à todos admirados, assi de su gentileza, y hermosura, como del deseo que tenian de ver mundo de noche, y sin salir del Lugar: pero todo lo atribuyeron à su poca edad. Quedò el Maestresala traspassado su coraçon, y propuso de luego otro dia pedirselà por muger à su padre, teniendo por cierto, que no se la negaria, por ser el criado del Duque; y aun à Sancho le vinieron deseos, y barruntos de casar al moço con Sanchica su hija, y determino de ponerlo en platica à su tiempo, dandose à entender, que à vna hija de vn Governador ningun marido se le podia negar. Con esto se acabò la ronda de aquella noche, y de alli à dos dias el Governador, cò que se destroncaron, y borraron todos sus designios, como se verá adelante.

(?)

*CAP. L. Donde se declara quien fueron los encantadores y verdugos que açotaron à la dueña, y pellizcaron, y arañaron à Don Quixote con el suceso que tuvo el page que llevò la carta à Teresa Sancha, muger de Sancho Pança.*

**D**Ize Cide Hamete, pñtualissimo escudriñador de los atomos de esta verdadera historia, que al tiempo que Doña Rodriguez saliò de su aposento para ir a la estancia de Don Quixote, otra dueña que con ella dormia lo sintiò, y que como todas las dueñas son amigas de saber, entender, y oler, se fue tras ella, con tanto silencio, que la buena Doña Rodriguez no lo echò de ver; y assi como la dueña la viò entrar en la estancia de Don Quixote, porque no faltasse en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento lo fue à poner en pico à su señora la Duquesa, de como Doña Rodriguez quedava en el aposento de Don Quixote, la Duquesa se lo dixo al Duque, y le pidió licencia para que ella, y Altifidora viniessen à ver lo que aquella dueña queria con Don Quixote; el Duque se la diò, y las dos con gran tiento, y sosie-



go passo ante passo llegaron à ponerse junto a la puerta de el aposento, y tan cerca, que oían todo lo que dentro hablaban, y quando oyó la Duquesa que Rodriguez avia echado en la calle el aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni menos Altiñidora, y así llenas de colera, y deseos de vengança, entraron de golpe en el aposento, y acrevillaron à Don Quixote, y vapularon à la dueña del modo que queda contado; porque las afrentas que vãn derechas contra la hermosura, y presumpcion de las mugeres, despierta en ellas en gran manera la ira, y enciende el deseo de vengarse. Contó la Duquesa al Duque lo que le avia pasado, de lo q se holgò mucho, y la Duquesa prosiguiendo con su intencion de burlarse, y recibir passatiempo con Don Quixote; despachò al page que avia hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto, que tenia bien olvidado Sancho con la ocupacion de su Gobierno, à Teresa Pánça su muger, con la carta de su marido, y con otra suya, y con vna gran sartá de corales ricos presentados. Dize, pues, la historia, que el page era muy discreto; y agudo, y con deseo de servir à sus señores, partiò de muy buena gana al Lugar de Sãcho, y antes de entrar en èl viò en vn arroyo estar lavãdo cantidad de mugeres, à qui n preguntò, si le sa-

brian dezir, si en aquel Lugar vivia vna muger, llamada Teresa Pança, muger de vn cierto Sancho Pança, escudero de vn Cavallero, llamado D. Quixote de la Mancha; à cuya pregunta se levantò en pie vna moçuela, que estava lavãdo, y dixo: Esta Teresa Pança es mi madre, y esse tal Sancho mi señor padre, y el tal Cavallero nuestro amo. Pues venid, dõcella, dixo el page, y mostradme à vuestra madre, porque le traigo vna carta, y vn presente del tal vuestro padre. Esto harè yo de muy buena gana, señor mio, respondiò la moça, que mostrava ser de edad de catorze años, poco mas à menos, y dexando la ropa que lavava à otra compañera, sin tocarse, ni calzarse, que estava en piernass y desgrenada, saltò delante de la cavalgadura del page, y dixo: Venga vuestra merced, que à la entrada del pueblo està nuestra casa, y mi madre en ella, con harta pena, por no aver sabido muchos dias ha de mi señor padre. Pues yo se las llevo tan buenas, dixo el page, que tiene q dár bien gracias à Dios por ellas. Finalmente, saltando, corriendo, y boricando llegó al pueblo la muchacha, y antes de entrar en su casa, dixo à voces desde la puerta: Salga madre Teresa, salga, salga, que viene aqui vn señor, que trae cartas, y otras cosas de mi buen padre, à cuyas voces salio Tercia Pança su



su madre, hilado vn poco de esto pa, cō vna saya parda parecia se-  
gūera de corta, q̄ se la avia corta-  
do por vergonçoso lugar, cō vn  
corpeçuelo asimesmo pardo, y  
vna camisa de pechos: no era  
muy vieja, aunque mostrava pas-  
sar de los quarēta: pero fuerte,  
tieſta, nerbuda, y avellanada, la  
qual viendo à su hija, y al page  
à cavallo, le dixo: *Que es esto  
niña, que señor es este? Es vn  
servidor de mi señora Doña Te-  
resa Pança, respondió el page, y  
diziendo, y haziendo se orrojò  
del cavallo, y se fue con mucha  
humildad à poner de hinojos  
ante la señora Teresa, diciendo:  
Deme vuestra merced sus ma-  
nos mi señora Doña Teresa, biē  
assi como muger legitima, y par-  
ticular del señor Don Sancho  
Pança, Governador propio de  
la Infula Barataria. Ay señor  
mio: quiteſe me de ai no haga ei-  
so, respondió Teresa, que yo no  
soy nada palaciega, sino vna po-  
bre labradora, hija de vnestripa-  
terrones, y muger de vn escu-  
dero andante, y no de Governador  
alguno. Vuestra merced, res-  
pondió el page, es muger dignis-  
sima de vn Governador archi-  
dignissimo, y para prueba desta  
verdad reciba vuestra merced  
esta carta, y este presente, y fa-  
cò al instante de la faltriquera  
vna carta de corales con estre-  
mos de oro, y se la echò al cue-  
llo, y dixo: esta carta es del se-  
ñor Governador, y otra que trai-*

ge, y estos corales son de mi se-  
ñora la Duquesa, que à vuestra  
merced me embia. Quedò pas-  
mada Teresa, y su hija, ni mas, ni  
menos, y la muchacha dixo: q̄  
me maten sino anda por aqui  
nuestro señor amo Don Quixo-  
te, que deve de aver dado à pa-  
dre el Govierno, ò Condado, q̄  
tãtas vezes le avia prometido.  
Assi es la verdad, respondió el  
page, que por respeto del señor  
D. Quixote es agora el señor Sã-  
cho Governador de la Infula Ba-  
rataria, como se verá por esta  
carta. Le amela vuestra merced,  
señor gentilhombre, dixo Tere-  
sa, porque aunque yo sè hilar, no  
sè leer migaja, ni yo tampoco,  
añadiò Sanchica; pero esperen-  
me aqui, q̄ yo irè à llamar quien  
la lea, ora sea el Cura mesmo, ò  
el Bachiller Sanson Carrasco,  
que vendrán de muy buena ga-  
na, por saber nuevas de mi pa-  
dre. No ay para que se llame  
à nadie, que yo no sè hilar: pe-  
ro sè leer, y la leerè, y assi se la  
leyò toda, que por quedar yà  
referida, no se pone aqui: y lue-  
go sacò otra de la Duquesa, que  
dezia desta manera.

Amiga Teresa, las buenas par-  
tes de la bondad, y del ingenio  
de vuestro marido Sancho, me  
mouieron, y obligaron à pedir  
à mi marido el Duque le dièſe  
vn Govierno de vna Infula, de  
muchas que tiene: tengo noti-  
cia, que gobierna como vn gi-  
rifalte, de lo que yo estoy muy



contenta, y el Duque mi señor por el conſiguiente, por lo que doy muchas gracias al Cielo de no averme engañado en averle eſcogido para el tal Gobierno, porque quiero que ſepa la ſeñora Terela que con dificultad ſe halla vn buen Governador en el mundo, y tal me haga à mi Dios, como Sancho gobierna: ai le embiò, querida mia, vna ſarta de corales con eſtremos de oro: yo me holgàra, que fuera de perlas Orientales; pero quien te dà el huevo, no te querria ver muerta, tiempo vèdrà en que nos conozcamos, y nos comuniquemos, y Dios abe lo que ferà. Encomiendeme à Sachica ſu hija, y digala de mi parte, que ſe apareje, que la tengo de calar altamente, quando menos lo piense. Dizenme que en eſte Lugar ay bellotas gordas, embiame hasta dos docenas, que las eſtimare en mucho, por ſer de ſu mano, y eſcrivame largo, aviſandome de ſu ſalud, y de ſu bien eſtar; y ſi huviere menester alguna coſa, no tiene q̄ hazer mas que boquear, que ſu boca ſera medida: y Dios me la guarde. Deſte Lugar, ſu amiga que bien la quiere.

*La Duqueſa*

Ay! dixo Terela en oyendo la carta, y que buena, y que llana, y que humilde ſeñora, con eſtas tales ſeñoras me entierre

à mi, y nó las Hidalgàs que en eſte pueblo ſe vſan, que piensan que por ſer hidalgas no las ha de tocar el viento, y vãn à la Igleſia con tanta fantaſia, como ſi fueſſen las mimas Rey- nas, que no parecen, ſino que tienen à deſhonra el mirar à vna labradora, y veis aqui donde eſta buena ſeñora, con ſer Duqueſa, me llama amiga, y me trata como ſi fuera ſu igual, que igual la vea yo con el mas alto campanario que ay en la Mancha: y en lo que toca à las bellotas, ſeñor mio, yo la embiare à ſu Señoria vn celemin, que por gordas las pueden venir à ver à la mira, y à la maravilla: y por aora Sanchica, atien- de à que ſe regale eſte ſeñor, pō en orden eſte cavallo, y ſaca de la cavalleriza huevos, y corta tozino adunia: y demosle de comer como à vn Principe, que las buenas nuevas que nos ha traído, y la buena cara que el tiene lo merece todo, y en tanto ſaldre yo à dar à mis vezi- nas las nuevas de nueſtro con- tento, al Padre Cura, y à Maef- ſe Nicolàs el barbero, que tan amigos ſon, y han ſido de tu pa- dre. Si harè madre, reſpondiò Sanchica: pero mire que me ha de dar la mitad deſſa ſarta, que no tengo yo por tan boba à mi ſeñora la Duqueſa, que ſe la avia de embiar à ella toda. Todo es para ti hija, reſpondiò Terela: pero dexamela traer algunos dias



dias al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el coraçon. Tambien se alegraràn, dixo el page, quando vean el lio que viene en este portamanteo, que es vn vestido de paño finissimo, que el Governador solo vn dia llevò à caça, el qual todo le embia para la señora Sanchica: que me viva el mil años, respondió Sancha, y el que lo trae, ni mas ni menos, y aun dos mil si fuere necesidad. Saliòse en esto Teresa fuera de casa con las cartas, y con la farta al cuello, y iba rañendo en las cartas, como si fuera en vn pandero, y encontrandose acaso con el Cura, y Sanson Carrasco, començo à bailar, y dezir: à fee, que aora que no ay pariente pobre, Governito tenemos, no sino tomele conmigo la mas pintada Hidalga, que yo la pondrè como nueva. Que es esto Teresa Pança? que locuras son estas, y que papeles son estos? No es otra locura, sino que estas son cartas de Duquesas, y de Governadores, y estos que traigo al cuello son corales finos, las Ave Marias, y los Padres nuestros son de oro de martillo, y yo soy Governadora. De Dios en ayusio no os entendemos Teresa, ni sabemos lo que os dezis. A lo pedràn ver ellos, respondió Teresa, y diòles las cartas. Leyolas el Cura de modo, que las oyó Sanson Carrasco, y Sanson, y el Cura admiraron

el vno al otro, como admirados de lo que avia leído. Y preguntò el Bachiller, quien avia traído aquellas cartas, respondió Teresa, que se viniessen con ella à su casa, y verian al mensajero, que era vn mancebo como vn pino de oro, y q̄ le traia otro presente, que valia mas de tanto. Quitòle el Cura los corales del cuello, y miròlos, y remiròlos, y certificandose, que era finos, tornò à admirarse de nuevo, y dixo: Por el habito que tengo, que no se que me diga, ni que me piense destas cartas, y destes presentes: por vna parte veo, y toco la fineza destes corales, y por otra leo, que vna Duquesa embia à pedir dos dozenas de bellotas. Aderecenme estas medidas, dixo entonces Carrasco: Aora bien, vamos à ver al portador deste pliego, que del nos informarmos de las dificultades que se nos ofrecen. Hizieronlo así, y bolviòse Teresa con ellos: hallaron al page crivando vn poco de cevada para su cavalgadura, y à Sanchica cortando vn torrezno para empedrarle con huevos, y dar de comer al page, cuya presencia, y buen adorno contentò mucho à los dos, y despues de averle saludado cortèlmente, y el à ellos, le preguntò Sanson, les dixes nuevas, así de Don Quixote, como de Sancho Pança, que puesto que avian leydo las cartas de



Sancho, y de la señora Duquesa, todavía estaban confusos, y no acababan de atinar, que sería aquello del Gobierno de Sancho, y mas de vna Infula, siendo todas, o las mas que ay en el mar Mediterraneo de su Magestad. A lo que el page respondió: De que el señor Sancho Páça sea Gobernador, no ay que dudar en ello, de que sea Infula, o no la que gobierna, en esto no me entrometo; pero basta que sea vn lugar de más de mil vezinos: y en quanto à lo de las bellotas, digo que mi señora la Duquesa es tan llana, y tan humilde, que no dezia el embiar à pedir bellotas à vna labradora: pero que le acontecia embiar à pedir vn peyne prestado à vna vezina suya; porque quiero que sepã vuestras mercedes, que las señoras de Aragon, aunque son tan principales, no son tan puntuosas, y levantadas como las señoras Castellanas, con mas llaneza tratan con las gentes. Estando en la mitad destas platicas, saltó Sanchica con vn halda de huevos, y preguntó al page: Digame señor, mi señor padre trae por ventura calças atacadas, despues que es Gobernador? No he mirado en ello, respondió el page; pero si deve de traer. Ay Dios mio, replicó Sanchica, y qué será de ver à mi padre con pedorreras: no es bueno, sino que desde que naci tengo deseo de ver à mi padre con

calças atacadas. Como cõ estas cosas le verà v. m. si vive, respondió el page. Par Dios, terminos lleva de caminar cõ papahigo, cõ solos dos meses que le dure el gobierno. Bien echaron de ver el Cura, y el Bachiller, que el page hablava socarronamente; pero la fineza de los corales, y el vestido de caça que Sancho embiava lo deshazia todo, que yà Teresa les avia mostrado el vestido, y no dexaron de reirse del deseo de Sanchica, y mas quando Teresa dixo, señor Cura, eche cata por ai, si ay alguien que vaya à Madrid, o à Toledo, para que compre vn verdugado redondo, hecho, y derecho, y sea al vso, y de los mejores que huviere, que en verdad, en verdad, que tengo de honrar el Gobierno de mi marido en quanto yo pudiere, y aunque si me enojo me tengo de ir à esta Corte, y echar vn coche, como todas, que la que tiene marido Gobernador, muy bien le puede traer, y sustentar. Y como, madre, dixo Sanchica, pluguiesse à Dios que fuesse antes oy que mañana, aunque dixessen los que me viessen ir sentada con mi señora madre en aquel coche: mirad la tal por qual, hija de aquel harto de ajos, y como va sentada, y tendida en el coche, como si fuera vna Papefa; pero piēsen ellos los lodos, y andeme yo en mi coche, levan-



tados los pies del suelo, mal año, y mal mes para quantos murmuradores ay en el mundo; y andeme yo caliente, y ríase la gente. Digo bien, madre mia? Dizes bien hija, respondió, todas estas venturas, y aun mayores me las tiene profetizadas mi buen Sancho, y verás tu hija como no para hasta hazerme Condesa, que todo es comenzar à ser venturosas (y como yo he oido dezir muchas vezes à tu buen padre, que assi como lo es tuyo, lo es de refranes) quando te dieren la vaquilla, corre con su soguilla, quando te dieren vn Gobierno, cogele, quando te dieren vn Condado, agrarrale, y quando te hizieren tus tus con alguna buena dadiua, embasala: no fino dormios, y no respondais à las venturas, y buenas dichas que están llamando à la puerta de vuestra casa. Y que se me dà à mi, respondió Sanchica, que diga el que quisiere, quando me vea entonada, y fantasiosa, vióse el perro en bragas de cerro, y lo demás? Oyendo lo qual el Cura, dixo: Yo no puedo creer, sino que todos los deste linage de los Panças, nacieron cada vno con vn costal de refranes en el cuerpo, ninguno dellos he visto que no los derrame à todas horas, y en todas las platicas que tienen. Assi es la verdad, dixo el page, que el señor Governador Sancho, à cada passo las dize; y aun-

que muchos no vienen à proposito, todavia dan gusto, y mi señora la Duquesa, y el Duque los celebran mucho. Que todo va se afirma v. m. señor mio. dixo el Bachiller, ser verdad esto del gobierno de Sancho, y de q̄ aya Duquesa en el mundo, que la embie presentes, y la escriba, porque nosotros, aunque tocamos los presentes, y hemos leído las cartas, no lo creemos, y pensamos que esta es vna de las cosas de Don Quixote nuestro compatriota, que todas pienso que son hechas por encatamento: y assi estoy por dezir, que quiero tocar, y palpar a v. m. por ver si es embaxador fantastico, ò hombre de carne, y hueso. Señores, no se mas de mi, respondió el page, sino que soy embaxador verdadero, y que el señor Sancho Pança es Governador efectivo: y que mis señores Duque, y Duquesa pueden dar, y han dado el tal gobierno, y que he oido dezir, que en él se porta valentissimamente el tal Sancho Pança: si en esto ay encantamento, ò no, vuestras mercedes lo disputen allá entre ellos, que yo no se otra cosa para el juramento que hago, que es, por vida de mis padres, que los tengo vivos, y les amo, y los quiero mucho. Bien podrá ello ser assi, replicó el Bachiller; pero dabit Angustianus. Duda quien dudare, respondió el page, la verdad



dad es la que he dicho, y esta que ha de andar siempre sobre la mentira, como el azeyte sobre el agua, y fino operibus credite, & non verbis: vengase alguno de vuestras mercedes conmigo, y verán con los ojos lo q̄no creen por los oídos. Esta ida à mi toca, dixo Sanchica, lleveme v. m. señor à las ancas de su rozin, que yo irè de muy buena gana à ver à mi señor padre. Las hijas de los Gobernadores no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carroças, y literas, y de gran numero de sirvientes. Par Dios, respondió Sancha, tambien me vaya yo sobre vna pollina, como sobre vn coche: hallado la aveis la melindrosa. Calla muchacha, dixo Teresa, que no sabes lo que te dizes, y este señor està en lo cierto, q̄ tal el tiempo, tal el viento: quando Sancho, Sancha, y quando Gobernador, señora, y no se si diga algo. Mas dize la señora Teresa de lo que piensa, dixo el page, y denme de comer, y despachenme luego, porque pienso bolverme esta tarde, à lo que dixo el Cura; vuestra merced se vendrà à hacer penitencia conmigo, que la señora Teresa mas tiene voluntad, que alhajas para servir à tan buen huésped. Reusolo el page; pero en efecto lo hubo de ceder por su mejora; y el Cura le llevo consigo de buena gana, por tener lugar de preguntarle

de espacio por Don Quixote, y sus hazañas. El Bachiller se ofreció de escribir las cartas à Teresa de la respuesta; pero ella no quiso, que el Bachiller se metiese en sus cosas, que le tenia por algo burlon, y assi dió vn bollo, y dos huevos à vn Monazillo que sabia escribir, el qual la escribió dos cartas, vna para su marido, y otra para la Duquesa, notadas de su mismo caletre, q̄ no son las peores que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.

CAP. LI. *Del progreso de l Gobierno de Sancho Pança, con otros successos tales como buenos.*

**A** Maneciò el dia, q̄ se siguiò à la noche de la ronda del Governador la qual el Maestresala pasó sin dormir, ocupado el pensamièto en el rostro, brio, y bellezade la disfrazada dócella; y el Mayordomo ocupò lo que della faltava en escribir à sus señores lo q̄ Sãcho hazia, y dezia, tan admirado de sus hechos como de sus dichos: porque andavã mezcladas sus palabras, y sus acciones cõ assomos discretos, y tontos. Levantòse en fin el señor Governador, y por ordẽ del Doctor Pedro Recio le hizieron desayunar con vn poco de conserva, y quatro tragos de agua fria, cosa q̄ la trocara San-



cho con vn pedaço de pan, y vn razimo de vbas; pero viendo que aquello era mas fuerça que voluntad, passò por ello con harto dolor de su alma, y fatiga de su estomago, haziédole creer Pedro Recio, que los manjares pocos, y delicados avivavan el ingenio, que era lo que mas convenia à las personas constituidas en mandos, y en officios graves, donde se han de aprovechar, no tanto de las fuerças corporales, como de las del entendimiento. Con esta sofisteria padecia hambre Sancho, y tal, que en su secreto maldecia el gobierno, y aun à quien se le avia dado; pero con su hambre y su conserva, se puso à juzgar aquel dia, y lo primero que se le ofreció, fue vna pregunta que vn forastero le hizo, estando presentes à todo el Mayordomo, y los demás acolitos, que fue, señor: Vn caudaloso rio dividia à dos terminos de vn mismo señorío (y esté vuestra merced atento, porque el caso es de importancia, y algo dificultoso) digo, pues, que sobre este rio estava vna puente, y al cabo della vna horca, y vna como casa de Audiencia, en la qual de ordinario avia quatro juezes que juzgavan la ley que puso el dueño del rio, de la puente, y del señorío, que era en esta forma: Si alguno passare por esta puente de vna parte à otra, ha de jurar primero, adonde, y à q̄ vá,

y si jurare verdad; dexenle passar, y si jurare mentira, muera por ello ahorcado en la horca que alli se muestra, sin remission alguna. Sabida esta ley, y la rigurosa condicion della, passavan muchos; y luego en lo que juravan se echava de ver que dezian verdad, y los juezes los dexavan passar libremente. Sucedió, pues, que tomando juramento à vn hombre, jurò, y dixo, que para el juramento que hazia, que iba à morir en aquella horca que alli estava, y no à otra cosa. Repararon los juezes en el juramento, y dixeron: Si à este hombre le dexamos passar libremente, mintió en su juramento, y conforme à la ley deve morir; y si le ahorcamos, èl jurò que iba à morir en aquella horca, y aviendo jurado verdad, por la misma ley deve ser libre. Pidese à vuestra merced, señor Governador, que haràn los juezes del tal hombre, que aun hasta agora están dudosos, y suspensos: y aviendo tenido noticia del agudo, y elevado entendimiento de vuestra merced, me embiaron à mi à que suplicasse à vuestra merced de su parte, diesse su parecer en tan intrincado, y dudoso caso. A lo que respondió Sancho: Por cierto que estos señores juezes que à mi os embian, lo pudieran aver escufado, porque yo soy hombre que tengo mas de mostrenco que de agudo;



do; pero con todo esso, repetidme otra vez el negocio, de modo que yo le entienda, quizá podría ser que diese en el hito. Bolvió otra, y otra vez el preguntador à referir lo que primero avia dicho. Sancho dixo: A mi parecer esse negocio en dos paletas lo declararè yo, y es assi, el tal hombre jura que vâ à morir en la horca, y si muere en ella jurò verdad, y por la ley puesta merece ser libre, y que passe la puente, y fino le ahorcan juro mentira, y por la misma ley merece que le ahorquẽ. Assi es, como el señor Governador dize, dixo el mensajero; y quanto à la entereza, y entendimiento del caso, no ay mas que pedir, ni que dudar. Digo yo, pues, aora, replicò Sancho, que deste hombre, a que lla parte que juro verdad la dexen passar, y la que dixo mentira la ahorquen, y desta manera se cumplirà al pie de la letra la condicion del passage. Pres señor Governador, replicò el preguntador, serà necesario que el tal hombre se divida en parte, en mentirosa, y verdadera, y si se divide, por fuerça ha de morir: y assino se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad expressa, que se cumpla con ella. Venid acá, señor buen hombre, respondió Sancho, este passagero que dezis, ò yo soy vn porro, ò èl tiene la misma razon para morir que

para vivir, y passar la puente; porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto assi, como lo es, soy de parecer que digais à estos señores, que à mi os embiaren, que pues están en vn fil las razones de condenarle, ò absoluerle, que le dexen passar libremente, pues siempre es alabado mas el hazer bien, que mal, y esto lo diera firmado de mi nombre si supiera firmar: y yo en este caso no he hallado de mio, sino que se me vino à la memoria vn precepto, entre otros muchos, que me diò mi amo Don Quixote la noche antes que vinieste à ser Governador desta Insula, que fue, que quando la justicia estuviese en duda, me desencantasse, y acogiesse à la misericordia, y ha querido Dios, que aora se me acordasse, por venir en este caso como de molde. Assi es, respondió el Mayordomo, y tengo para mi que el mismo Licurgo, que dio leyes à los Lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que el gran Pança ha dado, y acabese con esto la Audiencia de esta mañana, y yo darè orden como el señor Governador coma muy à su gusto. Esto pido, y barras derechas, dixo Sancho, de me de comer, y lluevan casos, y dudas sobre mi, que yo las despavilarè en el ayre. Cumplió su palabra el Mayordomo, pare-



ciendole fer cargo de conciencia matar de hambre à tan discreto Governador, y mas que pensava còcluir con èl aquella misma noche, haziendole la burla vltima, que traia en comission de hazerle. Sucedió, pues, que aviédo comido aquel dia contra las reglas, y aforismos del Doctor Tirtea fuera, al levantar de los manteles entrò vn correo con vna carta de Don Quixote para el Governador; mandò Sancho al Secretario que la leyesse para si, y que sino viniéssse en ella alguna cosa digna de secreto, la leyesse en voz alta: hizolo assi el Secretario, y repassandola primero, dixo: Bien se puede leer en voz alta, que lo que el señor Don Quixote escribe à vuestra merced merece estar estampado, y escrito con letras de oro, y dize assi.

*Carta de D. Quixote de la Mancha à Sancho Pança, Governador de la Insula Barataria.*

**Q**VANDO Esperava oir nuevas de tus descuidos, e impertinencias, Sancho amigo, las oi de tus discreciones, de que doy por ello gracias particulares al Cielo, el qual del estiercol sabe levantar los pobres, y de los tontos hazer discretos. Dizenme que

governas como si fuésses hombre, y que eres hombre, como si fuésses bestia, segun es la humildad con que te tratas, y quiero adviértas, Sancho, que muchas vezes conviene, y ès necesario, por la autoridad del oficio, ir còtra la humildad del coraçon, porque el buen adorno de la persona q̄ està puesta en graves cargos, ha de ser conforme à lo que ellos piden, y no à la medida de lo que su humilde condicion le inclina. Vístete bien, que vn palo compuesto no parece palo: no digo que traigas dices, ni galas, ni que siendo juez te vistas como soldado, sino que te adornes con el habito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio, y bien compuesto. Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernes, entre otras has de hazer dos cosas: la vna, ser bien criado con todos, aunque esto y à otra vez telo he dicho; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no ay cosa que mas fatigue el coraçon de los pobres, que la hambre, y la carestia.

No hagas muchas premativas, y si las hizieres, procura que sean buenas, y sobre todo, que se guarden, y cumplan, que las premativas que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuéssen, antes dàn à entender, que el Principe que tuvo discrecion, y autoridad para ha-

ha-



hazerlas, no tuvo valor para hazer que se guardassen: y las leyes que te atemorizan, y no se executan, vienen à ser como la viga, rey de las ranas, que al principio las espanto, y con el tiempo la menospreciaron, y se subieron sobre ella. Sed padre de las virtudes, y padrastro de los vicios, No seas siempre riguroso, ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos extremos, que en esto el punto de la discrecion. Visita las carceles, las carnicerías, y las plaças, que la presencia de los Governadores en lugares tales, es de mucha importancia. Consuela à los presos que esperan la brevedad de su despacho. Es coco à los carniceros, que por entonces igualan los pesos, y es espantajo à las plaças, por la misma razon. No te muestres (aunque por ventura lo seas, lo qual yo no creo) codicioso, mugeriego, ni gloton: porque en sabiendo el pueblo, y los que te tratan tu inclinacion determinada, por alli te darán bateria, hasta derribarte en el profundo de la perdicion. Mira, y remira, passa, y repassa los consejos, y documentos que te di por escrito antes que de aqui partieses à tu Gobierno, y verás como hallas en ellos, si los guardas, vna ayuda de costa, que te sobreleve los trabajos, y dificulta-

des; que à cada passo à los Governadores se les ofrecen. Escribe à tus señores, y muéstrales agradecido, que la ingratitud es hija de la soberbia, y vno de los mayores pecados que se sabe: y la persona que es agradecida à los que bien le han hecho, dà indicio, que tambien lo será à Dios, que tantos bienes le hizo, y de continuo le haze. La señora Duquesa despachò vn proprio con tu vestido, y otro presente à tu muger Teresa Pança, por momentos esperamos respuesta.

Yo he estado vn poco mal dispuesto de vn cierto gateamiento, que me sucediò no muy à cuento de mis narizes; pero no fue nada, que si ay encantadores que me maltraten, tambien los ay que me defiendan. Avísame si el Mayordomo que està cõtigo tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi, como tu sospechaste, y de todo lo que te sucediere me irás dando aviso, pues es tã corto el camino, quanto mas q̃ yo piento dexar presto estavida ociosa en que estoy, pues no nací para ella. Vn negocio se me ha ofrecido, que creo q̃ me ha de poner en desgracia de estos señores. Pero aunque se me dà mucho, no se dà nada, pues en fin, en fin tengo de cumplir antes con mi profesion, que con su gusto conforme à lo que suele dezirse: Amicus



Plato, sed magis amica veritas: digote este Latin, porque me doy à entēder, que despues que eres Governador lo avràs aprēdido. Y à Dios, el qual te guarde de que ninguno te tenga lastima.

*Tu amigo*

*D. Quixote de la Mancha.*

Oyò Sancho la carta con mucha atencion, y fue celebrada, y tenida por discreta de los que la oyeron: y luego Sancho se levantò de la mesa, y llamando al Secretario, se encerro con él en su estancia, y sin dilatarlo mas, quiso responder luego à su señor Don Quixote: y dixo al Secretario, que sin añadir, ni quitar cosa algun, fuesse escribiendo lo que él le dixesse, y assi lo hizo, y la carta de la respuesta, fue del tenor siguiente.

*Carta de Sancho Pança, à Don Quixote de la Mancha.*

**L**A ocupacion de mis negocios es tan grande, que no tengo lugar para rascarme la cabeça, ni aun para cortarme las vñas, y assi las traigo tã orecidas, qual Dios lo remedie. Digo esto, señor mio de mi alma, porque vuestra merced no se espante, si hasta agora no he dado aviso de mi bien, ò mal estar en este Gobierno, en el qual

tengo mas hambre que quando andavamos los dos por las selvas, y por los despoblados.

Escriviòme el Duque mi señor el otro dia, dandome aviso, avian entrado en esta Insula ciertas espías para matarme, y hasta agora yo no he descubierto otra que vn cierto Dotor, que està en este lugar assalariado, para matar à quantos Governadores a qui viniessen. llamasse el Dotor Pedro Recio, y es natural de Tirteafuera, porque vea vuestra merced, què nombre para no temer, que he de morir à sus manos. Este tal Dotor dize él mismo de si mismo, que él no cura las enfermedades quando las ay, sino que las previene para que no vengán, y las medicinas que vsa son, dieta, y mas dieta, hasta poner la persona en los huesos mundos, como sino fuesse mayor mal la flaqueza, que la calentura. Finalmente, él me và matando de hambre, y yo me voy muriendo de despecho, pues quando pense venia à este Gobierno à comer daliente, y à beber frio, y à recrear el cuerpo entre sabanas de olanda, sobre colchones de pluma, he venido à hazer penitencia, como si fuera hermitaño, y como no la hago de mi voluntad, pienso que al cabo al cabo, me ha de llevar el diablo.

Hasta agora no he tocado derecho, ni llevado cohecho, y no pue-



puedo pensar en qué va esto; porque aquí me han dicho, que los Governadores que à esta Infula suelen venir, antes de entrar en ella, ò les han dado, ò les han prestado los del pueblo muchos dineros, y que esta es ordinaria vfança en los demás que van à Governos, no solamente en este.

Anoche andando de ronda, topè vna hermosa doncella en trage de varon, y vn hermano suyo en habitode muger: de la moça se enamorò mi Maestresala, y la escogió en su imaginacion para su muger, segun èl ha dicho; yo escogi al moço para mi yerno: oy los dos pondremos en platica nuestros pensamientos con el padre de entrambos, que es vn tal Diego de la Llana, Hidalgo, y Christiano viejo quanto se pide.

Yo visito las plaças, como vuestra merced me lo aconseja, y ayer hallé vna tendera, que vendia avellanas nuevas, y averiguela que avia mezclado con vna hanega de avellanas nuevas otra de viejas, y podridas: apliquélas todas para los niños de la dotrina, q las sabrian bien distinguir, y sentéciela que por quinze dias no entrasse en la plaça: hanme dicho, que lo hizo valerofamente; lo que se dezir à v. m. es, que es fama en este pueblo, que no ay gente mas mala que las placeras, porque todas son desvergonçadas, des-

almadas, y atrevidas; y yo así lo creo, por las que he visto en otros pueblos.

De que mi señora la Duquesa aya escrito à mi muger Teresa Pança, y embiadola el presente que vuestra merced dice, estoy muy satisfecho, y procurarè de mostrarme agradecido à su tiempo: besele vuestra merced las manos de mi parte, diciendo, que digo yo, que no lo ha echado en saco roto, como lo verà por la obra. No queria que v. m. tuviese travacuentas de disgustos con estos mis señores, porque si vuestra merced se enoja con ellos, claro està que ha de redundar en mi daño, y no serà bien, que pues se medà a mi por consejo, que sea agradecido, que v. m. no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas, y con tanto regalo ha sido tratado en su castillo.

Aquello del gateado no entiendo, porque imagino, que deve de ser alguna de las malas fechorias que con vuestra merced suelen usar los malos encantadores, yo lo sabre quando nos veamos. Quisiera embiarle à vuestra merced alguna cosa; pero no se qué embia, sino es algunos cañutos de geringas, que para con begigas los hazen en esta Infula muy curioso, aunque si me dura el officio, yo buscaré que embiar de haldas, ò de mangas. Si me elcriviere mi muger Teresa Pança, pague vuestra



vuestra merced el porte, y embiame la carta, que tengo grandísimo deseo de saber del estado de mi casa, de mi muger, y de mis hijos. Y con esto Dios libre à vuestra merced de mal intencionados encantadores, y à mi me la que con bien, y en paz deste Gobierno, que lo dudo, porque lo pienso dexar con la vida, segun me trata el Doctor Pedro Rezio.

*Criado de V. m. Sancho Pança.  
el Governador.*

Cerrò la carta el Secretario, y despachò luego al correo, y juntandose los burladores de Sancho, dieron orden entre si como despacharle del gobierno y aquella tarde la passò Sancho en hazer algunas ordenanças tocantes al buen Gobierno de la que el imaginava ser Insula, y ordenò, que no huviesse regatones de los bastimentos en la Republica; y que no pudiesen meter en ella vino de las partes que quiesen, con aditamento que declarassen el lugar de donde era, para ponerle el precio segun su estimaciõ, bõdad, y fama, y el q lo aguasse, ò le mudasse el nõbre perdiessela vida por ello, moderò el precio de todo calçado, principalmente el de los çapatos, por parecerle que corria con exorbitancia. Puso tasa en los salarios de los criados que caminavan à

rienda suelta por el camino del interese. Puso gravissimas penas à los que cantassen cantares lascivos, y descompuestos, ni de noche, ni de dia. Ordenò, que ningun ciego cantasse milagro en coplas, sino traxesse testimonio autentico de ser verdadero, por parecerle, que los mas que los ciegos cantan son fingidos, en perjuizio de los verdaderos.

Hizo, y creò vn Alguazil de pobres, no para que los persiguiesse, sino para que los examinasse, si lo eran; porque à la sombra de la manquedad fingida, y de la llaga falsa, andan los bravos ladrones, y la salud borracha. En resolucion, èl ordenò cosas tan buenas, que hasta oy se guardan en aquel lugar, y se nombran: Las constituciones del gran Governador a ncho Pança.

**CAP. LII.** *Don'e se cuenta la aventura de la segunda Duquesa Dolorida, ò Angustada, llamada por otro nombre Doña Rodriguez.*

**C**Venta Cide Hamete, que estando Don Quixote ya senõ de sus aruños, le pareciò, que la vida que en aquel castillo tenia, era contra toda la orden de Cavalleria que professa; y asì determinò de pedir licencia à los Duques para

par-



partirse à Zaragoza , cuyas fiestas llegavan cerca , adonde pensaua ganar el arnés , que en las tales fiestas se conquista. Y estando vn dia à la mesa con el Duque , y la Duquesa , y comenzando à poner en obra su intencion , y pedir la licencia , veis aqui à deshora entrar por puerta de la gran sala dos mugeres ( como despues pareció ) cubiertas de luto de los pies à la cabeça , y la vna dellas llegando se à Don Quixote de la Mancha , se le echo à los pies , tendida de largo à largo , la boca cosida con los pies de Don Quixote de la Mancha , y dava vnos gemidos tan tristes , tan profundos , y tan dolorosos , que puso en contusion à todos los que la oian , y miravan ; aunque el Duque , y la Duquesa pensaron que seria alguna burla que sus criados querian hazer à Don Quixote de la Mancha , todavia viendo con el ahinco que la muger suspirava , gemia , y llorava , los tuvo dudosos , y suspensos , hasta que Don Quixote de la Mancha , compatisivo , y admirado la levantò de el suelo , y hizo que se descubriese , y quitasse el manto de sobre la faz llorosa : ella lo hizo así , y mostró ser ( lo que jamàs se pudiera pensar , porque descubrió el rostro de Doña Rodriguez ) la dueña de casa , y la otra enlutada era su hija , la burlada de

el hijo del labrador rico : admiraronse todos aquellos que la conocian , y mas el Duque , y la Duquesa que ninguno , puesto que la tenian por boba , y de buena pasta , no por tanto , que viniesse à hazer locuras tales : finalmente Doña Rodriguez , bolviendose à los señores Duques , les dixo : Vuestras Excelencias sean servidos de darme licencia , que yo departa vn poco con este Cavallero : porque así conviene para salir con bien de el negocio en que me ha puesto el atrevimiento de vn mal intencionado villano. El Duque dixo , que el se la dava , y que departiesse con el señor Don Quixote de la Mancha , quando le viniesse en deseo. Ella , enderezando la voz , y el rostro à Don Quixote de la Mancha , dixo : Dias ha , y meses , valerois Cavallero , que os tengo dada cuenta de la sinrazon , y alevosia que va mal labrador tiene fecha a mi muy querida , y amada hija , que es esta desdichada , y sin ventura que aqui està presente , y vos me avedes prometido de bolver por ella , enderezandole el tuerto que le tienen fecho , y agora ha llegado à mi noticia , que os quereis partir de este castillo , en busca de las buenas venturas que Dios os deparare ; y así querria , que antes que os escurriessedes por estos caminos , de la-



desafiastes à este rustico indomito, y le hiziesedes que se casasse con mi hija, en cumplimiento de la palabra que la dió de ser su esposo, antes, y primero que yogasse con ella; porque pensar que el Duque mi señor me ha de hazer justicia, es pedir peras al olmo, por la ocasion que ya à vuestra merced en puridad tengo declarada: y con esto, nuestro Señor le a vuestra merced mucha salud, y à nosotras no nos desampare. A cuyas razones respondió Don Quixote de la Mancha, con mucha gravedad, y prolopopeya: Buena dueña, templad vuestras lagrimas, ó por mejor dezir, enjugadlas, y ahorrad de vuestros suspiros, que yo tomo à mi cargo el remedio de vuestra hija, à la qual la huviera estado mejor no aver sido tan facil en creer promessas de enamorados, las quales por la mayor parte son ligeras de prometer, y muy pesadas de cumplir: y así con licencia del Duque mi señor, yo me partiré luego en busca de esse desalmado mancebo, y le hallaré, y le desafiare, y le mataré cada, y quando que se escusare de cumplir la prometida palabra; que el principal assumpto de mi profesion, es perdonar à los humildes, y castigar à los soberbios; quiero dezir, acorrer à los miserables, y destruir à

los rigurosos. No es menester, respondió el Duque, que vuestra merced se ponga en trabajo de buscar al rustico, de quien esta buena dueña se queixa, ni es menester tampoco que vuestra merced me pida à mi licencia para desafiarle, que yo le doy por desafiado, y tomo à mi cargo de hazerle saber este desafío, y que le acete, y venga à responder por si à este mi castillo, donde à entrambos daré campo seguro, guardando todas las condiciones que en tales actos suelen, y deven guardarse, guardando igualmente su justicia à cada vno, como estan obligados à guardar todos aquellos Principes, que dan campo franco à los que se combaten en los terminos de sus señorios. Pues con esse seguro, y con buena licencia de vuestra grandeza, replicò Don Quixote, desde aqui digo, que por esta vez renuncio mi hidalguia, y me allano, y ajusto con la llaneza del dañador, y me hago igual con él, habilitandole para poder combatir conmigo, y así, aunque ausente, le desafío, y repto en razon de que hizo mal en defraudar à esta pobre, que fue doncella, y ya por su culpa no lo es, y que la ha de cumplir la palabra que la dió de ser su legitimo esposo, ó morir en la demanda. Y luego descalçandose vn guante, le arrojò en mitad de la sala, y el

Du-



Duque le alçò , diziendo , que como yà avia dicho , èl acetava el tal desafío en nombre de su vassallo , y señalava el plaço de allí à seis dias , y el campo en la plaça de aquel castillo , y las armas las acostumbradas de los Cavalleros , lança , y escudo , y arnes trançado , con todas las demás pieças , sin engaño , supercheria , ò supersticion alguna , examinadas , y vistas por los juezes del campo ; pero ante todas cosas , es menester que esta buena dueña , y esta mala dōcella pongan el derecho de su justicia ; en manos del señor D. Quixote de la Mancha , que de otra manera no se hará nada , ni llegará à devida execucion el tal desafío . Yo si pongo , respondió la dueña : y yo tambien , añadió la hija , toda llorosa , y toda vergonzosa , y de mal talante . Tomado , pues , este apuntamiento , y aviendo imaginado el Duque lo que avia de hacer en el caso , las enlutadas se fueron ; y ordenó la Duquesa , que de allí adelante no las tratasse como à sus criadas , sino como à señoras aventureras , que venian à pedir justicia à su casa ; y así las dieron quarto aparte , y las sirvieron como à forasteras , no sin espanto de las demás criadas , que no sabian en que avia de parar la grandeza , y desemboltura de Doña Rodríguez , y de su mal andante hija . Estando en esto , para aca-

barde regozijar la fiesta , y dar buen fin à la comida : veis aqui donde entrò por la sala el page que llevó las cartas , y presentes à Teresa Pança , muger del Governador Sancho Pança , de cuya llegada recibieron gran contento los Duques . deseosos de saber lo que le avia sucedido en su viage , y preguntandose lo , respondió el page , que no lo podia dezir tan en publico , ni con breves palabras , que sus Excelencias fuesen servidos de dexarlo para à tolas , y que entretanto se entretuviesen cō aquellas cartas , y sacando dos cartas las puso en manos de la Duquesa , la vna dezia en el sobreescrito : Carta para mi señora la Duquesa tal , de no sé donde ; y la otra : A mi marido Sancho Pança , Governador de la Insula Barataria , que Dios prospere mas años que à mi . No se le cozia el pan , como suele dezirse , à la Duquesa hasta leer su carta , y abriéndola , y leyendo para si , y viendo que la podia leer en voz alta , para que el Duque , y los circunstantes la oyesen , leyò de esta manera :

*Carta de Teresa Pança à la Duquesa*

**M**ucho contento me diò , señora mia , la carta q̄ vuestra tra grãdeza me escribió , que en verdad que la tenia bien deseada : la carta de corales



es muy buena, y el vestido de caça de mi marido no le vâ en caga. De que V. Señoria aya hecho Governador à Sancho mi cõsorte, ha recibido mucho gusto todo el Lugar, puesto que no ay quien lo crea, principalmente el Cura, y Maestre Nicolàs el barbero, y Sanson Carrasco el Bachiller; pero à mi no se me dà nada, que como ello sea así, como lo es, diga cada vno lo que quisiere, aunque si vâ à dezir verdad, à no venir los corales, y el vestido, tampoco yo lo creyera; porque en este pueblo todos tienē à mi marido por vn porro, y que sacado de gobernar vn hatode cabras, no pueden imaginar para que gobiernopueda ser bueno, Dios lo haga, y lo encamine como vè que lo han menester sus hijos. Yo señora de mi alma, estoy determinada, con licēcia de vuestra merced, de meter este buen dia en mi casa, y endome à la Corte à tenderme en vn coche, para quebrar los ojos à mil embidiosos que yà tengo. Y así suplico à V. Excelencia, mande à mi marido me embie algun dinerillo, y que sea algo, que por que en la Corte son los gastos grandes, que el pan vale à real, y la carne, la libra à treinta maravedis, q̄ es vn juizio; y si quisiere que no vaya, que me lo avise con tiempo, porque me están bullendo los pies por ponerme en camino, que me dizē

mis amigas, y mis vezinas, que si yo, y mi hija andamos orondas, y pomposas en la Corte, vèdrà à ser conocido mi marido por mi, mas que yo por èl, siendo forçolo que pregunten muchos: *Quien son estas señoras deste coche?* y vn criado mio responder: La muger, y la hija de Sancho Pança, Governador de la Infula Barataria, y desta manera serà conocido Sancho, y yo serè estimada, y à Roma por todo. Pesame, quanto pesarme puede, que este año no se hã cogido bellotas en este pueblo, cõ todo esto embio à V. Alteza hasta medio celemin, que vna à vna las fuy yo à coger, y à escoger al monte, y no las hallè mas mayores, yo quisiera que fueran como huevos de abetruz.

No se le olvide à vuestra pōposidad de escrivirme, que yo tendre cuidado de la respuesta, avisando de mi salud, y de todo lo que huviere que avisar deste Lugar, donde quedo rogando à nuestro Señor, guarde à vuestra grandeza, y à mi no me olvide. Sancha mi hija, y mi hijo besan à vuestra merced las manos.

*La que tiene mas deseo de ver à V. S. que de escrivirla.*

Su criada Teresa Pança.

Grande fue el gusto que todos recibieron de oir la carta



tade Teresa Pança, principalmente los Duques; y la Duquesa pidió parecer à Don Quixote, si sería bié abrir la carta que venia para el Governador, que imaginava devio de ser bonissima. Don Quixote dixo, que él la abriria, por darles gusto, y así lo hizo, y vió que dezia desta manera.

*Carta de Teresa Pança, à Sancho Pança su marido.*

**T**V carta recibí, Sancho mio de mi alma, y yo te prometo, y juro, como Católica Christiana, que no faltaron dos dedos para bolverme loca de contento; mira hermano, quando yo llegué à oír que eras Governador, me pensé allí caer muerta de puro gozo, que ya sabes tu que dizen, que así mata la alegría subita, como el dolor grande. A Sanchica tu hija se le fueron las aguas sin sentirlo de puro contento. El vestido que me embiaste tenia delante, y los corales que me embió mi señora la Duquesa al cuello, y las cartas en las manos, y el portador de ellas allí presente, y con todo esto creia, y pensava, que era todo sueño lo que veia, y lo que tocava: porque quien podia pensar, que vn pastor de cabras avia de venir à ser Governador de Insulas? Ya sabes tu amigo, que dezia mi madre, que era menester vi-

vir mucho para ver mucho; digo, porque pienso ver mas, si vivo mas, porque no pienso parár, hasta verte Arrendador, o Alcavalero, que son officios, que aunque lleva el diablo à quien mal los vfa, en fin, en fin, siempre tienen, y manejan dineros: mi señora la Duquesa te dirá el deseo que tengo de ir à la Corte; mirate en ello, y avísame de tu gusto, que yo procuraré honrarte en ella, andando en coche.

El Cura, el Barbero, el Bachiller, y aun el Sacristan, no pueden creer que eres Governador, y dizen, que todo es embeleco, ó cosas de encantamento, como son todas las de Don Quixote tu amo; y dize Sansón, que ha de ir à buscarte, y à sacarte el Gobierno de la cabeza, y à Don Quixote la locura de los cascos: yo no hago sino reirme, y mirar mi sarta, y dar traça del vestido que tengo de hazer del tuyo à nuestra hija. Vnas bellotas embiè à mi señora la Duquesa, yo quisiera que fueran de oro. Embíame tu alguna sarta de perlas, si se vfan en esta Insula. Las nuevas deste Lugar son, que la Berrueca casò à su hija cõ vn pintor de mala mano, que llegó à este pueblo à pintar lo q taliese; mādole el Cõcejo pintar las armas de su Magestad sobre las puertas de Ayuntamièto, pidió



dos ducados, dieronse los adelantados, trabajò ocho dias; al cabo de los quales no pintò nada, y dixo, que no acertava à pintar tantas varatijas: bolvió el dinero, y con todo esso se casò cõ titulo de bué oficial, verdad es, que ya ha dexado el pincel, y tomado el azada, y và al campo como gentilhombre. El hijo de Pedro Lobo se ha ordenado de grados, y corona, con intencion de hazerse Clerigo; supolo Minguilla, la nieta de Mingò Silvato, y ha se puesto demanda de que la tiene dada palabra de casamiento, malas lenguas quieren dezir, que ha estado en cinta de el; pero el lo niega à pies juntillas. Ogaño no ay azeytunas, ni se halla vna gota de vinagre en todo este pueblo. Por aqui passò vna compañía de soldados, llevaronse de camino tres moças deste pueblo; no te quiero dezir quien son, quizá bolverán, y no faltará quiẽ las tome por mugeres, con sus tachas buenas, ò malas. Sanchica haze puntas de randas, gana cada dia ocho maravedis horros, que los và echando en vna alcancia para ayuda de su ajuar; pero aora que es hija de vn Governador, tu le darás la dote, sin que ella lo trabaje. La fuente de la plaça se secò, vn rayo cayò en la picota, y alli me las den todas. Espèro respuesta desta, y

la resolucion de mi ida à la Corte: y con esto Dios te me guarde mas años q̄ à mi, ò tantos, porque no querria dexarte sin mi en este mundo.

*Tu muger Teresa Pança.*

Las cartas fueron solemnizadas, reidas, estimadas, y admiradas, y para acabar de echar el sello, llegó el correo, el q̄ traia la que Sancho embiava à Don Quixote, que asimismo se leyò publicamente, la qual puso en duda la sandez del Governador. Retiròse la Duquesa para saber del page lo que le avia sucedido en el Lugar de Sancho, el qual se lo contò muy por extenso, sin dexar circunstancia que no refiriesse, diòle las bellotas, y mas vn queso, que Teresa le diò por ser muy bueno, que se avé tajava à los de Tronchon: recibiólo la Duquesa con grandissimo gusto, con el qual la dexaremos, por contar el fin que tuvo el Gobierno del gran Sancho Pança, flor, y espejo de todos los Insulanos Governadores.

(?c?)





CAP. LIII. *Del fatigado fin, y remate que tuvo el Gobierno de Sancho Pança.*



**P**ensar que en esta vida las cosas de ella han de durar siempre en vn estado, es pensar en lo escusado; antes parece que ella anda toda en redondo, digo à la redonda. La Primavera sigue al Verano; el Verano, al Estio; el Estio, al Otoño; y el Otoño, al Invierno; y el Invierno, à la Primavera: y así torna à andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre à su fin ligera, mas que el tiempo, sin esperar renovarse, sino es en la otra, que

no tiene terminos que la limiten. Esto dize Cide Hamete, Filosofo Mahometico; porque esto de entender la ligereza, è infabilidad de la vida presente, y de la duracion de la eterna que se espera, muchos sin lumbre de Fè, sino con la luz natural, lo han entendido; pero aqui nuestro Autor lo dize por la presteza con que se acabò, se consumio, se deshizo, se fue como en sombra, y humo el Gobierno de Sancho; el qual estando la septima noche de los dias de su



Gobierno en su cama, no har- to de pan, ni de vino, sino de juzgar, y dar pareceres y de ha- zer estatutos, y prematicas, quã do el sueño à despecho, y pesar de la hambre, le començava à cerrar los parpados, oyo tan gran ruido de campanas, y de voces, que no parecia sino que toda la Insula se hundia. Sentó- se en la cama, y estuvo atento, y escuchando, por ver si dava en la cuenta de lo que podia ser la causa de tan grande alboro- to, pero no solo no lo supo, pero añadiendose al ruido de vo- zes, y campanas el de infinitas trompetas, y atambores, quedò mas confuso, y lleno de temor, y espanto, y levantandose en pie, se puso vnas chinelas por la humedad del suelo, y sin po- nerse sobre ropa de levantar, ni cosa que se pareciese, salió à la puerta de su aposento à tie- po, quando vio venir por vnos corredores mas de veinte per- sonas con hachas encendidas en las manos, y con las espadas desembainadas, gritando todos à grandes voces: Arma, arma, señor Governador, arma, que han entrado infinitos enemi- gos en la Insula, y somos perdi- dos, si vuestra industria, y valor no nos socorre. Con este ruido, furia, y alboroto llegaron donde Sancho estava atonito, y em- belesado de lo que oía, y veía, y quando llegaron à el, vno le di- xo: Armese luego V. Señoria, si

no quiere perderse, y que toda esta Insula se pierda. Què me tengo de armar? respondió Sã- cho, ni que se yo de armas, ni de socorros? Estas cosas mejor serà dexarlas para mi amo Don Quixote, que en dos paletas las de pacharà, y pondrà en cobro; que yo pecador fuy a Dios, no se me entiende nada de estas priessas. Ha señor Governador dixo otro, què relente es esse? armese vuestra merced, q̄ aqui le traemos armas ofensivas, y defensivas, y salga à essa plaça, y sea nuestra guia, y nuestro Ca- pitan, pues de derecho le toca el serlo, siendo nuestro Gover- nador. Armenme norabuena, replicò Sancho, y al momento le traxeron dos paveses que ve- nian proveidos dellos, y le pu- sieron encima de la camisa, sin dexarle tomar otro vestido, vn pavès delante, y otro detrás, y por vnas concavidades q̄ traían hechas, le sacaron los braços, y le liaron muy bien cõ vnos cor- deles, de modo, que quedò em- paderado, y entablado, derecho como vn huso, sin poder doblar las rodillas, ni menearse vn so- lo passo. Pusieronle en las ma- nos vna lança, à la qual se arri- mò para poderse tener en pie. Quando así le tuvieron, le di- xeron, que caminasse, y los guia- se, y animasse à todos, que sien- do el su norte, su lanterna, y su luzero, tendrían buen fin sus negocios. Como tengo de ca- mi-



minar de venturado yo, respondió Sancho, que no puedo jugar las choqueuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas, que tan cofidas tengo con mis carnes: lo que han de hazer es llevarme en brazos, y ponerme atravesado: ó en pie en algún postigo, que yo le guardaré, o con esta lanca, ó con mi cuerpo. Ande señor Governador, dixo otro, que mas el miedo que las tablas le impiden el passo. Acabe, y meneaie, que es tarde, y los enemigos crecen, y las voces se aumentan, y el peligro carga, por cuyas persuasiones, y vituperios probó el pobre Governador à moverse, y fue dar consigo en el suelo tan gran golpe, q pensó q se avia hecho pedaços, quedó como galapago, encerrado, y cubierto con sus conchas, ó como medio tozino, metido entre dos artesas, ó bién así como barca, que dà al través en la arena, y no por verle caido aquella gente burladora le tuvieron compasión alguna; antes apagando las antorchas tornaron à retorgar las voces, y à reiterar el arma, con tan grã prietã, pasando por encima del pobre Sancho, dandole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si él no se recogiera, y encogiera, metiendo la cabeça entre los paveses, lo passara muy mal el pobre Governador, el qual en aquella estrechez recogido, sudava, y trasudava, y de todo coraçon

se encomendava à Dios, que de aquel peligro le sacasse: vnos tropezavan en otros caian, y tal hubo, que se puso encima vn buen espacio, y desde allí como desde atalaya, governava los exercitos, y à grãdes voces dezia: Aqui de los nuestros, que por esta parte cargan los enemigos. Aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranquen, végan alcancias, pez, y resina en calderas de azeyte ardiendo, trinchente las calles con colchones. En fin él nombrava con todo ahinco todas las varatijas, e instrumentos, y pertrechos de guerra, con que suele defenderse el asalto de vna Ciudad, y el molido Sancho que lo escuchava, y sufrir todo. Dezia entre si: O si mi Señor fuesse servido q se acabasse yà de perder esta Insula, y me viesse yo, ó muerto, ó fuera desta grande angustia! Oyó el Cielo su petició, y quando menos lo pensava, oyó voces q dezian: Victoria, victoria, los enemigos van de vencida: ea señor Governador, levãtese vuestra merced, y venga à gozar del vencimiento, y à repartir los despojos que se han tomado à los enemigos por el valor de este invencible braço. Levantenme, dixo con voz doliente el dolorido Sancho. Ayudaronle à levantar, y puesto en pie dixo: El enemigo, que yo huviere vencido, quiero que me le claa en



en la frente, yo no quiero reparar despojos de enemigos, sino pedir, y suplicar à algun amigo, si es que le tengo, que me de vn trago de vino, que me seco, y me enjague este sudor, que me hago agua. Limpiaronle, traxeronle el vino, desliaronle los pavese, sentòse sobre su lecho, y desmayòse de el temor del sobresalto, y del trabajo: ya les pesava à los de la burla de averse la hecho tan pesada; pero el aver buuelto en si Sancho, les templò la pena que les avia dado su desmayo. Preguntò, que hora era, respondieronle, que ya amanecia. Callò, y sin dezir otra cosa, comencò à vestirse todo sepultado en silencio, y todos le miravan, y esperavan en què avia de paràr la priessa con que se vestia. Vestióse en fin, y poco à poco, porque estava molido, y no podia ir mucho à mucho, se fue à la cavalleriça, siguiendole todos los que allí se hallavan, y llegando se al ruzio, le abraçò, y le diò vn beso de paz en la frente, y no sin lagrimas en los ojos le dixo: Venid vos acá, compañero mio, y amigo mio, y conllevador de mis trabajos, y miserias, quando yo me avenia con vos, y no tenia otros pensamientos que los que me davan los cuidados de remendar vuestros aparejos, y de sustentar vuestro corpeçuelo, dichasas eran mis horas, mis dias, y mis años;

pero despues que os dexè, y me subí sobre las torres de la ambicion, y de la sobervia, se me han entrado por el alma à dentro mil miserias, mil trabajos, y quatro mil desasisesiegos. Y en tanto que estas razones iba diziendo, iba alsimifino enalvaidando al asno, sin que nadie nada le dixesse. En alvardado, pues, el ruzio, con gran pena, y pe'ar subió sobre el, y encaminando sus palabras, y razones al Mayordomo, al Secretario, al Maestresala, y à Pedro el Doctor, y à otros muchos que allí presentes estavan, dixo: Abrid camino, señores míos, y dexadme bolver à mi antigua libertad: dexadme que vaya à buscar la vida passada, para que me resucite desta muerte presente: yo no nací para ser Governador, ni para defender Insulas, ni Ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas, mejor se me entiēde à mi arar, y cabar, podar, y sarmentar las viñas, que de dar leyes, ni defender Provincias, ni Reynos: bien se està San Pedro en Roma, quiero dezir, que bien se està cada vno vsando el officio para que fue nacido; mejor me està à mi vna hoz en la mano, que vn cetro de Governador: mas quiero hartarme de gazpachos, que estar sugeto à la miseria de vn medico impertinente, que me mate de hambre, y mas quiero recostarme à la



la sombra de vna encina en el Verano, y arroparme cō vn zamarró de dos pelos en el Invierno en mi libertad, que acostarme con la sujecion del Gobierno entre sabanas de olanda, y vestirme de martas cebollinas; vuestras mercedes se queden con Dios, y digan al Duque mi señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano; quiero dezir, que sin blanca entré en este Gobierno, y sin ella salgo, bien al rebés de como suelen salir los Gobernadores de otras Insulas: y apartense, dexenme ir, que me voy à vizmar que creo que tengo brumadas todas las costillas, merced a los enemigos que esta noche se hã passeado sobre mi. No ha de ser así, señor Gobernador, dixo el Doctor Rezio, q̄ yo le daré à vuestra merced vna bebida contra caídas, y molimientos, que luego le buelva en su pristina entereza, y vigor. Y en lo de la comida yo prometo à vuestra merced de enmendarme, dexándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere. Tarde piache, respondió Sancho, así dexaré de irme, como bolverme Turco. No son estas burlas, no son parados vezes. Por Dios que así me quede en este, ni admita otro Gobierno, aunque me le diessen entre dos platos, como volar al cielo sin alas. Yo soy del linage de los Panças, que todos son testarudos, y si vna vez

dizen nones, nones han de ser, aunque sean pares, à pesar de todo el mundo. Quedense en esta cavalleriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire, para que me comiessen vencesos, y otros paxaros, y bolvamonos à andar por el suelo con pie llano, que si no le adornaré çapatos picados de cordovàn, no le saltarán alpargatas toscas de cuerda, cada oveja con su pareja, y nadie tienda mas la pierna, de quanto fuere larga la sabana: y dexenme passar, que se me haze tarde. A lo que el Mayordomo dixo: Señor Gobernador, de muy buena gana dexaremos ir à vuestra merced, puesto que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio, y su Christiano proceder obligan à desearle; pero ya se sabe, que todo Gobernador està obligado, antes que se ausente de la parte donde ha governado, dar primero residencia; de la vuestra merced de los diez dias que ha que tiene el Gobierno, y vaya à la paz de Dios. Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, sino es quien ordenare el Duque mi señor; yo voy à verme con él, y à él se la daré de molde; quanto más, que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar à entender que he governado como vn Angel. Par Dios que tiene razon el gran Sancho, dixo el Doctor Rezio, y ¡fuy de parecer



que le dexemos ir, porque el Duque ha de gustar infinito de verle. Todos vinieron en ello, y le dexaron ir, ofreciendole primero compañía, y todo aquello que quisiere para el regalo de su persona, y para la comodidad de su viage. Sancho dixo, q̄ no queria mas de vn poco de cevada para el ruzio, y medio queso y medio pan para èl, que pues el camino era tan corto, no avia menester mayor, ni mejor reposteria. Abraçaronle todos, y èl llorando abraçò à todos, y los dexo admirados, así de sus razones, como de su determinacion tan resuelta, y tã discreta.

**CAP. LIV.** *Que trata de las cosas tocantes à esta historia, y no otra alguna.*

**R**esolvieron se el Duque, y la Duquesa, de que el desafio que D. Quixote hizo à su vasallo por la causa ya referido passasse adelante, y puesto q̄ el moço estava en Flandes, adonde avia ido huyendo, por no tener por suegra à Doña Rodriguez; ordenaron de poner en su lugar à vn lacayo Gascon, que se llamava Tosilos, industriandole primero muy bien de todo lo q̄ avia de hazer. De allí à dos dias dixo el Duque à Don Quixote, como desde allí à quatro vendria su contrario, y se presentaria en el campo, armado como

Cavallero, y sustentaria como la doncella mentia por mitad de la barba, y aũ por toda la barba entera, si se afirmava que èl le haviesse dado palabra de casamiento. Don Quixote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometio así mismo de hazer maravillas en el caso, y tuvo à gran vètura aver se le ofrecido ocasion dõde aquellos señores pudiesen ver hasta donde se estendia el valor de su poderoso braço; y así con alborozo, y contento esperava los quatro dias, que se le iban haciendo à la cuenta de su deseo quatrocientos siglos. Dexemoslos passar nosotros (como dexamos passar otras cosas) y vamos à acompañar à Sancho, que entre alegre, y triste venia caminando sobre el ruzio à buscar à su amo, cuya compañía le agradava mas, que ser Governador de todas las Insulas del mundo. Sucedió, pues, que no aviendose alongado mucho de la Insula del su Gobierno (que èl nunca se puso à averiguar si era Insula, Ciudad, Villa, ò Lugar la que governava) viò, que por el camino por donde èl iba venian seis peregrinos con sus bordones, destos estrangeros que piden la limosna cantando, los quales en llegando à èl se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, començaron à cantar en su lengua lo que Sancho no pudo en-



entender, sino fue vna palabra, que claramente pronunciava limosna, por donde entendió, que era limosna lo que en su canto pedian, y como él (segun dize Cide Hamete) era caritativo además, sacó de sus alforjas medio pan, y medio queso, de q̄ venia proveído, y dióselo, diziendoles por señas, q̄ no tenia otra cosa que darles: ellos lo recibieron de muy buena gana, y dixeron: Guelte, guelte. No entiendo, respondió Sancho; que es lo que me pedis, buena gente? Entonces vno dellos sacó vna bolsa del seno, y mostróselo à Sancho, por donde entendió, que le pedian dineros, y él poniendole el dedo pulgar en la garganta, y estendiéndolo la mano arriba le dió à entender, que no tenia ostugo de moneda, y picando al ruzio rompió por ellos; y al passar, y aviendo estado mirado vno de ellos cō mucha atencion arremetió à él, echandole los brazos por la cintura, en voz alta, y muy Castellana, dixo: Valame Dios, que es lo que veo? es posible que tengo en mis brazos à mi caro amigo, al mi buen Sancho Pança? Si tēgo sin duda, por que yo ni duermo, ni estoy ora borracho. Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre, y de verse abraçar del estrangero peregrino, y despues de averle estado mirando, sin hablar palabra, con mucha atención, nunca pudo conocerle; pe-

ro viendo su suspension, el peregrino le dixo: Como, y es posible Sancho Pança hermano, q̄ no conoces à tu vezino Ricote el Morisco, tēdero de tu lugar? Entonces Sancho le miró con mas atencion, y comenzó à refigurarle, y finalmente le vino à conocer de todo punto, y sin apearse del jumento, le echó los brazos al cuello, y le dixo: Quien diablos te avia de conocer Ricote en esse trage de moharracho que traes? dime, quié te ha hecho Franchote, y como tienes atrevimiento de bolver à España, dōde si te cogen, y conocen, tendrás harta mala ventura? Si tu no me descubres Sancho, respondió el peregrino, seguro estoy, que en este trage no avrá nadie que me conozca, y apartemonos de el camino à aquella alameda que alli parece, donde quieren comer, y reposar mis compañeros, y alli comerás con ellos, que son muy apacible gente; yo tendre lugar de contarte lo que me ha sucedido, despues que me parti de nuestro Lugar, por obedecer el vando de su Magestad, que con tanto rigor à los desdichados de mi Nacion amenaçava, segū oiste. Hizolo assi Sancho, y hablando Ricote à los demas peregrinos, se apartaron à la alameda que se parecia, bien desviados del camino Real. Arrojarō los bordones, quitarōse las muzetas, o esclavinas, y quedarō



en pelota, y todos ellos eran moços, y muy gétiles hombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traían alforjas, y todas, segun pareció, veniã bien proveidas, alomenos de cosas incitativas, y que llaman à la sed de dos leguas. Tendieronse en el suelo, y haziendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nuezes, rajadas de queso, huesos mundos de jamón, que sino se dexavan masticar, no defendian ser chupados. Pusieron asimismo vn mājjar negro q̄ dizen q̄ se llama cabial, yes hecho de huevos de pescados, grã despertador de la colambre; no faltaron azeytunas, aunque secas, y sin adovo alguno; pero sabrosas, y entretenidas: pero lo que mas campeò en el campo de aquel banquete, fueron seis votas de vino, que cada vno sacò la suya de su alforja, hasta el buen Ricote, que se avia transformado de Morisco en Alemã, ò en Tudesco, sacò la suya, que en grandeza podia cõpetir con las cinco. Començaron à comer con grandissimo gusto, y muy despacio, saboreandose cõ cada bocado, q̄ le tomavan con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa, y luego al pũto todos à vna levantaron los brazos, y las votas en el ayre, puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el Cielo, no parecia, sino que ponian en el

la punteria, y desta manera meneando las cabeças à vn lado, y à otro, señales que acreditavan el gusto que recibian, se estuvieron vn buen espacio, trassegando en sus estomagos las entrañas de las vasijas. Todo lo mirava Sancho, y de ninguna cosa se dolia, antes por cumplir con el refràn que èl muy bien sabia, de quando à Roma fueres haz como vieres; pidió à Ricote la vota, y tomo su pũteria como los demàs, y no con menos gusto que ellos; quatro vezes dieron lugar las votas para ser empinadas, pero la quinta no fue posible, porque ya estaban mas enjutas, y secas que vn esparto, cosa que puso mustia la alegría que hasta allí aviã mostrado: de quando en quando juntava alguno su mano derecha con la de Sancho, y dezia: Español, y Tudescuituto vno bon compañero, y Sancho respõdia: Bon compañero jura Di, y disparava con vna risa, que le durava vna hora, sin acordarse entonces de nada de lo que le avia sucedido en su Gobierno; porque sobre el rato, y tiempo quando se come, y bebe, poca jurisdiccion suelen tener los cuidados. Finalmente, el acabar se le el vino, fue principio de vn sueño que diò à todos, quedandose dormidos sobre las mismas mesas, y manteles: solo Ricote, y Sancho quedaron alerta, porque aviã comido mas, y bebido me-



menos, y apartando Ricote à Sancho, se sentarõ al pie de vna haya, dexando à los peregrinos sepultados en dulce sueño, y Ricote sin tropezar nada en su lēgua Morisca, en la pura Castellana le dixo las siguientes razones.

Bien sabes, ò Sancho Pança, vezino, y amigo mio, como el pregon, y vando que su Magestad mandò publicar contra los de mi Nacion, puso terror, y espanto en todos nosotros, alomenos en mi le puso, de suerte, que me parece que antes de el tiempo que se nos concedia, para que hiziessemos ausencia de España, ya tenia el rigor de la pena executado en mi persona, y en la de mis hijos. Ordenè, pues, à mi parecer, como prudente (bien así como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudar-se) ordenè, digo, de salir yo solo sin mi familia de mi pueblo, y ir à buscar donde llevarla con comodidad, y sin la priessa con que los demás salieron, porque bien vi, y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran solo amenazas, como algunos dezian, sino verdaderas leyes, que se avian de poner en execution a su determinado tiempo, y forçavame à creer esta verdad, saber yo los ruines, y disparatados intentos que los nuestros tenian, y tales,

que me parece que fue inspiracion divina la que moviò à su Magestad à poner en efecto tan gallarda resolucion, no porque todos fuessemos culpados, que algunos avia Christianos firmes, y verdaderos; pero eran tã pocos, que no se podian oponer à los que no la eran, y no era biẽ criar sierpe en el leno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razon fuimos castigados con la pena del destierro, blanda, y suave al parecer de algunos; pero al nuestro la mas terrible que se nos podia dar: do quiera que estamos, lloramos por España, q̄ en fin nacimos en ella, y es nuestra patria natural; en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea, y en Berberia, y en todas las partes de Africa, donde esperamos ser recibidos, acogidos, y regalados, allí es dõde mas nos ofenden, y maltratan: no hemos conocido el bien, hasta que le hemos perdido, y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de bolver à España, que los mas de aquellos (y son muchos) que sabẽ la lengua como yo, se buelven a ella, y dexan allá sus mugeres, y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen, y agora conozco, y experimento lo que suele dezirte, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digò, de nuestro pueblo, entrè en Francia, y aunque allí,



nos hazian buen acogimiento, quise verlo todo: pasé à Italia, y llegué à Alemania, y allí me pareció que se podía vivir con mas libertad, porque sus habitantes no mirán en muchas delicadezas, cada vno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia. Dexé tomada casa en vn pueblo junto à Augusta, juntamente con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir à España, muchos de ellos cada año à visuar los Santuarios della, que los tienen por sus Indias, y por certissima ganancia, andanla casi toda, y no ay pueblo ninguno de donde no salgan comidos, y bebidos, como suele dezirse, y cō vn real, por lo menos, en dinero, y al cabo de su viage suelen con mas de cien escudos de sobra, que trocados en oro, ó yá en el hueco de los bordones, ó entre los remiédos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden los sacar del Reyno, y los passán à sus tierras à pesar de las guardas de los Puertos, y puertas dōde se registrán. Ahora es mi intencion, Sancho, sacar el tesoro que dexé enterrado, q̄ por estar fuera del pueblo lo podré hazer sin peligro, y escribir, ó passar desde Valencia à mi hija, y à mi muger, que se que está en Argel, y dar traça como traerlas à algũ Puerto de Francia, y desde allí llevarlas à

Alemania, donde esperarémos lo que Dios quisiere hazer de nosotros. Que en resoluciō, Sancho, yo se cierto que la Ricota mi hija, y Francisca Ricota mi muger, son Catolicas Christianas, y aunq̄ yo no lo soy tanto, todavia tengo mas de Christiano que de Moro, y ruego siempre à Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé à conocer cómo le tēgo de servir. Y lo que me tiene admirado es, no saber, porque se fue mi muger, y mi hija antes à Berberia que à Francia, adonde podía vivir como Christiana. A lo que respondió Sācho: Mira Ricote, esto no devio de estar en su mano, porq̄ las llevó Iuā Tiopeyo el hermano de tu muger, y como deve de ser fino Moro, fuesse à lo mas biē parado, y sete dezir otra cosa, que creo q̄ vās en valde à buscar lo q̄ dexaste enterrado, porque tuvimos nuevas que avian quitado à tu cuñado, y tu muger muchas perlas, y mucho dinero en oro que llevavan por registrar. Bien puede ser esto, respondió Ricote; pero yo se, Sācho, q̄ no tocaron à mi entierro, porq̄ yo no les descubri donde estava temeroso de algun delmā: y assi si tu, Sancho, quieres venir conmigo, y ayudarme à sacarlo, y à encubrirlo, yo te daré dozientos escudos, con que podrás remediar tus necesidades, que yá sabes que sō yo que las tienes muchas. Yo



Yo lo hiziera; respondió Sancho: pero no soy nada codicioso, que à serlo, vn oficio dexè yo esta mañana de las manos, donde pudiera hazer las paredes de mi casa de oro, y comer antes de seis meses en platos de plata: y así por esto, como por parecerme haria traicion à mi Rey en dar favor à sus enemigos: no fuèra contigo, si como me prometes doziètos escudos me dieras aqui de contado quatrociètos. Y què oficio es el que has dexado, Sancho? preguntò Ricote. He dexado de ser Governador de vna Insula, respondió Sancho, y tal, que en buena fee q̄ no hallen otra como ella à tres tirones. Y donde està esta Insula? preguntò Ricote. Adonde? respondió Sancho, dos leguas de aqui, y se llama, la Insula Barataria. Calla Sancho, dixo Ricote, que las Insulas están allà dentro de la mar, que no ay Insulas en la tierra firme. Como no? replico Sancho; digote Ricote amigo, que esta mañana me parti della, y ayer estuve en ella gobernando à mi placer, como va 'agitario; pero con todo esto la he dexado, por parecerme oficio peligroso el de los Governadores. Y que has ganado en el Gobierno? preguntò Ricote. He ganado, respondió Sancho, el aver conocido, que no soy bueno para gobernar, sino es vn ható de ganado, y que las riquezas que se ga-

nan en los tales Governos, son à costa de perder el descanso, y el sueño, y aun el sustento; por que en las Insulas deven poco los Governadores, especialmente si tienen medicos que miren por su salud. Yo no te entiendo Sancho, dixo Ricote; pero pareceme que todo lo que dizes es disparate; que quien te avia de dar à ti Insulas que governasses? faltavan hombres en el mundo mas hábiles para Governadores que tu eres? Calla Sancho, y buel-ve en ti, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, à ayudarme à ficar el tesoro que dexè escondido, que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro, y te darè con que vivas, como te he dicho. Ya te he dicho, Ricote, replico Sancho, que no quiero, contentate, que por mi no seràs descubierto, y profigue en buena hora tu camino, y dexame seguir el mio, que yo sè que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello, y su dueño. No quiero porfiar Sancho, dixo Ricote; pero dime, hallaste en nuestro Lugar, quando te partiò del mi muger, mi hija, y mi cuñado? Si hallè, respondió Sancho, y sète dezir, que fallió tu hija tan hermosa, que fallieron à verla quãtos avia en el pueblo, y todos dezian, que era la mas bella criatura del mūdo: iba llorando, y abraçava à todas sus



sus amigas, y conocidas, y à quãtos llegavan à verla, y à todos pedia la encomẽdassen à Dios, à Nuestra Señora su Madre: y esto con tanto sentimiento, que à mi me hizo llorar, que no fue lo ser muy lloron; y à fee que muchos tuvieron deseo de esconderla, y salir à quitarsela en el camino; pero el miedo de ir contra el mandato del Rey los detuvo, principalmente se mostrò mas apassionado Don Pedro Gregorio, aquel mancebo mayorazgo rico que tu conoces, que dicen que la queria mucho; y despues que ella se partió, nunca mas èl ha parecido en nuestro Lugar, y todos pensamos que iba tras ella para robarla: pero hasta aora no se ha sabido nada. Siempre tuve yo mala sospecha, dixo Ricote, de que este Cavallero adamaava à mi hija; pero fiado en el valor de mi Ricota, nunca me diò pesadumbre el saber que la queria bien, que ya avrás oido decir, Sancho, que las Moriscas, pocas, o ninguna vez se mezclaron por amores con Christianos viejos, y mi hija, que à lo que yo creo atendia à ser mas Christiana, que enamorado, no se curaria de las solitudes de este señor mayorazgo. Dios lo haga, replicò Sancho, que à entrambos les estaria mal, y dexame partir de aqui Ricote amigo, que quiero llegar esta noche à donde està mi señor Don

Quixote. Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros se rebullen, y tambien es hora que prosigamos nuestro camino, y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su ruzio, y Ricote se arrimò à su bordon, y se apartaron.

**CAP. LV.** *De cosas sucedidas à Sancho en el camino, y otros, que no ay mas que ver.*

**E**L averse detenido Sancho con Ricote, no le diò lugar à que aquel dia llegasse al Castillo del Duque, puesto que llego media legua del, donde le tomó la noche algo obscura, y cerrada; pero como era Verano, no le diò mucha pesadumbre; y así se apartò del camino, con intencion de esperar la mañana, y quiso su corta, y desventurada suerte, que buscando vn lugar donde mejor acomodarse, cayeron èl, y el ruzio en vna honda, y escurissima sima, que entre vnos edificios muy antiguos estava, y al tiempo del caer se encomendò à Dios de todo coraçon, pensando que no avia de paràr, hasta el profundo de los abismos; y no fue así, porque à poco mas de tres estados diò fondo el ruzio, y èl se hallò encima del, sin aver recibido lesion, ni daño alguna. Tentose todo el cuerpo, y recogió el aliento, por ver si estava sano, ò aguje-



jerado por alguna parte: y viendole bueno, entero, y catolico de salud, no se hartava de dar gracias à Dios nuestro Señor de la merced que le avia hecho, porque sin duda pensò que estava hecho mil pedaços: tentò assimismo con las manos por las paredes de la sima, por ver si feria possible salir della sin ayuda de nadie, pero todas las hallò rasas, y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente quando oyò que el ruzio se quexava tierna, y dolorosamente, y no era mucho, ni se lamentava de vicio, que à la verdad no estava muy bien parado. Ay, dixo entonces Sancho Pança, y quando pensados sucesos suelen suceder à cada passo à los que viven en este miserable mundo, quien dixera que el que ayer se vio en trozinado Governador de vna Infula mandando à sus sirvientes, y à sus vassallos, oy se avia de ver sepultado en vna sima, sin aver persona alguna que le remedie, ni criado, ni vassallo que acuda à su socorro. Aquí avremos de perecer de hambre yo, y mi yumento, si yà no nos morimos antes, el de molido, y quebrantado, y yo de pesoso, al menos no fere yo tan venturoso como lo fue mi señor Don Quixote de la Mancha, quando descendió, y baxò à la cueva de aquel encantado Montesinos, donde hallo quien

le regalasse mejor que en su casa, que no parece sino que se fue à mesa puesta, y à cama hecha, allí viò el visiones hermosas, y apacibles, y yo verè aqui, a lo que creo, sapos, y culebras: desdichado de mi, y en que han parado mis locuras, y fantasias, de aqui sacarán mis huesos (quando el cielo sea servido que me descubran: mondos, blancos, y raidos, y los de mi buen ruzio con ellos, por donde quizá se echarà de ver quien somos, a lo menos, de los que tuvieren noticia que nunca Sancho Pança se apartò de su asno, ni su asno de Sancho Pança. Otra vez digo, miserables de nosotros, que no ha querido nuestra corta suerte, q̄ muriessemos en nuestra patria, y entre los nuestros, donde yà que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltàra quien dellos se doliera, y en la hora vltima de nuestro passamiento nos cerràra los ojos.

O compañero, y amigo mio! què mal pago te he dado de tus buenos servicios! perdoname, y pide a la fortuna, en el mejor modo que supieres, que nos saque deste miserable trabajo en que estamos puestos los dos, que yo prometo de ponerte vna corona de laurel en la cabeça, que no parezcas sino vn laureado Poeta, y de darte los piensos doblados. Desta manera se lamentava Sancho Pança, y su yumento le escuchava sin responderle



le palabra alguna: tal era el aprieto, y angustia en que aquel pobre se hallava. Finalmente, aviendo pasado toda aquella noche en miserables quejas, y lamentaciones, vino el dia, con cuya claridad, y resplandor, vió Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel poco, sin ser ayudado, y comenzó à lamentarse, y dar voces, por ver si alguno le oia; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no avia persona, que pudiesse escucharle, y entonces se acabò de dar por muerto; estava el ruzio boca arriba, y Sancho Pança le acomodò, de modo que le puso en pie, que apenas se podia tener, y sacando de las alforjas, que tambien avian corrido la misma fortuna de la caída, vn pedaço de pan, lo diò à su jumento, que no le supo mal, y dixole Sancho, como si lo entendiera, todos los duelos con pan son buenos. En esto descubriò à vn lado de la sima vn agujero, capaz de caber por él vna persona, si se agoviava, y encogia, acudiò à él Sancho Pança, y agaçapandose se entro por él, viò que por de dentro, era espacioso, y largo, y pudole ver porque por lo que se podia llamar techo, entrava vn rayo de Sol, que lo descubria todo: viò tambien q̄ se dilatava, y alargava por otra concavidad espaciosa, viendo

lo qual, bolviò à salir adonde estava el jumento, y cò vna piedra comenzó à desmoronar la tierra del agujero, de modo que en poco espacio hizo lugar, donde con facilidad pudiesse entrar el asno, como lo hizo, y cogiendole del cabestro comenzó à caminar por aquella gruta adelante, por ver si hallava alguna salida por otra parte, à vezes iba à obscuras, y à vezes sin luz; pero ninguna vez sin miedo. Valame Dios todo poderoso! dezia entre si, esta q̄ para mi es desventura, mejor fuera para aventurr de mi amo Don Quixote, èl si que tuviera estas profundidades, y mazmorras por jardines floridos, y por palacios de Galiana, y esperàra salir desta obscuridad, y estrechez à algun florido prado: pero yo sin ventura, falto de consejo, y menor cabado de animo, à cada passo pienso que debaxo de los pies de improviso se ha de abrir otra sima mas profunda que la otra, que acabe de tragarme: bien vengas mal, si vienes solo. Desta manera, y con estos pensamientos le pareció, que avria caminado poco mas de media legua, al cabo de la qual descubriò vna confusa claridad, que pareció ser yà de dia, y que por alguna parte entrava, que dava indicio de tener fin abierto aquel para el camino de la otra vida. Aqui le dexa Cide Hamete Benégeli, y buel-



ve à tratar de Don Quixote, que alborozado, y contento esperava el plaço de la batalla q̄ avia de hazer cō el robador de la honra de la hija de Doña Rodriguez, à quien pensava endereçar el tuerto, y desaguifado, que malamente le tenían fecho. Sucedió, pues, que saliendo vna mañana à imponerse, y ensayarse en lo q̄ avia de hazer en el trance en que otro dia pensava verse, dando vn repelon, o atremetida à Rozinante, llegó à poner los pies tan junto à vna cueva, que à no tirarle fuertemente las riendas, fuera imposible no caer en ella. En fin le detuvo, y no cayó, y llegando algo mas cerca, sin apearse mirò aquella hõdura, y estandola mirando oyò grãdes voces dentro, y escuchã atentamente, pudo percibir, y entender, que el que las dava, dezia: Hade arriba, ay algun Christiano que me escuche? ò algun Cavallero caritativo que se duela de vn pecador enterrado en vida? de vn desdichado desgovernado Governador? Pareciõle à Don Quixote, que oia la voz de Sancho Pança, de que quedò suspenso, y assombrado; y levantandola voz todo lo que pudo, dixo: Quien està allà abaxo? quien se quexa? Quien puede està aqui, o quiẽ se ha de quejar, respondieron, sino el asendereado de Sancho Pança, Governador por sus

pecados, y por su mala andança de la Iusula Barataria, escudero que fue de el famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha? Oyendo lo qual Don Quixote, se le doblò la admiracion, y se le acrecentò el pasmo, viniendosele al pensamiento, que Sancho Pança devia de ser muerto, y que estava alli penando su alma, y llevado desta imaginacion, dixo: Conjurote por todo aquello que puedo conjurarte, como Catolico Christiano, que me digas quien eres, y si eres alma en pena, dime que quieres que haga por ti, que pues es mi profission favorecer, y acorrer a los necesitados deste mundo, tambien lo serẽ para acorrer, y ayudar a los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por si propios. Desta manera, respondieron, vuestra merced que me habla deve de ser mi señor Don Quixote de la Mancha, y aun en el organo de la voz no es otro sin duda. Don Quixote soy, replicò Don Quixote, el que professo socorrer, y ayudar en sus necesidades a los vivos, y a los muertos. Por esso dime, quien eres, que me tienes atonito? porque si eres mi escudero Sencho Pança, y te has muerto, como no te ayã llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estès en el Purgatorio, ufragios tiene nuestra S. Madre



la Iglesia Católica Romana bastantes à sacarte de las penas en que estás, y yo que lo sollicitaré con ella por mi parte con quanto mi hacienda alcançare: por esso acaba de declararte y dime quien eres. Voto à tal, respondieron, y por el nacimiento de quien vuestra merced quisiere, juro, señor Don Quixote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Pança, y que nunca me he muerto en todos los dias de mi vida, sino que aviédo dexado mi Gobierno por cosas, y causas, que es menester mas espacio para dezirlas: anoche caí en esta sima, donde cayó el ruzio conmigo, que no me dexará mentir, pues por mas señas está aquí conmigo: y ay mas, que no parece, sino que el jumento entendió lo que Sancho dixo, porque al momento comencò à rebuznar tan rezio, que toda la cueva retumbava. Famoso testigo, dixo Don Quixote; el rebuzno conozco, como si le pariera, y tu voz oygo, Sancho mio, espérame irè al Castillo del Duque, que está aquí cerca, y traerè quien te saque desta sima, donde tus pecados te deven de aver puesto. Vaya vuestra merced, dixo Sancho, y buelva presto, por vn solo Dios, que ya no lo puedo llevar el estar aquí sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo. Dexole Don Quixote, y fue al Castillo à con-

tar à los Duques el suceso de Sancho Pança, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron que devia de aver caído por la correspondencia de aquella gruta, que de tiempos inmemorables estava allí hecha; pero no podian pensar como avia dexado el Gobierno, sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, como dizen, llevaron sogas, y maromas, y à costa de mucha gente, y de mucho trabajo sacaron al ruzio, y à Sancho Pança de aquellas tinieblas à la luz del Sol. Vióle vn estudiante, y dixo: De esta manera avian de salir de sus Governos todos los malos Governadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, defcolorido, y sin blanca, à lo que yo creo. Oyólo Sancho, y dixo: Ocho dias, ò diez ha, hermano murmurador, que entrè à gobernar la Insula q̄ me dieron, en los quales no me vi hartado de pan si quiera vna hora, en ellos me hã perseguido medicos, y enemigos me han brumado los huesos, ni he tenido lugar de hazer cohechos, ni de cobrar derechos: y siendo esto assi, como lo es, no merecia yo, à mi parecer, salir desta manera; pero el hombre pone, y Dios dispone, y Dios sabe lo mejor, y lo que le está bien à cada vno, y qual el tiempo, tal el tiento, y nadie diga desta agua no beberè, que



adonde se piensa que ay tozinos, no ay estacas, y Dios me entiende, y basta, y no digo mas, aunque pudiera. No te enojés Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que será nunca acabar; ven tu con segura conciencia, y digan lo que dixeren, y es querer atar las lenguas de los maldizientes, lo mesmo que querer poner puertas al campo. Si el Governador sale rico de su Gobierno, dizendél, que ha sido vn ladrón; y si sale pobre, que ha sido vn para poco, y vn mentecato. A bué seguro, respondió Sancho, que por esta vez antes me han de tener por tonto, que por ladrón. En estas platicas llegaron rodeados de muchachos, y de otra mucha gente al Castillo, adonde en vnos corredores estava ya el Duque, y la Duquesa esperádo à D. Quixote, y à Sancho, el qual no quiso subir a ver al Duque, sin que primero no huviesse acomodado al ruzio en la cavalleriza, porque dezia, que avia pasado muy mala noche en la posada, y luego subio à ver à sus señores, ante los quales puesto de rodillas, dixo: Yo, señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin ningun merecimiento mio, fuy à gobernar vuestra Insula Barataria, en la qual entrè desnudo, y desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano: si he gobernado bien, ó mal, testigos he tenido delante, que dirán lo q quisieré. He de-

clarado dudas, sentenciado pleytos, y siépre muerto de hambre, por averlo querido así el Doctor Pedro Rezio, natural de Tirta fuera, medico Insulano, y Governadoresco. Acometierónos enemigos de noche, y aviendonos puesto en grãde aprieto, dizén los de la Insula, que salieron llbres, y cõ vitoria por el valor de mi brazo, que tal salud les de Dios, como ellos dizén verdad. En resolucion, en este tiempo yo he tãteado las cargas que trae consigo, y las obligaciones el gobernar, y he hallado por mi cuenta, q no las podrán llevar mis ombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljava; y así antes que diessè conmigo al través el Gobierno, he querido yo dar con el Gobierno al través, y ayer de mañana dexè la Insula como la hallè, cõ las mismas calles, casas, y tejados que tenia quando entrè en ella. No he pedido prestado à nadie, ni metidome en grangerias; y aunque pësava hazer algunas ordenanças provechosas, no hize ninguna, temeroso que no se aviã de guardar que es lo mesmo hazerlas, que no hazerlas. Salí, como digo de la Insula, sin otro acompañamiento q el de mi ruzio; caí en vna sima, y vine por ella adelante, hasta que esta mañana con la luz del Sol ví la salida; pero no tan facil, que a no depararme el Cielo à mi señor Don Quixote, allí



me quedara hasta la fin del mundo. Así que mis señores Duque, y Duquesa, aquí está vuestro Governador Sancho Pança, que ha grangeado en solos diez dias que ha tenido el Gobierno, à conocer que no se le ha de dar nada por ser Governador, no que de vna Insula, sino de todo el mundo, y con este presupuesto, besando à vuestras mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos, que dizen, falta tu, y damela tu, doy vn falso del Gobierno, y me passo al servicio de mi señor D. Quixote, que en fin en él, aùn que como el pan con sobrefalto, hartome à lo menos; y para mi, como yo esté harto, ello me haze que sea de çanahorias, que de perdizes. Con esto diò fin su larga platica Sancho, temiendo siempre D. Quixote, que avia de dezir en ella millares de disparates, y quando le vio acabar con tan pocos, diò en su coraçõ gracias al cielo. y el Duque abraçò à Sancho, y le dixo que le pesava en el alma de que huviesse dexado tan presto el Gobierno: pero que èl haria de suerte, que le diesse en su Estado otro officio de menos carga, y de mas provecho: abraçòle la Duquesa asimismo, y mandò, que le regalassen, porque davan señales de venir mal molido, y peor parado.

(?)

*CAP. LVI. De la descomunial, y nunca vista batalla que passò entre Don Quixote de la Mancha, y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la dueña Rodriguez.*

**N**O quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha à Sancho Pança del Gobierno que le dieron, y màs, que aquel mismo dia vino su Mayordono, y les contò punto por punto casi todas las palabras, y acciones que Sancho avia dicho, y hecho en aquellos dias: y finalmente les encareciò el asalto de la Insula, y el miedo de Sancho, y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Después de esto cuenta la historia; que se llegó el dia de la batalla aplaçada, y aviendo el Duque vna, y muy muchas vezes advertido à su lacayo Tosilos como se avia de avenir con Don Quixote para vencerle, sin matarle, ni herirle, ordenò, que se quitassen los hierros à las lanças, diziendo à Don Quixote, que no permitia la Christianidad, de que èl se preciava, que aquella batalla fuesse con tãto riesgo, y peligro de las vidas, y que se contentasse con que le dava campo franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del Santo Concilio, que prohíbe los tales desafíos, y no qui-



quisi esse llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. Don Quixote dixo, que su Excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como mas fuesse servido, que el le obedeceria en todo. Llegado pues, el temeroso dia, y aviendo mandado el Duque, que delante de la plaza del castillo se hiziesse vn espacio cadahalfo, donde estuviesen los juezes del Campo, y las dueñas, madre, y hija, demandantes. Avia acudido de todos los Lugares, y Aldeas circunvezinas infinita gente à ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal avian visto, ni oido dezir en aquella tierra los que vivian, ni los que avian muerto: el primero que entrò en el Campo, y estacada fue el Maestro de las ceremonias, que tanteò el Campo, y le passè todo, porque en él no huviesse algun engaño, ni cosa encubierta, donde se tropeçasse, y cayesse: luego entraron las dueñas, y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos, y aun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente D. Quixote en la estacada. De allí à poco, acompañado de muchas trompetas, assomò por vna parte de la plaza, sobre vn poderoso cavallo, hundiendola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera, y todo encambornado con vnas fuertes, y luzientes

armas; el cavallo mostrava ser frion, ancho, y de color Tordillo, de cada mano, y pie le pendia vna arroba de lana. Venia el valeroso combatiente bien informado del Duque su señor, de como se avia de portar con el valeroso Don Quixote de la Mancha; advertido, que en ninguna manera le mataste, sino que procurasse huir en el primer encuentro, por escusar el peligro de su muerte, que estava cierto, si de lleno en lleno le encontrasse. Passee la plaza, y llegando donde las dueñas estavan, se puso algun tanto à mirar à la que por el poso le pedia, llamo el Maeste de Campo à Don Quixote, que yà se avia presentado en la plaza, y junto cò Tosilos hablò à las dueñas, preguntandolas, si consentian que bolviesse por su derecho Don Quixote de la Mancha. Ellas dixeron que si, y que todo lo que en aquel caso hiziesse, lo davan por bienhecho, por firme, y por valedero. Yà en este tiempo estavan el Duque, y la Duquesa, puestos en vna galeria, que caia sobre la estacada, toda la qual estava coronada de infinita gente, que esperava ver el riguroso trance, nunca visto. Fue condicion de los combatiètes, que si Don Quixote vencia su contrario, se avia de casar con la hija de Doña Rodriguez, y si el fuesse vencido, quedava libre su contendor de la palabra que



le le pedia sin dar otra satisfacion alguna. Partiòles el Maestro de las ceremonias el Sol, y puso à los dos cada vno en el puesto donde avian de estar. Sonaron los atambores, llevó el ayre el son de las trompetas, temblava debaxo de los pies la tierra, estaban suspensos los coraçones de la mirãte turba, temiendo vnos, y esperando otros el bueno, ó mal suceso de aquel caso. Finalmente, D. Quixote, encomendandose de todo su coraçon à Dios Nuestro Señor, y à señora Dulcinea del Toboso, estava aguardando que se le diese señal precissa de la arremetida; empero nuestro lacayo tenia diferētes pensamientos: no pensava èl, sino en lo que agora dire. Parece ser, que quando estuvo mirando à su enemiga, le pareció la mas hermosa muger, que avia visto en toda su vida, y el niño cegueçuelo, à quien suelen llamar de ordinario amor por estas calles, no quiso perder la ocasion que se le ofrecio de triunfar de vna alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos; y assi llegandose à èl bonitamente, sin que nadie le viesse, le embaso al pobre lacayo vna flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le passo el coraçon de parte à parte: y pudo hazer bien al seguro, porque el amor es invisible, y entra, y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus he-

chos. Digo, pues, que quando dieron la señal de la arremetida estava nuestro lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que ya avia hecho señora de su libertad, y assi no atedió al son de la trompeta, como lo hizo Don Quixote, que apenas li hubo oido, quando arremetiò à todo el correr que permitia Rozinãte, partiò cõtra su enemigo, y viendole partir su buen escudero Sancho, dixo à grandes voces: Dios te guie, nata, y flor de los Andantes Cavalleros; Dios te de la victoria, pues llevas razon de tu parte. Y aunque Tosilos vió venir contra si à Don Quixote, no se movió vn passo de su puesto; antes con grandes voces llamó al Maesse de Campo, el qual venido à ver lo que queria, le dixo: Señor, esta batalla no se haze porque yo me case, ó no me case con aquella señora? Assi es le fue respondido. Pues yo, dixo el lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondria la en gran cargo, si passasse adelante en esta batalla; y assi digo, que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora. Quedò admirado el Maesse de Campo de las razones de Tosilos, y como era vno de los sabidores de la maquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detuvo se Don Quixote en en la mitad de su carrera, viendo que su enemigo no le acom-



metia. El Duque no sabia la ocasion por que no se passava adelante en la batalla; pero el Maefte de Campo le fue à declarar lo que Tosilos dezia de lo q̄ quedò suspenso, y colerico en estremo. En tanto que esto passava, Tosilos se llegó a donde Doña Rodriguez estava, y dixo à grandes voces: Yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcançar por pleitos, ni contiendas lo que puedo alcançar por paz, y sin peligro de la muerte. Oyò esto el valeroso Don Quixote, y dixo: Pues esto así es, yo quedo libre, y suelto de mi promessa; casense en hora buena, y pues Dios Nuestro Señor se la dió, San Pedro se la bendiga. El Duque aviabaxado à la plaça del Castillo, y llegando se a Tosilos, le dixo: Es verdad, Cavallero, que os dais por vencido, y que instigado de vuestra temerosa conciencia os quereis casar con esta doncella? Si señor, respondió Tosilos. El haze muy bien, dixo à esta sazón Sancho Páça; porque lo que has de dar al mur, dalo al gato, y sacarteha de cuidado. Ibase Tosilos desenlaçando la celada, y rogava que apriessa le ayudassen, porque le iban faltando los espiritus del aliento, y no podia verse encerrado tanto tiempo en la estrechez de aquel aposento. Quitaronse la apriessa, y quedò descubierta, y patente su rostro del lacayo. Viendo

lo qual Doña Rodriguez, y su hija, dando grandes voces, dixeron: Este es engaño, engaño es este; à Tosilos el lacayo del Duque mi señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo. Justicia de Dios, y del Rey de tanta malicia, por no dezir vellaqueria! No vos acuiteis, señoras, dixo Don Quixote, que ni esta es malicia, ni es vellaqueria; y si la es, no ha sido la causa el Duque, sino los malos encantadores que me persiguen, losquales embidiosos de q̄ yo alcãçasse la gloria deste vécimieto, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de este que dezis que es lacayo del Duque; tomad mi consejo, y à pesar de la malicia de mis enemigos, casaos cõ el, que sin duda es el mismo que vos deseais alcãçar por esposo. El Duque que esto oyò, estuvo por romper en risa toda su colera, y dixo: Son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor Don Quixote, que estoy por creer, que este mi lacayo no lo es, pero vsemos deste ardid, y maña, dilatemos el casamiento quinze dias, si quieren, y tengamos encerrado à este personaje, que nos tiene dudolos, en los quales podria ser que bolviessè à su pristina figura, que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al señor D. Quixote, y mas yendoles tan poco en vtar estos embelecicos, y transformaciones.



O señor: dixo Sancho, que ya tienen estos malandrines por vfo, y costumbre de mudar las cosas de vnas en otras, que tocá à mi amo, vn Cavallero que venció los dias passados, llamado el de los Espejos, le bolvió en la figura del Bachiller Sanson Carrasco, natural de nuestro pueblo, y grãde amigo nuestro, y à mi señora Dulcinea del Toboso la han buuelto en vna rustica labradora, y así imagino, que estelacayo ha de morir, y vivir lacayo todos los dias de su vida. A lo que dixo la hija de Rodriguez: Sease quien fuere este q̄ me pide por esposa (que yo se lo agradezco) que mas quiero ser muger legitima de vn lacayo, que no amiga, y burlada de vn Cavallero, ~~papo~~, que el que à mi me burlò no lo es. En resolucion, todos estos quẽtos, y sucesos pararon, en que Tosilos se recogiesse, hasta ver en quẽ parava su transformacion; aclamaron todos la victoria por Don Quixote, y los mas quedaron tristes, y melancolicos de ver que no se avian hecho pedaços los tan esperados combatientes, bien así como los muchachos quedan tristes, quando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado, o la parte, ò la justicia. Fuese la gente, bolvieronse el Duque, y Don Quixote al Castillo; encerraron à Tosilos, que daron Doña Rodriguez, y su

hija contentissimas de ver, quẽ por vna via, ò por otra aquel caso avia de parár en casamiento, y Tosilos no esperaba menos.

**CAP. LVII.** *Que trata de como Don Quixote se despidió del Duque, y de lo que le sucedió con la discreta, y desembuelta Altisidora, doncella de la Duquesa.*

**Y**A le pareció à Don Quixote, que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillotenía, que se imaginava ser grande la falta que su persona hazia endexarse estár encerrado, y perezoso entre los infinitos regalos, y deleites, que como Cavallero andante aquellos señores le hazian, y parecia, que avia de dar cuenta estrecha al Cielo de aquella ociosidad, y encerramiento, y así pidió vn dia licencia à los Duques para partirse: dieron-sela con muestras de que en gran manera les pesava de que los dexasse. Dió la Duquesa las cartas de su muger à Sancho Pança, el qual lloró con ellas, y dixo: Quien pensara, que esperanças tan grandes como las que en el pecho de mi muger Teresa Pança engendraron las nuevas de mi Gobierno, avian de parár en bolverme yo agora à las arrastradas aventuras de mi

*Quito #*



mi amo Don Quixote de la Mancha? Con todo esto me contento de ver, que mi Teresa correspondió à ser quien es, embiando las bellotas à la Duquesa, que à no averse las embiado, quedando yo pesaroso se mostrara ella desagradecida: lo que me consuela es, que à esta dadora no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenia yo el Gobierno quando ella las embió: y està puesto en razon, que los que reciben algun beneficio, aunque sea con nãerias se muestren agradecidos. Enefeto, yo entrè desnudo en el Gobierno, y salgo desnudo de él; y así podre dezir con segura conciencia, que no es poco: desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano. Esto passava entre si Sancho el dia de la partida, y saliendo Don

Quixote, aviendose despedido la noche antes de los Duques, vna mañana se presentò armado en la plaza del Castillo; miravanle de los corredores toda la gente del Castillo, y así mismo los Duques salieron à verle. Estava Sancho sobre su ruzio con sus alforjas, maleta, y repuesto contentissimo; porque el Mayordomo de el Duque, el que fue de la Trifaldi, le avia dado vn bolsico con dozientos escudos de oro, para suplir los menesteres de el camino, y esto aun no lo sabia Don Quixote. Estando, como queda dicho, mirandole todos, à deshora entre las otras dueñas, y doncellas de la Duquesa, que le miravan, alçò la voz la desembuelta, y discreta Altisidora, y en son lastimero dixo:

**E**scucha mal Cavallero,  
 Deten vn poco las riendas,  
 No fatigues las hijadas  
 De tu mal regida bestia.  
 Mira falso que no huyas  
 De alguna serpiente fiera,  
 Sino de vna corderilla,  
 Que està muy lexos de oveja.  
 Tu has borrado, monstruo horrendo,  
 La mas hermosa doncella,  
 Que Diana viò en sus montes,  
 Que Venus mirò en sus selvas.  
 Cruel Vireno, fugitivo Eneas,  
 Barrabàs te acompañe, allà te avengas!



Tu llevas (llevar impio)  
 En las garras de tus cèrras  
 Las entrañas de vna humilde,  
 Como enamorada tierna.  
 Llevaste tres tocadores,  
 Y vnas ligas de vnas piernas,  
 Que al marmol puro se igualan  
 En lisas, blancas, y negras.  
 Llevaste dos mil suspiros,  
 Que à ser de fuego, pudieran  
 Abrasar à dos mil Troyas,  
 Si dos mil Troyas huviera.  
 Cruel Vireno, fugitivo Eneas,  
 Barrabàs te acompañe, allà te avengas.

Deesse Sancho tu escudero,  
 Las entrañas sean tan cercas,  
 Y tanduras, que no salga  
 De su encanto Dulcinea.  
 De la culpa que tu tienes,  
 Lleve la triste la pena,  
 Que justos por pecadores,  
 Tal vez pagan en mi tierra.  
 Tus mas finas aventuras  
 En desventuras se buelvan,  
 En sueño tus passatiempos,  
 En olvido tus firmezas.  
 Cruel Vireno, fugitivo Eneas,  
 Barrabàs te acompañe, allà te avengas.

Seas tenido por falso,  
 Desde Sevilla à Marchena,  
 Desde Granada hasta Loja,  
 De Londres à Inglaterra.  
 Si jugares al Reynado,  
 Los cientos, ò la primera;  
 Los Reyes huyan de ti,  
 Ase, ni fieres no veas.  
 Si te cortares los callos,  
 Sangre las heridas viertan,



Y quedente los raigones,  
 Si te sacares las muelas.  
 Cruel Vireno, fugitivo Eneas,  
 Barrabàs te acompañe, allà te avengas.

En tanto que de la suerte que se ha dicho se quexava la lastimada Altifidora, la estuvo mirando Don Quixote, y sin responderla palabra, bolviendo el rostro à Sancho, le dixo: Por el siglo de tus passados, Sancho mio, te conjuro que me digas vna verdad: dime, llevas por ventura los tres tocadores, y las ligas que esta enamorada doncella dize? A lo que Sancho respondió: Los tres tocadores si llevo; pero las ligas, como por los cerros de Vbeda. Quedo la Duquesa admirada de la desemboltura de Altifidora, que aunque la tenia por atrevida, graciosa, y desembuelta, no en grado que se atreviera à semejantes desembolturas: y como no estava advertida de esta burla, creció mas su admiracion. El Duque quiso reforçar el donaire, y dixo: No me parece bien, señor Cavallero, que aviendo recibido en este mi Castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os ayais atrevido à llevaros tres tocadores por lo menos, si por lo mas las ligas de mi dōcella, indicios son de mal pecho, y muestras que no corresponden à vuestra fama, bolvedle las ligas, sino yo os desafio à mortal batalla, sin tener temor,

que malandrines encantadores me buelvan, ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos mi lacayo, el que entrò con vos en batalla. No quiera Dios, respondió Don Quixote, que yo desembaine mi espada contra vuestra ilustrissima persona, de quien tantas mercedes he recibido: los tocadores bolverè; porque dize Sancho, que los tiene: las ligas es imposible; porque ni yo las he recibido, ni él tampoco; y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, à buen seguro que las hallè: yo, señor Duque, jamás he sido ladron, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me dexè de su mano. Esta doncella habla (como ella dize) como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa; y así no tengo de que pedirle perdon, ni à ella, ni à vuestra Excelencia, à quien suplico me tenga en mejor opinion, y me dè de nuevo licencia para seguir mi camino. Deosle Dios tan bueno, dixo la Duquesa, señor Don Quixote, que siempre oygamos buenas nuevas de vuestras fechuras, y andad con Dios, que mientras mas os deteneis, mas aumentais el fuego en los pechos de las doncellas que os miran, y à



la mia yola castigarè de modo, que de aqui adelante no se desmande con la vista, ni con las palabras. Vna no mas quiero que me escuches, ò valeroso D. Quixote, dixo entonces Altifidora, y es, que te pido perdon del iatrocinio de las ligas, porq̃ en Dios, y en mi anima que las tengo puestas, y he caido en el descuido del que yendo sobre el asno, le buscava. No lo dixe yo, dixo Sancho, bonico soy yo para encubrir hartos, pues à quererlos hazer, de paleta me avia venido la ocasiõ en mi Govierno. Abaxõ la cabeça Don Quixote, y hizo reverencia à los Duques, y à todos los circunstantes, y bolviendo las riendas à Rozinante, siguiendole Sancho sobre el ruzio, se saliõ del castillo, endereçando su camino à Zaragoza.

**CAP. LVIII** *Que trata de como menudearon sobre D. Quixote aventuras tantas que no se davan vagar unas à otras.*

**Q**uando D. Quixote se viõ en la campana rasa, libre, y desembaraçado de los requiebros de Altifidora, le pareciõ que estava en su centro, y que los espíritus se le renovavan para proseguir de nuevo el assunto de sus Cavallerias, y bolviendose à Sancho, le dixo:

La libertad, Sancho, es vno de los mas preciosos dones que à los hombres dieron los Cielos: con ella no pueden igualarse tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, assi como por la honra, se puede, y deve aventurar la vida, y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir à los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dexamos hemos tenido, pues en mitad de aquellos banquetes sazoados, y de aquellas bebidas de nieve, me parecia à mi que estava metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozava con la libertad que lo gozara si fueran mios, que las obligaciones de las recompensas de los beneficios, y mercedes recibidas, son ataduras que no dexan campear al animo libre. Venturoso aquel à quien el Cielo diõ vn pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo à otro que al mismo Cielo. Con todo esso, dixo Sancho, que vuestra merced, me ha dicho, no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte; dozientos escudos de oro, que en vna bolsilla me dio el Mayordomo del Duque, que como pidima, y confortativo la llevo puesta sobre el coraçon, para lo que se ofreciere, que no siempre hemos de ha-



llar castillos donde nos regalen, que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen. En estos, y otros razonamientos iban los andantes Cavallero; y escudero, quando vieron, aviendo andado pocas mas de vna legua, q̄ encima de la yerva de vn pradillo verde, encima de sus capas estavan comiendo hasta vna dozena de hombres, vestidos de labradores: junto à si tenian vnas como sabanas blancas, con que cubrian alguna cosa que debaxo estava; estavan empuñadas, y tendidas, y de trecho à trecho puertas. Llegò Don Quixote à los que comian, y saludandoles primero cortésmente, les preguntò, que què era lo que aquellos lienzos cubria: vno dellos le respondió: Señor, debaxo de estos lienzos estàn vnas imagenes de relieve, y entabladura, que han de servir en vn retablo que hazemos en nuestra Aldea, llevamoslas cubiertas, porque no se desfloren, y en ombros, porque no se quiebren. Si sois servidos, respondió Don Quixote, holgaria de verlas, pues imagenes que con tanto recato se llevan, sin duda deven de ser buenas. Y como que lo son, dixo otro, sino digalo lo que cuesta, que en verdad que no ay ninguna que no esté en mas de cinquenta ducados, y porque vea vuestra merced esta verdad, espere vuestra merced, y verla ha por vista

de ojos, y levantandose dexò de comer, y fue à quitar la cubierta de la primera imagen, que mostrò ser la de S. Iorge, puesto à cavallo, con vna serpiente enroscada à los pies, y la lança atravesada por la boca, cõ la fiereza q̄ fuele pintarse: toda la imagé parecia vna asqua de oro, como fuele dezirse. Viédola D. Quixote, dixo: Este Cavallero fue vno de los mejores Andantes q̄ tuvo la milicia divina: llámole D. San Iorge, y fue además defensor de doncellas. Veamos esta otra, descubrióla el hombre, y pareció ser la de San Martin, puesto à cavallo, q̄ partia la capa con el pobre, y apenas la hubo visto Don Quixote, quando dixo: Este Cavallero también fue de los aventureros Christianos, y creo que fue mas liberal, que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que esta partiendo la capa con el pobre, y le dà la mitad, y sin duda devia de ser entonces Invierno, que si no èl se la diera toda, segun era de caritativo. No devió de ser ello, dixo Sancho, sino que se devió de atener al retrán que dizen: Que para dar, y tener, se so es menester. Riòse Don Quixote, y pidió, que quitasen otro lienço, debaxo de el qual se descubrió la imagen del Patron de las Españas à cavallo, la espada ensangrentada, atropellando Moros, y pisando cabeças; y en viéndola, dixo Don

Qui-



Quixote: Este si que es Cavallero, y de las esquadras de Christo, este le llama, don san Diego, mata Moros, vno de los mas valientes Santos, y Cavalleros que tuvo el mundo, y tiene agora el Cielo. Luego descubrieron otro lienço, y pareció que encubria la caída de S. Pablo del cavallo abaxo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversion suelen pintarse: quando le vido tan alvivo, que dixeran, que Christo le hablava, y Pablo respondia: Este (dixo D. Quixote) fue el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defensor fuyo que tendrá jamás, Cavallero andante por la vida, y fante à pie quedo por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, Doctor de las gentes, à quien sirvieron de escuelas los Cielos, y de Catedratico, y Maestro que le enseñasse el mismo Jesu Christo. No auia mas imagenes, y así mandò D. Quixote, que las bolviessen à cubrir, y dixo a los que las llevavan: Por buen agüero he tenido, hermanos, aver visto lo que he visto, porque estos Santos, y Cavalleros professaron lo que yo professo, que es el exercicio de las armas, si no que la diferencia que ay entre mi, y ellos, es, que ellos fueron Santos, y pelearon à lo divino, y yo soy peccador, y peleo à lo huma-

no. Estos conquistaron el Cielo à fuerza de braços (y porque el Cielo padece fuerza) y yo hasta agora no sé lo que conquisto à fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorandose mi ventura, y adobandose me el juicio, podia ser que encaminasse mis passos por mejor camino del que lleuo: Dios lo oiga, y el peccado sea soido, dixo Sancho à esta ocasion. Admiraronse los hombres, así de la figura, como de las razones de Don Quixote, sin entender la mitad de lo que en ellas dezir queria. Acabaron de comer, cargaron con sus imagenes, y despidiendose de Don Quixote, siguieron su viage. Quedò Sancho de nuevo, como si jamás huviera conocido à su señor, admirado de lo que sabia, pareciendole, que no devia de aver historia en el mundo, ni suceso, que no lo tuviesse cifrado en la viña, y clavado en la memoria, y dixole: En verdad, señor nuestro, que si esto nos ha sucedido oy, se puede llamar aventura, ella ha sido de las mas suaves, y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinacion nos ha sucedido: della ave-mos salido sin palos, y sobre salto alguno, ni hemos echado mano à las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos, bendito sea Dios que tal me ha de-



xado ver con mis propios ojos. Tu dizes bien, Sancho, dixo Don Quixote; pero has de advertir, que no todos los tiempos son vnos, ni corren de vna misma suerte: y esto que el vulgo suele llamar comunmente agueros, que no se fundan sobre natural razon alguna: del que es discreto han de ser tenidos, y juzgar por buenos acontecimientos. Levantase vno de estos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con vn Fraile de la Orden del Bienaventurado San Francisco, y como si huviera encōtrado con vn grito buelve las espaldas, y buelve-se a su casa. Derramasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derramasele à él la melancolia por el coraçon, como si estuviesse obligada la naturaleza à dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas. El discreto, y Christiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hazer el Cielo. Llega Cipion à Africa, tropieça en saltando en tierra, tiennelo por mal aguero sus soldados; pero èl abraçandose con el suelo, dixo: No te me podrás huir à Africa, porque te tengo asida, y entre mis brazos. Afsi que, Sancho, el aver encontrado con estas imagenes, ha sido para mi felicissimo acontecimiento. Yo así lo creo, respondió Sancho, y querria que vuestra merced

me dixesse, qué es la causa porque dizen los Españoles, quando quieren dar alguna batalla, invocando aquel S. Diego mata Moros, Santiago. y cierra España? Està por ventura España abierta, y de modo q̄ es menester cerrarla, ó qué ceremonia es esta? Simplicissimo eres, Sancho, respondió Don Quixote, y mira, que este gran Cavallero de la Cruz bermeja, ha sido dado Dios à España por Patron, y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los Moros los Españoles han tenido, y afsi le invocan y llaman, como à defensor suyo en todas las batallas que acometen, y muchas vezes le han visto visiblemente en ellas, derribando, atropellando, destruyendo, y matando los Agarenos esquadrones: y desta verdad te pudiera traer muchos exēplos, que en las verdaderas historias Españolas se cuentan. Mudò Sācho platica, y dixo à su amo: Maravillado estoy, señor, de la desemboltura de Altifidora, la doncella de la Duquesa; bravamente la deve de tener herida, y traspasada aquel que llaman Amor, que dizen que es vn rapaz cegueguelo, que con estar lagaño o, ó por mejor dezir sin vista, si toma por blanco vn coraçon, por pequeño que sea, le acierta, y traspasa de parte a parte con sus flechàs. He oido dezir tambien, que en la ver-



guença, y recito de las doncellas, se despuntan, y embotan las amorosas saetas, pero en esta Altifidora mas parece que se aguçan, que despuntan. Advierte Sancho, dixo Don Quixote, que el amor, ni mira respetos, ni guarda terminos de razon en sus discursos; y tiene la misma condicion que la muerte, que assi à comete los altos Alcaçares de los Reyes, como las humildes choças de los pastores, y quãdo toma entera posesion de vna alma, lo primero que haze es quitarle el temor, y la vergüença, y assi sin ella declaró Altifidora sus deseos, que engendraron en mi pecho antes cõfusiõ, que lastima. Crueldad notoria, dixo Sancho, de agradecimiento inaudito; yo de mi sè dezir, que me rindiera, y avassallara la mas minima razõ amorosa suya: hi de puta, y que coraçõ de marmol, que entrañas de bronce, y que alma de argamassa; pero no puedo pensar què es lo que viõ esta doncella en v. m. que assi la rindiesse, y avassallasse, que gala, que brio, que donayre, que rostro, que cada cosa de por sí destas, o todas jũtas le enamoraron? q̃ en verdad, en verdad, q̃ muchas vezes me paro à mirar a v. m. desde la punta del pie, hasta el vltimo cabello de la cabeça, y que veo mas cosas para espantar, que para enamora: y aviendo yo tambien oido dezir, que la hermo-

surà es la primera, y principal parte que enamora, no teniendo v. m. ninguna, no sè yo de què se enamorò la pobre. Advierte Sancho, respondió Don Quixote, que ay dos maneras de hermosura, vna del alma, y otra del cuerpo: la del alma càpea, y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad, y en la buena criança, y todas estas partes caben, y pueden estar en vn hombre feo, y quãdo se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, se elen hazer al amor con irpetu, y con ventajas: yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero tambien conozco que no soy y disforme; y bastale à vn hombre de bien no ser mōstro para ser bien querido, como tengo los dotes del alma, que te he dicho. En estas razones, y platicas se iban entrando por vna selva que fuera del camino estava, y à deshora, sin pensar en ello, se hallò Don Quixote enredado entre vnas redes de hilo verde, que desde vnos arboles à otros estavan tendidas, y sin poder imaginar què pudiesse ser aquello, dixo à Sancho: Pareceme, Sancho, que esto destas redes deve de ser vna de las mas nuevas aventuras que pueda imaginar, que me maten si los encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas, y detener mi camino, como en



vengança de la riguridad que con Altifidora he tenido: pues mandoles yo, que aunque estas redes, si como son hechas de hilo verde, fueran de durísimos diamantes, ó mas fuertes que aquella con que el zeloso Dios de los herreros en redò à Venus, y à Marte, así la rompiera como si fueran de juncos marinos, ú de hilachas de algodón: y queriendo passar adelante, y rò perlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre vnos arboles, dos hermosísimas pastoras, a lo menos vestidas como pastoras, sino que los pellicos, y sayas erã de fino brocado: digo, que las sayas eran riquísimos faldelines de tabi de oro; traian los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podian cõpetir cõ los rayos del mismo Sol; los quales se coronavan cõ dos guirnaldas de verde laurel, y de rojo amaranto texidas: la edad, al parecer, ni baxava de los quinze, ni passava de los diez, y ocho: vista fue esta q̄ admirò à Sancho, suspendiò à D. Quixote, hizo parar al Sol en su carrera para verla, y tuvo en maravilloso silencio à todos quantos: en fin quien primero habló fue vna de las dos çagalas, q̄ dixo à D. Quixote: Detened señor Cavallero el passo, y no rompais las redes, que no para daño vuestro, sino para nuestro passatiempo ai estãntedidas: y porque se que nos aveis de pre-

guntar, para que se han puesto, quien somos, os lo quiero dezir en breves palabras: En vna Aldea que està hasta dos leguas de aqui, donde ay mucha gente principal, y muchos hidalgos, y ricos, entre muchos amigos, y parientes se concertò con que sus hijos, mugeres, y hijas, vezinos, amigos, y parientes, nos viessemos à holgar à este sitio, q̄ es vno de los mas agradables de todos estos contornos, formando entre todos vna nueva, y pastoril Arcadia, vistiendonos las donzellas de çagalas, y los mancebos de pastores; traemos estudiadas dos Eglogas, vna del famoso Poeta Garcilaso; y otra del excelentísimo Camoes, en su misma lègua Portuguesa; las quales hasta aora no hemos representado, ayer fue el orimero dia que aqui llegamos, tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, q̄ dizen se llaman de campaña, en el margé de vn abudoso arroyo, que todos estos prados fertiliza, tedimos la noche passada estas redes de estos arboles, para engañar los simples paxarillos, que ojeados con nuestro ruido vinierẽ à dar en ellas, si gustais, señor, de ser nuestro huesped, se reis hagafajado liberal, y cortèsmente, porque por aora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre, ni la melancolia, callò, y no dixo mas. A lo que respondió D. Quixote: Por cierto, hermosísima señora, q̄



no devió de quedar mas suspenfo, ni admirado Anteon, quando vió al improviso bañarse en las aguas à Diana, como yo he quedado atonito en ver vuestra belleza: alabo el assumpto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco, y si os puedo servir cō seguridad de ser obedecida, me lo podeis mandar; porque no es esta la profesion mia, sino de mostrar me agradecido, y buen hechor con todo genero de gente: en especial cō la principal que vuestras personas representa; y si como estas redes, que deven de ocupar algun pequeño espacio, ocupará toda la redondez de la tierra, buicara yo nuevos mundos por do passar, sin romperlas. Y porque deis algun credito à esta exageración, ved que os lo promete por lo menos D. Quixote de la Mancha, si es que ha llegado à vuestros oídos este nombre. Ay amiga de mi alma, dixo entōces la otra çagala, y què ventura tan grãde nos ha sucedido. Vès este señor que tenemos delãte; pues hagote saber que es el mas valiente, y el mas enamorado, y el mas comedido que tiene el mundo, sino que nos mienta, y nos engañe vna historia que de sus hazas anda impresa, y yo he leído; yo apostarè q̄ este buen hombre que viene conmigo es vn tal Sancho Pança su escudero, à cuyas gracias no ay ningunas que

se le iguallen. Así es la verdad, dixo Sancho, que yo soy esse gracioso, y esse escudero que v. m. dize: y esse señor es mi amo, el mismo D. Quixote de la Mancha, historiado, y referido. Ay, dixo la otra, supliquemosle amiga, que se quede, que nuestros padres, y nuestros hermanos gustaran infinito dello, que también he oido yo dezir de su valor, y de sus gracias es lo mismo que tu me has dicho, y sobre todo dizē del, que es el mas firme, y mas leal enamorado q̄ se sabe, y que su dama es vna tal Dulcinea del Toboso, a quien en toda España la dãn la palma de la hermosura. Con razón se la dãn, dixo D. Quixote, si yã no lo pone en duda vuestra singular belleza: no os cançeis señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesion no me dexan reposar en ningun cabo. Llegó en esto à dōde los quatro estauan vn hermano de vna de las dos pastoras, vestido asimismo de pastor, cō las riquezas, y galas que a las de las çagalas correspondia, cōtaronle ellas, que el que con ellas estava era el valeroso D. Quixote de la Mancha, y el otro su escudero Sancho, de quien tenia èl yã noticia, por auer leído su historia. Ofreciósele el gallardo pastor, pidióle que se viniese cō èl a susriendas: huvolo de conceder D. Quixote, y así lo hizo. Llegó en esto el ojeo, lle-



narónse las redes de paxarillos diferentes, que engañados de la color de las redes, caían en el peligro de q̄ iban huyendo, juntáronse en aquel sitio mas de treinta personas, todas bizarramente de pastores, y pastoras vestidas, y en vn instante quedaron enteradas de quienes eran D. Quixote, y su escudero, de que no poco contento recibierō, porque ya tenían del noticia por su historia. Acudieron à las tiendas, hallarō las mesas puestas, ricas, abundantes, y limpias, honrarō à D. Quixote dándole el primer lugar en ellas, miravāle todo, y admiravanse de verle. Finalmente alçados los manteles, cō gran reposo alçò D. Quixote la voz, y dixo: Entre los pecados mayores q̄ los hombres cometen (aunque algunos dizen, q̄ es la soberbia) yo digo, que es el desagrado, ateniendome à lo que se le dezir se: que de los desagrados està lleno el infierno. Este pecado, en quāto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razon, y fino puedo pagar las buenas obras que me hazen, con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hazerlas, y quando estos no bastā, las publico, porque quiē dize, y publica las buenas obras que recibe, tambien las recompensara, si pudiera, porque por la mayor parte, los que reciben son inferiores à los q̄ dan; y así es Dios.

sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dadivas del hombre à las de Dios con igualdad, por infinita distancia, y esta estrechez, y cortedad, en cierto modo la suple el agradecimiento. Yo, pues, agradecido à la merced que aqui se me ha hecho, no pudiendo corresponder a la misma medida, cōteniendome en los estrechos limites de mi poderio, ofrezco lo que puedo, y lo que tengo de mi cosecha, y así digo, que sustentare dos dias naturales en mitad de esse camino Real que va à Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas que aqui estā, son las mas hermosas doncellas, y mas corteses que ay en el mundo, exceptada solo à la sin par Dulcinea del Toboso, vnica señora de mis pensamientos, con paz sea dicho de quantos, y quantas me escuchan. Oyendo lo qual Sancho, que con grande atencion le auia estado escuchando, dando vna gran voz, dixo: Es posible que aya en el mundo personas que se atrevan à dezir, y à jurar, que este mi señor es loco: digan vuestras mercedes; señores pastores, ay Cura de Aldea, por discreto, y por estudiante que sea, que pueda dezir lo que mi amo ha dicho, ni ay Cavallero Andante, por mas fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo



aquí ha ofrecido. Bolvióse Don Quixote à Sancho, y encédido el rostro, y colerico, le dixo: Es posible, ó Sãcho, que aya en todo el Orbe alguna persona que diga, que no eres tóto aforrado de lo mismo, con no sé que ribetes de malicioso, y de bellaco? Quié te mete à ti en mis cosas, y en averiguar si soy discreto, ó majadero? Calla, y no me repliques, sino en silla, si está defendido Rozinante, vamos à poner en efecto mi ofrecimiento, que con la razon que va de mi parte puedes dar por vencidos à todos quantos quifieren contradézirla: y con gran furia, y muestras de enojo, se levantó de la silla dexãdo admirados à los circunstantes, haziendoles duda si le podian tener por loco, ó por cuerdo: finalmente aviendole persuadido, que no se pudiesse en tal demanda, que ellos davan por biē conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demonstraciones para conocer su animo valeroso, pues bastavan las que en la historia de sus hechos se referian. Con todo esto salió Don Quixote con su intencion, y puesto sobre Rozinante, embracando su escudo, y tomando su lança se puso en mitad de vn real camino, que no lexos del verde prado estava; siguióle Sancho sobre su ruzio, con toda la gente del pastoral rebaxo, deseosos de ver en qué parava su

arrogante, y nunca visto ofrecimiento. Puesto, pues, D. Quixote en mitad del camino (como os he dicho) hirió el ayre cō semejantes palabras: O vos otros pasajeros, y viandantes Cavalleros, escuderos, gente de à pie, y de cauallo, que por este camino passais, ó aveis de passar en estos dias siguientes, sabed, que D. Quixote de la Mancha, Cavallero Andante, está aquí puesto para defender, que à todas las hermosuras, y cortesias del mundo exceden las que se encierran en las niñas, habitadoras de estos prados, y boiques, dexando à vn lado à la señora de mi alma Dulcinea del Toboso; por esso, el que fuere de parecer contrario, acuda, que aquí le espero: dos vezes repitió estas mismas razones, y dos vezes no fueron oidas de nign Aventurero; pero la fuerte que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que de allí à poco se descubriessē por el camino muchedumbre de hombres de à cavallo, y muchos de ellos con lanças en las manos, caminando todos apiñados de tropel, y à gran priesa: no los huvieron bien visto los que cō D. Quixote estava, quando bolviendo las espaldas se apartarō bien lexos del camino, porque conocieron, que si esperavan, les podia suceder algun peligro: solo D. Quixote con intrepido coraçon se estuvo quedo, y Sancho



cho Pança se escudò con las ancas de Rozinante. Llegò el tropel de los lanceros, y vno dellos que venia mas adelante, à grandes voces comègo a dezir à D. Quixote: Apartate hombre del diablo del camino, que te harã pedazos estos toros. Ea canalla, respondió D. Quixote, para mi no ay toros que valgan, aunque sean los mas bravos q̄ cria Xarama en sus riberas; confessad, malandrines, así à carga cerrada, que es verdad lo que yo aqui he publicado, sino conmigo sois en batalla. No tuvo lugar de responder el baquero, ni D. Quixote le tuvo de desviarse aunque quisiera, y así el tropel de los toros bravos, y el de los malos cabestros, con la multitud de los baqueros, y otras gentes que à encerrar los llevavan à vn Lugar, donde otro dia avian decorrerse, passaron sobre D. Quixote, y sobre Sancho, Rozinante, y el ruzio, dando cõ todos ellos entierra, echandole arrodar por el suelo. Quedò molido Sancho espantado, D. Quixote, aporreando el ruzio, y no muy catolico Rozinante; pero en fin se levantaron todos, y D. Quixote à grã prieta, tropezando aqui, y cayendo allí, començo à correr tras la bacada, diziendo à voces: Deteneos, esperad canalla malandrina, que vn solo Cavallero os espera, el qual no tiene condiçión, ni es de parecer de los que dize, que al enemigo que huye

hazerle la puente de plata, pero no por esso se detuvieron los apresurados corredores, ni hizieron mas caso de sus amenazas, que de las nubes de antaño. Detuvole el cansado à D. Quixote, y mas enojado q̄ vègado, se sentò en el camino, esperado à que Sancho, Rozinante, y el ruzio llegassen: llegaron, bolveron à subir, amo, y moço, sin bolver à despedirse de la Arcadia fingida, ó contrahecha, y cõ mas verguèça que gusto siguieron su camino.

**CAP. LIX.** *Donde se cuenta de extraordinario suceso que se puede tener por aventura, que le sucedió à Don Quixote.*

**A**L Polvo, y al cansancio que D. Quixote, y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros, socorrió vna fuente clara, y limpia, que entre vna fresca arboleda hallaron; en el margen de la qual, dexando libres, sin xaquima, y freno al ruzio, y à Rozinante, los dos asfendados, amo, y moço, se sentaron; acudiò Sãcho à la reposteria de sus alforjas, y dellas sacò de lo q̄ solia llamar cõdamio: enjuagóse la boca, lavóse D. Quixote el rostro, con cuyo refrigerio cobrarõ aliento los espiritas desalentados: no comia D. Quixote de puro pefaroso, ni Sancho no osava tocar à los manjares q̄



delante tenia de puro comedido, y esperaba a q̄ su señor hiziese la salua: pero viendo que llevado de sus imaginaciones no le acordava de llevar el pan a la boca no abrió la fuya, y atropellando por todo genero de criança, comenzó a embaular en el estomago el pan, y que lo que se le ofrecia. Come Sancho amigo, dixo Don Quixote, sustenta la vida, que mas que a mi te importa, y dexame morir a mi a manos de mis pensamientos, y a fuerza de mis desgracias: yo Sancho naci para viuir muriendo, y tu para morir comiendo: y por que veas que te digo verdad en esto, cõsiderame impreso en Historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de Principes, solicitado de doncellas; al cabo, al cabo, quãdo esperaba palmas, triunfos, y coronas, grãgeadas, y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado, y acoceado, y molido de los pies de animales inmundos, y loeces: esta consideracion me embota los dienes, entorpece las muelas, y entomece las manos, y quita de todo en toda la gana del comer: de manera, q̄ pienso dexarme morir de hambre, muerte la mas cruel de las muertes. Desta manera, dixo Sancho (sin dexar de malcar apriella) no aprobarã v. m. a quel refran que dizen, maera Marta, y maera harra: yo a lo menos

no pienso hazer como a mi mismo: antes pienso hazer como el çapatero, que tira el cuero cõ los dientes, hasta que le haze llegar donde el quiere: yo tirare mi vida comiedo, hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo: y sepa señor, que no ay mayor locura, que la que toca en querer desesperarse, coma v. m. y creame, y despues de comido echese a dormir vn poco sobre los colchones verdes destas yervas, y verã como quãdo despierte se halla mas aliviado. Hizolo assi D. Quixote, pareciendole, que las razones de Sancho mas eran de Filosofo, q̄ de mentecato, y dixole: Si tu, o Sancho quisieses hazer por mi lo que yo aora te dire, seriã mis alivios mas ciertos, y mis pesadumbres no tan grandes, y es, que mientras yo duermo, obedeciendo tus consejos, tu te desvias vn poco lexos de aqui, y con las riendas de Rozinante, echando al ayre tus carnes, te dieses trecienros, o quatrocientos açotes a buena cuenta de los tres mil y tantos açotes que te has de dar por el desencanto de Dulcinea, que es lastima no pequeña que aquella pobre señora estè encantada por tu descuido, y negligencia. Ay mucho que dezir en esto, dixo Sancho: durmamos por aora entrambos, y despues Dios dixo lo que serã. Sepa v. m. que esto de açotarse vn hombre a sangre fria, es cosa



reñía; y mas si caen los açotes sobre vn cuerpo mal sustetado, y peor comido: tenga paciencia mi señora Dulcinea, que quãdo menos se cate me verà hecho vna criva de açotes, y hasta la muerte todo es vida; quiero dezir, que aun yo la tengo junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido. Agradeciendole D. Quixote, comió algo, y Sancho mucho; y echaronle à dormir entrambos, dexando à su alvedrio, y sin orden alguna pacer de abúdoſa yerva, de que aquel prado estava lleno, à los dos continuos compañeros, y amigos, Rozinante, y el rucio. Despertaron algo tarde, bolviéron à subir, y à seguir su camino, dándose prieta para llegar à vna venta, que al parecer vna legua de alli se descubria: digo, q̄ era vna venta, porque D. Quixote la llamó assi, fuera del vſo que tenia de llamar à todas las ventas castillo. Llegaron, pues, à ella: preguntaron al huésped, si avia posada: Fueles respondido, que si, cō toda la comodidad, y regalo q̄ pudiera hallar en Zaragoza. Apearonle, y recogió Sancho su reposteria en vn aposento, de quien el huésped le dió la llave. Levó las bestias à la cavailleriza, echóles sus pienſos, salió à ver lo que D. Quixote ( que estava sentado sobre vn poyo) le mādava, dando particulares gracias al cielo de que a su amo no le huviese parecido castillo a-

quella veta. Llegóse la hora del cenar, recogieronle à su estancia. Pregunto Sancho al huésped, que què tenia para darles de cenar. A lo q̄ el huésped respondió, que su boca seria medida, y assi que pidiese lo q̄ quisiese, que de las pajaricas del ayre, de las aves de la tierra, y de los pescados del mar estava proveida aquella veta. No es menester tanto, respondió Sancho, que con vn par de pollos q̄ nos assen tendremos lo suficiente, porque mi señor es delicado, y come poco, y yo no son tragan-ton en demasia. Respondióle el huésped, que no tenia pollos, porq̄ los milanos los tenían aſolados. Pues mande el señor huésped, dixo Sancho, assar vna polla que sea tierna. Polla mi padre, respondió, en verdad que embiè ayer à la Ciudad à veder mas de 50. pero fuera de pollas, pida v. m. lo que quisiere. Dessa manera, dixo Sancho, no faltará ternera, ò cabrito. En casa por aora, respōdiò, no lo ay, porque se ha acabado, pero la semana q̄ viene lo avrà de sabra. Medrados estamos con esto, respondió Sancho; yo pondré que se vienē à resumir todas estas faltas en las sobras q̄ deve de aver de tozino, y huevos. Por Dios, respōdiò el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene: pues he dicho, que ni tengo pollas; ni gallinas, y quiere que tenga huevos? discorra, si quisie



re, por otras delicadezas, y dexese de pedir gallinas. Resolvámonos, cuerpo de mi, dixo Sancho, y digame finalmente lo que tiene, y dexese de discurremientos, señor huésped. Dixo el ventero: Lo que real, y verdaderamente tengo, son dos vñas de baca, que parecen manos de ternera, u dos manos de ternera, q parecen vñas de vaca, están cozidas con sus garvanços, cebollas, y tozino, y la hora de aora están diziendo, comeme, comeme. Por mias las marco desde aqui, dixo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagare mejor que otro, porque para ninguna otra cosa pudiera esperar de mas gusto, y no se me daria nada que fuesen manos, como fuesen vñas. Nadie las tocará, dixo el ventero, porque otros huéspedes que tengo, de puro principales traen consigo cozihero, despensero, y reposteria. Si por principales vá, dixo Sancho, ninguno mas que mi amo; pero el oficio q el trae, no permite despensas, ni botillerias; ai nos tédemos en mitad de vn prado, y nos hartamos de bellotas, u de nisperos. Esta fue la platica q Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho passar adelante en responderle, que ya le avia preguntado que oficio, o que exercicio era el de su amo. Llegose, pues, la hora del cenar, recogiose a su estancia D. Quixote, traxo el huésped la olla así

como estava, y sentose à cenar muy de proposito: parece ser, q en otro aposento que junto al de D. Quixote estava, que no le dividia mas q vn sutil tabique, oyò dezir D. Quixote: Por vida de v. m. señor D. Geronimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capitulo de la segūda parte de D. Quixote de la Mancha. A penas oyò su nombre D. Quixote, quando se puso en pie, y cõ oido alerta escuchò lo que del tratavá, y oyò, que el tal D. Geronimo referido, respodiò: Para que quiere v. m. señor D. Juan que leamos estos disparates; y el que huviere leído la primera parte de la historia de D. Quixote de la Mancha, no es posible q puede tener gusto en leer esta segūda. Con todo esto, dixo el D. Juan, sera bien leerla, pues no ay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que à mi en este mas desplace es, que pinta à D. Quixote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso. Oyendo lo qual D. Quixote, lleno de ira, y de despecho, alçò la voz, y dixo: Quien quiera que dixere que D. Quixote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar à Dulcinea del Toboso, yo le harè entender cõ armas iguales, que vá muy lejos de la verdad, porque la sinpar Dulcinea del Toboso, ni puede ser olvidada, ni en D. Quixote puede caber olvido, su blason es la firmeza, y su profesion el



guardarla cō suavidad, y sin hazerle fuerça alguna. Quien es el que nos responde? respondiò del otro aposento. Quien ha de ser, respondiò Sancho, sino el mismo D. Quixote de la Mancha, que hará bueno quanto ha dicho, y aun quanto dixere, que al buen pagador no le duelen prēdas. Apenas hubo dicho esto Sancho, quando entrarō por la puerta de su aposento dos Cavalleros, que tales lo parecian, y vno dellos echādo los braços al cuello de D. Quixote le dixo: Ni vuestra presencia puede desmētir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos señor sois el verdadero D. Quixote de la Mancha, norte, y luzero de la andante Cavalleria, à despecho, y pesar del que ha querido vsarpar vuestro nombre, y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el Autor deste libro que aqui os entrego, y poniēdole vn libro en las manos, que traia su compañero, le tomó D. Quixote, y sin responder palabra començò à hojearle, y de alli à vn poco se le bolvió, diziendo: En esto poco que he visto, he hallado tres cosas en este Autor dignas de reprehension. La primera es, algunas palabras que he leído en el prologo. La otra, que el es lenguaje Aragonès: porque talvez escribe sin articulos. Y la tercera, que mas la confirma por ig-

norante es, que yerra, y se desvia de la verdad en lo mas principal de la historia, porque aqui dize, que la muger de Sancho Pança mi escudero se llama Mari Gutierrez, y no llama tal, sino Teresa Pança; y quiē en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demás de la historia. A esto dixo Sancho: Donosa cota del Historiador, por cierto biē de estar en el cuēto de nuestros successos, pues llama a Teresa Pança mi muger Mari Gutierrez; torne a tomar el libro señor, y mire si ando yo por ai y si me ha mudado el nombre. Por lo que he oido hablar: amigo, dixo D. Geronimo, sin duda deveis de ser Sancho Pança, el escudero del señor D. Quixote. Si soy, respondiò Sancho, y me precio dello. Pues à fee, dixo el Cavallero, que no os trata este Autor con limpieça q̄ en vuestra persona se muestra: pintaos comedor, y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sācho q̄ en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe. Dios se lo perdone, dixo Sācho, dexarame en mi rincō, sin acordarse de mi, porq̄ quien las sabe las tañe, y bien se està San Pedro en Roma. Los dos Cavalleros pidieron a D. Quixote, se pasasse a su estancia à cenar con ellos, que bien sabian, que en à quella venta no avia cosas pertenecientes para su persona. Dō



Quixote que siempre fue comido, condescendió con su demanda, y cenó con ellos: quedóse Sancho con la olla con mero mixto imperio, sentóse en cabeçera de mesa, y con el ventero, que no menos que Sancho estava de sus manos, y de sus vñas aficionado. En el discurso de la cena preguntó D. Iuan à D. Quixote, qué nuevas tenia de la señora Dulcinea del Toboso, si se avia casado, si estando en su entereza, se acordava (guardando su honestidad, y buen decoro) de los amorosos pensamientos del señor D. Quixote. A lo que respondió: Dulcinea se está entera, y mis pensamientos mas firmes que nunca: las correspondencias en su fequedad antigua, su hermosura en la de vna soez labradora transformada, y luego les fue contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le avia sucedido en la cueva de Montesinos, con la orden que el sabio Merlin le avia dado, para desencantarla, que fue la de los azotes de Sancho. Sumo fue el contento que los dos Cavalleros recibierón de oír contar à D. Quixote los estranos sucesos de su Historia, y así quedaron admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contava: aquí le tenían por discreto, allí se les deslizava por mentecato, sin saber determinarse, qué grado le darian entre la discrecion, y la

locura. Acabo de cenar Sancio, y dexando hecho equis al ventero, se pasó à la estancia de su amo, y en entrando dixo: Que me maten, señores, si el Autor deste libro que vuestras mercedes tienē, quiere que no comamos buenas migas juntos, yo querria, que yà que me llaman comilon, como vuestras mercedes dizen, no me llamasse también borracho. Si llama, dixo D. Geronimo; pero no me acuerdo en qué manera, aunque se que son mal sonantes las razones, y ademas mentirosas, segun yo echo de ver en la filosofia del buen Sancho, que está presente. Créame vuestras mercedes, dixo Sancho, que el Sancho, y el D. Quixote dessa historia, devē de ser otros, que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros, mi amo valiente, discreto, y enamorado, y yo simple gracioso, y no comedor, ni borracho. Yo así lo creo, dixo D. Iuan, y si fuera posible, se avia de mandar, que ninguno fuera ofiado à tratar de las cosas del gran D. Quixote, sino fuesse Cide Hamete su primer Autor: bien así como mandó Alexandro, que ninguno fuesse ofiado a retratarle sino Apeles. Retrateme el que quisiere, dixo Don Quixote; pero no me maltrate, que muchas vezes suele caerse la paciencia, quando la cargan de injurias. Ninguna, dixo D. Iuan,



Iuan, se le puede hazer al señor D. Quixote, de quien él no se pueda vengar, sino la repara en el escudo de su paciencia, que à mi parecer es fuerte, y grande: en estas, y otras platicas se pasó gran parte de la noche, y aunque D. Iuan quisiera que D. Quixote leyera mas del libro, por ver lo que discantava, no lo pudieron acabar con él, diziendo, que él lo dava por leído, y lo confirmava por todo necio, y que no queria, si acaso llegasse à la noticia de su Autor, que le avia tenido en sus manos, se alegrasse con pensar que le avia leído, pues de las cosas obcesnas, y torpes, los pensamientos se han de apartar, quánto mas los ojos. Preguntaronle, que donde llevava determinado su viage? Respondió, que à Zaragoza à hallarse en las justas del arnés, que en aquella Ciudad suelen hazerfe todos los años. Dixo le D. Iuan, que aquella nueva historia contava, como Don Quixote, sea quien se quisiere, se avia hallado en ella en vna sortija, falta de invención, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades. Por el mismo caso, respondió D. Quixote, no pondré los pies en Zaragoza, y así sacaré à la plaza

del mundo la mētira desse Historiador moderno, y echará de ver las gētes como yo no foy el D. Quixote que él dize. Harà muy bien, dixo D. Geronimo, y otras justas ay en Barcelona, donde podrá el señor D. Quixote mostrar su valor. Así lo pienso hazer, dixo D. Quixote, y vuestras mercedes me den licencia (pues yà es hora) para irme al lecho, y me tengan, y pongã en el numero de sus mayores amigos, y servidores. Y à mi tambien, dixo Sancho, quizá serè bueno para algo. Con esto se despidieron, y Don Quixote, y Sancho se retiraron à su aposento, dexando à D. Iuan, y a D. Geronimo admirados de ver la mezcla que avia hecho en su discrecion, y de su locura, y verdaderamente creyeron, que estos eran los verdaderos D. Quixote, y Sancho, y no los que descubria su Autor Aragones. Madrugò Don Quixote, y dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes: pagó Sancho al ventero magnificamente, y aconsejóle, que alabasse menos la provisión de su venta, o la tuviese mas proveída.





## CAP. LX. De lo que sucedió à Don Quixote yendo à Barcelona.



**E**Ra fresca la mañana, y dava muestras de serlo asimismo el dia en que Don Quixote salió de la venta, informandose primero, qual era el mas derecho camino para ir à Barcelona, sin tocar en Zaragoza; tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso aquel nuevo Historiador, que tanto dezian que le vituperava. Sucedió, pues, que en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en el critura, al cabo de los quales, yendo fuera de camino, le tomó la

noche entre unas espesas encinas, ó alcornoques, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apearóse de sus bestias amo, y moço, y acomodandose a los troncos de los arboles, Sancho, que avia merendado a quel dia, se dexó entrar de rondón por las puertas del sueño; pero D. Quixote, à quié desvelavan sus imaginaciones mucho mas que la hãbre, no podia pegar sus ojos, antes iba y venia con el pensamiento por mil generos de lu-

ga-



gares: y à le parecía hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver brincar, y subir sobre supollina à la convertida en labradora Dulcinea, y à que le sonavan en los oídos las palabras del sabio Merlin, que le referian las condiciones, y diligencias, que se avian de hazer, y tener en el desencanto de Dulcinea: desesperavase de ver la floxedad, y caridad poca de Sancho su escudero, pues à lo que creía solos cinco açotes se avia dado, numero desigual, y pequeño, para los infinitos que le faltavan: y desto recibo tanta pesadumbre, y enojo, que hizo este discurso: Si nudo Gordiano cortò el Magno Alexandro, diciendo: tanto monta cortar, como desatar, y no por esto dexò de ser vniversal señor de toda la Asia, ni mas, ni menos podria suceder aora en el desencanto de Dulcinea, si yo açotasse à Sancho à pesar suyo, que si la condicion deste remedio està que Sancho reciba los tres mil, y tantos açotes, q̄ se los de el, ò q̄ se los de otro, pues la substancia està en q̄ se meda a im̄ q̄ el los reciba, lleguen por do llegare: cò esta imaginaciò se llegó a Sancho, aviendo primero tomado las riendas de Rozinante, y acomodandolas en modo que pudiesse açotarle con ellas, començole a quitar las cintas, que es opiniò que no tenía mas que la delantera, en que se sus-

tentavan los greguescos: pero apenas hubo llegado, quando Sancho despertò en todo su acuerdo, y dixo: Qué es esto, quien me toca, y desencinta? Yo foy, respondiò don Quixote, que vengo à suplir tus faltas, y a remediar mis trabajos, vengote à açotar Sàcho, y a descargar en parte la deuda à que te obligaste. Dulcinea perece, tu vives en descuido, yo muero desencanto, y así desatacate por tu voluntad, que la mia es de darte en esta soledad, por lo menos dos mil açotes. Esto no, dixo Sancho, vuestra merced se este quedo; si no, por Dios verdadero, que nos han de oír los sordos; los açotes à que yo me obligue, han de ser voluntarios, y no por fuerça, y aora no tengo gana de açotarme, basta que doy à vuestra merced mi palabra de vapularme, y mosquearme, quando en voluntad me viniere. No ay dexarlo à tu cortesía, Sancho, dixo Don Quixote, porque eres duro de coraçon, y aunque villano, blãdo de carnes; y así procurava, y pugnava por desenlaçarle. Viendo lo qual Sancho Pança, se puso en pie, y arremetiendo à su amo, se abraçò con el a braço partido, y echandole vna çancadilla diò con él en el suelo boca arriba; puso le la rodilla derecha sobre el pecho, y cò las manos le tenía las manos de modo, que ni le dexava rodear, ni alen-



alentar. D. Quixote le dezia: como traidor, con tu amo, y señor natural te desmandas? con quié te dà supan te atreves? Ni quito Rey, ni pongo Rey, respondió Sácho, sino ayudome à mi, q̄ foy mi señor, vuestra merced me prometa, q̄ se estará à quedo, y no tratarà de acotarme por agora, que yole dexare libre, y desembaracado, donde no, aqui morirás traidor enemigo de Doña Sancha. Prometiòselo D. Quixote, y jurò por vida de sus pensamientos, no tocarle en el pelo de la ropa, y que dexaría en toda su voluntad, y alvedrio el acotarse quando quisiere. Levantò e Sancho, y desviòse de aquel lugar vn buen espacio, y yendo à arrimarse à otro arbol, sintiò que le tocavan en la cabeça, y alçando las manos, topò con dos pies de persona, con capatos, y calças, temblò de miedo, acudiò à otro arbol, y sucediòle lo mismo. diò voces llamando à Don Quixote, que le favorrecièse. Hizolo así Don Quixote, y preguntandole, que le avia sucedido, y de que tenia miedo, le respondió Sancho, que todos aquellos arboles estauan llenos de pies, y de piernas humanas. Tentòlos Don Quixote, y cayò luego en la cuenta de lo que podia ser; y dixole à Sancho: No tienes de que tener miedo, porque estos pies, y piernas que tientes, y no ves, sin duda son de algunos fo-

ragidos, y vandoleros, que en estos arboles están ahorcados, q̄ por aqui los suele ahorcar la justicia, quando los coge, de veinte en veinte, y de treinta en treinta, por donde me doy à entender, que devo de estar cerca de Barcelona: y así era la verdad, como el lo avia imaginado. Al parecer alçaron los ojos, y vieron los razimos de aquellos arboles, que eran cuerpos de vandoleros: y à en esto amanecia, y si los muertos los avian espantado, no menos los atribularon mas de cuarenta vandoleros vivos, que de improviso les rodearon, diziendoles en lengua Catalana, que estuviesen quedos, y se detuvièse, hasta que llegasse su Capitan. Hallòse Don Quixote à pie su cavallo sin freno, su lança arrimada à vn arbol, y finalmente sin defensa alguna, y así tuvo por bien de cruzar las manos, è inclinar la cabeça, guardandose para mejor fazon, y coyuntura. Acudieron los vandoleros à espulgar al ruzio, y à no dexarle ninguna coa de quantas en las alforjas, y la maleta traía, y avinole bien à Sancho, que en vna ventiera que tenia ceñida venian los escudos del Duque, y los que avian sacado de su tierra; y con todo esto aquella buena gente le escardara, y le mirara, hasta lo que entre el cuerpo, y la carne tuviera escondido, sino llegara en aquella sa-



zon su Capitan, el qual mostrò fer de hasta edad de treinta y quatro años, robusto, mas q̄ de mediana proporcion, de mirar grave, y color morena, venia en vn poderoso cavallo, vestida la acerrada cota, y con quatro pistoletes, (que en aquella tierra se llaman pedreñales) à los lados, viò que sus escuderos, que assi llaman à los que andan en aquel exercicio, iban à despojar à Sãcho Panca: mandoles que no lo hiziesen; y fue luego obedecido; y assi se escapò la ventiera, admiròle ver lança arrimada al arbol, escudo en el suelo, y à D. Quixote armado, y pensativo, con la mas triste, y melancolica figura que pudiera formar la mi ma tristeza. Llegòse à el, diciendole: no esteis tan triste buen hombre, porque no aveis caido en las manos de algũ cruel Osiris, sino en las de Roque Guinart, que tienen mas de compasivas, que de rigurosas. No es mi tristeza, respondiò Don Quixote, aver caido en tu poder, ò valeroso Roque (ouya fama no ay limites en la tierra que la encierren) sino por aver sido tal mi descuido, q̄ me ayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, segun la orden de Andante Cavalleria que professo, à vivir continuo alerta, siendo à todas horas centinela de mi mismo, porque te hago saber (ò gran Roque) que si me hallaran sobre mi cavallo

con milança, y con mi escudo, no les fuera muy facil rendirme, porque yo soy Don Quixote de la Mancha aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el Orbe. Luego Roque Guinart conociò, que la enfermedad de D. Quixote tocava mas en locura, q̄ en valentia, y aunque algunas vezes le avia oido nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir, à que semejante humor reinasse en coraçõ de hombre, y holgòse en estremo de averle encontrado, para tocar de cerca lo q̄ de lexos del avia oido, y assi le dixo: Valeroso Cavallero, no os despecheis, ni tengais à siniestra fortuna esta en q̄ os hallais, que podia ser, q̄ en estos tropieços vuestra torcida suerte se endereçasse, q̄ el Cielo por estraños, y nunca vistos rodeos (de los hõbres no imaginados) fuele levantar los caidos, y enriquecer los pobres. Y à le iba à dar las gracias Don Quixote, quando sintieron à sus espaldas vn ruido como de tropel de cavallos, y no era sino vno solo, sobre el qual venia à toda faria vn mancebo, al parecer hasta de veinte años, vestido de damasco verde, con passamanos de oro, greguescos, y Santa embarca, con sombrero terciado à la balona, botas enceradas, y justas, espuelas, daga, y espada doradas, vna escopeta pequeña en las manos, y dos pisto-



las los lados: al ruido b olviò Roque la cabeça, y viò esta hermosa figura, la qual en llegando à èl, dixo: En tu busca venia, ò valeroso Roque, para hallar en ti, fino remedio, à lo menos alivio en mi deidicha, y por no tenerte suspenso, porque se, que no me has conocido, quiero decirte quien soy, y soy Claudia Geronima, hija de Simon Forte tu singular enemigo, y enemigo particular de Clauquer Torrellas, que assimismo lo es tuyoy, por ser vno de los de tu contrario vando, y ya sabes que este Torrellas tiene vn hijo, que D. Vicente Torrellas se llama, ò a lo menos se llamava no ha dos horas. Este, pues, por abreviar el cuento de mi deiventura, te dire en breves palabras la que me ha cautado. Viome, reguebrome, escuchéle, enamoreme, à hurto de mi padre, porque no ay muger, por retirada que este y recatada que sea, à quien no le sobre tiempo para poner en execucion, y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, él me prometió de ser mi esposo, y yo le di la palabra de ser suya, sin que en obras passassemos adelante; Supe ayer, que olvidado de lo que me devia, se casava con otra, y que esta mañana iba à desposarse, nueva que me turbó el sentido, y acabó la paciencia, y por no estar mi padre en el lugar, le tuve yo de ponerme en el trage que ves, y apresu-

rando el passo à este cavallo, alcancè à Don Vicente, obra de vna legua de aqui, y fin ponerme à dar queexas, ni à oir disculpas, le di parè esta escopeta, y por anadidura estas dos pistolas, y à lo que creole devide encerrar mas de dos valas en el cuerpo, abriendole puertas por donde embuelta en su sangre saliesse mi honra; allilo dexo entre sus criados, que no oflaron, ni pudieron ponerse en su defensa, vengo à buscarte, para que me passes à Frandia, donde tengo parientes con quien viva, y assimismo à rogarte defensas à mi padre, porque los muchos de Don Vicente no se atrevan à tomar en èl desafordada vengança. Roque admirado de la gallardia, bizarría, buen talle, y suceso de la hermosa Claudia, la dixo: Ven, señora, y vamos à ver si es muerto tu enemigo, que despues verèmos lo que mas te importare. Don Quixote que estava escuchando atentamente lo que Claudia avia dicho, y lo que Roque Guñart respondió, dixo: No tiene nadie para que tomar trabajo en defender à esta señora, que lo tomo yo à mi cargo, denme mi cavallo, y mis armas, y esperenme aqui, que yo irè à buscar à esse Cavallero, y muerto, ò vivo le harè cumplir la palabra prometida à tanta belleza. Nadie dude esto, dixo Sancho, porque mi señor



tiene muy buena mano para casamentero, pues no ha muchos dias que hizo casar à otro que tambien negava à otra doncella su palabra, y si no fuera porque los encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de vn lacayo, esta fuera la hora que ya la tal doncella no lo fuera. Roque, que atendia mas a pensar en el suceso de la hermosa Claudia, que en las razones de amo, y moço, no las entendió, y mandando à sus escuderos, que bolviessen à Sancho todo quanto le avian quitado de el ruzio, mandandoles à sí mismo, que se retirassen à la parte donde aquella noche avian estado alojados, y luego se partiò con Claudia a toda priesa à buscar al herido, ò muerto Don Vicente. Llegaron al lugar donde le encontró Claudia, y no hallaron en él, sino recien derramada sangre; pero tendiendo la vista por todas partes, descubrieron por vn recuesto arriba alguna gente, y dieronse à entender, como era la verdad que devia de ser Don Vicente à quien sus criados, ó muerto, ò vivo llevarán, ó para curarle, ó para enterrarle; dieronse priesa à alcançarlos, que como iban despacio, con facilidad lo hizieron. Hallaron à Don Vicente en los brazos de sus criados, à quien con cansada, y debilita-

da voz rogava, que le dexassen allí morir, porque el dolor de las heridas no consentia que mas adelante passasse. Arrojaronse de los cavallos Claudia, y Roque, llegaronse à él, remieron los criados la presenciade Roque, y Claudia se turbó en ver la de Don Vicente; y así entre enternecida, y rigurosa, se llegó à él, y asiendole de las manos, le dixo: Si tu medieras estas cóforme à nuestro concierto, nunca tu te vieras en este passo. Abrió los casi cerrados ojos el herido Cavallero, y conociendo à Claudia, le dixo: Bien veo, hermosa, y engañada señora, que tu has sido la que me has muerto, pena no merecida, ni devida à mis deseos, con los quales, ni con mis obras no quise, ni supe ofenderte. Luego no es verdad, dixo Claudia, que ibas esta mañana à desposarte con Leonora, la hija del rico Balvastro? No por cierto, respondió Don Vicente, mi mala fortuna te devió de llevar estas nuevas, para que zelosa me quitasses la vida, la qual pues la dexo en tus manos, y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa: y para assegurararte desta verdad, aprieta la mano, y recibeme por esposo, si quieres, que no tengo otra mayor satisfacion que darte de el agravio que piensas que de mi has recibido. Apretóle la mano Claudia, y apretósele



à ella el coraçon, de manera, que sobre la sangre, y pecho de Don Vicente, se quedò desfmayada, y à él le tomò vn mortal parasifino. Confuso estava Roque, y no sabia què hazerfe. Acudieron los criados à buscar agua que echarles en los rostros, y traxeronla, con que se los bañaron. Bolvió de su desfmayo Claudia; pero no de su parasifino Don Vicente, porque se le acabò la vida. Visto lo qual de Claudia, aviendole enterado, que ya su dulce esposo no vivia, rompiò los ayres con suspiros, hirió los Cielos con quejas, maltrato sus cabellos, entregandolos al viento, aflo su rostro con sus propias manos, con todas las muestras de dolor, y entimimiento, que de vn lastimado pecho pudieran imaginarse. O cruel! ò inconsiderada muger! dezia, con què facilidad te moviste à poner en execucion tan mal pensamiento! ò fuerza rabiosa de los zelos, à què desesperado fin conducis à quien os diè acogida en su pecho! O esposo mio, cuya desdichada suerte, por ser prenda mia te he llevado del talamo à la sepultura! Tales, y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lagrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados à verterlas en ninguna ocasion. Lloravan los criados, desfmayavase à cada passo Claudia, y todo aquel circuito parecia

campo de tristeza, y lugar de desgracia. Finalmente, Roque Guinart ordenò à los criados de Don Vicente, que llevassen su cuerpo al lugar de su padre, que estava alli cerca, para que le diessen sepultura. Claudia dixo à Roque, que queria irse à vn Monasterio, donde era Abadesa vna tia suya, en el qual pensava acabar la vida de otro mejor esposo, y mas eterno acompañada. Alabòle Roque su buen proposito, ofreciòsele de acompañarla hasta donde quisiessen, y de defender à su padre de los parientes, y de todo el mundo, si ofenderle quisiessen. No quiso su compañía Claudia en ninguna manera, y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despidio del llorando. Los criados de Don Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se bolvió à los suyos: y este fin tuvieron los amores de Claudia Geronima; pero que mucho, si texieron la trama de su lamètable historia las fuerzas invencibles, y rigurosas de los zelos. Hallò Roque Guinart à sus escuderos en la parte donde les avia ordenado, y à Don Quixote entre ellos sobre Rozinante, haziendoles vna platica, en que les persuadia dexassen aquel modo de vivir tan peligroso, así para el alma, como para el cuerpo; pero como los mas eran Gascones, gente rustica, y desbaratada,



da, no les entrava bien la plática de Don Quixote. Llegado que fue Roque, preguntó a Sancho Panca, si le avian buelto, y restituído las alhajas, y prefcas, que los suyos del ruzio le avian quitado. Sancho respondió, que si, sino que le faltavan tres tocadores, que valian tres ciudades. Que es lo que dizes, hombre, dixo vno de los presentes, que yo los tēgo, y no valen tres reales? Así es, dixo Don Quixote; pero estimalos mi escudero en lo que ha dicho, por avermelos dado quien me los dió. Mandóselos bolver al punto Roque Guñart, y mandando poner los suyos en ala, mandó traer allí delante de todos los vestidos, joyas, y dineros, y todo aquello que desde la última repartición avian robado, y haziendo brevemente el tanteo, bolviendo lo no repartible, y reduciendolo à dineros, lo repartió por toda su compañía, con tanta legalidad, y prudencia, que no pasó vn punto, ni defraudó nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo qual todos quedaron contentos, satisfechos, y pagados, dixo Roque à Don Quixote: Si no se guardasse esta puntualidad con estos, no se podría vivir con ellos. A lo que dixo Sancho: Segun lo que aqui he visto, es tan buena la justicia, que es necessaria q̄ se vse aũ entre los mismos ladrones. Oyólo vn

escudero, y arbolando el mocho de vn arcabuz, con el qual, sin duda le abriera la cabeça a Sancho, si Roque Guñart no le diera voces que se detuviesse. Palmóse Sancho, y propuso de no descoler los labios en tanto que entre aquella gēte estuviesse. Llego en esto vno, ó algunos de aquellos escuderos, que estavan puestos por centinelas por los caminos, para ver la gente que por ellos venia, y dar aviso à su mayor de lo que passava; y este dixo: Señor, no lexos de aqui, por el camino que vá à Barcelona, viene vn grã tropel de gente. A lo que respondió Roque: Has hechado de ver si son de los que nos buscan, ú de los que nosotros buscamos? No sino de los que buscamos, respondió el escudero. Pues salid todos, replicó Roque, y traedmelos aqui luego, sin que se os escape ninguno. Hizieronlo así, y quedandose solos Don Quixote, Sancho, y Roque, aguardaron a ver lo que los escuderos traian, y en este entretanto dixo Roque a Don Quixote: Nueva manera de vida le deve de parecer al señor Don Quixote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos; y no me maravillo que así le parezca: porque realmente le confieso, que no ay modo de vivir mas inquieto, ni mas sobresaltado, que el nuestro: à mi me han puesto en



él no sé qué deseos de vengança, que tienen fuerza de turbar los mas sossegados coraçones: yo de mi natural soy compasivo, y bien intencionado; pero (como tengo dicho) el querer vengarme de vn agravio, que se me hizo, assi dà con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado à despecho, y pesar de lo que entiendo; y como vn abismo llama a otro, y vn pecado à otro pecado, hante eslabonado las venganças de manera, que no solo las mias, pero las agenas tomo à mi cargo; pero Dios es servido de que aunque me veo en la mitad de el laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperança de salir del à puerto seguro. Admirado quedó Don Quixote de oír hablar à Roque tan buenas, y concertadas razones; porque él se pensava, que entre los de officios semejantes de robar, matar, y saltar no podia aver alguno q̄ tuviesse buen discursio, y respõdióle: Señor Roque, el principio de la salud està en conocer la enfermedad, y en querer tomar el enfermo las medicinas q̄ el Medico le ordena; v. m. està enfermo, conoce su dolencia, y el Cielo, ó Dios (per mejor dezir) que es nuestro Medico, le aplicará medicinas q̄ le sanen; las quales suelen sanar poco à poco, y no de repente, y por milagro; y mas que los pecadores discretos están

mas cerca de enmendarse, q̄ los simples; y pues v. m. ha mostrado en sus razones su prudencia, no ay sino tener buen animo, y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia: y si v. m. quiere ahorrar camino, y poner se con facilidad en el de su salvacion, vengase conmigo, que yo le enseñaré à ser Cavallero andante, donde se pasan tantos trabajos, y desventuras, que tomandolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el Cielo. Rióse Roque del consejo de D. Quixote, à quien mudando practica conto el tragico suceſſo de Claudia Geronima, de q̄ le pesò en extremo à Sancho, que no le avia parecido mal la belleza, desemboltura, y brio de la moça. Llegaron en esto los escuderos de la priesta, trayendo consigo dos Cavalleros à cavallo, y dos peregrinos à pie, y vn coche de mugeres con hasta seis criados, que à pie, y à cavallo las acompañavan, cõ otros dos moços de mulas q̄ los Cavalleros traian. Cogieron los escuderos en medio, guardando vencidos, y vencedores gran silencio, esperando à que el gran Roque Guinart hablasse; el qual preguntò à los Cavalleros, que quien eran, y donde iban, y qué dinero llevavan. Vno dellos le respondió: Señor, nosotros somos dos Capitanes de Infanteria Española, tenemos nuestras compañías en Napoles, y vamos à em-



barcamos en quatro Galeras, que dizen están en Barcelona, con orden de passar à Sicilia: llevamos hasta dozientos, ó trecientos escudos, con que à nuestro parecer vamos ricos, y contentos, pues la estrechez ordinaria de los soldados, no permite mayores tesoros. Preguntò Roque à los peregrinos lo mismo que à los Capitanes, fuele respondido, que iban à embarcarse para passar à Roma, y que entre entrambos podian llevar hasta sesenta reales: quiso saber tambien, quien iba en el coche, y adonde, y el dinero que llevaban: y vno de los de à cavallo dixo: Mi señora Doña Guiomar de Quiñones, muger del Regente de la Vicaria de Napoles, con vna hija pequeña, vna doncella, y vna dueña son las que van en el coche; acompañamosla seis criados, y los dineros son seisçientos escudos. De modo, dixo Roque Guinart, que ya tenemos aqui novecientos escudos, y sesenta reales, mis soldados deven de ser hasta sesenta, mirese à como le cabe à cada vno, porque yo soy mal contador. Oyendo dezir esto los saltadores, levantaron la voz, diziendo: Viva Roque Guinart muchos años, à pesar de los lladres, que su perdicion procuran. Mostraron afigirse los Capitanes, entristeciòse la señora Regenta, y no se holgaron nada los peregrinos,

viendo la confiscacion de sus bienes, tuvo los así vn rato suspensos Roque; pero no quiso que passase adelante su tristeza, que ya se podrá conocer à tiro de arcabuz, y bolviendose à los Capitanes, dixo: Vuestras mercedes, señores Capitanes, por cortesía sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora Regenta ochenta, para còntentar esta esquadra que me acompaña: porque el Abad de lo que canta yanta, y luego pueden ir su camino libre, y desembaraçadamente, cò vn salvoconduto que yo les dare, para que si toparen otras de algunas esquadras mias, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño, que no es mi intencion de agraviar à soldados, ni muger alguna, e specialmente à las que son principales. Infinitas, y bien dichas fueron las razones con que los Capitanes agradecieron à Roque su cortesía, y liberalidad, que por tal la tuvieron en dexarles su mismo dinero. La señora Doña Guiomar de Quiñones, se quiso arrojar del coche para besar los pies, y las manos del gran Roque; pero èl nolo consintió en ninguna manera; antes le pidió perdon del agravio, que le avia forçado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandò la Regenta à vn criado suyo diese luego los ochenta escudos que



le avian repartido : y ya los Capitanes avian desembolsado los sesenta, iban los peregrinos à dar toda su miseria; pero Roque dixo, que se estuviessen quedos, y bolviendose à los suyos, les dixo: De estos escudos dos tocan à cada vno, y sobran veinte, los diez se dan à estos peregrinos, y los otros diez à este buen escudero, porque pueda dezir bien de esta aventura; y trayendole adereço de escribir, de que siempre andava proveido, Roque les diò por escrito vn salvoconduto, para los mayores de sus esquadras, y despidiendose de ellos, les dexò ir libres, y admirados de su nobleza, de su gallarda disposicion, y extraño proceder, teniendole mas por vn Alexandro Magno, que por ladrón conocido. Vno de los escuderos dixo en su lengua Gascona, y Catalana : Este nuestro Capitan, mas es para Frade, que para vandolero : si de aqui adelante quisiere mostrarse liberal, sea lo con su hacienda, y no con la nuestra. No lo dixo tan passo el desventurado, que dexasse de oirlo Roque, el qual echando mano à la espada, le abrió la cabeça casi en dos partes, diciendola : De esta manera castigo yo à los deslenguados, y atrevidos : pasmaronse todos, y ninguno le osò dezir palabra, tanta era la obediencia

que le tenían. Apartóse Roque à vna parte, y escribió vna carta à vn su amigo à Barcelona, dandole aviso como estava consigo el famoso Don Quixote de la Mancha, aquel Cavallero andante de quien tantas cosas se dezian; y que le hazia saber, que era el mas gracioso, y el mas entendido hombre del mundo, y que de alli a quatro dias, que era el de San Juan Bautista, se le pondria en mitad de la playa de la Ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rozinante su cavallo, y à su escudero Sancho, sobre vn asno, y que diese noticia de esto à sus amigos los Niarros, para que con él se solocassen, que él quisiera que careciesen de este gusto los Cadells sus contrarios; pero que esto era imposible, à causa que las locuras, y discreciones de Don Quixote, y los donaires de su escudero Sancho Pança, no podian dexar de dar gusto general à todo el mundo. Despachò estas cartas con vno de sus escuderos, que mudando el trage de vandolero, en el de vn labrador, entrò en Barcelona, y la dio à quien iba.

(?)





CAP. LXI. *De lo que le sucedió à Don Quixote en la entrada de Barcelona, con otras que tiene mas de lo verdadero, que de lo discreto.*

Tres dias, y tres noches estuvo Don Quixote con Roque, y si estuviera trecentos años no le faltara que mirar, y admirar, en el modo de su vida; aquí amanecian, acullà comian: vnas vezes huian sin saber de quien, y otras esperavan, sin saber à quien. Dormiã en pie, interrumpiendo el sueño, mudandose de vn lugar à otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuzes, aunque traian pocos, porque todos se servian de pedreñales. Roque passava las noches apartado de los suyos, en partes, y lugares donde ellos no pudiesen saber donde estava: porque los muchos vandos que el Visorrey de Barcelona avia echado sobre su vida, le traian inquieto, y temeroso, y no se osava fiar de ninguno, temiendo que los milmos suyos, ò le avian de matar, ò entregar à la justicia: (vida por cierto miserable, y enfadosa.) En fin, por caminos desviados, por atajos, y sendas encubiertas, partieron Roque, Don Quixote, y Sancho, con otros seis

escuderos, à Barcelona; llegaron a su playa la vispera de San Juan en la noche, y abraçando Roque à Don Quixote, y à Sancho, à quien dio los diez escudos prometidos, que hasta entonces no se los avia dado, los dexò, con mil ofrecimientos que de la vna à la otra parte se hizieron. Bolviòse Roque, quedòse D. Quixote esperando el dia así à cavallo como estava, y no tardò mucho, quando començo à descubrirse por los valcones del Oriente la faz de la blanca Aurora, alegrando las yervas, y las flores, en lugar de alegrar el oido: aunque al mismo instante alegraron tambien al oido el son de muchas chirimias, yatabales, ruido de cascaveles, trapa, trapa, aparta, aparta de corredores, que al parecer de la Ciudad salian, diò lugar la Aurora al Sol, que vn rostro mayor que el de vna rodela, por el mas baxo Orizonte, poco à poco se iba levantando. Tendieron Don Quixote, y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entonces de ellos no visto; parecióles espaciosissimo, y largo, harto mas que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha avian visto. Vieron las galeras que estaban en la playa, las quales abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de simulas, y gallardetes, que tremolavan al viento, y



belavan, y barrían el agua: dentro sonavan clarines, trompetas, y chirimias, que cerca, y lexos llenavan el ayre de suaves, y belicosos acentos, comenzaron à moverse, y à hazer modo de escaramuza por las soslegadas aguas, correspondiendoles casi al mismo modo infinitos Cavalleros, que de la Ciudad sobre hermosos cavallos, y con vistosas libreas salian. Los soldados de las galeras disparavan infinita artilleria, à quien respondian los que estavan en las murallas, y fuerces de la Ciudad. La artilleria gruesa, con espantoso estruendo rompía los vientos, à quien respondian los cañones de cruxia de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el ayre claro, solo talvez turbio del humo de la artilleria, parece que iba fundiendo, y engendrando gusto subito en todas las gentes. No podia imaginar Sancho Pança, como pudieffen tener tantos pies aquellos bultos, que por el mar se movian. En esto llegaron corriendo con grita, lililies, y algazara los de las libreas, adonde Don Quixote de la Mancha, suspenso, y atonito estava, y vno de ellos, que era el avisado de Roque, dixo en alta voz à Don Quixote: Bien sea venido à nuestra Ciudad el espejo, el farol, la estrella, y el norte de toda la Cavalleria

andante, donde mas largamente se contiene. Bien sea venido (dixo) el valeroso Don Quixote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apocriфе, que en las falsas historias estos dias nos han mostrado, sino el verdadero, el legal, y el fiel, que nos describio Cide Hamete Benengeli, flor de los Historiadores. No respondió Don Quixote palabra, ni los Cavalleros esperaron à que la respondiesse, sino bolviendose, y rebolviendose con los demás que los seguian, comenzaron à hazer vn rebuelto caracol al derredor de D. Quixote, el qual bolviendose à Sancho, dixo: Estos bien nos han conocido; yo apostaré, que han leído nuestra historia, y aun la del Aragonés recién impresa. Bolvió otra vez el Cavallero que habló à Don Quixote, y dixole: Vuestra merced, señor Don Quixote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guinart. A lo que Don Quixote respondió: Si cortesias engendran cortesias, la vuestra, señor Cavallero, es hija, ò parienta muy cercana de las de el gran Roque: llevadme do quisiereis, que yo no tendré otra voluntad, que la vuestra, y mas si la quisiereis ocupar en vuestro servicio. Con palabras no menos comedidas que estas le respon-



pondió el Cavallero, y encerrandole todos en medio, al son de las chirimias, y de los atabales, se encaminaron con él à la Ciudad; al entrar de la qual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son mas malos que el malo, dos dellos traviesos, y atrevidos se entraron por toda la gente, y alçando el vno de la cola del ruzio, y el otro la de Rozinante, les pusieron, y encaxaron sendos manojos de aliagas; sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas, aumentaron su disgusto, de manera, quedando mil corcobos, dieron con sus dueños en tierra.

Don Quixote, corrido, y afrentado, acudiò à quitar el plumage de la cola de su matalote, y Sancho el de su ruzio. Quisieron los que guiavan à Don Quixote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fue posible, porque se encerraron entre mas de otros mil que los seguian; bolvieron à subir Don Quixote, y Sancho con el mismo aplauso, y musica llegaron à la casa de su guia, que era grande, y principal, en fin como de Cavallero rico, donde le dexarèmos por aora, porque assi lo quiere Cide Hamete.

(?)





CAP. LXII. *Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías, que no pueden dexar de contarse.*



**D**ON Antonio Moreno se llamava el huesped de Don Quixote, Cavallero rico, y discreto, y amigo de holgarle a lo honesto, y afable; el qual viendo en su casa a Don Quixote, andava buscando modos como sin su perjuizio facasse a plaza sus locuras, porque no son bur-las las que duelen, ni aypassatiẽpos que valgan, si son con daño de tercero: lo primero que hizo, fue, hazer desarmar a Don Quixote, y sacarle a vistas con

aquel su estrecho, y muzado vestido (como ya otras vezes le hemos escrito, y pintado) a vn valcon, que salia a vna calle de las mas principales de la Ciudad, a vista de las gentes, y de los muchachos, que como a mona le miravan: corrieron de nuevo delante del los de las libreas, como si para el solo (no para alegrar aquel festivo dia) se las huvieran puesto, y Sancho estava contentissimo, por parecerle, que se avia hallado, sin



haber como, ni como no, otras bodas de Camacho; otra casa como la de Don Diego de Miranda, y otro castillo como el del Duque. Comieron aquel dia con Don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos, y tratando à Don Quixote como à Cavallero andante, de lo qual hueco, y pomposo no cabia en sí de contento: los donayres de Sancho fueron tantos, que de su boca andivã como colgados todos los criados de su casa, y todos quantos le oian. Estando à la mesa, dixo Don Antonio à Sancho: Acã tenemos noticia, buen Sancho, que fois tan amigo de manjar blanco, y de albondiguillas, que si os sobran las guardais en el sen para otro dia. No señor, no es assi, respondió Sancho, engañado le han à v. m. porque tengo mas de limpio que de goloso, y mi señor Don Quixote, que està delante, sabe bien que con vn puño de bellotas, ù de nuezes nos solemos passar entrambo; ocho dias: verdades que si tal vez me sucede, que me den la vaquilla, corro con la soguilla (quiero dezir) que como lo que me dã, y vfo de los tiempos como los hallo, y quien quiera que huvie re dicho que yo soy comedor aventajado, y no limpio, tenga se por dicho, que no acierta; y de otra manera dixera esto, fino mirara à las barbas honradas que estàn à la mesa. Por cierto,

dixo Don Quixote, que la parsimonia, y limpieça con que Sancho come, se puede escribir, y gravar en las minas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros: verdad es q̄ quãdo el tiene hambre, parece algo tragõ, porque come apriesa, y malca à dos carrillos; pero la limpieça siempre la tiene en su punto, y en el tiempo que fue Governador aprendiõ à comer à lo melindroso, tanto, que comia con tenedor las vbas, y aun los granos de la granada. Como, dixo Don Antonio, Governador ha sido Sancho? Si, respondió Sancho, y de vna Infula llamada la Barataria, diez dias la governé, à pedir de boca, en ellos perdi el sosiego, y aprendi à despreciar todos los gobiernos del mundo; sali huyendo della, caì en vna cueva donde me tuve por muerto, de la qual sali vivo por milagro. Cõtò Don Quixote por menudo todo el suceso del Gobierno de Sancho, con que diõ gran gusto à los oyentes. Levantados los manteles, y tomando Don Antonio por la mano à Don Quixote, se entrò con el en vn apartado aposento, en el qual no avia otra cosa de adorno q̄ vna mesa, al parecer de jaspe, que sobre vn pie de lo mesmo se sostenia, sobre la qual estava puesta al modo de las cabeças de los Emperadores Romanos, de



de los pechos arriba, vna que semejava ser de bronce. Pafleófe Don Antonio con Don Quixote por todo el aposento, rodeado muchas vezes la mesa; despues de lo qual dixo: Aora señor Don Quixote que estoy enterado que no nos oye, y escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar à vuestra merced vna de las mas raras aventuras, ó por mejor dezir novedades que imaginarse pueden, con condicion, que lo que à vuestra merced dixere, lo ha de depositar en los vltimos retretes del secreto. Assi lo juro, respondió Don Quixote, y aun le echaré vna losa encima para mas seguridad: porque quiero que sepa vuestra merced señor Don Antonio (que yà sabia su nombre) que está hablando con quien, aunque tiene oidos para oir, no tiene légua para hablar, assi que con seguridad puede vuestra merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mio, y hazet cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio. En fee de essa promessa, respondió Don Antonio, quiero poner à vuestra merced en admiración con lo que viere, y oyere, y darmé à mi algun alivio de la pena que me causa no tener cō quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos. Suspenso estava Don Quixote, esperando en qué avia de parar tantas prevenciones; en esto,

tomandole la mano Don Antonio se la pafleó por la cabeça de bronce, y por toda la mesa, y por el pie de jaspe, sobre que se sostenia, y luego dixo: Esta cabeça, señor D. Quixote, ha sido hecha, y fabricada por vno de los mayores encátadores, y hechizeros que ha tenido el mundo, que creo era Polaco de nacion, y discipulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan, el qual estuvo aqui en mi casa, y por precio de mil escudos, que le di, labró esta cabeça, que tiene propiedad, y virtud de responder à quantas cosas al oido le preguntaren: guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros, miró puntos, y finalmente la sacó con la perfeccion que veremos mañana, porque los Viernes está muda, y oy que lo es nos ha de hazer esperar hasta mañana: en este tiempo podrá vuestra merced prevenirse de lo que querrá preguntar, que por experiencia se que dize verdad en quanto responde. Admirado quedó Don Quixote de la virtud, y propiedad de la cabeça, y estuvo por no creer à Don Antonio; pero por ver quan poco tiempo avia para hazerla experiencia, no quiso dezirle otra cosa, sino que le agradecia el averle descabier to tan gran secreto: salierō del aposento, cerró la puerta Don Antonio con llave, y fueronse à la sala, donde los demás Cava-



Heros estaban: en este tiempo les avia contado Sancho muchas de las aventuras, y sucesos que à su amo avian acontecido. A quella tarde sacaron à pasear à D. Quixote, no armado, sino de rúa, vestido vn valandrã de paño leonado, que pudiera hazer sudar en aquel tiempo al mismo yelo; ordenaron con sus criados que entretuviessen à Sancho, de modo, que no le dexassen salir de casa: iba D. Quixote, no sobre Rozinante, sino sobre vn gran macho de pasto llano, y muy biẽ adereçado; pusieronle el balandran, y en las espaldas, sin que lo viesse, le cofieron vn pergamino, donde le escribieron con letras grandes: Este es D. Quixote de la Mancha: en començando el paseo, llevaba el rotulo los ojos de quantos venian à verle, y como leian: Este es Don Quixote de la Mancha; admiravate D. Quixote de ver, que quantos le miravan le nombravan, y conocian, y bolviendose à Don Antonio, que iba à su lado, le dixo: Grande es la prerrogativa que encierra en sí la andante Cavalleria, pues haze conocido, y famoso al que la professa por todos los terminos de la tierra; sino mire vuestra merced, señor Don Antonio, que hasta los muchachos de esta Ciudad, sin nunca averme visto me conocen. Así es, señor Don Quixote, respondió Don Antonio, que

así como el fuego no puede estar escondido, y encerrado, la virtud no puede dexar de ser conocida, y la que se alcanza por la profesion de las armas, resplandece, y campea sobre todas las otras. A caecio, pues, q̄ yendo D. Quixote cõ el aplauso que se ha dicho, vn Castellano, q̄ leyó el rotulo de las espaldas, alçó la voz, diziendo: Valgate el diablo por D. Quixote de la Mancha, como que hasta aqui has llegado sin averte muerto los infinitos palos que tienes à cuestas? Tu eres loco, y si lo fueras à solas, y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propiedad de bolver locos, y mentecatos à quantos te tratan, y comunican; sino mireno por estos señores que te acompañan. Buelve, mentecato, à tu casa, y mira por tu hazienda, por tu muger, y tus hijos, y dexate destas variedades, que te carcomen el seso, y te desnatán el entendimiento. Hermano, dixo Don Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos à quiẽ no os lo pide. El señor Don Quixote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros, que le acompañamos, no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare, y andad en hora mala, y no os metais donde no os llaman. Par diez vuestra merced tiene razon, respondió el Castellano, que



que aconsejar à este buen hombre, es dar cozes contra el aguijon; pero con todo esto me dà muy gran lastima, que el buen ingenio que dizen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desague por la canal de su andante Cavalleria: y la en hora mala que vuestra merced dixo, sea para mi, y para todos mis descendientes, si de oy mas, aunque viviesse mas años que Matufalen, diere consejo à nadie, aunque me lo pida. Apartose el consejero, siguió adelante el paseo; pero fue tanta la priessa que los muchachos, y toda la gente tenia leyendo el rotulo, que se le hubo de quitar Don Antonio, como que le quitava otra cosa. Llegò la noche, bolvieronse à casa, huyo sarao de damas: porque la muger de Don Antonio, que era vna señora principal, y alegre, hermosa, y discreta, combidò à otras sus amigas à que viniessen à honrar à su huésped, y à gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, cenose esplendidamente, y comencòse el sarao casi à las diez de la noche: entre las damas avia dos de gusto picaro, y burlonas; y cò ser muy honestas, eran algo descompuestas, por dar lugar que las burlas alegrassen sin enfado. Estas dieron tanta priessa en sacar à dançar à Don Quixote, que le molieron, no solo el cuerpo, pero el anima. Era cosa de ver la figu-

ra de Don Quixote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desairado, y sobre todo, no nada ligero: requiebravanle como à hurto las damas; y el tambien como à hurto las desdeñava; pero viendose apretar de requiebros, alçò la voz, y dixo: Fugite partes ad-versas, dexadme en mi sosiego, pèsamiètos malvenidos, allà os avénid, señoras, cò vuestros deseos, que la que es Reyna de los mios, es la sin par Dulcinea del Toboso; no consiente que ningunos otros que los suyos me avassallen, y rindan; y diziendo esto se sentò en mitad de la sala en el suelo, molido, y quebrantado de tan bailador exercicio. Hizo Don Antonio que le llevassen en peso à su lecho, y el primero que a sia del, fue Sancha, diziendo: Nora en tal, señora nuestro amo, lo aveis bailado; pensais que todos los valientes son dançadores, y todos los andantes Cavalleros bailarines? Digo, que si lo pensais, que estais engañado; hombre ay que se atreverà à matar à vn Gigante, antes que hazer vna cabriòla: si huvierades de çapatear, yo supliera vuestra falta, que çapateo como vn girifalte, pero en lo del dançar no doy puntada. Con estas, y otras razones diò que reir Sancho à los del sarao, y diò cò su amo en la cama, arrojándole para que fudasse la frialdad de su baile. Otro dia le pa-



reció à Don Antonio ser bien hazer la experiencia de la cabeça encantada, y con Don Quixote, Sancho, y otros dos amigos, con las dos señores q̄ avian molido à Don Quixote en el baile, que aquella noche se avia quedado con la muger de Don Antonio, se encerrò en la estancia donde estava la cabeça: contòles la propiedad que tenia, encargòles el secreto, y dixoles, que aquel era el primer dia, donde se avia de prolar la virtud de la tal cabeça encantada, y fino eran los dos amigos de Don Antonio, ninguna otra persona sabia el buñis del encanto, y aun si Don Antonio no se le huviera descubietto primero à sus amigos, tambien ellos cayeran en la admiracion en que los demás cayeron, sin ser posible otra cosa: con tal traça, y tal orden estava fabricadi. El primero que se llegó al oido de la cabeça, fue el mismo Don Antonio, y dixole en voz sumissa, pero no tanto, que de todos no fue entendida: Dime, cabeça, por la virtud que en ti se encierra, que pensamientos tengo yo aora? Y la cabeça le respòdiò, sin mover los labios, con voz clara, y distinta, de modo que fue de todos entendida esta razon: Yo no juzgo de pensamientos, oyèdo lo qual todos quedaron atonitos, y mas viendo, que en todo el aposento, ni al derredor de la mesa no avia

persona humana que responder pudiese. Quantos estamos aqui (torno à preguntar Don Antonio) y fuele respondido por el propio tenor passo. Estais tu, y tu muger con dos amigos tuyos, y dos amigas della, y vn Cavallero famoso, llamado D. Quixote de la Mancha, y vn escudero, que Sancho Pança tiene por nombre. Aqui si que fue el admirarse de nuevo: aqui si que fue el erizarse los cabellos à todos de puro espanto. Y apartándose Don Antonio de la cabeça, dixo: Esto me basta para dar me à entender, que no fue engañado del que te me vendió, cabeça sabia, cabeça habladora, cabeça respondona, y admirable cabeça. Llegue otro, y preguntela lo que quisiere: y como las mugeres de ordinario son presurosas, y amigas de saber, la primera que se llegó, fue vna de las dos amigas de la muger de Don Antonio, y lo que le preguntò, fue: Dime, cabeça, que harè yo para ser muy hermosa; y fuele respondido; sè muy honesta. No te pregunto mas, dixo la preguntanta. Llegò luego la companera, y dixo: Queria saber, cabeça, si mi marido me quiere bien, ò no. Y respondieronle. Mira las obras que te hazes, y echarlo has de ver. Apartòte la casada, diziendo; Esta respuesta no tenia necesidad de pregunta; porque enefeto, las obras que se hazen, declaran la



voluntad que tiene el que las haze. Luego llegó vno de los dos amigos de Don Antonio, y preguntóle: Quien soy yo? Y fuele respondido: Tu lo sabes. No te pregunto esto, respondió el Cavallero, sino que me digas, si me conoces tu? Si conozco, respondieron, que eres Don Pedro Noriz. No quiero saber mas, pues esto basta para entender, ó cabeça, que lo sabes todo. Y apartándole, llegó el otro amigo, y preguntóle: Dime, cabeça, qué deseos tiene mi hijo el mayorazgo? Ya yo he dicho le respondieron, que yo no juzgo de deseos; pero con todo esto te sé dezir, que los que tu hijo tiene son de enterrarte. Eso es, dixo el Cavallero, lo que veo por los ojos; con el dedo lo señalo, y no pregunto mas. Llegóse la muger de Don Antonio, y dixo: Yo no sé cabeça qué preguntarte, solo querría saber de ti, si gozaré muchos años de buen marido? Y respondieronla: Si gozarás, por que su salud, y su templança en el vivir prometen muchos años de vida, la qual muchos suelen acortar por su destemplança: Llegóse luego Don Quixote, y dixo: Dime tu el que respondes; fue verdad, ó fue sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos, serán ciertos los acotes de Sancho mi escudero, tendrá efecto el desencanto de Dulcinea? A lo de la cueva, rel-

pondieró, ay mucho que dezir, de todo tiene: los acotes de Sancho irán de espacio, el desencanto de Dulcinea llegará à à de vida execucion. No quiero saber mas, dixo Don Quixote, q como yo vea à Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertaré à desear. El ultimo preguntante fue Sancho, y lo que preguntó fue: Por ventura, cabeça, tendré otro Gobierno, saldré de la estrechez de escudero, bolveré à ver à mi muger, y à mis hijos? A lo que le respondieron: Governarás en tu casa; y si buelves à ella, verás à tu muger, y à tus hijos; y dexando de servir dexarás de ser escudero. Bueno par Dios, dixo Sancho Pança, esto yo me lo dixera, no dixera mas el Profeta Perogrullo. Bestia, dixo D. Quixote, que quieres que te respondan? No basta que las respuestas que esta cabeça ha dado, correspondan à lo que se le pregunta? Si bastare, respondió Sancho; pero quisiera yo q se declarara mas, y me dixera mas. Con esto se acabaron las preguntas, y respuestas, pero no se acabó la admiracion en que todos quedaron, excepto los dos amigos de Don Quixote, que el caso sabian. El qual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego por no tener suspenso al mundo, creyendo que algun hechizero, y extraordinario miste-



rio en la tal cabeça se encerrava: y así dize, que Don Antonio Moreno, à imitación de otra cabeça que viò en Madrid, fabricada por vn estampero, hizo esta en su casa para entretenerse, y suspender a los ignorantes; y la fabrica era de esta suerte. La tabla de la mesa era de palo, pintada, y barnizada, como jaspe; y el pie sobre que se sostenia, era de lo mismo, con quatro garras de Aguilas, que del salian para mayor firmeza del peso. La cabeça, que parecia medalla, y figura de Emperador Romano, y de color de bronce, estava toda hueca, y ni mas ni menos la tabla de la mesa, en que se encaxava tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecia: el pie de la tabla era asimismo hueco, que respondia à la garganta, y pechos de la cabeça; y todo esto venia à respòder à otro aposento, que debaxo de la estancia de la cabeça estava. Por todo este hueco de pie, mesa, garganta, y pechos de la medalla, y figura referida, se enca-minava vn cañon de hoja de lata muy justo, que de nadie podia ser visto. En el aposento de abaxo, correspondiente al de arriba, se ponía el que avia de responder, pegada la boca con el mismo cañon, de modo, que à modo de cerbatana iba la voz de arriba abaxo, y de abaxo arriba en palabras articuladas, y

claras; y de esta manera no era posible conocer el embuste. Vn sobrino de Don Antonio, estudiante agudo, discreto, fue el respondiente; el qual estando avisado de su señor tio de los que avian de entrar con el en aquel dia en el aposento de la cabeça, le fue facil responder con presteza, y puntualidad à la primera pregunta, à las demás respondió por conjeturas, y como discreto discretamente. Y dize mas Cide Hamete, que hasta diez, ò doze dias durò esta maravillosa maquina; pero que divulgandose por la Ciudad que Don Antonio tenia en su casa vna cabeça encantada, que à quantos le preguntavan respòdia: temiendo no llegasse à los oidos de las despiertas centinelas de nuestra Fé, aviendo declarado el caso à los señores Inquisidores, le mandaron, que lo deshiziesse, y no passasse mas adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizasse. Pero en la opinion de D<sup>o</sup> Quixote, y de Sancho Pança, la cabeça quedó por encantada, y por respondona, mas à satisfacion de Don Quixote, que de Sancho. Los Cavalleros de la Ciudad, por complacer à Don Antonio, y por agasajar à Don Quixote, y dar lugar à que descubriessse sus sandezes, ordenaron de correr fortija de allí à seis dias, que no tuvo efecto, por la ocasion



que se dirà adelante. Dióle gana à Don Quixote de passear la Ciudad à la llana, y à pie, temiendo que si iba a cavallo, le avian de perseguir los muchachos, y así él, y Sácho cō otros dos criados que Don Antonio le dió, salieron à passarse. Succedió, pues, que yendo por vna calle, açò los ojos Don Quixote, y vió escrito sobre vna puerta, con letras muy grandes: Aquí se imprimen libros, de lo que se contentò mucho, porque hasta entonces no avia visto Imprenta alguna, y deseava saber como fuesse. Entrò dentro con todo su acompañamiento, y vió tirar en vna parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella; y finalmente toda aquella maquinaria que en las Imprentas grandes se muestra. Llegavase Don Quixote à vn caxon, y preguntava, que era aquello que allí se hazia: davanle cuenta los oficiales, admiravase, y passava adelante. Llegò en otras à vno, y preguntòle, que era lo que hazia? El oficial le respondió: Señor, este Cavallero que aqui está, y enseñole à vn hombee de muy buen talle, y parecer, y de alguna gravedad, ha traducido vn libro Toscano en nuestra lengua Castellana, y estoyle yo componiendo para darle à la estampa. Que titulo tiene el libro? preguntò Don Quixote. A lo que el Autor respondió:

Señor, el libro en Toscano se llama, Lebagatele. Y que respõde Lebagatele en nuestro Castellano? preguntò Don Quixote. Lebagatele, dixo el Autor, es como si en Castellano dixesemos los juguetes; yaunque este libro es en el nombre humilde, contiene, y encierra en sí cosas muy buenas, y substanciales. Yo, dixo Don Quixote, se algun tanto del Toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto; pero digame vuestra merced, señor mio (yno digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuestra merced, sino por curiosidad no mas) ha hallado en su escritura alguna vez nombrar piñata? Si, muchas vezes, respondió el Autor. Y como la traduce vuestra merced en Castellano? preguntò Don Quixote. Como la avia de traducir, replicò el Autor, sino diziendo holla. Cuerpo de tal, dixo Don Quixote, y que adelante está v. m. en el Toscano idioma; yo apostarè vna buena apuesta, que adonde diga en el Toscano piache, dize vuestra merced en el Castellano place, y adonde diga piu, dize mas, y él se declara con arriba, y el piu con abaxo. Si declaro por cierto, dixo el Autor, porque estas son sus propias correspondencias. Ofaré yo jurar, dixo Don Quixote, que no es vuestra merced conocido en el mundo, enemigo



siempre de premiar los floridos ingenios, ni los loables trabajos; q̄ de habilidades ay perdidas por ai, q̄ de ingenios arrinconados, que de virtudes menospreciadas; pero cō todo esto me parece, que el traducir de vna lengua en otra, como no sea de las Reynas de las lenguas, Griega, y Latina, es como quien mira los tapices Flamencos, por el rebēs, que aunq̄ se ven las figuras, son llenas de hilos q̄ las escurecen, y no se ven con la lisura, y tez de la haz, y el traducir de lenguas faciles, ni arguye ingenio, ni elocucion, como no le arguye el que traslada, ni el q̄ copia vn papel de otro papel, y no por esto quiere inferir, que no sea loable este exercicio del traducir; porque en otras cosas peores se podia ocupar el hombre, y que menos provecho le traessen. Fuera de esta cuenta van los famosos traductores, el vno el famoso Doctor Christoval de Figueroa, en su Pastor Fido, y el otro Don Iuan de Xauregol, en su Aminta, donde felizmente ponē en duda qual es la traducciō, ò qual el original. Pero digame vuestra merced: este libro imprime se por su cuenta, ò tiene ya vendido el privilegio à algun librero? Por mi cuenta lo imprimo, respondiò el Autor, y pienso ganar mil ducados por lo menos en esta primera impressiō, que ha de fer de dos mil cuerpos, y se han de

despachar à seis reales cada vno en doce las pajas. Biē esta v. m. en la cuenta, respondiò D. Quixote: bien parece que no sabe las entradas, y salidas de los Impressores, y las correspondencias que ay de vnos à otros; yo le prometo, que quando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y mas si el libro es vn poco abieço, y no nada picante. Pues quē, dixo el Autor, quiere v. m. que se lo dē à vn librero, que me dē por el privilegio tres maravedis, y aun piēsa que me haze merced en darme los? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya en èl soy conocido por mis obras: provecho quiero, q̄ sin èl no vale vn quattrin la buena fama. Dios le dē à vuestra merced buena mande-recha, respondiò Don Quixote, y passo adelante à otro caxon, donde viò, que estavan corrigiendo vn pliego de vn libro, q̄ se intitulava: Luz del alma, y en viendole, dixo: Esos tales libros, aunque ay muchos deste genero, son los que se deven imprimir: porque son muchos los pecadores que se vsan, y son menester infinitas luzes para tantos desalumbados. Passò adelante, y viò que asimismo estavan corrigiendo otro libro, y preguntando su titulo, le respondiò, que se llamava la segunda parte del ingenioso Hidalgo



Don Quixote de la Mancha, compuesto por vn tal vezino de Tordeellas. Ya yo tengo noticia de este libro, dixo Don Quixote, y en verdad y en mi conciencia, que pensè que ya estava quemado, y hecho polvos por impertinente; pero su San Martin se le llegará, como à cada puerco: que las historias fingidas tanto tienen de buenas, y deleitables, quanto se llegan à la verdad, ò la semejança de ella: y las verdaderas tanto son mejores, quanto son mas verdaderas; y diziendo esto con muestras de algun despecho, se salió de la Imprenta: y aquel mismo dia ordenò Don Antonio de llevarle à ver las galeras, que en la playa estavan, de que Sancho se regozijò mucho, à causa que en su vida las avia visto. Avisò Don Antonio al Quatralvo de las galeras, como aquella tarde avia de llevar à verlas à su huésped el famoso Don Quixote de la Mancha, de quien ya el Quatralvo, y todos los vezinos de la Ciudad tenían noticia, y lo que le sucedió en ellas, se dirà

en el siguiente  
capitulo.

(?)



**CAP. LXIII.** *De lo mal que le avino à Sancho Pança con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa Morisca.*

**G**Randes eran los discursos que Don Quixote hazia sobre la respuesta de la encantada cabeça, sin que ninguno de ellos diesse en el embuste, y todos paravan con la promessa, que el tuvo por cierto, de el desencanto de Dulcinea, allí iba, y venia, y se alegrava entre si mismo, creyendo que avia de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecia el ser Governador, como queda dicho, todavia deseava bolver à mandar, y à ser obedido, que esta mala aventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas. En resolucion, aquella tarde D<sup>o</sup> Antonio Moreno su huésped, y sus dos amigos, con D. Quixote, y Sancho, fuerò à las galeras; el Quatralvo q̄ estava avisado de su buena venida, por ver à los dos famosos Quixote, y Sancho, apenas llegaron à la marina, quando todas las galeras abatieron tienda, y sonarò las chirimias, arrojaron luego el esquife al agua, cubierto de ricos tapetes, y de almohadas de terciopelo carmesi, y en poniendo que puso los pies en el Don Quixote, dis-



disparò la Capitana el cañon de cruxia, y las otras galeras hizieron lo mismo; y al subir Don Quixote por la escala derecha, toda la chusma le saludò, como es vfança, quando vna persona principal entra en la galera, diciendo: Hu, hu, hu, tres vezes; dióle la mano el General, que con este nombre le llamarèmos, que era vn principal Cavallero Valenciano, abraçò à Don Quixote, diciendo: Este dia señalarè yo con piedra blanca, por ser vno de los mejores que pienso llevar en mi vida, aviendo visto al señor Don Quixote de la Mancha: tiempo, y señal que nos muestra, que en él se encierra, y cifra todo el valor de la Andante Cavalleria. Con otras no menos corteses razones le respondió Don Quixote, alegre sobre manera de verse tratar tan à lo señor. Entraron todos en la popa, que estava muy bien adreçada; y sentaronse por los bándines, passo se el Comitre en cruxia, y dió señal con el pito, que la chusma hiziesse fuera ropa, que se hizo en vn instante. Sancho, que vió tanta gente en cueros, quedó pasmado, y mas quando vio hazer tienda con tanta priesa, que à él le pareció, que todos los diablos andavan allí trabajando; pero esto todo fueron tortas, y pan pintado, para lo que agora dirè. Estava Sancho sentado sobre el

estanterol, junto al respaldar de la mano derecha; el qual ya avisado de lo que avia de hazer, asió de Sancho, y levantandole en los braços, toda la chusma puesta en pie, y alerta, comenzando de la derecha vanda, le fue dando, y bolteando sobre los braços de la chusma de vanco en vanco, cõ tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pèso, que los mismos demonios le llevavan, y no pararon con él, hasta bolverle por la siniestra vanda à ponerle en la popa. Quedò el pobre molido, y jadeando, y trasudando, sin poder imaginar què fuesse lo que sucedido le avia. Don Quixote que vió el buelo sin alas de Sancho, preguntò al General, que si erã ceremonias aquellas q se vsavã con los primeros q entravan en las galeras; porq si acaso lo fuesse, el que no tenia intencion de professar en ellas, no queria hazer semejantes exercicios, y que votava à Dios, que si alguno llegava à asirle para boltearle, que le avia de sacar el alma à puntillazos, y diciendo esto, se levantò en pie, y empuñò la espada. A este instante abatieron tienda, y con grandissimo ruido dexaron caer la entena de alto abaxo, pensò Sancho, que el cielo se desencaxava de sus quicios, y venia à dar sobre su cabeça, y agoviandola lleno de miedo, la



puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo Don Quijote, que tambien se estremeció, y encogió de ombros, y perdió la color del rostro. La chusma hizo la entena con la misma priessa, y ruido que le avian amainado; y todo esto callando, como si no tuvieran voz, ni aliento; hizo señal el Comitre que zarpassen el ferro, y saltando en mitad de la cruzia con el corvacho, ò rebenque, començó à mosquear las espaldas de la chusma, y alargarse poco à poco à la mar. Quando Sancho vió a vna moxerle tantos pies colorados, que tales pensó el que eran los remos, dixo entre si: Estas si q̄ son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dize: que han hecho estos desdichados, que allí los açotan, y como este hombre solo, que anda por aqui silvando, tiene atrevimiento para açotar à tanta gente? Agora yo digo, este es el infierno, ò por lo menos el Purgatorio. Don Quijote que vió la atencion con que Sancho mirava lo que passava, le dixo: A Sancho amigo, y con que brevedad, y quan à poca costa os podiades vos, si quisiessedes, desnudar de medio cuerpo arriba, y poner os entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea, pues con la miseria, y penas de tantos no sintierades vos mucho la vuestra: y más, que podria ser, que el

sióio Merlin tomasse en cuenta cada açote destes, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os aviades de dar. Preguntar querria el General, que açotes erã aquellos, ò que desencanto de Dulcinea, quando dixo el marinero: Señal haze Monjui de que ay baxel de remos en la Costa por la vanda del Poniente. Esto oído, saltó el General en la cruzia, y dixo: Ea hijos, no se nos vaya; algun vergantin de colarios de Argel deve de ser este, que la atalaya nos señala. Llegaronse luego las otras tres galeras à la Capitana à saber lo q̄ se les ordenava: mandó el General, que las dos saliesen à la mar, y él con la otra iria tierra à tierra, porque así el baxel no se les escaparia. Apretó la chusma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecia que bolavan. Las que salieron à la mar, à obra de dos millas descubrieron vn baxel, que con la vista le marcaró por de hasta catorze, ò quinze vancos, y así era la verdad; el qual baxel, quando descubrió las galeras, se puso en caça, con intencion, y esperança de escaparse por su ligereza; pero avinole mal, porque la galera Capitana era de los mas ligeros baxeles que en la mar navegavan; y así le fue entrando, que claramente los del vergantin conocieran que no podian escaparse;



y así el Arraez quisiera que dexáran los remos, y se entregáran, por no irritar à enojo al Capitan que nuestras galeras regia; pero la suerte, que de otra manera lo guiava, ordenò, que ya que la Capitana llegava tan cerca, que podian los de el baxel oír las voces que desde ella les dezian, que se rindies- sen; dos Toraquis, que es co- mo dezir, dos Turcos, borra- chos, que en el verganrin ve- nian con estos doze, dispararon dos escopetas, con que dieron muerte à dos soldados, que so- bre nuestras arrumbadas ve- nian. Viendo lo qual, jurò el General de no dexar con vida à todos quantos en el baxel to- mase, y llegando à embestir con toda furia, se le escapò por debaxo de la palamenta; passò la galera adelante vn buen tre- cho, los del baxel se vieron per- didos, hizieron vela en tanto que la galera bolvia, y de nue- vo à vela, y remo se pusieron en caça; pero no les aprovechò su diligencia, tantò como les da- ñò su atrevimiento: porque alcançandoles la Capitana à poco mas de media milla, les echò la palamenta encima, y los cogió vivos à todos. Lle- garon en esto las otras dos ga- leras, y todas quatro con la pre- sa bolvieron à la playa, dõde in- finita gente los estava esperan- do, deseosos de ver lo q̄ traian. Dio fondo el General cerca de

tierra, y conociò, que estava en la marina el Virrey de la Ciu- dad, mando echar el esquife para traerle, y mando amainar la antena, para ahorcar luego luego al Arraez, y à los demás Turcos, que en el baxel avia cogido, que serian hasta treinti- ta y seis personas, todos gallar- dos, y los mas escopeteros Tur- cos. Preguntò el General quien era el Arraez del vergantin, y fuele respòdido por vno de los cautivos en lengua Castellana (que despues pareció ser rene- gado Español) este mancebo, se- ñor, que aqui vès, es nuestro Arraez, y mostròle vno de los mas bellos, y gallardos moços que pudiera pintar la humana imaginacion. La edad, al pare- cer, no llegava à veinte años. Preguntòle el General: Dime mal aconsejado perro, quien te movió à matarme mis solda- dos, pues veias ser imposible el escaparte; este respeto se guarda alas Capitanas? No sa- bes tu, que no es valentia la te- meridad? Las esperanças dudo- sas han de hazer à los hombres atrevidos; pero no temerarios. Responder querria el Arraez, pero no pudo el General por en- tonces oír la respuesta, por acu- dir à recibir al Virrey, q̄ ya en- trava en la galera, cõ el qual en- traren algunos de sus criados, y algunas personas de el pueblo. Buena ha estado la caça, señor General, dixo el Virrey. Y tan



buena, respondió el General, qual la verá V. Exc. agora colgada desta antena. Como así, replicó el Virrey? Porque me han muerto, respondió el General, contra toda ley, y con toda razón, y vfança de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venian, y yo he jurado de ahorcar à quantos he cautivado, principalmente à este moço, que es el Arraez del vergantia, y enseñóle al que ya tenia atadas las manos, y echado el cordel à la garganta, esperando la muerte. Miróle el Virrey, y viendole tan hermoso, y tan gallardo, y tan humilde, dandole en aquel instante vna carta de recomendacion su hermosura, le vino deseo de escusar su muerte, y así le preguntó: Dime Arraez, eres Turco de nacion, ó Moro, ó renegado? A lo que el moço respondió, en lengua así mismo Castellana: Ni soy Turco de nación, ni Moro, ni renegado. Pues qué eres? replicó el Virrey. Muger Christiana, respondió el mancebo. Muger Christiana, y en tal trage, y en tales passos, mas es cosa para admirada, que para creerla. Suspended, dixo el moço, o señores, la execucion de mi muerte, que no se perderà mucho en que se dilate vuestra vengança en tanto que yo os cuente mi vida. Quien fuera el de coracon tan duro, que con estas razones no se ablandara, ó

alomenos hasta oír las que el triste, y lastimado mancebo dezir queria? El General le dixo, que dixesse lo que quisiere; pero que no esperasse alcanzar perdon de su conocida culpa. Con esta licencia, el moço comenzó à dezir desta manera. De aquella nación mas desdichada, y prudente, sobre quié ha llovido estos dias vn mar de desgracias, naci yo de Moriscos padres engendrada, en la corriente de su desventura fuy yo por dos tios míos llevada à Berberia, sin que me aprovechasse dezir, que era Christiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas, ni aparentes, sino en las verdaderas, y Catholicas: no me valió con los que tenian à cargo nuestro miserable destierro dezir esta verdad, ni mis tios quisieron creerla, antes la tuvieron por mentira, y por invencion para quedarme en la tierra donde avia nacido, y así por fuerza mas que por grado, me traxeron consigo. Tuve vna madre Christiana, y vn padre discreto, y Christiano, ni mas, ni menos: mamá la Fe Catolica en la leche, crieme con buenas costumbres, ni en la lengua, ni en ellas jamás, à mi parecer, di señales de ser Morisca: al par, y al passo destas virtudes (que yo creo que lo son) creció mi hermosura, si es que tengo alguna, y aunque mi recato, y mi encerramiento fue mucho, no devió de ser



fer tanto, que no tuviesse lugar de verme vn mancebo Cavallero, llamado Don Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de vn Cavallero, que junto à nuestro lugar otro fuyo tiene: como me viò, como nos hablamos, como se viò perdido por mi, y como yo no muy ganada por èl, feria largo de contar, y mas en tiempo que estoy temiendo, que entre la lengua, y la garganta se ha de atravesar el riguroso cordel, que me amenaça; y assi lo dirè, como en nuestro destierro quiso acompañarme Don Gregorio: mezclòse con los Moriscos que de otros lugares salieron, porque sabia muy bien la lengua, y en el viage se hizo amigo de dos tios míos, que còsigo me traían, porque mi padre prudente, y prevenido, assi como oyò el primer vando de nuestro destierro se salió de el lugar, y se fue à buscar alguno en los Reynos estraños, que nos acogiesse; dexo encerradas, y enterradas en vna parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas, y piedras de grã valor, con algunos dineros en cruzados, y doblones de oro: mandòme, que no tocasse al tesoro que dexava en ninguna manera, si acaso antes q' èl bolviessè nos desterravan. Hizelo assi, y con mis tios (como tengo dicho) y otros parientes, y allegados passamos à Berberia, y el lugar donde hizimos assiē-

to, fue en Argel, como si le hizieramos en el mismo infierno. Tuvo noticia el Rey de mi hermosura, y la fama se la diò de mis riquezas, que en parte fue ventura mia. Lamòme ante si, preguntòme, de què parte de España era, y què dinero, y q' joyas traia: dixele el lugar, y que las joyas, y dineros quedavan en el enterrados; pero que con facilidad se podrian cobrar si yo misma bolviessè por ellos. Todo esto le dixè temerosa de que no le cegasse mi hermosura, sino su codicia. Estando còmigo en estas platicas, le llegaron à dezir, como venia còmigo vno de los mas gallardos, y hermosos mancebos que se podia imaginar: luego entendí, que lo dezian por Don Gaspar Gregorio, cuya belleza se dexa atrás las mayores que encarecerse pueden. Turbeme, considerando el peligro que D. Gregorio corria, porque entre aquellos Barbaros Turcos, en mas se tiene, y estima vn muchacho, ò mancebo hermoso, que vna muger, por bellissima que sea. Mandò luego el Rey, que se le traxessen allí delante para verle, y preguntòme, si era verdad lo que de aquel moço le dezian; entonces yo, casi como prevenida del ciclo, le dixè, que si era; pero que le hazia saber, que no era varon, sino muger como yo, y que le suplicava me la dexasse ir à vestir en su na-



tural tra ge, para que de todo en todo mostrasse la belleza, y con menos empacho pareciese antes a presencia. Dixome, que fuese en buenahora, y que otro dia hablariamos en el modo que se podia tener para que yo volviese a España a sacar el escondido tesoro. Hablé con D. Gaspar, contele el peligro que corría el mostrar ser hombre: ves tile de Mora, y aquella misma tarde le traxe a la presencia del Rey, el qual en viendole, quedó admirado, y hizo designio de guardarla para hazer presente della al Gran señor, y por huir del peligro que en el ferrallo de sus mugeres podia tener, y temer de si mismo, la mandò poner en casa de unas principales Moras, que le guardassen, y la sirviesse: adonde le llevaron luego; lo que los dos sentimos (que no puedo negar que no le quiero) se dexa a la consideración de los que se apartan, si bien se quieren, dió luego traça el Rey de que yo volviese a España en este vergantín, y que me acompañassen dos Turcos de nacion, que fueron los que mataron nuestros soldados: vino también conmigo este renegado Español, señalando al que avia hablado primero, del qual sé yo bien que es Christiano encubierto, y que viene con mas deleo de quedarle en España, que de bolverse a Berberia: la demás chusma del vergantín son Moros, y Turcos,

que no sirven de mas, que de vogar al remo: los dos Turcos codiciosos, e insolentes, sin guardar el orden que traíamos, de que a mi, y a este renegado en la primer parte de España, en habito de Christianos (de que venimos proveidos) nos echassen en tierra, primero, quisierón barrer esta costa, y hazer alguna presa si pudiesen, temiendo que si primero nos echavan en tierra, por algun accidente que a los dos nos sucediese, podríamos descubrir que quedava el vergantín en la mar, y si acaso huviesse galeras por esta costa, los tomassen: anoche descubrimos esta playa, y sin tener noticia destas quatro galeras, fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que aveis visto. En resolución, Don Gregorio queda en habito de muger entre mugeres, con manifesto peligro de perderse, y yo me veo atadas las manos, esperando, o por mejor dezir, temiendo perder la vida que ya me cansa. Este, señor, es el fin de mi lamentable historia, tan verdadera, como desdichada: lo que os ruego es, que me dexeis morir como Christiana (pues como ya he dicho) en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caído; y luego calló, preñados los ojos de tiernas lagrimas, a quien acompañaron muchos de los que presentes estavan. El Virrey, tierno, y com-



passivo, sin hablarle palabra se llegó à ella, y la quitó con sus manos el cordel, que las hermosas de la Mora ligava. En tanto, pues, que la Morisca Christiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella vn anciano peregrino, que entró en la galera, quando entró el Virrey, y apenas dio fin à su platica la Morisca, quando èl se arrojó à sus pies, y abraçado dellos, con interrumpidas palabras de mil solloços, y suspiros, la dixo: O Ana Felix, desdichada hija mia, yo soy tu padre Ricote, que bolvia à buscarte, por no poder vivir sin ti, que eres mi alma, à cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alcò la cabeça (que inclinada tenía, pensando en la desgracia de su passio) y mirando al peregrino, conoció ser el mismo Ricote, que topó el dia que salió de su Gobierno, y confirmóse, que aquella era su hija, la qual yà desatada abraçò a su padre, mezclando sus lagrimas con las suyas: el qual dixo al General, y Virrey, esta señores, es mi hija, mas desdichada en sus sucesos, que en su nombre. Ana Felix se llama con el sobrenombre de Ricote, famosa tãto por su hermosura, como por mi riqueza; yo sali de mi patria à buscar en Reynos estraños quien nos albergasse, y recogiesse, y aviendole hallado en Alemania, bolvi en este habito de pe-

regrino, en compañía de otros Alemanes à buscar mi hija, y à desenterrar muchas riquezas que dexè escondidas, no hallè à mi hija, hallè el tesoro que conmigo traigo, y agora por el estraño rodeo que aveis visto, he hallado el tesoro que mas me enriquece, que es à mi querida hija, si nuestra poca culpa, y sus lagrimas, y las mias por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas à la misericordia, usada con nosotros, que jamàs tuvieron pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningun modo con la intencion de los nuestros, que injustamente hã sido desterrados. Entonces dixo Sàcho, bien conosco à Ricote, y se que es verdad lo que dize en quãto à ser Ana Felix su hija, que essotras çarãdajas de ir, y venir, tener buena, o mala intenciõ, no me entrometo. Admirados del estraño caso todos los presentes, el General dixo, vnapor vna vuestras lagrimas nõ me dexaràn cumplir mi juramento, vivid hermosa Ana Felix los años de mi vida que os tiene determinado el Cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes, y atrevidos que la cometierõ, y mandò luego ahorcar de la entena à los dos Turcos, que a sus dos soldados avian muerto; pero el Virrey le pidió encarecidamente no los ahorcasse, pues mas locura, que valètia avia sido la suya.



Hizo el General lo que el Virrey le pedia, porque no se executan bien las venganças à sangre elada: procuraron luego dar traça de sacar à Don Gaspar Gregorio de el peligro en que quedava. Ofrecio Ricote para ello mas de dos mil ducados, que en perlas, y en joyas tenia: dieronse muchos medios; pero ninguno fue tal, como el que dió el renegado Español, que se ha dicho, el qual se ofrecio de bolver à Argel en algun barco pequeño, de hasta seis vancos, armado de remeros Christianos, porque él sabia donde, como, y quando podia, y devia desembarcar: y assi mismo no ignorava la casa donde Don Gaspar quedava. Dudaron

el General, y el Virrey el fiarse del renegado, ni confiar de los Christianos que avian de vogar el remo. Fióle Ana Felix, y Ricote su padre dixo, que salia à dar el rescate de los Christianos, si acaso se perdiesen. Firmados, pues, en este parecer, se desembarcó el Virrey, y Don Antonio Moreno se llevó consigo à la Morisca, y à su padre, encargandole el Virrey que los regalasse, y acariciasse quanto le fuesse possible; que de su parte le ofrecia lo que en su casa huviesse para su regalo. Tanta fue la benevolencia, y caridad que la hermosura de Ana Felix infundió en su pecho.

(?)





CAP. LXIV. *Que trata de la aventura que mas pesadumbre dió á Don Quixote de quantas hasta entonces le avian sucedido.*



**L**A muger de Don Antonio Moreno, cuenta la historia, que recibió grandissimo contento de ver á Ana Felix en su casa; recibíola con mucho agrado, así enamorada de su belleza, como de su discrecion, porque en lo vno, y en lo otro era estremada la Morisca: y toda gente de la Ciudad, como á campana tañida, veniá á verla. Dixo Don Quixote á D. Antonio, que el parecer que avian tomado en la liberalidad de D.

Gregorio, no éra bueno, porque tenia mas de peligroso, que de conveniente; y que sería mejor que le pusiessen á él en Berberia con sus armas, y cavallo, que él le sacaria á pesar de toda la Morisma, como avia hecho D. Gaiferos á su esposa Melisendra. Advierta vuestra merced, dixo Sancho, oyendo esto, que el señor Don Gaiferos sacò á su esposa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme; pero aqui, si acaso sacamos á



à Don Gregorio, no tenemos por donde traerle à España, pues està la mar en medio. Para todo ay remedio, fino para la muerte, respondió D. Quixote, pues llegando el barco à la marina, nos podremos embarcar en el, aunque todo el mundo lo impida. Muy bien lo pinta, y facilita vuestra merced, dixo Sancho; pero del dicho al hecho ay gran trecho: y yo me atengo al renegado, que me parece muy hombre de bien, y de muy buenas entrañas. Don Antonio dixo, que si el renegado no saliese bien del caso, se tomaria el expediente de que el gran D. Quixote passesse en Berberia, de alli à dos dias partiò el renegado en vn ligero barco de seis remos por vanda, armado de valentissima chufma; y de alli à otros se partieron las Galeras à Levante, aviendo pedido el General al Visorrey fuesse servido de avisarle de lo que sucediesse en la libertad de Don Gregorio, y en el caso de Ana Felix: quedò el Visorrey de hazerlo assi, como se lo pedia. Y vna mañana, saliendo D. Quixote à passearse por la playa, armado de todas sus armas; porque como muchas vezes dezia, ellas erã sus arreos, y descansò el pelear, y no se hallava sin ellas vn punto, viò venir àzia el vn Cavallero armado assimismo de punta en blanco, que en el escudo traia pintada vna Luna resplande-

ciente, el qual llegando se à trecho que podia ser oido, en altas voces, encaminando sus razones à Don Quixote, dixo: Insigne Cavallero, y jamàs, como se deve, alabado Don Quixote de la Mancha; yo soy el Cavallero de la blanca Luna, cuyas inauditas hazañas, quizá te le avrán traído à la memoria, vengo à contendr contigo, y à probar la fuerza de tus brazos, en razon de hazerte conocer, y confesar, que mi dama, sea quien fuere, es sin comparacion mas hermosa que tu Dulcinea del Tobo; la qual verdad si tu la confiesas de llano en llano, escusaràs tu muerte, y el trabajo que yo he de tomar en darte la; y si tu peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfacion, sino q dexando las armas, y absteniendete de bulcar aventuras, te recojas, y retires à tu Lugar, por tiempo de vn año, donde has de vivir sin echar mano à la espada, en paz tranquila, y en provecho soisiego, porque assi conviene al aumento de tu hazienda, y a la salvacion de tu alma: y si tu me vencieres, quedará à tu discrecion mi cabeça, y serán tuyos los despojos de mis armas, y cavallo, y passara a la tuya la fama de mis hazañas; mira lo que te està mejor, y respondeme luego: porque oy todo el dia tengo de termino para despachar este negocio. Don Quixote quedò suspento, y atoni-



nito, así de la arrogancia del Cavallero de la blanca Luna, como de la causa, porque le desafiava: y con reposo, y ademan severo le respondió: Cavallero de la blanca Luna, cuyas hazañas hasta agora no han llegado à mi noticia, yo os haré jurar, que jamás aveis visto à la ilustre Dulcinea, que si visto la huvierades, yo se que procurarades no poner os en esta demanda, porq̄ su vista os desengañara, de que no ha avido, ni puede aver belleza que con la tuya comparar se pueda: y así no diziendoos que mētis, sino que no acertais en lo propuesto, con las condiciones que aveis referido a ceto vuestro desafío, y luego, porque no se passe el dia que traeis determinado, y solo excepta de las condiciones, la de q̄ se passe à mi la fama de vuestras hazañas, porque no se quales, ni que tales sean, con las mias me contento, tales quales ellas son: tomad pues, la parte del campo que quieredes, que yo hare lo mismo, y à quien Dios se la diere, S. Pedro te la bendiga. Avian descubierto de la Ciudad al Cavallero de la blanca Luna, y dichole al Visorrey, que estava hablando con D. Quixote de la Mancha. El Visorrey creyendo seria alguna nueva aventura, fabricada por D. Antonio Moreno, ò por otro algun Cavallero de la Ciudad: salio luego à la playa con D. Antonio, y con otros

muchos Cavalleros, que le acompañavan à tiempo, quando Don Quixote bolvia las riendas à Rozinante para tomar del campo lo necesario: viendo, pues, el Visorrey que davan los dos señales de bolverse à encontrar, se puso en medio, preguntandoles, que era la causa, que les movia à hazer tan de improviso batalla. El Cavallero de la blanca Luna respondió, que era precedencia de hermosura, y en breves razones le dixo las mismas que avia dicho à Don Quixote, con la aceptación del desafío, hechas por entrambas partes. Llegose el Visorrey à Don Antonio, y preguntole passo: Si sabia quien era el tal Cavallero de la blanca Luna, ò si era alguna burla que querian hazer à Don Quixote? D. Antonio le respondió: Que ni sabia quien era, ni si era de burlas, ni de veras el tal desafío. Esta respuesta tuvo perplexo al Visorrey, y en si les dexaria, o no passar adelante en la batalla: pero no pudiendose persuadir à que fuesse si no burla, se apartò, diziendo: Señores Cavalleros, si aqui no ay otro remedio, sino confesar, ò morir, y el señor D. Quixote està en sus treze, y vuestra merced el de la blanca Luna en sus catorze, a la mano de Dios, ydense. Agradecio el de la blanca Luna con cortesías, y discretas razones al Visorrey la licencia que se le da-



dava, y Don Quixote hizo lo mismo, el qual encomendandose al Cielo de todo coraçon, y à su Dulcinea (como tenia de costumbre al començar de las batallas que se le ofrecian) tornò à tomar otro poco mas del campo, porque viò que su contrario hazia lo mismo; y sin tocar trompa, ni otro instrumento belico, que les diessè señal de arremeter, bolvieron entrambos à vn mismo punto las riendas à sus cavallos, y como era mas ligero el de la blanca Luna, llegò à Don Quixote à dos tercios andados de la carrera, y alli le encontrò con tan poderosa fuerça, sin tocarle con la lança, que la levantò, al parecer, de proposito, que diò cõ Rozinante, y con D. Quixote por el suelo vna peligrosa caída; fue luego sobre el, y poniendole la lança sobre la visera, le dixo: Vécido sois, Cavallero, y aũ muerto, sino confessais las condiciones de nuestro desafío. Don Quixote molido, y aturdido, sin alcanzarle la visera, como si hablàra dentro de vna tumba, con voz debilitada, y enferma, dixo: Dulcinea del Tobofo es la mas hermosa muger del mudo, y yo el mas desdichado Cavallero de la tierra, y no es biẽ que mi flaqueza defraude esta verdad, apriera, Cavallero, la lança, y quitame la vida, pues me has quitado la honra. Esto no harè yo por cierto, dixo el de la blan-

ca Luna; viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Tobofo, que solo me contento con que el gran Dõ Quixote se retire à su Lugar vn año, ò hasta el tiempo que por mi le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla. Todo esto oyeron el Visorrey, y D. Antonio, con otros muchos que alli estavan, y oyeron asimismo, que D. Quixote respondió, que como no le pidiesse cosa que fuesse en perjuizio de Dulcinea, todo lo demàs cumpliria, como Cavallero pũtual, y verdadero. Hecha esta cõfession bolviò las riendas el de la blanca Luna, y haziendo mesura con la cabeça al Visorrey, à medio galope se entrò en la Ciudad. Mandò el Visorrey à Don Antonio, que fuesse tras el, y q̃ en todas maneras supiesse quiẽ era. Levantaron à Don Quixote, descubrieronle el rostro, y hallaronle sin color, y trasudado. Rozinãte de puro mal parado no se pudo mover por entõces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabia què dezirse, ni què hazerse; parecia, que todo aquel suceso passava en sueños, y que toda aquella maquina era cosa de encantamento. Veia à su señor rendido, y obligado à no tomar armas en vn año; imaginava la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanças de sus nuevas pro-



promesas, deshechas, como se deshaze el humo con el viento, temia se quedaria, o no con trecho Rozinante, o deslocado su amo, que no fuera poca ventura, si deslocado quedara: finalmente, con vna silla de manos, que mando traer el Visorrey, le llevaron a la Ciudad, y el Visorrey se bolvió tambien a ella con deseo de saber quien fuesse el Cavallero de la blanca Luna, que de tan mal talante avia dexado a Don Quixote.

**CAP. LXV.** *Donde se dà noticia quien era el de la blanca Luna, con la libertad de D. Gregorio, y de otros sucesos.*

**S**iguio Don Antonio Moreno al Cavallero de la blanca Luna, y siguiéronle tambien, y aun persiguieronle, muchos muchachos, hasta que le cerraron en vn meson dentro de la Ciudad; entro el Don Antonio con deseo de conocerle, salió vn escudero a recibirle, y a desarmar se encerróse en vna sala baxa, y con el Don Antonio, que no se le cozia el pan, hasta saber quien fuesse. Viendo, pues, el de la blanca Luna, que aquel Cavallero no le dexava, le dixo: Bien se, señor, a lo que venis, que es a saber quien soy, y porque no ay para que negaroslo, en tanto que este mi criado me

desarma, os lo diré, sin faltar vn punto a la verdad de el caso: Sabed, señor, que a mi me llaman el Bachiller Sanson Carrasco, soy de el mismo Lugar de Don Quixote de la Mancha, cuya locura, y sandez mueve a que le tengamos lastima todos quantos le conocemos, y entre los que mas se la han tenido, he sido yo, y creyendo, que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra, y en su casa, di traça para hazerle estar en ella, y assi avrá tres meses q le sali al camino como Cavallero andante, llamandome el Cavallero de los Espejos, con intencion de pelear con él, y vencerle, sin hazerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelea, que el vencido quedasse a discrecion del vencedor, y lo que yo pensava pedirle (por que ya le juzgava por vencido) era, que se bolviesse a su Lugar, y que no saliesse dél en todo vn año, en el qual tiempo podria ser curado; pero la fuerte lo ordenò de otra manera, porque él me venció a mi, y me derribò del cavallo, y assi no tuvo efecto mi pensamiento; él prosiguió su camino, y yo me bolvi vencido, corrido, y molido de la caída, que fue además peligrosa; pero no por esto se me quitò el deseo de bolver a buscalo, y a vencerle, como oy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar



las ordenes de la andante Cavalleria, sin duda alguna guardare la que le he dado en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que passa, sin que tēga que dezir otra cosa alguna, suplicoos no me descubrais, ni le digais à Don Quixote quiē soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos mios, y buelva à cobrar su juicio vn hombre que le tiene bonissimo, como le dexen las sendezes de la Cavalleria. O señor, dixo Don Antonio, Dios os perdone el agravio que aveis hecho à todo el mundo, en querer bolver à cuerdo al mas gracioso loco que ay en el. No veia, señor, que no podrà llegar el provecho que acuse la cordura de Don Quixote, à lo que llega el gusto que dà con sus desvarios; pero yo imagino, que toda la industria del señor Bachiller no ha de ser parte para bolver cuerdo à vn hombre tan rematadamente loco, y fino fuesse contra caridad diria, que nunca sane Don Quixote, porque con salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Pança su escudero, que qualquier dellas puede bolver à alegrar à la misma melancolia: con todo esto callarè, y no le dirè nada, por ver si algo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto la diligencia, hecha por esse señor Carrasco. El qual respondió, que yà vna por vna estava en buē punto aquel negocio,

de quien espera feliz suceso, y aviendose ofrecido Don Antonio de hazer lo que mas le mandasse, se despidió del. Y hecho liar sus armas sobre vn macho; luego al mismo punto sobre el cavallo con que entrò en la batalla, se salió de la Ciudad aquel mismo dia, y se bolvió à su patria, sin sucederle cosa que obligue à contraria toda esta verdadera historia. Contò Don Antonio al Visorrey y todo lo que Carrasco le avia contado, de lo que el Visorrey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de Don Quixote se perdian el que podian tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia. Seis dias estuvo Don Quixote en el lecho, marrido, triste, pensativo, y mal acondicionado, yendo, y viniendo con la imaginacion en el desdichado suceso de su vécimiento consolavale Sancho, y entre otras razones le dixo: Señor mio, alce vuestra merced la cabeza, y alegrese si puede, y dè gracias al cielo, que yà que le derribò en la tierra no salió con alguna costilla quebrada, y pues sabe, que donde las dan las toman, y que no siempre ay tozinos, dode ay estacas; dè vna higa al medico, pues no le ha menester, para que le cure en esta enfermedad: bolvamonos à nuestra casa, y dexemonos de andar buscado avēturas, por tierras, y lugares que no sabemos, y si biē se



considera, yo soy aqui el mas perdido, aunque es vuestra merced el mas mal parado. Yo que dexè con el Gobierno los deseos de ser mas Governador, no dexè la gana de ser Còde, que jamàs tendrà efecto, si vuestra merced dexa de ser Rey, dexando el exercicio de su Cavalleria, y así vienen à bolverse en humo mis esperanças. Calla Sancho, pues ves, que mi reclusiõ, y retirada no ha de passar de vn año, que luego bolverè à mis honrados exercicios, y no me ha de faltar Reyno que gane, y algun Condado que darte. Dios lo oiga, dixo Sancho, y el pecado sea fardo, que siempre he oido dezir, que mas vale buena esperança, q̄ ruin posesiõ. En esto estavan, quando entrò D. Antonio, diziendo, con muestras de grandísimo contento: Albricias, señor Don Quixote, que Don Gregorio, y el renegado que fue por él, està en la playa: que digo en la playa? y à està en casa del Visorrey, y erà aqui al momento. Alegròse algun tanto Don Quixote, y dixo: En verdad que estoy por dezir, que me holgara que huviera sucedido todo al rebès, porque me obligàra à passar en Berberia, donde cõ la fuerza de mi brazo diera libertad, no solo à Don Gregorio, sino à quantos Christianos cautivos ay en Berberia; pero que digo, miserable, no soy yo el vencido? No soy yo el de-

rribado? No soy yo el q̄ no puedo tomar arma en vn año? Pues que prometo? De que me alabo, si antes me conviene vsar de la rueca, que de la espada? De xese de esto, señor dixo Sancho, viva la gallina aunque con su pepita: que oy por ti, y mañana por mi; y en estas cosas de encuentros, y porraços, no ay tomarles tien to alguno, pues el que oy cay, puede levantarse mañana, sino es que se quiera estàr en la cama; quiero dezir, que se dexè desfayar, sin cobrar nuevos brios para nuevas pependencias: y levante se vuestra merced aora para recibir à Don Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, y ya deve de estar en casa; y así era la verdad, porque aviendo ya dado cuenta à Don Gregorio, y el renegado al Visorrey, y de su ida, y buelta, deseoso Don Gregorio de ver à Ana Felix, vino con el renegado à casa de Don Antonio; y aunque Don Gregorio quando le sacaron de Argel fue con habitos de muger, y el barcolos trocò por los de vn cautivo que salió con figo; pero en qualquiera q̄ vinièra, mostràra ser persona para ser codiciada erguida, y estimada: porque era hermitico sobre manera, y la edad, al parecer, de diez y siete, ò diez y ocho años. Ricote, y su hija salieron à recibirle el padre con lagrimas, y la hija con honestidad. No se



abracaron vnos à otros, porque donde ay mucho amor, no suele aver demasiada desemboltura. Las dos bellezas juntas de Don Gregorio, y Ana Felix admiraron en particular à todos juntos los que presentes estavan. El silencio fue alli el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas, que descubrieron sus alegres, y honestos pensamientos; contó el renegado la industria, y medio que tuvo para sacar à Don Gregorio: contó Don Gregorio los peligros, y aprietos en que se avia visto con las mugeres con quien avia quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostrò, que su discrecion se adelantava à sus años. Finalmente, Ricote pagò, y satisfizo liberalmente, assi al renegado, como à los que avian bogado al remo. Reincorporòse, y reduxòse el renegado con la Iglesia, y de miembro podrido bolvió limpio, y sano con la penitencia, y el arrepentimiento. De alli à dos dias tratò el Visorrey con D. Antonio, que modo tendrian para que Ana Felix, y su padre quedassen en España, pareciendoles no ser de inconveniente alguno que quedassen en ella hija tan Christiana, y padre, al parecer, tan bien intencionado. Don Antonio se ofreció venir a la Corte à negociar lo, donde avia de venir forçosamente à otros nego-

cios, dando à entender, que en ella, por medio de el favor, y de las dadivas, muchas cosas dificultosas se acaban. No dixo Ricote, que se hallò presente à esta platica, ay que esperar en favores, ni en dadivas; porque con el gran D. Bernardino de Velasco, Conde de Salazar, à quien diò su Magestad cargo de nuestra expulsion, no valen ruegos, ni promesas, no dadivas, no lastimas: porque aunque es verdad que el mezcla la misericordia con la justicia, como à ve que todo el cuerpo de nuestra naciòn està contaminado, y podrido, vna con el antes del cautiverio que abraza, que del unguento que molifica; y assi con prudencia, con sagacidad, con diligencia, y con medios que pone, ha llevado sobre sus fuertes ombros à devida execucion el peso desta gran maquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, sollicitudes, y fraudes ayà podido deslumbrar sus ojos de Argos, que continuo tiene alerta, porque no se le quede, ni encubra ninguno de los nuestros, que como raiz escondida, que con el tiempo venga despues à brotar, y echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembaraçada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenia, heroica resolucion de el gran Filipo Tercero, y inaudita prudencia en averla encargado al tal Don Bernardino de Velasco. Vna por vna, yo ha-



harè, puesto allà las diligencias posibles, y haga el cielo lo que mas fuere servido, dixo Don Antonio: Don Gregorio se irà conmigo à consolar la pena que sus padres deven tener por su ausencia. Ana Felix se quedará con mi muger en mi casa, ò en vn Monasterio, y yo sé que el señor Visorrey gustará se quedè en la saya el buen Ricote, hasta ver como yo negocio. El Visorrey consintió en todo lo propuesto; pero Don Gregorio, sabiendo lo que passava, dixo: Que en ninguna manera podia, ni queria dexar a Doña Ana Felix; pero teniendo intención de ver à sus padres, y de dar traça de bolver por ella, vino en el decretado concierto. Quedòse Ana Felix con la muger de Don Antonio, y Ricote en casa del Visorrey. Llegòse el dia de la partida de Don Antonio, y el de Don Quixote, y Sancho, que fue de alli à otros dos, que la caída no le concedió que mas presto se pudiesse encarnino: hubo lagrimas, hubo suspiros, desmayos, y solloços al despedir à Don Gregorio de Ana Felix: ofrecióle Ricote à Don Gregorio mil escudos, si los queria; pero èl no tomó ninguno, sino solos cinco, que le prestò Don Antonio, prometiendo la paga dellos en la Corte. Con esto se partieron los dos, y Don Quixote, y Sancho despues (como se ha dicho) Don

Quixote de armado, y de camino: Sancho à pie, por ir el ruzio cargado con las armas.

CAP. LXVI. *Que trata de lo que verá el que lo leyere, ò lo oirá el que lo escuchare leer.*

Al salir de Barcelona, bolvió D. Quixote à mirar el sitio donde avia caído, y dixo: Aqui fue Troya, aqui mi desdicha, y no mi cobardia, se llevó mis alcãçadas glorias; aqui usò la fortuna conmigo de sus bueltas, y rebueltas; aqui se escurecieron mis hazañas: aqui finalmente cayó mi ventura, para jamás levantarse. Oyendo lo qual Sancho, dixo: Tan de valientes coraçones es, señor mio, tener sufrimiento en las desgracias, como alegría en las prosperidades; y esto lo juzgo por mi mismo, q si quando era Governador estava alegre, aora que soy escudero de à pie, no estoy triste: porque he oido dezir, que esta que llaman por ai fortuna, es vna muger borracha, y antojadiza, y sobre todo ciega; y assi no ve lo que haze, ni sabe à quien derriba, ni à quien ensalça. Muy Filosofo estás, Sancho, respondiò Don Quixote, muy à lo discreto hablas, no sé quien te lo enseña. Lo que te sé dezir es, que no ay fortuna en el mundo, ni las cosas que en el suceden, buenas, o malas que sean,



vienen acafo, fino por particular providencia de los Cielos, y de aqui viene lo que suele decirse, que cada vno es artifice de su ventura: yo lo he sido de la mia; pero no con la providencia necesaria, y assi me han fallido al gallarin mis presumpciones, pues deviera pensar que al poderoso grandor del cavallo del de la blanca Luna, no podia resistir la flaqueza de Rozinante: atrevime en fin, hize lo que pude; derribáronme, y aunque perdi la honra, no perdi, ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Quando era Cavallero Andante, atrevido, y valiente, con mis obras, y con mis manos acreditava mis hechos, y agora quando soy escudro pedestre, acreditaré mis palabras, cumpliendo la que di de mi promessa. Camina, pues, amigo Sancho, y vamos a tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobrarémos virtud nueva, para bolver al nunca de mi olvidado exercicio de las armas. Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar a pie, que me mueva, è incite a hazer grandes jornadas. Dexe-mos estas armas colgadas de vn arbol en lugar de vn ahorcado, y ocupando yo las espaldas del ruzio, levantado los pies de el suelo, harémos las jornadas como vuestra merced las pidiere, y midiere, que pensar que ten-

go de caminar a pie, y hazer las grandes, es pensar en lo escufado. Bien has dicho, Sancho, respondió D. Quixote: cuelguense mis armas por trofeos, y al pie de ellas, ò al rededor de ellas gravarémos en los arboles lo que en el trofeo de las armas de Roldan estava escrito.

Nadie las mueva,  
Que estár no pueda  
Con Roldan a prueba.

Todo esto me parece de perlas, respondió Sancho, y si no fuera por la falta que para el camino nos avia de hazer Rozinante, tambien fuera bien dexarle colgado. Pues ni él, ni las armas, replicò Don Quixote, quiero que se ahorquen; porque no se diga, que a buen servicio, mal galardón. Muy bien dize vuestra merced, respondió Sancho, porque (segun opinion de discretos) la culpa del asno no se ha de echar a la alvarda: y pues deste suceso vuestra merced tiene la culpa, castiguese a si mismo, y no rebienté sus iras por las ya rotas, y sangrientas armas, ni por las maledumbres de Rozinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo que caminen mas de lo justo. En estas razones, y pláticas se les pasó todo aquel día, y aun otros quatro, sin sucederles cosa que estorvasse su camino: y al quinto día, a la entrada de vn lugar,

ha-



hallaron à la puerta de vn meson mucha gente, que por ser fiesta se estava alli solaçando, quando llegava à ellos D. Quixote, vn labrador alço la voz, diziendo: Alguno de estos dos señores que aqui vienen, que no conocen las partes, dirà lo que se ha de hazer en nuestra apuesta. Si dirè, respondió Don Quixote, con toda rectitud, si es que alcanço a entenderla. Es, pues, el caso, dixo el labrador, señor bueno, que vn vezino de este lugar, tan gordo, que pesa onze arrobas, desafiò à correr à otro su vezino, que no pesa mas que cinco; fue la condiciõ, que avian de correr vna carrera de cien passos con pesos iguales; y aviendole preguntado al desafiador, como se avia de igualar el peso, dixo, que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiesse seis de hierro à cuestas, y assi se igualarian las onze arrobas del flaco, con las onze del gordo. Esto no, dixo à esta razon Sancho, antes que Don Quixote respondiesse, y à mi, que ha pocos dias que sali de ser Governador, y luez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas, y dar parecer en todo pleyto. Responde en buena hora, dixo Don Quixote, Sancho amigo, que yo no estoy para dar migas à vn gato, segun traigo alborotado, y trastornado el juicio. Con esta licencia dixo Sancho à los labra-

dores, que estavan muchos al rededor del, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya. Hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino, ni tiene sombra de justicia alguna, porque si es verdad lo que se dize, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que este las escoja tales, que le impidan, ni estorven el salir vencedor, y assi es mi parecer, que el gordo desafiador se escamonde, monde, entrefaque, pula, y atilde, y saqueis seis arrobas de sus carnes, de aqui, ù de alli de su cuerpo, como mejor le pareciere, y estuviere; y de esta manera, quedando en cinco arrobas de peso, se igualarà, y ajustarà con las cinco de su contrario: y assi podran correr igualmente. Voto à tal, dixo vn labrador que escuchó la sentencia de Sancho, que este señor ha hablado como vn bendito, y sentenciado como vn Canonigo; pero à buen seguro, que no ha de querer quitarse el gordo vna onza de sus carnes, quanto mas seis arrobas. Lo mejor es, que no corran, respondió otro; porque el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descarne, y eche la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores à la taberna de lo caro, y sobre mi la capa quando llueva. Yo, señores, respondió Don Quixote, os lo agradezco; pero no puedo detenerme vn punto,



porque pensamientos, y sucesos tristes me hazen parecer descortés, y caminar mas que de passo; y assi dando de espaldas à Rozinante passó adelante, dexandoles admirados de aver visto, y notado, assi su extraña figura, como la discrecion de su criado, que por tal juzgaron à Sancho; y otro de los labradores dixo: Si el criado es tan discreto, qual deve de ser el amo? Yo apostarè, que si vãn à estudiar à Salamanca, que à vu tris han de venir à ser Alcaldes de Corte, que todo es burla, sino estudiar, y mas estudiar, y tener favor, y ventura, y quando menos se pienla el hombre, se halla con vna vara en la mano, ó con vna mitra en la cabeza. Aquella noche la passaron amo, y moço en mitad del campo, al cielo raso, y descubierto, y otro dia siguiendo su camino vieron que àzia ellos venia vn hombre de à pie, con vnas alforjas al cuello, y vna azcona, ó chuzo en la mano, propio talle de correo de à pie; el qual como llegó junto à Don Quixote, adelantò el passo, y como corriendo llegó à él, y abraçandole por el muslo derecho, que no alcançava à mas, le dixo, cõ muestras de mucha alegria: O mi señor Don Quixote de la Mancha, y que grã contento ha de llegar al coraçan de mi señor el Duque, quãdo sepa, que vuestra merced buelve à su cas-

tillo, que todavia se està en él con mi señora la Duquesa. No os conozco amigo, respondiò Don Quixote, ni se quien sois, si vos no me lo dezis. Yo, señor Don Quixote, respondiò el correo, soy Tosilos, el lacayo del Duque mi señor, que no quise pelear con vuestra merced sobre el casamiento de la hija de Doña Rodriguez. Valame Dios dixo Don Quixote; es possible que sois vos el que los encantadores mis enemigos transformaron en esse lacayo que dezis, por defraudarme de la honra de aquella batalla? Calle señor bueno, replicò el cartero, que no hubo encanto alguno, ni mudança de rostro ninguna; tan lacayo Tosilos entrè en la estacada, como Tosilos lacayo sali della; yo pensè casarme sin pelear, por averme parecido bien la moça; pero sucediòme al rebès mi pensamiento, pues assi como vuestra merced se partiò de nuestro castillo, el Duque mi señor me hizo dar cien palos, por aver cõtravenido à las ordenanças q̃ me tenia dadas antes de entrar en la batalla; y todo ha parado en que la muchacha es ya Monja, y Doña Rodriguez se ha buuelto à Castilla, y yo voy agora à Barcelona à llevar vn pliego de cartas al Virrey, que le embia mi amo. Si vuestra merced quiere vn tragito, aunque caliente, puro, aqui llevo vna calabaga lle-



na de lo caro, con no sè quâtas ragitas de queso de tronchon, que serviràn de llamativo, y despertador de la sed, si acaso està durmiêdo. Quiero el combite, dixo Sancho, y eche el rostro de la cortesía, y escancie el buen Tosilos à despecho, y pesar de quantos encantadores ay en las Indias. En fin, dixo Don Quixote, tu eres Sancho el mayor gloton del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades q̄ este correo es encantado, y este Tosilos contrahecho, quedate con èl, y hartate, que yo me irè adelante poco à poco, esperandote à que vengas. Riòse el lacayo, desembainó su calabaca, desalforjó sus rajás, y sacando vn panecillo, èl, y Sancho se sentaron sobre la yeru verde, y en buena paz cõpañã despavilaron, y dierõ fondo con todo el respuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas, solo porque olia à queso. Dixo Tosilos à Sancho: Sin duda este tu amo, Sancho amigo, deve de ser vn loco. Como deve, respondió Sancho, no deve nada à nadie, que todo lo paga, y mas quando la moneda es locura, bien lo veo yo, y bien se lo digo à èl; pero que aprovecha, y mas agora que vâ rematado, porque vâ vencido de el Cavallero de la blanca Luna. Rogole Tosilos le contasse lo q̄ avia sucedido; pero Sancho le

respondió, que era descortesía dexar q̄ su amo le esperasse, que à otro dia, si le encõtrasse, avria lugar para ello; y levantandose despues de averse sacudido el sayo, y las migajas de las barbas, antecogió al ruzio, y diziendo, à Dios dexó à Tosilos, y alcançó à su amo, que à la sombra de vn arbol le estava esperando.

**CAP. LXVII.** *De la resoluciói que tomó Don Quixote de hazerse pastor y seguir la vida de el campo entanto que se passava el año de su promessa, con otros successos, en verdad gustosos y buenos.*

**S**I muchos pensamientos fatigavan à D. Quixote antes de ser derribado, muchos mas le fatigarõ despues de caido. A la sombra de el arbol estava (como se ha dicho, y alli como moscas à la miel le acudian, y picavan pensamientos, vnos iban al desencanto de Dulcinea, y otros à la vida que avia de hazer en su forçosa retirada. Llegó Sancho, y alabòle la liberal condición del lacayo Tosilos. Es posible, le dixo Don Quixote, que todavia, ò Sancho, pienses, que aquel sea verdad, ro lacayo? parece que se te ha ido de las mientes aver visto à Dulcinea cõvertida, y trãsfornada en labradora, y al Cavallero de los Espejos en el Bachiller Carrasco, obras



todas de los encantadores, que me prefiguen; pero dime ahora, preguntaste à esse Tosilos, que dizen que ha hecho Dios de Altifidora, si ha llorado mi ausencia, ò si ha dexado ya en manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigavan? No eran, respondió Sancho, los que yo tenia tales, que me diessen lugar à preguntar boberias: cuerpo de mi señor, está vuestra merced ahora en terminos de inquirir pensamientos agenos, especialmente amorosos. Mira Sancho, dixo Don Quixote, mucha diferencia ay de las obras que se hazē por amor, à las q̄ se hazen por agradecimiento: biē puede ser que vn Cavallero sea desamorado, pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido: quisome bien (al parecer) Altifidora, diòme los tres tocadores que sabes, llorò en mi partida, maldixome, vituperome, que xòse à despecho de la verguença publicamente, señales todas de que me adorava, que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones: yo no tuve esperanças que darle, ni tesoros que ofrecerle, porque las mias las tengo entregadas à Dulcinea, y los tesoros de los Cavalleros andantes, son como los de los duendes, aparentes, y falsos, y solo puedo darle estos acuerdos que della tengo, sin perjuizio; pero de los que ten-

go de Dulcinea, quien tu agravias con la remission que tienes en açotarte, y en castigar essas carnes, que vea yo comidas de lobos, q̄ quieren guarda: se antes para los gusanos, que para el remedio de aquella pobre señora. Señor, respondió Sancho, si v à à dezir la verdad, yo no me puedo persuadir, que los açotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados; que es como si dixesemos, si os duele la cabeça, vntaos las rodillas, à lo menos yo oslarè jurar que en quantas historias vuestra merced ha leido, que tratan de la andante Cavalleria, no ha visto algun desencanto por açotes; pero por si, ò por no, yo me los darè quando tenga gana; el tiempo me de comodidad para castigarme. Dios lo haga, respondió D. Quixote, y los Cielos te den gracia para que caigas en la cuenta, y en la obligacion que te corre de ayudar à mi señora, que lo es tuya, pues tu eres mio. En estas platicas iban siguiendo su camino, quando llegaron al mismo sitio, y lugar donde fueron atropellados de los toros, reconociendole D. Quixote, dixo à Sancho: Este es el prado dōde topamos à las bizarras pastoras, y gallardos pastores, q̄ en él querian renovar, e imitar à la pastora Arcadia, pensamiēto tan nuevo como discreto, à cuya imitacion, si es que à ti te



parece bien, querria, ò Sancho, que nos convirtiessemos en pastores, si quiera el tiempo que tengo de estar recogido, yo comprarè algunas ovejas, y todas las demas cosas que al pastoral exercicio son necessarias; y llamandome yo el pastor Quixotiz, y tu el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas, y por los prados, cantando aqui, endechando alli, bebiendo de los liquidos cristales de las fuentes, ò ya de los limpios arroyuelos, ò de los caudalosos rios: darannos con abundantissima mano de su dulcissimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durissimos alcornoques, sombra los fauces, olor las rosas, asombras de mil colores matizadas los estendidos prados, aliento el ayre, claro, y puro, luz la Luna, y las Estrellas, à pesar de la obscuridad de la noche, gusto el canto, alegria el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hazernos eternos, y famosos, no solo en los presentes, sino en los venideros siglos. Par diez, dixo Sancho, que me ha quadrado, y aun esquinado tal genero de vida, y mas que no la ha de aver aun bien visto el Bachiller Sanson Carrasco, y Maefse Nicolàs el barbero, quando la han de querer seguir, y hazerle pastores con nosotros, y aun quiera Dios no le venga en voluntad al Cura de entrar tam-

bien en el aprisco, segun es de alegre, y amigo de holgarse. Tu has dicho muy bien, dixo Don Quixote, y podrá llamarse el Bachiller Sanson Carrasco, si entra en el pastoral gremio (como entrará sin duda) el pastor Sansonino, ò ya el pastor Carrascon: el barbero Nicolàs se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo Boscan se llamó Nemoroso: al Cura no se que nombre le pongamos, sino es algun derivativo de su nombre, llamándole el pastor Curiambro: las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podremos escoger sus nombres, y pues el de mi señora quadra, así al de pastora, como al de Princesa, no ay para que cansarme en buscar otro que mejor le venga: tu Sancho pondrás à la tuya el que quisiere. No pienso, respondió Sancho, ponerle otro alguno, sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura, y con el propio que tiene, pues se llama Teresa, y mas que celebrandola yo en mis versos, vengo à descubrir mis castos deseos, pues no ando à buscar pan de rastrigo por las casas ajenas; el Cura no terá bien que tenga pastora, por dar buen exemplo, y si quisiere el Bachiller tenerla, su alma en su palma. Valame Dios dixo Don Quixote, y que vida nos hemos de dar, Sancho amigo, que de churumbelas hã de llegar à nuestros oidos, que



de gaitas Zamoranas, que de timbories, y que defonajas, y q̄ de rabeles, pues que si destas diferencias de musica resuena la de los albogues, alli se verán casi todos los instrumentos pastorales. Que son albogues, preguntó Sancho, que ni los he oido nombrar, ni los he visto en toda mi vida? Albogues son, respondió Don Quixote, unas chapas à modo de cadeleros de ago far, que dando vna con otra por lo vacio, y hueco, haze vn son, fino muy agradable, ni armonico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gaita, y de el tamborin, y este nombre Albogues es Morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua Castellana comiençan con al; conviene à saber, Almohaça, Almorçar, Alhombra, Alguacil, Alucema, Almacèn, Alcancia, y otros semejantes, que deven ser pocos mas, y solos tres tiene nuestra lengua, que son Moriscos, y acaban en, i, y son, Borcegui, Zaquiçami, y maravedi: Alheli, y Alfaqui, tanto por el al primero, como por el, i, en que acaban, son conocidos por Arabigos. Esto te he dicho de passo, por avermelo reducido à la memoria la ocasion de aver nombrado Albogues, y hanos de ayudar mucho al parecer en perfeccion este exercicio, el ser yo algun tanto Poeta, como tu sabes, y el serlo tambien en estremo el Ba-

chiller Sanfon Carrasco: de el Cura no digo nada; pero yo apostarè, que deve de tener sus puntos, y collares de Poeta; y q̄ los tenga tambien Maestre Nicolàs, no dudo en ello, porque todos, ò los mas son guitarristas, y copleros; yo me quedarè de ausencia: tu te alabaràs de firme enamorado; el Pastor Carrasco, de sdeñado; y el Cura Curiambro, de lo que el mas puede servirse, y ansi andará la cosa que no aya mas que desear. A lo que respondió Sancho: Yo soy, señora, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el dia en que en tal exercicio me vea; ò que polidas cucharas tengo de hazer quãdo pastor me vea, que de migas, que de natas, que de guirnaldas, y que de çarandajas pastoriles, que puesto q̄ no me grangcen fama de discreto, no dexaràn de grangearme la de ingenioso. Sanchica mi hija nos llevará à la comida al hatu; pero guarda, que es de buen parecer, y ay pastores mas maliciosos q̄ simples, y no querria que fuesse por lana, y bolviessse trasquilada y tãbien suelen andar los amores, y los no buenos deseos por los campos, como por las Ciudades, y por las pastorales choças, como por los Reales Palacios, y quitada la causa, se quita el pecado, y ojos que no ven, coraçon que no quiebra, y mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos. No mas re-



refranes, Sãcho, dixò D. Quixote, pues qualquiera de lo q̄ has dicho basta para dar à entèder tu pensamiento, y muchas vezes te he acõsejado, que no seas tan prodigo de refranes, y que te vayas à la mano en dezirlos; pero pareceme que es predicar en desierto, y castigame mi madre, y yo trompegelas. Pareceme, respondiò Sancho; que v. m. es como lo que dizen, dixò la sartén à la caldera, quitate allà ojinegra: estame reprehendiendo que no diga yo refranes, y ensarialos v. m. de dos endos. Mira, Sancho, respondiò D. Quixote, yo traygo los refranes à proposito, y vienen quando los digo, como anillo en el dedo. pero traerlos tã pòr los cabellos, que los arrastras, y no las guias: y sino me acuerdo mal, otra vez te he dicho, que los refranes son sentencias breues, sacadas de la

experiencia, y especulacion de nuestros antiguos sabios, y el refan que no viene à proposito, antes es disparate que senten-  
 cia, pero dexenõnos desto, y pues yã viene la noche retiremonos del camino real algun trecho, donde passaremos esta noche, y Dios sabe lo que serà mañana. Retiraronse, cenaron tarde, y mal, y bien contra la voluntad de Sancho, à quiẽ se le representavan las estrechezas de la andante C valleria, vs: das en las selvas, y en los montes, si biẽ tal vez la abundancia se mostrava en los castillos, y casas, asl de D. Diego de Miranda, como en las bõdas del rico Camacho, y de D. Antonio Moreno, pero considerava no ser possible ser siempre de dia, ni siempre de noche, y asl pasle aquella durmiendo, y su amo velandon





CAP. LXVIII. De la cerdosa aventura que le aconteció  
à Don Quixote,

**E**Ra la noche a'go obscura, puesto que la Luna estava en el Cielo, pero no en parte que pudiesse ser vista, que talvez la señora Diana se vá à pasar à los Antipodas, y dexa los montes negros, y los valles oscuros. Cumplió Don Quixote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño, sin dar lugar al segundo; bien al rebés de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le durava el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostrava su buena com-

plexion, y pocos cuidados: los de Don Quixote le desvelaron, de manera, que le despertó à Sancha, y le dixo: Maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condicion; yo imagino, que eres hecho de marmol, ú de duro bróce, en quien no cabe movimiento, ni sentimiento alguno: yo velo quando tu duermes, yo lloro quando cantas, yo me desmayo de ayuno, quando tu estás perezoso, y desalentado de puro harto: de buenos criados es conllevar las penas de sus



señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer si quiera, mira la serenidad desta noche, la folcudad en que estamos, que nos combida à entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. levántate por tu vida, y desvíate algun trecho de aqui, y cō buen animo, y denuedo agradeçido date trecientos, ò quatrocientos açotes à buena cuenta de los del delencãto de Dulcinea, y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo à los brazos, como la otra vez, porque sè que los tienes pesados: despues que te ayas dado passaremos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tu tu firmeza, dando de aora principio al exercicio pastoral, que hemos de tener en nuestra Aldea. Señor, respondió Sancho, no soy yo Religioso, para que desde la mitad de mi sueño me levante, y me discipline, ni menos me parece, q̄ del tiempo del dolor de los açotes se pueda passar al de la musica, vuestra merced me dexed dormir, y no me apriete en lo del acotarme, que me harà hazer juramēto de no tocarme jamás al pelo de el sayo, no que al de mis carnes. O alma endurecida! ò escudero sin piedad! ò pan mal empleado, y mercedes mal consideradas las que te he hecho, y piēso de hazerte! Por mi te has visto Governador, y por mi te veees con esperanças pro-

pinquas de ser Conde, ò tener otro titulo equivalente, y no tardarà el cumplimiento dellas mas de quanto tarde en passar este año, que yo, post tenebras spero lucem. No entiendo esto, replicò Sancho; solo entiendo, que en tanto que duermò, ni tēgo temor, ni esperança, ni trabajo, ni gloria, y bien aya el que inventò el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frio, frio que templà el ardor: y finalmente, moneda general cō que todas las cosas se compran, balança, y peso que iguala al pastor con el Rey, al simple con el discreto: solo vna cosa tiene mala el sueño, segū he oido dezir, y es, que se parece a la muerte, pues de vn dormido à vn muerto ay muy poca diferencia. Nunca te he oido hablar, Sancho, dixo Don Quixote, tan elegantemente como agora, por donde vengo à conocer ser verdad el refran que tu algunas veyes sueltes dezir: No con quien naces, sino con quien paces. A pesia tal, replicò Sancho (señor nuestro amo) no soy yo agora el que enfarta refranes, que tambien à vuestra merced se le caende la boca de dos en dos, mejor que à mi, sino que deve de aver entre los mios, y los suyos esta diferencia, que los de vuestra merced vendran à tiēpo, y los mios



à deshora : pero enefeto todos son refranes. En esto estaban quando sintieron vn sordo estruendo, y vn aspero ruido, que por todos aquellos valles se estendia : levantòse en pie Don Quixote, y puso mano à la espada, y Sancho se agazapò debajo del ruzio, poniendo se a los lados el liode las armas, y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo, como alborotado Don Quixote: de punto en punto iba creciendo el ruido, y llegando se cerca à los dos temerosos (à lo menos al vno) q̄ al otro yà se sabe la valentia. Es, pues, el caso, que llevavan vnos hombres à vender à vna feria mas de seiscientos puercos; con los quales caminavan à aquellas horas, y era tanto el ruido que llevavan, y el gruñir, y el bufar, que enfordecieron los oidos de D. Quixote, y de Sancho, que no adviertieron lo que ser podia: llegó de tropel la estendida, y gruñidora piara, y sin tener respeto à la autoridad de Don Quixote, ni à la de Sancho passar ò por cima de los dos, deshaziendo las trincheras de Sancho, y derribando, no solo à D. Quixote, sino llevado por añadidura à Rozinante: el tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales, inmundos puso en confuision, y por el suelo à la albarda, à las armas, al ruzio, à Rozinante, à Sancho, y a D.

Quixote, levantòse Sancho como mejor pudo, y pidió à su amo la espada, diziendole, que queria matar media dozena de aquellos señores, y descomidos puercos, que yà avia conocido que lo eran. Don Quixote le dixo: dexalos estar amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del Cielo es, que vn Cavallero andante vencido le coman adivas, y le piquen abispas, y le hollen puercos. Tambien deve de ser castigo del Cielo; respondió Sancho, que à los escuderos de los Cavalleros vencidos los puncen moscas, los comã piojos, y les embista la hambre; si los escuderos fueramos hijos de los Cavalleros à quien servimos, ò parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcãçara la pena de sus culpas, hasta la quarta generaciõ; pero que tienen que ver los Pãças con los Quixotes? Aora biẽ tornemonos à acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerà Dios, y medrarèmos. Duerme tu Sãcho, respondió Don Quixote, que naciste para dormir, que yo que naci para velar, en el tiẽpo que falta de aqui al dia, darè rienda à mis pensamientos, y los desfogarè en vn Madrigal etc. que sin que tu lo sepas, a noche compuse en la memoria. A mi me parece, respondió Sancho, que los pensamiẽ-



ros que dan lugar à hazer coplas, o deven de ser muchos; vuestra merced coplee quanto quisiere, que yo dormire quanto pudiere, y luego tomando en el suelo quanto quiso, se acurrucó, y durmió à sueño sucito, sin que fianças, ni deudas, ni dolor

alguno, se lo estorvasse. Don Quixote arrimado a vn tronco de vn haya, u de vn alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el arbol que era) al son de sus mismos suspiros cantò desta suerte.

A mor quando yo pienso  
 En el mal que me dàs terrible, y fuerte;  
 Voy corriendo à la muerte,  
 Pensando asì acabar mi mal inmenso;  
 Mas en llegando al passo,  
 Que es puerto en este mar de mi tormento,  
 Tanta alegria siento,  
 Que la vida se esfuerça, y no le passo:  
 Así el vivir me mata,  
 Que la muerte me torna à dar la vida,  
 O condicion no oida,  
 La que conmigo muere, y vida trata!

Cada verso de estos acompaña con muchos suspiros, y no pocas lagrimas, bien como aquel cuyo coraçon tenia traspasado con el dolor del vencimiento, y con la auencia de Dulcinea. Llegóse en esto el dia, dió el Sol con sus rayos en los ojos a Sancho, despertó, y eipereçose, sacudiendose, y estirandose los pereçosos miembros: miro el destroço que aviã hecho los puercos en su reposteria, y maldixo la piara, y aun mas adelante. Finalmente, bolvieron los dos à su començado camino, y al declinar de la tarde vieron que àzia ellos venian hasta diez hōbres de à cavallo,

y quatro, ó cinco de à pie, sobrefaltóse el coraçon de Don Quixote, y açoróse el de Sancho, porque la gente que se les llegava traia lanças, y adargas, y venia muy à punto de guerra. Bolvióse Don Quixote à Sancho, y dixole: si yo pudiera, Sancho, exercitar mis armas, y mi promessa no me huviera atado los brazos, esta maquina que sobre nosotros viene, la tuviera yo por tortas, y pan pintado; pero podria ser fuesse otra cosa de la que tenemos. Llegaron en esto los de a cavallo, y arboládo las lanças, sin hablar palabra alguna, rodearon à Don Quixote, y se las pusieron à las



espaldas, y pechos, amenaçandole de muerte: vno de los de à pie, puesto vn dedo en la boca, en señal de que callasse, asió del freno de Rozinante, y le sacó del camino, y los demás de à pie, antecogiendo à Sancho, y al ruzio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los passos de el que llevaba à Don Quixote, el qual dos, ò tres vezes quiso preguntar à donde le llevavan, ò que querian; pero apenas començava à mover los labios, quando se los iban à cerrar con los hierros de las lanças, y à Sancho le acontecia lo mismo, porq̄ apenas dava muestras de hablar, quando vno de los de à pie con vn aguijon le punçavan, y al ruzio, ni mas, ni menos, como si hablar quisiera. Cerrò la noche, apresurarò el passo, creció en los dos presos el miedo, y mas quando oyeron, que de quando en quando les dezian: Caminad Trogloditas, callad Barbaros, pagad Antropofagos, no os quexeis Sitas, ni abrais los ojos Polifemos matedores, leones carniceros, y otros nombres semejantes à estos cò que atormentavan los oídos de los miserrbles amo, y moco. Sancho iba diziendo entre si: Nosotros tortolitas, nosotros barberos, ni estropajos, nosotros perritas, à quiendizen, cita, cita? no me contentan nada estos nombres; à mal viento v à esta parva, todo el mal nos viene

junto, como al perro los palos, y oxalà parasse en ellos lo que amenaça esta aventura tan desventurada. Iba Don Quixote embelesado, sin poder atinar con quãtos discursos hazia, que serian aquellos nombres llenos de vituperios, que les ponian, de los quales sacava en limpio, no esperar ningun bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto vna hora casi de la noche à vn castillo, que bien conocio Don Quixote, que era el del Duque, donde avia poco que avian estado. Valame Dios (dixo así como conocio la estancia) y que será esto? si que en esta casa todo es cortesía, y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se buelve en mal, y el mal en peor. Entraron al patio principal del castillo, y vieronle adereçado, y puesto de manera, que les acrecentò la admiracion, y les doblò el miedo, como se verá en el siguiente capitulo.

**CAP. LXIX.** *Del mas raro, y mas nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino à Don Quixote.*

**A**pearonse los de à cavallo, y junto con los de à pie, tomando en peso, y arrebatadamente à Sancho, y à Don Quixote los entraron en el palacio, al rededor del qual ardian casi cien



cien hachas puestas en sus blandones, y por los corredores del patio mas de quinientas luminarias, de modo, que à pesar de la noche (que se mostrava algo escura) no se echava de ver la falta del dia. En medio del patio se levantava vn tumulto como dos varas de el suelo, cubierto todo con vn grãdissimo dosel de terciopelo negro, al rededor de el qual por sus gradas ardian velas de cera blanca sobre mas de ciẽ cãdeleros de plata; encima del qual tumulto se mostrava vn cuerpo muerto de vna tan hermosa doncella, que hazia parecer cõ su hermosura hermosa à la misma muerte: tenia la cabeça sobre vna almohada de brocado, coronada con vna guirnalda de diversas, y odoríferas flores texida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas vn ramo de amarilla, y vencedora palma. A vn lado del patio estava puesto vn teatro, y en dos sillas sentados dos personages, que por tener coronas en la cabeça, y cetros en las manos davan señales de ser algunos Reyes (ya verdaderos, ó ya fingidos) al lado deste teatro, adõde se subia por algunas gradas: estavan otras dos sillas, sobre las quales los que traxeron los presos sentaron à Dõ Quixote, y à Sancho, todo esto callando, y dandoles à entender con señas à los dos, que asimismo callassen; pero sin que se lo señalaran, callaron ellos, porque

la admiracion de lo que estavan mirando les tenia atadas las lenguas: subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personages, que luego fueron conocidos de D. Quixote ser el Duque, y la Duquesa sus huespedes, los quales se sentarõ en dos riquissimas sillas junto à los dos que parecian Reyes: quien nose avia de admirar con esto, añadiendose a ello aver conocido D. Quixote, que el cuerpo muerto q̄ estava sobre el tumulto, era el de la hermosa Altifidora? Al subir el Duque, y la Duquesa en el teatro, se levãtaron D. Quixote, y Sancho, y les hizierõ vna profunda humillacion, y los Duques hizieron lo mismo, inclinando algun tanto las cabeças: salio en esto de través vn ministro, y llegandose à Sancho le echò vna topa de bocacì negro encima, toda pintada con llamas de fuego, y quitãdole la caperuça, le puso en la cabeça vna coroca, al modo de las que sacan los penitenciados por el Santo Oficio, y dixole al oido, que no descofiesse los labios, porq̄ le echarian vna mordaga, ò le quitarian la vida. Miravase Sancho de arriba abaxo, veíase ardiendo en llamas: pero como no le quemavan no las estimava en dos ardites: quitòse la coroca, viò la pintada de diablos, bolvióse la à poner diziendo entre si: Aun biẽ, que ni ellas me abrasan, ni ellos no llevan.



Miravale tambien Don Quixote, y aunq̄ el temor le tenia suspensos los sentidos, no dexò de reirse de ver la figura de Sãcho: començò en esto à salir, al parecer, debaxo del tumulto vn sonfumo, y agradable de flautas, que por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mesmo silencio

guardava silencio, assimismo se mostrava blãdo, y amoroso. Luego hizo de si improvisa muestra, junto à la alinohada del, al parecer, cadver vn hermoso mancebo, vestido à lo Romano, que al son de vna harpa, que el mismo tocava, cantò con suavissima, y clara voz estas dos estancias.

En tanto que en si buelve Altisidora,  
Muerta por la crueldad de Don Quixote,  
Y en tanto que en la Corte encantadora  
Se vistieren las damas de picote,  
Y en tanto que à sus dueñas mi señora  
Vistiere de vayeta, y de anascote,  
Cantaré su belleza, y su desgracia,  
Con mejor plectro, que el Cantor de Tracia.

Y aun no se me figura que me toca  
A questo oficio solamente en vida,  
Mas con la lengua muerta, y fria en la boca  
Pienso mover la voz à ti de vida,  
Libre mi alma de su estrecha roca,  
Por el Estiolago conducido,  
Celebrando te irá, y aquel sonido  
Hara parár las aguas del olvido.

No mas, dixo à esta sazon vno de los que parecian Reyes, no mas, cantor divino, que seria proceder en infinito; representanos aora la muerte, y las gracias de la fin par Altisidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lèguas de la fama, y en la pena que para bolverla à la perdida luz ha de passar Sancho Pança, que està presente, y assi, ò tu Radamento, que conmigo juzgas en las tabernas lobregas de Le-

to, pues sabes todo à quello que en los inescrutables hados està determinado, acerca de bolver en si esta doncella, y dilo, y declaralo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva buelta esperamos. Apenas huvo dicho esto Minos, juez, y compañero de Radamento, quando levantandose en pie Radamento, dixo: Ea, ministros desta casa, altos, y bajos, grãdes, y chicos acudid vnos tras otros, y sellad el rostro de



Sancho con veinte y quatro mamonas, y doze pellizcos, y seis alfilerazos, braços, y lomos, que en esta ceremonia consiste la salud de Altifidora. Oyendo lo qual Sacho Pança, rompiò el silencio, y dixo: Voto à tal, así me dexe yo sellar el rostro, ni manosearme la cara, como bolverme Moro. Cuerpo de mi, que tiene que ver manosearme el rostro, con la resurreccion desta doncella? Regostòse la vieja a los bledos, encantan à Dulcinea, y açotanme para que se desencante: muere se Altifidora de males que Dios quiso darle, y hanla de resucitar hazerme à mi veinte y quatro mamonas, y acabarme el cuerpo à alfilerazos, y acardenalarme los braços con pellizcos; estas bur-las à vn cuñado, que yo soy perro viejo, y no ay conmigo tus, tus. Moriràs, dixo en alta voz Radamanto; ablandate Tigre, humillate Nembrot sobervio, y sufre, y calla, pues no te piden imposibles, y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio; mamonado has de ser, acrevillado te has de ver, pellizcado has de gemir: Ea, digo, ministros, cumplid mi mandamiento; si no, por la fee de hombre de bien, que aveis de ver para lo q nacisteis. Parecieron en esto, que por el patio venian hasta seis dueñas en procesion, vnas tras otras, las quatro con antojos, y todas levantadas las

manos derechas en alto, con quatro dedos de muñecas de fuera, para hazer las manos mas largas (como aora se vfa.) No las huyo visto Sancho, quando bramando como vn toro, dixo: Bien podre yo dexarme manosear de todo el mundo; pero cõsentir que me toquen dueñas, esto no: gateenme el rostro, como hizieron à mi amo en este mesmo castillo: traspallenme el cuerpo con puntas de dagas buidas: atenazenme los braços con tenazas de fuego, que yo lo llevarè en paciencia, o servirè à estos señores; pero que me toquendueñas, no lo consentirè, si me llevasse el diablo. Rompio tambien el silencio Don Quixote diziendo à Sancho: Ten paciencia hijo, y dà gusto à estos señores, y muchas gracias al cielo, por aver puesto tal virtud en tu persona, que con el martirio della desencantes los encantados, y resucites los muertos. Ya estaban las dueñas cerca de Sancho, quando el mas blando, y mas persuadido, poniendose bien en la silla, diò rostro, y barba à la primera, la qual le hizo vna mamona muy bien sellada: y luego vna gran reverencia. Menos cortesia, menos mudas, señora dueña, dixo Sancho, que por Dios que traeis las manos oliendo à vinagrillo. Finalmente, todas las dueñas lesellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaren;



pero lo que él no pudo sufrir, fue el punçamento de los alfileres, y así se levantò de la silla, al parecer mohino, y asiendo de vna hacha encendida, que junto à él estava, diò tras las dueñas, y tras todos sus verdugos, diziendo: A fuera ministros infernales, que no soy yo de bronçe para no sentir tan extraordinarios martirios. En esto Altifidora, que devia de estar cansada, por aver estado tanto tiempo supina, se bolvió de vn lado; visto lo qual por los circunstantes, casi todos à vna voz dixerõ: Viva es Altifidora, Altifidora vive. Mādò Radameto a Sãcho, que depusiesse la ira, pues ya le avia alcançado el intento que se procurava. Así como Don Quixote viò rebullir à Altifidora, se fue à poner de rodillas delante de Sancho, diziendole: Aora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mio, que te des algunos de los açotes, que estàs obligado à dar por el desencanto de Dulcinea. Aora digo, que es el tiempo donde tienes saçonada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de tí se espera. A lo qual respondió Sancho: Esto me parece Argado sobre Argado, y no miel sobre ojetas: bueno serà, que tras pellizcos, mamonas, y alfilerazos viniesse agora los açotes, no tiene mas que hazer, sino tomar vna gran piedra, y atarmela al cuello, y dar conmigo

en vn poço, de lo que à mi no pesaria mucho, si es que para curar los males agenos tengo yo de ser la baca de la boda. Dexenme, sino por Dios que lo arroje, y lo eche todo à treze, aunq̃ no se venda. Ya en esto se avia sentado en el tumulto Altifidora, y al mismo instante sonaron las chirimias, à quien acompañaron las flautas, y las voces de todos, que aclamavan: Viva Altifidora, Altifidora viva. Levantaronse los Duques, y los Reyes Minos, y Radameto, y todos juntos con Don Quixote, y Sancho fueron à recibir à Altifidora, y à baxarla del tumulto; la qual haziendo de la defmayada se inclinò à los Duques, y à los Reyes, y mirando de través à Don Quixote, le dixo: Dios te lo perdone, defamontado Cavallero, pues por tú crueldad he estado en el otro mundo, à mi parecer, mas de mil años: ay tí, o el mas compasivo escudero que contiene el Orbe, te agradezco la vida que poseo; dispon desde oy mas, amigo Sãcho, de seis camisas mias que te mando, para que hagas otras seis para tí, y si no son todas sanas, alomenos sõ todas limpias. Besole por ello las manos Sãcho con la coroga en la mano, y las rodillas en el suelo. Mandò el Duque, que se la quitassen, y le bolviessen su caperuça, y le pusiesse el sayo, y le quitassen la ropa de las llamas. Suplicò Sancho



cho al Duque, que le dexasse la ropa, y mitra, que las queria llevar a su tierra, por señal, y memoria de aquel nunca visto suceso. La Duquesa respondiò, que si le dexarian, que ya sabia quan grande amiga suya era. Mandò el Duque despejar el patio, y que todos se recogiesen à sus estancias, y que à Don Quixote, y à Sancho los llevassen à las que ellos ya se sabian.

**CAP. LXX.** *Que sigue al de sesenta y nueve y trata de cosas no escusadas para la claridad desta historia.*

**D**Vrmiò Sancho aquella noche en vna carriola en el mesmo aposento de Don Quixote, cosa que el quisiera escusarla, si pudiera; porque biè sabia, que su amo no le avia de dexar dormir à preguntas, y à respuestas, y no se hallava en disposicion de hablar mucho; porque los dolores de los martirios passados, los tenia presentes, y no le dexavan libre la lengua, y vinierale mas à cuento dormir en vna choza solo, que no en aquella rica estancia acompañado. Saliòle su temor tan verdadero, y su sospecha tan cierta, que apenas hubo entrado su señor en el lecho, quando dixo: **Que te parece, Sancho, del suceso de esta noche? Grande y poderosa es la fuerça del des-**

den desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta à Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento belico, ni con venenos mortiferos, sino con la consideracion del rigor, y el desden con que yo siempre la he tratado. Murierase ella en hora buena, quando quisiera, y como quisiera, respondiò Sancho, y dexarame à mi en mi casa, pues ni yo la enamorè, ni la deldeñe en mi vida: yo no sè, ni puedo pensar como sea, que la salud de Altisidora, doncella mas antojidiza, que discreta, tenga que ver (como otra vez he dicho) con los martirios de Sancho Pança. Ahora si que vengo à conocer clara, y distintamènte, que ay encantadores, y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sè librar: cõ todo esto suplico à vuestra merced, me dexé dormir, y no me pregunte mas, sino quere que me arroje por vna ventana abaxo. Duerme Sancho amigo, respondiò Don Quixote, si es que te dãn lugar los alfilerazos, y pellizcos recibidos, y las mamonas hechas. Ningun dolor replicò Sancho, llegò à la afrenta de las mamonas, no por otra cosa, que por avermelas hecho dueñas, que confundidas sean, y torno à suplicar à vuestra merced me dexé dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertas. Sea



así, dixo Don Quixote, Dios te acompañe: durmieronse los dos, y en este tiempo quiso escribir, y dar cuenta Cide Hamete, Autor de esta grande Historia, que les movió à los Duques à levantar el edificio de la maquina referida, y dize, que no aviendotele olvidado al Bachiller Sanfon Carrasco, quando el Cavallero de los Espejos fue vencido, y derribado por Don Quixote, cuyo vencimiento, y caída borró, y deshizo todos los designios; quiso bolver à probar la mano; esperando mejor suceso que el pasado: y así, informandose de el page que llevó la carta, y presente à Teresa Páca, muger de Sancho, adonde Don Quixote quedava. Buscó nuevas armas, y cavallo, y puso en el escudo la blanca Luna, llevandolo todo sobre vn macho, à quié guiava vn labrador, y no Tomé Cecial, su antiguo escudero, porq̄ no fuesse conocido de Sancho, ni de Don Quixote. Llegó, pues, al castillo del Duque, que le informó el camino, y derrota que Don Quixote llevaba con intento de hallarse en las justas de Zaragoza: dixole así mismo las burlas que le avia hecho con la traça del desencanto de Dulcinea, que avia de ser à costa de las posaderas de su amo, dandole à entender, que Dulcinea estava encantada, y transformada en labradora, y como la Duquesa la muger avia dado à en-

tender à Sancho, que él era el que se engañava; porque verdaderamente estava encantada Dulcinea, de que no poco se rió, y admiró el Bachiller, considerando la agudeza, y simplicidad de Sancho, como del estremo de la locura de Don Quixote. Pidióle el Duque, que si le hallasse, y le viese, ó no, se boviesse por allí à darle cuenta del suceso. Hizolo así el Bachiller; partióse en su busca, no le halló en Zaragoza, pasó adelante, y sucedióle lo que queda referido. Bovióse por el castillo del Duque, y contósele todo con las condiciones de la batalla, y que ya Don Quixote bolveria à cumplir, como buen Cavallero andante, la palabra de retirarse vn año en su Aldea; en el qual tiempo podia ser (dixo el Bachiller) que sanasse de su locura, que esta era la intencion que le avia movido à hazer aquellas transformaciones, por ser cosa de lastima, que vn Hidalgo tan bien entendido como Don Quixote fuesse loco. Con esto se despidió del Duque, y se bvió à su Lugar, esperando en él à Don Quixote, que tras él venia. De aquí tomó ocasion el Duque de hazerle aquella burla; tanto era lo que gustava de las cosas de Sancho, y de Don Quixote: y haziendo tomar los caminos cerca, y lexos de el castillo, por todas las partes que imaginó que podia bolver Don Quixote,



con muchos criados suyos de à pie, y de à cavallo, para que por fuerza, ú de grado le traxessen al castillo, si le hallassen. Hallaronle, dieron aviso al Duque, el qual ya prevenido de todo lo que avia de hazer. Assi como tuvo noticia de su llegada, mandò encender las hachas, y las luminarias del patio, y poner à Altisidora sobre el tumulto, con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo, y tan bien hechos, que de la verdad à ellos avia bien poca diferencia: y dime mas Cide Hamete, que tiene para si; ser tan locos los burladores, como los burlados, y que no estaban los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponian en burlarse de dos tontos; los quales el vno durmiendo à sueño suelto, y el otro velando à pensamiētos desatados, les tomò el dia, y la gana de levantarse, que las ociosas plumas, ni vencido, ni vencedor jamàs dieron gusto à Don Quixote. Altisidora (en la opinion de Don Quixote buelta de muerte à vida) liguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el tumulto tenia, y vestida vna tunicela de tafetan blanco, sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arimada à vn vaculo de negro, y finissimo evano entrò en el aposento de Don Quixote, con cuya presencia turbado, y confuso

se encogió, y cubrió casi todo con las sabanas, y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertassa à hazerle cortesia ninguna. Sentòse Altisidora en vna silla junto à su cabeçera, y despues de aver dado vn gran suspiro, con voz tierna, y debilitada, le dixo: Quando las mugeres principales, y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dān licencia à la lengua que rōpa por todo inconveniente, dando noticia en publico de los recretos que su coraçon encierra, en estrecho termino se hallan: yo (señor Don Quixote de la Mancha) soy vna de estas; apretada, vencida, y enamorada: pero con todo esto sufrida, y honesta, tanto, que por serlo tanto rebentò mi alma por mi silencio, y perdi la vida; dos dias ha que la consideracion del rigor con que me has tratado, o mas duro que marmol à mis queexas, en pedernido Cavallero, he estado muerta, ò a lo menos juzgada por tal de los q̄ me han visto; y si no fuera porque el amor, condololierdose de mi, depositò mi remedio en los mattirios deste buen escudero, allà me quedàra en el otro mundo. Bien pudiera el amor dixo Sàchò, de positarlos en los de mi año, que yo se lo agradeciera; pero digame, señora, assi el Cielo la acomode con otro mas blando amante que mi amo, que es lo que



viò en el otro mundo? ¿y ay en el infierno, porque quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero? La verdad que os diga, respondió Altifidora, yo no devi de morir del todo, pues no entrè en el infierno, ¿y si allà entrara, vna por vna no pudiera salir del, aunque quisiera, la verdad es, que lleguè à la puerta, adonde estavan jugando hasta vna docena de diablos à la pelota, todos en calças, y en jubon, con balonas guarnecidas con puntas de tandas Flamencas, y con vnas bueltas de lo mismo, que les servian de puños, con quatro dedos de braço de fuera: porque pareciesse las manos mas largas, en las quales teniã vnas palas de fuego: y lo que mas me admirò fue, que les servian en lugar de pelotas libros, al parecer llenos de viento, y de borra, cosa maravillosa, y nueva; pero esto no me admirò tanto, como el ver, que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos, y entristecerse los que pierden, alli en aquel juego todos gruñian, todos regañavan, y todos se maldecian. Esto no es marauilla, respondió Sancho: porque los diablos juegan, ó no juegan, nunca puede estar contentos, ganen, ó no ganen. Así deve de ser, respondió Altifidora, mas ay otra cosa, que también me admira (quiero dezir me admirò entonces)

y fue, que al primer boleo no quedava pelota en pie, ni de provecho, para servir otra vez, y así menudeavan libros nuevos, y viejos, que era vna maravilla, à vno dellos, nuevo flamante, y bien encuadernado, le dieron vn papirotaço, que le sacaron las tripas, y le esparcieron las hojas: dixo vn diablo à otro: Mirad que libro es este, y el diablo le respondió; Esta es la segunda parte de la Historia de D. Quixote de la Mancha, no compuesta por Cide Hamete, su primer Autor, sino por vn Aragonès, que él dize ser natural de Tordefillas. Quitadmele de ahí, respondió el otro diablo, y metedle en los abismos del infierno, no le vean mas mis ojos. Tan malo? Respondió el otro. Tan malo replicò el primero, ¿y si de proposito yo mismo me pusiera hazerle peor, no acertara. Prosiguierò su juego, peloteando otros libros, y yo por auer oido nombrar à D. Quixote, à quien tanto adamo, y quiero, procure, que se me quedasse en la memoria esta vision. Vision deviò de ser sin duda, dixo D. Quixote: porque no ay otro yo en el mundo, y ya en esta Historia anda por acá de mano en mano, pero no para en ninguna: porque, todos la dan del pie: yo no me he alterado en oír, que anda como cuerpo fantastico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la



tierra, porque no soy aquel de quien esta Historia trata: si ella fue buena fiel, y verdadera, tendrá siglos de vida, pero si fuere mala, de su parto à la sepultura no será muy largo el camino. Iba Altiñidora à proseguir en quejarse de D. Quixote, quando le dixo D. Quixote: Muchas vezes os he dicho, señora, que à mi me pesa de que ayais colocado en mi vuestros pensamientos, pues de los míos antes pueden ser agradecidos que remedios, yo nací para ser de Dalcinea del Tobofo, y los hados (si los huiera) me medicaron para ella, y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible: suficiente de engaño es este, para q̄ os retireis en los limites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar à lo imposible. Oyendo lo que Altiñidora, mostrando enojarse, y alterarse, le dixo: Vive el señor don Vacallao, alma de almirez, cuefco de datil, mas terco, y duro que villano rogado, quando tiene la fuya sobre el hito, que si arremeto a vos, que os tengo de sacar los ojos; pensais por ventura, don vencido, y don molido à palos, q̄ yo me he muerto por vos? todo lo que aveis visto en esta noche ha sido fingido, que no soy yo muger, que por semejantes camellos avia de dexar que me doliese vn negro de la

vña, quanto mas morirme. Eso creo yo muy bien, dixo Sancho, que esso del morir se los enamorados, es cosa de risa, biē lo pueden ellos dezir; pero hazer, crealo Judas. Estando en estas platicas entrò el musico, cantor, y Poeta, que avia cantado las dos yà referidas estancias, el qual haziendo vnagrã reverencia à D. Quixote, dixo: v. m. señor Cavallero, me ciente, y tenga en el numero de sus mayores servidores, porque ha muchos dias, que le soy muy aficionado, assi por su fama, como por sus hazañas. D. Quixote le respondió: Vuestra merced me diga quien es, porque mi cortesía responda à sus merecimientos. El moço respondió, que era el musico, y pa negirico de la noche antes. Por cierto, replico D. Quixote, v. m. tiene estremada voz; pero lo que cantò no me parece que fue muy a proposito; por que que tienen que ver las estancias de Garcilasso con la muerte desta señora? No se maraville vuestra merced desta, respondió el musico, que yà entre los intonlos Poetas de nuestra edad se vfa, que cada vno escriua como quisiere, y hurte de quien quisiere, venga, y no venga à pelo de su intento, y yà no ay necesidad, que canten, ò escrivan, que no se atribuya à licencia poetica. Responder quisiera D. Quixote; pero ef-



torvaronlo el Duque, y la Duquesa, que entraron à verle, entre los quales passaron vna larga, y dulce platica, en la qual dixo Sancho tantos donaires, y tantas malicias, q̄ dexarõ de nuevo admirados à los Duques, assi cõ su simplicidad, como cõ su agudeza. Don Quixote les suplicò le diessen licencia para partirse aquel mismo dia, pues à los vécidos Cavalleros como èl, mas le convenia habitar vna caburda, que no Reales Palacios; dieronlela de muy buena gana, y la Duquesa le preguntò. si quedava en su gracia Altifidora. El respondió: Señera mia, sepa V.S. que todo el mal desta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupacion honesta, y cõtina; ella me ha dicho aqui que se vsan rãdas en el infierno, y pues ella las deve de saber hazer, no las dexé de la mano, que ocupada en menear los palillos no se menearàn en su imaginaciõ la imagen, ò imagenes de lo que bien quierè: y esta es la verdad, este mi parecer, y este mi cõsejo. Y el mio, añadió Sãcho, pues no he visto en toda mi vida rãdera q̄ por amor se aya muerto, q̄ las doncellas ocupadas mas ponen sus pensamientos en acabar sus tareas, que en pensar en sus amores, por mi lo digo, pues mientras estoy cabando no me acuerdo de mi oislo, digo de mi Teresa Pãça, à quien quiero mas que à las pestañas de mis ojos.

Vos dezis muy bien, Sancho, dixo la Duquesa, y yo harè, que mi Altifidora se ocupe de aqui adelante en hazer alguna labor blanca, que la sabe hazer por estremo. No ay para que, señora, respondió Altifidora, vsar de esse remedio, pues la consideracion de las crueldades que conmigo ha vsado este malandrin mosti èco, me lo bõrraràn de la memoria, sin otro artificio alguno; y con licencia de vuestra grãdeza me quiero quitar de aqui, por no ver delante de mis ojos, ya no su triste figura, sino su fea, y abominable catadura. Esto me parece, dixo el Duque, à lo que suele dezirse: porque aquel que dize injurias, cerca està de perdonar. Hizo Altifidora muestra de limpiarse las lagrimas cõ vn pañuelo, y haziendo reverencia à sus señores, se salio del aposento. Mandote yo, dixo Sancho, pobre doncella, mandote (digo) mala ventura, pues las has avido con vn alma de esparto, y cõ vn coraçon de encina: à fee, que si las huvieras conmigo, que otro gallo te cantàra. Acabòse la platica, vistióse Don Quixote, comió con los Duques, y partiòse aquella tarde.





CAP. LXXI. De lo que à Don Quixote le sucedió con su escudero Sancho yendo à su Aldea.



**I**Ba el vñcido, y assendereado Don Quixote penlativo- además por vna parte, y muy alegre por otra: causava su tristeza el vncimiento, y alegría el considerar en la virtud de Sancho, como lo avia mostrado en la resurreccion de Altisidora, aunque con algun escrupulo se persuadia à que la enamorada doncella fuesse muerta de veras. No iba nada Sancho alegre, porque le entristecia ver, que Altisidora no le avia cum-

plido la palabaa de darle las camisas, y yendo, y viniendo en esto, dixo à su amo: En verdad, señor, que soy el mas desgraciado medico que se deve de hallar en el mundo, en el qual ay Fisicos, que con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro, sino firmar vna cedulilla de algunas medicinas, q̄ no las haze el, sino el boticario, y catalo cãtulado, y à mi, q̄ la salud agena me cuesta gotas de sãgre

ma



mañonas, pellizcos, alfilerazgos, y açotes; no me dan vn ardite: pues yo les voto à tal, que si me traen à las manos otro algun enfermo, que antes que le cure me ha de vntar las mias, que el Abad de donde canta yãta, y no quiero creer, que me ayadado el Cielo la virtud q̄ tēgo, para que yo la comunique con otros de bobilis, bobilis, Tu tienes razon, Sancho amigo, respondiò Don Quixote, y halo hecho muy mal. Altisidora, en no averte dado las prometidas camisas, y puesto que tu virtud es gratis data, que no te ha costado estudio alguno, mas que estudio es r̄cibir martirios en tu persona, de mi te sēdezir, que si quisieras paga por los açotes del desencãto de Dulcinea, yã te la huviera dado tal como buena; pero no se si vendrà bien con la cura la paga, y no querria que impidiese el premio à la medicina: con todo esto me parece, que no se perderà nada en provarlo, mira Sancho el que quieres, y açotate luego, y pegate de contado, y de tu propia mano, pues tienes dineros mios: à cuyos ofrecimientos abriò Sancho los ojos, y las orejas de vn palmo, y diò consentimiento en su coraçon à açotarse de buena gana, y dixo à su amo. Ahora bien, señor, yo quiero disponerme à dar gusto à vuestra merced en lo que de-

sea, con provecho mio, que el amor de mis hijos, y de mi muger, me haze que me muestre interessado: digame vuestra merced quanto me darà por cada açote que me diere? Si yo te huviera de pagar, Sancho, respondiò Don Quixote, conforme lo que merece la grandeza, y caridad deste remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosi fueran poco para pagarte: toma tu el tiento a lo q̄ llevas mio, y p̄n el precio à cada açote. Ellos, respondiò Sancho, son tres mil trecientos, y tantos, destes me he dado hasta cinco quedan los demàs, entrē entre los tantos estos cinco, y vengamos à los tres mil y trecientos, que à quartillo cada vno (que no llevarè menos si todo el mundo me lo mandasse) montan tres mil y trecientos quartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hazē setecientos y cinquenta reales, y los trecientos, hazen ciento y cinquenta medios reales, que vienen à hazer setenta y cinco reales, que juntandose à los setecientos y cinquenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos destalçarè yo de los que tēgo de vuestra merced, y entrarè en mi casa rico, y contento, aunque bien açotado, porq̄ no se tomã truchas, y no digo mas. O Sancho, bendito! ò Sancho amable, respondiò Don Qui-



xote! y quan obligados hemos de quedar Dulcinea, y yo à servirte todos los dias que el Cielo nos diere de vida, si ella buelve al ser perdido (que no es posible sino que buelva) su desdicha avrà sido dicha, y mi vencimiento felicissimo triunfo, y mira Sancho, quando quieres començar la disciplina, que porque la abrevieis te añado cien reales. Quando? replicò Sãcho esta noche sin falta, procure vuestra merced que la tẽgamos en el campo al Cielo abierto, que yo me abrirè mis carnes. Llegò la noche esperada de D. Quixote con la mayor ansia del mundo, pareciendole, que las ruedas del carro de Apolo se avian quebrado, y que el dia se alargava mas de lo acostumbrado, bien así como acontece à los enamorados, que jamás ajustã la cuenta de sus deseos. Finalmente se entraron entre vnos amenos arboles, que poco desviados del camino estavan, donde dexando vacias la silla, y albarda de Rozinante, y el ruzio, se tendieron sobre la verde yerva, y cenaron del repuesto de Sancho, el qual haciendo del cabestro, y de la xaquima del ruzio vn poderoso, y flexible açote, se retirò hasta veinte passos de su amo entre vnas hayas. Don Quixote que le viò ir con denuedo, y con brio, le dixò: Mira amigo, que no te hagas pedaços, da lugar,

que vnos açotes aguarden à otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento, quierodezir, que no te des tan recio, que te falte la vida antes de llegar al numero deseado, y porque no pierdas por carta de mas, ni de menos, yo estarè desde à parte contando por este mi rosario los açotes, q̄ te dieres, favorezca te el Cielo conforme tu buena intencion merece. Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sãcho, yo pienso darme de manera, que sin matarme, me duela, que en esto deve de consistir la sustancia deste milagro. Desnudose luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel, començò à darse, y començò Don Quixote à contar los açotes. Hasta seis, ò ocho se avriado Sancho, quando le pareció ser pesada la burla, y muy barato el precio della, y deteniendose vn poco, dixo à su amo, que se llamava engaño, porque merecia cada açote de aquellos ser pagado à medio real, no à quartillo. Profigue Sancho amigo, y no desmayes le dixo Don Quixote, que yo doblo la parada del precio. De esse modo, dixo Sancho, à la mano de Dios, y luevan açotes; pero el focarron dexò de darse los en las espaldas, y dava en los arboles, con vnos suspiros de quando en quando, que parecia, que



con cada vno de ellos se le arráca va el alma. Tierna la de D. Quixote, temeroso de q̄ no se la acabasse la vida, y no consiguiessse su deseo por la imprudencia de Sancho, le dixo: Por tu vida amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy aspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo, que no se ganó Zamora en vna hora: mas de mil açotes, si yo no he contado mal, te has dado, bastan por aora, que el asno (hablando à lo grossero) sufre la carga, mas no la sobrecarga. No, no, señor, respondió Sancho, no se ha de dezir por mi, à dineros pagados braços quebrados, apartese vuestra merced otro poco, y dexeme dar otros mil açotes si quiera, q̄ à dos levadas destas avremos cumplido con esta partida, y aun nos sobrarà ropa. Pues tu te hallas con tan buena disposicion, dixo D. Quixote, el Cielo te ayude, y pegate, que yo me aparto. Bolvió Sancho à su tarea, contando de nuevo, y que ya avia quitado las corteças à muchos arboles: tal era la riguridad con que se açotava: y alcanzando vna vez la voz, y dando vn desafortado açote en vna haya, dixo: Aquí moritas San on, y quantos con el son. Acudió Don Quixote luego al son de la lastimada voz, y del golpe del riguroso açote, y asiendo del torzido cabestro, que le servia

de corvacho à Sancho, le dixo: No permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mio pierdas tu la vida, que ha de servir para sustentar à tu muger, y à tus hijos: espere Dulcinea mejor coyuntura, que yo me contendrè en los limites de la esperança propinqua, y esperarè que cobres fuerças nuevas, para que concluya este negocio à gusto de todos. Pues vuestra merced, señor mio lo quiere asì, respondió Sancho, sea en buena hora, y echeme su ferreruelo sobre estas espaldas q̄ estoy sudando, y no querria refriarme, que los nuevos disciplinantes corren este peligro. Hizolo asì Don Quixote, y quedandose en pelota, abrigó à Sancho, el qual se durmió hasta que le despertó el Sol, y luego bolvieron à proseguir su camino, à quien dieron fin por entónces en vn lugar que tres leguas de allí estava, apearonse en vn meson, que por tal le reconoció Don Quixote, y no por castillo de caba honda, torres, rastillos, puente lebadiza, que despues que le vencieron, cō mas juicio en todas las cosas discurreria, como agora se dirà, alojaronle en vna sala baxa, à quiè servian de guadamaciles vnas largas viejas pintadas, como se vsavan en las Aldeas, en vna dellas estava pintado de malissima mano el robo de Elena, quando el huesped atreuido se



tava la Historia de Dido, y Eneas, ella sobre vna alta torre, como que hazia de señas con vna media sabana al fugitivo huesped, que por el mar sobre vna fragata, o vergantín se iba huyendo. Notò en las dos historias, que Elena no iba de muy mala gana, porque sería à locapa, y à lo socarrón; pero la hermosa Dido mostrava verter lagrimas del tamaño de nuezes por los ojos. Viendo lo qual Don Quixote, dixo: Estas dos señoras fueron desdichadísimas, por no aver nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado, en no aver nacido en la suya encontràra aquestos señores, ni fuera abrafada Troya, ni Cartago destruida, pues con solo que yo matàra à Pàris, se escusaran tantas desgracias. Yo apostaré, dixo Sancho, que antes de mucho tiempo no ha de aver bodegon, venta, ni meson, ò tienda de Barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero querria yo, que la pintassen manos de otro mejor pintor, que el que ha pintado à estas. Tienes razon, Sancho, dixo Dō Quixote, porque este pintor es como Organeja, vn pintor que estava en Vbeda, que quando le preguntavan, què pintava, respondia, lo que saliere; y si por ventura pintava vn gallo, escrivia debaxo: Este es gallo, porque no pensassen, que era

corra. De esta manera me parece à mi, Sancho, que deve de ser el pintor, ò escritor, que todo es vno, que esacò à luz la historia de este nuevo Don Quixote que ha salido, que pintò, ò escriviò lo que saliere, ò avrà sido como vn Poeta, que andava los años passados en la Corte, llamado Mauleon, el qual respondia de repente à quanto le preguntavan, y preguntandole vno, què queria dezir Deum de Deo? respondio, de donde diere. Pero dexando esto à parte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres q sea debaxo de techado, ò al Cielo abierto? Pardiez, señor, respondio Sancho, que para lo que yo pienso darme, esso se me dà en casa, que en el campo; pero con todo esso querria que fuesse entre arboles, que parece que me acompañan, y me ayudan à llevar mi trabajo maravillosamente. Pues no ha de ser assi, Sancho amigo, respondio Don Quixote; sino que para que tomes fuerças lo hemos de guardar para nuestra Aldea, que à lo mas tarde llegaremos allí despues de mañana. Sancho respondio, que hiziesse su gusto; pero que el quisiera concluir con brevedad aquel negocio à sangre caliente, y quando estava picado el molino, porque en la tardança suele estàr muchas vezes el peligro, y

Ee      à



à Dios rogando, y con el maço dando, y que mas valia vn toma, que dos te darè, y el paxaro en la mano, que el buitre bollando. No mas refranes, Sancho, por vn solo Dios: dixo Dō Quixote, que parece que te buelues al sicut erat, habla à lo llano, à loliso, à lo intrincado, como muchas vezes te hedi cho, y veràs como te vale vn pan por ciento. No sè que mala ventura es esta mia, respon diò Sancho, que no sè dezir ra zon sin refràn, ni refràn que no me parezca razon; pero yo me enmendare, si pudiere, y con esto cesò por entonces su platica.

**CAP. LXXII. De como Don Quixote, y Sancho llegaron à su Aldea.**

**T**ODO aquel dia, esperando la noche, estuvieron en aquel lugar, y meson Don Quixote, y Sancho; el vno, para acabar en la campaña rasa la tanda de su disciplina; y el otro, para ver el fin della, en el qual consistia el de su deseo. Llegò en esto al meson vn caminante à cavallo, con tres, ò quatro criados; vno de los quales dixo, al que el se ñor dellos parecia: Aqui puede vuestra merced, se ñor Don Alvaro Tarfe, passar oy la siesta; la posada parece limpia, y fresca. Oyendo esto Don Quixote, le

dixo à Sadcho: Mira Sancho, quando yo hojèe aquel libro de la segūda parte de mi historia, me parece que de passada topè alli este nombre de Don Alvaro Tarfe. Bien podrà ser, respon diò Sancho, dexemosle apear, que despues se lo pregun tarèmos. El Cavallero se apeò, y frontero del aposento de Don Quixote, la huespeda le diò vna sala baxa, enjaezada con otras pintadas sargas, como las que tenia la estancia de D. Qui xote. Pasòse el recién venido Cavallero a lo de Verano salie dose al portal del meson, que era espacioso, y fresco, por el qual se pasleava Don Quixote, le pregunto: Adonde bueno ca mina vuestra merced, se ñor gē tilhombre? Y Don Quixote se respondió: A vna Aldea que es tà aqui cerca, de donde soy na tural. Y vuestra merced donde camina? Yo, se ñor, respondió el Cavallero, voy à Granada, que es mi patria. Y buena patria, replicò Don Quixote; pero di game vuestra merced por cor tesia su nombre; porque me pa rece, que me ha de importar saberlo, mas de lo que bue bue namente podrè dezir. Mi nom bre es Don Alvaro Tarfe, res pondio el huesped. A lo que re plicò Don Quixote: Sin duda alguna pienso que vuestra mer ced deve de ser aquel D. Alva ro Tarfe que anda impresso en la segūda parte de la historia de



Don Quixote de la Mancha, recién impresa, y dada à la luz del múdo por vn Autor moderno. El mismo soy, replicò el Cavallero, y el tal D. Quixote, sujeto principal de la tal historia, fue grandissimo amigo mio, y yo fuy el que le secó de su tierra, ò alomenos le movia que viniese à vnas justas à Zaragoza, adonde yo iba, y en verdad, en verdad que le hize muchas amistades, y q̄ le quitè de que no le palmeasse las espaldas el verdugo, por ser demasiadamente atrevido. Y digame v. m. señor D. Alvaro, parezco yo en algo à esse tal D. Quixote que v. m. dize? No por cierto, respòdiò el huésped, en ninguna manera. Y esse Don Quixote, dixo el nuestro, traia consigo à vn escudero llamado Sancho Pança? Si traia, respondió D. Alvaro; y aunque tenia fama de muy gracioso, nū le oí dezir gracia q̄ la tuviese. Esto creo yo muy bien, dixo à esta sazón Sancho, porque el dezir gracias, no es para todos, y esse Sancho que v. m. dize (señor gentil hombre) deve de ser algun grādissimo vellaco, friõ, y ladrõ juntamente, que el verdadero Sancho Pança soy yo, q̄ tēgo mas gracias que llovidas, y fino haga v. m. la experiēcia, y andese tras de mi, por lo menos vn año, y verà q̄ se me caen à cada passo, y tales, y tantas, que sin saber yo las mas vezes lo que me digo, hago reir à quantos

me escuchan: y el verdadero Don Quixote de la Mancha, el famoso, el valiente, y el discreto, el enamorado, el desfazedor de agravios, el tutor de pupilos, y huerfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por vnica señora à la fin par Dulcinea del Toboso, es este señor que està presente, que es mi amo: todo qualquier otro Don Quixote, y qualquier otro Sancho Pança, es burleria, y cosa de sueño. Por Dios que lo creo, respondió Don Alvaro; porque mas gracias aveis dicho vos amigo en quatro razones que aveis hablado, que el otro Sancho Pança en quantas yo le he oído hablar, que fueron muchas: mas tenia de comilon, que de bien hablado, y mas de tonto, que de gracioso, y tengo por sin duda, que los encantadores que persiguen à Don Quixote el bueno, han querido perseguirme à mi con Don Quixote el malo; pero no se que me diga, que osare yo jurar que le dexo metido en la casa de el Nuncio de Toledo, para que le curen, y aora remane aqui otro Don Quixote, aunque bien diferente de el mio. Yo, dixo Don Quixote, no sè si soy bueno; pero sè dezir, que no soy el malo: para prueba de lo qual quiero que sepa vuestra merced, mi señor D. Alvaro Taise, que en todos los dias de mi vida



no he estado en Zaragoza, antes por averme dicho, que esse Don Quixote fantastico se avia hallado en las justas de essa Ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar à las barbas del mundo su mentira, y assi me pasè de claro à Barcelona, archivo de la cortesía, alvergue de los estrangeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, vengança de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio, y en belleza vnica: y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, solo por averla visto: finalmente, señor Don Alvaro Tarfe, yo soy Don Quixote de la Mancha, el mismo que dize la fama, y no esse desventurado, que ha querido vsurpar mi nombre, y honrarse con mis pensamientos: a vuestra merced suplico, por lo que deve à ser Cavallero, sea servido de hazer vna declaracion ante el Alcalde deste Lugar, de que vuestra merced no me ha visto en todos los dias de su vida hasta aora, y de que yo no soy el Don Quixote impresso en la segunda parte, ni este Sancho Pança mi escudero es aquel que vuestra merced conociò. Esto harè yo de muy buena gana, respondió Don Alvaro, puesto que cause admiracion ver dos Don Quixotes, y dos Sanchos à vn

mismo tiempo, tan conformes en los nombres, como diferentes en las acciones: y buelvo a dezir, y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mi lo q̄ ha pasado. Sin duda, dixo Sancho, que vuestra merced deve de estar encantado, como mi señora Dulcinea del Toboso, y pluguiera al Cielo que estuviera su desencanto de vuestra merced en darme otros tres mil y tantos açotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interès alguno. No entiendo esto de açotes, dixo Don Alvaro, y Sancho le respondió, que era largo de contar; pero q̄ èl se lo cõtaria, si acato iban vn mismo camino. Llegòse en esto la hora de comer, comierò juntos D. Quixote, y D. Alvaro; entrò en esto el Alcalde del pueblo en el meson con el Ecrivano, ante el qual Alcalde pidió Don Quixote por vna petición, de que à su derecho convenia, de que Don Alvaro Tarfe, aquel Cavallero que alli estava presente, declarasse ante su merced, como no conocia à Don Quixote de la Mancha, que assimismo estava alli presente, y que no era aquel que andava impresso en vna historia, intitulada, Segunda parte de D. Quixote de la Mancha, compuesta por vn tal de Anallaneda, natural de Tordeillas. Finalmente el Alcalde proveyò jurídicamente; la declaració



se hizo con todas las fuerças que en tales casos devia hazer-se, con lo que quedaron Don Quixote, y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaracion, y no mostraba claro la diferencia de los dos Don Quixotes, y la de los dos Sanchos, sus obras, y sus palabras: muchas de cortesias, y ofrecimientos passaron entre Don Alvaro, y Don Quixote, en las quales mostrò el gran Manchego su discrecion, de modo, que desengañò à Don Alvaro Tarfe del error en que estava, el qual se diò à entender que devia de estar encantado, pues tocaron con la mano dos tan contrarios Don Quixotes. Llegò la tarde, partieronse de aquel Lugar, y à obrade media legua se apartavandos caminos diferentes; el vno, que guiava à la Aldea de Don Quixote, y el otro, el que avia de llevar Don Alvaro. En este poco espacio le contò Don Quixote la desgracia de su vencimiento, y el encanto, y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiracion à Don Alvaro, el qual abraçando à Don Quixote, y à Sancho, siguiò su camino, y Don Quixote el suyo, que aquella noche le passò entre otros arboles, por dar lugar à Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la passada noche à costa de las cortezas de las hayas,

harto mas que de sus espaldas, que las guardò tanto, que no pudiera quitar los açotes vna moçca, aunque la tuviera encima. No perdiò el engañado Don Quixote vn solo golpe de la cuenta, y hallò, que con los de la noche passada eran tres mil y veinte y nueve, parece, que avia madrugado el Sol à ver el sacrificio, con cuya luz bolvieron à proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de Don Alvaro, y de quan bien acordado avia sido tomar su declaracion ante la justicia, y tan autenticamente. Aquel dia, y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, sino fue, que en ella acabò Sancho su tarea, de que quedò Don Quixote contento sobre modo, y esperaba el dia, por ver si en el camino topava ya desencantada à Dulcinea su señora, y siguiendo su camino, no topava muger ninguna, que no iba à reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible, no poder mentir las promessas de Merlin. Con estos pensamientos, y desos subieron vna cuesta arriba, desde la qual descubrieron su Aldea, la qual vista de Sancho, se hincò de rodillas, y dixo: Abre los ojos deseada patria, y mira que buelve à ti Sancho Pança tu hijo, si no muy rico, muy bien açotado; abre los braços, y recibe tambien tu hijo Don Quixote, que



si viene vencido de los brazos agenos, bien vencedor de si mismo, que segun él me ha dicho, es el mayor vencimiento q̄ desearse puede; dineros llevo, porq̄ si buenos acotes me davan, bien cavallero me iba. Dexate de estas sandezes, dixo D. Quixote, y vamos cō pie derecho à entrar en nuestro Lugar, donde daremos vado à nuestras imaginaciones, y la traça q̄ en la pastoral vida pensamos exercitar. Con esto baxaron de la cuesta, y se fueron à su pueblo.

**CAP. LXXIII. De los agueros que tuvo Don Quixote al entrar de su Aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.**

**A** La entrada del qual, segun dize Cide Hamete, vio D. Quixote, que en las heras de el Lugar estaban riendo dos muchachos, y el vno dixo al otro: No te canfes Periquillo, que no la has de ver en todos los dias de tu vida. Oyòlo D. Quixote, y dixo a Sancho; No adviertes, amigo, lo que aquel muchacho ha dicho, no la has de ver en todos los dias de tu vida? Pues biẽ, que importa, respondiò Sancho, que aya dicho esto el muchacho? **Q**uè? replicò Don Quixote, no ves tu, que aplicando aquella palabra à mi intencion, quiere significar, que no rēgo de ver mas

à Dulcinea? Oeriale respondiò Sancho, quando se lo esto vò ver, que por aquella campaña venia huyendo vna liebre, seguida de muchos galgos, y caçadores; la qual temerosa se vino à acoger, y à agaçapar d. baxo de los pies del ruzio: cogiòla Sancho à mano salva, y presentòsela à D. Quixote, el qual estava diziendo: *Malum signum, malum signum: liebre huye, galgos la siguen.* Dulcinea no parece. *Estraño es v. m.* dixo Sancho: presupongamos, que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos q̄ la perfiguen son los malandrines encantadores que la trāsformaron en la labradora; ella huye, y yo la cojo, y la pògo en poder de v. m. que la tiene en sus brazos, y la regala, que mala señal es esta, ni que mal aguero se puede tomar de aqui? Los dos muchachos de la pendencia se llegarò à ver la liebre, y al vno dellos preguntò Sancho, q̄ por que reñian? Y fuele respondiò, por el que le avia dicho, no la veràs mas en toda tu vida, que el avia tomado al otro muchacho vna jaula de grillos, la qual no pèlava bolverfela en toda su vida. Sacò Sancho quatro quartos de la faltriquera, y diòselos al muchacho por la jaula, y pusoela en las manos à Don Quixote, diziendo: *E aqui, señor, rompidos, y delbaratados estos agueros, que no tienen q̄ ver mas con nuestros sucesos, segun que yo imagino,* aun-



aunque tonto, que con las nubes de antaño: y si no me acuerdo mal, he oído dezir al Cura de nuestro pueblo, que no es de personas Christianas, ni discretas, mirar en estas niñerías, y aun v. m. mismo me lo dixó los dias pasados, dandome à entender, q̄ eran tótos todos aquellos Christianos que miravan en agueros, y no es menester hazer hincapie en esto, sino passemos adelante, y entremos en nuestra Aldea. Llegaron los caçadores, pidieró su liebre, y dióselá D. Quixote: passaró adelante, y à la entrada del pueblo toparon en vn pradillo rezando al Cura, y al Bachiller Carroasco, y es de saber, q̄ Sancho Pança avia echado sobre el ruzio, y sobre el dio de las armas, para que sirviessede repostero, la tunica de boca-cì pintada de llamas de fuego, q̄ le vistieró en el castillo del Duque la noche q̄ bolvió en sí Aldísidora, acomodóle tambien la coroca en la cabeça, que fue la mas nueva transformacion, y adorno con que se vio jamás jumento en el mundo: fueron luego conócidos los dos del Cura, y del Bachiller, que se vinieron à ellos con los braços abiertos. Apeóse D. Quixote, y abraçólos estrechaméte, y los muchachos que son lince no escusados, divisaron la coroca del jumento, y acudieron à verle, y deziã vnos à otros: Venid muchachos, y vereis el asno de Sãcho Pança mas

galàn que mingo, y la bestia de D. Quixote mas flaca oy que el primer dia. Finalmente, rodeados de muchachos, y acompaños del Cura, y del Bachiller entraron en el pueblo, y se fueron à casa de D. Quixote, y hallaró à la puerta della al ama, y à la sobrina, à quiẽ ya aviã llegado las nuevas de su venida: ni mas, ni menos se las avian dado à Teresa Pança, muger de Sancho, la qual desgreñada, y medio desnuda, trayendo de la mano à Sanchica su hija, acudió à ver à su marido, y viendole no tan bien deliñado, como ella se pẽsava q̄ avia de estar vn Governador, le dixo: Como venis así, marido mio, que me parece que venis à pie, y despeado, y mas traeis semejança de desgoverdado, que de Governador? Calla Teresa, respondiò Sancho, que muchas vezes dõde ay estacas, no ay tozinos, y vamonos à nuestra casa, que allà oirã maravillas: dineros traygo, que es lo que importa, ganados por mi industria y sin daño de nadie. Trad vos dinero, mi buen marido, dixo Teresa, y sean ganados por aqui, ò por alli, que como quiera q̄ los ayais ganado, no aveis hecho vsanca nueva en el mudo. Abraçò Sanchica à su padre, y preguntòle si traía algo, que le estava esperando como el agua de Mayo, y asiẽdole de vn lado del cinto, y su muger de la mano, tirãdo su hija al ruzio se fueron. su



casa, dexando à D. Quixote en la fuya en poder de su sobrina, y de su ama, y en compañía del Cura, y del Bachiller. Don Quixote, sin guardar terminos, ni horas, en aquel mismo punto se apartó à solas con el Bachiller, y el Cura, y en breves razones les contó su vencimiento, y la obligacion en q̄ avia quedado, de no salir de su Aldea en vn año, la qual pensava guardar al pie de la letra, sin traspasarla en vn atamo, bien así como Cavallero andante, obligado por la puntualidad, y orden de la andante Cavalleria, y q̄ tenia pensado de hazerle aquel año pastor, y entretenerse en la solidad de los cãpos, donde à riēda suelta podia dar vado à sus amorosos pensamiētos, exercitandose en el pastoral, y virtuoso exercicio: y que les suplicava, si no tenian mucho que hazer, y no estaban impedidos en negocios mas importantes, quisiesen ser sus compañeros, que él compra-ria ovejas, y ganado suficiente, que les diese nombre de pastores: y que les hazia saber, que lo mas principal de aquel negocio estava hecho, porque les tenia puestos los nombres que les vendrian como de molde. Dixo el Cura, q̄ los dixesse. Respondió Don Quixote, que él se avia de llamar el pastor Quixotiz, y el Bachiller, el pastor Carrasco, y el Cura, el pastor Curambro, y Sancho Pança, el pas-

tor Pancino. Pasmáronse todos de ver la nueva locura de Don Quixote; pero porque no se les fuesse otra vez del pueblo à sus Cavallerias, esperando que en aquel año podria ser curado, cōcedieron cō su nueva intēcion, y aprobaron por discreta su locura, ofreciendosele por compañeros en su exercicio: y mas dixo Sancho Carrasco, que como ya todo el mundo sabe, yo soy celeberrimo Poeta, y à cada passo compōdré versos pastoriles, ò cortesanos, ò como mas me viniere à cuento, para q̄ nos entretēgamos por estos andurriales, donde avemos de andar: y lo que mas es menester, señores míos, es, que cada vno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dexemos arbol, por duro que sea, dōde no la retule, y grave su nombre, como es uso, y costumbre de los enamorados pastores. Esto està de molde, respondió D. Quixote, puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues està ai la sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires, y finalmente, sugeto sobre quien puede afentar bien toda alabanga, por hiperbole que sea. Así es verdad, dixo el Cura; pero nosotros buscaremos por ai pastoras maneruelas, que si no nos quadran, nos esquinen. A lo q̄ añadió



Sanfon Carrasco, y quando faltare, darèmosles los nòbres de las estampadas, è impressas, de quien està lleno el mundo, Filidas, Amarilis, Dianas, Fleridas, Galateas, y Belisardas, que pues las venden en las plaças, bien las podemos cóprar nosotros, y tenerlas por nuestras, si mi dama (ò por mejor dezir mi pastora) por vètura se llamare Ana la celebrare debaxo del nombre de Anarda, y si Francisca, la llamarè yo Francenia, y si Luzia, Lucinda, que todo se fale allà, y Sancho Pança, si es q̄ hade entrar en esta cofradia, podrá celebrar su muger Teresa Pança cò nombre de Teresaina. Riòse D. Quixote de la aplicacion de el nombre, y el Cura le alabò infinito su honesta, y honrada resolucion, y se ofreció de nuevo à hazerle compañía todo el tiempo que le vacasse de atèder à sus forçosas obligaciones. Con esto se despidieron del, y le rogaron, ya consejarò tuviesse cuenta cò su salud, con regalarse lo q̄ fuese bueno. Quiso la suerte, que su sobrina, y el ama oyeron la practica de los tres, y assi como se fueron, se entraron entrambas con D. Quixote, y la sobrina le dixo, què es esto, señor tio? aora que penlavamos nosotras, que v. m. bolvia à reducirse en su casa, y passar en ella vna vida quieta, y hórada, se quiere meter en nuevos laberintos, haziendose pastorcillo, tu que vienes pas-

torcico, tu que vàs, pues en verdad, que està ya duro el alcacèr para çamponas. A lo que aña-diò el ama: Y podrá v. m. passar en el campo las fiestas del Verano, los serenos del Invierno, el ahullido de los lobos? no por cierto, que este es exercicio, y oficio de hòbres robustos, curtidos, y criados para tal ministerio casi desde las fajas, y mantillas: aun mal por mal, mejor es ser Cavallero andãte, que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estàr harta de pan, y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estese en su casa, atienda a su hazienda, confiesse à menudo, favorezca à los pobres, y sobre mi anima si mal le fuere. Callad hijas, les respondió D. Quixote, que yo se bien lo que me cumple; llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno, y tened por cierto, que aora sea Cavallero andãte, ò pastor por andar, no dexaré siempre de acudir à lo que huvieredes menester, como lo vereis por la obra, y las buenas hijas (que lo eran sin duda) ama, y sobrina, le llevaron à la cama, donde le dieron de comer, y regalaron lo posible.





## CAP. LXXIV. De como Don Quixote cayò malo, y del testamento que hizo, y su muerte.



**C**omo las cosas humanas no sean eternas, yendo siépre en declinacion de sus principios, hasta llegar à su vltimo fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de Don Quixote no tuviesse privilegio del Cielo, para detener el curso de la suya, llegò su fin, y acabamiento, quando èl menos lo pensava, porque, ò yà fuesse de la melancolia que le causava el verse vencido, ò yà por la disposicion del Cielo, que así lo ordenava, se le arraigò vna ca-

lentura, que le tuvo seis dias en la cama, en los quales fue visitado muchas vezes del Cura, del Bachiller, y del Barbero sus amigos, sin quitarsele de la cabecera Sancho Pança su buen escudero. Estos (creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de no ver cumplido su deseo en la libertad, y desencanto de Dulcinea, le tenia de aquella suerte) por todas las vias posibles procuravan alegrarle, diciendole el Bachiller que se animasse, y levantasse para comen-

çar



car su pastoral exercicio, para el qual tenia ya compuesta vna ecloga, que mal año para quantas Sanazaro avia comprado, y que ya tenia comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el vno llamado Barcino, y el otro Butron, que se los avia vendido vn ganadero del Quintanar; pero no por esto dexava Don Quixote sus tristezas: llamaron sus amigos al medico, tomòle el pulso, y no le contentò mucho, y dixo, que por si, ò por no, atendiesse à la salud de su alma, porque la del cuerpo tenia peligro. Oyòlo Don Quixote con animo sossegado; pero no lo oyeron así su ama, y su sobrina, y su escudero, los quales començaron à llorar tan tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fue el parecer del medico, que melancolias, y delabrimientos le acabavan. Rogò Don Quixote, que le dexassen solo, porque querria dormir vn poco. Hizieronlo así, y durmiò de vn tirón (como dizen) mas de seis horas tanto, que pensaron el ama, y la sobrina, que se avia de quedar en el sueño. Despertò al cabo del tiempo dicho, y dando vna grã voz, dixo: Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho: en fin sus misericordias no tienèn limite, ni las abrevian, ni impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la sobrina à las razones del tio, y parecieronle mas concertadas que el solia dezirlas (al menos en aquella enfermedad, y preguntòle, què es lo que vuestra merced dize señor? tenemos algo de nuevo? q̄ misericordias son estas, ò que pecados de los hombres? Las misericordias, respondió D. Quixote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, à quiè como dize, no las impiden mis pecados; yo tengo juicio, y à libre, y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre el me pusieron mi amarga, y continua leyenda de los detestables libros de las Cavallerias: y à conozco sus disparates, y sus embelecocos, y no me pesa, sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me dexa tiempo para hazer alguna recòpensa, leyendo otros, q̄ sean luz del alma: yo me siento, sobrina, à punto de muerte, querria hazerla de tal modo, q̄ dicsse à entender, que no avia sido mi vida tan mala, que dexasse renombre de loco, que puesto q̄ lo he sido, no querria confirmar esta verdad en mi muerte: llamame, amiga, à mis buenos amigos, el Cura, al Bachiller Sansón Carrasco, a Maeste Nicolas el Barbero, q̄ quiero confessarme, y hazer mi testamento, pero deste trabajo se escusò la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los viò Don Qui-



xote, quando dixo: Dadme albricias buenos señores de q̄ yo yà no soy D. Quixote de la Mancha, sino Alonso Quixano, à quien mis costumbres me dieron renombre de dueño. Yà yo soy enemigo de Amadis de Gaula, y de toda la infinita caterva de su linage, yà me son odiosas todas las historias profanas de la andante Cavalleria: Yà conozco mi neccidad, y el peligro en que me pusieron averlas leído: yà por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia las abomino. Quando esto le oyeron dezir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le avia tomado. Y Sansón le dixo, agora señor Don Quixote, que tenemos nueva, que està desencantada la señora Dulcinea, sale vuestra merced con esso, y agora que estamos tan apique de ser pastores, para passar cantando la vida como vnos Principes, quiere vuestra merced hazerse hermitaño? Calle por su vida, buelva en sí, y dexese de cuentos. Los de hasta aqui, replicò Don Quixote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de bolver mi muerte cõ ayuda del Cielo en mi provecho. Yo señores, siento que me voy muriendo à toda priessa, dexense burlas à parte, y traiganme vn Confessor que me confiese, y vn Ecrivano, que haga mi testamento, que en tales trances como este, no se ha de

burlar el hombre con el alma: y así suplico, que en tanto que el señor Cura me confiesa, vayan por el Ecrivano. Miraronse vnos à otros, admirados de las razones de Don Quixote, y aunque en duda, le quisieron creer, y vna de las señales, por donde conjeturaron se moria, fue el aver buuelto con tanta facilidad de loco à cuerdo; porque yà à las dichas razones añadió otras muchas tan biendichas, tan Christianas, y con tanto concierto, que del todo les vino à quitar la duda, y à creer que estava cuerdo: hizo salir à la gente el Cura, y quedose solo con él, y confesiole. El Bachiller fue por el Ecrivano, y de alli à poco boluió cõ él, y con Sancho Pança, el qual Sancho (que yà sabia por nuevas del Bachiller en que estado estava su señor, hallando à la ama, y à la sobrina llorosas) començò à hazer pucheros, y à derramar lagrimas. Acabose la confesion, y salió el Cura diziendo, veid, verdaderamente se muere, y verdaderamente està cuerdo. Alonso Quixano el bueno, bien podemos entrar para que haga su testamento. Estas nuevas dieron vn terrible empujon à los ojos preñados de ama, sobrina, y de Sancho Pança su buen escudero, de tal manera, que los hizo rebentar las lagrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho, porq̄ verdaderamente (como alguna



vez se ha dicho) en tanto que Don Quixote fue Alonso Quixano el bueno á secas, y en tanto que fue Don Quixote de la Mancha, fue siempre de apacible condici6n, y de agradable trato, y por esto no solo era bien querido de los de su casa, sino de todos quantos le conocian. Entr6 el Escrivano con los demas, y despues de aver hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma Don Quixote, con todas aquellas circunstancias Christianas que se requieren, llegando á las mandas, dixo: Iten es mi voluntad, que de ciertos dineros que Sancho Pança (á quien en mi locura hize mi escudero) tiene, que porque ha avido entre el, y mi ciettas cuentas, y dares, y tomares, quiero que no se le haga cargo de ellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno, despues de averse pagado de lo que le devo, el restante sea suyo, que sera bien poco, y buen provecho le haga: y si como estando yo loco fuy parte para darle el Gobierno de la Intula pudiera agora estar do cuerdo darle el de vn Reyno, le le diera, porque la sencillez de su condicion, y fidelidad de su trato lo merece; y bolviendose á Sancho, le dixo: Perdoname amigo de la ocasion que te he dado de parecer loco como yo, haziente caer en el error en que yo

he caido, de que huvo, y ay Cavalleros andantes en el mundo. Ay! respondi6 Sancho, llorando, no se muera vuestra merced, señor mio, sino tome mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hazer vn hombre en esta vida, es dexarse morir sin mas, ni mas, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben, que las de la melancolia: mire no sea perezoso, sino levante se de esta cama, y vamos al campo, vestidos de pastores (como tenemos concertado) quizá tras de alguna mata hallaremos á la señora Doña Dulcinea desencantada, que no aya mas que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, echeme á mi la culpa, diciendo, que por aver yo cinchado mal a Rozinante, le derribaron: quanto mas, que vuestra merced avrá visto en sus libros de Cavallerias ser cosa ordinaria derribarse vnos Cavalleros á otros, y el que es vencido oy, ser vencedor mañana. Así es, dixo Sanson, y el buen Sancho Pança está muy en la verdad de estos casos. Señores, dixo Don Quixote, vamos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño, no ay paxaros ogaño, yo fuy loco, y ya foy cuerdo, fuy Don Quixote de la Mancha, y foy agora (como he dicho) Alonso Quixano el bueno: pueda con



vuestras mercedes mi arrepentimiento, y mi verded, bolverme à la estimacion, que de mi se tenia, y prosiga adelante el señor Escrivano. Iten mando toda mi hazienda à puerta cerrada à Antonia Quixana mi sobrina, que està presente, aviédo sacado primero de lo mas bien parado della lo que fuere menester, para cumplir las mãdas que dexo hechas, y la primera satisfacion que se haga, que ro que sea pagar el salario que devo, del tiempo que mi ama me ha servido, y mis veinte ducados para vn vestido. Dexo por mis albaceas al señor Cura, y al señor Bachiller Sancho Carrasco, que están presentes. Iten es mi voluntad, que si Antonia Quixana mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se aya hecho informacion, que no sabe que cosa sean libros de Cavallerias: y en caso que se averiguare q̄ lo sabe, y con todo esto mi sobrina quisiéste casarse con él, y se casare, pierda todo lo que la he mandado: lo qual puedan mis albaceas distribuir en obras pias à su voluntad. Iten suplico à los dichos señores mis albaceas, que si la buena suerte les traxere à conocer al Autor que dizen que compuso vna historia que anda por ai, con el titulo de la segunda parte de las hazañas de Don Quixote de la Mancha, de mi parte le pidan,

quan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasion que sin yo pensarlo le di, de aver escrito tantos, y tan grandes disparates, como en ella escribe, porque parto desta vida con escrupulo de averle dado motivo para escribirlos. Cerrò con esto el testamento, y tomándole vn desmayo, se tendio de largo à largo en la cama. Alborotarõse todos, y acudieron à su remedio, y en tres dias que vivió despues deste donde hizo el testamento, se desmayava muy à menudo, andava la casa alborotada; pero con todo comia la sobrina, brindava el ama, y se regozijava Sancho Pança, que esto del heredar algo, borra, ò templa en el heredero la memoria de la pena, que es razon que dexé el muerto. En fin llegó el último de Don Quixote, despues de recibidos todos los Sacramentos, y despues de aver abominado con muchas, y eficazes razones de los libros de Cavallerias, hallòse el Escrivano presente, y dixo; que nunca avia leído en ningun libro de Cavallerias, que algun Cavallero andante huviesse muerto en su lecho tan sossegadamente, y tã Christiano como Don Quixote, el qual entre compassiones, y lagrimas de los que alli se hallaron, diò su espiritu (quiero dezir que se murió) viéndolo qual el Cura, pidió al Escrivano le diesse por testimonio, como



mo Alonso Quixano el Bueno, llamado comunmente D. Quixote de la Mancha, avia pasado desta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedia, para quitar la ocasion de algun otro Autor que Cide Hamete Benengeli le resucitasse falsamente, y hiziesse inacabables historias de sus hazañas. Este fin tuvo el ingenioso hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dexar que todas las Villas, y Lugares de la Mancha contendiesen entre si, por ahijarsele, y tenersele por suyo, como contendieron las siete Ciudades de Grecia por Homero. Dexanse de poner aqui los lloros de Sancho, sobrina, y ama de Don Quixote, los nuevos Epitafios de su sepultura, aunque Sanson Carrasco le puso este.

Yaze aqui el hidalgo fuerte,  
Que à tanto estremo llegó  
De valiente, que se advierte,  
Que la muerte no triunfo  
De su vida con su muerte.  
Tuvo todo el mundo en poco,  
Fue el espantajo, y el coco  
Del mundo, en tal coyuntura,  
Que acreditò su ventura,  
Morir cuerdo, y vivir loco.

Y el prudentissimo Cide Hamete dixo à su pluma: Aqui quediràs colgado desta espetera, y deste hilo de alambre, ni se

si bien cortada, ò mal tajada peñola mia, adonde viviràs luegog siglos, si presuntuosos, y mandrines historiadores no te descuelgan para profanarte; pero antes que à ti lleguen, les puedes advertir, y dezirles, en el mejor modo que pudieres: Tate, tate, tollon zicos, de ninguno sea tocada, porque esta empreña, buen Rey, para mi estava guardada.

Para mi sola nació Don Quixote, y yo para él, èl supo obrar, y yo escribir, solo los dos somos para en vno, à despecho, y pesar del escritor fingido, y Toide síllesco, que se atrevió, ò se ha de atrever à escribir con plumade abestruz grollera, y mal deliñada, las hazañas de mi valeroso Cavallero, porque no es carga de sus ombros, ni assunto de su resfriado ingenio, à quien advertiràs (si acaso llegas à conocerle) que dexere reposar en la sepultura a los canfados, y yá podridos huesos de Don Quixote, y no le queria llevar contra todos los fueros de la muerte a Castilla la Vieja, haziendole salir de la huesa, donde real, y verdaderamente yaze tendido de largo à largo, impossibilitado de hazer tercera jornada, y salida nueva, que para hazer burla de tantas como hizieron tantos andantes Cavalleros, bastan los dos que él hizo tan à gusto, y

be-



beneplacito de las gentes, à cuya noticia llegaron, así en estos, como en los estraños Reynos; y con esto cumplirás con tu Christiana profesión, aconsejando bien à quien mal te quiere, y yo quedarè satisfecho, y vfano de aver sido el primero que gozo el fruto de sus escritos enteramente, como deseava, pues no ha sido

otro mi deseo, que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas, y disparatadas historias de los libros de Cavallerias, que por las de mi verdadero Don Quixote van ya tropezando, y han de caer de el todo sin duda alguna.

Vale.

F I N.





# T A B L A

# DE TODOS

# LOS CAPITVLOS DESTA

# SEGUNDA PARTE DE D. QVIXOTE

# DE LA MANCHA.

**C**ap. 1. De lo que el Cura, y el Barbero passaron con D. Quixote, cerca de su enfermedad, fol. 1.

Cap. 2. Que trata de la notable pendencia que Sancho Pança tuvo con la sobrina, y ama de D. Quixote, con otros successos graciosos, f. 11.

Cap. 3. Del ridiculo razonamiento que passò entre D. Quixote, Sancho Pança, y el Bachiller Sanson Carrasco, f. 14.

Cap. 4. Donde Sancho Pança satisface al Bachiller Sanson Carrasco de sus dudas, y preguntas, con otros successos dignos de saberse, y contarse, f. 21.

Cap. 5. De la discreta, y graciosa platica que passò entre Sancho Pança, y su muger Teresa Pança, y otros successos dignos de felice recordacion, f. 25.

Cap. 6. De lo que le passò à Don Quixote con su sobrina, y con su ama, y es vn de los importantes capitulos de toda la historia, f. 30.

Cap. 7. De lo que passò à D. Quixote con su escudero, con otros successos famosissimos, f. 35.

Cap. 8. Donde se cuenta lo que le sucedió à D. Quixote yendo à ver à su señora Dulcinea del Toboso, f. 40.

Cap. 9. Donde se cuenta lo que en él se verà, f. 47.

Cap. 10. Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar à la señora Dulcinea, y de otros successos, tan ridiculos, como verdaderos, f. 50.

Cap. 11. De la estraña aventura que le sucedió al valeroso D. Quixote con el carro, ò carreta de las cortes de la muerte, f. 58.

Cap. 12. De la estraña aventura que le sucedió al valeroso D. Quixote con el bravo Cavallero de los Espejos, f. 63.

Cap. 13. Donde se profigue la aventura del Cavallero del Bosque,



# T A B L A.

con el discreto, nuevo, y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos, f. 69.

Cap. 14. Donde se prosigue la aventura del Cavallero del Bosque, f. 74.

Cap. 15. Donde se cuenta, y dà noticia de quien era el Cavallero de los Espejos, y su escudero, f. 83.

Cap. 16. De lo que le sucedió à D. Quixote con vn discreto Cavallero de la Mancha, f. 85.

Cap. 17. De donde se declaró el vltimo punto, y estremo adonde llegó, y pudo llegar el inaudito animo de D. Quixote, con la felicemente acabada aventura de los leones, f. 93.

Cap. 18. De lo que sucedió à D. Quixote en el castillo, ò casa del Cavallero del verde gavan, con otras cosas extravagantes, fol. 102.

Cap. 19. Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos, f. 109.

Cap. 20. Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre, f. 115.

Cap. 21. Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros graciosos sucesos, f. 122.

Cap. 22. Donde se cuenta la grande aventura de la cueva de Montesinos, que està en el coraçon de la Mancha, à quien diò felice mira el valeroso D. Quixote de la Mancha, f. 128.

Cap. 23. De las admirables cosas que el estremado Don Quixote contó que avia visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad, y grãdeza haze que se tenga esta aventura por apocrifa, f. 135.

Cap. 24. Donde se cuentan mil çarandajas, tan impertinentes, como necessarias al verdadero entendimiento de esta grande historia, f. 143.

Cap. 25. Donde se apunta la aventura del rebuzno, y la graciosa del titeretero, con las memorables adivinanças del mono adivino, f. 149.

Cap. 26. Donde se prosigue la graciosa aventura del titeretero, con otras cosas en verdad harto buenas, f. 157.

Cap. 26. Donde se dà cuenta quienes eran Maestre Pedro, y su mono, con el mal suceso que D. Quixote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabò como él quisiera, y como lo tenia pensado, f. 164.

Cap. 28. De cosas que dize Benengeli, que las sabrà quien le leyere, si las lee con atencion, f. 170.

Cap. 29. De la famosa aventura del barco encantado, f. 174.



- Cap. 30. De lo que le avino à D. Quixote con vna vellaca caçadora, f. 179.
- Cap. 31. Que trata de muchas, y grandes cosas, fol. 183.
- Cap. 32. De la respuesta que diò Don Quixote à su reprehensor, con otros graves, y graciosos sucesos, fol. 191.
- Cap. 33. De la sabrosa platica que la Duquesa, y sus doncellas pasaron con Sancho Pança, digna de que se lea, y de que se note, fol. 203.
- Cap. 34. Que cuenta de la noticia que se tuvo de como se avia de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es vna de las aventuras mas famosas deste libro, f. 208.
- Cap. 35. Donde se prosigue la noticia que tuvo D. Quixote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos, f. 215.
- Cap. 36. Donde se cuenta la estraña, y jamàs imaginada aventura de la dueña Dolorida, aliàs de la Condesa Trifaldi, con vna carta que Sancho Pança escrivio à su muger Teresa Pança, fol. 222.
- Cap. 37. De donde se prosigue la famosa aventura de la dueña Dolorida, f. 227.
- Cap. 38. Donde se cuenta la que diò su mala andança la dueña Dolorida, f. 228.
- Cap. 39. Donde la Trifaldi prosigue su estupenda, y memorable historia, f. 234.
- Cap. 40. De cosas que atañen, y tocan à esta aventura, y à esta memorable historia, f. 236.
- Cap. 41. De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura, f. 241.
- Cap. 42. De los consejos que diò D. Quixote à Sancho Pança antes que fuesse à gobernar la Insula, con otras cosas considerables, f. 249.
- Cap. 43. De los consejos segundos que diò D. Quixote à Sancho Pança, f. 254.
- Cap. 44. Como Sancho Pança fue llevado al Gobierno, y de la estraña aventura que en el castillo sucediò a D. Quixote, f. 259.
- Cap. 45. De como el gran Sancho Pança tomò possession de su Insula, y del modo que començò à gobernar, f. 267.
- Cap. 46. Del temeroso espanto cencerril, y gatuno que recibì D. Quixote en el discurso de los amores de la enamorada Artifidora, f. 273.
- Cap. 47. Donde se prosigue como se portava Sancho Pança en el Gobierno, f. 276.
- Cap. 48. De lo que sucediò à D. Quixote con Doña Rodriguez,



# T A B L A

- la dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura, y de memoria eterna, f. 284.
- Cap. 49. De lo que le sucedió a Sancho Pança rondando su Insula, f. 291.
- Cap. 50. Donde se declara quien fueron los encantadores, y verdugos que agotaron a la dueña, y pellizcaron, y arañaron a Don Quixote, con el suceso que tuvo el page que llevó la carta a Teresa Pança muger de Sancho Pança, f. 300.
- Cap. 51. Del progreso del Gobierno de Sancho Pança, con otros sucesos tales como buenos, f. 307.
- Cap. 52. Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña dolorida, o angustiada, por otro nombre Doña Rodriguez, f. 314.
- Cap. 53. Del fatigado fin, y remate que tuvo el Gobierno de Sancho Pança, f. 321.
- Cap. 54. Que trata de cosas tocantes a esta historia, y no a otra alguna, f. 326.
- Cap. 55. De cosas sucedidas a Sancho en el camino, y otras, que no ay más que ver, f. 331.
- Cap. 56. De la descomunal, y nunca vista batalla que pasó entre D. Quixote de la Mancha y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la dueña Doña Rodriguez, f. 338.
- Cap. 57. Que trata de como D. Quixote se despidió del Duque, y de lo que sucedió con la discreta, y desembuelta Altisidora, doncella de la Duquesa, f. 342.
- Cap. 58. Que trata de como menudearon sobre D. Quixote aventuras, tantas, que no le davan vagar vnas a otras, f. 340.
- Cap. 59. Donde se cuenta del extraordinario seceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió a D. Quixote, f. 355.
- Cap. 60. De lo que le sucedió a D. Quixote yendo a Barcelona, fol. 362.
- Cap. 61. De lo que sucedió a D. Quixote en la entrada en Barcelona, con otras, que no tienen mas de lo verdadero, que de lo discreto, f. 373.
- Cap. 62. Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías, que no pueden dexar de contarse, f. 376.
- Cap. 63. De lo mal que le avino a Sancho Pança con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa Morisca, f. 386.
- Cap. 64. Que trata de la aventura que mas pesadumbre dió a D. Quixote de quantas hasta entonces le avian sucedido, f. 395.
- Cap. 65. Donde se dá noticia quien era el de la blanca Luna, con la libertad de D. Gregorio, y de otros sucesos, f. 399.
- Cap. 66. Que trata de lo que verá el que lo leyere, o lo oirá el que lo escuchare leer, f. 403.



# T A B L A.

- Cap. 67. De la resolución que tomó D. Quixote de hazerse pastor, y seguir la vida del campo en tanto que se passava el año de su promessa, con otros sucesos, en verdad gustosos, y buenos, f. 407.
- Cap. 68. De la cerdosa aventura que le aconteció à Don Quixote, f. 412.
- Cap. 69. Del mas raro, y mas nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino à D. Quixote, f. 416.
- Cap. 70. Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no escufadas para claridad desta historia, f. 421.
- Cap. 71. De lo que à D. Quixote le sucedió con su escudero Sancho yendo à su Aldea, f. 427.
- Cap. 72. De como Don Quixote, y Sancho llegaron à su Aldea, fol. 432.
- Cap. 73. De los agujeros que tuvo D. Quixote al entrar de su Aldea, con otros sucesos, que adornan, y acreditan esta grande historia, f. 436.
- Cap. 74. De como D. Quixote cayó malo, del testamento que hizo, y su muerte, f. 440.

Fin de la Tabla.





28 de Dize, de 1629

T A B L A

Cap. 67. De la resolucion que tomo D. Quixote de hazer un  
 tor, y seguir la vida, y como en esto que se passa el año  
 de la prometa, con otros muchos en verdad guijos, y que  
 nos. f. 407.

Cap. 68. De la cordola a ventura que le acontecio a Don Qui-  
 xote. f. 412.

Cap. 69. Del mas raro, y mas nuevo suceso que en todo el dicur-  
 so desta grande historia avino a D. Quixote. f. 416.

Cap. 70. Que sigue al de la cordola, y trata de cosas no es-  
 cutadas para claridad de la historia. f. 417.

Cap. 71. De lo que a D. Quixote le sucedio con su escudero San-  
 cho Panza a su llegada a la Aldea. f. 422.

Cap. 72. De como D. Quixote se vino a parar a la Aldea de  
 los Baxos, con otros muchos sucesos. f. 425.

Cap. 73. De los sucesos que le sucedieron en la Aldea de  
 los Baxos, y acreditacion de su grande  
 historia. f. 430.

Cap. 74. De como D. Quixote cayó malo, del testamento que hizo  
 en su enfermedad. f. 440.



Fin de la Tabla.







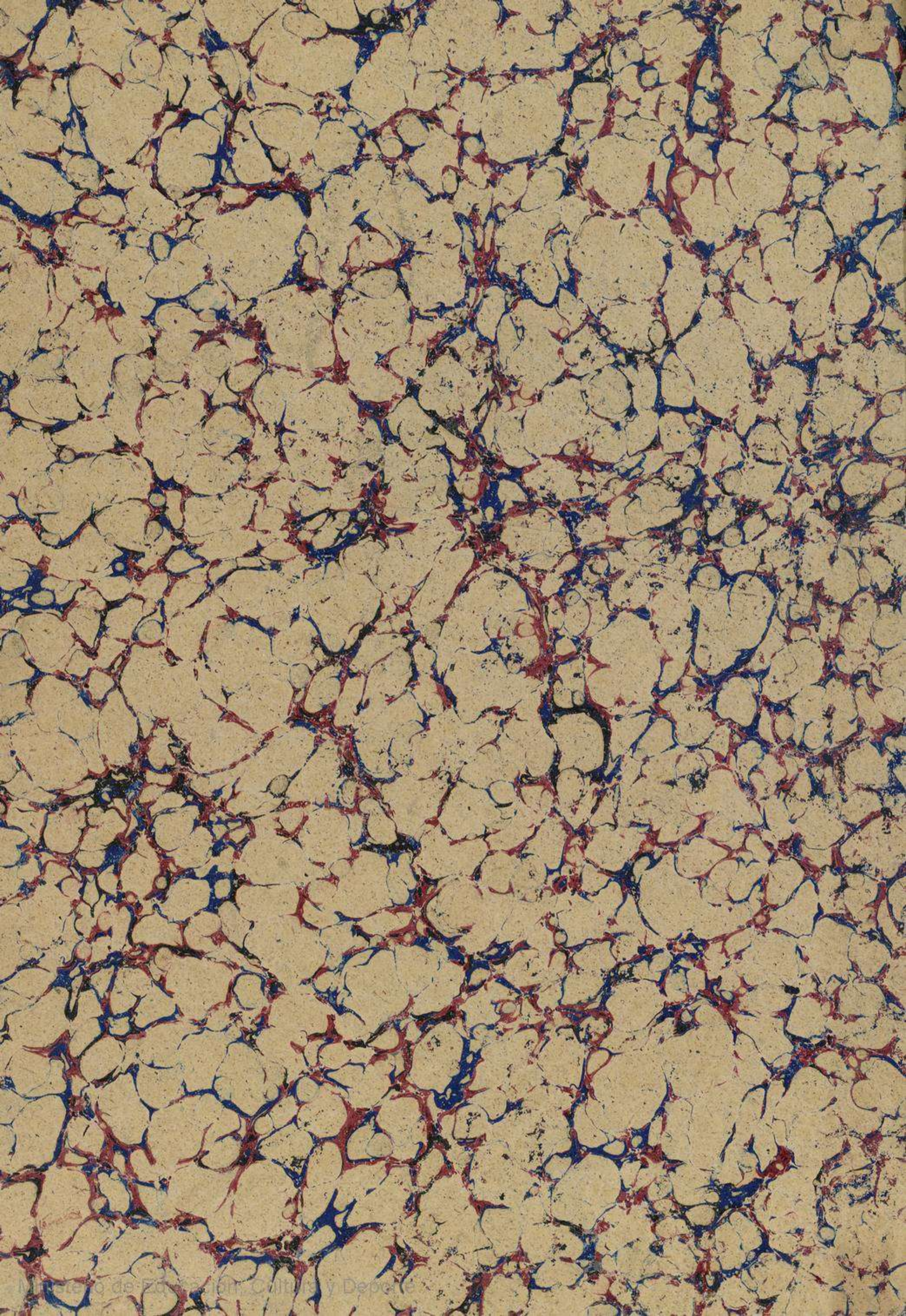




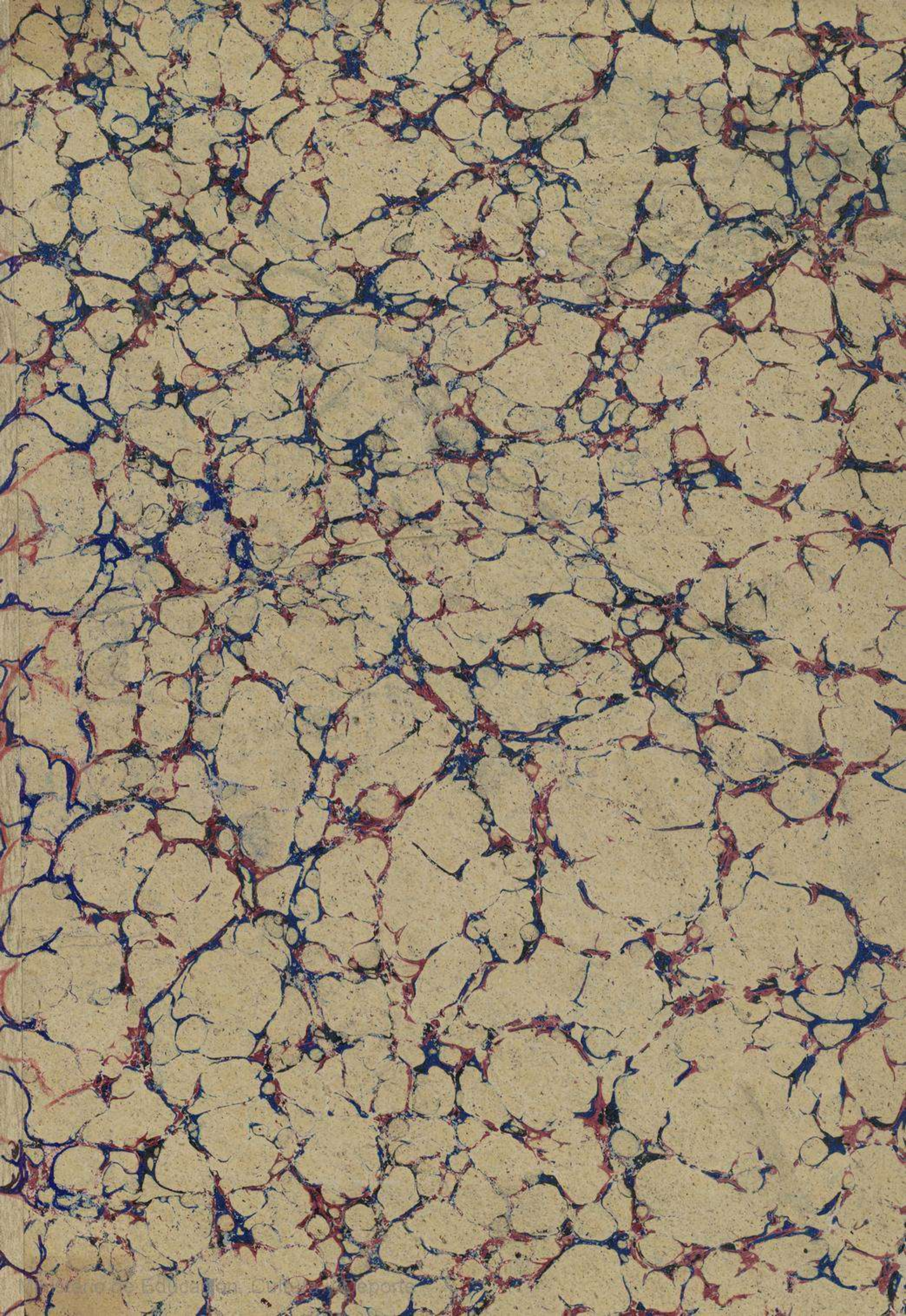




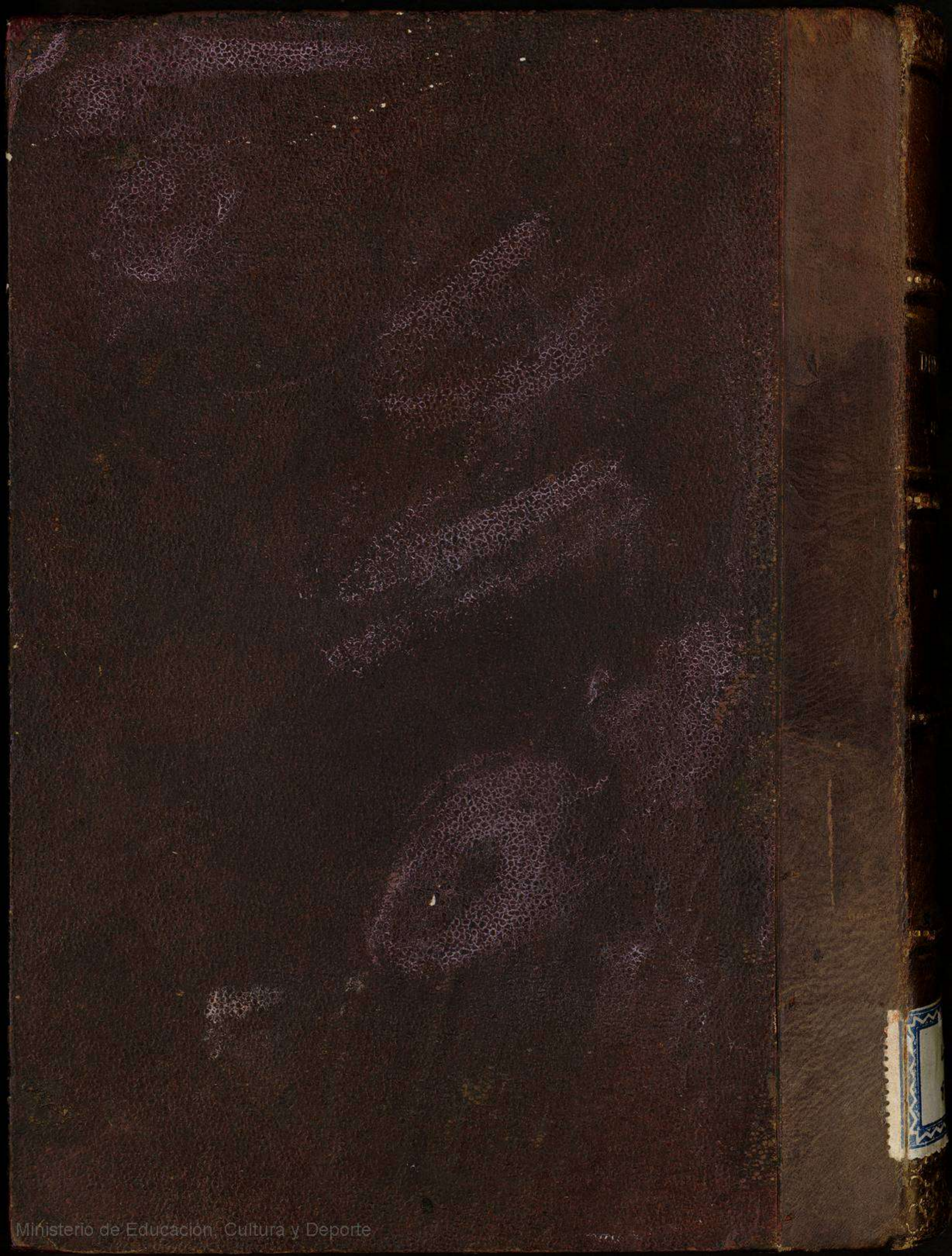














DON QUIXOTE

II PARTE

L211  
8809